MEDITACIONES ESPIRITUALES

P. Luis de la Puente

Tomo segundo

Contiene desde el día de Pascua de Resurrección hasta el último día de agosto

MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN GRAN PARTE DE LAS

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

de la Compañía de Jesús

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

TOMO SEGUNDO

Contiene desde el día de Pascua de Resurrección hasta el último día de Agosto.

ADMINISTRACIÓN

DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

Plaza de Santo Domingo, 14, bajo

MADRID

Imprimatur

Matriti, 1 Januarii 1900.

JACOBUS VIGO, S. J.

Praepositus Provinciae Toletanae.

TIEMPO PASCUAL

DOMINGO DE PASCUA

De la gloriosa resurrección de Cristo N. S.

Preludios.— Mira á Jesucristo al salir resucitado de la tumba, envuelto en tal gloria y majestad, que la luz y el sol, y toda hermosura creada son obscuridad y negrura en comparación de su claridad y belleza, y pídele resucitar con El á nueva vida y ser particionero de la inefable alegria de su triunfo.

PUNTO I

El milagro de la resurrección de Cristo N. S.

Considera cómo había por fin llegado la hora tantas veces pronosticada por Jesús. A la tempestad de su muerte, iba á seguirse eterna y felicísima bonanza; á las tinieblas del sepulcro, la luz de una gloria imperecedera, y á las ignominias del Calvario, el triunfo de una resurrección magnífica, divina y dignísima solamente de la sagrada Humanidad de Jesucristo.

Estaba el cuerpo sacratísimo de Jesús depositado en el sepulcro, envuelto en el santo sudario y sumido en la negra obscuridad de la muerte. Contempla la rigidez y frialdad de aquellos sagrados miembros en los que, horas antes, circulaba la preciosísima sangre, dándolos calor y vida; mira lívido aquel divino rostro, antes embeleso de los ángeles y portento de hermosura, y ahora afeado y marchito por las salivas y golpes con que sus verdugos lo mancillaron; contempla, por último, todo aquel conjunto de

perfecciones y de gracias convertido en frío despojo de la muerte. Todo es soledad, todo silencio en el tristísimo espacio donde yace el tesoro sagrado de aquel cuerpo precioso, formado por el Espíritu Santo con la sangre purísima de la Virgen inmaculada. Pero la hora tantas veces anunciada por el Salvador del mundo, en que al poder de las tinieblas había de suceder el de la claridad, la alegría á la aflicción, y los esplendores de la resurrección á las afrentas de la cruz, ha llegado ya. Los cielos y la tierra lo demuestran claramente con su inusitada alegría, y los seres creados, al revestirse de sus galas más preciadas, se aprestan á celebrar la victoria de su Señor y Criador.

Torna, pues, á fijar tus ojos en el sepulcro de tu Redentor, para regocijar tu espíritu con el grandioso y magnífico espectáculo que en él se prepara. Mira cómo el Verbo Eterno de Dios va á hermosear de nuevo la santa Humanidad de Jesucristo, difundiendo en aquel ser, al que está tan íntima y personalmente unido, la plenitud de su vida, de su belleza y de sus infinitas perfecciones. Contempla cómo va á galardonar los merecimientos de aquella santa Humanidad con premios proporcionados, y cómo va á poner el sello de su omnipotencia á la obra de la redención del mundo, confirmándola con un tan sorprendente y extraordinario milagro que por sí sólo sirve á los cristianos de testimonio irrecusable de su fe y de inconmovible fundamento de sus esperanzas.

Considera de qué modo tan maravilloso obró la virtud de Dios al transformar el cuerpo muerto de Jesús, devolviendo á sus miembros el calor que les había robado la muerte, dándoles, no solamente su energía natural, sino una actividad más vigorosa que la que antes tuvieran. Mira cómo la sangre preciosísima de tu Salvador comienza á circular por las venas, coloreando su hermosísimo rostro y dando animación á sus yertos y abatidos miembros, y bo-

rrando en un instante las señales de los golpes y heridas que los habían obscurecido y mancillado. Contempla, en fin, cómo recobrando aquellos sagrados miembros su vigor y lozanía, desembarázanse de los lienzos blanquísimos que envuelven el cuerpo sacrosanto de Jesús, que se levanta de súbito resplandeciente y glorioso, rompiendo los sellos con que los judíos habían cerrado su sepulcro y volando la piedra que lo cubría para salir de nuevo á la luz del mundo tan lleno de gentileza y majestad que no hay lengua que acierte á ponderarlas, ni humano entendimiento que pueda formarse una idea aproximada de aquella hermosura celestial. Su resplandor obscurece al del sol, su claridad hace palidecer la de las galas todas de los cielos, que, vestidos de fiesta, aguardaban aquella divina aparición, y ante aquel conjunto de esplendores, de belleza, de majestad y de luz, los ángeles y serafines, arrebatados de amor, adoran extáticos al Verbo de Dios, hecho hombre por el hombre.

Imítalos tú, en aquello de que es capaz la flaca naturaleza humana, uniéndote en espíritu á los coros angélicos para alabar y entonar mil himnos al vencedor de la muerte, y á Dios N. S. en acción de gracias por los prodigios obrados en el misterio de la resurrección gloriosa de su divino Hijo y tu Salvador.

PUNTO II

La resurrección de Jesucristo N. S., recompensa digna de su Pasión y de su muerte.

Considera que la gloria con que el Eterno Padre honró á la santa Humanidad de su divino Hijo, tuvo muy principalmente el carácter de recompensa por los trabajos y méritos de la vida de Jesús y por las humillaciones del Calvario.

Esta glorificación y exaltación de Jesús en el misterio de su resurrección, fué anunciada por el mismo Salvador cuando dijo que convenía que padeciese

para que así entrara en su gloria, porque como en su Pasión se había humillado hasta lo infinito, en su resurrección debía ser exaltado con una honra sobre toda honra, á fin de que á su nombre doblase la rodilla cuanto hay en el cielo, y en la tierra y en los infiernos, y toda lengua pregonase que Cristo N. S. está en la gloria del Padre.

Pondera luego que este triunfo de la santa Humanidad de Jesucristo tenía que ser completo y perfectísimo en todas sus partes y manifestaciones, porque si cuando esta santa Humanidad estaba consumando la obra de la Redención, representaba á todos los hombres en sí, de suerte que llevaba sobre sus hombros el peso de todos los pecados del mundo, de modo que al subir Cristo S. N. á la cruz puede decirse que subían con El todos los hombres y en ella quedaron clavadas todas sus culpas y borradas y canceladas con la sangre del Cordero de Dios, del mismo modo al resucitar la santa Humanidad de Jesús, quiso Dios que resucitase tambien en El toda la naturaleza humana, purificada y santificada con la santidad y pureza del divino Salvador como efecto y complemento de la resurrección de Cristo, y además, como premio á los trabajos del Hijo de Dios y como herencia correspondiente á sus merecimientos.

Para penetrarte más de esta verdad, considera que Jesús vino al mundo con el fin de levantar al hombre del envilecimiento en que había caído con sus culpas, para iluminar su entendimiento obscurecido por las tinieblas del error, dirigir su voluntad por el camino del bien, infundir en su alma la vida de Dios y hacerla de este modo digna de su gloria. Jesús llevó á feliz término esta santa empresa con los ejemplos de su vida, con la eficacia de su predicación, y con los méritos de su Pasión y muerte, y le puso digno coronamiento con su gloriosa resurrección, de donde deduce san Pablo que Jesús fué entregado por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación.

Considera también cómo en aquella solemnísima ocasión se dió cumplido remate á la obra más sublime de la divina misericordia, quedando sellada eternamente la reconciliación entre Dios y los hombres, porque al salir Jesús de su sepulcro todo el mundo resucitó con El, pudiendo decirse, por lo tanto, que la resurrección física de su divino cuerpo fué el símbolo y la causa de la resurrección moral y espiritual de todos los hombres. Porque Jesús al gozar de nueva vida, la comunicó también no sólo al hombre sino á todo el género humano, que de la miseria y abyección en que se hallaba pasó á la dignidad y á la grandeza, de la opresión del demonio á la libertad de los hijos de Dios, del pecado á la virtud y de la corrupción y de la muerte á la vida y á la gloria de la inmortalidad.

Admira, pues, la infinita justicia de Dios que premia la cruz de su Hijo con la gloriosa resurrección: que del sepulcro, morada de la obscuridad y de la muerte, hizo surgir los gérmenes de una nueva vida, del oprobio y de la ignominia, la santidad y la grandeza; y de este modo Cristo, fin de la Ley, es también su más acabado complemento, perfeccionándolo y llenándolo todo, reconciliando lo infinitamente grande con lo infinitamente pequeño y dando á todas las cosas la plenitud de vida, de virtud y de esplendor á que estaban destinadas. Ve cuales son siempre los caminos de Dios para exaltar á las criaturas y cómo para la gloria no hay más sendero que el de la cruz.

PUNTO III

De los efectos maravillosos de la resurrección de Cristo N. S. en el mundo.

Considera cómo al morir Jesús en el hasta entonces ignominioso patíbulo de la cruz quedaron sus discípulos sumidos en imponderable aflicción, vacilante su fe, en mil zozobras su esperanza y expuestos á toda clase de escarnios y de ignominias. Deduce de

aquí cuán grande sería su alegría y la feliz transformación que se obró en sus decaídos ánimos, cuando al tercer día de la muerte del Salvador, salió Jesús del sepulcro, resucitado y glorioso, y se manifestó á varios de ellos primeramente y luego á todos reunidos, demostrándoles de una manera evidente la verdad de su resurrección y por ella de cuanto les había anunciado.

Entonces los que antes dudaban ó no habían creído en las palabras de Jesucristo, se rendían á la evidencia con que venía á confirmarlas su gloriosa resurrección, infundiéndoles este glorioso misterio un valor extraordinario, que subió de punto al presenciar la gloriosa Ascensión del Señor á los cielos, para confesarle y propagar su doctrina, y llegó á toda su plenitud cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos en forma de lenguas de fuego, que al abrasar sus corazones en el amor divino, iluminó sus entendimientos y afirmó sus voluntades con sobrenaturales energías.

Admira aquí el poder de Dios y la eficacia de su amor, que convirtió en sabios y valerosos ministros de la palabra divina y propagadores ardentísimos de su evangelio á pescadores ignorantes y cobardes, sirviéndose para ello de la resurrección de Cristo Señor nuestro. Con ella cesaron todas las dudas, perplejidades y miedos en que á causa de su muerte habían quedado sumidos sus discípulos. Como testigos de vista podían ya ellos anunciar al mundo con entera certidumbre que habían visto, oído y tocado al Autor de la vida, muerto antes por nuestros pecados y resucitado después para nuestra justificación.

Considera también que estos maravillosos efectos de la resurrección de Cristo N. S. no se limitaron á sus discípulos, sino que se extendieron por todo el mundo, pues aquellos hombres rudos y sin letras, sin autoridad ni valimiento en la tierra, fortalecidos con el testimonio de aquella maravillosa resurrección,

se convirtieron en Apóstoles de las palabras y de las obras de Jesús y en predicadores de su santa doctrina, y á la luz celestial que reverberaba en ellos quedó el mundo convencido de que aquel Jesús, pobre y despreciado de todos y muerto por añadidura en un patíbulo afrentoso, era el Hijo de Dios vivo, el Mesías verdadero, anunciado por los profetas para reparar todas las culpas del linaje humano y reconciliarle con su Padre Eterno, de modo que la conversión y transformación del mundo se debe al misterio de la admirable resurrección de Cristo.

De aquí has de deducir lo obligado que estás á honrar con santa alegría este inefable misterio de la resurrección como complemento de tu redención, y á humillarte hasta el polvo al verte objeto de tantas maravillas, pues por tu amor las obró Dios, aun sabiendo que habías de corresponder á ellas con negra ingratitud. Duélete de tus culpas con propósito firme de morir para el mundo con Cristo, á fin de resucitar con Cristo en las mansiones de la eterna bienaventuranza.

Coloquio.—¡Oh Rey de gloria, que como nuevo hombre salís otra vez al mundo, vestido de nueva luz para vivir nueva vida toda llena de grandeza: sea para bien este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero! En aquél salisteis del vientre de vuestra Madre, dejando la puerta cerrada por conservar su virginidad; en éste salís del vientre de la tierra, dejando el sepulcro cerrado para manifestar vuestra sutileza y majestad; en aquél salisteis como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto á penas; en éste salís del todo renovado, libre también de toda pena y coronado de grande gloria; ahora sí podemos decir á boca llena, que hemos visto las maravillas del Señor. Resucita, oh Jesús mío, en mi alma; vísteme de tu claridad y de tu hermosura, para que me parezca á ti resucitado, después de haberme parecido á ti muerto por tu amor en la cruz.

Propósitos.—Pasar este santo día llena el alma

de espiritual alegría. Contempla con amor la divina hermosura de Cristo resucitado, y esfuérzate para entrar con El en una vida del todo nueva y espiritual.

LUNES

Gloria de Jesucristo en su resurrección.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El alma de Jesucristo glorificada en su resurrección.

Considera cómo aquella alma santísima de Jesús, sumida en el jardín de las Olivas y en el Calvario en un mar de tristezas y desolación, está hoy inundada en océano infinito de delicias celestiales. Cuando pidió Jesús que pasase de El el cáliz de la amargura, tuvo necesidad de ser sostenido y fortificado por un ángel. Contémplalo ahora en la plenitud de su poder y de su gloria, inundada su alma de nuevo de las corrientes todas de la felicidad y de la gloria de Dios, respirando dicha sin fin, esparciendo por todas partes el consuelo y la dulzura. ¡Mira cómo de la plenitud inmensa de su gozo, cuánta alegría acaba de derramar en el corazón de aquellos justos que suspiraban en el limbo ardientemente por el día en que el divino triunfador había de abrirles las puertas del cielo, al anunciarles un ángel que aquel día había ya amanecido y que su redención gloriosísima ya estaba cumplida! Muchos de aquellos justos libertados por el divino Redentor de las cárceles obscuras de los infiernos, le acompañan en su triunfo y forman su séquito, cuando sube para reunirse con su cuerpo sacratísimo. Por su propia resurrección, son los primeros testigos de la resurrección de Jesús. El alma del Redentor les muestra su sacratísimo cuerpo, pálido, ensangrentado y sepultado en la tumba. ¡Cuánta es su

compasión, su gratitud y su amor al considerar las profundas é innumerables heridas de aquel benditísimo cuerpo, que les hacen conocer lo que el Hijo de Dios ha sufrido para rescatarles! ¡Cómo adoran aquellos sagrados despojos, origen de su gloria! A semejante vista parece que dicen á Jesús lo que un piadoso doctor le dijo más tarde: "¡Oh Dios mío! habéis tenido tanto amor por mí, que parece que no lo habéis tenido por vos!„ Pero ya el alma santísima y gozosa se ha reunido á su cuerpo. ¡Qué júbilo glorioso experimenta al poder recompensarle de todos los sacrificios que de El ha obtenido y al procurarle más esplendor y delicias que oprobios y tormentos le ocasionara! No, Dios no humilla sino para elevar. Acepta, pues, ¡oh alma mía! todas las humillaciones que le plazca enviarte; consiente en ser sepultada en las tinieblas, despreciada, reducida á la nada, que ya llegará el día de tu gloria. El sufrir dura poco, el gozar dura toda la eternidad.

PUNTO II

El cuerpo de Jesucristo glorificado en su resurrección.

Vuelve á contemplar cómo yacía en el sepulcro ceñido con sus mortajas el cuerpo sacratísimo de Jesús. Helados por la muerte, afeados y marchitos por los ultrajes de la cruz estaban aquellos miembros en los que poco antes florecía la vida, y mancillada estaba aquella hermosura que había sido encanto de los cielos. Pero de pronto mira cómo abrazándola y fomentándola y derramando por todo él los rayos de su vida y de su calor divino, entra aquella beatísima alma en él, y con su entrada lo trocó y transfiguró mucho más excelentemente que en el monte Tabor. Desnudóle de las mortajas en que estaba envuelto, limpióle de la mirra con que estaba ungido, quitóle todas las fealdades y manchas que tenía, y comunicóle para siempre las cuatro dotes de gloria, claridad, inmortalidad, impasibilidad y sutileza, quedando el cuerpo sagrado mil veces más hermoso y res-

plandeciente que el sol. Cada parte era como un astro de inmensa claridad y belleza, especialmente las cinco llagas arrojaban rayos de admirable resplandor, que hermoseaban sus pies y manos y costado; y las llagas que habían hecho las espinas, hacían una forma de corona gloriosísima que adornaba su sagrada cabeza. Envuelta en la gloria de Dios, y colmada y enriquecida de sus dones, brillaba la sagrada Humanidad de Jesús con los destellos de la más esplendorosa hermosura. Un arco de lumbre vivísima la cercaba por todas partes. Brillaban sus cabellos con inefables fulgores; sus ojos despedían rayos de luz, reflejos de la gloria celeste; abiertos sus labios en inefable sonrisa, destilaban suavidad y dulzura; una apacible claridad resplandecía por cada uno de sus miembros, particularmente en los puntos que habían sido abiertos con las llagas; y todo el cuerpo, en fin, hecho un mar de luz y de resplandores, destellaba rayos de sobrehumana hermosura, capaces de arrebatar de amor á los ángeles y á los serafines. Y al mismo punto, usando del dote de sutilidad, salió del sepulcro, que era lugar de muertos, penetrando aquella grande piedra que le cerraba, sin que pudiese estorbarle la salida. ¡Oh, qué gozo recibió aquella benditísima alma, cuando vió á su cuerpo tan glorioso, y tan resplandeciente, después de haberlo visto tan abyecto y abatido. Al unírsele otra vez el alma, no sólo queda libertado de las leyes de la mortalidad y del dolor, sino que además es adornado con todas las prerrogativas de un cuerpo gloriosísimo. Sus heridas todas se cambian en focos de luz, con un esplendor de hermosura que sobrepuja al que tendrán los cuerpos de los demás elegidos, de quien es modelo. ¡Con qué religiosos transportes, los ángeles que habían adorado á su Rey cuando entró en el mundo, y toda aquella muchedumbre de justos rescatados por el divino libertador, le adoran al verle renacer del seno de la muerte, triunfante y glorioso!

¡Cuán bueno y generoso es Dios N. S., y cómo recompensa con larga mano á los que sufren por servirle! Jesucristo muerto y resucitado, nos muestra en su Pasión, como dice san Agustín, lo que debemos sufrir ahora en defensa de la verdad, y en su resurrección, lo que debemos esperar en una eternidad sin fin. Se llora durante la breve noche de esta vida; pero á la mañana, esto es, á los primeros rayos de la eternidad bienaventurada, la alegría sin fin sucede á la tristeza de unas horas. Aquí es donde debemos aprender el verdadero amor de nosotros mismos. ¡De qué gloria y de cuántas delicias privaremos á nuestros cuerpos, si rehusamos hacerle participar por medio de la penitencia y del dolor, de la mortificación de Jesucristo!

PUNTO III

La divinidad del Salvador glorificada en su resurrección.

Considera cómo la divinidad de Jesucristo había estado como eclipsada durante la Pasión. Si por una parte, algunos destellos escapados por entre los oprobios que sufrió, habían indicado que era algo más que un hombre, por otra ¿cómo podía creerse que habitaba la divinidad en quien decía de sí que era gusano y no hombre, oprobio y desprecio de la plebe, en un hombre preso, molido á azotes como un esclavo, escarnecido, condenado á muerte y expirando en un patíbulo entre dos criminales? La suprema grandeza de su divinidad comienza á manifestarse en la salida milagrosa de la tumba. De ella salió por su propia virtud, mostrando de este modo el imperio absoluto que ejerce Jesucristo sobre la vida y sobre la muerte. Sale de ella sin levantar la piedra que encerraba la entrada del sepulcro, como había salido del seno de su Madre sin romper el sello de su virginidad. Así manifiesta su omnipotencia, pues que da á su cuerpo la sutileza de los espíritus. Sale de la tumba como José de la prisión, para mandar en Egipto y dar par-

te á sus hermanos, que le habían vendido, de su dicha y de su gloria; como Moisés de las aguas del río, para convertirse en el Dios de Faraón y el salvador de su pueblo; como Daniel del lago de los leones, para elevarse sobre los envidiosos que habían jurado su pérdida; como Jonás del vientre de la ballena, para predicar la penitencia á los habitantes de Nínive y hacer que hallaran gracia á los ojos del Señor, y como Sansón de Gaza, donde se hallaba prisionero, arrancando las puertas de la ciudad y llevándolas como un trofeo á la montaña.

Revístete tú también de las dotes del cuerpo glorioso de Cristo. Sal de la tumba de tus imperfecciones, de modo que pueda decirse de ti: "Resucitó; no está aquí.„ Ya no está sumido en la tibieza, en la negligencia, tan funesta y culpable, de sus deberes; no está ya olvidado de Dios y de sí mismo, en esa disipación de espíritu, en esos arrebatos y desigualdades de un carácter no vencido, y en todas las demás inclinaciones viciosas que tantas veces han retardado tus progresos en la virtud y turbado el reposo de tu alma.

Coloquio.—Gracias os doy ¡oh Padre Eterno! por el cuidado que tenéis de glorificar á vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que disteis, diciendo: "Yo te he clarificado y le clarificaré más y más„. Gózome, Salvador mío, de que tus ángeles te adoren, y yo con ellos te adoro y glorifico en este día, que es todo tuyo, porque es el día que hizo el Señor para tu triunfo y tu gloria. Que todo el mundo te felicite y se goce con la victoria de su Salvador, y participe de los despojos de tu triunfo gloriosísimo.

Propósitos.—En los trabajos y dolores acuérdate de que tras breve sufrir, si padeces como Jesucristo, vendrá el eterno gozar con El en la eternidad.

MARTES

La resurrección de Jesucristo fundamento de nuestra fe, motivo de nuestra esperanza y estímulo de nuestra caridad.

Preludios.—(Los mismos de la meditación del domingo.)

PUNTO I

La resurrección de Jesucristo fundamento de nuestra fe.

Considera cómo la fe de los Apóstoles parecía haber muerto con su divino Maestro. No era de extrañar, porque se necesitaba fe vivísima para creer que un hombre ajusticiado entre dos ladrones en una cruz afrentosa era Dios, Señor y Rey absoluto de cuanto existe. Pero esa fe muerta con Cristo, con El renace y resucita, y la resurrección gloriosísima de Jesús fué el restablecimiento de la fe de los Apóstoles y la base firmísima y la perfección de la nuestra. En efecto, considera, en primer lugar, que aunque la fe en sí misma es esencialmente obscura, hízola en cierto modo evidente la resurrección de Cristo, quien con las pruebas tan claras que dió de ella, hizo también, en cuanto cabe, evidente la fe en su divinidad. Considera, además, que todos los que habían contribuido á la ignominia de su Pasión, contribuyeron á probar la verdad de la resurrección gloriosa. El Padre Eterno enviando ángeles para anunciarla; los judíos poniendo guardas en el sepulcro, imposibilitando así el que los discípulos llevasen el cuerpo muerto; los mismos Apóstoles con su miedo y su incredulidad dieron clarísimo testimonio de la verdad de la resurrección, obligando á su Maestro á darles pruebas clarísimas de la verdad de su resurrección para curarlos de su poca fe y prevenir nuestra incredulidad, siendo su fe tanto más segura cuanto fué mayor la dificultad que tuvieron en persuadirse de que su divino Maestro había resucitado.

Deduce de todo esto que si la resurrección de Jesucristo es un hecho histórico probado con la posible evidencia, como consta de las pruebas que de ella dió Jesús, también su divinidad es evidente, precisamente por su resurrección; y como la divinidad de Cristo S. N. es la piedra fundamental de nuestra fe, se deduce que dicha piedra fundamental es este gloriosísimo misterio, y por eso á él apelaba siempre Jesucristo, para probar su misión divina y confundir con ella á los que negaban que fuera Dios. Así lo dice el apóstol san Pablo, poniendo este misterio glorioso como columna y base de toda la fe cristiana: "Si Jesucristo no resucitó, vana es nuestra fe, y mi predicación una mentira.„ Luego, al contrario, si Jesucristo ha resucitado, nuestra fe es sólida y probadísima, y la verdad del Evangelio cierta y evidentemente creible. En efecto, si Jesucristo resucitó, luego es Dios; porque si se mira su resurrección como efecto de la omnipotencia de su Padre, que le resucitó como hombre, habiendo traído su Hijo santísimo su admirable resurrección por prueba de su divinidad, si no fuera Jesús lo que Él de sí mismo decía, igual en naturaleza divina al Padre, no lo podia Dios resucitar, porque era autorizar una falsedad, lo cual es imposible á Dios. Mas si se mira la resurrección de Jesucristo como efecto de su propia virtud, es claro que sólo Dios puede resucitarse á sí mismo y hallar en su muerte el principio de su misma vida.

Por eso los Apóstoles traían siempre la resurrección de Jesucristo como principal prueba de la divinidad de su divino Maestro, y verdaderamente es argumento irresistible de nuestra fe y de la verdad de la doctrina que profesamos, y todos los demás misterios estriban en este misterio, como en base inconmovible de la verdad de nuestra fe. Si no crees que Jesucristo es Dios, no eres cristiano, y por consiguiente ya estás juzgado. Pero creyendo, como crees, que Jesucristo es Dios, esa misma fe será para tu condenación; si vi-

ves, como si no lo creyeras. Verdaderamente, si la mayor parte de los cristianos no creyeran que Jesucristo es Dios, ó estuviesen persuadidos de lo contrario, ¿vivirían de otra manera de como viven? ¿Tendrían menos respeto á los preceptos de la Iglesia? ¿Harían menos estimación de sus almas? ¿Tendrían menos amor á la persona de Jesucristo? ¿Menos fervor en su servicio? ¿Menos celo por su gloria? ¿Tendrían más vergüenza de declararse por El, y por su Evangelio? ¿Tendrían más asimiento al mundo, que saben es enemigo de Cristo? ¿Regularían como regulan sus acciones, por las máximas del mundo? ¿Harían de éste, el objeto de su ambición y de sus deseos? Si no crees que Jesucristo es Dios, eres infiel; pero si lo crees y vives del modo que vives, eres un insensato. Dile á Jesucristo, con aquel padre del Evangelio: "Yo creo, Señor, yo creo; pero fortificad mi fe.„ Resucítame, Señor, á nueva vida, para que ponga en conformidad mi vida con mi fe.

PUNTO II

La resurrección de Jesucristo, motivo de nuestra esperanza.

Considera cómo la resurrección de Jesucristo es el más firme motivo de nuestra esperanza, porque es prenda segurísima y prueba de nuestra futura resurrección. "Habiendo resucitado Cristo, dice san Pablo, ¿cómo puede haber quien dude de nuestra resurrección?„ En efecto, Jesucristo es nuestro Redentor, tanto en su resurrección como en su muerte, y en todos los misterios de su vida es perfecto Redentor; porque nos redimió, dice el Apóstol, "con una redención abundante.„ Jesús vino, en efecto, al mundo, para reparar con exceso tods las pérdidas y daños que el pecado de Adán nos había causado; siendo el segundo Adán más poderoso para salvarnos, que fué para condenarnos el primero. Habiendo, pues, el pecado de Adán inficionado con su veneno nuestras almas y nuestros cuerpos, Jesucristo, no solamente nos res-

cató la vida del alma con la gracia que habíamos perdido, sino también la vida del cuerpo con su resurrección. Éste era el motivo que animaba la esperanza de Job cuando decía: "Yo estoy cierto de que mi Redentor resucitará, y esto es lo que me hace tener una firme esperanza de resucitar un día con él. Esta esperanza, que conservo en mi corazón, es la que endulza mis penas y consuela mis trabajos.„

Además, considera que Jesucristo es no sólo nuestro Redentor, sino que es nuestra cabeza, lo cual es segunda razón y nuevo motivo de nuestra esperanza. Una cabeza perfectísima de un cuerpo místico como es Jesucristo, ha de tener tres cualidades: la primera, debe estar unido con sus miembros; la segunda, debe comunicarles la vida y el movimiento; la tercera, debe sentir el bien ó el mal de todos ellos. Si no resucitásemos algún día, Jesucristo no cumpliría con la primera obligación de cabeza de nuestro linaje y familia, dejándonos en una separación eterna de nuestro jefe, que es Él, que está eternamente en el cielo, y nosotros estaríamos perpetuamente en el sepulcro. También faltaría á la segunda, si no nos comunicase la gloria, que ha logrado por su resurrección. Los miembros, dice san Gregorio, deben seguir la suerte y gloria de su cabeza. Y en fin, parece que su gloria, como capitán nuestro, no fuera enteramente completa, si estando él en esta inmensidad de dichas, que posee, sus miembros estuviesen enterrados en la corrupción y miseria. Por eso san Pablo, dándonos á entender la certidumbre de nuestra resurrección, habla de ella como de cosa ya sucedida, diciendo: "Que Dios Padre nos resucitó con su Hijo„. Deposita, pues, en tu corazón esta dulcísima esperanza, como Job, y en todas las penas y tribulaciones acuérdate de que detrás de la tormenta viene la calma y en pos de las tinieblas la luz y la esperanza de una vida mejor, y de que lo que se siembra en dolor y en pena se recoge con Jesucristo en

resurrección y en gloria, y esta dulcísima esperanza te animará y consolará para que te abraces con la abnegación de ti y la lucha perpetua con tus pasiones.

PUNTO III

La resurrección de Jesucristo estímulo de nuestro amor.

Considera que todo cuanto ocurrió en este gloriosísimo misterio nos debe servir, sobre todo, de incentivo para amar cada día más y más las cosas celestiales y despreciar las caducas y terrenas. La gloria de Jesús resucitado, que nos hace entrever la que nos espera, si seguimos sus huellas; la hermosura infinita del cuerpo glorificado de Jesús, ante la cual son negras fealdades todas las bellezas de la tierra; el premio con que galardona el Señor cuanto por El se hace, todos estos son títulos que deben encender nuestras almas en el amor de Dios y de todo lo divino. "Si habéis resucitado con Cristo, decía el Apóstol, amad las cosas de arriba„, porque señal es de no haber resucitado y de seguir muertos en la lobreguez del sepulcro, el amar lo terreno y transitorio. "Donde está tu tesoro, allí está tu corazón„, dice el Evangelio. La resurrección de Cristo nos dice que nuestro tesoro está en Dios y en el cielo, que es nuestra patria, y allí, por tanto, debe de estar nuestro amor. Mira lo que amas y verás lo que eres. Si amas la tierra, serás tierra; si amas el cielo, serás celestial. Para amar lo celestial y divino, ningún estímulo más fuerte que ver en la resurrección de Cristo el inmenso peso de gloria que labran en nosotros las tribulaciones de la tierra, sufrida con Jesús y por Jesús.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío! Que el misterio de tu resurrección sirva para que aumente en mi alma la fe, la esperanza y la caridad. Que viva yo de la fe del justo, que se manifieste en obras de vida nueva, que no ponga mi confianza más que en Dios, y que mi corazón, desprendido de la tierra, sólo aspire á los bienes imperecederos. Así resucitaré contigo á

vida inmortal y divina, y tu divina gracia resucitará en mi corazón, trayendo á él consuelo y fuerza para proseguir el camino de la santidad.

Propósitos.—Procura cada día más desasirte de todo afecto que no sea digno de tu alma, y aspira á participar de la vida de Cristo resucitado.

MIÉRCOLES

La resurrección de Jesucristo modelo de la nuestra

Preludios.—(Los mismos de la meditación del domingo.)

PUNTO I

Jesucristo en su resurrección modelo de nuestra resurrección espiritual.

Considera que es dogma de fe que hemos de tener semejanza con Cristo N. S. si hemos de ser del número de los predestinados. Preciso es, pues, conformarnos con El en la vida imitando sus virtudes y en la muerte crucificando en la cruz nuestros sentidos y pasiones. Esta doble conformidad producirá infaliblemente la más perfecta semejanza con nuestro divino ejemplar ó sea la semejanza con El en su resurrección y su gloria. Así nos lo asegura san Pablo, cuando nos dice, que si nos conformamos con Jesucristo crucificado, seremos conformes con Jesucristo glorioso; que si morimos con El, resucitaremos con El. Pero en vano pretendemos resucitar con Jesucristo, si no morimos antes al pecado y á nuestras malas inclinaciones. "Jesucristo ha muerto, dice san Pablo, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que ha muerto por ellos.„ Para amar, pues, á Jesucristo es necesario negarse, y morir á sí mismos, y esto es, á lo que no te resuelves, aunque bien sabes que te es absolutamente preciso.

La resurrección, pues, de Jesucristo á vida glorio-

sísima, encierra dos cosas: la primera salir del sepulcro á vida espiritual y divina, y la segunda, la constancia y duración en ese estado perfectísimo; por eso nuestra resurrección á vida nueva, debe primeramente suponer la mudanza de vida; por lo cual, dice san Pablo, que para participar de la resurrección de Jesucristo, es menester vivir como El con nueva vida, vistiéndonos, ó convirtiéndonos en el hombre nuevo. ¿Qué aprovecha, dice san Agustín, humillarte con la penitencia, si no mudas de vida? La segunda calidad, que ha de tener nuestra resurrección á vida nueva, es la constancia en esta vida renovada, imitando á Jesucristo, que, cómo dice san Pablo, resucitado una vez, no morirá más: porque como murió una vez por el pecado, después de haber resucitado, vive siempre para Dios. Así tú, si has muerto para el pecado por tu arrepentimiento; si has resucitado verdaderamente á nueva vida, no debes vivir sino para Dios; pero si vives aun para el pecado, reincidiendo en él á cada paso, no evitando sus peligros y ocasiones, no tomando los medios que te aconseja tu confesor para no volver á caer, ¿no será tu resurrección bien dudosa y tu recaída cierta?

PUNTO II

Jesucristo modelo de perfectísima resurrección.

Considera que la Sagrada Escritura hace mención de tres géneros de resurrecciones. La primera aparente y falsa, como fué la de Samuel, cuya sombra se apareció por arte de encantamiento á Saúl. La segunda verdadera, pero imperfecta, como fué la de Lázaro, que resucitó verdaderamente, pero para morir segunda vez. La tercera verdadera y perfecta que fué la de Jesucristo, que resucitó para no morir más. La primera nos representa la aparente resurrección á la gracia de algunos cristianos á quienes la necesidad y respeto humano hacen acercarse á la penitencia en el santo tiempo de Pascua. Esta es

una resurrección aparente y falsísima; y así como es penitencia de ceremonia, desaparece cuando acaban las ceremonias de la fiesta, ó mejor, no ha empezado, porque aquellos corazones no resucitaron en realidad, sino que siguieron muertos y más muertos ahora, después de una penitencia sacrílega y unos sacramentos mal recibidos. La segunda nos explica la resurrección á la gracia de otros muchos cristianos, resurrección que, aunque verdadera, es imperfecta; resucitan, pero para morir segunda vez; renuncian al pecado, pero para poco tiempo: es más una tregua que hacen con él, que un rompimiento total. Si queremos que nuestra resurrección sea verdadera y perfecta, es menester que sea parecida á la de Jesucristo, que resucitó para no morir más. ¡Cuán lejos está de esta perfección el que puede contar sus arrepentimientos por sus reincidencias, y sus propósitos por sus perfidias; el que cree que se arrepiente, y no huye la ocasión de pecar y de recaer; el que no toma los medios y consejos prudentes que le da su confesor para romper los lazos que le atan al pecado! En una palabra, el que no se resuelve de una vez á entrar en verdadera lucha consigo mismo y con sus vicios y pasiones, no resucita, como Jesús, para no morir más, sino, como Lázaro, para volver muy pronto á ser devorado por la muerte. Entra dentro de ti y mira despacio cuál es tu resurrección y á quién te quieres parecer.

PUNTO III

De tres causas que impiden que resucitemos verdaderamente con Cristo.

Considera que hay tres causas que impiden que nuestra resurrección espiritual sea perfecta, y que son las mismas causas que ocasionan nuestras reincidencias. La primera es que no estimamos ni conocemos bastantemente la gracia que recobramos en el sacramento de la Penitencia. ¡Si supiésemos el don

de Dios, como decía Jesús á la Samaritana, si apreciásemos lo que es y lo que vale la gracia de Dios! Si pensásemos que el alcanzarla le ha costado á Jesucristo toda su sangre, que es de un valor infinito, y que ella nos da un derecho incontestable á la posesión de Dios y á la eterna bienaventuranza, ¡cuánto la estimaríamos, cuánto temor tendríamos de perderla, y cuánto cuidado tendríamos de conservarla! La segunda causa de nuestras reincidencias es que nos exponemos con facilidad á perder la misma gracia. Esta es un tesoro, dice san Pablo, que llevamos en vasos frágiles y quebradizos. Con la carga de este tesoro, débiles y flacos, emprendemos temerariamente caminos difíciles y peligrosos adonde nada hay tan fácil como tropezar y, por consiguiente, caer en el precipicio y perecer, perdiendo el tesoro que llevamos. La tercera causa de nuestras reincidencias es que limitamos y ponemos término á la gracia del Señor. Esta es una cualidad activa que quiere obrar siempre, crecer por las buenas obras más y más en nuestros corazones; limitarla es impedir su acción; impedir su acción es quererla perder y, por consiguiente, perdernos con su pérdida. Poner límites á la gracia es ponerlos á la bondad y misericordia con que Dios nos mira, y al amor que le debemos tener. ¿A quién hacemos más injuria con nuestra pequedad y miseria, á Dios ó á nosotros mismos?

Coloquio.—¡Oh Jesús, victorioso vencedor de la muerte y del pecado! ¡Oh gloriosísimo triunfador! Hazme participante de tu Pasión, para que también lo sea de tu resurrección; resucite yo contigo, no como resucitó Lázaro y resucitaron otros para tornar otra vez á morir, sino como Tú resucitaste á una vida nueva, para nunca más morir muerte de culpa; padezca mucho mi cuerpo, para que se haga impasible mi alma; cúbrame de ignominia exterior, para que resplandezca mi espíritu con luz interior, y sea ágil y pronto en obedecerte, para que después de esta vida llegue á gozarte.

Propósitos.—Toma la resolución de romper enteramente con el pecado, y de no contentarte con hacer una tregua con él; es menester que este divorcio sea eterno, como es eterno Dios y eterna tu salvación.

JUEVES

De la resurrección espiritual de nuestras almas.

Preludios.—**Represéntate á tu propia alma muerta por el pecado, y resucitada por la penitencia, y pide con fervor que esta resurrección sea verdadera y perfecta, como fué verdadera y perfecta la resurrección de Cristo S. N.**

PUNTO I

De la resurrección de nuestras almas.

Considera, como has meditado ya, que la resurrección de Cristo S. N., ha de ser el modelo de nuestra resurrección espiritual, por virtud de la cual hemos de vivir una vida enteramente nueva, una vida llena de fervor y de santidad y enderezada en todo á las cosas divinas.

Jesucristo murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación. Y así como El pasó de la muerte á la vida, debemos pasar nosotros del pecado á la gracia, de los vicios á las virtudes, del amor propio al amor divino, de las inclinaciones del hombre viejo á las virtudes del hombre nuevo. Y meditando sobre la resurrección gloriosa del Hijo de Dios, hemos de procurar que en nuestro espíritu broten virtudes y cualidades análogas á las cualidades de su santísimo cuerpo resucitado.

Su cuerpo es impasible é inmortal. Nosotros hemos de hacer que nuestra alma tenga tal señorío sobre las pasiones, que parezca que estamos exentos de ellas; esto es, que vivamos en una impasibilidad moral absoluta, no turbándonos, ni perdiendo la paz por cosa alguna criada, participando de la santa im-

perturbabilidad de los santos y sobre todo de la eterna inmutabilidad de Dios, señal característica de la verdadera y sólida virtud. La adversidad como la prosperidad, los elogios como los vituperios, encuéntrente y déjente siempre lo mismo; nada, ni aun tus mismas faltas te quiten la paz del alma, y entonces empezarás á participar de la impasibilidad del cuerpo glorioso de Jesús. La segunda cualidad de Jesucristo resucitado fué la agilidad. Con la rapidez del rayo y del pensamiento, dueño del tiempo y del espacio, pasa de un lugar á otro sin pesadez ni trabajo aquel cuerpo gloriosísimo, dotado ya de las cualidades del espíritu. Procura que al resucitar tu alma participe de la maravillosa agilidad de Jesucristo resucitado para vencer la pesadez de tu tibieza y lo tardo de tu corazón para todo lo bueno. Tu espíritu debe ser igualmente ágil para volar á Dios, para ir derecho, sin pereza y sin temor á todo lo que mira al servicio divino y práctica de las buenas obras.—Jesucristo resucitado gozaba el don de sutileza. En más de una ocasión, los Apóstoles ven aparecer á su divino Maestro en medio del cenáculo, estando cerradas las puertas. También tu alma resucitada debe participar de esa cualidad para pasar valerosamente á través de todas las dificultades que se oponen á la perfección y llegar á vivir vida perfecta, más espiritual y angélica que corporal y humana.—El cuerpo de Jesús es luminoso y resplandeciente de hermosura. La lumbre interior del Espíritu Santo debe iluminar nuestro entendimiento, y con la lumbre exterior del buen ejemplo debemos iluminar á nuestros prójimos, y encender en ellos el amor á la virtud, y verlo todo á la luz de las verdades, de la fe y de las máximas de Cristo, verdadera lumbre del mundo, no con las tinieblas del mundo y de los principios de la carne y de la sangre.

Tales serán también las propiedades y las admirables dotes de los cuerpos de los justos después de la

resurrección, y durante toda la eternidad en el cielo. Llegará un día en que yo también participe de ellas; la esperanza, la seguridad de esto me ha sido dada por san Pablo: "Se siembra ahora un cuerpo animal„, pero "resucitará un cuerpo espiritual„ con tal de que yo me esfuerce en llevar una vida espiritual y divina, sometiendo el cuerpo al espíritu, ó como se expresa el mismo Apóstol, "domando con la mortificación los apetitos desarreglados de la carne.„ ¿Lo he hecho así hasta ahora? ¿Qué me dice mi conciencia?

PUNTO II

Que nuestra resurrección espiritual debe ser perfecta.

Considera que esta vida nueva de resurrección que, imitando á Jesucristo, hemos de vivir, debe ser perfecta, como es la de Jesús resucitado. Jesús, una vez que salió del sepulcro, no ha vuelto á morir más; murió solamente una vez por nuestros pecados, y desde entonces vive y vivirá por toda la eternidad.

Así nosotros que, no por los pecados de otros, sino por los nuestros, morimos, al resucitar por el arrepentimiento y el perdón de Dios, no hemos de morir más, sino vivir por toda la eternidad para Jesús y por Jesús, alimentados siempre con su gracia, sufriendo en este mundo por El, y de El gozando en la perdurable bienaventuranza.

Porque hay dos especies de resurrección espiritual, una imperfecta y otra perfecta. Acerca de lo cual considera, primero, que así como no todos los muertos que había en Jerusalén resucitaron con Cristo N. S. sino sólo aquellos cuyos sepulcros se abrieron en la Pasión, así también no todos los pecadores resucitan con Cristo á la vida de gracia, sino sólo aquellos que en virtud de su Pasión abren sus sepulcros, manifestando sus conciencias al confesor, y quebrantando sus corazones con la contrición; y de la misma manera no todos los justos llegan á participar de la alegría de la resurrección, sino

aquellos que han roto sus corazones con el afecto compasivo de la Pasión, conforme á lo que dice el Apóstol: "Es justo que padezcamos con Cristo, para ser con El glorificados." Lo segundo, mira la diferencia entre la resurrección espiritual perfecta y la imperfecta; porque los imperfectos resucitan, sacando consigo sus mortajas, como salió Lázaro vendado con sus fajas y sudario; porque salen con las reliquias de la vida vieja, que son los hábitos y costumbres viciosas y pasiones desconcertadas, y por consiguiente, salen con peligro de recaer y volver á morir si no se desatan y desnudan con la mortificación de estas vestiduras de su mortalidad y vejez espiritual. Pero los muy perfectos á imitación de su capitán Jesús, que dejó la sábana y el sudario en el sepulcro, resucitan con nuevo fervor, dejando todas estas vestiduras de muertos y vistiéndose las nuevas de la vida eterna, "despojándose del hombre viejo y de sus obras, y vistiéndose del nuevo, renovados todos con perfecta santidad."

No imitemos la torpe conducta de los que hacen de la resurrección del Señor un motivo de profanas alegrías, fuentes de pecado; no imitemos á los que pasaron la cuaresma en relativo recogimiento y relativa penitencia, y ahora, viendo llegada la fiesta de Resurrección, creen que todo les es ya permitido, y convierten esta festividad solemne en fiesta de disipación y de escándalo. ¡Qué ceguedad! Las gracias que hemos conseguido en la cuaresma ahora es precisamente cuando deben de dar sus frutos, hemos de conservarnos puros, penitentes, morigerados y devotos para no morir otra vez por el pecado, para que la resurrección de nuestras almas sea perpetua, como fué la de Cristo S. N.; para que se desarrollen y crezcan en nosotros los gérmenes de virtudes que los sacramentos y ejercicios devotos depositaron en nuestros corazones; para que nuestra vida sea inmortal como es la de Jesús.

PUNTO III

Nuestra resurrección espiritual debe ser perpetua.

Considera que nuestra perseverancia en el bien, y por lo tanto nuestra resurrección espiritual, debe durar hasta la muerte. "Sed fieles hasta la muerte, nos dice el Señor, y yo os daré la corona de la vida eterna.„ Y he aquí la gran diferencia que hay entre la resurrección de los cuerpos y la de las almas: los cuerpos no resucitarán hasta la consumación de los siglos; los espíritus resucitan por la gracia de Dios por medio del arrepentimiento y penitencia; la resurrección de los cuerpos no se verificará más que una vez; la de los espíritus puede repetirse muchas, porque la misericordia divina es infinita; en cambio, todo cuerpo ha de resucitar y vivir eternamente, lo mismo el de los malos que el de los buenos; pero el alma que salga de esta vida mortal en la muerte del pecado, jamás resucitará ya á la vida de la gracia, sino que muerta quedará por los siglos de los siglos, sujeta eternamente á los padecimientos espantosos del infierno. Esta consideración debe movernos á procurar por todos los medios la conservación de nuestra vida espiritual para que la muerte no nos sorprenda en pecado. Dejemos á la Providencia el cuidado de nuestros cuerpos; no temamos por ellos, pero cuidemos mucho de nuestras almas, pensando que el tiempo está destinado para que las santifiquemos, que la muerte nos puede sorprender cuando menos pensemos y la eternidad es para que los que lograren su santificación en esta vida, gocen para siempre en sus cuerpos y en sus almas.

Coloquio.—¡Oh Jesús amantísimo que, muerto por nuestros pecados, resucitaste por tu propia virtud; yo que he muerto por mis propios pecados, y que he resucitado por la virtud de tu gracia soberana, te pido que me concedas el don de la perseverancia

para que, ya que por Ti y en Ti resucité, no vuelva á morir como Tú tampoco has muerto de nuevo! Que mi resurrección sea eterna como ha sido la tuya, para que sirviéndote fielmente hasta el fin de mi vida mortal, te goce y glorifique en la vida eterna por los siglos de los siglos. Amén.

Propósitos.—Saca de esta meditación, invariable constancia en tus buenas resoluciones, facilidad y prontitud para las cosas de tu espíritu y los secretos de la vida espiritual y ser para todos luz por tus buenos ejemplos y consejos.

VIERNES

De las condiciones de nuestra resurrección espiritual.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La primera condición de nuestra resurrección espiritual es estar verdaderamente convertidos.

Considera que Cristo N. S. resucitó verdaderamente, *vere*, y no en apariencia, y que este es el principio fundamental por que has de regirte para concebir una idea exacta de tu resurrección espiritual. En efecto, es cosa extraña que sólo al tratar de este misterio diga el Sagrado Evangelio que Jesucristo resucitó *vere*, esto es, verdaderamente, cuando de todos los demás podríase decir lo mismo. Y es que quiere indicarnos que, como la resurrección de Cristo es imagen de la nuestra, así como El resucitó verdaderamente, así debemos resucitar nosotros. Así lo enseña san Pablo cuando, instruyendo á los corintios en el misterio de la resurrección de los cuerpos, les decía: "Mirad, hermanos míos, todos hemos de resucitar al fin de los siglos, pero no todos nos hemos de mudar„. Con lo que daba á entender que, aunque los réprobos han de tener parte en la re-

surrección venidera, no habrán de revestirse de la semejanza del cuerpo glorioso de Jesucristo. Eso mismo sucede hoy en nuestras almas respecto de la penitencia que en el sentir de los santos Padres es el sacramento de la resurrección de los pecadores, pues por medio de ella el alma muerta por el pecado resucita á la vida de la gracia.

Mira, pues, si es importante que tu conversión sea verdadera, como lo fué la resurrección de Cristo, porque si no lo es, no lo será tampoco tu resurrección espiritual, ni se verificará en ti la dichosa transformación que anuncia san Pablo á los elegidos al resucitar al fin de los siglos.

Para ello considera si lo que has detestado con la boca en el santo tribunal de la penitencia, lo amas todavía con el corazón; si verdaderamente has renunciado al pecado y á sus ocasiones, como lo has prometido, y si has cumplido todas las palabras que has dado á Dios y estás resuelto á cumplirlas, guardando en esto siquiera la buena fe, respecto de Dios, que guardas respecto de los hombres. Mira que en ello estriba tu resurrección espiritual, porque si tu conversión no es sincera, si en ella no has procedido con fervor y generosidad, no habrás resucitado en espíritu como Cristo resucitó según la carne.

Para que tu conversión sea verdadera, ha de ser además sincerísima y sin miedo al respeto humano, ni sin otras miras más que la gloria de Dios y el deseo de tu salvación, pues, como dice san Bernardo, "¿de qué sirve querer disfrazarnos á los ojos de Dios, que, habiéndonos hecho lo que somos, ve lo que hay y lo que no hay en nosotros mucho mejor que nosotros mismos?„

Ha de ser también sobrenatural, poniendo la vista en Dios, porque los respetos y las consideraciones humanas de nada sirven, cuando se trata de revivir para Dios y hacer que entre en nosotros el espíritu de la gracia. Tal conversión no lo es en el fondo,

aunque en la forma tenga todos los resplandores de la vida más santa. Hay quien se aparta del mundo por un oculto despecho, por no poder salir con sus designios, ó desesperado de lograr en él ciertos puestos elevados que su ambición codicia; ó quien se aleja de una persona porque está cansado de ella ó porque ha descubierto su perfidia. En una palabra, dejan de pecar no porque huyan de la ocasión del pecado, sino porque esa ocasión les deja á ellos. De lo que resulta, que todos esos modos de convertirse quedan reducidos á una conversión que no es sincera, ni verdadera ni sobrenatural.

Cuida, pues, de que el móvil de tu conversión sea un principio sobrenatural, el deseo de salvarte, porque así como Jesucristo resucitó por una virtud divina, es necesario también que en tu conversión no quede resabio humano que mantenga tus imperfecciones y participe de tu natural corrupción, ni que en ella se mezcle la prudencia de la carne, ni ninguna clase de mundano interés, y que si la criatura es la ocasión de convertirte, sea el motivo únicamente el Criador.

PUNTO II

La segunda condición de nuestra resurrección espiritual es aparecer convertidos á los ojos del mundo.

Considera que Jesucristo después de su resurrección no vivió como hombre mortal, sino como un hombre del todo celestial y divino. Tenía cuerpo, y este cuerpo revestido de gloria, parecía de la naturaleza y calidades de los espíritus. Por esto dijo el Apóstol: "Aunque antes conocíamos á Jesucristo según la carne, ahora no le conocemos del mismo modo y según esa carne misma„. Deduce de aquí la necesidad en que te hallas de mostrar á los ojos del mundo que tu conversión es verdadera, para lo cual procura con todo ahinco no ser conocido ya según la carne, ni según tus deseos mundanales, sino como hombre ver-

daderamente espiritual, á fin de que tu cuerpo tenga parte desde esta vida en la gloria de Jesucristo resucitado.

Considera, además, que si Jesucristo después de su resurrección aún se quedó cuarenta días en la tierra, fué para que le conocieran sus discípulos y quedasen convencidos de que había resucitado. En esto te dió un excelente ejemplo, porque así como no basta mostrar que uno está convertido, si su conversión no es verdadera, del mismo modo no basta estarlo sin parecerlo. Estar convertido y parecerlo son dos obligaciones inseparables, y cumplir la una sin aplicarse á satisfacer la otra es una justicia imperfecta.

Considera, en efecto, que si Jesucristo no se hubiera dado á conocer á sus discípulos después de la resurrección, hubiera dejado vacilante nuestra fe, y del mismo modo si no muestras con tus obras que estás convertido, además de no hacer lo que debes y lo que Dios quiere que hagas, sino á medias, se malograrán los frutos que el ejemplo de tu conversión puede producir en el prójimo.

Piensa que al proceder en esto de una manera imperfecta incurres en la maldición que intimó el apóstol Santiago cuando dijo, que el que quebranta un mandamiento, aunque guarde los otros, se hace reo de toda la ley, pues siendo el estar convertido y dar muestras de estarlo, dos obligaciones, aunque diferentes, inseparables, es imposible cumplir con la primera sin satisfacer la segunda; porque como advierte el angélico Doctor santo Tomás de Aquino, es una parte de la misma conversión dar muestras de ella á tus prójimos por el buen ejemplo que les debes. Pide á Jesús luz para conocerte y para ver en el fondo de tu alma los motivos de tu conversión para arrancar de ti cualquier afecto menos ordenado y enderezarlo todo únicamente á la imitación de Jesucristo, á la mayor gloria de Dios y á tu propia perfección.

PUNTO III

Motivos que tenemos para dar público testimonio de nuestra resurrección espiritual.

Considera que Jesucristo no se contentó con resucitar gloriosamente, sino que enseguida apareció resucitado á su Madre santísima, á las devotas mujeres, á Pedro y á todos los discípulos. *Surrexit dominus vere et apparuit Simoni.* Resucitar, pues, *verdaderamente* y *aparecer* resucitados son las dos condiciones de verdadera conversión.

Pondera que esta pública muestra de tu resurrección se la debes en primer lugar á Dios. Estás obligado á darle satisfacción por los pecados que has cometido, que esta satisfacción no puede ser otra más que devolverle la gloria que le has quitado al cometerlos. ¿Y cómo podrás devolvérsela sin dar muestras de que estás arrepentido en su presencia? Has despreciado públicamente su ley, pública ha sido tu vida licenciosa ó propia de un cristiano tibio, con que le has imitado, ¿y todavía pretendes que le desagravias con un oculto arrepentimiento?.

No, dice san Juan Crisóstomo, este modo de proceder no es propiamente resucitar á vida nueva. Aunque jamás hubiéramos pecado y aunque hubiéramos conservado siempre la gracia del bautismo, quiere Dios que nos declaremos públicamente y sin respetos humanos por siervos suyos, y en vano le protestamos en nuestros corazones que le tenemos por nuestro Dios, si no estamos dispuestos á defender su honra y gloria delante de los hombres y aun de los mismos tiranos con una confesión noble y generosa. Necesario es, pues, concluye dicho santo, que la vida del pecador en el estado de su penitencia, sea en adelante como pública satisfacción que da á su Dios. Es preciso que se haga público su respeto y devoción en el templo; su recurso frecuente á

Dios N. S.; su puntualidad en la observancia de la ley de Dios y de la Iglesia; sus palabras modestas y cristianas, y que su proceder ajustado y su conducta nueva y cristiana, hablen por él y den á Dios públicas pruebas de la contrición de su alma.

El Hijo de Dios quiso que los Apóstoles que le habían desamparado en su Pasión, después le sirviesen de testigos de su resurrección; esto es, lo que debes hacer en medio del mundo, para que tus pasados delitos den mayor fuerza á tu testimonio y le hagan más convincente.

Considera, también, que estás obligado á dar muestras de tu conversión por lo que debes á tu prójimo, á quien has escandalizado; y como lo que más escandalizó á tu prójimo no fué precisamente tu pecado, sino el conocimiento que de él tuvo, así tú, imitando á Jesucristo resucitado, que se mostró á unos para consolarlos, á otros para volverlos al buen camino y á aquellos para reprender la dureza de sus corazones, te has de manifestar convertido para consuelo de los justos, por la conversión de los pecadores y para dejar convencidos á los licenciosos, de la verdad de la fe y de la influencia de la gracia de Dios.

Obligado estás, también, á manifestarte convertido por tu propio interés, porque esa prudencia de la carne que te hace encontrar tantos pretextos para no mostrarte otro de lo que fuiste, es un artificio de que se vale el enemigo de tu alma para tenerte siempre bajo sus garras, aunque te complazcas en pensar que has vuelto á la libertad de los hijos de Dios.

Algunos hay, y teme ser de ese número, que no quieren que se conozca que han mudado de vida, porque conocen bien que si se manifiesta esa mudanza, quedan obligados á ser constantes en ella, pues viniendo el punto de la honra propia en ayuda de la obligación contraída al convertirse, pudiera impedirlos volverse atrás. Huye de ese escollo y anímate por

el contrario á perseverar en tu conversión la idea del mal juicio que formarían de ti los que, viéndote hoy enmendado, te vieran mañana volver atrás.

En cuanto á lo que puedan decir los gentes acerca de tu conversión, nada te importe. Te acusarán, quizá, de inconstante, de vano, de hipócrita, de interesado; pero tú lograrás disipar sus sospechas, en lo de inconsiderado, con tu prudencia; en lo de vano, con tu humildad; en lo de hipócrita, con la sinceridad de tu penitencia, y en lo de interesado, con un total despego de cuanto hay en el mundo.

Y en último caso, piensa que lo importante para tu salvación es seguir la doctrina de Cristo y que ésta te enseña en el misterio de la gloriosa resurrección del Salvador del mundo, que te conviertas y que muestres que estás convertido, y que seas y parezcas lo que debes ser, pues como decía san Agustín, el mundo hablará según sus máximas y yo viviré según las mías, y si es cristiano aprobará mi mudanza y sacará provecho de ella, y si no lo es, debo tenerle horror y despreciarle, y no hacer caso del miserable *qué dirán*, y pensar mejor en qué dirá Dios de mí, qué dirán los ángeles, los santos y los hombres de bien, mejor que temer *el qué dirán* de los mundanos, los perdidos y los enemigos de Dios.

Coloquio.—Oh Jesús mío, que saliste del sepulcro vivo y glorioso con tu cuerpo entero, inmortal, impasible, resplandeciente, ligero, sutil y hermosísimo. Haz que yo me desnude de las vestiduras del viejo Adán, y de las mortajas en que solía estar envuelto, que son las pasiones y costumbres viciosas, y comience una vida de gracia perfecta, con estas condiciones: que sea entera en todas las virtudes; inmortal, con firmeza de no volver más á pecar mortalmente; impasible, sin admitir pasiones que causen enfermedad en el alma; resplandeciente, por la luz del conocimiento interior de las cosas celestiales; ligera, para cumplir sin repugnancia todo lo que fuere voluntad de Dios; y sutil ó espiritual, renuncian-

do todo lo terrestre, y no tomando más de lo necesario, para que pueda tener mi conversación en los cielos. Así mi vida nueva será semejante á la tuya y me contarás entre aquellos santos que resucitaron para acompañarte en tu gloria.

Propósitos.—Vencer siempre y en todo los obstáculos que se opongan á nuestra perseverancia en el bien.

SÁBADO

Del gozo espiritual que debe obrar en nuestras almas el misterio de la resurrección de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Jesucristo al salir del sepulcro alegrando á toda la naturaleza. Los cielos destilan leche y miel, saltan de gozo los montes y collados y el sol y los astros brillan con luz más esplendorosa. Pide participar de esa alegría, y que la gloria de Jesús resucitado se refleje en tu alma.

PUNTO I

Motivos de alegría espiritual en este misterio.

Considera que este gloriosísimo misterio debe ser para toda alma amante de Jesús, motivo de inefable alegría. Ver á Jesús triunfador de la muerte y del pecado; verle coronado por su Eterno Padre con corona de infinita grandeza y de gloria imperecedera; considerar como pasada la tempestad, ha llegado para El y para nosotros el día eterno de la felicidad sin fin, todos estos son motivos de inefable alegría para los corazones cristianos. "Este es el día que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en El„ decía el profeta David, prediciendo las dulzuras de este día que hizo Dios de un modo especial, porque en él se manifestó al mundo la divinidad de su Hijo por medio de su resurrección gloriosa. Por eso en este día dichosísimo, también, según el mismo real profeta, dice el Eterno Padre á Jesucristo: "Tú eres mi Hijo. Hoy te he engendrado.„ Porque aunque el

Verbo de Dios, fué engendrado por el Padre de toda la eternidad en medio de nubes de gloria y de esplendores de toda santidad, hoy por medio de su resurrección, obra maestra del poder de Dios, el Padre lo presentó y lo hizo adorar y reconocer en cuanto Dios y hombre como Unigénito suyo y Salvador del mundo y Hombre-Dios, por los ángeles y los hombres, para que toda rodilla se doble ante El en los cielos, en la tierra y en los abismos. Motivo, además, de alegría por ser la resurrección de Cristo N. S. modelo y prenda de la nuestra. Lo cual no es simplemente una piadosa creencia, sino una verdad de fe. "Sabed, dice el Apóstol, que Aquel que ha resucitado á Jesús, nos resucitará también con Jesús. Y seremos glorificados con El. Y reinaremos con El.„ Con este pensamiento, la muerte ya no es la muerte; ha perdido su aguijón y su amargura, y debe ser para nosotros motivo de consuelo y de esperanza.

Graba profundamente este pensamiento en tu mente; esté siempre presente en ella, y la tristeza no se apoderará jamás de tu alma. En todos tus trabajos, ya sean del espíritu ó del cuerpo, di con aliento y alegría: "Creo en la resurrección de la carne, y en la vida perdurable„. Creo que mientras más haya sufrido y trabajado por Jesucristo, más gozaré con El en el cielo, y ante esa idea toda nube de tristeza se disipará, como se disipa la tormenta ante los rayos del sol.

PUNTO II

Sobre el gozo espiritual.

Considera que es propio de las almas buenas el alegrarse siempre, porque tienen tranquila la conciencia, que como dice el sabio, es un banquete perenne, porque tienen siempre á Dios en el corazón; el cual es un manantial inagotable de consolaciones; porque viven siempre en su presencia, lo que hace un paraíso y un cielo de la tierra; porque se hallan

bajo la protección divina, lo que los llena de paz y de seguridad; porque reciben continuos testimonios de la bondad de Dios, con los regalos que les hace; porque descubren señales casi evidentes de su predestinación, y una como certeza de ella, lo que produce en su corazón una sincera alegría. ¿De dónde viene, pues, que tú estás triste? ¿Dudas acaso de la bondad divina, de su amor, del precio y valor de la sangre de su Hijo? ¿Crees que querrá condenarte, habiéndole sido tan costosa tu salvación, pues por ella ha sacrificado á su Hijo único?

En cambio la alegría de los pecadores es falsa y aparente; es vana, loca y superficial; no pasa de los sentidos; va mezclada de muchas penas; no es duradera, y produce lágrimas y gemidos eternos. ¿Has encontrado tú jamás una verdadera alegría en las criaturas? ¿La has encontrado en el pecado? ¡Oh Dios mío, Vos lo habéis dispuesto de esta manera para que el pecador halle en su pecado la pena de su culpa!

Considera luego, que aunque es verdad que los buenos son afligidos en este mundo; pero en sus aflicciones viven contentos, porque entonces es cuando Dios les da pruebas sensibles de su amor, y ellos acreditan á Dios también su fidelidad. No se conoce el amigo en la prosperidad, sino en la adversidad y persecución. Dios, para probar á sus siervos los conduce como Gedeón á sus soldados á las aguas de la tribulación; pero luego que ha experimentado su valor, su paciencia, su amor y su fidelidad, los hinche de alegría y llegan á exclamar, gozosísimos en la tribulación y no pudiendo ya con tantos consuelos, con san Francisco Javier: "Basta, Dios mío, basta„. *Satis est*, *Domine, satis est*. O como los Apóstoles, que van gozosos porque han sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús.

¡Y qué mayor honra que sufrir alguna cosa por amor de Jesucristo! ¡Qué consolación más dulce que

tener prenda de tu salvación, participando de las penas de tan buen Señor! Y esto es lo que tiene tan contentas á las almas en medio de sus trabajos, de sus dolores, de sus adversidades y aflicciones.

¿Eres tú siervo de Jesucristo, tú que lloras, te quejas y te consideras desgraciado cuando te sucede alguna cosa adversa? ¡Oh Dios mío, cuán grande y abundante consolación has reservado para los que te aman! ¡Y cuán puro es el deleite de vivir sin ningún contento, y renunciar todos los gustos por amor de Jesucristo! Busquen los pecadores su satisfacción en las cosas sensibles, que yo sólo me alegraré en mi Dios, y en Jesús mi Salvador.

PUNTO III

Sobre las condiciones para poseer el gozo espiritual del alma.

Considera que para poseer este gozo espiritual, es necesario tener una buena conciencia, y que el corazón esté desprendido de las criaturas, porque su pérdida aflige al que mucho las ama. Es necesario, además, que nos abandonemos en la providencia de Dios, y que descansemos en ella; que no deseemos con ansia cosa alguna, sino que estemos indiferentes á todo lo criado. Conviene, además, que amemos el padecer; que no tengamos más voluntad que la de Dios, y que á él sólo aspiremos agradar. Debemos también huir las diversiones del siglo, no buscar la satisfacción de los sentidos, porque el deleite sensible extingue la alegría espiritual; y en fin, debemos pensar siempre en Dios, en los beneficios que nos ha dispensado, y en los que nos prepara en la eternidad.

Además, siendo Dios la causa del gozo espiritual, esa dicha es interior y se encuentra donde se encuentra á Dios, en la oración y trato íntimo con El. Ese gozo, pues, es como la gota de rocío que se seca apenas sale por de fuera. Si quieres, por tanto, gozar esa alegría interna, vive con Dios y contigo y con

los demás, sólo por Dios y por cumplir exactamente tus deberes.

Considera, por último, que la alegría de los buenos honra á Dios, porque muestran con su contento que sirven á un Señor bueno, dulce y amable, y así atraen á otros á su servicio, pues es natural amar la alegría tanto como la misma vida. Búscanla los pecadores en el contentamiento de sus pasiones, y como no la encuentran en el servicio de unos señores tan crueles, se acogen, al ver la alegría y la paz de los justos, al partido de los que viven á su vista y sirviendo á Dios tan alegres y satisfechos. Un siervo de Dios, que está triste y pesaroso, deshonra á su Señor, desacredita su servicio, inspira horror á la devoción, y desprecio á la virtud, haciendo creer á los mundanos, que el yugo de Cristo es insoportable, y que se gana más en servir al demonio que á Dios. ¿Qué te falta, siervo perezoso é infiel? ¿Qué es lo que causa tu tristeza? ¿Sirves acaso á un tirano? ¿No es bastante Dios para hacerte feliz? ¿Quién podrá satisfacerte, si Dios no te contenta?

Coloquio.—Dios mío, dame á gustar la paz y la alegría de las almas que te aman y sirven de veras. Séate yo fiel en lo grande y en lo pequeño, para que merezca oir de tu boca: "Entra en el gozo de tu Señor„. Bien sé que el camino de esa alegría, que el mundo ignora, es vivir contigo en la cruz y no bajar de ella hasta después de la muerte. Dame, Jesús de mi alma, gracia y fuerzas para hacerlo así y acompañarte en la cruz, en el sepulcro y en la resurrección.

Propósitos.—Practica la sentencia del Apóstol: "Alegraos siempre en el Señor, otra vez os lo digo, alegraos.„ Pero procura que tu alegría sea la de los santos y rectos de corazón, no la alegría loca y efímera de los mundanos.

PRIMERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

De la aparición de Cristo á su santísima Madre.

Preludios.—Presencia aquella divina escena de la aparición del Hijo resucitado y glorioso á la Madre triste, desamparada y sola, y pide participar de los inefables consuelos de la Virgen, antes la más triste y hoy la más dichosa de todas las mujeres.

PUNTO I

Aparécese Jesucristo resucitado á su santísima Madre.

Considera cómo la primera visita y aparición que quiso hacer Cristo N. S. fué á su Madre santísima. En efecto, ¿á quién sino á su Madre había de aparecerse primeramente el Hijo resucitado? ¿A quién sino á la que mayores méritos tenía infinitamente para ser la primera? ¿La que mayores consuelos dió á Jesús durante su vida? ¿La que le había asistido en su muerte? ¿A la que amaba más que á todas las criaturas juntas? ¿La que le amaba más que todas las criaturas? Si hemos de medir los gustos por los dolores, ¿quién debía ser más consolada que aquella que fué más afligida? Debió con razón ser la primera en recibir este consuelo, habiendo sido la primera en el amar y padecer; y que habiendo amado á su Hijo desde el momento en que le concibió, estuvo traspasada de dolor hasta este momento felicísimo. Y si el sagrado Evangelio nada nos dice de esta soberana visita, es porque lo supone, como dice san Ignacio de Loyola, y haríamos una injuria al Hijo cariñoso y agradecido, si supusiésemos que pudo visitar á alguien antes que á su Madre santísima. Estaba, pues, esta gran Señora grandemente afligida por la Pasión de su Hijo, aunque con viva fe y esperanza de su resurrección; estaría la santa Virgen en aquella hora en su oratorio recogida, esperando esta nueva luz, y

como vió que entraba ya el tercer día, puesta en una alta contemplación, con grandes ansias y suspiros le pediría que apresurase su venida. Diríale aquellas palabras del salmo: "Levántate, gloria mía, y resucita;„ sal glorificado de este sepulcro para glorificarnos á todos. Tú dijiste, que resucitarías al amanecer del día. Ven, ¡oh Sol de Justicia!, antes que nazca el sol de la tierra, y con tu luz destierra las tinieblas de ella.

Clamaba más y más en lo íntimo de su corazón, y daba voces al Hijo muerto, diciendo: Vuelve triunfador al mundo: recoge, buen Pastor, tu ganado: oye, Hijo mío, los clamores de tu afligida Madre, y pues estos fueron parte para hacerte bajar del cielo á la tierra, estos te hagan ahora subir de los infiernos al mundo. En medio de estos clamores y lágrimas resplandece súbitamente aquella pobre casita con lumbre del cielo, y ofrécese á los ojos de la Madre el Hijo resucitado y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandece tan claro el sol del mediodía, como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias, y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resucitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos, y restituída y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la Madre cuchillos de dolor, vélas hechas fuentes de amor: al que vió penar entre ladrones, véle acompañado de ángeles y santos: al que la encomendaba desde la cruz al discípulo, ve cómo ahora extiende sus amorosos brazos, y le da dulce paz en el rostro: al que tuvo muerto en sus brazos, véle ahora resucitado ante sus ojos. Tiénele, no le deja: abrázale, y pídele que no se le vaya: entonces enmudecida de dolor, no sabía qué decir: ahora enmudecida de alegría, no puede hablar.

¡Oh, qué dulce visita! ¡Qué tiernísima comunica-

ción! ¡Qué alegría! ¡Qué deliquios tan celestiales! Virgen bienaventurada, me maravillo de que no hayáis muerto de dolor al pie de la cruz, y me persuado, que sin un portentoso milagro hubierais exhalado mil veces vuestra alma al expirar vuestro Hijo. Pero no menos me maravillo de que no hayáis muerto de alegría al verle resucitado. Vos decíais antes como aquella madre afligida: Ya no me llaméis la bella Noemí, porque el Señor ha henchido mi corazón de amargura: mas ahora te llamamos la venturosa y bella Noemí, porque Dios te ha colmado de gozo y consolación. Sea mil veces enhorabuena, al verte nadar hoy en un mar de delicias, la que antes te abismaste en un océano de penas y de dolores.

PUNTO II

De la alegría de la Virgen santísima al ver su Hijo resucitado.

Considera que no hay lengua ni entendimiento que pueda comprender hasta dónde llegó este gozo. No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad, sino por otras menores, haciendo como una escalera de lo bajo á lo alto, y conjeturando las unas por las otras. Pues para sentir algo de esta alegría, considera la alegría que recibió el patriarca Jacob cuando después de haber llorado con tantas lágrimas á José su muy amado hijo por muerto, le dijeron que era vivo y señor de toda la tierra de Egipto. Dice la Escritura divina, que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su alegría y espanto, que como quien despierta de un pesado sueño, así no acababa de entrar en su acuerdo, ni podía creer lo que los hijos le decían. Y ya que finalmente lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: "Bástame este solo bien, si José mi hijo es vivo: iré, y veréle he antes que muera." Pues si quien tenía otros once hijos en casa, tanta alegría recibió de saber que uno solo, á quien él tenía

por muerto, era vivo, ¿qué alegría recibiría la que no tenía más que uno, y ese tal y tan querido, cuando después de haberle visto muerto, le viese ahora resucitado y glorioso, y no Señor de toda la tierra de Egipto, sino de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprender? Verdaderamente tan grande fué esta alegría, que no podía sufrir su corazón la fuerza de ella, si por especial milagro de Dios no fuera para ello confortada. ¡Oh Virgen bienaventurada, bástate sólo este bien! ¡Bástate que tu Hijo sea vivo, y que le tengas delante, y le veas antes que mueras, para que no tengas más que desear! ¡Oh Señor, y cómo sabes consolar á los que padecen por ti! No te parece ya grande aquella primera pena, en comparación de esta alegría. Si así has de consolar á los que por ti padecen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues así han de ser remuneradas.

Alma mía, ¿por qué lloras en el tiempo de la tribulación? Estoy triste, dices, estoy acongojada, me hallo en un mar de penas, no tengo ninguna consolación en la tierra. Alégrate, Hija de Sión, espera, pues resucitarás con tu Salvador, gloriosa, impasible, ágil é inmortal. Mira el gusanito de seda, que está encerrado en su capullo. Está triste, feo, negro y pesado, pero apenas sale de su encierro, vele pronto, hermoso, ligero, blanco como la nieve, y que con extraña ligereza vuela por el aire. Lo mismo te sucederá á ti bien pronto; estás hoy muerta por la penitencia, y sepultada en la tribulación; mas el divino Espíritu te dirá que es tiempo de que descanses, luego serán enjugadas tus lágrimas, y gozarás del fruto de tus trabajos. Anímate con el ejemplo de la Virgen, pues si hoy sufres con ella, pronto, como ella, gozarás de la vista de su divino Hijo.

PUNTO III

De los tres medios de que se vale N. S. para manifestarse á las almas y consolarlas.

Considera cómo después que Cristo N. S. resucitó, quiso manifestar al mundo su resurrección para que muchos gozasen los frutos de ella.

Esta manifestación hizo por tres vías. Una por medio de los santos que resucitaron con El, los cuales, como dice san Mateo, "vinieron á la ciudad de Jerusalén, y aparecieron á muchos„, predicándoles sin duda, cómo el que fué crucificado era verdadero Mesías y Salvador del mundo. Y es de creer que entre otros aparecieron á José de Arimatea y á Nicodemus, consolándolos y confirmándolos en la fe de su Maestro. Para esto también envió ángeles, los cuales manifestaron su resurrección á las devotas mujeres que iban á ungirle, dándoles nuevas de ella y mostrándoles el sepulcro. Pero no contento con esto, el mismo Cristo N. S., quiso por sí mismo manifestarse á sus amigos, para descubrir más la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando había de subirse al cielo empíreo, que era el lugar debido á los cuerpos glorificados, quiso quedarse en el mundo algunos días, y como buen pastor recoger su ganado sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos, enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y manifestándoles á sí mismo ya glorificado, para que como testigos de vista pudiesen predicar su resurrección. ¡Oh Rey de gloria, alábente los ángeles y los hombres por el grande amor que nos muestras! No era digno el mundo de que estuvieses en él un momento después de resucitado, pero la caridad que te detuvo casi cuarenta horas en el limbo, te detiene cuarenta días en la tierra para purificarla y honrarla con tu presencia, y descubrirnos que no has mudado la condición con la mudanza

de la vida, ni te has olvidado en la prosperidad de los que te acompañaron en la adversidad.

De aquí he de sacar, espiritualizando lo que se ha dicho, cómo Cristo N. S. tiene tres caminos para manifestarnos sus misterios y para consolarnos y enseñarnos. Uno, por medio de hombres santos que han resucitado con El, los cuales con santo celo descubren á otros lo que saben, para que Dios sea conocido y glorificado. Otro camino es por los ángeles, los cuales con secretas ilustraciones nos alumbran, enseñan y consuelan. El tercero es por sí mismo, hablándonos al corazón y dándonos interiores testimonios de su divina presencia; y esto hace con los más queridos discípulos, cumpliendo con ellos en esta vida lo que dijo en el sermón de la cena: "El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo.„

Coloquio.—¡Oh amado mío! ¡Oh Jesús de mi alma, ámete yo de todo corazón, pues tan grande bien es amarte, que amas á quien te ama, y le descubres quién eres para encenderle más en tu amor! ¡Oh santísima Virgen! ¡Oh manantial de amor y de dolor! Cuando estabas en el calvario, os pedí que me hicierais participar de vuestros dolores; ahora, oh Madre de dolor y consolación, os suplico que me comuniquéis vuestra alegría. Enjugad mis lágrimas; despedid de mi corazón la tristeza, y hacedme ver á vuestro Hijo resucitado. Que entre en mi corazón, cerradas las puertas, y que me diga: la paz sea contigo; que me muestre sus llagas sacratísimas y que permanezca yo en ellas para no salirme jamás.

Propósitos.—En la tristeza y desolación confiar siempre en la bondad de Dios que nos consolará cuando ó lo merezcamos ó cuando sea su voluntad, á la que debemos siempre estar sometidos.

LUNES

De la visita de las santas mujeres al sepulcro de Cristo N. S.

Preludios.—Mira al ángel del Señor sentado sobre la piedra del sepulcro; su vista era como un relámpago, sus vestiduras blancas como la nieve, y pone tanto espanto á los guardas, que quedan como muertos. Mira como llegan las mujeres al sepulcro, y viendo quitada la piedra, entraron dentro atemorizadas con la vista del ángel. Este les dijo: «No queráis temer, ¿buscáis á Jesús Nazareno, crucificado? Ya ha resucitado, no está aquí; venid, y ved el lugar donde le habian puesto.» Pide saber buscar y encontrar á Jesús como estas santas mujeres.

PUNTO I

Las santas mujeres que van al sepulcro de Jesucristo nos enseñan cómo debemos amarle.

Considera que el amor que las santas mujeres tenían á Jesús era un amor firme y constante, pues iba más allá de la muerte. Fué amor verdadero y muy otro de lo que suele suceder con los amores del mundo, y en el que se verificó lo que dice el Sabio, «que el verdadero amigo ama en todo tiempo y aun más allá de los tiempos hasta la eternidad.» Y no es de extrañar amor tan esforzado, porque Jesús era tan amable, que aquellos que habían amado al Hijo de Dios durante su vida mortal, no podían dejar de amarle después de su muerte. ¿Es así como amas tú á Jesucristo? ¿Te acuerdas frecuentemente de El, durante el día y la noche? ¿Y este recuerdo es activo? ¿Te conduce á buscarle por medio de la mortificación y de la práctica de las buenas obras? ¿Tratas de despertarlo en ti y en los demás? ¿Buscas para ello ocasión ó te alegras de que alguien te la proporcione?

Se cree que María Magdalena fué quien invitó á las demás santas mujeres á ir con ella al sepulcro. El amor á Jesús simbolizado en esta amantísima pe-

nitente, debería prestarte igual servicio, animando á todos tus afectos y deseos para ir constantemente á buscar con fervor á tu dulcísimo Jesús. ¿Haces esa práctica familiar, diciéndole con frecuencia durante el día: Señor, vos sois toda mi alegría y nada me consuela más que el recuerdo de vuestro amor para conmigo?

Considera también que el amor de las santas mujeres á Jesús, fué un amor generoso y valiente; generoso, porque habiendo ellas mismas visto embalsamar el cuerpo de Jesucristo, compraron, sin embargo, aromas preciosos para satisfacer su devoción; valiente, porque no las detuvo la consideración de que el sepulcro estaba guardado por soldados, ni las dificultades que tendrían que vencer para remover la losa que lo cubría. El verdadero amor no discurre ni sabe de dificultades. Esto debe enseñarte á ser valeroso en las que se te ofrezcan en la práctica de la perfección. Un alma que confía en Dios y que ama de veras á Dios, no teme nada; y por el contrario, un alma que se fía de sí, lo teme todo y á la menor oposición desfallece. Si quieres servir á Dios, siempre has de encontrar alguna piedra en tu camino. En la mayoría de los casos, esa piedra será el respeto humano; la pereza, la inclinación que te lleva al mal; pero si amas de verdad á Jesucristo, su amor y su divino espíritu apartarán de tu camino esos obstáculos al primer paso que des y aun al primer deseo de tu alma. Aprende también, imitando á las santas mujeres, á ser generoso con Dios. El amor divino no dice nunca basta. Quiere estar en todas las buenas obras y contribuir con la caridad al alivio de los pobres, que son los miembros dolientes de Jesucristo, sobre los que es necesario esparcir los perfumes más preciosos de la caridad cristiana. No economices, pues, ni tus bienes, ni tus comodidades, ni tus consuelos, ni tus humillaciones, cuando se trate del servicio del Hijo de Dios. Debes, por el contrario, decir á Jesús

con san Pablo: "Señor, ¿qué queréis que haga?„ Todo lo que tengo estoy dispuesto á darlo por agradaros y aun me daré á mí mismo por la gloria de vuestro nombre.

Pondera, por último, que el amor de las santas mujeres á Jesús, estaba acompañado de un gran respeto y de una singular prudencia; pues aunque deseaban ardientemente ir á su sepulcro para embalsamarlo, esperaron á que pasase el día del sábado para cumplir la ley, y tan pronto como comenzó á nacer el día siguiente se pusieron en camino, para enseñarte que el celo que debes tener por Jesucristo no ha de ser precipitado, pero tampoco perezoso ni lento. Ten presente, pues, que el verdadero amor al Hijo de Dios es por igual fervoroso y discreto; todo lo hace, según el dicho del Apóstol, con orden y honestidad, y no emprende nada fuera de tiempo. Haz tú lo mismo y recurre á la oración antes de realizar cualquiera obra, para pedir la luz del cielo que te alumbre y el amor divino que te anime.

PUNTO II

Los ángeles que se aparecen á las santas mujeres, nos enseñan cómo debemos buscar á Jesucristo.

Considera aquí, cuán bueno es nuestro Señor para los que le buscan. Los servicios que el ángel prestó á las santas mujeres, son pruebas ciertas de ello. Por ellas baja del cielo, remueve la losa del sepulcro y se sienta en ella á fin de instruirlas y prepararlas á recibir la primera visita de Jesucristo resucitado. Por ellas también hace huir á los soldados romanos, á fin de quitarlas todo temor y poderlas decir: "No temáis, yo sé que buscáis á Jesucristo crucificado.„

Y realmente, ¿qué puede temer un alma que busca á Jesucristo? ¿La penitencia? Es efectivamente una pesada losa, pero el ángel del Señor, es decir, la gracia del Espíritu Santo la hace ligera. ¿La tenta-

ción? "Vos sois, Señor, dice el Salmista, quien hacéis lucir mi lámpara; vos, Dios mío, iluminái mis tinieblas y por Vos seré librado de la tentación; pues estando sostenido por mi Dios escalaré la muralla.„ ¿La pobreza, los desprecios y las demás miserias del mundo? Dios es tu refugio y tu fuerza y acude á tu socorro en todas las aflicciones, por muchas que sean las que te agobien. ¿El respeto humano y los enemigos que se oponen á tus buenos propósitos? El Señor está con nosotros; no temáis, decía Josué á los israelitas que estaban espantados porque los espías que habían mandado á Palestina, volvieron diciendo que habían visto á unos gigantes de descomunal grandeza. El éxito de tus empresas no depende de la fuerza de los hombres sino de la protección del Todopoderoso.

Considera también, cómo debes buscar á Jesucristo, imitando el ejemplo de las santas mujeres del Evangelio. Primeramente has de buscarlo crucificado, á fin de verle glorificado, pues son muchos los que buscan á Jesús, esto es, al autor de la salud, pero no á Jesús crucificado, porque aunque quieren salvarse, no quieren padecer, y como Jesús no se encuentra más que en la cruz, por más que le buscan, no le hallan. En segundo lugar, has de buscar á Jesús crucificado, con una gran pureza de intención, esto es: con un amor puro, sin mezcla alguna de interés temporal. El real Profeta dice, que buscó á Dios en el día de la aflicción y que no quedó engañado, y aunque su intención era buena porque recurría á Dios para buscar el remedio de sus necesidades, no estaba sin mezcla en cuanto se proponía conseguir un bien temporal. Más pura y más desinteresada era la de la esposa de los Cantares, pues buscaba á Dios, no por interés, sino por amor, y ésta es la que debes tú imitar.

Por último, para buscar con pureza de intención á Jesucristo crucificado, es necesario que le busques

con la luz de Dios, pues para buscar la cruz es necesario hallarse bien iluminado con la luz de la fe, y para amar á Jesucristo crucificado, has de poseer grandes luces de sabiduría que te hagan conocer cuán amable es hasta en los sufrimientos y en la muerte. En vano es que lo busques antes del día, dice un sabio escritor; la Esposa le buscó durante la noche y no lo encontró. Es necesario, pues, aguardar á que el Espíritu Santo te ilumine, é imitar á las santas mujeres que dejaron pasar la noche y aguardaron á que amaneciera para ir al sepulcro.

Considera, finalmente, en la persona de las santas mujeres, cómo aquellos que buscan de veras á Jesucristo le encuentran al fin. Ellas buscaban á Jesucristo crucificado y le hallaron resucitado; le buscaban en el sepulcro, entre los muertos, y le encontraron vivo y glorioso. Este es el favor que debes esperar de la bondad del Hijo de Dios, si le buscas con todo tu corazón. Ama la virtud mientras Dios te dé vida, y encontrarás la gloria de tu nombre en el sepulcro; pero no la efímera gloria de los hombres mortales, sino la gloria eterna de los santos.

PUNTO III

Los ángeles hacen entrar á las santas mujeres en el sepulcro de Cristo, para enseñarnos que debemos sepultarnos con El, si queremos resucitar con El.

Considera ante todo, que la vista del sepulcro no debe espantarte, después que las santas mujeres entraron en el de Jesús para enterrarse en él y resucitar con El. Debes, por el contrario, pensar en el sepulcro frecuentemente y con alegría, pues el Hijo de Dios hizo de él un lugar de reposo y un puente para la eternidad bienaventurada.

Es además, un lugar de gloria de donde los justos salen resplandecientes con los rayos de la inmortalidad; no de la gloria humana, que queda allí para

siempre enterrada, como perecedera y mortal, sino de la gloria de los santos que toma su principio en el sepulcro, porque es una participación de la gloria de Jesucristo, cuyo reino comenzó por donde los demás acaban y que no tendrá jamás fin. Es además un puente para la eternidad bienaventurada, que el Salvador te franqueó por la victoria que consiguió sobre la muerte. Después que pasó Jesucristo por él, el sepulcro se volvió tan glorioso como el mismo cielo y los ángeles que anunciaron su resurrección, dejaron gustosos el paraíso para sentarse en la losa de aquel bendito sepulcro y allí estaban con tanto júbilo como en el trono de la gloria.

Pero considera que para que puedas participar de esa gloria, resucitando con el Hijo de Dios, no basta ir á ver su sepulcro como las santas mujeres; es necesario penetrar en él como ellas. No es bastante tampoco que pienses con frecuencia en la muerte de Jesús; es necesario además morir y sepultarse con El. Para que el grano de trigo dé fruto, es preciso que caiga en el surco y que el labrador le abra un sepulcro en el seno de la tierra para hacerle morir en ella. Debes, pues, morir y ser sepultado como Cristo, si quieres resucitar con Cristo, pero no una vez sola, sino todos los días y con una muerte mística, que te haga morir cada día á ti y al mundo por la continua mortificación. Porque así como el sepulcro consume el cuerpo que recibe, así es necesario destruir en nosotros el cuerpo del pecado, arrancando sus raíces, que son las malas costumbres, y todas las malas inclinaciones.

Ten presente, por último, que para resucitar con Cristo, es preciso que tu corazón sea el sepulcro de su Corazón preciosísimo y que su Corazón sea el tuyo. El Cuerpo sagrado de Jesucristo que recibes en tiempo de Pascua como prenda de tu resurrección, está en el altar en un estado de muerte mística. Le hace falta un sudario para amortajarle, perfumes pa-

ra embalsamarle, un sepulcro para enterrarle, un sello para cerrar el sepulcro y soldados para custodiarle; pero no quiere otro sudario que la inocencia de tu alma, ni otros perfumes que el olor de tus virtudes, ni otro sepulcro que tu corazón sellado con el sello de su amor, ni otra guardia que la de los ángeles que defiendan su entrada. ¿Deseas hacerlo así? Pues haz de suerte que el Corazón de Jesús repose en el tuyo y que no salga de él jamás. Vive en su Corazón; que es tu vida; guárdale en el tuyo, pues tu gloria consiste en que viva en él eternamente. Porque de este modo, de un sepulcro hará Jesucristo un cielo, según dice san Juan Crisólogo: "El corazón donde Jesús vive y reina es un cielo; aquél donde está muerto y sepultado es un sepulcro.„ Acuérdate de que el tiempo de Pascua es un tiempo de resurrección, como dice san Bernardo. No vuelvas otra vez á tus malas inclinaciones; sigue, por el contrario, el consejo del ángel, ve á Galilea, que quiere decir lugar de tránsito; pasa del vicio á la virtud, de las tinieblas á la luz, de la tierra al cielo. De este modo resucitarás con Cristo y le verás en su gloria con la seguridad de no perderle jamás.

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús, Nazareno y crucificado, y nunca tan nazareno como cuando crucificado, porque en la cruz brotaste las flores de tus virtudes y los frutos de nuestra santificación, de los cuales gozas en tu gloriosa resurrección! ¡Oh, quién te buscase con tanto fervor, que no se preciase de saber otra cosa "que á Cristo„ y "ese crucificado!„ Dame, Señor, la devoción, la diligencia, el valor y la confianza con que te buscaron esas santas mujeres, para que buscándote siempre con afán en el sepulcro, merezca que tú me visites en tu gloria.

Propósitos.—En todas tus acciones é intenciones no busques otra cosa sino á Cristo N. S. y jamás la satisfacción de tu amor propio.

MARTES

De la aparición de Jesús resucitado á María Magdalena.

Preludios.—Imagínate á María Magdalena, ya buscando loca de amor y anegada en llanto el cuerpo de Jesús, ya conversando con su divino Maestro resucitado, y pide para ti una chispa del encendido fuego de caridad que abrasaba el corazón de esta santa penitente.

PUNTO I

María Magdalena mereció por su amor, que Jesucristo se la apareciera antes que á las demás santas mujeres.

Considera que el amor que María Magdalena profesaba al Hijo de Dios, la hizo concebir un deseo ardiente de ir á su sepulcro para embalsamar su cuerpo, y no habiéndole hallado, este mismo amor la obligó á buscarle con grandes ansias, creyendo que se lo habían robado y deseando ardientemente saber dónde le habían puesto para cumplir con El sus últimos y piadosos deberes.

En estos deseos se echaba desde luego de ver la debilidad de su fe, pero como nacían de un corazón inflamado por las llamas de la más ardiente caridad, le proporcionaban una excelente disposición para recibir la gracia que nuestro Señor quería concederle. Porque es muy propio de Jesucristo S. N., excitar en los corazones grandes deseos para satisfacerlos luego, y compara la bondad de tu Salvador, que se contenta con un buen deseo y hace de él la medida de sus beneficios, con la dureza de tu corazón que ni aun desea siquiera los bienes del cielo. No te extrañe, pues, verte tan pobre, pero sí debes admirarte de que pudiendo tener grandes riquezas espirituales, descuides adquirir esos bienes infinitos, que no te han de costar más que el deseo eficaz de poseerlos.

Mira cómo María Magdalena, no hallando lo que

buscaba, dió rienda suelta á sus lágrimas, que no tenían menos poder sobre el corazón de su Maestro que sus deseos, pues Magdalena obtuvo, llorando, la remisión de sus pecados, la resurrección de su hermano y el consuelo de ver á los ángeles y al Rey de los ángeles resucitado.

Considera luego cómo el amor de María Magdalena hacia Jesús era constante y fiel, cual era necesario que lo fuese para vencer todos los obstáculos que se oponían á sus deseos. El temor obligó á los discípulos de Jesús á volver al cenáculo después de haber visto el sepulcro de su Maestro, las otras santas mujeres siguieron su ejemplo y se volvieron á Jerusalén, pero Magdalena permaneció junto al sepulcro, detenida en aquel santo lugar por el amor y por el dolor. Por el amor, para buscar al que había perdido; por el dolor, para llorar la ausencia de aquel á quien no podía encontrar, haciéndola uno y otro sentimiento insensible al temor y á la alegría. Nada temía, porque habiendo perdido á su Maestro, ninguna pérdida podía ya afligirla y era incapaz de experimentar ninguna alegría, porque no pudiendo amar sino á Jesús, nada podía consolarla de su pérdida. Como Jesús era la vida de su alma, hallaba preferible morir á vivir, pensando que al morir quizá encontraría al que no podía hallar vivo.

¿Pero qué necesidad tenía de morir cuando su amor, más poderoso que la muerte, había despojado á esta santa penitente de todo lo que la muerte la podía quitar? Pudiera decirse que había perdido el uso de todos sus sentidos; tan fuera vivía de sí misma, que no es maravilla que la vista de los ángeles no la sorprendiera. Los veía sin verlos, los escuchaba sin prestar atención á sus palabras y ni aun siquiera se daba cuenta del lugar en que se encontraba, porque todo su ser estaba embargado con su Maestro, sin saber, sin embargo, donde éste se hallaba. Buscó primeramente á Jesús sin encontrarle, y por su perseveran-

cia en buscarle lo halló al fin y mereció verle antes que los demás. La tardanza acrecentó sus deseos y su deseo se tornó en júbilo al hallar al que buscaba.

¿Son tus deseos de ver á Jesús y de vivir con Jesús tan ardientes? ¿Son tan constantes? ¿Puedes al menos decir: Señor, yo no tengo esos generosos deseos de agradaros y de serviros que arden en los corazones de los santos, pero los deseo con toda mi alma y os los pido humildemente; no me los neguéis puesto que de Vos me han de venir.

PUNTO II

Cómo premió Jesucristo la constancia del amor de María Magdalena.

Considera la admirable dulzura de nuestro Señor Jesucristo al dejar á su bienaventurada Madre para ir á consolar á María Magdalena, y medita de qué modo procedió para hacerla más digna de su visita. Para ello represéntate á María Magdalena cuando inclinada para mirar al fondo del sepulcro, vió á dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar que había ocupado Jesús, uno á la cabecera y el otro á los pies. Ambos le preguntaron la causa de su llanto y María Magdalena les respondió: "Es que me han arrebatado á mi Señor y no sé dónde le han puesto.„

En estas dos cosas has de ver la causa de tus miserias y un motivo justo de tu llanto. Pero ¡oh ceguedad deplorable! Por la pérdida de una bagatela, de una nonada, te afliges y lloras, pero la pérdida de Jesucristo te deja insensible. No sabes dónde le han puesto y no te turbas ni te inquietas. ¿Pero dónde le pones tú mismo? ¿Quiéres saber dónde está? Está en tu corazón, si la humildad, la paciencia y la caridad residen y reinan en él. Si esas virtudes te faltan, no tienes á Jesús. Tus murmuraciones, tu vanidad, tu amor propio le arrojan de tu corazón, y con razón puedes quejarte entonces de ti mismo, pues tus faltas son las que te han quitado á tu Maestro.

Considera también, que al mismo tiempo que María Magdalena respondía á los ángeles las palabras que quedan dichas, nuestro Señor se acerca al sepulcro y apenas los ángeles advirtieron su presencia, se levantan respetuosamente. La santa al verlo, mira detrás de sí para averiguar la causa. Entonces Jesús se presenta á ella sin darse á conocer y la dice: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿Qué buscas aquí?„ Y María Magdalena pensando que quien le hablaba era el jardinero, le responde: "Señor, si sois vos quien se lo ha llevado, decidme dónde le habéis puesto y yo me lo llevaré.„

Admira aquí el amor vehementísimo de María Magdalena al Hijo de Dios, que la enloquece santamente, le hace hablar sólo de Jesús y pensar sólo en Jesús y figurarse que todos están tan enamorados de Jesús como ella, y su amor le impulsa á pretender lo que no podría realizar sino por milagro. Aparte de esto, fíjate en que no se engañó al tomar á Jesús por un jardinero. Jesús ha regado con su sangre el jardín de la Iglesia y resucitó para plantar la fe y todas las demás virtudes en el mundo.

¿Pero tienes tú las mismas disposiciones que María Magdalena para encontrar á Jesús? ¿Estás dispuesto á sufrirlo todo por hallar á Dios? ¿Estás dispuesto á dejarlo todo por seguirle? Mira cuánto te conviene hacerlo, porque de otro modo no serás digno de ver á nuestro Señor en el estado de su gloria como lo vió María Magdalena en premio de su amor.

PUNTO III

Cómo obra Jesucristo en los corazones que le aman.

Considera el gran poder que Jesucristo tiene sobre los corazones y la admirable mudanza que su bondad hizo con una sola palabra en el de María Magdalena. "María„, le dijo, y ella volviéndose respondió, "Maestro.„ ¡Oh, si tú pudieras penetrar el maravilloso sentido que tienen estas dos palabras: "Maestro,„

"María!„ ¡Cuántas maravillas de amor divino verías en esos dos corazones, si pudieras penetrar en ellos! ¡Cuánta ternura y dulcedumbre en el Corazón de Jesús! ¡Qué de alegrías y de amorosos transportes en el de María Magdalena! Se hallaba antes sumida en un profundo abismo de tristeza, que había paralizado todos sus sentidos y todas las potencias de su alma, pero en un instante la voz de su Maestro disipa todas las nubes de su espíritu y la llena de consuelos celestiales. Su corazón transportado de alegría, se hinche de dulzura á la vista de Jesús, mas al quererse arrojar á sus pies para besárselos, el Maestro la detiene y le dice: "No me toques, porque aún no he subido á mi Padre: mas ve á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi Dios y á vuestro Dios.„

¡Ah Jesús mío! ¿Por qué impedís á María Magdalena que se postre á vuestros pies? ¿No es allí donde ha encontrado su felicidad y el perdón de sus pecados? Su corazón busca su centro; ¿no sois Vos todo su amor y su esperanza? ¿Adónde irá, si la alejáis de Vos? Ve, le dice, á mis hermanos, no te detengas aquí más tiempo, es necesario que moderes las ansias de un corazón demasiado sensible, basta con que sepas que he resucitado. Ve á darles tan buena nueva. Son mis hermanos por adopción; son hijos de Dios por gracia, como yo lo soy por naturaleza; no puedo dejarles por más tiempo en la aflicción en que se hallan. En cuanto á ti, ya me verás todavía antes de que suba á mi Padre y no perderás el fruto de tu obediencia.

Aprende, pues, á moderar tu alegría por santa y espiritual que sea, y á que tu amor sea purísimo, sin que se mezcle nada de humano ni de sensible. Pero no pierdas de vista tampoco que es asimismo una flaqueza y un defecto turbarse y abatirse demasiado en la desolación, falta de confianza en la bondad de Dios, que no te manifiesta menos amor y ternura, cuando te priva por algún tiempo de la dulzura de

sus consuelos que cuando te los concede, porque no te los quita sino para obligarte á estar siempre vigilante y para inclinarte á tributarle el honor y la gloria que le son debidos.

Piensa que estas mudanzas te son más ventajosas que la calma continua que deseas; pues el mérito de un alma no consiste en tener más consuelos divinos, sino en estar más sometido á la obediencia, más firme en una sincera humildad y más llena del amor de Dios y del prójimo. No temas, pues, dejar á Jesucristo como María Magdalena, para consolar y socorrer á tus hermanos. El te devolverá con creces lo que por eso hayas perdido.

Coloquio —¡Oh divinísimo Jesús, tesoro infinito de amor y de ternura y que así pagas el amor y las lágrimas de una santa penitente, prefiriéndola á todos y haciéndola objeto de tu predilección, déjame que postrado á tus pies como ella, te los bese y riegue con las lágrimas de mi amor y de mi contrición y que merezca oir de tus labios: "Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho.„

Propósitos.—Busca en todo á Jesús en tus deseos, en tus intenciones y en tus obras.

MIÉRCOLES

De los maravillosos efectos del amor divino, representados en María Magdalena.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El amor divino personificado en María Magdalena busca á Cristo.

Considera cómo pensando la Magdalena que el que estaba junto al sepulcro era un hortelano, le dijo: "Señor, si Tú le llevaste, dime dónde le pusiste, y yo le llevaré.„ En estas palabras descubrió la Mag-

dalena el exceso de su ferviente amor, el cual la tenía como enajenada de sí misma, y la hacía hablar sin saber lo que se decía y ofrecerse á más de lo que podía. Y así se ven aquí pintadas las tres propiedades de la encendida caridad del corazón, que sólo vive por Jesús y para Jesús.

La primera propiedad es, que arrebata el corazón y la lengua del que ama, para que siempre piense en su amado, y hable siempre de él, imaginando que todos le entienden. Y así la Magdalena no dijo, si tú llevaste el cuerpo de mi Maestro, sino solamente si tú lo llevaste, porque imaginaba que el hortelano la entendía y sabía de quién hablaba por estar absorta en pensar solamente en su Jesús. Por esta señal conoceré yo si tengo grande amor de Dios; pues como El dijo: "donde está tu tesoro, allí está tu corazón„, y por consiguiente allí está tu lengua, tus ojos, tus pies y manos, ocupándose todo tu espíritu en la vista y amor del tesoro, en guardarle y acrecentarle con cuidado. ¡Oh Dios infinito! sé Tú mi tesoro, y arrebata mi corazón y cuanto tengo, para que donde estés Tú, allí esté yo, viéndote y gozándote sin fin.

La segunda propiedad de esta encendida caridad, es causar en el que ama olvido de sí y de sus cosas, y hacerle que se humille y sujete á toda humana criatura, y á veces dice y hace excesos que al juicio humano parecen locuras, pero son excesos de amor, al modo que David, olvidado de su real grandeza, saltaba y bailaba delante del arca, y burlándose de él su mujer Micol, él no hizo caso, antes se humillaba y saltaba más delante de Dios. Y la misma Magdalena, herida de amor, se fué al convite donde estaba Cristo, y se echó á sus pies, sin reparar lo que dirían los convidados, olvidada de todos, como si estuviera sola. Y en el caso presente, con el mismo enajenamiento, con grande humildad llama señor al hortelano, para acariciarle y persuadirle que la descubriese dónde estaba el cuerpo de su Maestro. Y le

dice, si tú le llevaste, no reparando en que no llevaba camino que el hortelano hubiese desenterrado un difunto, y sacádole del sepulcro donde su mismo dueño le había puesto. Y por esta segunda señal conoceré yo la grandeza ó pequeñez de mi caridad, porque si el amor de la hacienda en los avarientos, y el amor de la honra en los ambiciosos, y el amor del deleite en los sensuales tiene tanta fuerza que los enajena de sí, ¿cuánto más hará todo esto y con mayor fuerza el encendido amor de Dios en aquellos que han entrado en los secretos divinos? Y si el mismo Señor no ordenase en ellos la caridad, harían locuras y demasías; y si hace algo que parece locura al que no ama, es cordura en los ojos del que sabe qué cosa es amar. ¡Oh Rey eterno, éntrame en los secretos de tu corazón; embriágame con tu amor; sácame de mí para traspasarme en Ti; causa en mi alma olvido de mis cosas, para que solamente atienda á las que son tuyas, humillándome hasta ser tenido del mundo por loco, para ser delante de tus ojos sabio!

La tercera propiedad de esta ferviente caridad, es sacar fuerzas de flaqueza y hacer al que ama que se ofrezca á mucho más de lo que puede, confiando no en las fuerzas que tiene de suyo, sino en las que Dios le ha de dar. Y así la Magdalena, encendida en este amor, se ofreció valerosamente á ir por el cuerpo de su Maestro dondequiera que estuviese, sin exceptuar lugar alguno, y sin reparar en que era día solemne y el sol era ya salido, y ella mujer flaca, y la carga un cuerpo muerto, de un crucificado, aborrecido de los judíos, y sentenciado á muerte por el presidente, sin cuya licencia no se atrevió José de Arimatea á darle sepultura; pero ella rompiendo por este muro de dificultades, dice: "Yo le llevaré y volveré á su lugar„. ¡Oh mujer, grande es tu confianza, grande es tu ánimo y esfuerzo, porque es grande tu amor! ¡Oh amor invencible, que vences todo lo dificultoso y ás-

pero de esta vida, y de nada eres vencido!; tú llevas al que te lleva, y haces ligera la carga del que ama; tú pones sobre nuestros hombros á Cristo, y haces que nos lleve Cristo, ayudándonos contigo á llevar toda la carga. ¡Oh amor fortísimo, verdaderamente eres fuerte no menos que la muerte, pues te atreves á lidiar con muertos y á romper las dificultades de muerte por servir á tu Amado! ¡Oh Dios eterno y amador infinito, embriágame con la dulzura de tu amor, para que mudando con él mi fortaleza, corra en tu servicio sin parar, y camine sin desfallecer, llevando cualquier carga que me pusieres, fiado en que me darás fuerzas para llevarla!

Con este espíritu me tengo de ofrecer á llevar á Cristo muerto, sobre mí, esto es, su mortificación en mi cuerpo, del modo que El mortificó el suyo, conforme á lo que dice san Pablo: "Siempre traemos de una parte á otra en nuestro cuerpo la mortificación de Cristo Jesús. Mirad que habéis sido comprados con grande precio; glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo.„

PUNTO II

Las lágrimas de María Magdalena encuentran á Cristo.

Considera cómo las lágrimas de María Magdalena, nacidas de su amor ardentísimo á Cristo N. S., merecieron encontrarle. Contempla llorando sin consuelo y con un amor vehemente, solícito, perseverante y devoto á María Magdalena, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, que ni los ángeles pueden consolar. Considera la razón de estas fervorosas lágrimas, que la misma Magdalena dió á los ángeles, diciéndoles: "Lloro porque llevaron á mi Señor y no sé dónde le pusieron.„ Como quien dice: ¿No os parece bastante causa para llorar, haberme llevado á mi Señor y todo mi bien sin saber quién le llevó y dónde le pusieron? Antes lloraba su muerte, pero consolábame con tener su cuerpo; ahora me han quitado este consuelo

que me quedaba, y por esto lloro, ni hallo para mis lágrimas remedio. En lo cual pondera, que las lágrimas son bien empleadas, principalmente por dos causas.

La primera, cuando nuestros pecados nos han quitado á Dios del alma, privándonos de su gracia y amistad, y estas lágrimas son semejantes á las que derramó la gloriosa Magdalena á los pies de Cristo, cuando echó de ella los siete demonios y la perdonó sus pecados. La segunda causa es cuando, sin saberlo nosotros, se nos ausenta Dios y nos deja en tinieblas y sequedad de espíritu, con tanta obscuridad, que apenas sabemos adónde y cómo buscarle. Y estas lágrimas son semejantes á las que derramaba la Magdalena en esta ocasión, buscando á su Maestro y Redentor, y ambas lágrimas son prendas grandes de que hallaremos á Dios N. S. si con ellas le deseamos y buscamos, diciendo con el real profeta David: "Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, oyendo á los que me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios?„

Considera también cómo cuando se convirtió la Magdalena, y lloraba á los pies de Cristo N. S., no le preguntó Cristo: "Por qué lloras? ¿A quién buscas?„ porque aquellas lágrimas se fundaban en profundo conocimiento de sus pecados y en viva fe y amor del Señor que tenía presente, el cual las conocía y aprobaba. Pero en este caso de la resurrección, como las lágrimas iban mezcladas de falta de fe, llorando por muerto al vivo y buscando al vivo entre los muertos, dícele: "¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?„ Como si dijera: ¿Sabes por qué lloras y á quién buscas? Sin duda que no lo sabes bien, porque si lo supieras, no me lloraras de esta manera por muerto, ni buscaras como ausente al que tienes presente. En lo cual nos enseña Cristo N. S., cómo su voluntad es que examinemos bien las causas de nuestras lágrimas, y también qué es lo que buscamos y pretendemos en su servicio, porque no se mezcle algo que sea contrario

á Dios, ó desdiga de lo que á su grandeza y á nuestra perfección conviene. Y porque muchas veces pensaré que lloro por mis pecados, y no lloro sino por la afrenta ó daño temporal que me resultó de ellos; y pienso que lloro por ir á ver á Dios, y no es sino por huir el trabajo que padezco. Y también acontece pensar que busco á Dios y su gloria, y verdaderamente me busco á mí mismo, á mi honra ó provecho. Y si busco á Dios, es con mezcla de estas imperfecciones. Y á esto con mucha razón me dirá Dios: ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?

PUNTO III

Cómo Jesús paga el amor y las lágrimas de María Magdalena.

Considera la infinita caridad del Redentor en honrar á los pecadores convertidos, escogiendo por primer testigo de vista de su resurrección á una mujer que había sido pecadora, para que se entendiese que no daña la muchedumbre y gravedad de los pecados pasados cuando se recompensan con amor y con lágrimas. Y cuán cierta es la palabra de Cristo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.„ La Magdalena se señaló, además, singularmente en amar y servir á Cristo N. S. haciendo por su amor muchas cosas generosísimas, como fué lavarle los pies con lágrimas, ungírselos con precioso ungüento, limpiarlos con sus cabellos, asistir á sus pies, oyendo su doctrina con mucho gusto, acompañarle en el monte Calvario, y madrugar para ungirle después de muerto con mayor fervor que todas sus compañeras; por eso fué digna de verle primero que los demás.

Considera luego cómo premió Jesús las ansias de la Magdalena en buscarle. Eran estas grandísimas. No se sentó cabe el monumento, sino siempre estaba en pie, como á punto para buscarle á una y otra parte, inclinándose una y otra vez á mirar el sepul-

cro por ver si hallaba la segunda vez lo que no halló en la primera; porque quien mucho ama á Dios, no cesa de repetir las mismas oraciones y multiplicar las mismas diligencias para hallarle. De aquí procedió, que aunque sus compañeras se volvieron del sepulcro, contentándose con lo que los ángeles les habían dicho, y san Pedro y san Juan se tornaron á su posada, contentos con haber visto las mortajas; pero ella no se contentó con nada de esto, sino quedóse allí con gran perseverancia, como quien dice: aquí perdí lo que tanto amo, aquí lo hallaré, ó aquí moriré hasta hallarlo.

Mostró ese mismo fervor en las lágrimas que derramaba por esta causa, sin que fuese parte la vista de los ángeles tan hermosos y resplandecientes para enjugarlas, porque no hallaba ningún consuelo en vista de criaturas la que tenía puesto todo su deseo en ver á su Maestro, que era el Criador. Pues estas ansias y ese fervor premia Jesús, no sólo mostrándose á Magdalena antes que á nadie, sino haciéndole además apóstol de su resurrección y de los mismos apóstoles..

Pondera la ternura de aquel recado tan amoroso que envió por medio de la Magdalena el Señor á sus discípulos. No se desdeña de llamarlos hermanos, para que entendiesen que la gloria de la resurrección no le había mudado la condición, antes les daba mayores muestras de amor con este nombre de hermanos; y lo que les mandó decir es: "Ya he resucitado para subir á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios.„ Mi Padre por la generación eterna, y vuestro por la adopción graciosa, y mi Dios por la unidad de naturaleza, y vuestro por la unión de caridad.

Coloquio —¡Oh Dios de mi alma!, concédeme que llore por mis pecados y por tu ausencia, de modo que Tú apruebes mis lágrimas, y que busque lo que deseo, de modo que merezca que me consueles con

tu presencia como mereció ser consolada María Magdalena. ¡Oh amantísimo Jesús, gracias os doy, cuantas puedo, por este favor tan grande que nos hacéis en darnos á vuestro Padre por nuestro Padre, y á vuestro Dios por nuestro Dios! Que sea yo buen hijo vuestro por el sacrificio y las virtudes, como Vos sois Padre mío por los beneficios y el amor.

Propósitos.—Muestra que amas á Jesús como la Magdalena hablando de Él, y procurando que todos lo conozcan y amen.

JUEVES

De la aparición de Jesucristo resucitado á las santas mujeres.

Preludios.—Mira cómo partiéndose la Magdalena con grande gozo, alcanzó á sus compañeras en el camino, y tratando con ellas de lo que le había sucedido, todas se encendieron en grande deseo de ver á su divino Maestro, el cual, atendiendo á este deseo, las salió al encuentro, y les dijo: *Dios os salve.*

PUNTO I

Jesús se aparece á las santas mujeres.

Considera con qué bondad se presentó el Hijo de Dios á las santas mujeres para premiar su fervor y diligencia en buscarlo. Y es motivo de grande consuelo ver la bondad de Cristo N. S., que no repara en nuestras imperfecciones cuando con sana y fervorosa intención deseamos agradarle, como sucedió á estas mujeres, las cuales con falta de fe, no creyendo en su resurrección, fueron á ungirle, pero con entrañable deseo de servirle; y mirando á esta intención, Jesús quiso consolarlas. ¡Oh, qué contentas y alegres quedaron con su vista, y por cuán bien empleados dieron los trabajos pasados!, porque con aquella palabra *Avete*, que quiere decir "Dios os salve, gozaos y alegraos„, quedaron todas llenas de salud espiritual y de alegría grandísima, porque la

palabra de Cristo es eficaz y obra todo lo que significa. Y no sin misterio usó de esta palabra el Salvador, de la cual había usado san Gabriel cuando anunció á la Virgen la encarnación para confirmar lo que el ángel había dicho, anunciándoles que por su resurrección se les quitaría la maldición de las culpas, que por una de ellas todos incurrimos. Después de haber admirado la dulzura de tu divino Maestro con estas santas mujeres y el amor que tiene á las almas, mira de cuántas maneras se presenta á ti para demostrar el cuidado que tiene de todas tus cosas.

Aplícate esto que dice san Juan Crisólogo de las tres Marías: "Cuando acudes con fervor adonde la obediencia te llama, Jesús se te aparece á fin de bendecir tus trabajos y coronarlos. Cuando acudes con fervor á la oración, cuando guardas las obligaciones de tu estado, cuando acuden á tu mente buenos pensamientos y fervorosos deseos, es que Jesús viene á ti y que te honra con su presencia„. Preséntase como Señor, para gobernarte; como Maestro, para enseñarte; como amigo, para alentarte á servirle por amor, y no á huirle por temor y para decirte: Soy tu salud, tu alegría y tu vida. Vive en mí y hallarás la paz. No temas, yo soy tu sostén y tu apoyo. Deja todo lo que pasa y no busques sino lo que es eterno. ¿Qué son todas las cosas temporales y perecederas, sino una ilusión y un sueño? ¿De qué te servirán todas las criaturas si el Creador te abandona?

¡Feliz el alma que escucha al Señor cuando El le habla, y que recibe de su boca la palabra que la consuela! ¡Felices los ojos que están cerrados á todas las cosas exteriores y sólo se abren para ver á Jesús cuando El se presenta!

PUNTO II

De qué modo correspondieron las santas mujeres á la aparición de Jesús.

Considera los diferentes movimientos de temor, de confianza, de amor, de alegría y de respeto, que la presencia inesperada de Jesucristo, produjo en el corazón de las santas mujeres. La bondad les daba confianza, pero la gloria y la majestad que resplandecían en su rostro, les infundía temor. El amor y la alegría las impulsaron á acercarse al Salvador; el respeto que le tenían les obligó á arrojarse á sus pies, á besárselos y á adorarle con profunda humildad. Medita bien todo esto y trata de sacar de ello el debido fruto.

En primer lugar, se acercaron á Jesús. Esto es lo que tú debes hacer imitando este ejemplo, realizando todo cuanto sea necesario para adelantar siempre en el camino de la perfeccion; teniendo en cuenta, qué es acercarse á Jesucristo. Tomar ocasión de todo lo que nos sucede para lograr algún adelantamiento en la virtud. Luego le besaron los pies. "Esto es un efecto de su bondad„, dice san Juan Crisólogo. Nadie conoce á Jesucristo, si El no se manifiesta primero; nadie se aproxima á El, si El no le atrae; nadie le posee, si El no lo consiente. A ti te toca corresponder fielmente á la gracia cuando esta se presenta; de lo contrario, pasa y se pierde. El medio de hacer de ella un buen uso, es que te humilles delante de Dios y referir á El la gloria de todo el bien que hagas.

Por último, le besaron los pies y lo adoraron. No se arrojaron precipitadamente, como la Magdalena la primera vez, sino con grande reverencia se llegaron á El, y le adoraron, y dándoles licencia, tomaron sus pies sacratísimos y los besaron con grande amor. Y aquí alcanzó la Magdalena el cumplimiento

de su deseo, tocando también los pies de Cristo. ¡Oh, qué dulzura sentirían besando aquellas preciosas llagas que con tanto deseo habían procurado ungir! Vinieron al sepulcro para ungir á Cristo, pero Cristo las ungió con la unción de que El estaba ungido, que era con óleo de alegría, y con la devoción del divino espíritu que derramó sobre ellas.

A imitación de estas santas mujeres, que, como cuenta san Marcos, fueron tres las principales, tengo de procurar que las tres potencias de mi alma se ocupen en alabar á Cristo N. S.: la memoria con santos pensamientos, el entendimiento con pías meditaciones, la voluntad con fervorosos afectos. Y la mejor manera de ungir á Cristo es por medio de mi mortificación, suplicándole me dé El estas especies aromáticas con que ungirle, pues de su mano me ha de venir todo lo bueno. ¡Oh Cristo Jesús, ungido por tu Eterno Padre con óleo de alegría!, poca necesidad tienes de ser ungido por mí, pero es tan grande tu caridad, que tienes por gloria verme encendido en amor tuyo. Ves aquí te ofrezco las especies aromáticas que he comprado, que son afectos de alabanza y agradecimiento, de amor y confianza, con vivos deseos de tener todas las virtudes para ungirte con ellas. Pero tú, Señor, que previenes á los que te buscan, anticipa conmigo tus misericordias; dame licencia que toque con el espíritu tus sacratísimas llagas, y con el licor preciosísimo que salió de ellas, unge mi corazón con la gracia de tu divino espíritu para que siempre se ocupe en tu amor y servicio.

PUNTO III

De las diferentes maneras que Jesucristo tiene de aparecérsenos.

Considera la conducta que nuestro Señor observó con las demás santas mujeres, tan diferente de la que momentos antes tuvo con María Magdalena. A ésta la dijo: "No me toques." Y á las demás santas

mujeres: "No temáis.„ Prohibe á Magdalena que le toque y poco tiempo después, permite, tanto á ella como á las demás, que le besen los pies. ¿Cuál de las dos cosas vale más? ¿La negativa primera ó la posterior concesión de la gracia? Si juzgas seriamente, es tan buena la una como la otra, pues no es menor efecto de la bondad de Jesucristo el negarnos lo que nos es dañoso, que darnos lo que puede sernos útil. "Alaba fervorosamente al Señor y adora la huella de sus pies porque es santo,„ dice el real profeta. ¿Y por qué es santo? Es santo porque escucha nuestras plegarias, y es santo también porque castiga nuestros desórdenes. "Señor, Dios mío, vos les habéis sido favorable y habéis tomado venganza de sus faltas,„ dice también el profeta, para hacer ver que la santidad y la bondad de Dios aparecen igualmente en ambos casos, y que tan amable y adorable es cuando nos castiga como cuando nos acaricia, ya nos niegue ó ya nos conceda lo que le pedimos.

Aprende aquí, en primer lugar, que el fervor indiscreto y puramente sensible no agrada á nuestro Señor y que nunca has de olvidar el respeto que le debes, pues de otro modo te rechazará y te prohibirá que le toques. Pero piensa también que no quiere que te turbes por un temor excesivo, ni por ninguna otra pasión desarreglada; amigo es de la paz y de la tranquilidad del espíritu y por eso al acercarte á El, debes, ante todo, recogerte y disponer tu corazón de manera que con entera libertad pueda recibir las inspiraciones divinas. Has de aprender, además, á no creer que tu vida es perfecta solamente, cuando todo te sale á medida de tu deseo, ó que eres amado particularmente por Dios, porque te concede todo lo que le pides, ó porque sientes una gran ternura ó extraordinario fervor de devoción. No por esas señales se conoce quién es verdaderamente virtuoso, ni consiste en esto la perfección del hombre espiritual.

¿En qué consiste entonces?, dirás. En consagrar

enteramente tu corazón á la voluntad de Dios, sin buscar tu propio interés ni en las cosas grandes ni en las pequeñas; ni en el tiempo ni en la eternidad; de tal modo, que mires con los mismos ojos los bienes y los males, y que tributes á Jesucristo las mismas acciones de grácias en los unos y en los otros. Sólo entonces puedes prometerte que vuelva otra vez á tu alma para hacerla sentir una alegría celestial con la luz de su presencia.

Entonces también puedes esperar que te diga como á las santas mujeres: "No temáis. Id, dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea, allí me verán„. Pues si Jesús te colma de gracias es para que las comuniques á los demás, á quienes mira y ama como á sus hermanos, hijos adoptivos de su Padre y coherederos de su reino.

Imita, pues, su bondad y su dulzura hacia tus hermanos. No rechaces á nadie que te pida auxilio. Si puedes darle lo que te pida, dáselo de corazón; si no, muéstrale tu amor hacia él y trátale con dulzura. Porque donde el poder falta, Dios se contenta con una buena voluntad y reserva al que la tiene una riquísima corona. Jamás digas que no tienes nada, pues la caridad es un tesoro que nunca se agota. Sé, por lo tanto, misericordioso como nuestro Padre lo es. Haz bien á todos; da sin esperar nada en cambio, pues así tu recompensa será grande y serás hijo del Altísimo, que hace bien á los mismos ingratos y á los malvados.

Coloquio.—¡Oh alma mía! cierra todas las puertas de mis sentidos para no ver en adelante más que á Jesús en todas partes. Piensa en El, en todo lugar, en todo tiempo y en todas tus acciones y El te conducirá al fin, á la bienaventuranza de sus elegidos. ¡Oh Rey de la gloria, que mudáis nuestras tinieblas en luz y nuestras lágrimas en júbilo por vuestra divina presencia! ¡no os apartéis de mí en mi aflicción, ni me ocultéis vuestro rostro! Haced que os encuen-

tre en todas partes para favorecerme; pero muy especialmente á la hora de mi muerte, cuando todas las criaturas me hayan abandonado y el mundo me arroje de sí. Estad siempre cerca de mí y no temeré á mis enemigos. Nada podrá dañarme si tengo la dicha de veros. ¡Oh dulcísimo Jesús! Cuán dulces son para mis oídos las palabras que salen de tu boca. Oiga yo que me dices "No temas„ como á las santas mujeres y la paz del cielo vendrá á mi corazón. Déjame que te adore y bese esos pies divinos portadores de toda dicha. Muéstrate á mí resucitado y glorioso para que tu vista me arranque de todo amor caduco y perecedero.

Propósitos.—Buscar á Jesús por el amor y la pureza de intención al ofrecerle todas las mañanas *al amanecer* como las santas mujeres todas las obras del día.

VIERNES

Por qué Cristo N. S. conservó después de su resurrección las señales de sus llagas sacratísimas.

Preludios.—**Mira en el cuerpo de Jesús cinco manantiales de luz purísima que brotan de sus cinco llagas, pídele que te deje entrar en ellas y beber allí á torrentes delicias celestiales que te conforten y animen para vivir por El llagado, y morir con El crucificado, para resucitar con El glorioso.**

PUNTO I

Las llagas de Jesús motivo de confianza para los pecadores.

Considera que el primer motivo porque Jesús conservó las sacratísimas llagas después de la resurrección, fué para dar motivo de segura confianza á los pecadores. San Pablo nos asegura que Jesucristo, viviendo en el cielo vida gloriosa, intercede con su Padre continuamente por nosotros. Pues sus llagas sacratísimas son como la boca de que se sirve para hablar en favor nuestro. Jesús muestra á su Eterno Padre el costado abierto y las llagas de sus pies y de

sus manos, y esas señales de la misericordia y clemencia que tuvo por nosotros, nos merecen la de su Padre celestial. Si nuestros pecados claman venganza y justicia, la sangre de esas llagas pide con más fuerza perdón y misericordia. La voz de sus llagas desvanece la de nuestros delitos. Si el Padre Eterno justamente irritado me amenaza, yo me refugio en el Corazón de Jesús, traspasado por mi amor, como en asilo seguro, donde estaré defendido de sus iras. Si el Padre Eterno me quiere castigar, no lo podrá hacer, sin herir al corazón de Jesús. Estando allí, ¿qué tendré que temer?

Con este espíritu tengo yo de mostrar al Padre Eterno las llagas de su divino Hijo, y suplicarle por ellas aplaque la ira que tiene contra mí y contra los hombres, diciéndole: ¡Oh Dios, protector nuestro, mira el rostro de tu Cristo! Mira también las llagas de sus benditas manos, de sus pies y de su costado. Por las llagas de sus sacratísimas manos concédenos que las nuestras hagan siempre buenas obras; por las de sus pies, que los nuestros anden siempre buenos pasos; y por la de su costado, que el nuestro esté siempre llagado de tu amor. ¡Oh alma mía!, sigue el consejo de la divina Sabiduría, y levantando los ojos al cielo empíreo, "mira el arco que allí está, y bendice al Señor que le hizo, porque es muy hermoso con el adorno de sus colores, rodea el cielo con un círculo muy glorioso; las manos del muy alto le abrieron y pusieron como está." Benditas sean las manos que fabricaron este arco, verdadero iris de paz eterna entre Dios y los hombres. Bendito seas, Dios mío, por cuya ordenación tendió Jesús sus divinas manos en la cruz, para abrazar en señal de paz á todos los escogidos y cercarlos con el círculo de su protección, y después colocarlos en el trono de su gloria.

PUNTO II

Las llagas de Jesús motivo de amor para todos los hombres.

Considera que Jesús quiso conservar las llagas en su cuerpo glorioso para dar motivo á todos los hombres de que reconozcan su amor eternamente, por ser ellas memoria eterna de lo muchísimo que nos ama. Jesús hizo de las señales de su ignominia, señales de su gloria para hacernos conocer lo mucho que estimó el padecer por nosotros. Conservó sus llagas como memorial que, recordándole lo que hizo por nosotros, le moviese á hacer aun más, continuando en hacernos perpetuamente beneficios. Deduce de aquí que estas llagas son pruebas perpetuas de su amor, y deben continuamente animar el nuestro. Su costado abierto, y su corazón traspasado, deben abrir y traspasar nuestro corazón con la llama del amor divino. Estas llagas son como hornos encendidos, de donde salen llamas que abrasan toda la corte celestial; y no obstante, no han empezado á calentar mi corazón. ¡Tanto hielo entre tanto ardor! ¿Puede haber cosa más extraña? Estas llagas nos acuerdan lo que Jesucristo padeció por nosotros; pues qué, ¿no nos moverán á padecer por él?

Así, pues, como á Cristo le sirven sus llagas sacratísimas de memoria de lo que le costamos y le mueven á amarnos y perdonarnos y no nos puede olvidar porque, como dice el profeta, nos tiene escritos en sus manos y por los agujeros de los clavos se le escapan las gracias y bienes de que nos llena, así á nosotros la vista de las mismas sagradas llagas debe provocarnos á que le amemos, conociendo por ellas lo mucho que nos amó, y lo que padeció por nosotros. Sea, pues, la vista espiritual de estas llagas, que están ahora en el cuerpo glorificado de Cristo, despertador eficacísimo de nuestras potencias, para que todas se ocupen en servicio de este Señor. Por estas

llagas, entramos dentro de El á morar y estar unidos con El con unión de actual memoria, conocimiento y amor, imaginando que desde el cielo se nos dice: "Levántate y date priesa, amiga mía y paloma mía, vuela con un vuelo apresurado á los agujeros de la piedra y á la abertura de la pared. Entra en estas llagas de mi cuerpo, no ya feas y sangrientas, sino hermosas y glorificadas. Si te vieres acosada de los milanos infernales, huye á estas llagas, que ellas te defenderán de sus tentaciones. Si fueres perseguida de las vanidades del mundo y de las pasiones de tu carne, acógete á estas llagas, porque en ellas hallarás casa de refugio contra todos tus temores. Si te vieres alborotada con cuidados y negocios, húrtales el cuerpo y entra dentro de estas llagas, donde hallarás quietud y descanso para tu espíritu. Si deseas conocerme y amarme con todo tu corazón, llégate á estas llagas y entra dentro de ellas, y allí verás la estima que tuve de ti y lo mucho que te amé, y de mi corazón saldrán tales llamas de amor, que totalmente abrasen el tuyo y le junten y transformen en el mío. Mira las llagas de mis manos, y fortalece las tuyas para pelear por mi gloria, como yo peleé por tú salud. Mira la abertura de mi costado, y ábreme el tuyo dándome todo tu amor como yo te di el mío. Mira las llagas de mis pies, y endereza todos tus pasos á mi servicio, imitando los míos con perseverancia hasta que alcances la corona.„

Éstas consideraciones y afectos tengo de ejercitar, acordándome de las llagas de Cristo N. S.; y para mirarlas más de cerca, avivaré la fe de que las tiene su cuerpo gloriosísimo, no solamente en el cielo, sino en el santísimo Sacramento del altar; y que allí son como cinco fuentes del Salvador, de las cuales manan aguas de gracias y consuelos espirituales para todos los que se llegan con espíritu á ellas.

PUNTO III

Las llagas de Jesús, motivo el día del juicio de esperanza para los buenos y de desesperación para los malos.

Considera que Jesús conservó las llagas en su cuerpo glorioso, para dar al día del juicio motivo de desesperación á los condenados; para justificar lo que hizo por ellos y condenar lo que ellos hicieron con Jesús, que se manifestará, como su Salvador y su Juez. Saldrán entonces de sus santísimas llagas rayos de luces, que consolarán y encenderán por una parte á los predestinados, y por la otra espantarán y confundirán á los réprobos. "Veis aquí, les dirá, mi costado, que fué abierto por vosotros; ¿podéis dudar de mi amor? Fué abierto por vosotros, ¿puedo yo dudar de vuestra ingratitud, ni vosotros negarla? Mi costado estaba abierto para serviros de asilo; vosotros no habéis querido entrar, antes os habéis desterrado voluntariamente de él por vuestros pecados. Yo os desterraré eternamente de él y del cielo para el que os había destinado„. ¡Qué golpe tan rudo y qué confusión tan espantosa! ¿La dureza de tu corazón no te hace temer que caiga sobre ti esta desgracia?

Coloquio —¡Oh Jesús dulcísimo! que como señales de tu victoria eterna y como prueba de lo que estimas los trabajos de tu cruz, dejaste en tu cuerpo glorificado tus preciosas llagas para alentarme á padecer y para que por esas heridas pudiese yo ver el amor que estaba encerrado en tu corazón; por esas tus llagas te suplico humildemente obres en mí los efectos para que las conservaste en tu glorioso cuerpo, admitiéndome á entrar por ellas con alas de paloma, y á morar en ellas como en nido y lugar de mi descanso; porque no quiero otro en esta vida sino pensar en lo mucho que por mí hiciste y padeciste, amándote por ello y obedeciéndote con perseverancia hasta gozar de Ti en la gloria por todos los siglos.

Propósitos.—Acostúmbrate en los temores, en las penas, y en las tentaciones, á refugiarte en las llagas de Jesús, como en un lugar de reposo, y de asilo seguro.

SÁBADO

De los frutos que se siguen de la meditación de las llagas gloriosas de Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Primer fruto.—La necesidad de padecer con Cristo.

Considera que si Jesús S. N. quiso conservar en su cuerpo sacratísimo las llagas que había recibido en su dolorosísima Pasión, fué, entre otras razones, para enseñarnos que nadie resucitará á la vida gloriosa y eterna sin llevar en su cuerpo ó en su espíritu señales de llagas; esto es, de aflicciones y dolores. Porque, en efecto, si alguno pudo eximirse de esta ley, fué Jesús, ya por la calidad de su divina persona, ya por la perfectísima inocencia de su vida, ya por la grandeza de su poder. Y á pesar de todo, no se eximió; antes, sufrió en su cuerpo y en su alma más que todos los hombres. ¿Quién puede presumir, pues, de eximirse? ¿Quién podrá evitar el ser llagado? ¿Quién podrá esperarlo, si conoce la flaqueza de sus fuerzas, la enormidad de sus crímenes y la ruindad de su condición, y compara todo esto con las excelencias de Jesucristo?

Podemos reducir todos los hombres á tres tipos: el Hombre-Dios, el hombre justo y el hombre pecador ó malvado. Pues mira al Calvario, que allí están los tres tipos, y los tres están llagados y crucificados.

El malvado no está exento de sufrir. "Si es pobre, dice san Juan Crisóstomo, la pobreza es su cruz. Si sale de la pobreza, el desarreglo de sus costumbres le hace sufrir todavía más que la indigencia. Si está

enfermo, su enfermedad es su cruz; si está sano, la cólera, el espíritu de venganza, la avaricia, el orgullo, las concupiscencias, todas las pasiones, en fin, perturban su reposo, mientras que la conciencia es para él un suplicio intolerable.„

Pues los justos no están menos combatidos por la adversidad ni menos crucificados que los hombres perversos. Los falsos amigos, los enemigos, las enfermedades, las calamidades públicas y privadas, mil géneros de males los combaten sin cesar, y el mismo Dios los prueba y perfecciona por el dolor y el sufrimiento. Y cuando nada exterior los combate, buscan ellos voluntariamente la cruz y la penitencia, y se abrazan con ella, y les amarga la vida el constante suspirar por el cielo. Convenzámonos, pues, de que esta vida no es sino un tormento inacabable.

El Hombre-Dios, nuestro adorable Redentor Jesús, no sólo padece como los pecadores y los justos, sino muchísimo más, no ya de lo que los hombres pueden padecer, sino de lo que no podrán jamás imaginar. De suerte que el malvado, el justo y el Hombre-Dios, han venido á este mundo condenados al suplicio de la cruz. Abrázate, pues, con ella, procurando imitar en tu paciencia y alegría en el padecer los maravillosos ejemplos de Cristo N. S.

PUNTO II

Segundo fruto.—El consuelo de padecer como Cristo.

Considera, en segundo lugar, que las llagas que nuestro Señor conservó en su cuerpo resucitado, son para nosotros una prenda segura de que Jesús no nos abandona en nuestras tribulaciones. Sufrimos nosotros, sufrió El, y esta comunidad en el dolor es un vínculo fortísimo entre Jesús y nosotros. Nada estrecha la amistad tanto como la mala fortuna ó la tribulación padecida en común. Desconfiad del amigo que adquiristeis en la prosperidad, y que participó de los placeres ó de los esplendores de vuestra

suerte; del que se sentó á vuestra mesa bien abastecida ó á la sombra del techo de vuestro palacio; pero no desconfiéis del amigo que sufrió con vosotros, que con vosotros probó el amargo pan de la pobreza y bebió la copa de hiel de las adversidades. El amigo que no os abandonó en el dolor, ese es el verdadero y fiel amigo.

Tanto más si os acompañó en la mala fortuna, no siendo obligado á ello, y únicamente por amor vuestro. Pues Jesucristo es ese amigo, como no le hay en la tierra, ese amigo que sólo puede compararse á El, ligado á nosotros por el vínculo del dolor aceptado voluntariamente por amor nuestro.

Sus sacratísimas llagas son el símbolo y recuerdo eterno de lo que padeció por y con nosotros, y no ha querido que desaparezcan de su cuerpo, para que nunca olvidemos que está ligado con nosotros por el vínculo indestructible del sufrimiento.

Y demuestra esa comunidad que con nosotros tiene, y ese amor entrañable que nos profesa, acompañándonos y consolándonos cuando sufrimos y padecemos. Daniel en la fosa de los leones, los niños en el horno de Babilonia, José en la cisterna, de todos fueron abandonados, y sin remedio hubieran perecido; pero Dios estaba con ellos, y Dios los salvó. Dios, dice san Ambrosio, visita al preso en la cárcel, y añade san Pablo que en todas las aflicciones está junto á nosotros. En las enfermedades, en las calumnias que se levantan contra nuestra fama, ó en las faltas nuestras que se divulgan para hacernos odiosos y aborrecibles á los demás hombres; en la indigencia, cuando nos vemos mal alojados, mal vestidos, mal alimentados, teniendo que trabajar fatigosamente día y noche para atender á nuestras más perentorias necesidades; en las persecuciones, cuando nos afligen penas interiores, cuando las tentaciones nos importunan, siempre que padecemos, en suma, Jesús está junto á nosotros, confortándonos,

aliviándonos, refrigerándonos, dándonos ánimos y fuerzas para salir del mal paso, y sacar de él nuevas y más hermosas virtudes.

Da gracias á Jesús por la infinita bondad que te demuestra queriendo siempre padecer contigo, y en todas tus penas recurre á El, acordándote de que "Cristo padeció por ti, dándote ejemplo para que siempre sigas sus pisadas.„

PUNTO III

Tercer fruto.—La gloria de sufrir por Jesucristo.

Considérese finalmente, que el espectáculo de las llagas de N. S. Jesucristo debe persuadirnos de que nada es tan honroso para el cristiano, ni tan dulce y útil para su alma como padecer y sufrir por servir á Dios. Nada es tan honroso, porque las llagas de nuestras tribulaciones nos hacen asemejarnos á Jesús que quiso conservar las llagas de su Pasión aun después de su resurrección, como emblemas de su victoria, y eternos trofeos de su triunfo, y con ellas subió á los cielos, y está sentado á la diestra de su Eterno Padre, y vendrá como soberano Juez, á juzgar á los vivos y á los muertos. La cruz ha glorificado á Jesucristo, y Jesucristo glorificó á la cruz, y la cruz de Jesucristo y las llagas glorifican á todos los santos.

Nada tan dulce, porque Jesús es la dulzura infinita, y todo lo que á El se une, participa de esta dulzura inagotable. Tomando El las llagas y los sufrimientos les ha comunicado su dulzor, y por esas puertas del dolor han entrado en los humanos corazones la pobreza, la castidad, el perdón de las injurias y todas las virtudes evangélicas que antes parecían imposibles, y que hoy, por la gracia y el ejemplo de Jesucristo, son fáciles y dulces á los que las practican por amor de su Redentor y Salvador soberano.

Nada tan útil, porque en las llagas de Jesús encuentra el alma todas las gracias necesarias para lo-

grar su salvación, y por sus méritos son meritorios todos los padecimientos, dolores y quebrantos que nos afligen en este destierro de la vida.

Coloquio.—¡Oh Jesús, que con tu Pasión y muerte nos libertaste de la servidumbre del demonio, y nos conquistaste la libertad y la vida eterna: oh Jesús piadosísimo, que quisiste conservar en tu cuerpo glorificado por la resurrección, las señales de tu martirio en tus llagas sacratísimas para que todos aprendiéramos cómo se conquista la gloria, y para que las tribulaciones de la vida no nos acobarden ni desalienten, sino que las consideremos como imagen de tus llagas y herencia de dolor que nos asemeja á Ti; yo te ruego que me infundas espíritu de sacrificio, el amor á los trabajos de la vida para que pueda llevarlos al cielo, cual trofeos de mi victoria, y como llevaste tú tus llagas adorables!

Propósitos.—Ya que hemos de vivir llagados en el cuerpo ó en el alma, que nuestras llagas sean gloriosas por la resignación y el amor, como las llagas de Jesucristo.

SEGUNDA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

El buen Pastor.

Preludios.—Oye aquellas palabras de Jesús: «Yo soy el buen Pastor, conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen, y pongo mi alma por ellas:» y pide al Señor que seas tú siempre del rebaño bendito de la Iglesia, y oveja de Cristo, esto es, predestinado á su gloria y no presa del lobo infernal.

PUNTO I

El buen Pastor conoce á sus ovejas.

Considera cómo Cristo S. N. tomó el nombre dulcísimo de Pastor, y lo es efectivamente, siendo sus ovejas los fieles; su aprisco la Iglesia; sus pastos, la gracia divina que nos da por medio de los santos Sacramentos; su cayado la cruz, y su voz, su palabra

celestial; y así como el pastor suele cubrirse de la lana de sus ovejas, nuestro Señor se cubrió y vistió de la naturaleza humana.

Considera que la señal primera que distingue á este santísimo Pastor de todos los demás es el conocimiento perfecto que tiene de todas sus ovejas. Los otros pastores procuran también conocer á las suyas; pero sólo pueden hacerlo, juzgándolas por lo exterior, al paso que Jesús las llama á todas por su nombre y las conoce en su interior, que es el único modo de conocerlas bien.

Y este conocimiento es tan acabado, que según El mismo ha dicho, las conoce como su Padre celestial lo conoce á El. Esto es, que las conoce con un conocimiento profundo, lleno de amor, y como suyas que son, no sólo por título de propiedad y de herencia, sino de paternidad también; porque este Pastor singular es el que ha criado sus ovejas, en cuanto Dios sacándolas de la nada, y en cuanto Dios y hombre libertándolas de las garras del lobo infernal y rescatándolas de la servidumbre del pecado y volviéndolas á la vida de la gracia que habían perdido por la culpa.

Y si este conocimiento lleno de amor es para las ovejas el signo cierto de predestinación, y lo que las ennoblece y dignifica, ¡qué terrible y horroroso será oir al Hijo de Dios pronunciar aquel tremendo "no os conozco„ que caerá sobre los réprobos como la maldición definitiva y suprema! ¡Oh Dios y Salvador mío, que yo no os oiga jamás esas palabras; que me conozcáis siempre como á oveja vuestra, y que no me cerréis nunca las puertas del redil; os lo pido por los méritos de vuestra Pasión y muerte, y pongo por intercesores á María santísima y á todos los santos para que no me rechacéis nunca, ni me digáis: "no te conozco!„ Líbrame del pastor mercenario y de las fauces del lobo infernal. Séllame con tu sello para que me conozcas siempre y me libres de ser devorado por mis enemigos, que son los tuyos.

PUNTO II

El buen Pastor apacienta sus ovejas.

Considera cómo Jesucristo da á sus ovejas pastos sanísimos, abundantes y sabrosos, con los que pueden tener fortaleza y salud, fuerza y robustez para todos los trabajos y penalidades de la vida. Porque en primer lugar, el buen Pastor Jesús, apacienta á sus ovejas con su divina palabra, que es palabra de vida eterna. En ella, como en el maná, encuentran las ovejas del divino Pastor toda clase de sabores y remedio para todos los males. La palabra de Jesús es consuelo en las penas, luz en las dudas, fortaleza en los trabajos y alimento solidísimo en el hambre de justicia y de santidad que han de tener las almas que desean ser del redil de Cristo.

En segundo lugar, alimenta á sus ovejas con su gracia, y esta gracia divina es la que trae al alma la paz de la conciencia, que es el perpetuo banquete de que nos habla la Sagrada Escritura. Manjar sin el cual el alma muere, pero que el Pastor divino nos ganó con su sangre y que nos da con tal abundancia, que por él no queda, que nos lo dé sin medida, como se lo dió á los santos. Manjar que el que lo prueba y saborea hace que le sean insípidos todos los manjares de los placeres y deleites del mundo; que harta de tal modo, que el que lo tiene nada más desea que no sea él, y que, sin embargo, produce siempre nueva hambre y deseo de justicia, hasta llegar á la cumbre de la santidad. Y no contento con eso este divino Pastor, cumplió tan soberanamente con su oficio, que dió á sus ovejas como pasto su propio cuerpo, y por bebida su propia sangre. Otros pastores se sustentan de la carne y sangre de sus ovejas: Cristo se da todo en alimento á las suyas. ¡Oh amor inefable! ¡Oh largueza nunca oída! Las madres sustentan á sus pequeñuelos breve tiempo

con su leche; pero ¿qué madre hay que toda su vida alimente á sus hijos con su carne y con su sangre? Eso sólo lo hace este divino Pastor, con tal prodigio de caridad, que espanta á los mismos ángeles del cielo. Gózate en tener tal Pastor, y dale infinitas gracias por tan incomparable merced, y procura mostrarte agradecido á tan soberana bondad y á tan estupendos milagros de amor y de generosidad del todo divina.

PUNTO III

El buen Pastor da la vida por sus ovejas.

La tercera señal que distingue á este buen Pastor está significada y compendiada en estas palabras suyas: "Yo doy mi vida por mis ovejas„. Y en efecto la da, y de una manera tal que sólo conviene á un Pastor divino, á un Hombre-Dios como Jesús.

Los Apóstoles y los Mártires murieron también por sus ovejas; pero su muerte no las rescató. Esta eficacia de la muerte es propia y singular de la de N. S. Jesucristo. Por otra parte, los Mártires dieron una vida que de todas suertes tenían perdida, y así su sacrificio se redujo á adelantar la ofrenda que no podían excusar; pero Jesús no debía morir nunca en razón de la unión hipostática, y así su muerte fué un sacrificio voluntario; murió, porque quiso morir.

Los Mártires, no sólo morían por los demás, sino, principalmente, por ellos mismos; su muerte les abría de par en par las puertas de la bienaventuranza. Pero Cristo-Jesús nada ganaba ni conseguía con morir; la bienaventuranza era suya antes que naciera, y lo sería después; antes y después por toda la eternidad. Murió, pues, únicamente por sus ovejas.

Los Mártires, por último, no podían ofrecer por los otros sino una parte de su vida, porque no hay hombre sobre la tierra que no esté sujeto á muchas

faltas, y, por consiguiente, que no pierda muchos momentos de su vida. Pero en la vida de Jesucristo no hubo un solo instante, ni una sola acción que no fuera enderezada á nuestra salvación. Nos lo dió todo; más aún que el esclavo, que sólo ofrece á su señor los actos externos; pero Jesús nos dió todos los actos, interiores y exteriores, de su santísima vida; todo lo empleó y consumió en nuestro servicio, y dió su sangre y su vida en la cruz por la salvación eterna de sus ovejas.

Coloquio.—¡Oh Pastor dulcísimo de mi alma! Vos me conocéis y me tenéis por vuestra oveja, y me habéis encerrado en el redil de vuestra Iglesia para que no me despedacen los lobos; me alimentáis con la Sagrada Escritura y los santos sacramentos, especialmente con el de la Eucaristía, en que Vos mismo os ofrecéis por comida y bebida; me apacentáis con la gracia que brotó de vuestra cruz, y me llamáis blanda y regaladamente con vuestra divina palabra; para que yo conozca que soy vuestro, os dais á conocer á mi alma; y, como si nada de esto fuese bastante, dais por mí toda vuestra vida interior y exterior, vuestro cuerpo y vuestra sangre, vuestros pensamientos y vuestro amor. ¡Oh Pastor amadísimo! ¿Cómo he de agradeceros yo tamaños beneficios? ¿Cómo he de corresponder á vuestra bondad adorable? Quiero, por mi humildad, docilidad, amor y mansedumbre, aparecer y ser buena ovejita de vuestro redil, oir siempre vuestro silbo cariñoso y ser completamente de Vos.

Propósitos.—No buscar ni querer más pastos que los sanísimos del buen Pastor, su palabra, su gracia, sus sacramentos, huyendo de los del mundo, placeres, lisonjas y vanidades.

LUNES

Sobre las cualidades de las ovejas del Buen Pastor.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Las ovejas conocen al buen Pastor.

Considera que la primera señal que distingue á dichas ovejas de Cristo, es que conocen á su Pastor. Sin este conocimiento no son estas ovejas suyas, ni pueden estar en su aprisco, ni salvarse en sus amorosos brazos de las acometidas del lobo rapaz.

Y no le conocen de cualquier modo, sino como El mismo conoce á su Padre celestial; esto es, como Dios en cuanto que es igual á su Padre, y como Hombre que le es inferior, y busca en todo motivo y ocasión de agradarle y cumplir su voluntad soberana.

De la propia suerte, los elegidos, que son las ovejas de este Pastor divino, le conocen como á Dios y Hombre, le reverencian, le aman, le alaban y le sirven en la vida y en la muerte. Y este amoroso conocimiento de Cristo, es la señal más segura de predestinación. El que siente en su alma afectos de amor á Cristo, el que busca en todo agradarle, el que se desconsuela cuando le ha ofendido, el que todo lo refiere á su Salvador y Redentor, y le alaba siempre, y siempre le glorifica, ese puede tener la seguridad de que es oveja del místico rebaño, y de que, así como él jamás desconoce á Jesús, Jesús no ha de desconocerle á él tampoco.

¡Oh Pastor adorable, yo no puedo dudar del amor que tenéis á los que os conocen y Vos conocéis; y me lamento de la espantosa desgracia de aquellos que no os conocen! ¡Que yo no sea nunca de estos infelices, ya que conoceros á Vos es conocer todo bien y toda verdad! Como ese conocimiento del Pastor di-

vino ha de ser claro y discretísimo, las ovejas conocen no sólo al lobo que quiere devorarlas, aunque se cubra con piel de oveja, y al mal pastor ó mercenario que sólo busca su lana y su leche ó conducirlas á la perdición y la muerte, sino que saben distinguir y conocen perfectamente á cuantos las quieren engañar y separarlas de su buen Pastor. Son éstas las malas doctrinas y lecturas, pastos venenosos que pone en tu camino el demonio para que te pierdas; son las malas compañías y amistades peligrosas; es el mundo con sus máximas y ejemplos, siempre opuestos á los de Cristo, pero que á veces se presenta con apariencia de bien para no espantar á las ovejas del buen Pastor. ¿En qué conocen las ovejas de Cristo á su Pastor? En la humildad que les enseña con su divino ejemplo, en el amor que les infunde, en la pureza que les inculca, en el desprecio á las riquezas y placeres, y ante todo, en que él va delante de ellas, con la práctica de toda virtud y en la paz y tranquilidad que infunde en sus almas.

Al mercenario y al lobo que sólo las quiere y busca para perderlas y devorarlas, lo conocen en todo lo contrario: en que las induce al error, al pecado, á la sensualidad y á todos los males, como hace el mundo, el demonio y la carne. Todo aquello, pues, que se opone á lo que te enseña y quiere de ti Jesús, Pastor eterno de las almas, es para tu mal. Conoce y estudia cada día más á Jesucristo, entra en su interior, y en el sagrario de su divino Corazón lo verás todo. A Dios, con todas sus infinitas perfecciones; al Hombre, con todas las virtudes, á cuya imitación debes aspirar, y á ti, como en tu modelo y divino ejemplar de todos los predestinados.

PUNTO II

Las ovejas de Cristo siguen al buen Pastor.

Considera que la segunda condición de las buenas ovejas de Cristo, es seguir siempre y en todo al buen

Pastor, con las condiciones de las buenas ovejas: docilidad, mansedumbre y silencio. Siguen en primer lugar su voz, y la conocen, y seguros de ella, nada temen; porque saben que aquella voz es la voz de Dios y del cielo, y el que sigue aquella voz no se puede perder. Y porque aquella voz y palabra es infalible, la oveja no discurre, sigue á ciegas al Pastor, donde la lleva, se deja conducir con sencillez y nada teme en su compañía.

La voz del Pastor divino se oye sólo dentro de la Iglesia. Jesús confió á san Pedro y á sus sucesores el cuidado de su grey. Oye siempre y en todo la voz del Papa, Pastor de los pastores; de tus Prelados, siempre que estén en comunión con la Iglesia; síguela, no la desoigas ni lá discutas, y nada temas. Y cree, además, firmemente que toda voz, sea de quien sea, que no sea esa ó no te diga lo mismo que esa voz, absolutamente en todo, no es ni voz ni palabra del divino Pastor, sino del malo, que quiere perderte y extraviarte. Saca de aquí tambien que no debes seguir á nadie que no sea Pastor tuyo, y menos á ti mismo, ni tu propio juicio y dictamen. El hombre sabio desconfía siempre de sí mismo, porque el orgullo fácilmente nos engaña. La virtud sin obediencia más fácilmente nos descamina, y el que se hace maestro y director de sí mismo, se hace discípulo de un loco, como dice san Bernardo.

Las buenas ovejas de Cristo siguen además sus ejemplos y pisadas. El único principio de su conducta es el siguiente: Lo ha dicho Jesús, pues yo lo creo. Lo ha practicado así Jesús, pues yo debo hacer lo propio; que así como la doctrina de Jesús es la regla de su fe, sus divinos ejemplos son la norma de su conducta. Poniendo los pies en sus pisadas, están seguras las ovejas de no caer en las garras del lobo infernal; pero ¡ay de ellas si se separan de quien es camino, verdad y vida! Hallarán en seguida sendas que conducen al abismo y pastos envenenados que les

producirán la muerte. Dite tú á ti mismo si quieres ser oveja del Pastor divino. Seré perfecto, si soy semejante á Jesús, que es la regla de mi perfección. Me amará Dios, como sea semejante á Jesús, porque ama á todos los que se asemejan á su Hijo. Obedeceré á Dios haciéndome semejante á Jesús, pues que me manda que le imite. Amaré á Dios, si imito á Jesús, porque no puedo hacer cosa que más le agrade. Me salvaré, si me asemejo á Jesús, porque todos los predestinados deben serle semejantes. Por otra parte, ¡qué honor el ser semejante á Jesús! ¡Vivir, hablar, obrar, sufrir y morir como Jesús!—¿Es este el ejemplar que tú imitas? ¿A este modelo procuras conformar tus costumbres? ¿Cuando hablas, haces ó sufres alguna cosa, dices dentro de ti mismo: hablaba así Jesús? ¿Obraba así Jesús? ¿Sufría así Jesús? ¡Oh Dios mío! ¡qué divino ejemplar y qué copia tan ruin y tan pobre!

PUNTO III

La oveja de Cristo ama al buen Pastor.

Considera que así como el buen Pastor ama á sus ovejas y por ellas da la sangre y la vida, así también éstas aman á Jesús y en Jesús aman á sus amigos y aun á sus enemigos. El que ama á Jesús y es todo amor, sólo puede odiar al pecado por ser enemigo de Jesús, pero fuera de eso lo ama todo, como lo amó Jesús. La oveja no ofende á sus compañeras, es el más manso de todos los animales, nada tiene de feroz ni de temible, huye de la singularidad, busca la unión, ama la sociedad, y se goza de estar con las otras ovejas. La mansedumbre y la caridad son las señales de ser buenas ovejas de Jesucristo.

Pondera, sacando fruto práctico de esta consideración, que si eres verdadera oveja de Cristo, debes amar como Jesús que dió la vida, no sólo por los que le amaban, sino aun por los que le llevaron al calvario, como mansísimo cordero, para darle la muerte.

En segundo lugar, la oveja no tiene aversión á nadie, ni el discípulo de Jesús á su prójimo. Las heridas del corazón son mortales; el odio hace morir la caridad. No hay más hermosa victoria que triunfar de las propias inclinaciones, y de las aversiones propias de nuestro miserable corazón. Amar á un amigo, es virtud de un pagano; amar al enemigo, es la virtud del cristiano. El amor del enemigo, es el más fuerte, el más puro, el más divino, el más meritorio de todos los amores. Es el más fuerte, porque triunfa del más grande enemigo de la naturaleza. Es el más puro, porque sólo Dios puede hacernos amar á los que no tienen nada de amable. Es el más divino, porque la naturaleza no puede vencerse tanto, que ame á los que no son de su gusto. Es el más meritorio, porque no hay cosa más difícil, que amar contra la propia inclinación. Observa cuáles son tus inclinaciones y tus aversiones, y cómo practicas con tu prójimo las leyes de la caridad.

En tercer lugar, mira que Dios ama todas las cosas que ha hecho y sólo tiene aversión al pecado. Las criaturas, que fuera de Dios se hacen la guerra, en Dios están en paz y reposo. Dios no tiene antipatías naturales, porque su esencia es infinita, y su caridad sin límites. Las almas grandes no tienen enemistades; dominan todos los objetos, porque no aman según las inclinaciones de la naturaleza; en su corazón todo está en paz como en el de Dios; mas no aman el pecado, porque éste es contrario á la caridad. ¿Estás en paz con todos?

Muchas veces te habrás dicho á ti mismo ¡qué dichoso sería yo si tuviera alguna seguridad de que amo, y de que Dios me ama! No la puedo tener más, que si amo por Dios á mis enemigos. Si soy afable y complaciente con los que no son de mi genio; si hago bien á los que me hacen mal; si amo á los que me aborrecen; si muestro afecto á los que me inspiran aversión, tengo ya toda la seguridad que

se puede tener en este mundo de que amo á Dios, y de que Dios me ama; de que me ama, aunque yo no le agrade, pues que yo amo á los que me desagradan; y de que me ha perdonado mis pecados, pues que yo perdono á los que me han ofendido. Alma cristiana, ¿has amado jamás á Dios? ¿Quieres estar segura de que le amas? ¿Amas por su amor á tus amigos, y á tus enemigos; á los que te placen, y á los que te desagradan? Le darás pruebas de tu amor, si por amor suyo amas á los que no tienen nada de amable; si haces bien á los que te hacen mal; si conversas con los que te repugnan; si procuras la compañía de los que apenas puedes sufrir. En esto conocerás que eres oveja de Jesucristo, su discípulo, su hijo; que amas por motivo de caridad, y no por inclinación natural; que amas á Dios de todo tu corazón; y que obras por impulso de la gracia, y no del capricho.

Coloquio.—¡Oh divino Pastor de mi alma! Ya que tú me conoces, me apacientas y das la vida por mí, yo quiero ser buena oveja tuya. Quiero conocerte más y más, seguirte adonde quiera que vayas, amarte hasta dar la vida por ti y en ti amar á todos los hombres. Tú diste la vida no sólo por tus amigos, sino también por tus enemigos; yo en esto quiero que conozcas que soy oveja tuya, en dar, si tú lo quieres así, mi sangre por aquellos que no me aman. Así mereceré el nombre de oveja tuya y tú me amarás y me llevarás al monte de la gloria.

Propósitos.—Vencer las naturales antipatías y tratar con dulzura y cariño á las personas que nos son contrarias ó desagradables.

MARTES

Aparécese Cristo resucitado al apóstol san Pedro.

Preludios.—Mira corriendo con santa emulación hacia el sepulcro del Señor á san Pedro y san Juan. Llegó éste primero como más joven, pero con santa humildad deja que entre delante san Pedro; pide á Jesús la fe viva simbolizada en Pedro y el amor significado por san Juan, para correr diligentemente en su busca y merecer verlo glorioso como lo vieron los Apóstoles.

PUNTO I

De la incredulidad de los Apóstoles en creer á las santas mujeres.

Considera cómo llegando las mujeres donde estaban los discípulos, tristes y llorosos, dándoles el recado de los ángeles, no les dieron crédito, antes parecióronles desvaríos y sueños las palabras que les decían, y aun cuando después les dijo la Magdalena que había visto á Jesús, tampoco la creyeron. Pondera cuán dificultoso y heroico es el acto de fe que nos levanta á creer algo contra lo que hemos visto con los sentidos, y cuán mal correspondemos los hombres á lo que Dios hace por nosotros, pagándole con incredulidad y con tenerlo por desvarío, siendo más desvarío no creer lo que Dios ha revelado. Porque habiendo dicho Cristo N. S. á sus discípulos que había de ser crucificado, y que al tercer día resucitaría; y diciéndoles ahora estas mujeres el recado de los ángeles, y las señas tan ciertas de que se fuesen á Galilea, donde le verían como El se lo había dicho la noche de la cena, con todo eso no lo creyeron, teniendo por desvarío pensar que un hombre muerto en cruz hubiese resucitado, olvidándose de la revelación y de la resurrección de Lázaro, y de otros milagros que su Maestro había hecho. ¡Oh Maestro soberano!, con mucho gusto cautivo mi entendimiento

en obsequio de la fe y niego todos mis sentidos, por creer lo que Tú revelas; y estoy cierto que esta carne y estos huesos que ahora tengo, aunque se conviertan en polvo y ceniza, han de tornar á resucitar; y en ellos espero verte á Ti, mi Dios y Salvador, porque no dudo de tu omnipotencia, ni menos de tu voluntad, pues lo tienes revelado y prometido.

De aquí tengo de sacar, huir de dos extremos: uno, de los que ligeramente creen á cualesquier revelaciones y visiones, con peligro de creer muchas cosas que son sueños ó antojos de la imaginación. Otro, de los muy duros en creer y que todo lo tienen por desvarío, lo cual es grande yerro, pues por su devoción y fervor hay almas dignas de tener verdaderas visitas de ángeles y del Señor de los ángeles, como se ve en el caso presente; y deben ser creidas, especialmente cuando son en confirmación de verdades de nuestra santa fe. Y no es menor yerro llamar desvarío de la imaginación á la revelación de Dios, que llamar revelación de Dios al desvarío de la imaginación.

PUNTO II

Del fervor de san Pedro y san Juan en correr hacia el sepulcro.

Considera cómo entre los discípulos, los dos más fervorosos, que se señalaron más en el amor de Cristo N. S., es á saber, Pedro y Juan, se resolvieron de ir al monumento á ver por vista de ojos lo que las mujeres decían, y aunque Juan llegó primero al sepulcro, entró primero Pedro, y vieron á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado, recogido el sudario con que se cubrió la cabeza, lo cual era cierta señal de que el cuerpo no había sido hurtado, sino que había resucitado, y creyeron lo que las mujeres les habían dicho.

Aquí se ha de ponderar, cómo estos dos discípulos no dieron en el extremo de los otros, teniendo por

desvarío la revelación que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella, porque propio es de los fervorosos y discretos hacer diligencias para enterarse bien en las cosas de Dios, y como el amor vence grandes dificultades, así con saber estos dos Apóstoles la persecución que los judíos levantaban contra los discípulos de Cristo, y que habían puesto guardas al sepulcro, se resolvieron de ir á ver lo que pasaba. Pero no carece de misterio que no se les aparecieron ángeles como á las mujeres; quizá fué la causa, porque no era menester, pues por el dicho de ellas, y por las señales que vieron de las mortajas que se quedaron allí recogidas, creyeron que Cristo había resucitado, acordándose con esta ocasión de las palabras que su Maestro les había dicho. Por donde se ve, que las visiones de los ángeles no son indicio de mayor santidad, pues algunas veces se conceden á los que tienen virtud más tierna y flaca.

También considera cómo por estos dos Apóstoles, Pedro y Juan, son figuradas las virtudes principales con que hemos de buscar á Cristo N. S., que son fe y caridad: la fe descubre las verdades, y entra, como san Pedro, primero en el sepulcro, y luego entra el amor, como entró san Juan; y con esta entrada se aumenta y fortifica la fe y se perfecciona el conocimiento de ella. Y también son figuradas las dos vidas, activa y contemplativa, que nos llevan á Cristo: la activa entra primero disponiendo, y luego la contemplativa poseyendo y gozando. ¡Oh amantísimo Jesús, esclarece mi fe y enciende mi caridad, para que pospuesto todo temor humano, te busque y entre adondequiera que pueda hallarte; perfecciónane con los ejercicios de la vida activa en todo género de virtud, para que suba á los ejercicios de la vida contemplativa, y por medio de ellos entre en lo escondido de tu rostro para verte y gozar de la belleza y hermosura que tienes en tu gloria.

PUNTO III

De la aparición á san Pedro.

Considera cómo volviéndose san Pedro y san Juan á su posada, san Pedro se retiró aparte, "admirándose consigo mismo, y á sus solas, de lo que había sucedido„, y estando así, se le apareció Cristo N. S.

Aquí se ha de ponderar cómo san Pedro se hizo digno, por su fe y por su amor, de esta aparición, disponiéndose para ella con la diligencia en ir al sepulcro, y con la meditación que tuvo dentro de sí de lo que había visto. Y aunque san Juan fué con él al sepulcro, con todo esto no se le apareció Cristo N. S.; para que se vea cómo muchas veces se hacen mayores favores á los pecadores bien arrepentidos, que á los justos que no pecaron, como se declara en la parábola del hijo pródigo; y así escogió Jesús á la Magdalena para apóstol de su resurrección, y á Pedro, y no á Juan, para piedra fundamental de su Iglesia. Con lo cual me alentaré á confiar en Dios, aunque haya sido gran pecador, disponiéndome con la oración y fervor de la vida para recibir sus dones, pues por El no quedará.

Pondera la vergüenza que tendría san Pedro de verse delante de su Maestro, acordándose que le había negado; y es de creer se arrojaría á sus pies, llorando amargamente su pecado y pidiéndole perdón de él. Pero Cristo N. S., sin duda, le consoló y aseguró del perdón y llenó de alegría. ¡Oh, qué palabras tan tiernas le diría, y qué avisos tan saludables le daría! Podemos imaginar que le dijo: "Paz sea contigo, no temas; yo soy; perdonados te son tus pecados, confirma á tus hermanos„. ¡Oh, qué gozoso quedaría el santo Apóstol con la vista y palabras de su Maestro, y cuán encendido en el amor! ¡Oh dulce Jesús, cuán grande es la muchedumbre de vuestra misericordia para todos los pecadores que de corazón

lloran sus pecados! Sin duda recibierais á Judas y le apareciérais resucitado como á Pedro, si hiciera penitencia como Pedro la hizo. Bendita sea vuestra misericordia, por la cual os suplico me hagáis digno de vuestra soberana aparición en el reino de la gloria.

Ultimamente, pondera cómo san Pedro, con gran gozo, se partió adonde estaban sus compañeros para confirmarlos en la fe, como Cristo N. S. se lo había encargado; y fué tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron por él, como se saca de aquellas palabras que dijeron: "Resucitado ha el Señor verdaderamente y aparecido á Simón„; como quien dice: Resucitado ha, no con fingimiento ó apariencia, sino con toda verdad. Y esto lo sabemos, no porque se apareció á Magdalena ó á otras mujeres, sino porque se apareció á Simón, cuyo dicho es de grande autoridad. De donde sacaré, á imitación de este Apóstol, ser agradecido á las mercedes que recibiere de nuestro Señor, y aprovecharme de ellas para confirmar á mis hermanos en la virtud; y tanto más tengo de hacer esto, cuanto mayores títulos tuviere para persuadir y ser creído.

Coloquio.—¡Oh glorioso y divino Maestro mío, Jesús, que das luz á mis ojos y fuerza á mis manos para emplearme en tu servicio! Enciende en mi corazón el fuego de vuestro amor, que encendisteis en el del apóstol san Pedro, para que, saliendo de mi tibieza, adquiera vigor nuevo para correr por el camino de vuestros mandamientos, y buscaros, no ya en el sepulcro entre los muertos, sino en el cielo, donde reináis con vuestros santos.

Propósitos.—Madruga, y no seas perezoso, por la mañana, para hacer tu oración, y así podrás en ella encontrar á Jesús.

MIÉRCOLES

De la aparición á los discípulos de Emmaús.

Preludios.—Imagínate á los discípulos tristes y desconsolados caminando de Jerusalén á Emmaús, conversando entre sí de las cosas ocurridas en Jerusalén; mira con cuánta docilidad oyen á Jesús, aunque no le conocen, y le toman por un pasajero. Oye tú con docilidad la palabra divina.

PUNTO 1

De cómo se apareció Jesús á los dos discípulos de Emmaús.

Pondera la causa de salirse de Jerusalén estos dos discípulos, que fué por alejarse de lugar que tenían por peligroso y tomar algún alivio en Emmaús, de donde era natural uno de ellos. Pero la causa mística fué, para que entendamos cómo el miedo y la tristeza suelen ser ocasión de salirse el alma de Jerusalén, que quiere decir visión de paz, y de la compañía de los discípulos de Cristo, que son los buenos, por buscar algún alivio y regalo en medio de personas mundanas, figuradas por Emmaús, que quiere decir pueblo despreciado, y con razón, pues merece desprecio por poner á riesgo el consuelo divino por buscar el terreno. Y así, he de procurar no rendirme á esta pasión, porque si la misericordia de Dios no ataja los consejos que nacen de ella, vendré á perderme por su causa.

Considera luego las causas porque Cristo N. S. se dignó aparecérseles en este camino. La primera, fué compasión que tuvo de ellos, deseando, como buen Pastor, recoger á estas dos ovejas descarriadas y volverlas al rebaño de las otras, para que entendamos cómo no se descuida de este oficio, acudiendo con su misericordia á nuestra mayor necesidad y siguiendo por detrás los pasos del que se va alejando de él, hasta que le da alcance. La segunda causa fué, porque iban desconsolados, y es muy propio de

Cristo asistir con los tales para moderar su tristeza y darles algún alivio en ella. ¡Oh alma mía, si vieses al que está contigo en tus trabajos, aunque disfrazado y encubierto, sin duda te alegrarías en ellos, teniendo por gran dicha ser afligida á trueque de estar tan bien acompañada! La tercera causa fué, porque iban hablando cosas buenas, y gusta Cristo N. S. de asistir con los que hablan cosas semejantes, terciando en medio de sus buenas pláticas, y así dijo: "Dondequiera que estuvieren dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos." De donde sacaré cuán acertado es hablar siempre de Dios y entretenerse en semejantes pláticas, especialmente en tiempo de trabajos, y al contrario, cuán malo es hablar de cosas profanas, porque Cristo N. S. no se juntará con los que las hablan, antes huirá de ellos. Ultimamente ponderaré, cómo los ojos de estos discípulos estaban impedidos para no conocer á Cristo por su poca fe; por lo cual N. S. permitió este impedimento, hasta que su fe se fuese perfeccionando. Otra causa fué la mucha aflicción interior que tenían, significándonos por esto N. S. que muchas veces está con nosotros en las tentaciones y trabajos, ayudándonos á pelear y sufrirlos con paciencia. Pero nosotros no le vemos ni reparamos en ello, antes pensamos que está ausente, porque no sentimos el favor de la sensible consolación. ¡Oh buen Jesús, no permitas que mis culpas causen tales tinieblas en la vista de mi alma, que teniéndote presente no te vea, y hablándome Tú dentro de mi corazón no te conozca!; mas si por tu secreta providencia te escondieres, no me falte la presencia de tu gracia, para que no falte yo en hacer lo que debo por mi flaqueza.

PUNTO II

Conversa Jesús amigablemente con los dos discípulos.

Pondera la suavidad de Cristo N. S. en el trato con estos discípulos, para hacerles descubrir la llaga

de su infidelidad y curársela de raíz; para lo cual les pregunta de lo que tratan, y se hace del que no lo sabe, porque gusta oirlo de su boca, y en especial se recrea con oir contar las cosas que por nosotros ha padecido.

De donde has de sacar cómo es propio del espíritu de Cristo, con sus inspiraciones, provocarnos á hablar para dos cosas, es á saber: para publicar las grandezas de Dios á gloria suya, y para descubrir nuestras miserias por ser curados de ellas.

De parte de los discípulos considera el magnífico concepto que tenían de su Maestro, aunque corto, en razón de su divinidad. Dijeron de El que era poderoso en las obras y en las palabras, delante de Dios y delante de todo el pueblo. Gózome ¡oh Rey de gloria!, de que seáis poderoso en las obras, de heroica santidad y de grandes milagros, en las cuales se descubre vuestra infinita bondad y omnipotencia. Gózome también de que seáis poderoso en la palabra, enseñando doctrina celestial, en lo cual mostráis vuestra infinita sabiduría. Gózome de que seáis poderoso delante de Dios, para aplacar su ira y alcanzar copiosa misericordia para todos los hombres, en lo cual descubrís la igualdad que con él tenéis. También me gozo de que seáis poderoso delante de todo el pueblo, mudando los corazones de los hombres y trayéndolos á vuestro servicio, en lo cual se descubre la eficacia de vuestra gracia. Mostrad ¡oh Señor Todopoderoso!, este vuestro poder conmigo, para que yo, conforme á mi caudal, sea poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de los hombres, obrando y hablando tales cosas que agraden á Dios y edifiquen á los prójimos para gloria vuestra.

En estas cuatro cosas tengo de procurar señalarme por el orden dicho, porque no seré poderoso en la palabra, si no lo fuere en la obra, ni lo seré delante de los hombres, si primero no lo fuere delante de Dios; y si delante de Dios fuere poderoso por medio

de la oración y confianza en su omnipotencia, mucho más lo seré con los hombres, como lo dijo el ángel al patriarca Jacob.

Ultimamente pondera cómo estos discípulos descubrieron su flaqueza y la falta de fe que tenían, diciendo: "Esperábamos que había de redimir á Israel.„ Como quien dice: Con esta su muerte hemos perdido la esperanza. Aunque hoy es el tercer día, y algunas mujeres de nuestra compañía fueron al monumento, y no hallando el cuerpo volvieron diciendo que habían visto ángeles que les dijeron que había resucitado. Con lo cual se representa la flaqueza de los imperfectos, los cuales suelen perder presto la grande estima que tenían de Dios y de sus cosas, por un suceso adverso contrario á su imperfecta aprensión, por no saber las trazas que tiene Dios para salir con sus intentos, como estos discípulos que no entendieron que la muerte de Cristo era medio para la redención de Israel que ellos esperaban.

PUNTO III

Cómo Jesús les explicó las Sagradas Escrituras.

Pondera, lo primero, la aspereza de la reprensión de Cristo á los discípulos, que no procedía de indignación, sino de celo, para avivar su fe y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Llamólos necios é ignorantes, porque con haberle oído tantas veces hablar de este misterio, no acababan de entenderlo. Y tardos de corazón, porque teniendo indicios y motivos para creer, todavía estaban dudosos. ¡Oh Maestro soberano!, con cuánta más razón podías reprenderme y decirme: ¡Oh necio y tardo de corazón en creer lo que han dicho los Profetas y Evangelistas, porque muchas cosas no entiendo como debo ni las creo con fe viva, de modo que obre conforme á lo que ellas me enseñan! Quita, Señor, de mí esta dureza de corazón, para que te conozca y sirva como conviene.

Considera luego aquella razón que les dió Cristo N. S. tan profunda y admirable: "¿Por ventura no convenía que Cristo padeciese estas cosas y así entrase en su gloria?„ En lo que les da á entender que su dureza de corazón consistía en no haber caído en la cuenta de esta verdad. ¡Oh alma mía, abre los ojos y considera que si fuese necesario que Cristo padeciese tantas y tan graves aflicciones para entrar en la gloria que era suya por título de herencia, como hijo natural del Eterno Padre, mucho más necesario será que tú padezcas algunas cosas para entrar en la gloria, que no es tuya, sino de Dios, á la cual por sola su misericordia te ha ordenado. Y si esto no te persuade, necia eres, tarda y dura de corazón, y digna de ser reprendida. Pero si lo crees con viva fe, obra lo que crees, sufriendo los trabajos que te sucedieren; pues está escrito que todos los que desean vivir santamente en Cristo, han de padecer persecuciones por su amor.

Pondera, además, la eficacia con que Cristo N. S. comenzó á interpretar las divinas Escrituras, abriéndoles el sentido interior del alma para que las entendiesen, y encendiéndoles el corazón para que se aficionasen á ellas, y al que se las iba declarando; y así, dijeron después: "¿Por ventura nuestro corazón no ardía en nosotros cuando en el camino nos hablabla y declaraba las Escrituras?„ A esta declaración llaman abrir las Escrituras, que para ellos estaban cerradas, sacando á luz los misterios que allí estaban escondidos.

Coloquio.—¡Oh Maestro del cielo, que tienes en tus manos las llaves de David para cerrar y abrir á tu voluntad las divinas Escrituras, cerrándolas á los soberbios y abriéndolas á los humildes! Ábrelas á este indigno siervo tuyo de tal modo, que mi entendimiento quede ilustrado con la verdad de sus misterios, y mi voluntad quede abrasada con la caridad que descubriste en ellos. Háblame, Señor, en el ca-

mino de esta vida, para que mi corazón arda dentro de sí mismo, y mi alma se derrita con la dulzura de tu voz. Merezca yo como esos dichosos discípulos oirte á ti, divino Maestro, cuyas palabras son hachas que lucen y arden, alumbran y encienden á los que las oyen, para que encendido en el divino amor, sea digno discípulo de Jesús.

Propósitos.—Hablar siempre de Dios ó de cosas santas, para merecer que Jesús esté en medio de nosotros.

JUEVES

El misterio de la cruz, expuesto por Jesús á los dos discípulos.

Preludios. -(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El misterio de la cruz.

Considera que aquellos dos discípulos á quienes encontró nuestro Señor, después de resucitado, en el camino de Jerusalén á Emmaús, demostraron que amaban á Jesús y tenían de El una idea elevadísima, puesto que lo conceptuaban "hombre poderoso en obras y en palabras„; pero no entendían el misterio de la cruz, y así la muerte del Salvador los desconcertó y tenía perplejos y abatidos, y veían en ella el alejamiento indefinido de la redención de Israel.

¡Qué ceguedad la de aquellos dos discípulos! Pues nosotros mismos participamos de ella; creemos habernos formado una idea clara de Dios, esperamos en su bondad; nos figuramos que le amamos; pero cuando nos visita con las tribulaciones, amarguras y sufrimientos, ya no le reconocemos, y nos desconcierta, y deja perplejos y abatidos su visita. Bajo el peso del dolor hasta desconfiamos de su adorable Providencia, y, como los discípulos de Emmaús, no acabamos de entender que por la tribulación y por la

cruz es por donde se va á la definitiva y suprema glorificación.

Considera, en efecto, cuál y cuán grande fué la gloria que mereció Jesús con su muerte afrentosa y dolorosísima. Mereció, en primer lugar, el espléndido triunfo de su resurrección y de subir á los cielos en ascensión gloriosa. Mereció que todas las naciones reconociesen su divinidad por los méritos de su Pasión misma. Mereció la exaltación de su santa Humanidad sobre todos los coros de los ángeles que le reconocieron por Rey y Señor de la gloria. Mereció, por último, la conversión de los gentiles, el establecimiento de la Iglesia y la renovación del mundo, la santificación, por su gracia, de millones de almas; de todo lo cual ha sido causa meritoria su Pasión y muerte, y causa ejemplar su resurrección. Y así dice san Juan Crisóstomo, que Jesús fundó su Iglesia sobre la cruz, y santo Tomás, apóstol, lo reconoció y proclamó por su Señor y su Dios, no cuando lo vió sano, sino cuando metió su dedo en sus sacratísimas llagas. Por su Pasión y muerte ha triunfado Jesús del mundo, del demonio y de la carne, de la Sinagoga y de la gentilidad, del pecado y de la muerte. ¡Oh benditos sufrimientos! ¡Oh salvadoras afrentas! ¡Oh regeneradores tormentos! ¡Oh dolores justificantes! ¡Oh muerte victoriosa!

PUNTO II

Por qué convenía que el Hijo de Dios sufriese y así entrase en su gloria.

Considera que la primera y principal razón de estas palabras que dijo Jesús á los discípulos, fué la voluntad de su Padre, que así lo había decretado desde la eternidad. La segunda fué la predicción que había hecho siglos antes el Espíritu Santo por medio de los profetas, y la tercera fué la voluntad de Jesús que, aunque pudo redimir al hombre por otras vías menos dificultosas y menos amargas para El, quiso hacerlo

así llevado de su amor á las criaturas, por ser este medio que escogió el más excelente de todos los posibles.

Esta bondad del Hijo de Dios, este amor extraordinario é incomprensible que profesa al linaje humano, debe ser asunto continuo de nuestras meditaciones. Por nosotros, y nada más que por nosotros, ha querido exponerse á la muerte; ha buscado todas las ocasiones de sufrir; se ha humillado hasta lo indecible; ha sido blanco de todos los ultrajes; ha padecido en su alma y en su cuerpo; se ha dejado clavar en la cruz. Y nosotros ¿hemos de huir de los pocos sufrimientos y pesares que nos salen al paso, y no hemos de ofrecerlos á Jesús, siquiera en consideración á los infinitos y horribles que Jesús nos ha ofrecido? ¿Hemos de olvidar que el reino de Dios se conquista por la violencia, que la pobreza es signo de bienaventuranza, que para vivir cristianamente es preciso llevar la cruz y padecer persecuciones y dolores? Si no nos hacemos violencia, si no peleamos contra nosotros mismos, si no nos mortificamos, enclavándonos espontánea y valerosamente en la cruz de Cristo, jamás conseguiremos extirpar de nuestro corazón las semillas del vicio, ni domar las pasiones, ni arrojar al pecado de nuestra alma, ni rechazar á Satanás, nuestro enemigo. No hay virtud sólida sin mortificación; no hay arrepentimiento sincero sin penitencia; no hay tranquilidad de espíritu en esta vida, ni bienaventuranza en la otra, sin la cruz de Jesucristo.

PUNTO III

La cruz y la gloria.

Considera finalmente que cruz y gloria, muerte y vida eterna, sufrir y gozar para siempre, que parecen términos contradictorios, son, sin embargo, correlativos, y se ordenan entre sí como el antecedente y la consecuencia ó como el medio y el fin. El hombre ha

sido creado para la felicidad, para la vida eterna, para la gloria. Tal es la alteza del destino que desde la eternidad le ha asignado el Creador por un misterio inefable de su infinita misericordia. Todo lo que no sea esa felicidad sin término, esa dicha sin fin, esa bienaventuranza eterna, esa visión y contemplación de Dios en la majestad esplendorosa de su gloria, es poco para el hombre, porque para eso ha nacido él, y á eso están ordenadas sus facultades y sus sentimientos, su inteligencia que ansía por la verdad y su corazón que aspira constantemente á lo bueno y á lo hermoso.

El pecado desconcertó, sin embargo, ese plan divino, abrió un ancho é infranqueable abismo entre la criatura humana y su natural fin, entre lo que es y lo que desea, entre sus esperanzas y lo único que puede satisfacerlas, en suma, entre Dios y el hombre. ¿Cómo franquear ese abismo? ¿Cómo pasarlo? No hay más que un puente: el del dolor ó sea el de la cruz. El amor de Cristo, S. N., á nosotros se ha revelado principalmente en tendernos ese puente, en darnos esa llave, y en ofrecerse El mismo, como viático de ese camino que hemos de andar. Sin pasar, pues, por la cruz no hemos de arribar á la otra banda, no hemos de conseguir nuestro destino, no hemos de llegar á las playas de la ventura eterna. Pasemos por la cruz con valor; el mismo Jesús nos sostiene, nos alienta y nos consuela con su ejemplo, con su gracia, con sus inspiraciones, con sus sacramentos; no somos en realidad nosotros los que pasamos, sino El que nos pasa. Lo único que nos pide es la resolución de querer pasar, de abrazarnos á la cruz en que sufrió El tantos dolores y humillaciones, y padeció tan cruel muerte.

Coloquio. – ¡Oh Jesús santísimo, infundidnos el amor á la cruz que Vos tanto amasteis; infundidnos el amor al sufrimiento, á la humillación, á la pobreza, al dolor en todas sus formas; inspiradnos el santo

espíritu de penitencia y la repugnancia á todos los vanos placeres y efímeras alegrías del mundo! Que no amemos más que vuestra cruz, para que crucificados en ella, resucitemos, como Vos resucistasteis, á la vida perdurable.

Propósitos.—Cuando el Señor te envíe alguna cruz, di siempre que así te conviene entrar en la gloria, y bendice la mano de Dios que por la cruz te bendice y purifica.

VIERNES

Los discípulos de Emmaús invitan á Jesús á quedarse con ellos.

Preludios.—Represéntate cómo Jesús iba caminando con los discípulos, sin que le conocieran éstos; y llegados al castillo ó granja de Emmaús, invitaron al Señor á que se quedase con ellos, y pide á Dios N. S. que te inspire siempre sentimientos de caridad con tus prójimos, y, sobre todo, de amor entrañable á Jesús.

PUNTO I

Invitan los discípulos á Jesús á quedarse con ellos.

Considera, en primer lugar, cómo aquellos excelentes discípulos que iban de Jerusalén á Emmaús, y que salieron de aquella ciudad tan ignorantes del misterio de la cruz, fueron instruídos en el camino por el mismo Jesucristo, que les enseñó la necesidad de que El padeciera para entrar en su gloria, y cómo, á pesar de no conocer al divino Maestro, recibieron con gran docilidad tan maravillosa doctrina. Llegando á su casa, ya cerca de declinar el día, Jesús hizo ademán de seguir su camino, dejándolos solos; pero ellos le invitaron á que se quedara en Emmaús, y aun dice san Lucas que lo detuvieron por fuerza; lo que, lejos de desagradar á Jesús, fué para este divino Señor motivo de singular complacencia, pues se detuvo, y aceptó el convite, y se quedó con los discípulos, y se sentó á su mesa, y comió con ellos.

Aquí se ha de ponderar cuánto, y con qué insistencia, y hasta con qué violencia hemos de rogar á Jesús que se quede con nosotros, y entre en nuestra morada, y se siente á nuestra mesa, y tome de nuestros manjares, aunque los tengamos sazonados con la hiel y el vinagre de la tribulación y del dolor; y más gustan á nuestro Señor estos sazonamientos que otros, porque la felicidad mundana nos aparta de El frecuentemente; pero las penas y quebrantos de la vida nos llevan, como por la mano, al Señor, si las aceptamos con espíritu de resignación y sacrificio, y como nuestra parte de la cruz en que triunfó El del infierno y del pecado.

Considera cómo los discípulos, aunque no conocieron á Jesús, se movieron á invitarle á pasar á su casa, y comer con ellos, por dos razones: la primera, por la gratitud que les inspiró la divina enseñanza que les había dado en el camino, y aunque no estaban ellos muy preparados para esta enseñanza, porque esperaban un Mesías triunfador y poderoso, según el mundo, y el Señor les reveló el misterio de su cruz; con todo, la virtud les tenía dispuestos para recibir esta sublime doctrina del sacrificio y del dolor, y así no se escandalizaron de ella, y agradecieron al que se la dió. Y la segunda razón fué, que vieron en Jesús á un peregrino, y se movieron á misericordia, en lo que también demostraron que eran fieles discípulos de Cristo, y no habían olvidado la lección de que en todo pobre, en todo peregrino, en todo enfermo y en todo preso, debe el cristiano ver la sagrada persona del Hijo de Dios.

PUNTO II

De cómo y por qué no conocían á Jesús sus discípulos.

Considera que, aunque Jesús parece á veces que se esconde de nosotros, y no lo ve nuestra alma, su misericordia nos deja siempre alguna luz para que nos orientemos en la noche del desamparo, y podamos

seguirle. Los discípulos no reconocían á Jesús en el que les hablaba, y sin embargo, era Jesús el que tenían delante, y les explicaba las Sagradas Escrituras, revelándoles los más encendidos y sublimes misterios de ellas, y también El que les inspiraba aquella obediente atención con que le oían, y El que les infundió aquel deseo vehemente y amoroso de practicar la misericordia, abriéndole las puertas de su casa y dándole puesto en su mesa.

Por eso, cuando después le hubieron conocido, exclamaron: "¿Cómo no ardían nuestros corazones dentro de nosotros, cuando nos hablaba en el camino, y nos explicaba las Escrituras?„

Y en verdad que sus corazones ardían, sino con la llama que produce el conocimiento de Cristo, con la que causa su presencia, y enciende su gracia, que les infundía las virtudes de la docilidad en el aprender y la caridad que ejercitaron con el peregrino. De suerte que, aunque se figuraban ellos que no estaban con Cristo, lo estaban en realidad, y creyendo que Cristo estaba muy lejos de allí, lo tenían delante y á su lado, y aunque no creían tampoco que iban buscando á su Maestro, lo buscaban aprendiendo dócilmente la doctrina y ejercitando las obras de misericordia.

Y tan ardiente era esta llama de la caridad que había en sus corazones, que no contentos con invitar al peregrino, le hicieron fuerza para que aceptase su hospitalidad. Lo que indica que la llama esta no estaba alimentada del fuego de la compasión humana, sino que era fuego de amor divino, del que sólo Jesús puede prender en los corazones. Tenían, pues, á Jesús dentro de ellos, y lo tenían á su lado, y delante de sus ojos, y sin embargo no le conocían. ¿Por qué? Porque el mismo Jesús quiere á veces obscurecerse á sus escogidos para que no le vean, y así le busquen con más afán, y se excite más en ellos el amor con la ausencia, y quiere que le busquen, como

aquellos discípulos de Emmaús, oyendo con docilidad la doctrina y practicando las obras de misericordia.

PUNTO III

Invitan los discípulos á Jesús á quedarse con ellos.

Considera, en último lugar, el misterio de aquellas palabras con que invitaron á Jesús los discípulos: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya inclinado el día.„

Para los discípulos que no conocían al Señor, éstos eran motivos que les movían á mayor misericordia con el peregrino, porque la noche que se venía encima era mala para caminar; pero ¡qué sentido tan profundo hay en esas palabras! Si siempre necesitamos á Cristo, en la noche de la vida aún lo necesitamos más; cuando declina el día, cuando se hace tarde, cuando nos llama el sepulcro, nos es absolutamente indispensable que Jesús se quede con nosotros y entre en la morada de nuestro corazón. ¡Infelices de nosotros, si llega la noche, esto es, la muerte, y nos coge sin Jesús; si no tenemos entonces á Jesús dentro de nuestra casa, y sentado á nuestra mesa! ¡Si no es nuestro huésped! ¡Si ha pasado de largo por nuestra puerta, y no nos hemos cuidado de llamarle, de invitarle, de hacerle fuerza para que entre, y se siente, y se quede con nosotros!

¿De qué nos aprovechará entonces el haber hecho todo el camino con Jesús, el haberle oído explicar las Escrituras, ni siquiera el haberle escuchado con docilidad? De nada. Si Jesús pasa de largo, si no le obligamos á que descanse en nuestro corazón, si no compartimos con El nuestro alimento, no llegaremos á conocerle, y vendrá la noche, y será para nosotros noche eterna.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús, quédate conmigo, porque en mi alma se va obscureciendo la luz de la fe, y el resplandor de la virtud, y el fervor de la ca-

ridad se va enfriando y declinando; y si Tú te vas, quedaré convertido en noche obscura y fría! Quédate, Señor, conmigo, porque el día de mi vida se va acabando, y ahora tengo mayor necesidad de tu presencia, cuando está más cercana la noche de mi muerte. Tú dijiste: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y ambos vendremos á El y nos quedaremos con El." Deseo amarte y obedecerte con todo el afecto de mi corazón. Quédate, Señor, conmigo, para que pueda cumplir mi deseo y llegar á la vida eterna, donde siempre esté contigo.

Propósitos.—Examina si das á los pobres todo lo que debes y todo lo que puedes.

SÁBADO

De cómo los discípulos de Emmaús reconocieron á Jesús en la partición del pan.

Preludios.—Represéntate aquella escena sublime de Jesús sentado á la mesa con sus discípulos, y el enajenamiento de éstos cuando, al verle partir el pan, reconocieron que era Jesús, y pide á Dios que más y más cada día reconozcas á Jesús y lo ames al recibir el pan eucarístico.

PUNTO I

Jesús en la casa de sus discípulos.

Considérese la extrema bondad con que nuestro Señor entró en la casa de sus discípulos y se puso á la mesa con ellos. Con esta misma infinita bondad se nos ofrece en la comunión, en la oración y en todas nuestras acciones buenas; porque ninguna podríamos llevar á cabo sin El.

Como entró en la casa de Emmaús, entra Jesús en nuestro interior y mueve suavemente nuestras potencias y nuestros afectos, y nos hace caminar en busca de la desgracia para socorrerla, y en pos de la cruz para seguirla y abrazarnos á ella; pone en nuestro entendimiento las buenas ideas, en nuestro

corazón los afectos puros, en nuestros labios las palabras santas; suelta y derrama el torrente de nuestras lágrimas para que lloremos nuestras culpas, y nos enciende el deseo de hacer penitencia por ellas; nos presenta deseable y hermosísima la virtud, y El mismo se nos ofrece como modelo y ejemplo que imitar, y nos anima á que le imitemos, y nos lleva cogidos de la mano por el camino estrecho y escarpado que conduce á la vida; nos sostiene cuando desmayamos, nos levanta cuando caemos; todo, en suma, lo hace por nosotros, y en cambio sólo nos pide el obsequio de nuestra voluntad. Quiere que queramos nosotros ir con El; que nuestra voluntad y la suya vayan unidas y enlazadas por vínculo de amor, no de fuerza, ni de violencia; porque como nos ama tanto, quiere que le amemos á El.

Para que entre en nuestro interior, y lo mueva todo y lo lleve á sí, no es menester más sino que le instemos á que entre, como le instaron á que entrara en su casa los discípulos dichosos de Emmaús. El pasa por delante, va con nosotros caminando y enseñándonos, y parece como que quiere seguir, y no entrar; pero no, esto es tiernísimo artificio del amor; lo que quiere en realidad es que le instemos á que entre, que le hagamos violencia para que acepte nuestra hospitalidad. Y cuando entra, se sienta en la mesa, y ya la casa es suya, y El lo hace todo, dándonos la felicidad interior en esta vida y la bienaventuranza en la otra.

PUNTO II

Cómo los discípulos conocieron al Señor en el partir del pan.

Considérese cómo estando nuestro Señor sentado á la mesa con sus discípulos, tomó el pan, lo bendijo, y partiéndolo, dió los pedazos á sus felices huéspedes. Y en este momento, dice la Sagrada Escritura, que fueron abiertos los ojos de aquellos discípulos, y conocieron que el que había venido con ellos desde

Jerusalén era su Señor y Maestro, su Salvador y Redentor.

Aquí hay que ponderar que la partición del pan, por la que fué reconocido Jesús en esta ocasión, se toma en la Escritura en tres significados diferentes, que todos convienen á este maravilloso suceso, y deben aumentar en nosotros el conocimiento y amor de Jesucristo.

Significa, en primer lugar, la limosna y todas las obras de misericordia espirituales y corporales. "Partid vuestro pan, dice Isaías, y dadlo á los que tienen hambre.„ Este es el medio seguro de conocer á Jesucristo. En todos los pobres se nos debe representar su imagen. Por eso los discípulos que no conocieron personalmente á Jesús, pero vieron un peregrino, y tuvieron caridad de él, y lo socorrieron y ampararon con gran misericordia, realmente conocieron á Jesús, porque vieron su imagen en el desvalido como El mismo había enseñado, y por eso los premió nuestro Señor revelándose á ellos, y permitiendo que contemplaran el divino resplandor de su rostro. Aunque no entendían el misterio de la cruz, habían entendido perfectamente el misterio de la misericordia, y no habían olvidado aquella lección del Maestro: "El que socorre á su prójimo, á Mí me socorre.„ Merecieron, pues, que el mismo Jesús completara su enseñanza en lo que era deficiente, y los consolase con la visión corporal de su sagrada Persona.

En segundo lugar, la partición del pan significa la palabra divina que reparte á sus hijos la Iglesia. Los discípulos de Emmaús recibieron directamente esta palabra del mismo Jesús, del Esposo, fundador, piedra angular y cabeza invisible de la Iglesia. "¿Cómo, se preguntaban maravillados, no le conocimos, y no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando le oíamos explicar las Santas Escrituras?„ Pero aunque no le conocieron personalmente, oyeron con docilidad su doctrina, por más que era tan diversa de la

que se habían forjado ellos del Mesías; y esta docilidad demuestra que sus corazones eran puros, y estaban dispuestos por la virtud para recibir la verdad, y cuando el Señor les quitó la venda de los ojos, y vieron claro, por aquella misma doctrina le conocieron más y más, y se asombraron de no haberle conocido antes.

La partición del pan, finalmente, significa la Sagrada Eucaristía. "Los primeros cristianos, dice san Lucas, perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y en la oración.„ Las almas fervorosas, como los discípulos de Emmaús, reconocen á Jesús en la fracción del pan, y por el conocimiento que adquieren en la sagrada mesa, comprenden el sentido de las Escrituras, y ven á Jesús entrando como soberano en sus corazones, iluminando su interior con luz de verdad, y se asombran y maravillan también de no haberle conocido antes, y de no amarle tanto como debieran.

PUNTO III

De la desaparición del Señor.

Considérese cómo inmediatamente después de haber sido reconocido Jesús por los discípulos, desapareció el Señor, y ellos, sin mostrar pena por esta súbita desaparición, fueron corriendo á Jerusalén á publicar y divulgar el prodigio que acababa de consumarse, y á ser testigos de él delante de todos, con lo que santamente corrigieron el error en que habían estado respecto del carácter del Mesías, y demostraron que la visita que les había hecho el Salvador había sido fecunda para ellos en bienes espirituales, y les había aprovechado para la virtud.

Tales son los efectos ordinarios de las visitas de Jesucristo. Deja este Señor en el alma una fragancia exquisita que se convierte en virtudes, y deja allí, en lo escondido, un fuego de caridad en el que se consumen las imperfecciones y los defectos, y se acrisolan y abrillantan las buenas cualidades, y el

que antes era perezoso, se torna diligente, y el abatido animoso, y el tibio se enciende en fervores, y la tristeza se disipa en santa alegría espiritual. Todo lo cual se vió patente en estos dos dichosos discípulos; porque habiendo salido de Jerusalén tristes y desconcertados por haber sido testigos de la muerte del Señor que no esperaban, y sin saber una palabra del misterio de la cruz, volvieron á la santa ciudad del todo iluminados en lo tocante á este misterio, y con grandes bríos para proclamar esta enseñanza que habían recibido y para atestiguar delante de todos la gloriosa resurrección del Señor. Se habían preparado á la visita de Jesús con su docilidad en recibir la enseñanza y con su misericordia con el peregrino, y recibieron en la visita, como regalo precioso, otras dos virtudes excelsas: la santa conformidad con la voluntad de Dios, que no les permitió apenarse de la súbita desaparición del Consolador Supremo, apenas lo hubieron conocido, y eso que le amaban tanto; y la santa diligencia que les hizo salir enseguida de Emmaús, aunque era de noche, y estaban cansados de la jornada que habían hecho, pero para el amor divino no hay obstáculos, ni miedo al peligro, ni cansancio; y además de estas virtudes recibieron un conocimiento acabado de las Escrituras, con lo que puede decirse que su buena voluntad y amor á Jesús, fué superabundantemente recompensado.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, yo os pido que me instruyáis en vuestro conocimiento y amor, y que aceptéis la hospitalidad que mi corazón os ofrece; venid á mí, y dadme vuestro Cuerpo santísimo y vuestra preciosa sangre y consoladme, si no con vuesta presencia corporal, que esta es gracia que yo no merezco en esta vida, con vuestras secretas inspiraciones y vuestros secretos consuelos, que yo os prometo amaros tanto como os aman vuestros dichosos discípulos.

Propósitos.—Examinar cómo te preparas para tus comuniones y qué fruto sacas de ellas.

TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

El Patrocinio de san José.

Preludios.—**Mira al bendito san José en un trono altísimo y resplandeciente de gloria, cobijando debajo de su manto á toda la Iglesia, y pide al glorioso Patriarca que sea siempre tu protector en la vida, y sobre todo en la muerte.**

PUNTO I

Del valimiento de que goza en el cielo san José.

Considera la idea altísima que de este patrocinio nos da la Iglesia, por lo que fué san José y por los cargos de soberana importancia que el glorioso Patriarca ejerció sobre la tierra.

Para ello medita que la liturgia sagrada no es solamente la oración pública y solemne de la Iglesia, sino también su enseñanza auténtica y divina. ¿Y qué advertimos en el oficio de las dos fiestas principales que se celebran en honor de san José, y principalmente en la de su patrocinio? ¿Cuál es, por decirlo así, su pensamiento dominante? Puede formularse de este modo: poder sin límites confiado en el cielo al casto esposo de María, figurado por el que fué dado al antiguo José para la salvación de todo un pueblo. Al recitar este oficio se cree escuchar al Señor decir á todos los hijos de su Iglesia, lo que Faraón decía á los egipcios que recurrían á él en sus desgracias: "Id á José, porque yo he puesto mi autoridad en sus manos; él es el dispensador de todas mis gracias, él mi defensor, apoyo y auxilio durante mi vida; él mi padre en la tierra; puede hacer por vosotros tanto como yo mismo„. He aquí lo que la Iglesia nos repite en este día, rebosando de júbilo, al verse puesta por Dios bajo tan soberano patrocinio, y tal es el juicio que quiere que formemos acerca del crédito de este admirable santo; crédito que, por otra parte, es la

consecuencia de sus empleos en el mundo. Veamos cuáles fueron éstos.

En tiempo de san José, Dios tenía en la tierra un doble tesoro en donde estaba su corazón: Jesús, á quien proclamaba por su Hijo muy amado, objeto de sus eternas complacencias; María, que había dicho de sí misma por boca del Espíritu Santo: "Dios me ha poseído desde el principio de sus caminos„. ¿Pues qué hizo el Señor con san José? Le confió este doble é inapreciable tesoro, cosa que no hizo ni con los reyes ni con los mismos ángeles, y le constituyó cabeza de su familia, dueño de su casa, príncipe de toda su posesión. Sobre Jesús le dió los derechos perfectísimos de un padre sobre su hijo, y sobre María los derechos todos de un esposo sobre su esposa.

Jamás otros derechos fueron tan respetados, pues nunca hubo hijo más obediente ni humilde que Jesús, ni esposa más sumisa que María. Ahora bien: ¿quién podrá persuadirse de que esos títulos tan gloriosos de san José, á los que fué unido en la tierra un poder tan maravilloso como el de salvar á Jesús y María, sean desconocidos en el cielo? Pensar que no tiene cerca de Jesús, que le llamó padre, y de María, de quien era el verdadero esposo, otro crédito que el que resulta de un grado eminente de santidad, ¿no sería admitir que al entrar en la mansión de la gloria ha perdido José los más hermosos florones de su corona, y que para él ha sido una especie de disminución de gracia lo que para los demás ha sido magnífica recompensa? De aquí nace aquel sentir, tan bien fundado, que atribuye al padre nutricio de Jesucristo, como á su Madre, aunque en un grado inferior, una omnipotencia que llaman los doctores de intercesión. Y por esto, si santos y sabios doctores han pensado que María se aproxima al trono de su Hijo, menos como suplicante que como soberana, otros dicen, hablando de san José, que los ruegos de tal esposo y de tal padre son mandatos para su esposa y para su

hijo, pues lejos de haberle despojado de los privilegios que le hicieron feliz en su destierro, á pesar de tan penosas pruebas, Dios los ha completado y consumado en su vida gloriosa. Y de aquí también la invitación que nos hace la Iglesia para que nos dirijamos al segundo José con la confianza con que los egipcios se dirigían al primero. Mas ¿seremos dignos de obtener su amparo y su protección? No lo seremos si no imitamos las virtudes del santo Patriarca, su fe viva, su devoción ardiente y su maravillosa humildad y silencio.

PUNTO II

Del uso que está dispuesto san José á hacer de su poder en favor nuestro.

Considera que para entender el vivísimo deseo que tiene el santo Patriarca de ejercitar en favor nuestro su poderoso patrocinio, sería preciso poder medir y apreciar el inmenso tesoro que encierra su corazón de bondad y de caridad para con sus devotos, y de celo por la salvación y bien de las almas. Todo, en efecto, está previsto en los designios de Dios; y por esto, cuando creó el corazón de José, creó un corazón digno del esposo de María y del padre nutricio de Jesús, pues quiso que hubiera en esta Trinidad visible, Jesús, María, José, una conformidad de afectos que se asemejara á la que une á las tres adorables personas de la Trinidad invisible y eterna. Sobre el modelo del Corazón de Jesús y del de María fué formado, pues, el corazón de José, y en este punto de vista es menester colocarse para concebir, cuanto sea posible, las perfecciones de que fué adornado el corazón de san José.

Preguntar, pues, si debemos confiar en las disposiciones favorables de san José hacia nosotros y si quiere ayudar con todo su poder á la salvación de sus devotos, es como si preguntáramos si somos amados de Jesús y de María, ó si un buen padre desea la

felicidad de sus hijos. Es, en una palabra, poner en tela de juicio el celo de tan gran Santo. Por otra parte, es cierto que todo cuanto Jesucristo N. S. hizo en la tierra, lo hizo por interés nuestro. Y pues quiso tener una madre y un padre, evidentemente puso en sus corazones tal amor hacia nosotros, y tal poder cerca de El, que en cierto modo, se ve forzado á conceder á sus ruegos todo cuanto le pidan y todo lo que no hubiéramos podido obtener por nosotros mismos. Confía, pues, siempre y en todo en el poder del santo Patriarca, que por eso tiene en sus brazos al Niño en señal de que dispone del amor y del poder de Dios.

PUNTO III

Cómo podemos asegurarnos más la protección de san José.

Considera cómo este gran Santo acude en auxilio aun de aquellos que no le conocen, ó que, conociéndole, no le tributan ningún homenaje, y en esto, como en todo, es fiel imitador de Jesús y de María; pero, como Jesús y María, también tiene sus afectos particulares, y una protección más generosa por aquellos que le aman. Por esta razón, mientras más nos declaremos sus hijos, invocándole con una confianza cordial, más su corazón se mostrará á nosotros como el de un padre. Sabido es que el corazón de santa Teresa rebosaba gratitud por los favores que de san José había recibido. Hablando de ellos añade: "Pido por el amor de Dios á los que no me crean que hagan la experiencia, y verán cuán ventajoso les es recurrir al glorioso Patriarca y honrarle especialmente,.

Toma, pues, á san José en este día por el primero de tus patronos, por el más íntimo y el mejor de tus amigos, por tu más poderoso intercesor. Si Dios le escogió entre todos los hombres para su fiel cooperador y depositario de sus secretos en el cumplimiento del misterio de la Encarnación, considera cuán útil

te será su concurso para emprender y terminar felizmente la obra de tu santificación.

Consagrémonos á él, ó renovemos con fervor esta consagración, para nuestra felicidad y la de nuestros prójimos. Démosle por padre á nuestras familias. Señalemos un día determinado al mes ó á la semana para honrarle especialmente, en la seguridad de que si propagamos su culto con ardor y con celo, nuestra devoción le agradará especialmente y las bendiciones que derrame sobre todas nuestras obras serán la recompensa de nuestros trabajos. De esta confianza absoluta en el patrocinio de san José nos da ejemplo también la Iglesia que, al verse en estos últimos tiempos sola y abandonada, como su divino esposo en el huerto de Getsemaní, no busca por protector suyo especial ni á los santos, que han sido reyes, ni á los apóstoles ni á los doctores, sino al humilde san José. Sabe que se trata de defenderla de los Herodes del día, de los que buscan al *Niño Jesús* para arrancarle la vida, y nadie los conoce mejor que José que fué el que libró á Jesús y á María de las garras del astuto monarca de Judea. Porque quien fué cabeza, custodio y tutela y protección de la Sagrada Familia en Belén, Egipto y Nazaret, debía también ser por la amorosa providencia del Señor, patrono de la Iglesia universal. Y el Papa y los Obispos y toda la Iglesia se creen seguros de los embates de la impiedad, bajo el patrocinio de san José que sigue protegiendo la vida del cuerpo místico de Cristo, como durante su vida mortal protegió al mismo Jesús.

Coloquio.—José dulcísimo, bajo cuyo manto protector Jesús ha colocado á su Iglesia. Sálvala de todos sus enemigos interiores y exteriores. Salva al Pontífice, protege á los Prelados, enseña á los fieles las virtudes de que fuiste maravilloso modelo. Protégeme á mí del mundo, del demonio, de la carne, de mí mismo, para que experimentando tu patrocinio en la tierra, merezca verte en el cielo.

Propósitos.—Hacer todos los años con el consejo de tu confesor, los siete domingos de san José, como medio de conseguir tu adelantamiento en la virtud y conseguir por medio del santo Patriarca las gracias que más necesites.

LUNES

De la aparición á los Apóstoles el mismo día de la resurrección.

Preludios.—Imagínate á los Apóstoles encerrados en su retiro del cenáculo, temerosos de que los matasen los judíos, y el consuelo grandísimo que tuvieron cuando inesperadamente vieron á Jesús en medio de ellos. Pídele á Jesús, que en tus tribulaciones te ayude el divino auxilio que consoló á los Apóstoles.

PUNTO I

Cómo Jesús se apareció á los Apóstoles.

Considera cómo Jesús, en la noche del día de su resurrección, se apareció á sus Apóstoles, que estaban juntos en su casa, cerradas las puertas por miedo á los judíos. Las causas por qué dilató hasta la noche el visitar á sus discípulos, fueron: la primera, porque entre ellos había algunos muy duros en creer, y era menester disponerlos para que les fuera en provecho la visita. La segunda, para probar la paciencia de los más queridos, y con esta dilación disponerlos mejor para el favor que les pensaba hacer. La tercera, porque es costumbre de nuestro Señor acudir al consuelo de los suyos, cuando están más desconfiados de recibirle. Y así, cuando los Apóstoles se encerraron en el cenáculo desconfiados de ver aquel día á su Maestro, entonces entró de repente á visitarlos. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la visita de Dios y su consuelo, confiando que le dará en el tiempo que más conviniere.

Lo segundo, pondera las causas por qué entró estando cerradas las puertas. Una fué para manifestar

cómo su cuerpo estaba glorificado, y por el dote de la sutileza podía penetrar por donde quisiese sin estorbo alguno. Y también significaba la eficacia de su omnipotencia, y que como Señor absoluto puede entrar dentro del alma á visitarla y consolarla con sus inspiraciones, y á mudarla como El quisiere, sin que haya cosa que le estorbe ni pueda resistir á su voluntad; y también para significar que gusta de que sus siervos cierren las puertas de su corazón, que son los sentidos, para que no entre por ellos la muerte, y entonces entra El, como autor de la vida, para llenarnos de alegría. ¡Oh Rey de gloria, tuya es mi alma con todas sus potencias! Casa es fabricada por tu omnipotencia para morada tuya; entra en ella como Señor y haz en mí lo que quisieres, porque deseo no resistir á lo que ordenares; deseo cerrar todas sus puertas para que no entre cosa que te desagrade; mas si Tú, Dios mío, estás dentro, con tu presencia estarán más bien cerradas para todo lo terrenal y humano.

Lo tercero, pondera las causas por qué se puso en medio de ellos; quizá quiso que entendiesen la verdad de lo que les había dicho, que "dondequiera que estuviesen dos ó tres congregados en su nombre, allí estaría El en medio de ellos,,; como sol, alumbrándolos; como maestro, enseñándolos; como pastor, rigiéndolos; como medianero entre Dios y los hombres, pacificándolos, y como protector, amparándolos y cubriéndolos con sus alas; porque todos estos oficios hace este Señor con los suyos cuando se pone en medio de ellos. ¡Oh alma mía! pues Cristo está donde están dos ó tres congregados en su nombre, procura que tus tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, se congreguen y junten en la oración, cerradas las puertas de los sentidos; porque luego vendrá tu Señor y se pondrá en medio de ellas, alumbrándolas como sol, enseñándolas como maestro, rigiéndolas como pastor y juntándolas consigo en perfecta unión de amor.

PUNTO II

De lo que dijo Jesús á sus Apóstoles.

Considera las tres palabras que Cristo N. S. dijo á los Apóstoles estando en medio de ellos, que son señales del buen espíritu. La primera fué: "Paz sea con vosotros„; como quien dice: acordaos que os dije: "Mi paz os dejo y mi paz os doy„; esta paz he ganado ya con mi Pasión y muerte, y así ahora de nuevo os la comunico y saludo con ella. La segunda es: "Yo soy„; que fué decir: Yo soy el mismo que solía en la naturaleza, en la persona y en la condición. Yo soy vuestro Maestro, vuestro salvador, vuestro protector, vuestro hermano y vuestro Dios. Y díjoles esta palabra con un modo tan suave, que por ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así, añadió la tercera, diciendo: "No queráis temer„; como quien dice: Ya que el temor os acomete, no queráis admitirle, ni darle entrada; no temáis la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra mí, porque, estando yo en medio de vosotros, estáis seguros. ¡Oh Rey de gloria! venid á mi alma, poneos en medio de sus potencias, y decidles: Paz sea con vosotras. Dadme, Señor, la paz que el mundo no me puede dar; poned paz entre mi carne y mi espíritu, y entre mis potencias y sentidos; pacificadme con vuestro Padre y con mis hermanos. Decid, Señor, á mi alma: Yo soy, no temas; porque si yo tengo prendas de que estáis conmigo, no tengo por qué temer teniendo tal protector.

Pondera luego la benignidad de Cristo N. S., porque no contento con certificar á los discípulos de su resurrección con la vista y con el oído, dándoles á ver su propio cuerpo y hablándoles con su propia voz, les quiere certificar con el tacto, dándoles licencia que le toquen y palpen su cuerpo, especialmente los pies, manos y el costado donde tenía las llagas de

los clavos y de la lanza, para sanar con ellos las llagas de la pusilanimidad que tenían en sus corazones, porque para este fin entre otros las había dejado. Y así fué que, tocando los apóstoles las llagas con grande reverencia y amor, con aquel tocamiento quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo por la gloria de su Maestro. Gracias te doy, Maestro soberano, por el favor que has hecho á tus discípulos, y en ellos á todos nosotros. Bien se ve que has trocado la ley de temor en ley de amor, pues antiguamente quitabas la vida á los que con curiosidad miraban al arca del testamento ó con atrevimiento la tocaban. Pero ahora Tú mismo, arca del nuevo testamento, te das á ver y tocar, comunicando la vida y gozo á los discípulos que te ven y tocan. ¡Oh, quién se hallara presente con esta dichosa compañía, y pudiera ver la hermosura y belleza de Jesús, oir su dulce voz y tocar sus preciosas llagas! ¡Oh dulce Jesús, con el espíritu me presento ante tu venerable presencia y adoro tu soberana Majestad, y postrado en el profundo de mi corazón, me llego á besar tus llagas preciosísimas, con grande confianza de que por medio de ellas quedaré sano de las mías.

PUNTO III

Cómo Jesús pidió de comer á sus discípulos y comió con ellos.

Considera la grandeza del amor de Cristo N. S., porque no contento con las cosas que había dicho y hecho para certificar á sus discípulos de su resurrección, añadió otra señal de grande afabilidad, pidiéndoles de comer y comiendo con ellos, con ser esta una cosa muy ajena de su estado glorioso. De donde sacaré motivos de amar al que tanto se humilla y humana por nuestro bien; y también tomaré ejemplo para humillarme en razón de hacer bien á mis prójimos, aunque para esto sea menester hacer algo que no diga tanto con la alteza de mi estado, porque no

será contra esta alteza lo que se hace para bien del prójimo.

Pondera, además, el misterio de esta comida, porque el pez asado representaba su sacratísima humanidad, que fué abrasado en la cruz con fuego de tribulaciones; y el panal de miel representaba su divinidad, que es la fuente de toda dulzura, y ambas cosas están juntas en el santísimo Sacramento del altar. Estas comió Cristo la noche de su Pasión; éstas le ofrecemos ahora en sacrificio, y éstas nos da El en sustento de nuestras almas, para abrasarnos en el fuego de su amor y llenarnos de espiritual alegría. ¡Oh Amado de mi corazón, si me pides de comer, ¿qué te podré dar que sea conforme á tu gusto sino este pez y este panal? Lo que tú me has dado, eso te doy, y de tu mano espero recibirlo para comer de ello y remediar mi necesidad; y si otras cosas quieres, vesme aquí que ando por el mar tempestuoso de este mundo, vagueando con libertad de carne y sujeto á los malos instintos de mi sensualidad. Sácame, Señor, de este mar, abrásame con el fuego de tu amor, purifica mis pecados abominables, y sazóname con la dulzura de tu gracia para que como panal de miel sea sabroso á tu soberano gusto.

Finalmente, pondera cómo habiendo Cristo N. S. mostrado á sus discípulos que era El mismo por las señales dichas, les trajo á la memoria cómo todo lo que había pasado había sido en cumplimiento "de lo que estaba escrito en la ley de Moisés, en los profetas y salmos. Y abrióles el sentido para "que entendiesen las Escrituras„, como lo hizo con los que iban á Emmaús. Y es de creer que su corazón también ardería dentro de ellos cuando se las declaraba.

Con este favor echó el sello á los testimonios de su resurrección alegando las Escrituras, las cuales ninguno entenderá, si el mismo Cristo no le abre el sentido para que las entienda. Y si las entiende no dejará de creer y admitir lo que ellas dicen.

Coloquio.—¡Oh Maestro del cielo, que dijiste á tus Apóstoles: "A vosotros es concedido saber el misterio del reino de Dios, y á los demás solamente en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan!„ Confieso que tus soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados le tengo muy obscurecido; mas acuérdate que por los méritos de tu Pasión abriste el libro cerrado y sellado con siete sellos de modo que se pudiese leer. Abre, Señor, para mí el libro de tus sagrados misterios, y abre mi sentido de modo que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de tu amor.

Propósitos.—No turbarte por nada, ni temer á nada, sabiendo que Jesús, por su gracia, mora en tu corazón.

MARTES

«La paz sea con vosotros».

Preludios.—Represéntate á Jesús apareciéndose de súbito en medio de sus discípulos, y diciéndoles: «La paz sea con vosotros», y pide á Dios que la paz reine por siempre en tu espíritu, sin miedos ni turbaciones.

PUNTO I

De la paz interior considerada en sí misma.

Considera que la paz interior, ó del espíritu, es un concierto y armonía entre todas las facultades del alma, y de esta misma con las de los demás hombres; por lo que se manifiesta de dos modos: en la unión de voluntades de varios, y en este sentido dijo san Pablo á los cristianos: "Vivid en paz„; y dentro de cada hombre, por la concordia de sus apetitos y movimientos internos, concordia que sólo se consigue, cuando los apetitos inferiores están subordinados á los superiores, lo que procede de la materia á lo que es propio del espíritu, la sensualidad á la razón y la razón á la fe. Sólo así, estando cada cosa en su puesto, guardando todo el orden debido, hay verda-

dera concordia y, por consiguiente, verdadera paz.

Piérdese la paz del espíritu por las maneras contrarias á como se consigue: ó por la disconformidad con nuestros prójimos, ó por el trastorno interior de nuestras facultades, esto es, cuando se insubordinan los apetitos inferiores y tratan de usurpar el puesto que á los superiores corresponde; cuando la razón se insubordina contra la fe, la voluntad contra la razón, la concupiscencia contra la voluntad. Entonces se acaba el orden, y con el orden la concordia, y con la concordia la paz.

Pero para mantener ese orden perfectísimo, del que dimana la paz espiritual, es menester que se funde en el bien, que el bien sea á la vez su base y su fin, y así no puede haber verdadera paz sino fundada en el verdadero bien. Los bienes del mundo, las riquezas, los placeres, la pompa y el poder, lejos de unir, desunen á los que los poseen ó los buscan; engendra entre ellos discordias, porque, siendo tan limitados y finitos, si los alcanzan unos, es preciso que los pierdan ó que no los disfruten otros, y en cada uno de ellos pone también espantosas discordias interiores, subleva unas potencias contra otras, los apetitos contra la voluntad, la voluntad contra la razón; de aquí que tales bienes perecederos, lejos de engendrar la paz espiritual, lo que engendran es cruelísima guerra entre los hombres, y aun más cruel desasosiego interior.

Sólo, pues, en el verdadero bien, que es Dios, hallan los espíritus la paz entre sí y con ellos mismos. Pero esta paz es perfecta é imperfecta; la paz perfecta sólo hemos de hallarla en el cielo, porque sólo entonces poseeremos perfectamente á Dios. La del mundo será siempre una paz imperfecta. Pero muy dulce y regalada, y don precioso, digno de la liberalidad de Jesucristo, que dijo repetidas veces á sus discípulos: "Os dejo mi paz, os doy mi paz, la paz sea con vosotros".

PUNTO II

Del principio de la paz espiritual.

Considérese que el principio de la paz espiritual no es otro que la caridad, acompañada de todas las demás virtudes.

La paz es fruto de la caridad, porque la caridad es el amor á Dios sobre todas las cosas, y á todos los hombres y á todas las cosas por Dios; y la paz no es sino consecuencia de este amor sobrenatural, toda vez que el que ama, lo que primeramente busca es estar en concordia con el amado.

Amando á Dios sobre todo, lo amamos más que á nosotros mismos, y así el amor propio desaparece; con lo que se quita en nuestro interior la causa principal de discordia entre las facultades del alma, y se someten sin esfuerzo los apetitos inferiores á la voluntad, y la voluntad á los mandamientos divinos. Y amándolo todo por Dios, en nada se ven las imperfecciones que molestan y enfadan, sino el sello divino que todas las cosas llevan, y así se ama todo con un amor sobrenatural y perfecto, y sólo se aborrece el pecado, porque el pecado desagrada á Dios.

Además, habiendo caridad, enciéndense en el alma todas las virtudes que son como el cortejo de aquella virtud celestial, y todas contribuyen, cada una en su grado y medida, á producir y aumentar la paz espiritual en el alma. Así, por ejemplo, la virtud de la humildad arranca de nuestro corazón la cizaña de la soberbia, que es causa de casi todas las inquietudes interiores y de casi todos nuestros disgustos y choques con los prójimos; porque el que á sí mismo se tiene y estima en mucho, fácilmente cree que le ofenden los demás, y fácilmente ve sus apetitos interiores rebelados contra el yugo á que deben estar sujetos para que se produzca la paz interior.

La paciencia nos hace sufrir resignados y alegres,

por amor de Dios, las flaquezas de nuestros prójimos, viendo en todo la permisión de Dios y se hace dulce la lucha que á veces nos causa la violencia que hemos de hacer á nuestros propios apetitos, para que se mantengan sumisos y rendidos.

La conformidad con la voluntad de Dios pone nuestra paz interior al abrigo de las adversidades y trabajos de la vida, que vemos bajar del cielo para nuestra prueba y merecimiento.

Todas las virtudes, en suma, dirigidas y animadas por la caridad, que es la reina de todas, producen, fortifican y mantienen la paz dentro del alma y entre los hombres que de veras las practican.

Pide á Jesús, Rey humilde y pacífico, que te enseñe el secreto de la paz del corazón. Y verás cómo te dice: "Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarás reposo para tu alma„; porque el origen y principio de esa paz está sólo en la práctica de la humildad y en el vencimiento de nuestras pasiones y apetitos.

PUNTO III

De los efectos de la paz espiritual.

Considera, finalmente, los efectos de la paz interior que son muchos, y todos excelentes, y que santo Tomás reduce á dos principales. El primero, es apagar en nosotros esos deseos vagos, esas imaginaciones tumultuosas que son los mayores enemigos de nuestro reposo. "¡Si yo consiguiera este puesto!„ "¡Si yo saliera bien de este negocio!„ Y con cuidados semejantes nos amargamos la vida, pasándola en continuo desasosiego y en turbación continua, sin reparar en que con Dios tenemos lo suficiente y sin Dios nada nos basta. La paz, dice san Agustín, trae consigo el reposo, y el reposo pone fin á todos los deseos y á todas las penas.

El segundo efecto de la paz es ponernos á cubierto de cuanto puede perturbarnos. Establece la

paz en el espíritu, como enseña santo Tomás, una tranquilidad perfecta, dimanada de la posesión del bien soberano, y esta calma es tan firme por lo mismo que es tan sólido y fuerte su fundamento, que nada es capaz de turbarla. En vano se agitan en el ánimo las pasiones y afectos desordenados, en vano nos prueban con sus flaquezas los prójimos, en vano caen en tropel sobre nosotros las adversidades de la vida, perdemos la fortuna ó los amigos, nos afligen las enfermedades y trabajos, nos agobian todas las tribulaciones; si el alma posee la paz de Dios, con su gracia y fortaleza, á todo se sobrepone, y todo resbala sobre ella sin dejar rastro. De lo que se deduce que la paz es el mayor de los bienes de que podemos disfrutar en este mundo, cuando es sobrenatural y va acompañada de la gracia de Dios, y puede ser considerada como un delicioso presagio de la eterna bienaventuranza. Pero para conseguirlo necesitas imitar á Jesús, que dijo: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestra alma.„ Así, pues, solamente el corazón recto que vive en gracia con Jesús, y procura imitar sus virtudes, puede adquirir paz verdadera; porque para los impíos no hay paz. Sólo el corazón humilde, que se contenta con un lugar inferior entre los hombres, y que, desconfiando de sí, recurre á Dios en todo contratiempo, puede conservar ileso el sosiego del espíritu. Sólo el corazón abrasado en caridad, que se adhiere resignado á la divina voluntad, puede gozar de la dulcedumbre de una tranquilidad continua y perseverar con seguridad en ella. Y si te revistieras enteramente de los sentimientos de Jesús, de tal manera que por deseo de más perfecta semejanza con El, y para probarle más tu amor, quisieras padecer en su compañía conforme al divino beneplácito, entonces una paz suavísima se derramará con abundancia sobre tu corazón, y podrás gozar de perpetuo sosiego y de alegría de espíritu en medio de

las vicisitudes del mundo, porque lo que en otros suele turbar la paz, eso mismo la afianzará en ti; y podrías probar que al que tiene en su corazón á Dios, fuente de paz, al que en todo ve su voluntad divina, nada le turba, nada le espanta, persuadido de que le basta Dios, y de que ni los trabajos, ni la pobreza, ni las calumnias, ni la misma muerte le pueden separar de la caridad de Cristo.

Coloquio.—¡Oh Jesús, Dios de paz y Padre de toda consolación, cómo deseo y anhelo tu paz, aquella paz santa y apetecible que dejaste á tus apóstoles! Posean cuantos quisieren los demás bienes de la vida; á mí concédeme la paz, el mayor bien de la vida, que abraza todos los demás bienes. Concédeme, benigno, poner en práctica los medios para alcanzarla, de manera que salga verdadero discípulo de tu Corazón, con espíritu siempre pacífico, lleno de humildad y mansedumbre. ¡Oh dulcísimo Jesús, Príncipe de la paz, cuyas delicias son reinar en un corazón puro y sosegado!: afianza tu reino sobre mi corazón, de manera que nunca me perturbe, antes cada vez me consolide más en tu paz, hasta que me admitas á reinar contigo en la celestial bienaventuranza, donde entre ángeles y santos reinas con dicha sempiterna.

Propósitos.—Véncete siempre y en todo, y hallarás la paz de tu corazón.

MIÉRCOLES

Sobre las condiciones de nuestra paz.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO 1

La paz con Dios consiste en el cumplimiento de su voluntad.

Considera cuán feliz es el alma que se mantiene en la verdadera paz. En ella reside Dios como en su reino; en su corazón se deleita como en un trono de gloria. Porque Dios gusta de comunicar con un co-

razón tranquilo, puesto que allí se escuchan sus inspiraciones, se conservan y fructifican las gracias que el Señor comunica. Si quieres cometer los menos defectos posibles, si aun de los mismos defectos quieres aprovecharte para tu adelantamiento espiritual, si quieres ejercitarte en las virtudes sólidas, conserva la paz del corazón. Si quieres resistir provechosamente á las tentaciones del demonio y frustrar los malvados planes del infierno, permanezca en paz tu espíritu. Como el enemigo sabe que mientras el alma está en paz, vale poco su astucia contra ella, se empeña en perturbarla por mil maneras. Con semejante fin, todo lo remueve, excita la imaginación, provoca las pasiones, sugiere á otros que hagan obras contrarias á tus deseos y propósitos: unas veces halaga, otras aterroriza, y de vez en cuando acomete con terribles tentaciones. Cuando algo de esto te aconteciere, no te turbes, no pierdas el sosiego. Mientras permanezcas en paz, todo está seguro, pero si empiezas á turbarte, empiezas también á peligrar; y aunque con la divina gracia no des consentimiento voluntario, el enemigo se contenta por aquella vez con obtener la perturbación que deseaba. Porque no espera él poder derribarte á la primera acometida, sino poco á poco perturbar primero tu corazón, cansarte luego, debilitarte después, y á la postre perderte.

Cuidado, pues, con no turbarte ante ninguna tentación, por grande que sea la insistencia con que te acometa el enemigo. Para tener, pues, paz completa en el corazón, lo primero es tenerla con Dios, y con Dios se tiene cuando se cumple en todo su voluntad. ¿Puede haber paz con Dios cuando uno se complace en lo que á Dios desagrada y busca su contento en lo que á Dios hiere y ofende?

Remontémonos al principio. Dios es mi último fin, mi soberano bien y mi centro. Unido á este centro adorable, estoy tranquilo; separado de él caigo nece-

sariamente en la agitación y en el malestar. Pero á Dios sólo estoy unido por la sujeción de mi voluntad á la suya; luego si me aparto de esta voluntad soberana, salgo del centro de mi descanso y me coloco en una situación violenta. No puedo resistir á una ley que todo, en mi naturaleza y en mi fe, me obliga á respetar, sin que mi razón se vuelva contra mí, sin que mi fe me acuse y condene y sin que mi conciencia me desgarre con sus remordimientos.

La paz es la obra de la justicia; como que es la primera recompensa del orden observado, así como la inquietud es el primer castigo de todo desorden. De aquí se sigue que las faltas, aun las más leves, encierran una culpable infracción de las leyes de la justicia y del orden, y así no es de extrañar que el alma libre y negligente, viva en la turbación y en el sufrimiento. Por el contrario, cuando un alma tiene la pureza que da la justicia, nada le impide unirse á Dios, centro de su reposo.

Unete, pues, más y más con Dios, hazte una cosa con El por la unión de las voluntades, y la paz de Dios que "supera toda alegría„ no se separará de tu corazón. Si en todo miras á Dios, nada te podrá robar la paz. Pídelo así al Señor, y El, si tú eficazmente lo deseas, te dará esa paz que el mundo ignora y cuyo origen es la buena conciencia.

PUNTO II

La paz con el prójimo consiste en la verdadera y sólida caridad.

Considera que si nuestra paz con Dios es el fruto de nuestro amor á Dios y de la guarda de su ley, nuestra paz con el prójimo, es el fruto de esa caridad sincera que nos le hace amar á pesar de sus defectos y de las ofensas que nos haya podido hacer. Que cada cual mire en su hermano la imagen de Dios; que trate á los demás, como quiera ser tratado; que soporte, que tolere y que disculpe, como qui-

siera ser soportado, tolerado, disculpado, que no sea terco, ni disputador, ni orgulloso, y no habrá entre los hombres división, ni discordia posibles. El mar está tranquilo cuando ningún viento lo agita. Quien quitase del mundo ese *tuyo* y ese *mío,* tristísimas palabras, que ocasionan tantas guerras y encienden tantas pasiones, fundaría en la tierra el amable reinado de la paz.

Considera, para animarte á ejercitar esta virtud tan propia de los fervorosos, que la dicha de nuestra vida depende en gran parte de la conservación de la paz con el prójimo, sea que la Providencia le haya colocado más alto, igual ó más bajo que nosotros. Que nada turbe la armonía de nuestras relaciones con nuestros superiores, con nuestros iguales y con nuestros inferiores, y Aquel que tiene por hijos á los pacíficos, será nuestro Padre. Pero es necesario que vivamos de los principios y máximas de la caridad, que nos haga ver en cada hombre un hermano nuestro, y que la paciencia vigile nuestro corazón, á fin de vivir en paz con los mismos que odien la paz. Fuerza es también declarar una guerra implacable al pecado, y amar siempre y no herir jamás al pecador. De esto sólo es capaz una caridad generosa y atenta, que tenga en cuenta que no hay que buscar en el prójimo, ni en sus pasiones y desórdenes, el obstáculo que se opone á nuestra paz, sino en nosotros mismos, que no queremos vencernos bastante, que no nos movemos por principios de fe, sino por motivos de antipatía y simpatía puramente naturales. ¿Obraban así los santos? ¿Debes tú obrar así? ¿Qué te remuerde, ó qué te dice la conciencia en esta materia?

PUNTO III

La paz con nosotros consiste en la lucha constante con nosotros mismos.

Considera que la causa de la perturbación interior que nos roba la paz del corazón no se halla fuera de

nosotros en las cosas que nos rodean, sino dentro de nosotros, en el desórden de las pasiones de nuestro corazón. Si con la guerra constante acabásemos con los afectos torcidos de nuestra alma, las causas todas exteriores cesarían de sernos ocasión de turbación. Mira, en efecto, que hay tantas causas para perder la paz como afectos desordenados llevamos dentro de nosotros. Pues como la paz no se alcanza sino por la guerra, así la pacificación interior del alma sólo se logra con la victoria sobre nosotros mismos.

Sólo, pues, haciendo una guerra continua á nuestras inclinaciones, enemigos domésticos que forman parte de nosotros mismos, es como podemos adquirir esa tranquilidad y esa igualdad de ánimo que nos haga superiores á todos los contratiempos de la vida. La paz es el fruto de la victoria, como la victoria el fruto del combate. Dueños de nosotros mismos, lo seremos en cierto modo de todo lo que existe. Cuando el hombre no doma sus deseos, se convierte en esclavo de ellos, y éstos en verdugos del hombre. Por el contrario, el hombre vencedor de sus pasiones se eleva sobre sí mismo, y á nadie busca sino á Dios. Pero ¡cuántas luchas hay que sostener para conquistarse á sí mismo y ponerse todo entero bajo el imperio de la gracia! Deduce, pues, de todo lo que has meditado, que para saborear la dulce paz del corazón necesitas tener pureza de conciencia, sujeción completa á la voluntad de Dios, caridad cordial para con tus prójimos, combates serios contra ti mismo. Estas son las condiciones con que puedes obtener la paz, y, por consiguiente, la dicha.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Ayudadme con vuestra gracia á ser manso y humilde y hallar así descanso para mi alma. Estableced vos mismo en ella ese silencio, esa calma que esperáis para comunicaros conmigo. La acción tranquila, el deseo sin pasión, el celo que mueve sin agitaciones, sólo podré conse-

guirlo de Vos, que sois la sabiduría eterna, la actividad infinita, el reposo inalterable, y, en suma, el principio y modelo de la verdadera paz. No me neguéis este don celestial, que es prenda de vuestro amor, objeto de vuestras promesas y el premio de la sangre de vuestro Hijo.

Propósitos.—Vivir siempre en gracia de Dios, buscar puestos humildes y resignarte en todas tus penas con la voluntad de Dios.

JUEVES

De cómo Cristo dió á sus Apóstoles el Espíritu Santo y la potestad de perdonar los pecados.

Preludios.—Contempla con ojos de viva fe la escena sublime y consoladora en que Jesucristo con soplo de vida divina infunde el Espíritu Santo en sus apóstoles, los hace legados suyos y les da poder para perdonar á los hombres. Pide saber aprovecharte de la bondad y misericordia del Señor.

PUNTO I

"Como mi Padre me envió, yo también os envío."

Considera cómo Cristo N. S., en esta visita que hizo á sus Apóstoles, les dijo dos veces: "Paz sea con vosotros". La primera fué en entrando, para disponerlos y hacerlos capaces de conocer el misterio de su resurrección, porque el corazón turbado no está bien dispuesto para conocer á Cristo y contemplar sus misterios; y así, es menester que nuestro Señor primero le sosiegue, ayudándonos también nosotros á quitar los cuatro impedimentos de la contemplación, que llama san Bernardo "culpa que remuerde, sentido que codicia, cuidado que punza y tropel de imágenes corporales que se apoderan de la imaginación".

La segunda vez les dijo: "Paz sea con vosotros"; para disponerlos al misterio que pretendía encargarles de ir por el mundo á conversar con los hombres

y convertirlos, lo cual no se puede hacer si no es teniendo en sí mismo paz y cuanto es de su parte, estando muy dispuesto á tenerla con todos, con deseo de ponerlos á todos en paz entre sí y con Dios.

Medita aquí, principalmente, aquellas palabras que dijo luego á los Apóstoles: "Como mi Padre me envió, así os envío Yo„. Con las cuales les encargó el oficio para que les había escogido de Apóstoles, y fué decirles: "Como mi Padre me envió al mundo para que le enseñase el camino de la verdad y de la virtud, así Yo os envío para que llevéis adelante lo que yo he comenzado„. Contempla la dignidad altísima que Cristo N. S. dió á sus Apóstoles, haciéndoles sus legados en el oficio de la conversión del mundo, en la cual dignidad suceden otros y sucederán hasta el fin del mismo mundo, para que nunca falte quien atienda á su conversión. Y tiene grande énfasis aquella palabra *como*, que aunque no denota igualdad, pero dice grande semejanza; como quien dice: Yo que soy igual á mi Padre, os envío como El me envió, concediéndoos muchas gracias y dones de los que Yo tengo, para que hagáis el oficio que Yo hice. Mas porque no entendamos que el oficio es descansado, en las mismas palabras les avisa la carga de El, diciendo: "Como mi Padre no me envió á honras y regalos, sino á padecer afrentas y trabajos en razón de cumplir con mi oficio, así Yo, aunque os amo, os envío á padecer graves persecuciones como Yo las padecí; porque no ha de ser más privilegiado el Apóstol, que el que le envía por su legado.„ ¡Oh Apóstol y pontífice supremo Cristo Jesús, á quien por excelencia conviene el nombre de Apóstol, enviado por el Eterno Padre para salvar al mundo!; justo es que todos nos conformemos con tu vida y sigamos los pasos de tu misión, pasando por los trabajos que pasaste en razón de cumplir la voluntad del que te envió. Vesme aquí ofrecido á tu servicio; envíame donde quisieres, que aparejado estoy á pa-

decer lo que ordenares, pues siendo Tú el que me envías, tu gracia me ayudará para cumplir lo que mandares.

PUNTO II

"*Recibid el Espíritu Santo.*„

Considera primeramente que Jesucristo N. S. sopló sobre los Apóstoles para significar que el Espíritu Santo que les daba, era espíritu que procedía de El, así como el soplo procede del que sopla. De suerte, que no solamente nos da Cristo sus dones, sino al Espíritu Santo con ellos, el cual aunque es distinto en la persona, pero no en la substancia. ¡Oh, bendito sea tal dador, que con tanta liberalidad y con tanta facilidad nos da tan soberano don, tan precioso como el mismo que le da!

Lo segundo, sopló para significar que El mismo era el que sopló en el rostro de Adán, formado del lodo, un soplo de vida, con el cual quedó con ánima viviente, y que este soplo hacía los mismos efectos en el alma, que el otro hizo en el cuerpo, vivificándola, hermoseándola y dándola movimientos, sentidos y obras proporcionadas á la vida sobrenatural que la comunica, y por consiguiente, que cual queda un cuerpo sin alma, tal queda un alma sin la gracia del Espíritu Santo que la vivificaba. De donde sacaré un entrañable deseo de este divino Espíritu, diciéndole á Cristo N. S. con gran fervor: ¡Oh dulce Jesús, sopla en mi alma este soplo del Espíritu Santo, para que viva nueva vida de gracia y haga obras dignas de la vida eterna para tu gloria.

Demás de esto, el soplo es un aire que arrojamos de la boca con fuerza y con él solemos quitar algo que está en la ropa ó en otra cosa limpia. A este modo también el Espíritu Santo se da á los que ya son justos, como lo eran los Apóstoles, en forma de soplo, para que con fuerza interior se muevan á lo bueno y se purifiquen y limpien de culpas é imper-

fecciones, aunque sean muy ligeras, sin que permanezca en ellos cosa que desdiga de su pureza.

Finalmente, la dádiva de este día fué como señal de la que se debía de dar el día de Pentecostés, en forma de viento vehemente, muy más copiosamente cuanto excede el viento vehemente al soplo, porque la de este día fué para un solo efecto de perdonar pecados; la del día de Pentecostés para otros muchos efectos, como en su lugar meditaremos.

PUNTO III

Da Jesús á sus discípulos potestad de perdonar los pecados.

Oye aquellas consoladoras palabras: "Aquellos cuyos pecados perdonareis serán perdonados, y los que retuvierais, serán retenidos.„

Considera que la potestad de perdonar pecados es propia de sólo Dios, porque sólo al injuriado pertenece perdonar la injuria que se le hace, y como el pecado es gravísima injuria contra Dios, á sólo Dios pertenece perdonarle, ó á quien El da sus veces para ello. Estas no las dió á los ángeles, sino á los hombres; ni las dió á los hombres que precedieron antes de su venida al mundo, esto es, á los sacerdotes de la ley vieja, los cuales, como no podían sanar la lepra del cuerpo, sino declarar que estaba sana, así tampoco podían limpiar la lepra del alma. Pero á los sacerdotes de la ley nueva dióles potestad por medio de los Sacramentos, para limpiar real y verdaderamente las almas de la lepra de los pecados en su nombre y como vicarios suyos. Y así les hace participantes de su infinita dignidad de Salvador, porque en su virtud salvan y libran de los pecados, por lo cual debemos darle innumerables gracias. ¡Oh liberalísimo Jesús!, ¿con qué te pagaremos una merced tan señalada como ésta? ¿Qué hubiera sido de mí sin tu largueza y generosidad? Ya que querías dar á otros tal potestad, ¿no fuera mejor darla á los ángeles, que eran limpios de pecado, celosos de tu honra y que

supieran bien volver por ella? ¡Oh inmensa liberalidad! ¡Oh liberalísima misericordia! A los hombres pecadores das tus veces para perdonar los pecados, para que con más largueza perdonen cuanto más conocen su propia necesidad, y aunque es justo miren por tu honra, pero también gustas miren por su provecho.

Pero grandemente campea esta misericordia y liberalidad, en no haber puesto tasa ni límite á esta potestad en muchas cosas. Porque lo primero, se extiende á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir á ninguno mientras vive esta vida mortal, de suerte, que si por él no queda negociar el perdón de sus pecados por medio del Sacramento, no quedará por falta de potestad para perdonarlos. Lo segundo, se extiende á todos los pecados, por graves y enormes que sean, de tal manera, que el pecado contra el Espíritu Santo, del que se dice que no se perdonará en este siglo, ni en el otro, por ser dificultoso de perdonar de parte del que lo comete; con todo eso, si él quiere arrepentirse, hay potestad en la tierra para perdonarle. Lo tercero, se extiende á todo el número de veces que son posibles durante la vida; de suerte, que "no solamente siete veces, sino setenta veces siete„; y setecientas mil veces sin cuento puede ser perdonado el que peca, y esto con admirable suavidad; porque como Cristo N. S., con el soplo que salió de su boca, dió á los Apóstoles el Espíritu Santo, así los confesores con la palabra de absolución, que sale de su boca en virtud de Cristo, le dan á los penitentes, librándolos de sus pecados. Y para que esta potestad durase para siempre en la Iglesia, quiso Cristo N. S. que los obispos, sucesores de los Apóstoles, con el mismo soplo, diciendo las mismas palabras que El dijo, diesen el Espíritu Santo á los que ordenan de sacerdotes con potestad de perdonar pecados.

Coloquio.—¡Oh amantísimo y liberalísimo Jesús!

Si os hubiera costado poco el perdón de los pecados, no me admirara tanto de que fuerais liberal en dar facultad tan copiosa para perdonarlos; pero habiéndoos costado el precio de vuestra sangre, derramada con tan terribles dolores y desprecios, ¿quién no se admirará y saldrá de sí para predicar vuestra inmensa misericordia? Bendita sea mil veces vuestra infinita caridad, por la cual os suplico humildemente me ayudéis á mí y á todos los pecadores, para que nos aprovechemos de ella y alcancemos el perdón que de vuestra parte se nos ofrece.

Propósitos.—Saca de todo esto el espíritu y fervor con que debes llegarte al santo sacramento de la Confesión, como quien va á recibir el Espíritu Santo, mediante la palabra de la absolución, que, como soplo divino de Cristo, sale de su corazón por medio del sacerdote.

VIERNES

De la bondad de Jesús en dar á los Apóstoles el poder de perdonar los pecados.

Preludios.—Mírate á los pies de Cristo como la Magdalena contrito y lloroso, y oye que Jesús te dice: «Perdonados te son tus pecados» y pide que, en efecto, sea así cada vez que te acercas á recibir el sacramento de la Penitencia.

PUNTO I

De la bondad de Cristo N. S. en la institución del sacramento de la Penitencia.

Considera la grande merced que hizo Dios á su Iglesia y á ti, como miembro de ella, en haber instituido el santo sacramento de la Penitencia, ponderando algunas cosas que descubren la grandeza de este beneficio y te animen al uso de él. Lo primero, siendo propio de sólo Dios perdonar los pecados, quiso poner esta potestad en manos de los sacerdotes, asegurándonos que aprobaría en el cielo la sentencia que ellos diesen en la tierra. Y ordenó que es-

tos sacerdotes fuesen hombres sujetos también á pecados, y necesitados del mismo remedio, para que se compadeciesen más de los pecadores. Y la potestad que les dió, fué tan amplia, que ningún pecado reservó para sí solo, por grave que fuese, ni les limitó el número de los pecados, ni las veces que habían de perdonar; antes dijo á san Pedro que "no solamente perdonase siete veces, sino setenta veces siete„, esto es, sin número ni tasa. En todo lo cual resplandece la bondad de este gran Dios, y las ganas que tiene de perdonarnos.

Pondera luego, cómo este Juez soberano, habiendo de hacer juicio estrechísimo de nuestras vidas al fin de ellas y al fin del mundo, quiso misericordiosamente conmutar este juicio riguroso de nuestros pecados, en el juicio misericordioso, que hiciéremos de ellos en este sacramento; de modo que, como dice el Apóstol, si aquí fuéremos juzgados y absueltos, no seremos más juzgados ni condenados por aquellos pecados, pues por esto dice la Escritura, que "no juzga ni castiga una cosa dos veces.„

Finalmente, este sacramento, conforme á la profecía de Zacarías, es una fuente de agua viva que tiene Dios en su Iglesia, para lavar las inmundicias de nuestras culpas, para sanar las enfermedades y llagas de nuestros vicios, para restituirnos la vida de la gracia, la hermosura de la caridad y el resplandor de las virtudes, y para reparar los merecimientos perdidos y remediar los demás daños de nuestros pecados. Y es fuente perenne y patente, porque nunca se agota, ni Dios la cerrará mientras vivimos; antes desea que, luego en pecando, acudamos á lavarnos en ella. ¡Oh, bendita sea la fuente de la divina bondad, de donde nace esta fuente de tanta misericordia. Acude, alma mía, por agua á esta fuente del Salvador; ve con tristeza, por razón de tu culpa, y con gozo por la esperanza de lavarte en ella.

PUNTO II

De las virtudes excelentísimas que se ejercitan en este sacramento.

Considera cuán excelente obra sea el acto de la confesión, para aficionarnos más á ejercitarla y frecuentarla, ponderando cómo Cristo N. S. instituyó este sacramento en su Iglesia, para que los fieles tomasen ocasión de sus mismos pecados para ejercitar excelentes actos de virtudes, con los cuales reparasen los daños que les vinieron por ellos y aun sacasen nuevas ganancias. Estos actos principalmente son siete.

El primero es de fe, creyendo firmemente que el perdonar pecados, que es propio de sólo Dios, se ha comunicado á los sacerdotes, poniendo en sus manos las llaves del cielo, con las cuales abran sus puertas, para que de allá bajen las gracias y dones celestiales que justifican los pecadores, y los pecadores puedan entrar dentro á gozar del reino que se promete á los justos. El segundo acto es de esperanza sobre toda esperanza humana, porque la confesión de su propio delito, que en los tribunales del mundo es medio para condenar al reo, en este tribunal del cielo es medio para absolverle. El tercer acto es de caridad, á quien pertenece dolerse grandemente, por haber ofendido á la infinita bondad de Dios, y perdido su gracia y amistad, deseando repararla, para amarle y servirle muy de veras. El cuarto es de heroica humildad, humillándose, no solamente delante de Dios, sino delante de los hombres; descubriendo á sus ministros las cosas secretas que le han de humillar y causar grande vergüenza y confusión; abrazando este desprecio por amor de Dios, y gustando de que otros le tengan en la opinión que él mismo se tiene. El quinto, es de excelente obediencia en materia tan ardua, como se ha dicho, y en sujetarse al

confesor, como á superior, con ánimo de obedecerle en lo que para este fin ordenare. El sexto, es de justicia muy levantada, ejercitando sus actos al modo que se dirá, de acusador, reo, testigo, juez y ejecutor; y sujetándose al juicio del ministro de Dios, no por fuerza, sino de grado, con ánimo de pasar por su sentencia, y con celo de vengar en sí mismo las injurias que hizo contra Dios, y de reparar y restituir los daños que hubiere hecho al prójimo. El séptimo es de esclarecida fortaleza, venciéndose á sí mismo, y la vehemente inclinación que tienen los hombres á encubrir sus culpas, defenderlas y excusarlas, como Adán, de quien todos la heredaron. Por lo cual, como apunta el santo Job, quien se vence en esto, es más que hombre; y á veces no es menester menos fortaleza para confesar con humildad el pecado cometido, que para no cometerle; porque, como dice san Gregorio, se suele padecer mayor guerra en manifestar la culpa cometida, que se padeciera en resistir para no cometerla; y así no es menos admirable quien con humildad confiesa bien sus culpas, que quien ejercita otras virtudes.

Estos siete actos tan heroicos acompañan la confesión, y la hacen de grande merecimiento delante de Dios, y grande gloria delante de los ángeles y de los cuerdos confesores; y he de procurar ejercitarlos con gran espíritu, para que el fruto y la gracia sea más copiosa, diciéndome á mí mismo aquello del "Eclesiástico: Da y recibe para justificar tu alma„; y pues Dios te quiere dar perdón de los siete pecados mortales, y la gracia con sus siete dones, dale tú estos siete actos, con que te dispongas para recibirlos.

PUNTO III

De las gracias que concede Dios N. S. en el sacramento de la Penitencia.

Lo tercero se ha de considerar las gracias y mercedes que hace Dios á los que se confiesan, recibien-

do el sacramento con la disposición debida. Las cuales podemos reducir á tres, en que san Pablo pone el reino de Dios, diciendo que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual reino se promete á los que hacen verdadera penitencia. Primeramente les concede la justicia, que es la gracia de la justificación, justificándolos de todos sus pecados, haciéndolos sus amigos é hijos adoptivos, herederos de su cielo. Y con esta gracia les da la caridad y las virtudes infusas, y los dones del Espíritu Santo, y la verdadera hermosura del alma, la cual anda junta con la humilde confesión. Y si llegan á la confesión con justicia, allí se la aumenta, comunicándoles mayor gracia, cumpliendo lo que se dice en el *Apocalipsis:* "El justo justifíquese más, procurando no cesar de justificarse más hasta la muerte.„

Lo segundo, les concede la paz sobrenatural, no solamente porque los reconcilia consigo mismos, sino porque en premio de la gloriosa victoria que alcanzan de sí mismos, venciendo las dificultades de la confesión, les da tres victorias de sus enemigos, destruyendo unos, haciendo huir á otros, y sujetándoles los demás. Destruye los pecados, "arrojándolos en el profundo del mar„; huyen los demonios y sus tentaciones, porque no hay cosa que más les espante que manifestar las llagas de la conciencia al médico que las ha de curar; y las pasiones de la carne comienzan á rendirse al espíritu, porque, como dice el Sabio: "Cuando los caminos del hombre agradaren á Dios, hará que sus enemigos tengan con El paz„. Y así es gran medio para vencer las tentaciones y pasiones, manifestarlas al confesor y padre espiritual; porque, mientras están encubiertas, el demonio está en paz, y nosotros en terrible guerra; pero, en descubriéndolas, él huye y nosotros quedamos en paz.

Lo tercero, concede el gozo en el Espíritu Santo, desterrando los temores y tristezas que nacen de la mala conciencia, llenándolos de alegría con la nueva

del perdón, conforme á lo que dice David: "Darás á mi oído gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados„; porque quitándoles la carga pesadísima de los pecados que les oprimía, y el espíritu de la tristeza que los secaba y consumía, reverdecen y levantan cabeza con la esperanza del perdón, y con las prendas que reciben de la vida eterna.

Con esta consideración he de resolverme á ejecutar todo lo necesario para la confesión, por muy penoso, vergonzoso y trabajoso que me parezca; acordándome que todo es poco en comparación del grande bien que Dios me promete, y del eterno mal de que me libra. Y si considero lo que Cristo N. S. hizo por el perdón de mis pecados, qué dolores, qué afrentas y qué trabajos sufrió por ellos, luego me parecerá poco lo que Dios me pide para perdonarlos. Y si también pondero lo mucho que Dios pudiera pedirme, si quisiera usar de su rigor, pues merecía dolores, afrentas y trabajos eternos, luego veré que me pide muy poco. Y así puedo imaginar que me dicen aquellas palabras que dijeron á Naamán, leproso, sus criados: "Padre, si alguna cosa muy pesada te mandara el profeta Eliseo, fuera razón hacerla por sanar de la lepra, ¿cuánto más habiéndote dicho una cosa tan fácil como lavarte siete veces en el Jordán?„ ¡Oh alma mía! Cuando Dios te mandara muchas cosas muy ásperas y pesadas, para sanar de la lepra de tus culpas, era justo que las hicieras con gran presteza y prontitud, ¿cuánto más diciéndote una cosa tan hacedera, como es: Confiesa tus pecados y sanarás? Lávate, pues, siete veces en el Jordán de la penitencia, acompañando tu confesión con los siete afectos que se han dicho, y quedarás limpio de la lepra de tus pecados. Préciate, á semejanza de Job, de no esconder como hombre frágil tu pecado, ni encubrir dentro de tu seno la maldad. Toma el consejo del Sabio, que dice: "Por la salud de tu alma, no te avergüences de confesar la verdad; porque hay una

vergüenza que trae nuevo pecado, y otra que trae grande honra y gloria„. Si vencido de la vergüenza callas tu pecado, le aumentas; pero si con vergüenza le confiesas, alcanzarás coronas de grande gloria por la victoria que ganaste confesando la culpa.

Coloquio.—¡Oh Padre misericordioso! Setenta y siete veces, y millares de veces más te alaben los ángeles del cielo, por el favor que haces á los pecadores que vivimos en la tierra. Cuantas veces podemos pecar, tantas veces nos quieres perdonar si te pedimos perdón, porque tu misericordia es mayor que nuestra miseria. Confiadamente acudiré á pedir perdón de la injuria, pues tan liberalmente me lo ofrece el mismo que es injuriado.

Propósitos.—Acércate siempre á confesar como si aquella vez fuese la última de tu vida.

SÁBADO

Del modo de recibir dignamente el sacramento de la Penitencia.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Del primer acto de la confesión ó sea del dolor de los pecados.

Considera cómo Cristo N. S. quiso que nuestros mismos actos fuesen parte de este sacramento, conviene á saber: la contrición, confesión y satisfacción, que corresponden á los tres modos que hay de pecar: por pensamiento, palabra y obra, para que yo mismo concurra á la gracia de mi justificación; y pues yo pequé con mis actos, con ellos mismos me disponga para recibir el perdón; y pues Nuestro Señor ha querido ennoblecer mis actos, haciéndolos instrumento de su gracia, razón es que yo los ejercite con la mayor excelencia que pudiere, procurando, como dice el Sabio, ser en ellos muy excelente, pidiendo á las tres divinas Personas particular favor para

cada uno. Al Espíritu Santo, á quien se atribuye la caridad, pediré la contrición de corazón, suplicándole encienda mi alma en el fuego de su amor, del cual proceda tal dolor, que consuma toda la escoria de mis pecados. Al Hijo de Dios, que es palabra del Eterno Padre, á quien se atribuye la sabiduría, pediré luz para conocer mis culpas, y palabras humildes para confesarlas, de modo que quede limpio de ellas. Al Padre Eterno, á quien se atribuye la potencia, pediré fuerzas para las obras de la satisfacción con perseverancia, hasta pagar todas las penas que debo por las culpas. ¡Oh Trinidad beatísima!, asiste en mi corazón y en mis labios, para que dignamente confiese todos mis pecados y alcance cumplido perdón de ellos.

Luego considera todo lo necesario para ejercitar estos tres actos con gran perfección, discurriendo por cada uno.

Cuanto al primer acto, que es dolor de los pecados, he de procurar que sea el más perfecto que pudiere, no contentándome con el dolor imperfecto que llaman atrición, y procede del temor de las penas del infierno, sino procurando el dolor perfecto, que llaman contrición, y procede del amor de Dios sobre todas las cosas, como arriba se dijo. Y este dolor ha de ser el mayor que pudiere, porque es medida de la gracia que se da en este sacramento: de tal manera, que si el dolor es imperfecto y pequeño, la gracia será poca; si es perfecto y grande, la gracia será mucha, y cuanto más creciere el dolor, tanto más crecerá la gracia: y si ningún dolor hubiese, ninguna gracia se daría. Y así, la parte principal de esta disposición consiste en la perfección del dolor, al cual me tengo de mover con mil motivos y algunas semejanzas que trae la divina Escritura para movernos á lágrimas de amor.

Porque unas veces me dice que llore con amargura, como la madre llora la muerte de su Unigénito, en quien tenía puesto todo su amor y descanso; así

lloraré la muerte espiritual de mi alma, que es única, y de razón ha de ser muy querida, y yo mismo con crueldad la he muerto por la culpa y sujetádola á la muerte eterna. Y pues tanto siento la pérdida de las cosas que amo, mucho más he de sentir ésta, que es la mayor de todas, y aquí son bien empleadas las lágrimas, porque la madre, por más que llore, no dará vida al hijo muerto, pero yo, con lágrimas de contrición, alcanzaré vida para mi alma muerta.

También lloraré mis pecados, porque con ellos maté al Hijo unigénito, que por excelencia merece este nombre, Jesucristo mi Señor, á quien dentro de mí mismo he crucificado otra vez, y cuanto es de mi parte he dado ocasión para que fuese muerto. ¡Oh Hijo unigénito del Padre!, pésame sumamente de mi culpa, por haber sido con ella causa de tu muerte. Vuelve, Señor, á vivir en mi alma con tu gracia, pues moriste por darle vida.

Otras veces me dice que llore como la esposa á quien se le murió su querido esposo, de quien estaba colgado todo su remedio, y queda viuda, pobre y desamparada. Así lloraré yo mis pecados, por los cuales perdí á Dios, esposo de mi alma, y con El perdí las joyas de su gracia y caridad, y los dones que me había dado, y quedo como viuda, sin buenas obras merecedoras de la vida eterna, y desamparada, sin la protección especial de tan dulce Esposo.

Y si todavía viere que mi corazón está duro, y no se enternece con las consideraciones de amor, tomaré las de temor, para que el temor, como dice san Bernardo, me avive y abra la puerta al amor: "Despiértese el temor, para que me despierte." Teme, alma mía, el rostro del Juez, á quien temen las potestades del cielo. Teme la ira del Omnipotente, la faz de su furor, el estruendo del mundo que ha de perecer, el fuego que le ha de abrasar, la voz del arcángel y la palabra asperísima de la sentencia final. ¡Oh, quién diese agua á mi cabeza y fuentes de

lágrimas á mis ojos, para prevenir con ellas el llanto eterno, el crujir de dientes, las ataduras de pies y manos, el peso de las cadenas de fuego que oprimen, que aprietan, que abrasan y nunca consumen! Con estas lágrimas de temor he de disponerme para pasar á las de amor, porque, como dice san Agustín, el temor ha de ser como la aguja que entra por el paño, no para quedarse dentro, sino para que entre el hilo, con el cual se junten las partes que estén desunidas, así el temor ha de servir para que entre la caridad y junte los afectos del alma, empleándonos en amar á Dios y llorar la ofensa que le ha hecho.

PUNTO II

Del segundo acto, que es la Confesión.

En orden al segundo acto, que es la Confesión, presupuesto el examen y averiguación de los pecados, el primer propósito ha de ser confesarlos todos enteramente, por más afrentosos que sean, venciendo la vergüenza que me estorbare, diciéndome á mí mismo: "Más vale vergüenza en cara, que mancilla en corazón." Si no padeces ahora esta pequeña confusión, mayor la padecerás el día del juicio. Y pues Dios sabe bien todas tus maldades, ¿qué mucho las sepa su ministro, que en su nombre las ha de perdonar? Ea, pues, da gloria á Dios y confiésate, porque tu confesión no será como la de Acán á Josué para morir, sino como la de David para vivir. Con este ánimo es bien, como advierte san Buenaventura, comenzar la confesión por el pecado que más vergüenza me causa; porque venciendo en el principio al mayor de los enemigos, será fácil vencer á los demás; como vencido el gigante Goliat, huyeron los filisteos.

El segundo propósito ha de ser manifestar mis pecados, no solamente con entereza, sino con toda la humildad que pudiere, haciendo una confesión de todos, clara, pura, sencilla, desnuda y bien intencionada; no excusando mis pecados, ni aligerándolos;

no echando la culpa al prójimo, como Adán, ni al demonio, como Eva; sino á mí mismo, como David, confesando mi maldad contra mí, y diciendo que es muy grave. Pero también he de huir el extremo de exagerar tanto mis culpas, que parezca fingida confesión, para ser honrado y tenido por humilde; porque la vanagloria por muchas vías suele acometer estas obras de humildad, buscando en ellas su honra.

El tercer propósito ha de ser, de oir la reprensión del confesor con gran silencio y humildad, sin interrumpirle, aunque sea muy áspera, al modo que el santo rey David oyó la terrible reprensión del profeta Natán reconociendo su culpa, y diciendo: "Pequé contra el Señor„; porque aquí se verificará lo que dice el *Eclesiástico:* "Oye callando, y por la reverencia que en esto muestras, se te añadirá buena gracia„. Y ¿qué gracia más buena que la que aquí se me da, que es la gracia del mismo Dios?

Para todo esto me ayudará no mirar al sacerdote como hombre, sino como á lugarteniente de Dios, y al mismo Dios en él, respetándole con reverencia interior y exterior; pues por esto quiso Su Majestad que el confesor absolviese, no rogando por el perdón, sino mandando y sentenciando como Dios, diciendo: "Yo te absuelvo... ¡Oh alma mía!, pues esperas oir esta palabra de vida eterna, ¿qué mucho padezcas alguna vergüenza temporal? Muestra en la corrección humilde arrepentimiento, y quedarás libre del pecado voluntario. Descubre una vez todos tus pecados, pues ha Dios prometido olvidarse de ellos.

PUNTO III

Del tercer acto, ó sea la satisfacción.

En orden al tercer acto, de la satisfacción, he de hacer un propósito muy eficaz de obedecer al confesor en todo lo conveniente que me mandare, así para medicina de mis enfermedades espirituales, como

para satisfacer por las injurias que he hecho contra Dios; porque justo es que el enfermo obedezca al médico en las cosas que son necesarias para alcanzar la salud, y para salir del peligro y ocasión cercana de perderla; y también es justo que el deudor pague lo que debe á su acreedor. Y pues Dios me quiere perdonar la culpa, y mudar la pena eterna en temporal, razón es animarme á recibir de buena gana la penitencia que el confesor señalare para pagarla, diciendo con David: "Aparejado estoy para los castigos„ que merecen mis pecados, y mi dolor estará siempre conmigo, y yo confesaré mi maldad, y tendré siempre cuidado de mi pecado, procurando que ni mi memoria se olvide de él, ni mis ojos cesen de llorarle, ni mis manos de castigarle, hasta que del todo esté borrado.„

Para esto me ayudará considerar la terrible penitencia que Cristo N. S. hizo en satisfacción de mis pecados. ¿Qué disciplina más rigurosa pudo ser, que la de sus azotes? ¿Qué cilicio más áspero, que las púas de sus espinas y las puntas agudas de sus clavos? ¿Qué vigilia más penosa, que la de la noche de su pasión? ¿Qué cama más dura que la de su cruz? ¿Y qué ayuno más terrible que sufrir hambre y sed todo el día, y después desayunarse con hiel y vinagre? ¡Oh alma mía!, pues tanto padeció Cristo para satisfacer por los pecados que no hizo, padece tú algo por los que tú hiciste. Haz frutos dignos de penitencia, porque el árbol que no lleva tales frutos, como Cristo, no tendrá parte con Cristo. También ayudará mucho la consideración de las penas del purgatorio, porque es grande locura no querer pagar la deuda hasta que el acreedor me ejecute y eche en la cárcel, pagando en el purgatorio con terribles penas lo que en esta vida puedo pagar con mis cortas satisfacciones y con grandes provechos. Finalmente, he de hacer otro propósito muy eficaz de enmendar la vida y no volver más á los pecados cometidos; porque si este

propósito faltase, la contrición sería fingida, la confesión sacrílega; la satisfacción de poco provecho, y la absolución de ningún efecto; porque no se perdonan las culpas al que tiene propósito de volver á ellas; y aunque la culpa fuese venial, no será perdonada si no hay propósito de enmendarse de ella.

Acabada la confesión, me recogeré delante del santísimo Sacramento en la iglesia, ó en otro lugar acomodado, y puesto en la presencia de Dios vivo, avivaré la fe de la merced que me ha hecho, en que con mis oídos corporales haya oído aquella favorable sentencia y muy dulce palabra: "Yo te absuelvo„; palabra poderosa para hacer lo que significa, y para dar gozo á mis oídos y regocijo á mis huesos humillados. Y confiando en la bondad y misericordia de Dios, que habrá dado por buena esta sentencia, procuraré ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son, reconocer el beneficio, alabar á Dios por él y ofrecerle algún servicio.

Coloquio.—¡Oh Dios de mi alma!, si tan grandes son las misericordias que me has hecho, ¿qué haré yo para no ser corto en agradecerlas? Deseo proseguir con tu ayuda, lo que has comenzado en mí por tu misericordia. Y pues me has perdonado los pecados, nunca más volveré á ellos; pues me has librado de la muerte, no me sujetaré otra vez á ella; pues me has coronado con misericordia, yo te daré la gloria de todas mis coronas. Añade, Señor, esta misericordia á las pasadas, que llenes mi deseo de tus bienes celestiales, dándome gracia para cumplir lo que te ofrezco, y mudando mi fortaleza de tal manera, que con gran fervor camine, corra y vuele como águila renovada, hasta alcanzar la eterna corona de la gloria.

Propósitos.—Procurar que nunca entre la rutina en tus confesiones, sino que de tal modo las hagas que se vea el aprovechamiento de una confesión á otra.

CUARTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

Jesús se aparece á los Apóstoles, estando presente santo Tomás.

Preludios.—Represéntate á santo Tomás despreciando á sus compañeros de apostolado porque creían en la resurrección del Señor, y afectando una pertinacísima incredulidad que nada justificaba, y cayendo luego rendido á los pies de su Maestro, exclamando: ¡«Señor mío y Dios mío!» Pide á Jesús que te conserve vivísima la fe, y te libre de la dureza de corazón, hija de la presunción y de la ingratitud.

PUNTO I

De la incredulidad de santo Tomás.

Considera la conducta del apóstol Tomás, no para su desprecio, sino para nuestro escarmiento y para que se vea mejor la misericordia de Cristo N. S. en curarle, y lo mucho que él mismo se aprovechó de la cura. Porque primeramente, Tomás se apartó de la compañía de los demás Apóstoles, por lo cual se privó de un bien tan grande, como ver á Cristo N. S. y gozar de los favores que hizo á sus compañeros. De donde sacarás cuán gran mal es apartarse de la compañía de los buenos, y dar en el vicio de la singularidad, porque Cristo N. S. asiste en medio de los que están unidos con amor, y deja á los que se hacen singulares con daño de la fraterna caridad.

Considera luego la incredulidad de santo Tomás que fué verdaderamente inexcusable; porque había sido él á Jesús profetizar su resurrección, tenía el testimonio de san Pedro que le aseguraba que Cristo había resucitado, y el de todos los demás discípulos que corroboraban el hecho maravilloso. No se trataba por consiguiente de la ligereza en creer que reprenden los Libros Santos, sino de la temeridad y rebeldía de no creer lo que debe ser creído. No quería

creer, sino lo que viese; y en las cosas de Dios la fe ha de preceder á la vista. Los mismos bienaventurados si ven á Dios en el cielo, es porque antes creyeron en él en la tierra.

Esta incredulidad del Apóstol se fundaba, como la de todos los que no creen, en dos grandes pecados: la presunción y la ingratitud. Santo Tomás era presuntuoso en el hecho de preferir su juicio al de san Pedro y todos los demás Apóstoles, á los que acusaba de simplicidad, y, hasta es posible, aunque no consta en la Sagrada Escritura, que este desprecio injusto fuese la causa de que se saliera del lugar donde los discípulos estaban congregados, poniéndose así en inminente peligro de perderse, y perdiendo desde luego la ocasión de ver á su Maestro.

Santo Tomás además era ingrato; porque sólo el recuerdo del lugar en que lo había puesto Jesús y las gracias especiales que le había concedido, debieran contenerle para que no dudase, y no exigir para creer, una prueba tan cruel, como la que exigió, de meter su mano en las llagas de su Maestro, exponiéndose á renovar, como dice san Juan Crisóstomo, los tormentos de la Pasión. Nada menos quería que se volviese á abrir el costado de Jesús, y todo para satisfacción de su vana curiosidad.

Mira por último, la pertinacia de este Apóstol, durando ocho días en esta disposición, sin quererse ablandar por el dicho de los condiscípulos, ni de Pedro, ni de los que le vieron en el camino de Emmaús, y quizá le diría lo mismo la Virgen nuestra Señora con las otras mujeres, y á todos se hacía sordo, permaneciendo en su dureza, en la cual durara muchos más días, y hasta el fin, si Cristo N. S. no viniera á curarle. Todo esto sucedió por especial providencia de Dios, que lo permitió, parte para que la dureza de Tomás en creer se convirtiese en mayor seguridad y abono de su testimonio, cuando creyó, parte para que echemos de ver la flaqueza nuestra, si Dios nos deja

de su mano, y cómo ninguno puede venir á Cristo por fe, si no le es dado de arriba y si no es traído por su Padre. ¡Oh Hijo de Dios vivo, pues conoces la masa de que estoy compuesto, no me sueltes de tu mano, porque no me pierda; líbrame de las pasiones que hicieron caer á este Apóstol, para que no me combatan y echen por tierra la virtud de mi alma.

PUNTO II

Conducta de nuestro Señor con santo Tomás.

Considera cómo esta conducta de santo Tomás la sufrió Jesús con una dulzura sin ejemplo, y, lejos de castigar su infidelidad, se valió de ella para fortificar la fe, no sólo del Apóstol, sino de todos los hombres. ¡Qué admirable es esta divina paciencia!

La caridad de Jesús con su discípulo es tal, que hace por y para él solo lo que había hecho ya por y para todos los discípulos. Le busca primero que á todos; entra en la cámara donde Tomás estaba, de una manera extraordinaria y milagrosa; su costumbre es llamar á la puerta del corazón, para que se le abra por nosotros; pero en este caso hizo un milagro: entró estando cerradas las puertas; porque los milagros son para los incrédulos.

Pondera la blandura y afabilidad con que Cristo N. S. habló á Tomás. Y para que entendiese que le conocía los pensamientos y sabía bien lo que había dicho, y con esto convencerle, díjole: "Pues has dicho que no creerás si no vieres y tocares las llagas de mis manos y costado, llégate y entra tu dedo por los agujeros de las manos, y entra tu mano por mi costado y no quieras ser más incrédulo, que no te lo tengo merecido; sé fiel, pues estas llagas te provocan á serlo. ¡Oh afabilidad infinita de Jesús! Ahora veo, Salvador mío, con cuánta razón dijo vuestro Apóstol: "Aparecido ha la benignidad y humanidad de Dios N. S., el cual, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su gran misericordia,

nos hizo salvos„. Vuestra benignidad y humanidad, Salvador mío, apareció hoy, cuando aparecisteis á Tomás haciéndole salvo, no por obras, pues no lo merecían, sino por vuestra grande misericordia, dándonos prendas de que no se encubrirá á los que la buscan, pues tan patentemente aparece á los que no la creen y se descubre á los que no preguntan por ella. Despues reprendió á Tomás suavemente, diciéndole con afecto de cariñosísimo padre: "No seas incrédulo, sino fiel„.

Restableció nuestro Señor á santo Tomás en su primitivo estado; mejor aún, porque en sus sagradas llagas encontró el Apóstol mucho más de lo que había perdido con su incredulidad.

Había perdido el infiel discípulo, con la fe, todas las virtudes sobrenaturales que se fundan en aquélla, y todas las volvió á encontrar en las sacratísimas llagas de Jesús. Durante su ausencia, el Hijo de Dios había dado la paz á los discípulos y los había constituído en maestros del mundo, dispensadores de los divinos misterios, pastores de su Iglesia y ministros de su palabra. Santo Tomás no había recibido esta soberana investidura; estaba, pues, privado de los favores y gracias anejos á ella, y nuestro Señor se los concede todos generosamente, dando en él al mundo un pastor dignísimo, y á la Iglesia un excelente obrero.

¡Oh Pastor amabilísimo, que así amas á una oveja como á muchas, y dejas de buena gana las noventa y nueve en el desierto por venir á buscar la una que andaba perdida fuera del rebaño! Ahora veo cómo siempre eres el mismo, pues el deseo de salvar esta oveja de tu Apóstol, que se iba perdiendo, te hace venir en su busca, y le tomas por la mano, deseando meterle dentro de tu corazón.

Pondera, por último, que pudiendo Cristo N. S. aparecer á Tomás á solas, como apareció á san Pedro, no quiso sino en presencia de los demás Apósto-

les. Lo uno, para que Tomás entendiese que esta gracia no se hacía por sus merecimientos, sino por estar en compañía de otros buenos y queridos discípulos. Lo segundo, para que los otros viesen más la caridad de su Maestro, pues por hacer bien á uno, y ese incrédulo, les aparecía y consolaba á todos; y para que como todos habían sido testigos de la incredulidad de Tomás, también lo fuesen de su fe, y ésta les sirviese de confirmarse más en la suya. Por donde se ve la suave providencia de este Señor, que la falta de uno convierte en bien del mismo y de los demás escogidos, trazando la cura de modo que aproveche á todos.

PUNTO III

De la confesión de santo Tomás.

Pondera la ilustre confesión del Apóstol. No nos consta del Evangelio si tocó las llagas de Cristo ó si se contentó con haberle visto y oído las palabras que le dijo, convidándole á que las tocase. Creíble es que por reverencia se detendría, arrojándose á sus pies; pero Cristo N. S. le tomaría por la mano y le haría que cumpliese su deseo, mostrando en esto la grandeza de su caridad. Y en tocando las llagas, quedó tan ilustrado, que con grande afecto de su corazón confesó que Cristo era su Señor y su Dios, confesando claramente su humanidad y divinidad, y entregándose totalmente á su servicio con ferviente amor, lo cual declaran aquellas palabras: "¡Señor mío y Dios mío!„, que son palabras de amor tierno y de fe viva. Con mucha razón ¡oh Tomás!, llamáis á vuestro Maestro, "*Señor mío y Dios mío*„, pues os amó tan de veras, que por sólo vuestro bien se aparece á todos vuestros condiscípulos, y como olvidado de ellos, á vos sólo endereza la plática para encenderos en su amor.

Considera luego cuán perfecto fué el arrepentimiento de santo Tomás, por su sinceridad y contri-

ción, claramente manifestadas en aquellas únicas palabras que dijo: "¡Señor mío y Dios mío!„

"¡Señor mío y Dios mío!„ en labios de santo Tomás, quería decir que la fe más humilde y rendida era la que hablaba por su boca. Si faltó por su incredulidad, bien lo repara ahora con esta excelente confesión. El, el incrédulo de antes, es ahora el primer discípulo que claramente reconoce y proclama que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre.

"¡Señor mío y Dios mío!„ es una exclamación que parece gemido de paloma extraviada, llorando su perdición; es un grito de dolor que sale de lo más profundo del alma; es un lamento tiernísimo; es algo que no cabe definir, ni expresar, con el torpe lenguaje humano. Nada dice en concreto el Apóstol, sino esta afirmación rotunda de que Aquél, su Maestro, que tiene delante, es su Señor y su Dios, y se dirige á El, como hijo á su Padre, y le llama con voz entrecortada por el dolor, y queriéndole decir, y no diciéndoselo: "¡Señor mío y Dios mío! ¿Por qué te he sido tan infiel? ¿Por qué te he sido tan ingrato? ¿Por qué he sido tan cruel y tan irreverente, que he querido renovar con mi curiosidad los tormentos de tu Pasión? Y en vez de castigarme, me perdonas. Y no sólo me perdonas, sino que excedes tu misericordia para conmigo, y me concedes favores y gracias que ningún discípulo tuyo, ninguna criatura humana, ningún ángel merece, y menos yo, que acabo de dudar torpemente del misterio de tu resurrección, que Tú mismo me habías enseñado tantas veces.„ Así la exclamación de santo Tomás expresa la contrición perfecta; porque es pesar de haber ofendido á Dios únicamente por amor á Dios, sin mezcla, ni levadura de temor de castigo, ni de esperanza de premio. No temía santo Tomás el castigo, porque ya estaba perdonado. No esperaba el premio, porque ya se le había concedido, y, sin embargo, siente haber ofendido á su Maestro, del que sabe que es su Dios y su Señor.

"¡Señor mío y Dios mío!„ es, por último, un grito sublime de alegría y de amor. Santo Tomás está radiante de gozo por haber vuelto á ver á su Maestro.

Considera por último, cómo Cristo N. S., aunque aprobó la confesión de Tomás, no quiso alabarle por ella, llamándole bienaventurado, como á san Pedro, cuando le confesó por Hijo de Dios vivo, porque había sido tardo en creer, y porque no tomasen otros ocasión de este ejemplo para pedir otro tanto, queriendo prueba de sentidos para creer los misterios de Dios; antes tácitamente le reprendió diciendo: "Porque me viste, creíste;„ como quien dice: Ha sido menester que me hayas visto y palpado para que creyeses que soy tu Señor y tu Dios. Y luego añade: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron,„ para consuelo de los fieles que no alcanzaron á verle en esta vida mortal. Habíales dicho otra vez: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, porque muchos reyes y profetas y justos desearon verlo y no lo vieron.„ Ahora dice que son bienaventurados los que no le vieron y le creyeron, porque por una parte gozamos de todos los bienes que nos ganó por su muerte, de los sacramentos que instituyó, de los ejemplos que nos dió, de los sermones que predicó y de la ley perfecta que nos enseñó; y por otra parte nuestra fe es más meritoria, en cuanto creemos sin haber visto y palpado con los sentidos corporales, lo que ellos vieron y palparon. Esta fe es principio de nuestra bienaventuranza, y si se perfecciona con el amor, nos entrará dentro de ella.

Coloquio.—Gracias te doy, Salvador mío, por el cuidado que tuviste de consolar á los que no merecimos gozar de tu dulce presencia; y pues no alcancé la bienaventuranza, de los que te vieron con ojos corporales, querría perfectamente alcanzar la que tienen los que te ven con los ojos espirituales. Esclarécelos, Señor, con tu celestial lumbre, para que avivada la fe y encendida la caridad, te confesemos por Dios y Señor nuestro. ¡Oh amabilísimo Jesús, tam-

bién yo como Tomás, liberalmente confieso que sois mi Señor y mi Dios, porque vuestro amor es tan crecido, que estáis preparado á hacer por mí solo lo que hicisteis por él, porque me amasteis, y os entregasteis á la muerte por mí, aplicándome el fruto de vuestra muerte, como si la hubierais padecido por mí solo!

Propósitos.—Seguir siempre y en todo la vida común, huyendo de singularidades que te privan de las gracias y de las visitas de Cristo.

LUNES

De la aparición á los siete discípulos que pescaban en el mar de Tiberiades.

Preludios.—Imagínate ver á san Pedro gozosísimo arrojarse al mar al descubrir al Salvador en la orilla del lago, y pide que se te infunda una chispa del amor á Cristo que tuvo san Pedro.

PUNTO I

Los Apóstoles en el lago de Tiberiades.

Considera cómo estando juntos Pedro y Juan, y otros cinco discípulos, díjoles Pedro: "Quiero ir á pescar„. Respondiéronle los otros: "Vamos nosotros también„; y subiendo en el navío, no pescaron cosa en toda aquella noche.

Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo estos discípulos fueron á pescar, parte por su pobreza para tener algo que comer, parte por huir la ociosidad, porque no era llegado el tiempo de ocuparse en pescar hombres: y en diciendo Pedro que quería pescar, los demás se ofrecieron á acompañarle, mostrando en esto la concordia y conformidad de voluntades que tenían en las obras de virtud. De donde sacaré deseo de imitar á estos santos discípulos en el ejercicio de estas tres virtudes: pobreza, caridad y amor al trabajo.

Lo segundo, considera cómo en toda la noche no

pescaron nada, para significar cuán poca es la industria del hombre para hacer fruto en las almas y sacarlas del pecado. De suerte que Pedro y Pablo, y cualquier otro, aunque sean letrados, y santos, y grandes predicadores, trabajarán sin fruto si estriban en sus fuerzas y si Dios no acude en su ayuda. Por lo cual nos hemos de fundar en humildad para hacer cualquier cosa buena si queremos que nuestro trabajo sea de provecho, acordándonos de lo que dijo Cristo: "Sin Mí nada podéis hacer„.

También tiene misterio decir ambas veces que era de noche, para significar el miserable estado que tenía el mundo antes de la venida de Cristo, Sol de justicia, sin cuya luz no se hace nada de provecho. Además de esto se nos representa, que quien trabaja en la noche de la ignorancia y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. De donde sacaré la miseria grande del pecador que trabaja y no medra, cánsase trabajando toda la noche de su miserable estado, y no saca provecho alguno de merecimiento para la vida eterna; porque aunque pesque hacienda, honra y regalo, todo eso es nada y trabajar en vano, pues al mejor tiempo le ha de faltar.

Considera por último, lo que harían estos siete discípulos viendo que no pescaban nada; porque llevando su trabajo con paciencia, se acordarían de su Maestro y de la falta que les hacía su presencia; y es de creer que hablarían entre sí mismos de lo que otra vez les había sucedido en aquel mar con Cristo N. S., y suspirarían por El, diciéndole: ¡Oh Maestro soberano!, ¿dónde estás? ¿Cómo nos dejas en este trabajo? ¿Cómo nó acudes á remediar nuestra pobreza? ¿Qué maravilla huyan los peces de las redes, pues Tú huyes de los pescadores? Ven, Señor, y acércate á nosotros, porque con tu venida vendrá también la pesca que deseamos. Estas palabras ú otras semejantes tengo de decir en el espíritu, cuan-

do viere que mi trabajo es sin provecho, confiando que seré oído, porque oye Dios el deseo de los pobres.

PUNTO II

Aparécese Jesús á los discípulos sin ser conocido de ellos.

Pondera la caridad de N. S. en acudir al consuelo de sus discípulos, aunque haciéndose al principio el desconocido y oculto. Y así aunque sabía que no habían cogido nada en toda la noche, hízose de nuevas y preguntóles si tenían peces, para provocarlos con esto á que conociesen su necesidad y la poca parte que eran para hacer nada de provecho sin su ayuda. ¡Oh liberalísimo Jesús, qué de veces llegas á nuestras puertas y nos pides algo, no tanto por lo que hemos de darte, cuanto por lo que Tú deseas darnos! Pides á la Samaritana que te dé un poco de agua, porque tú deseabas darle el agua viva de tu gracia. Pides que demos limosna al pobre, porque deseas dar limosna muy copiosa al que se la diere. ¡Oh, si te diese lo que me pides con tu inspiración, para que Tú me dieses lo que deseas darme con ella!

Considera luego cómo les mandó echar la red á la diestra del navío, para significar el próspero suceso de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo para la eterna bienaventuranza, en virtud de Cristo, que es la diestra de Dios. Y obedeciendo los discípulos á este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces, para que se vea la eficacia de la obediencia. Y es mucho de considerar que en la otra pesca conoció san Pedro que Cristo era el que le mandaba echar la red, y obedeciéndole le dijo: En tu palabra y por tu mandamiento tenderé la red; pero esta vez no conocía que era Cristo el que lo mandaba, y con todo eso rindió su juicio y obedeció, y sacó gran pesca, porque gusta mucho Cristo N. S. de que obedezcamos á toda humana criatura por su

amor, y nos desnudemos de nuestro propio juicio y propia voluntad, por hacer la de los otros, en cosas donde no se ve pecado, y á veces sucederá que esté Cristo donde no pensamos que está, y que obedeciendo al hombre obedezcamos á Cristo que habla por su boca, y nos asegura que si tendemos la red hacia tal parte, sacaremos pesca. Por lo cual esta virtud de la obediencia me ha de ser muy familiar, si quiero tener prósperos sucesos como san Pedro, el cual por esto se llamó Simón, que quiere decir obediente.

PUNTO III

Reconocen los discípulos á Jesús.

Considera cómo el discípulo á quien amaba Jesús, dijo á Pedro: "El Señor es„; en oyéndolo Pedro, ciñóse la túnica y echóse en la mar. Los demás llegaron con el navío, trayendo la red con los peces, y mandóles Cristo traer de los peces; trajo Pedro la red, y hallaron que eran ciento cincuenta y tres muy grandes, y, con ser tantos, no se rompió la red.

Pondera, lo primero, en los dos discípulos san Pedro y san Juan, los efectos del fervoroso amor, así en la vida contemplativa como en la vida activa. El amor en los contemplativos aguza la vista interior del alma para que, como Juan, conozcan á Cristo cuando otros no le conocen, y les den noticias de El; pero el amor en los fervorosos de la vida activa, en conociéndole se abalanzan por seguirle. Y como san Pedro, en oyendo decir "el Señor es„, dejó la red y el navío, y cubriéndose con su ropa se arrojó á nado por llegar pronto adonde estaba su Maestro, pareciéndole que era mucha dilación ir al paso del navío, así yo tengo de procurar seguir con fervor á Cristo N. S., y desear llegar pronto á la tierra de la eternidad, donde está, dejando por esta causa cuanto tengo, y arrojándome á todos los peligros y trabajos del mar tempestuoso de este mundo; y pareciéndome

muy lento el paso de los que siguen la vida común, tengo de procurar apresurarme mucho más.

Lo segundo, se ha de ponderar la excelencia misteriosa de esta pesca, comparada con la otra que hizo san Pedro en su primera vocación, porque aquella fué figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia y creer en Cristo N. S. y recibir su ley, y así no se hizo echando la red á la diestra del navío, sino á todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos, peces grandes y pequeños, y de ella se hinchieron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza Cristo y su vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicación de Cristo; pero la pesca de este día fué la pesca de los predestinados y escogidos para entrar en el cielo, y por esto se hace á la diestra del navío y no á la siniestra, porque los escogidos han de estar á la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae á la tierra, donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que lo perturbe, pues ya los ángeles habrán apartado los malos de los buenos, como dijo el Señor en la parábola de la red. ¡Oh, dichosos los pecadores que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! ¡Oh santo profeta Ezequiel, cuán bien cumplida está vuestra profecía con tanta muchedumbre de grandes peces, que los pescadores de Jesús han pescado en estas aguas que salen del lado derecho del templo celestial! Concédeme ¡oh dulcísimo Redentor! que viva yo en las aguas vivas de tu gracia de modo qus sea sacado de ellas para la vida eterna.

Finalmente, considera cómo saltando en tierra los

discípulos, vieron unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Díjoles Jesús: "Venid y comed„; y tomando el pan, repartiólo con ellos, y también del pez. En lo cual, resplandece grandemente la liberalidad del Redentor para con sus discípulos, convidándolos á comer con pan hecho de su mano milagrosamente, y con peces diferentes de los que ellos habían pescado, para significar, lo primero, cuán cuidadoso es de dar comida y refección espiritual á los que trabajan por su amor y obediencia, dándoles manjar de ángeles y pan celestial que los conforte, echando con este regalo brasas sobre sus corazones, para que todos se enciendan en su amor. Y lo segundo, para significar que mientras trabajamos nosotros en la tierra, El nos está aparejando un convite regaladísimo en el cielo, donde El mismo nos convidará y servirá á la mesa, dándonos por manjar su sacratísima divinidad y humanidad.

Coloquio.—¡Oh Jesús, divino pescador de pecadores arrepentidos! ¡Oh generosísimo Salvador de las almas, que alimentas con tu cuerpo, con tu sangre y con el pan de tu divina palabra! ¡Oh bienaventurados los que comieren este pan en el reino de Dios! ¡Dichosos los que estuvieren con Cristo sentados á su mesa en el reino de su Padre celestial! ¡Oh, si fuese yo uno de estos siete discípulos, lleno de los siete dones del Espíritu Santo, con los cuales dignamente pudiese hallarme en este convite! Recibe ¡oh buen Jesús!, este mi deseo, y fortifícale con tu gracia para que llegue á cumplirse en tu gloria, y nunca más me separe de Ti.

Propósitos.—No confiar nunca en tus fuerzas ni trazas, sino sólo en el auxilio de Dios, sobre todo cuando se trata de la salvación de las almas.

MARTES

Jesús pregunta tres veces á san Pedro si le ama, y después de confiarle sus ovejas, le predice el martirio.

Preludios.—Mira cómo acabada la comida á orillas del Tiberíades, somete Cristo á san Pedro á aquel examen riguroslsimo de amor, antes de darle las llaves del reino de los cielos y el primado sobre toda la Iglesia, y pide á Jesús que te enseñe á amarle de modo que salgas aprobado en el riguroso examen á que te ha de someter.

PUNTO I

Jesús pregunta á san Pedro si le ama.

Considera, en primer lugar, que sabiendo el Hijo de Dios que se acercaba el tiempo de su subida á los cielos, y queriendo dejar en su lugar una cabeza visible para que gobernase su Iglesia bajo su autoridad, invistió á san Pedro de este elevado cargo, que le había prometido antes de su muerte, cuando le dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia„.

Pondera cómo antes de confiarle sus ovejas le preguntó tres veces si le amaba, y á las dos primeras le dijo: "Apacienta mis corderos„; y á la tercera: "Apacienta mis ovejas„; palabras que se extienden á todos los soberanos Pontífices romanos que la Iglesia católica reconoce por sucesores legítimos de san Pedro y vicarios de Jesucristo en la tierra. Y esta es la razón por la que san Bernardo, escribiendo al Papa san Eugenio, le dijo estas notables palabras: "A vos es á quien se han dado las llaves; á vos á quien han sido confiadas las ovejas. Cierto es que hay otros porteros del cielo y otros pastores de ovejas; pero vos lo sois de una manera tanto más gloriosa, cuanto que el uno y el otro nombre que habéis heredado son más excelentes que los de los demás pastores. Cada uno de ellos tiene el rebaño particular que

les ha sido asignado; pero á vos han sido confiados todos los rebaños juntos, como un rebaño á su pastor, y no solamente sois pastor único de las ovejas, sino de todos los pastores„.

Considera, además, que si Jesús preguntó á san Pedro si le amaba antes de confiarle sus ovejas, fué: Primero: Porque el estado de pastor supremo, al que quería elevarle, es un estado de perfección, pues cualquiera que aspire al gobierno de las almas debe sobresalir en todas las virtudes, y sobre todo en la de la caridad y espíritu de sacrificio, que son los vínculos de toda perfección. Llegar al grado más elevado de los honores, y tener un corazón bajo y egoísta; ocupar el primer lugar en los cargos y ser el último en la santidad, es, como dice san Bernardo, una cosa monstruosa. Ahora bien: siendo la caridad la verdadera grandeza del alma, el que tiene poca, es muy pequeño, y el que no tiene ninguna, es nada delante de Dios.

Segundo: porque todo lo que es necesario á un buen pastor para ejercer su ministerio y cumplir dignamente las obligaciones de su cargo, depende de la caridad como de su principio y de su fuente. Si la paciencia le es necesaria para sostener el peso de su cargo, la caridad lo sufre todo; si tiene necesidad de dulzura para compadecer las debilidades de sus ovejas, la caridad es benigna, y, como dice san Gregorio, practica la paciencia soportando los defectos del prójimo, y la dulzura amando á aquellos á quienes soporta. Si la humildad es el más precioso ornamento de la dignidad pastoral, la caridad no se hincha ni conoce el orgullo. Si el desinterés es la señal que distingue al buen pastor del mercenario, la caridad no busca sus propios intereses. ¿Qué quieren decir estas palabras: "Si me amas apacienta mis ovejas?„ Simón, apacienta á mis ovejas, y no á ti mismo. Acuérdate de que apacientas mis ovejas, y no las tuyas; busca mi gloria, y no la tuya; mi interés, y

no el tuyo. ¡Ah, cuán pocos lo hacen así! ¡Cuántos pastores buscan su interés, y no los de Jesucristo!

Tercero: porque el pastor que quiere cumplir con su deber, debe pensar con frecuencia en que ocupa el lugar de Jesucristo, que le ha confiado su rebaño, y que está obligado á imitar el amor generoso de que el Salvador nos dió ejemplo al dar la vida por nosotros. Por esto, dice san Agustín, interrogó á san Pedro, no para saber si le amaba, pues veía el fondo de su corazón, sino para instruirle en su deber, como vicario de su amor, al igual que de su pontificado, antes de subir al cielo.

Admira en esto la bondad del Hijo de Dios, que no se contenta con amarte, sino que inspira el mismo amor á los que te gobiernan. Dale gracias por el cuidado con que mira por tu salvación y por el socorro caritativo que recibes de tus superiores. Amalos recíprocamente, como ellos á ti; ruega por ellos, tenlos un gran respeto y no los hagas gemir bajo el peso de su carga, pues ellos velan por ti y deben dar cuenta de tu alma.

PUNTO II

Jesús pregunta tres veces á san Pedro si le ama.

Considera que no sólo no se contentó Jesús con preguntar á san Pedro una vez si le amaba, sino que repitió la pregunta hasta tres veces, para demostrar, en primer lugar, la gran necesidad que los superiores y pastores tienen de la caridad, para sobrellevar el peso de su cargo. Las águilas que buscan su presa en el agua, se ahogan frecuentemente con ella si es demasiado pesada, y del mismo modo los que se encargan temerariamente del cuidado de las almas, sin medir ni su capacidad ni su virtud, se pierden miserablemente en el mar del mundo por el especioso pretexto de salvar á los demás. No se extraviarían con tanta facilidad si considerasen el peso, y no el brillo, de las dignidades. Pero muchos no miran más que el

honor de su ministerio, sin ver sus peligros y responsabilidades. No paran mientes en que, si preferimos ser grandes á ser virtuosos, buscamos un precipicio y no una recompensa de nuestros trabajos.

Le pregunta además tres veces si le ama para hacer ver hasta qué punto debe ir la caridad de un pastor imagen de Cristo: como si dijera: "Si tu conciencia no te da el testimonio de que me amas y de que me amas perfectamente, es decir, más que á tus bienes, más que á tus prójimos, más que á ti mismo, que á estos tres puntos se refiere el número de mis preguntas, no te encargues del cuidado de mis ovejas por las que he vertido toda mi sangre." O como dice san Gregorio: "el Hijo de Dios pregunta á san Pedro si le ama; la primera vez para llevarle á la práctica de las obras extraordinarias; la segunda para elevarle á la contemplación, y la tercera para excitarle al fervor de una perfecta caridad y de un amor más ardiente á la hermosura del Creador."

Lo hace, en fin, para dar ocasión á san Pedro de reparar el pecado que había cometido al negar tres veces á su divino Maestro, y hace esta triple protesta por las tres veces que le había negado, para que su lengua no sirva menos al amor que al temor, y para que la presencia de su muerte, que fué su pecado, no arranque más palabras de su boca que la presencia de la vida.

Admira aquí la bondad de Jesucristo que devuelve á la penitencia de su discípulo, más de lo que había perdido por su pecado. No le reprende Jesús su falta, porque olvida de todo corazón el mal que Pedro ha hecho, con tal de que le pese, y deduce de esto que no debes desalentarte por los pecados cometidos, porque puedes borrarlos con tus lágrimas, y aun sobrepujar á los que vivieren en la inocencia, si amas á Jesucristo con más ardor que ellos. Procura, pues, reparar lo pasado con una santa y amorosa penitencia y ten para con Dios impulsos más generosos que los

que has tenido para con el mundo. Debieras tenerlos mil veces mayores, pero hay que tener en cuenta la flaqueza de tu carne.

Ultimamente, pondera cómo le dijo tres veces: "Apacienta mis corderos y ovejas,„ para significar tres suertes de pastos que han de dar los pastores. Es á saber: "apaciéntalas con el espíritu, orando por ellas; con la lengua, enseñándolas, y con la obra, dándolas buen ejemplo.„ Apaciéntalas con doctrina, sacramentos y ejemplos de buena vida, ayudándolas con las obras de misericordia, apacentando, no sólo el espíritu, sino á sus tiempos el cuerpo. Todo esto encarga Cristo N. S. á los pastores, amenazando terriblemente por Ezequiel á los que no apacientan las ovejas, sino á sí mismos, buscando en el oficio su honra é interés, y no el bien de las almas.

PUNTO III

Jesús predice á san Pedro el martirio, para mostrarle á qué grado debe llegar su caridad.

Considera que después de haber Jesús constituido á san Pedro cabeza visible y piedra fundamental de su Iglesia, no le prometió grandes riquezas, ni grandes delicias, ni extraordinarios honores, y esto fué porque aquel que busca estas cosas, no es digno de poseer la cualidad de pastor del rebaño de Cristo. ¿Qué le prometió? ¿Qué le predijo? Las persecuciones, el martirio, la muerte de cruz. "Cuando seas viejo, le dice, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará donde no quieres ir.„ ¿Es posible? ¿Acaso los buenos pastores van á la muerte contra su voluntad? No; van gustosos, según el movimiento de la gracia, pero no según el movimiento de la naturaleza. Pues como dice san Agustín: "¿Quién es el que desea las aflicciones y las penas? No mandes amarlas, sino sufrirlas, pues aunque uno se regocije de sufrir lo que es necesario sufrir, quisiera mejor no verse obligado á sufrir.„

Esta debe ser la resolución de los verdaderos discípulos de Jesucristo, y hasta ahí debe ir el amor generoso y constante, esto es, hasta dar gustoso su pena, sus trabajos, sus bienes y su vida misma, por la salvación de las almas.

Así es, dice san Bernardo, cómo deben honrar su ministerio; no por el lujo de sus vestidos, ni por el número fastuoso de sus caballos, ni por lo suntuoso de sus edificios, sino por el ornamento de sus virtudes, por el estudio de las cosas espirituales y por la práctica de las buenas obras, y sobre todo de la caridad.

Pondera por último, lo que dice el Evangelista, que san Pedro con este modo de muerte había de glorificar á Dios; porque Dios es muy glorificado de nosotros cuando de buena gana padecemos por El. ¡Oh, dichoso yo si mereciese extender mis manos como Pedro, y que otro me ciñese en tal modo de mortificación! ¡Oh, dichosa mortificación propia, con la cual se dilata y acrecienta tanto la gloria divina!

Coloquio.—¡Oh Pastor de los pastores! ¡Oh Jesús modelo de caridad y de humildad! ¡Oh amado de mi alma! concédeme que eche hondas raíces en la humildad y caridad, de modo que alcance el fin de tus preceptos, que es amarte "con puro corazón, con buena conciencia y con fe no fingida„, perseverando hasta la muerte en la lealtad del verdadero amor. ¡Oh dulcísimo Maestro, di á mi alma como á Pedro, sígueme en la muerte de cruz, para que muriendo como Tú en la tierra, llegue á reinar contigo en el cielo!

Propósitos.—Sacrificarte por tus prójimos siempre y en todo. Esa es la única prueba de que amas con las obras á Cristo.

MIÉRCOLES

De nuestra adhesión inquebrantable á la cátedra de san Pedro.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La dignidad de san Pedro y sus sucesores pide nuestra veneración.

Considera que la dignidad del Pontificado es santa en su origen y está visiblemente señalada con el sello de la divinidad. La Iglesia anatematiza á los que se atrevan á defender que la preeminencia de honor y de poder que pertenece á los sucesores de Pedro no es de derecho divino, y solamente la ceguedad y la obstinación pueden no ver esta verdad en las Escrituras. Mira cómo aparece san Pedro en el Evangelio con prerrogativas de honor y de superioridad y siempre como cabeza de los demás Apóstoles. Jesucristo le elige para piedra fundamental de su Iglesia; le confía con particularidad el cuidado de su rebaño, corderos y ovejas. Cuando pregunta Jesucristo, Pedro contesta en nombre de todos los Apóstoles; cuando les lava los pies, empieza por Pedro; cuando sale del sepulcro, se aparece á Pedro, antes que á los demás; cuando llega el tiempo de publicar la nueva ley, Pedro es el primero que toma posesión del ministerio evangélico. Pedro hace el primer milagro en nombre de Jesucristo y ejerce el primer acto de autoridad, reprendiendo á Ananías y á Safira; es el primero que abre la puerta del Evangelio á las naciones y el que recibe las primicias de la vocación de los gentiles en la persona del centurión Cornelio. El es también quien manda y dispone la elección de un nuevo apóstol y preside en el concilio de Jerusalén.

En la división que del mundo hace el Espíritu San-

to entre los Apóstoles, toca á Pedro Antioquía, capital de Oriente, Alejandría, segunda ciudad del mundo, y Roma, señora de todas las naciones. Además, en la sagrada Escritura siempre se ve á Pedro con unos distintivos de honor que le ensalzan sobre los demás Apóstoles. El evangelista san Mateo declara que la primacía corresponde á san Pedro y le nombra el primero en la enumeración que hace de todos los Apóstoles.

¿De dónde le viene este honor, según dice san Gregorio, sino de haber sido esta la voluntad de Jesucristo? Pedro no era el más anciano, ni había sido llamado el primero al apostolado; ni era el discípulo singularmente amado; ni estaba unido á Jesucristo, como otros, con los vínculos de la sangre, y no obstante todo eso, es el primero. ¿Por qué? Porque san Pedro es cabeza y pontífice de la Iglesia y pastor de los pueblos reengendrados en Jesucristo. La Iglesia no recibe en el número de sus hijos á quien no se sujete á la autoridad de Pedro; los pueblos deben obediencia á los reyes de la tierra, pero éstos llaman á Pedro Padre y le ofrecen un respetuoso tributo á su poder espiritual, y mientras Jesucristo reine, reinará Pedro espiritualmente sobre todos los reyes de la tierra.

Considera también que la dignidad del Pontificado es la más universal en su extensión. Las dignidades de la tierra tienen determinados límites; las más vastas monarquías se extienden tan sólo á ciertos lugares; existen muchos soberanos en el mundo, pero sólo Dios es el rey del universo, cuyo imperio, en el orden espiritual, comunicó también á san Pedro.

Pedro es, según la expresión del profeta, cabeza de esta Iglesia, que como un cedro llenará toda la tierra con sus raíces, cubrirá con su sombra todos los montes y extenderá sus ramas hasta las riberas del mar. Con el imperio de Jesucristo, crece y se aumenta el imperio de san Pedro, pues en todas partes

donde se invoca el nombre de Jesucristo con espíritu de verdad, es también glorificado el nombre de Pedro.

Pasó aquella grandeza romana á la que vió el Profeta tragándose la grandeza de otros infinitos estados; pasarán los siglos y el trono de Pedro permanecerá siempre; porque la misma Providencia que permite la caída y ruina de los imperios más sólidamente fundados, prometió una estabilidad eterna al trono de Pedro. ¡Qué de guerras no ha padecido la Iglesia! ¡Cuántas potencias se han conjurado contra ella! ¡Cuántos soldados se han armado para arruinarla! ¡Ah! ¡Seguramente que si pudiera perecer, ya habría perecido! Pero la espada de los tiranos, la impiedad de los bárbaros, la audacia de los novadores, la multitud de los pueblos engañados y todo el furor del infierno se ha reducido á inútiles esfuerzos. A los primeros enemigos se han sucedido otros no menos poderosos; pero la Iglesia los ha visto á todos destruídos. Toda piedra, todo error, se deshará contra esta piedra de Sión, destinada á confundir á los hijos de Babilonia. Podrás abandonar á la Iglesia; podrás perderte, separándote de ella; pero no por eso podrás perderla ni destruirla. Mientras dure la Religión, será san Pedro cabeza de la Iglesia y su poder durará tanto como el mundo.

PUNTO II

La dignidad del Pontificado pide nuestro amor más ardiente.

Considera que la dignidad de san Pedro y de sus sucesores reclama todo tu amor. Porque ¿qué sería de ti si no hubiera en la Iglesia un centro de unidad en el que se reuniesen las almas y los corazones? Mira lo que sucede en las sectas separadas de la Iglesia romana: apenas abandonaron los novadores la unidad de creencia y la comunión de la Iglesia, cuando se vieron entregados á la inconstancia de su

entendimiento, pasando de un dogma á otro, errando de opinión en opinión, de sistema en sistema, divididos entre sí, sin convenir en otra cosa que en impugnar á la Iglesia. Todos ellos saben muy bien cuál es la doctrina que impugnan, pero apenas saben cuál es la que siguen; no son católicos, pero si les preguntas lo que son, ni aun ellos mismos te sabrán responder.

Y pronto darás, á poco que en ello medites, con la causa de esta variedad y de esta inconstancia de su doctrina. El plan de gobierno y dependencia que sujeta el rebaño á los pastores y que une á éstos bajo el dominio de una sola cabeza, no puede ser trastornado, pues sólo bajo esta feliz unión se asegura la pureza de la enseñanza y de la disciplina.

"Hijo mío, dice el *Eclesiástico,* cuando oigas hablar á tus pastores, no te queda más remedio que creer y someterte.„ Y así es, efectivamente; porque sin ese espíritu de fe y de obediencia faltará la paz, y todo será confusión. Esos espíritus de división que de todo disputan y en nada convienen, multiplican sus escritos sin que por eso cesen sus disputas, y en esa especie de combates brillará más el que tenga más talento y se valga de más ardides, pero siempre le quedará mucho que hacer y la guerra será eterna.

Contempla si no, si hay alguna secta separada de la Iglesia romana, en la que no se haya introducido el cisma y la discordia y cuántas veces esas divisiones. Piensa cómo en estos tiempos han surgido hombres falsamente amigos de la paz y del sosiego público, que se han quejado del celo, que ellos llaman indiscreto, de los que defienden la causa de la Iglesia, acusando á estos celosos defensores de la verdad, de espíritus inquietos que introducen la división. Acab, rey impío y protector de un culto sacrílego, argüía al profeta Elías de que él solo turbaba la paz de Israel. "No, responde el profeta con un valor lleno de majestad; no soy yo quien turba la paz de Israel. ¿Por qué no dejas á la posteridad de Abraham que

adore al Dios de sus padres? Tú, introduciendo las supersticiones extranjeras, eres quien ha encendido el fuego de la discordia.„

Piensa á este propósito quiénes son los autores de las divisiones y escándalos, y verás que no son los hombres que sólo procuran mantener á los pueblos en la legítima subordinación, sino aquellos que los persuaden á que desprecien la autoridad infalible de Pedro. Nada tiene que temer el mundo de un pueblo dócil á la cátedra de Pedro; porque los que aman la obediencia aman la paz, y los que procuran sujetar los entendimientos á la sencillez y sumisión evangélica, trabajan por la conservación de los imperios. Los fastos de la Iglesia están llenos de las funestas guerras y revoluciones que ha producido el desprecio á la autoridad de Pedro; y en los tiempos presentes, ¿quién sino el racionalismo, el naturalismo, el materialismo, el liberalismo y todos los errores condenados por la Iglesia en el *Syllabus*, ha traído á los pueblos al estado de perturbación y de indisciplina en que se encuentran? Ningún espíritu recto ha mirado á los Atanasios, á los Basilios, á los Agustines, á los Franciscos, Domingos é Ignacios, en los pasados tiempos, ni á los hijos de todos estos atletas de la fe, que en los presentes tiempos predican la doctrina del Evangelio, como autores de las trágicas escenas y trastornos horrendos que en el mundo han causado esas perturbaciones. Sólo los impostores de todos los tiempos, esto es, los autores de esas hondas perturbaciones, han tenido la osadía de imputar á los predicadores de la verdad esas desgracias.

Lejos de ser tú de ese número, trabaja en la medida de tus fuerzas para disipar la nube de esas calumnias, pues á eso te obliga el amor y el agradecimiento que debes á la autoridad de san Pedro, en la seguridad de que cuanto más trabajes en defensa de ella, más bienes de paz y de tranquilidad conseguirás.

PUNTO III

La dignidad de san Pedro y sus sucesores, por la autoridad que en sí encierra, pide nuestra sumisión y obediencia.

Considera que la autoridad y dignidad de los sucesores de san Pedro no es una dignidad de fausto y pompa mundana que se limita á deslumbrar la vista con un vano espectáculo de grandeza profana, á la que solamente se deba un respeto puramente exterior. No, su dignidad es una dignidad de ministerio, de gobierno y de enseñanza infalible en la fe y en las costumbres. El Apóstol nos enseña que los pastores y Pontífices han sido establecidos para formar en los hombres el espíritu de Jesucristo y para trabajar en la edificación del cuerpo místico de Jesucristo, á fin de que así, unidos más estrechamente á la doctrina de Jesucristo, no seamos como unos niños que nos dejemos llevar del viento de las varias doctrinas.

En estas palabras del Apóstol, has de ver que el destino y ministerio de los pastores de la Iglesia serían una imagen engañosa de una autoridad que en la realidad no poseerían, si estando obligados á enseñar á los hombres, éstos no estuvieran obligados á abrazar su doctrina; porque entonces, ni ellos serían pastores ni los fieles serían sus ovejas, ni tendrían más que una vana sombra de autoridad, y la dependencia de la grey sería imaginaria.

Debes, pues, obediencia y adhesión inquebrantable á la cátedra de Pedro, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno, según la divina promesa; porque toda doctrina que esté en oposición con la cátedra de Pedro, está destituída del fundamento sobre el que Jesucristo edificó su Iglesia.

Eternamente subsistirán también aquellas otras palabras de Jesucristo á san Pedro: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas." Facultad que se extiende en cada pastor á los límites de su iglesia res-

pectiva; pero que en san Pedro y en sus sucesores los romanos Pontífices, se extiende á toda la Iglesia universal.

Todos los santos Padres, todos los Concilios, los santos todos de la Iglesia, lo han entendido y creido así, y fortifica tu fe, hoy tan combatida por toda suerte de doctrinas, con estas verdades. Oye á san Ireneo y á san Cipriano, el primero de los cuales dice: "La Iglesia romana es la mayor y la más antigua de todas las iglesias, y por razón de su primacía, todas las iglesias particulares deben convenir con ella.„ Y el segundo dice también: "La Iglesia romana es el centro de la unidad, en donde deben reunirse todas las demás iglesias; es ilusión creer que no se separa de la Iglesia el que abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia.„

Y de los Concilios, oye el anatema que el de Constanza fulminó condenando la siguiente proposición de un heresiarca sedicioso: "Para conseguir la eterna salud, no es necesario creer que la Iglesia romana es señora de las demás iglesias.„

Oye también aquel oráculo del Concilio de Florencia, en el que las dos iglesias, griega y latina, se explican en estos términos: "Declaramos que el Pontífice romano es el verdadero vicario de Jesucristo, cabeza de toda la Iglesia, padre y doctor de todos los cristianos, y que en la persona de san Pedro recibió el soberano poder de gobernar la Iglesia universal.„

Ten presente, por último, que nadie podrá manifestar en la sucesión de los siglos una sociedad separada de la cátedra de Pedro, en la que se haya conservado el depósito de la santa doctrina, y que el cisma y la separación siempre han ido acompañados del error.

Bajo la obediencia de la cátedra de san Pedro derramaron su sangre los mártires de Jesucristo, lloraron los verdaderos penitentes, las vírgenes sabias adquirieron la corona de su virginidad, y fuera de

esa sumisión á la cátedra de Pedro, las lágrimas de los penitentes han sido miradas como hipócritas; la castidad de las vírgenes, resultado de la soberbia; el martirio, como obstinación y la más austera virtud, como ilusión funesta. Jesucristo no reconoce otros santos que aquellos que se han santificado bajo la sumisión á la silla de Pedro y no colocará en sus altares otros bienaventurados que los que le presente san Pedro.

Deduce, pues, de esta meditación muy necesaria y práctica en los días que atravesamos, que si quieres ser verdadera oveja del buen Pastor Jesucristo, es preciso que tu amor á la Iglesia y al Papa, que es su cabeza visible y el centro de su unidad, sea un amor ardientísimo, que lo ames como á tu padre, más que á tu padre y más que á todo lo temporal, que lo defiendas siempre contra todo linaje de enemigos, sean francos como la impiedad y la masonería, sean encubiertos como el liberalismo católico y el regalismo volteriano, que defiendas sus derechos todos, á su reinado temporal, á intervenir en cuanto el Papa juzgue que debe y puede intervenir, que en la doctrina jamás, ni un ápice, te separes de él, órgano infalible de la verdad, que no busques jamás vanos subterfugios indignos de la fe sencilla del buen católico y de la piedad filial del buen hijo para sustraerte á sus enseñanzas, que como dice san Ignacio, estemos tan unidos y apegados en todo á la doctrina de la Iglesia que "debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro si la Iglesia hierárquica así lo determina.„

Coloquio.—Oh Jesús, divino fundador de la Iglesia, mi madre, en cuyo seno nací, y en el que deseo morir para poderme salvar; inspírame amor constante, firme, inquebrantable y práctico á esa Madre de mi alma, fuente para mí de toda luz sobrenatural y de toda gracia; jamás, ni en mis pensamientos ni en mis palabras me separe de ella, que sería separar-

me de Ti, antes creciendo cada día más en mí la fe viva, te veré á Ti en Pedro, y á Pedro en la Iglesia, y en los Pontífices los Vicarios.

Propósitos.—Defender siempre con mis palabras, obras y escritos los privilegios todos de la Iglesia y del Papa, y nada hacer ni leer en contra de ellos ni de sus decretos y prohibiciones.

JUEVES

De la aparición á todos los discípulos en el monte de Galilea, y de las cosas que les mandó y promesas que les hizo.

Preludios.—Mira á los discípulos adorando á Cristo y oyendo con suma reverencia sus mandamientos y consejos, y pídele oirlos tú y guardarlos según los deseos del divino Salvador.

PUNTO I

Jesucristo manda á los Apóstoles á enseñar á todas las gentes y á predicar el Evangelio á toda criatura.

Pondera, lo primero, cómo los once Apóstoles, partiéndose para Galilea por mandamiento de Cristo N. S., iban por el camino con gran gozo, por la esperanza de ver á Jesús más despacio, y por inspiración del mismo Señor, iban dando noticia de su resurrección á todos los discípulos, que estaban derramados por Galilea, de los cuales, como lo apunta san Pablo, se recogieron más de quinientos, y subieron al monte señalado, que se cree fué el monte Tabor, esperando allí la visita de su Maestro.

Pondera cuán liberalmente cumplió Cristo N. S. la promesa que hizo á sus Apóstoles de que se les mostraría en el monte de Galilea; y es de creer que les descubriría algo de su gloria y resplandor, como descubrió á los tres, delante de quien se transfiguró en aquel mismo monte. ¡Oh, qué contentos y hartos quedaron aquellos santos varones, y cuán de buena gana dijeron aquellas palabras que dijo san Pedro en la

transfiguración: "Señor, ¡bueno es quedarnos aquí contigo, sino es que otra cosa ordenes de nosotros.„ Todos los Apóstoles le adoraron y reconocieron por su Dios; y si algunos dudaron, fueron de los otros discípulos más imperfectos que al principio tuvieron alguna duda, pero con su presencia se la quitó, llenando á todos de alegría.

Oye á Jesús que acercándose á ellos, les dijo: "Dada me es toda potestad en el cielo y en la tierra. Id por todo el mundo, enseñad á todas las gentes y predicad el Evangelio á toda criatura.„

Pondera, cómo Cristo N. S., por los méritos de su Pasión y muerte, alcanzó en cuanto hombre toda la potestad en el cielo y en la tierra; porque aunque era suya en cuanto Dios, y por otros muchos títulos se le debía por la unión hipostática y por ser cabeza de ángeles y hombres, pero también quiso ganarla con su muerte y Pasión, y por esto dijo á sus discípulos: "Ahora se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra„. La potestad en el cielo es para abrir sus puertas y admitir dentro de él á los hombres, distribuyéndoles las sillas celestiales, y para mandar á los ángeles todo lo que quisiese en bien de sus escogidos. La potestad en la tierra es para perdonar los pecados, trocar los corazones y repartir sus gracias y dones espirituales con nosotros; y ambas cosas cumplió en subiendo al cielo, llevando consigo, como dice David, cautiva la cautividad de las almas justas, y repartiendo dones á los hombres.

Considera luego, cómo usando Cristo N. S. de esta potestad, mandó á sus Apóstoles que fuesen por todo el mundo y enseñasen á todas las gentes, no sólo á los hebreos, sino á los gentiles, y no sólo á los nobles y poderosos, sino á cualesquiera por viles que fuesen, predicando el Evangelio á toda criatura, dando á todos noticia de los artículos de nuestra fe. Así instituyó á los Apóstoles maestros universales de la doctrina y todo hombre, sea rey ó vasallo, tiene obligación

de escucharlos y obedecerlos. En lo cual se echa también de ver cómo la voluntad de Cristo N. S. es, como dice san Pablo: "que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad „ Porque como la bondad del Padre celestial se muestra en que este sol corporal nazca para buenos y malos, y la lluvia caiga sobre justos y pecadores, así la caridad de su Hijo se descubre en que el sol de su Evangelio alumbre á todos los hombres del mundo y la lluvia de su doctrina riegue los corazones humanos de toda la tierra, sin hacer diferencia de unos á otros, ni sin aceptar personas, porque todas son sus criaturas.

PUNTO II

Manda Jesús á los Apóstoles bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Considera, cómo Cristo N. S., después que mandó á sus Apóstoles que enseñasen las cosas de la fe á todos los hombres, que era como catequizarlos y disponerlos para el bautismo, les mandó otras dos cosas. La primera fué, que los bautizasen en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, con lo cual trocó el rigor de la circuncisión en la blandura del bautismo, así como trocó las leyes cuya entrada eran, porque la circuncisión era puerta y entrada de la ley vieja, que era ley de temor y de siervos, y así los cauterizaba y señalaba con una señal exterior, dolorosa y afrentosa, cortando parte de su carne con derramamiento de sangre. Pero el bautismo es puerta y entrada de la ley nueva, que es ley de gracia y de amor, ley de hijos, escrita principalmente en sus corazones; y así los señala con un lavatorio blando de agua; en señal del lavatorio interior del alma, donde les imprime el carácter ó señal del cristianismo, y les comunica la gracia y caridad propia de hijos. De aquí es, que este bautismo se da en nombre de la Santísima Trinidad, porque todas tres Personas ha-

cen maravillosos efectos en el bautizado. El Padre le toma por hijo adoptivo, heredero de su cielo, recibiéndole debajo de su protección. El Hijo de Dios le toma por hermano y compañero de su herencia, y de los merecimientos y frutos de su Pasión, recibiéndole por su discípulo y amigo muy querido. El Espíritu Santo toma el alma por esposa suya, adornándola con las dotes de las virtudes sobrenaturales, desposándola consigo en fe y caridad y misericordia muy copiosa. Y toda la Santísima Trinidad la toma por su templo y morada, entrando dentro de ella con deseo de permanecer para siempre en ella y de unirla consigo con unión de amor, á semejanza de la unión que tienen las tres divinas Personas en su divina esencia. Estos son los nombres gloriosos que Isaías llama nombres nuevos, que pone Dios al bautizado y al cristiano que está unido con Cristo, y es hijo, amigo, compañero y discípulo suyo, y su alma esposa de este Dios infinito. Alábente, Señor, todas las jerarquías de los ángeles, por las innumerables mercedes que has hecho á los hombres y les haces por medio de este soberano Sacramento. ¿Con qué te pagaremos la suavidad que tienes con nosotros, habiéndolas Tú comprado con tu preciosa sangre? Tu cuerpo fué cauterizado con terribles llagas para ungir mi alma en el bautismo con excelentes gracias, vistiéndola con la vestidura de tu gracia: mas, ¿qué digo de tu gracia? Tú mismo eres su vestidura; pues, como dice el Apóstol, todos los que hemos sido bautizados en Cristo, nos habemos vestido de Cristo, y pues siendo sumidos en el agua, salimos renovados con tu gloriosa resurrección, confirma en mí lo que has comenzado, renovando la dignidad que me diste en el bautismo, para que llegue á gozarla cumplidamente en la gloria.

PUNTO III

Manda Jesús á los Apóstoles que enseñen á los fieles á guardar todo lo que El les había mandado.

Considera cómo luego les mandó que enseñasen á los bautizados cómo habían de guardar todo lo que El les había mandado; como quien dice: No se han de contentar con ser bautizados, sino también han de vivir vida digna de la fe y gracia que les doy en el bautismo, guardando, no los preceptos y ceremonias que mandó guardar Moisés en su ley escrita, porque todo eso está ya derogado, sino todas las cosas que Yo os mandé cuando publiqué mi ley evangélica. De suerte que, por este mandato, Cristo N. S. quitó de nuestras cervices el yugo pesado de la ley vieja, de quien dice san Pedro en nombre de todos los Apóstoles, que ni ellos ni sus padres le pudieron llevar, y en su lugar nos pone el yugo suave y la carga ligera de la ley evangélica, con obligación de que guardemos todos sus preceptos sin quebrantar ni uno solo. Gracias te doy, ¡oh dulcísimo Maestro! por haber trocado el yugo pesadísimo de Moisés en el yugo suavísimo de tu Evangelio, para descanso de nuestras almas. Justo es, Señor, que yo cumpla todos tus preceptos, pues son pocos y suaves, puestos por Ti, á quien tanto debo, por lo mucho que has hecho y padecido por mí. Deseo guardarlos y enseñar á otros que los guarden, pues Tú dijiste que "quien hiciese y enseñase sería grande en tu reino„; ayúdame con tu doblado espíritu para cumplir ambas cosas que aquí has mandado.

Escucha cómo Jesucristo añade: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; el que no creyere, será condenado„; lo que Cristo N. S. dice para alentarnos al cumplimiento de lo que manda. No promete ni amenaza bienes ó males corporales y temporales, como en la ley vieja, sino bienes ó males espirituales

y eternos, que son gozar de la salvación que nos ganó con su pasión y muerte, ó carecer de ella para siempre. El que creyere y fuere bautizado, y cumpliere lo demás que os he mandado, alcanzará perdón de sus pecados, salud espiritual de su alma por mi gracia, y después la vida eterna; y quien no creyere perderá todo esto; y asimismo quien cree con la fe, pero con las obras niega conocer á Dios, también será condenado. Porque no conforma la vida con la creencia, ni cumple con la obra lo que prometió en el bautismo. ¡Oh Dios de mi alma! Descúbreme los tesoros innumerables que están encerrados en esta palabra, *será salvo,* para que el amor de ellos me solicite á cumplir todo lo necesario para salvarme. Y también me descubre el abismo de miserias que está encerrado en esta palabra, *será condenado*, para que me aguije el temor de tan terribles males, cuando no me despertare el amor de los celestiales bienes.

También ponderaré la infinita caridad y liberalidad de Cristo N. S., que resplandece en no haber dicho: "Quien no creyere, ni fuere bautizado, se condenará„; sino solamente: "Quien no creyere„; para enseñarnos que, aunque es verdad que quien deja el bautismo por desprecio, ó notable descuido, se condenará; "porque quien no nace de agua y Espíritu Santo, no puede entrar en el cielo„; pero cuando el hombre tiene deseo de recibirle, y sin culpa suya no puede, no se condenará, si tiene viva fe y dolor de sus pecados, porque ya espiritualmente está engendrado é incorporado con Cristo en virtud de la contrición y propósito del bautismo, y no quiso este Señor estrechar la entrada en el cielo á cosa que el hombre capaz de razón, sin culpa suya, no pudiese recibir.

Coloquio.—¡Oh Padre amorosísimo! Pues soy criatura tuya, alumbra este mundo abreviado que criaste, dando luz á todas mis potencias, y riégalas con

el rocío de tu soberana doctrina para que conozca á Ti, solo Dios verdadero, y al que enviaste al mundo Jesucristo tu Hijo, de tal manera, que obrando conforme á este conocimiento, alcance la vida eterna.

Propósitos.—Guardar, hasta en las cosas más pequeñas, los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, para no poner en peligro mi salvación.

VIERNES

De la promesa que hizo Cristo N. S. á sus discípulos de estar con ellos hasta el fin del mundo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De las causas porque Cristo N. S. hizo á sus discípulos tan regalada promesa.

Considera cómo dichas las cosas que quedan referidas, añadió Cristo N. S.: "Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo„. Esta promesa es de las más regaladas y gloriosas que Cristo N. S. hizo á sus Apóstoles, y en cada palabra de ella hay mucho que considerar, ponderando quién es la persona que hace esta promesa, qué causas le mueven, cómo la cumple; con qué personas, con qué continuación y por cuánto tiempo; porque todo esto se toca en las palabras propuestas, y la primera, que es "Mirad„, nos convida á que las consideremos.

Lo primero, se ha de considerar las causas que tuvo Cristo N. S. para decir á sus discípulos que se quedaba con ellos. La primera, para consolarlos en la ausencia que había de hacer subiéndose al cielo, y en la ausencia que sentían no viéndolo sino de tarde en tarde en estos cuarenta días; como quien dice: aunque Yo me voy al cielo y aunque ahora os veo pocas veces, pero sabed y tened por cierto que estoy con vosotros invisiblemente. "No os dejaré huérfa-

nos„ sin padre y sin consolador, porque aunque no me veáis, estoy con vosotros siempre tan presente como si me vieseis. La segunda causa fué, para esforzarlos en la empresa que les encargaba, enviándoles por el mundo á predicar y bautizar y hacer milagros, asegurándoles que siempre andaría con ellos para su ayuda; como si les dijera: no desmayéis por veros flacos para tan alta empresa, porque Yo mismo estoy siempre con vosotros, fortaleciendo vuestra flaqueza; y Yo tengo de hacer estas obras en vosotros, y os acompañaré dondequiera que fuéreis, sin apartarme de vuestro lado. La tercera causa fué, para avivarlos en la ejecución de todo lo que les mandaba, porque sabiendo que estaba con ellos presente, mirando cómo trabajaban en su oficio, esta memoria les haría cuidadosos y diligentes en hacerle sin faltas é imperfecciones, antes con toda la perfección que pudiesen, como quien estaba á la mira de su Maestro y Señor, á quien deseaban agradar.

Estas tres razones tengo de aplicar á mí mismo, imaginando, cómo es verdad, que por ellas me dice Cristo N. S.: "Mira que Yo estoy contigo presente„ como consolador y como ayudador, y como testigo de lo que haces; por tanto, nunca te olvides de mí, sino siempre acuérdate que estoy contigo en tus trabajos para consolarte, en tus ministerios y oficios para ayudarte, y en todas tus obras para juzgarte y galardonarte. ¡Oh dulcísimo Señor!, si Tú estás conmigo, ¿qué me puede faltar? ¡Oh Dios invisible, concédeme que viva como si siempre te viera! No me dejes huérfano, pues eres mi padre, ni me dejes desconsolado, pues eres mi consolador; asiste siempre conmigo, pues sabes que sin Ti nada puedo, y contigo lo podré todo; y advirtiendo que me miras, se avivará mi tibieza con tu presencia.

PUNTO II

De la excelencia y grandeza de esta divina promesa de Cristo.

Lo segundo, se ha de considerar la grandeza de esta promesa que se encierra en estas tres palabras: "Yo estoy con vosotros„.

Pondera, lo primero, quién es éste que dice "Yo.„ No dice como á Moisés: "Yo enviaré mi ángel que vaya delante de ti y te guarde en el camino, y te entre en la tierra de los cananeos„, sino Yo mismo, dice, estoy con vosotros, y os acompañaré en vuestra jornada, y os guardaré y entraré en la tierra de los gentiles. Yo, Dios omnipotente, infinito y eterno, á cuya voluntad ninguno puede resistir. Yo, vuestro Salvador, que vencí al demonio, despojé al infierno, y he destruído el reino del pecado y la tiranía de la muerte. Yo, á quien ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra, os envío por el mundo como mi Padre me envió á Mí, asistiendo con vosotros como El asistió conmigo. Yo, vuestro maestro y protector, cuyo poder, liberalidad y amor habéis experimentado, y soy el mismo que solía. Yo estoy con vosotros, y soy vuestro compañero invisiblemente, como hasta aquí lo he sido corporalmente.

Y en decir con vosotros, abraza todos los modos que hay de estar con ellos. El primero, es común á todas las criaturas con las cuales está presentísimo, dándolas el ser, vida y movimientos que tienen. El segundo, es común á todos los justos, con los cuales está por gracia, dándoles la vida sobrenatural y las virtudes. El tercero, es especial á los muy escogidos, con los cuales está con particular providencia, cuidando de ellos, y obrando por ellos obras grandes y maravillosas. El cuarto, es por el Santísimo Sacramento del altar, en el cual asiste real y verdaderamente, en cuanto Dios y en cuanto hombre, para ser

nuestra comida y sustento espiritual. De todas estas maneras está Nuestro Señor en su Iglesia cuidando de ella y gobernándola, como el rey está en su reino, el piloto en su navío, el padre de familias en su casa y el maestro en su escuela, y todo esto promete cuando dice: "Yo estoy con vosotros, esto es, con vosotros que representáis mi Iglesia universal, y con vosotros que sois mis discípulos queridos, y con todos los que os imitaren y siguieren.„ Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por tan liberal y magnífica promesa como haces á tu Iglesia y á los discípulos de tu escuela. Dichosos aquellos con quienes estás con tan regalados modos de presencia. ¡Oh, si siempre estuvieses conmigo de esta manera, para que siempre yo estuviese contigo, sirviéndote y amándote, sin apartarme de Ti por todos los siglos!

PUNTO III

De la duración de esta promesa de Cristo N. S.

Considera la continuación y duración de esta promesa, que se declara en las dos palabras postreras: todos los días, hasta la consumación del mundo. De suerte, que Cristo N. S. está con nosotros, no días interpolados, sino todos los días y todas las horas y momentos del día; y no por tiempo limitado de mil ó dos mil años, sino hasta que el mundo se acabe; en lo cual nos asegura que su Iglesia durará hasta el fin del mundo, y, por consiguiente, sus leyes, sacramentos y sacrificios; y así, que el día de hoy está con nosotros, y el de mañana estará también, hasta el día postrero; y acabado el mundo, estará con los suyos mucho mejor, por otro modo más excelente, que dure toda la eternidad. Por todo lo cual tengo de dar gracias á este Señor, y suplicarle me haga participante de esta merced, que siempre, en todo tiempo y lugar esté conmigo, sin apartarse ni un solo momento de mí hasta el fin de mi vida, proponiendo no me

apartar ni olvidar de El, en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que dice san Agustín: "Como ningún momento de tiempo hay en el cual el hombre no goce y se aproveche de la divina piedad, así no ha de haber momento en el cual no le tenga presente en su memoria„. Justo es, Dios mío, que pues Tú siempre estás conmigo y me tienes presente delante de Ti, yo también siempre esté contigo y te tenga presente delante de mi. Mas porque esto excede á mis flacas fuerzas, concédeme por tu gracia lo que deseo, pues con ella me será fácil lo que sin ella no puedo.

Saca de esta consideración fe vivísima y confianza sin límites en el triunfo de la Iglesia, esposa de Cristo, de todos sus enemigos. Aunque la veas perseguida por la herejía y la impiedad, no temas; las olas la podrán combatir y hacerla zozobrar, pero en la barquilla de Pedro está Cristo, que vela, aunque á veces parece dormido. Por eso, ni han prevalecido ni podrán prevalecer contra ella las puertas del infierno.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, que hiciste á tus Apóstoles tan dulce y consoladora promesa! Con ella me alentaré á luchar con los enemigos de la Iglesia y de mi alma, porque Tú estás conmigo. Con ella procuraré vivir en santidad y en perfección, porque Tú me ves y me has de juzgar; con ella me consolaré en las tribulaciones y trabajos. No me abandones, que yo tampoco quiero abandonarte; antes estar y vivir contigo en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—En todas ocasiones, para consolarte, animarte y hacerlo todo bien, acuérdate de que Jesús está contigo, procurando á tu vez estar siempre con Jesús.

SÁBADO

Aparécese Cristo N. S. á los Apóstoles el mismo día de la Ascensión.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Despídese Jesús de sus discípulos.

Considera cómo llegado el día en que Cristo N. S. había determinado subirse á los cielos, se apareció á los discípulos en el cenáculo, comió con ellos y luego les dijo cómo aquel día se había de partir para su Padre. Es de creer, que para consolarlos de la tristeza que esta nueva les causó, renovó algunas de las razones que les dijo en el sermón de la cena.

Lo primero, puedes meditar que les diría: "Voy á preparar lugar para vosotros, y otra vez vendré y os llevaré conmigo." Como quien dice: Yo subo al cielo para abrir sus puertas y dar entrada á los justos para que gocen de las moradas que están preparadas en la casa de mi Padre; alegraos, que yo volveré por vosotros en la hora de vuestra muerte y os llevaré conmigo, poniéndoos en el lugar que mi Padre os tiene señalado.

Luego les diría: "Si me amáis, habéis de holgaros; porque voy á mi Padre, porque mi Padre es mayor que Yo." Que es decir: Si me tenéis amor, habéis de holgaros de mi honra y de mi contento; porque subo á mi Padre que está en los cielos, el cual es mayor que Yo, en cuanto soy hombre, y me ha de honrar y glorificar, poniéndome á su mano derecha, en donde goce con quietud del reino eterno que con mi Pasión he conquistado.

Añadiría también: "A vosotros importa que Yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá el Consolador; pero si me fuere, Yo os lo enviaré." Como quien

dice: No sólo importa á mi honra subirme al cielo, sino también á vuestro provecho, para que se perfeccione vuestra fe, vuestra esperanza y vuestra caridad y venga del cielo la plenitud del divino Espíritu, porque si Yo no subo, no vendrá el Espíritu Santo. Está decretado que Yo suba primero, y desde allá os le envíe, y vosotros no estáis preparados para recibirle, porque estáis apegados á mi corporal presencia; y es menester que os descarnéis de ella, para recibir don tan soberano. Por tanto, alma mía, mira bien que tu Dios es espíritu, y quiere ser amado con amor espiritual, desnudo de todo resabio de amor propio. Y si amar la presencia corporal de Cristo con amor algo interesado impide la venida del Espíritu Santo, ¿cuánto más la impedirá amarte á ti misma ó á otra criatura con amor desordenado?

PUNTO II

Promete Cristo N. S. la venida del Espíritu Santo.

Considera cómo habiendo Cristo N. S. consolado á sus discípulos, les dijo: "Estaos quedos en la ciudad, hasta que seáis revestidos con la virtud de lo alto.„ En estas palabras les promete la venida del Espíritu Santo, con modo muy misterioso. Porque les dice primeramente, que se sienten y estén quedos, para enseñarles que la quietud del cuerpo y del espíritu es importante para recibir este don celestial; y avisarles que le esperen con paciencia; y á esta causa no les quiso señalar el día en que les pensaba enviar el Espíritu Santo, porque cada día le esperasen y le pidiesen, y se prepararan para recibirle. Solamente les dijo que serían bautizados con el Espíritu Santo, "no de aquí á muchos días„, para que tuviesen algún consuelo de que no sería muy larga la dilación. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la venida del divino Espíritu, con la plenitud que deseo, remitiendo á la divina Providencia el día de su venida.

Les dijo, después, que se estuviesen en Jerusalén, y aunque parecía más á propósito que se fueran al desierto para esperar allí con quietud la venida del Espíritu Santo, no quiso sino que le esperasen en la ciudad, porque el Espíritu Santo no se les daba para ellos solos, sino para bien de todos los hombres: y así convenía se les diese en lugar público, de donde pudiesen salir luego á predicar la ley de Cristo. Demás de esto, Dios N. S. más desea la soledad del corazón que la del cuerpo, y en medio del bullicio puede haber corazón quieto, pacífico y apto para recibir á Dios. Y quizá por esto, esta ciudad aunque populosa, se llama Jerusalén, que quiere decir visión de paz.

También les dijo que se estuviesen allí hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto, esto es, de la fortaleza del Espíritu Santo; en lo cual les da á entender que están desnudos y desarmados, flacos, pusilánimes y vacíos del espíritu que es menester para predicar el Evangelio, y así que se han de estar quedos hasta que venga el Espíritu Santo, el cual los vestirá con su gracia y dones y virtudes celestiales, dándoles fortaleza para esta empresa. Y esta virtud viene de lo alto, porque ella es superior á nuestras fuerzas humanas. De donde sacaré dos avisos: que importa fundarme en humildad, reconociendo mi flaqueza, y por esto Cristo N. S. no dijo estaos quedos hasta que os vistáis, sino hasta que seáis vestidos. Y que es temeraria presunción salir á estas graves empresas antes de ser vestido de la virtud de lo alto, porque quien sale á pelear sin armas contra fuertes enemigos, será destruído de ellos.

PUNTO III

Cómo Cristo sacó á sus discípulos fuera de Betania, y los llevó al monte de las Olivas.

Considera cómo Cristo N. S. dijo á todos los discípulos que estaban en el cenáculo que se fuesen luego á Betania, al monte de las Olivas, porque des-

de allí había de subirse al cielo. No consta si El mismo los sacó y acompañó algún rato, ó si se desapareció y ellos se fueron solos. Como quiera que haya sido, los Apóstoles cumplieron luego el mandamiento de Cristo N. S. Y es de creer que á la salida del cenáculo se acordarían de la salida que hicieron para el huerto de Getsemaní, que estaba á un lado del monte de las Olivas, y cómo fueron llenos de grandes tristezas y congojas, temblando de miedo por los trabajos que esperaban con la muerte de su querido Maestro. Pero ahora saldrían con ansias, mezcladas de tristeza y alegría, esperando su gloriosa subida al cielo, y con este fervor caminarían con paso apresurado.

Cristo N. S. escogió para subir al cielo el monte Olivete, en donde oró á su Padre con agonía y sudor de sangre, y donde fué desamparado de sus Apóstoles, entregado por Judas á sus enemigos, atado con sogas, y de donde salió á padecer las ignominias de la cruz, para que se entendiese que por estos trabajos ganó el cielo, y yo entienda que, si tengo paciencia, lo que fuere principio de mi humillación lo será de mi exaltación, y de los trabajos temporales subiré á los descansos eternos. También para esta subida señaló á Betania, que quiere decir casa de obediencia, y al monte de las Olivas, que representa la cumbre de la misericordia y caridad, para significar que todas las cosas que hizo desde que encarnó hasta que subió á los cielos, fueron por obedecer á su Padre. Y todas también fueron por el supremo fin de la caridad y misericordia para bien de los hombres, por su amor, y por librarlos de su miseria. Y juntamente nos enseña que el camino para subir al cielo es Betania y el monte de las Olivas, casa de obediencia y cumbre de caridad y misericordia.

Coloquio.—¡Oh Hijo unigénito del Padre, que por los caminos de la obediencia y caridad subiste á sentarte á su mano derecha! Suplícote me favorezcas

para que toda mi vida more en casa de obediencia, sin apartarme un punto de tu voluntad, procurando siempre subir á lo más alto de la caridad y misericordia. ¡Oh dulce Jesús mío! Llegada es para Vos la hora del triunfo eterno y de la recompensa. Subid, subid al cielo desde ese monte Olivete que presenció vuestra agonía, pero llevad con Vos mi corazón y mi mente para que moren en el cielo con Vos. Revestidme de la virtud de lo alto para que, aprendiendo á sufrir como Vos, merezca un día acompañaros en vuestra gloria.

Propósitos.—Ama mucho y cada día más la soledad y el retiro, que sólo así sabrás disponerte para el trato y comunicación con Dios.

QUINTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

De los motivos que tuvo Cristo N. S. para dejar á sus discípulos y subir á los cielos.

Preludios.— Mira á Cristo N. S. saliendo con sus discípulos hacia Betania y deteniéndose en el monte Olivete, que está en el camino. Contempla cómo se despide de su dulcísima Madre, con afectos tan tiernos, que sólo podemos reverenciarlos en silencio, pero no comprenderlos. Pide á Jesús que arrebate tu alma y la lleve consigo.

PUNTO I

De las causas de la Ascensión de Jesucristo á los cielos.

Considera cómo después que resucitó el Salvador del mundo, ya impasible y glorioso, estuvo acá en la tierra cuarenta días; pero al final de ellos se determinó á subir á los cielos y volver al lugar de donde había bajado, para dar fin y cumplimiento á la obra que el Padre Eterno le había encomendado. Durante estos cuarenta días se mostró á los Apóstoles, probando que verdaderamente había resucitado por muchos medios y señales, apareciéndoseles y hablándo-

les siempre del reino de Dios. No estaba el Señor en este tiempo siempre con sus discípulos, ni siempre se les aparecía, sino de cuando en cuando, para que por una parte se confirmasen en la fe de la resurrección viéndole vivo, y que hablaba, comía y trataba con ellos, y por otra, para que poco á poco se acostumbrasen á carecer de su presencia corporal y sintiesen menos la ausencia que, subiendo á los cielos, había de hacer el día de su maravillosa Ascensión.

Tomó cuarenta días para conversar con los suyos porque, como había estado cuarenta horas muerto, le viesen cuarenta días vivo, y por aquí sacásemos cuánto más liberal es Dios en los consuelos que en las penas, y en los gozos que en los trabajos, pues las penas se miden por horas, y los gozos y consuelos por días. En este tiempo hablaba el Señor con sus discípulos del reino de Dios, porque aunque todas las palabras que habló Cristo N. R. en su vida fueron enderezadas para enseñarnos en qué consiste el reino de Dios, y por qué camino hemos de ir á él, todavía después de su santa resurrección hablaría más claramente de la grandeza y excelencia del reino de los cielos, así porque El ya dejaba sus discípulos corporalmente y se iba á él, como porque los mismos discípulos estaban más hábiles para entender aquella doctrina que les enseñaba de cosa tan alta y que tanto excede nuestra capacidad; y asimismo les hablaba del reino de Dios, porque les declaraba el gobierno de su Iglesia, que es su reino, y sus vasallos son los fieles, los cuales el mismo Señor, como Rey soberano, gobierna por sus ministros exteriormente, é interiormente por los dones y gracias que infunde en las almas, justificándolas, santificándolas y guiándolas á la bienaventuranza.

Habiendo, pues, nuestro celestial Maestro enseñado á sus Apóstoles las maravillas del reino de Dios, y confirmádolos en la fe de su resurrección, determinó subir á los cielos en cuerpo y en alma, y, como

nobilísimo triunfador, entrar triunfando en aquella imperial ciudad, acompañado de aquel innumerable ejército de cautivos que con su sangre había rescatado, porque así convenía á su gloria y á nuestro provecho. A su gloria convenía, porque habiendo resucitado de una vida pasible y mortal á otra impasible é inmortal, no era decente que su cuerpo glorioso estuviese en la tierra, que es lugar de miseria y corrupción, sino en el cielo, que es incorruptible y lugar propio de los cuerpos glorificados. Convenía á la grandeza del Señor que se había humillado y abatido tanto por nosotros, que El mismo dijo de sí: "Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho y menosprecio de la gente„, que fuese glorificado y ensalzado, no solamente sobre todos los hombres, pero sobre todos los coros de los ángeles, y colocado á la diestra del Padre. Convenía á su bondad que nos declarase que su reino no era de la tierra, sino del cielo, y que no consiste en los bienes caducos y frágiles de esta vida, que, por mucho que duren, con ella se acaban, sino en los espirituales y eternos; y que no tiene más parte en el reino de Cristo el más noble ni el más honrado, y más rico y abundante de los bienes temporales, sino el que con más ansia sube con Cristo al cielo y anhela á la bienaventuranza. Convenía asimismo que con esta subida á los cielos nos enseñase que no es este mundo nuestra patria, sino cárcel y destierro, y que las almas cristianas y puras, aunque el cuerpo esté en la tierra, deben morar por deseo donde está todo su bien.

PUNTO II

El misterio de la Ascensión debe aumentar la fe, la esperanza y la caridad de los amantes de Cristo.

Considera cómo siempre de tal modo hace el Señor sus obras, que en ellas junta su gloria y nuestro bien, como se ve en esta Ascensión del Señor, de la cual se derivan á El mucha gloria, á nosotros mu-

chas y muy grandes utilidades. Porque primeramente aprovechó esta gloriosa subida del Señor para mayor perfección de nuestra fe. En efecto, á la condición de la fe pertenece que no se vean las cosas que creen, para lo cual fué conveniente que este Señor, que fué el objeto principal de nuestra fe, se ausentase de nuestra vista, para que así fuese nuestra fe de otra condición que la de santo Tomás, á quien dijo el Señor: "Porque me viste, Tomás, creiste; bienaventurados los que no vieron y creyeron„; de suerte que nuestra fe, que no consiste en ver con los ojos corporales y tocar con las manos, sino en no ver y creer, con la subida del Señor al cielo se hizo más robusta y vigorosa. Demás de esto, fuénos provechosa la Ascensión del Señor, porque con ella se aviva y asegura nuestra esperanza; porque El mismo dijo que iba á prepararnos lugar, como lo hizo, subiendo al cielo; porque no subió solamente para sí, sino para todos nosotros, y como cabeza nuestra tomó la posesión de aquella gloria para sus miembros. Rompió los cerrojos con que habían sido cerradas las puertas del cielo por el pecado de Adán; abriónos el camino para que nosotros pudiésemos llegar á aquella celestial bienaventuranza; y para que tuviésemos más ciertas prendas seguras de este tan gran bien, llevó consigo las almas de aquellos Santos Padres que había librado del limbo. Y así dijo el Señor, hablando con el Padre Eterno antes de su Pasión: "Padre, yo quiero que los que Vos me habéis dado, estén conmigo donde yo estoy„. Porque aunque en su Pasión nos mereció Cristo este reino y nos adquirió el derecho que tenemos á él, mas en la Ascensión de hecho nos abrió el camino y nos mostró que ya el cielo está conquistado y la posesión está tomada en nuestro nombre.

Considera luego, cómo la caridad se enciende y se inflama con esta subida del Señor. Porque si donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón, y todo

nuestro tesoro es Cristo, ¿dónde es razón que esté nuestro corazón sino donde está Cristo? Y que estando nuestro tesoro en el cielo, no esté nuestro corazón en la tierra. En el cielo ha de estar nuestro amor, nuestra esperanza, nuestra alegría, nuestros pensamientos y nuestros deseos. Allí está todo nuestro bien, y mucho más debemos estar colgados de él que este mundo inferior lo está de las influencias del cielo.

PUNTO III

De otros motivos de este soberano misterio.

Considera que también fué necesaria la Ascensión del Señor á los Apóstoles, á los cuales el mismo Jesucristo dijo que no podrían recibir al Espíritu Santo, si El primero no subiese á los cielos, porque con su presencia corporal estaban entretenidos y recreados y miraban aquella sagrada humanidad con ojos de carne, y no subían á la consideración de la majestad inmensa de la divinidad, como lo hicieron después que el Salvador subió á los cielos. También por otra razón fué de grandísimo provecho para nosotros esta subida del Señor, porque así como en la tierra hizo oficio de Redentor, así ahora en el cielo hace oficio de nuestro Abogado, como lo dice el amado discípulo por estas palabras: "Hijos míos, esto os escribo para que no pequéis; pero si alguno pecare, Abogado tenemos para con el Padre, á Jesucristo su Hijo, el cual es propiciación por nuestros pecados.„ Y no sólo es Abogado, mas también es gobernador y proveedor y defensor de su Iglesia, con la cual está y estará, como El lo prometió, hasta el fin del mundo, no solamente en la Eucaristía, en la cual, partiéndose de nosotros, se nos dejó para nuestro remedio y consuelo, sino asistiéndola y gobernándola con su admirable é inefable providencia; porque todos los dones y todas las gracias que continuamente se reparten del cielo á toda la Iglesia y á cada uno de los fieles, se reparten por medio de este Señor, que es la fuente de

gracia, y así dice san Pablo: "que á cada uno se da la gracia según la medida con que Cristo la da y reparte.„ Así que la Ascensión del Señor fué muy gloriosa para El y muy provechosa para nosotros.

Subió, pues, al cielo Cristo N. S., para honrar con su presencia al Eterno Padre, para enviar á la Iglesia el Espíritu Consolador, para tomar posesión del cielo para todos sus hijos, para sentarse en la silla debida á su humildad y grandeza, para alegrar toda la corte celestial con su vista, para llenar las sillas vacías que perdieron los malos ángeles y poblarlas de las almas santas que llevó libres y cautivas, y dar á cada una su lugar conforme á sus merecimientos; subió el Señor, para que su santísima Madre, viéndole subir á su casa, se olvidase de todos los trabajos y dolores que padeció en sus tormentos y penas, y para que sus discípulos, animados con estas prendas de esperanza tan seguras, se animasen y no temieran los peligros y tempestades que habían de pasar en la predicación del Evangelio. Subió el Señor, para que subiendo á lo alto, y llevando por cautivos suyos á los que antes lo eran del príncipe de las tinieblas, repartiese magníficamente sus dones á los hombres. Desde el cielo repartió su espíritu á toda su Iglesia, la caridad á los Apóstoles, la fortaleza á los mártires, la sabiduría á los doctores, la castidad á las vírgenes, la humilde penitencia á los confesores, la luz y prudencia á los superiores, y la obediencia y sujeción á los inferiores, y todos los estados enriqueció con su divina y larga mano. Finalmente, subió el Señor, para llevar consigo nuestros corazones, desnudos y descarnados de todo amor y escoria de la tierra, y estando El, que es nuestro tesoro en el cielo, allí estén ellos y moren con El.

Coloquio.—Subid, Señor: subid, amor, luz, vida y descanso de las almas limpias, y todo nuestro bien. Subid, no al monte Calvario para ser crucificado entre dos ladrones en un madero, sino del monte de las

Olivas, para ser glorificado entre los coros de los ángeles y de las almas santas que invisiblemente os acompañan; no para ser enclavado y condenado, sino como libertador de condenados; no para padecer y morir, sino para triunfar de la misma muerte y del pecado. Levantaos, Señor, para ir al lugar de vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificación. Arca de donde se pagó la deuda de todo el mundo, en la cual están todos los tesoros de Dios escondidos, arca de santificación y de amistad, por la cual fueron los hombres santificados y reconciliados con Dios. Pero al levantaros, arrastrad mi vista y mi corazón para que no more ya en la tierra sino con Vos en el cielo.

Propósitos —Seguir con el corazón á Jesús y procurar vivir de máximas y principios, no de la tierra, sino celestiales.

LUNES

De las lecciones maravillosas que nos da Cristo N. S. en su subida á los cielos.

Preludios.—Ver á Cristo N. S. subir al cielo y pedirle nos inspire tal manera de vivir que le sigamos en la gloria.

PUNTO I

Jesucristo en su Ascensión nos enseña que el término de nuestras aspiraciones debe ser el cielo.

Consideraré primeramente, que la Ascensión de Cristo me da motivo para meditar el fin para que fuí criado; porque en esta gloriosa Ascensión nos da á entender el Hijo de Dios, que el término á que debemos aspirar es el cielo. Después de su resurrección no se había dejado ver sino de cuando en cuando, ya de unos, ya de otros de sus discípulos; pero en este último día, en que había al fin resuelto dejar la tierra, los juntó á todos, y quiso que le viesen todos salir de este mundo y volver á su Padre. ¿Qué pre-

tendía darles á entender con esto? Su principal fin fué convencerlos claramente de esta gran verdad, que después de haber pasado en esta vida mortal algún número de años, en el cielo es donde debe terminar nuestra carrera, y que en el tiempo presente debemos volver todos nuestros pensamientos y todas nuestras esperanzas hacia el cielo.

Habíales Jesús dado frecuentes lecciones de este asunto; pero parecía que no estaban persuadidos profundamente de esta verdad; faltaba, pues, otra lección última, más breve, más persuasiva que todos los discursos; y esta fué hacerlos testigos de su Ascensión, y subir en su presencia á aquella patria celestial adonde los llamaba. A la vista de este espectáculo, todas las dudas se desvanecieron: cuanto les había dicho del reino de Dios, todo se representó vivamente en su memoria; es á saber, que el cielo era su verdadera patria, que tenía en él sillas para cada uno de ellos, y que iba á preparárselas; que debía precederlos como su cabeza, y que siendo sus miembros, habían de seguirle algún día; por consiguiente, que no los dejaba en la tierra sino como en lugar de paso, y que se debían de mirar en él como peregrinos y caminantes. Todos estos pensamientos se les vinieron á la memoria, y movieron de suerte á los Apóstoles que concibieron un profundo desprecio del mundo, y no tuvieron en adelante otra pretensión ni otro fin, sino el de alcanzar aquella vida de que era prenda segura en el cielo su divino Maestro.

Todo esto no es para mí menos verdad que para los Apóstoles, y todas las seguridades que les dió Jesucristo me las dió también entonces á mí: es, pues, una verdad consoladora que el cielo debe ser toda mi esperanza, y no debo proponerme otro término. Lo creo así, porque es un punto de fe; pero ¿cómo lo creo? ¿Estoy tan ciertamente convencido que esta verdad reina en mi alma y la posee toda? Si estoy tan convencido y tan persuadido de este gran principio de la fe,

¿cómo saco tan pocas consecuencias prácticas de esta verdad, cuando son tantas y tan generales las que de aquí se infieren?

Porque conocida esta verdad, se deduce que no debo hacer más que caminar al cielo; que no debo tener delante de los ojos en todas las cosas sino el cielo; que no debo ya, como el Apóstol, tener conversación sino en el cielo. Todo lo que se hace en la tierra, y que sólo tiene por fin la tierra, me debe ser indiferente; porque si la tierra no es más que un lugar de tránsito ¿qué me importa á mí todo lo que en ella se hace? Veo en la tierra grandeza y pompa, fortuna y prosperidad. En mi estado mismo veo grados, oficios, distinciones, diversidad de empleos, más ó menos agradables; pero ¿qué debo decir, en vista de esto, sino lo que decía un gran Santo· "Todo esto no es mi Dios; todo esto no es el cielo, ni mi fin?„ Si así despreciara las cosas de la tierra, ¡con qué inocencia y con qué desasimiento de corazón viviría entonces! Viviría como hombre verdaderamente muerto al mundo, y como aquellos santos de la Ley antigua: "De los cuales no era digno el mundo.„ ¿Cuál era su continua ocupación? Pensar en el cielo, y dirigir á él todos sus deseos. Esto es lo que hacían en los desiertos y en sus hogares. ¿Qué otra cosa tengo yo que hacer en mi casa y en la casa de Dios?

PUNTO II

Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña cuál es la felicidad del cielo.

Considera que no bastaría que el cielo fuese nuestro término, si la felicidad que nos está prometida en él, no bastase para llenar todos nuestros deseos; pues no bastaría á movernos para dejar lo presente limitado por lo futuro, limitado también; pero la felicidad del cielo es una perfecta bienaventuranza, pues consiste en la posesión del sumo bien, que es Dios. ¿Qué idea de esta bienaventuranza comunicó el Salvador á

sus Apóstoles, disponiéndoles para su partida, y consolándolos en la pérdida que iban á sufrir de su divina presencia? Les representaba aquella celestial bienaventuranza como un descanso inmutable, donde estarían exentos de todas las turbulencias y males de esta vida, como una gloria eterna que jamás les podría quitar ningún suceso, como el colmo de todos los bienes, donde nada les faltaría, y donde estarían del todo satisfechos. Es de creer que el día mismo que Jesús se apartó de sus Apóstoles les recordó todos estos pensamientos, y los confirmó en estas grandes promesas; de suerte que, después que una nube les quitó á Jesús de la vista, no se apartaron del monte, ni podían apartar sus ojos del cielo, ni bajarlos hacia la tierra. ¡Tan arrebatados estaban de la idea de la gloria y de la belleza de aquella bienaventurada patria, que no veían entonces, pero de la cual tenían lleno el espíritu y el corazón.

Este mismo reino y esta misma gloria está preparada para mí; no puedo tener ahora más que un imperfecto conocimiento de ella, porque ningún hombre en este mundo vió ni oyó ni comprendió la gloria que Dios tiene preparada para sus escogidos. Pero bastante me enseña la fe: este sólo conocimiento, y las seguras esperanzas que me da, deben tener ya bastante eficacia para hacerme renunciar al mundo, al menos con el espíritu; pero ¿no soy digno de gran lástima, si teniendo reservado para mí el cielo, ocupa mi corazón alguna cosa de la tierra? Porque ¿no es verdad que tengo todavía el espíritu y el corazón del todo terrenos? ¿Adónde se encaminan comunmente mis aficiones y todas mis pretensiones? Los ángeles reprendieron á los Apóstoles, porque se detenían demasiado en contemplar el cielo, y fué necesario que les hiciesen una especie de violencia para apartarlos de aquella profunda contemplación en que habían quedado. ¡Ay de mí! Yo puedo reprenderme, por todo lo contrario y decirme: ¿Para qué tanta atención á

tantos objetos vanos, indignos de mi afecto, y que no pueden contentar mi corazón? Mi alma fué criada para una dicha sólida, para una quietud completa. ¿Dónde está? ¿Dónde la he buscado hasta ahora? ¿La he encontrado? ¿La encontraré jamás? Toda mi vida se pasa, y se pasará si no pongo mayor cuidado, en frívolos entretenimientos; porque ¿puedo dar otro nombre á todo cuanto se tiene aquí en la tierra, como fortuna y honor? Y por el contrario, ¿cuántas inquietudes y tormentos no me ha causado su pretensión y posesión? ¡Qué feliz es en este mundo el alma que, desasida de todo bien humano y presente, no suspira más que por la futura bienaventuranza, y de esta suerte se pone en estado de gustar anticipadamente la eterna dicha y la santa dulzura de la gloria!

PUNTO III

Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña el camino por donde podemos y debemos subir al cielo.

Considera que después de habernos dado á conocer Jesús nuestro fin, y la bienaventuranza que nos está prometida en el cielo, le faltaba enseñarnos la condición con que nos está prometida esta santa felicidad, y el camino por donde podemos llegar á ella. Esto es, lo que nos enseña por último el Hijo de Dios en este misterio: sube al cielo, y entra en él como en ciudad conquistada; pero para ganarla le fué necesario verter su sangre y dar su vida. Verdad que nos declaran bien sensiblemente las cicatrices de las llagas sacratísimas que conservó siempre en su cuerpo glorioso; y en medio de su mismo triunfo, mostrándonos el Señor sus llagas, nos dice: "Este es el precio que me ha costado el reino que voy á poseer, y á este precio le debéis comprar vosotros, y por este título le habéis de poseer, porque no le conseguiréis de otra suerte de como yo lo conseguí."

¿Quién puede quejarse de una ley tan justa, y quién

puede aspirar á la misma corona de Jesucristo, sin querer merecerla como la mereció El? No obstante, ¿qué es lo que yo hago por esta eternidad bienaventurada? ¿Vivo vida contrariada y penosa á los sentidos? Pero si no llevo mi cruz por Dios y con los ojos puestos en la recompensa que me ha preparado, todo cuanto padeciere es como si nada padeciera; y todo cuanto hiciere como si nada hiciera; no camino propiamente en seguimiento de Jesús, y la maldición de san Bernardo cae sobre mí: "¡Infeliz del alma que lleva la cruz de la vida, y no sigue á Jesucristo!„ En todas mis obligaciones y en todos los ejercicios de mi estado ¿qué espíritu me mueve á hacerlos? ¿Es un deseo verdadero de cumplir la voluntad de Dios y conseguir su gloria? Si no es así, es muy de temer que mi vida, aunque llena de trabajos, no sea para mí el camino del cielo.

¿Pero para quién lo es? Para el alma fervorosa. Por la vida eterna abrazó él alma la mortificación de Jesucristo, y sus humillaciones, y esta esperanza, presente siempre en la memoria, le hace sufrir con constancia toda austeridad. Y en verdad, ¿hay pensamiento más á propósito para moverla y alentarla? Yo voy por el mismo camino que Jesucristo, para llegar al mismo término. Todas las virtudes que practico, son otros tantos pasos que doy hacia esta santa herencia, y otros tantos escalones para subir á ella. Con esta consideración, ¿qué habrá á que no se resuelva uno, ni qué nos podrá parecer demasiado riguroso? ¿Sería yo tan tibio y negligente si hubiera tenido siempre esta idea en mi memoria? ¡Oh, qué consuelo para un cristiano, que después de haberse vestido de la librea de su Salvador pobre y paciente, ha de participar de la misma bienaventuranza é inmortalidad de su Salvador glorioso y triunfante!

Coloquio.—¿Quién es el hombre, Señor, y quién soy yo para tener parte en vuestra gloria? Vos sois Dios verdaderamente magnífico. Volvisteis al seno

de vuestro Padre para prepararme un lugar en el cielo y confiado en vuestras promesas espero aquella suprema bienaventuranza; y á pesar de esta esperanza, mi corazón es todavía siervo del mundo. A mí también me comprende la reprensión de vuestro Profeta, cuando decía: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo amaréis la vanidad y seguiréis la mentira?„ Señor, apartadme de estas mentiras y hacedme comprender estas tres verdades: que sólo la bienaventuranza del cielo es la que puedo tener por verdadera bienaventuranza; que esta bienaventuranza no ha de ser sólo don de vuestra misericordia, sino también premio de mis obras: que para merecerla no basta ser cristiano, sino obrar como buen cristiano. Conforme á estas máximas arreglaré mi vida, y así alcanzaré la eterna bienaventuranza.

Propósitos.—Mírate siempre en la tierra como un peregrino que no tienes aquí ciudad permanente y buscas siempre y en todo tu patria, que es el cielo.

MARTES

De las razones que nos obligan á desprendernos de la tierra para seguir á Jesucristo en el cielo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Jesucristo nos invita y nos ayuda á que desprendiéndonos de la tierra, le sigamos con el corazón hasta el cielo.

Considera que el primer motivo que nos obliga á desasirnos de la tierra y el primer principio de nuestra elevación al cielo, es el Espíritu Santo que en el fondo de nuestra alma, como una fuente viva de gracia, como una unción espiritual de la más pura caridad y como un fuego divino que da vida, acción y movimiento, nos aparta continuamente de este mundo y nos arrebata y suspende hacia la bienaventuranza.

El segundo motivo de esta nuestra ascensión espiritual que admirablemente se enlaza con el pri

mero, es el mismo Jesucristo, que desde lo alto de su trono, movido de su amor á los hombres, nos llama á sí, como José llamó á sus hermanos, movido del amor que les tenía, á la tierra de Egipto, donde gobernaba como virrey ó lugarteniente de Faraón. Jesús sabe que, por nuestra corrompida naturaleza, el hombre tiende á lo bajo y grosero, que el pecado es como un peso que lleva encima, y que le obliga siempre á descender más y más. Aunque el alma tenga elevadas aspiraciones, aunque tienda á subir, la sensualidad, la concupiscencia y el pecado no la dejan ascender y remontarse á las alturas. Lo que no puede el hombre hacer por sí mismo, es lo que Jesús hace por nosotros con su infinito poder y su misericordia infinita. Para socorrer á la corrompida naturaleza envía su gracia, y con la gracia divina, el hombre, que nada podía naturalmente, lo puede todo; la gracia es una fuerza mucho más poderosa que la concupiscencia y la sensualidad; la gracia es un escudo contra el que se embotan las armas del demonio, del mundo y de la carne; la gracia es una fuente de aguas vivas de tan maravillosa eficacia, que limpia la suciedad de la naturaleza y del pecado; la gracia es como ala de ángel que hace subir al hombre hacia el cielo, á pesar del peso que lo sujeta á la tierra. El hombre, que naturalmente es de la tierra, por la gracia es del cielo, y espontáneamente sube y asciende por ella hacia Jesús que es el autor de la gracia y el que nos la envía para socorro y ayuda de nuestra corrompida naturaleza. Mira si el no subir tú nunca arriba, sino descender abajo, es porque no correspondes á las inspiraciones de la gracia.

PUNTO II

Jesucristo, con su gracia, nos quita los obstáculos que impiden que le sigamos al cielo.

Considera cómo Jesús S. N., viéndonos tan apegados á la tierra, y que nuestros corazones no se

rinden á su amor, emplea la violencia para obligarnos á seguirle y á buscar nuestra felicidad en el cielo. Por esto ha querido que toda la tierra esté cubierta de espinas, ha plantado la cruz en todas las partes del mundo, á fin de que no podamos volver los ojos á ningún paraje sin ver algo que nos sea desagradable y nos hastíe de la tierra.

Por lo mismo nos ha privado de su presencia visible, y ha querido permanecer con nosotros bajo los velos del Sacramento, para que la tierra no sea para nosotros un paraíso de delicias, sino un valle de lágrimas y de penas. En el cielo, su estado es de gloria, de riquezas, de purísimos placeres y de toda suerte de bienes; aquí, en el mundo, es Jesús el objeto de nuestras esperanzas. En el cielo triunfa, y con El triunfan los bienaventurados; en la tierra está humillado, y con El están humillados y abatidos sus escogidos, y todos los que lo imitan y siguen.

De suerte que, ya porque la tierra es lugar de miserias y dolores, ya porque no la ilumina El con su presencia visible, todo conspira á que nos consideremos aquí desterrados, y suspiremos por la bienaventuranza. El Espíritu Santo nos solicita hacia lo alto, llenándonos de deseos celestiales y divinos; Jesucristo nos llama también hacia el cielo, nuestra patria, con las suaves inspiraciones de su amor; nos quita todos los obstáculos que podían oponerse á nuestra ascensión; nos hace aborrecible la tierra, sembrándola de espinas y de cruces, y nos hace deseable el cielo, escondiéndose á nuestra vista bajo los velos del Sacramento. ¿Qué nos queda á nosotros que hacer? Una sola cosa: querer eficazmente que nuestra voluntad se incline al cielo; que queramos subir, ascender espiritualmente á la bienaventuranza; y aunque nuestras fuerzas son tan flacas, aunque nuestra naturaleza corrompida tire hacia abajo, no importa: el Espíritu Santo y Jesucristo nos llevan hacia arriba. *Sursum corda.* Jesús ascendió al cielo por su

propia virtud; nosotros ascenderemos por la virtud de nuestro Redentor y Salvador soberano, con tal de poner de nuestra parte lo que Dios pide de nosotros. ¿Lo hacemos así? ¿Ponemos obstáculos á la gracia de Dios?

PUNTO III

Ceguedad y torpeza de los hombres, que se niegan á seguir á Jesús.

Considera, finalmente, que no puede menos de causarnos profundísimo asombro ver á los hombres tan ciegos y tan enemigos de su propio bien y de su eterna salvación, que ni el temor del infierno, ni la esperanza del cielo, ni las inspiraciones del Espíritu Santo, ni la gracia divina, ni nada, en suma, tenga eficacia para sacarlos del vicio, del pecado ó á lo menos de la tibieza y frialdad en que moran. El cielo no tiene delicias, ni el infierno tormentos capaces de mover á muchos hombres, y permanecen insensibles y fríos ante los atractivos del uno y ante las amenazas del otro.

¡Oh alma mía! ¿Serás tú también tan insensible que no te muevan el infierno, ni el cielo, ni el Espíritu Santo, ni Jesús, ni el amor que Jesús te tiene, ni lo que padeció por ti, ni lo que te llama suavemente hacia el cielo? ¿Preferirás al amor de Jesús, á la posesión de Dios, á la bienaventuranza eterna, la vil satisfacción de tu vanidad ó la grosería de estos efímeros placeres del mundo? ¿Cómo no te levantas de una vez valerosamente del sueño de la tibieza en que estás dormida, ó del pecado en que yaces abismada, y dices: Me levantaré é iré á mi Padre; este estado mío no es digno de mi naturaleza racional; esto no es digno de una criatura de Dios, y criada á su imagen y semejanza; esto no es digno de quien debe copiar á Jesucristo en cuanto hombre; esto no es digno del amor que Jesús me tiene, de lo que padeció por mí, de la muerte que sufrió, de los llamamientos

continuos que me hace? Quiero ir resueltamente, y para siempre, á mi Dios y Señor; yo no me apartaré jamás de sus mandamientos, ni de los caminos que El me ha trazado; buscaré su cruz, y me abrazaré con ella, y lo sufriré todo por El y para El, y desprendiéndome de este mundo, ascenderé con El al cielo, único lugar en que quiero vivir. Y no me espantará la flaqueza de mis fuerzas, porque Dios sólo me pide la voluntad; queriendo yo, Jesucristo me levanta y me atrae hacia El con los lazos de su amor y sus favores.

Coloquio.—¡Oh Jesús gloriosísimo, mueve mi voluntad hacia Ti para que, levantándome del polvo de la tierra en que yazco, vuele por tu virtud al cielo, en que estás sentado á la diestra de tu eterno Padre! Tú dijiste que cuando te levantares de la tierra lo atraerías todo á Ti; pues atráeme, Señor; arranca de mí cuanto me hace pesado á mí mismo y me impide volar hacia Ti y contigo, que eres mi amor, mi vida y todo mi bien.

Propósitos.—Arranca de tu corazón aquel vicio ó pasión dominante que tú sabes que te impide poder seguir á Jesucristo, y tal vez te expone á que te pierdas para siempre.

MIÉRCOLES

(Rogativas.)

La oración nos es necesaria en todo tiempo, pero sobre todo, estando Cristo N. S. próximo á dejarnos para subir al cielo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La oración es necesaria en todo tiempo.

Considera cómo el Hijo de Dios, próximo á separarse de sus Apóstoles, les dejó, antes de morir, la oración como un excelente medio de proveer á todas

sus necesidades durante su ausencia. El discurso que les hizo en la última cena para enseñarles á orar, cuadra perfectamente con el tiempo de la Ascensión. Por esta causa se sirve de él la Iglesia, el domingo que inmediatamente precede á dicha festividad, como de una enseñanza importantísima para prepararnos á recoger los frutos de su amor, que promete enviar á sus Apóstoles, después que haya subido al cielo.

"Hasta ahora, dice á sus discípulos, nada habéis pedido en mi nombre„ (pues esta manera de pedir era nueva y desconocida de los judíos). "Pedid y recibiréis, á fin de que vuestra fe sea plena y perfecta. Viene ya el tiempo en que no os hablaré por parábolas, sino que os hablaré abiertamente de mi Padre, esto es, después de mi resurrección. En ese tiempo pediréis vosotros en mi nombre, y no os digo que rogaré á mi Padre por vosotros; pues mi Padre os ama porque me habéis amado y habéis creído que he salido de Dios. He salido de mi Padre y he venido al mundo: ahora dejo el mundo y me voy á mi Padre.„ Con estas y otras razones maravillosas y divinas les inculca cuán necesaria es la oración; mas á fin de que les sea útil y acepta á los ojos de Dios, les recuerda que la hagan en su nombre y así obtendrán del Padre todo lo que le pidan.

De todo esto puedes deducir la importancia suprema de la oración, y la necesidad que tienes de recurrir á ella por varias razones, que Cristo N. S. dió también á los Apóstoles.

Primera: para evitar los males que te pueden sobrevenir, y sobre todo, la muerte del alma. Diariamente encuentra el hombre muchos escollos en que puede naufragar. El demonio, como león rugiente, nos rodea para devorarnos. Siempre estamos en peligro de perecer durante el curso de esta vida, rodeada por todas partes de enemigos, de tentaciones y de sorpresas de las que sólo la oración nos puede librar. "Velad y orad para que no caigáis en la tentación.„

Segunda: para obtener el auxilio divino, que nos es necesario á cada hora para nuestra salvación. Pues para que uno sea escuchado, dice nuestro Señor que es necesario orar, y no cansarse de hacerlo, á ejemplo de aquella viuda, cuya importunidad obligó á un mal juez á hacerla justicia. Parábola que propuso nuestro Señor, para enseñarnos que es necesario orar siempre y nunca desfallecer. Tercera: para hacer bien las buenas obras y huir aun de toda apariencia de mal. Ora sin cesar, da gracias á Dios por todas las cosas, pues Dios quiere que todo lo hagas en nombre de Jesucristo con intención de agradarle. Invoca y da gracias á Dios en los principios de cada obra, y cuando la hayas acabado, vuelve á hacer lo mismo.

Y si preguntas cómo es posible orar siempre, has de tener en cuenta que hay tres clases de oración en las que es necesario que se pase toda la vida cristiana alternativamente: oración de palabra, oración de obra, oración de disposición.

La primera, comprende la oración vocal y mental; pues el pensamiento es una palabra interior, cuya palabra exterior no es más que una expresión que descubre los sentimientos y deseos de nuestro corazón. La segunda, comprende todas las buenas obras, y haciéndolas por Dios y en Dios, pueden ser perfecta oración. Así se dice que la sangre de Abel pide venganza, y la de Jesús misericordia; pues toda buena obra tiene tres cualidades. Es meritoria, porque se hace en gracia; es satisfactoria, porque es penosa; es impetratoria, porque es como una especie de petición constante. En lo que tiene de meritoria es intransmisible y no puede servir más que á quien la hace. En lo que tiene de satisfactoria y de impetratoria, puedes hacerla servir en favor de aquellos por quienes la ofrezcas. La tercera clase de oración consiste en que el alma esté en disposición habitual de orar, volando con el pensamiento y como por una

una inclinación secreta á comunicar con Dios, tan luego como quede libre de toda ocupación de necesidad ó de caridad. Del mismo modo que el avaro, que aunque no se dedique siempre por completo á su tesoro, siempre está dispuesto á hacerlo en cuanto tenga tiempo, y á la menor ocasión qne se le ofrezca de ganar dinero, piensa en ello y lo desea y nunca deja de volver á ese pensamiento, porque la avaricia está en su corazón y le domina.

Es, pues, evidente que un cristiano siempre está obligado á orar y en situación de hacerlo, sino actualmente con palabras del corazón ó de la boca, al menos virtualmente por el vivo deseo y por el peso de su inclinación. Y así como siempre debe hallarse en estado de ejercitar la caridad y la mansedumbre para con el prójimo y abrazar para sí el abatimiento, la confusión y las humillaciones, del mismo modo debe hallarse en habitual disposición de dirigirse á Dios por medio de la oración; de tal suerte, que tan pronto como oiga hablar de El, ó que la menor ocasión se le haga recordar, se vuelva á El como á su centro. ¿Es esa tu disposición? Mira si la sensualidad ó la disipación ó cualquier otra falta ó pecado tuyo te impiden hacerlo así.

PUNTO II

La oración es necesaria, sobre todo en determinados momentos.

Considera que si la oración es siempre necesaria, lo es aún más en determinados momentos, como por ejemplo, en tiempo de tentación, de tribulaciones y por la mañana y por la noche. Por esto en la antigua ley se ofrecían todos los días dos corderos como sacrificio, uno por la mañana y otro por la tarde, y se quemaba incienso en el altar de los perfumes. Daniel y David, añadieron á estas dos oraciones la del mediodía, como lo demuestra este versículo: "Tarde, mañana y al mediodía cantaré y anunciaré sus alabanzas."

Es necesaria también en los peligros de alma ó de cuerpo, y por esto Moisés cuando conducía al pueblo de Israel en el desierto, decía al ponerse en camino por la mañana, mientras los sacerdotes levantaban el arca del Testamento: "Levantaos, Señor, y disipad á vuestros enemigos." Y por la noche, cuando llegaba la hora de acampar: "Vuelve, Señor, á la multitud de tu ejército." Y también decía David: "Que el Señor sea todos los días bendito; Dios que es nuestro Salvador, hará que se logre felizmente nuestro viaje." Y Tobías, al enviar á su hijo á lejanas tierras con su guía celestial: "Que sea feliz tu viaje; que Dios vaya contigo en el camino y que su ángel te acompañe."

Es igualmente necesaria la oración en los asuntos importantes, y ninguno lo es tanto como el de nuestra salvación, en que tenemos necesidad de mayores luces para orientarnos y de mayor vigor para obrar. David, antes de atacar á los filisteos, se dirigió á Dios y le preguntó si debía acometer aquella empresa y no la intentó hasta después de haber recibido esta respuesta favorable: "Ve, y dales la batalla." Del mismo modo, Esther y Judith, recurrieron á la oración, la una para cortar la cabeza á Holofernes, la otra para mudar el corazón de Asuero, y de un león furioso transformarle en cordero lleno de mansedumbre. Nuestro Señor mismo pasó la noche en oración antes de proceder á la elección de sus Apóstoles, no porque tuviera necesidad de hacerlo, sino para enseñarnos á nosotros.

La oración es también muy necesaria en las persecuciones y en las tentaciones violentas. Por esto el rey Josafat, estrechado por un poderoso y terrible enemigo que venía sobre él con un numeroso ejército, recurrió prontamente al Señor y le dirigió esta plegaria: "En el extremo á que me hallo reducido, ¡oh Dios mío!, Vos sois mi único refugio, y no sabiendo qué determinación tomar no me queda sino elevar

mis ojos al cielo y mi corazón hacia Vos para implorar vuestro socorro.„ Oración que fué muy pronto escuchada y seguida de un favorable resultado.

Acuérdate de que nada puedes sin Jesucristo, y de que por no haber recurrido á El, los más sabios se engañan con frecuencia, y los más santos corren riesgo de perderse y se pierden, y vemos caer los cedros del Líbano. Examínate acerca de esta materia, y ve si el caer con tanta frecuencia en faltas y pecados, y el no adelantar lo que debes, proviene de que no eres alma de oración, ó de tu tibieza y dejadez en las cosas del espíritu.

PUNTO III

Si hay algún tiempo en que más especialmente debamos dedicarnos á la oración, es el presente.

Considera que al decir nuestro Señor á los discípulos que va á dejar el mundo para volver á su Padre, sólo les dejaba la oración como vínculo y medio de comunicación entre El y sus discípulos, y el único medio de que éstos pudieran comunicarse con el Salvador. Además, que el mismo Jesús dijo á los Apóstoles, y en ellos á ti y á todos los hombres, que no tendrían de su parte al Espíritu consolador que Jesucristo quiere derramar sobre su Iglesia, si no estaban unidos á El por la gracia, y que nadie puede esperar obtener esa gracia si descuidaba el medio que á todos nos ha dado para conseguirla con estas palabras: "Pedid y recibiréis„.

Y ¿á quién ha prometido su Espíritu consolador sino á los que le piden? ¿Qué gracia se nos da, según sus divinas palabras, que no sea por la oración? Retírate, pues, en todo tiempo, y siempre que puedas, del tumulto y de los embarazos del mundo, para dedicarte á la oración con el mayor recogimiento que te sea posible, y este día con mayor fervor, á fin de que el Señor, al partir, no te deje solo con el mundo que abandona, sino que le sigas en espíritu, no mi-

rando ya la tierra más que como un lugar de destierro y de cautividad para ti, teniendo tu corazón oculto en Dios con Jesucristo.

Considera lo que hubieras hecho si te hubieses encontrado entre los Apóstoles cuando nuestro Señor les dejó, y procura penetrarte de sus sentimientos. Mira cómo se ocultaron después de esta separación; y no pudiendo tomar ninguna parte en las cosas del mundo, perseveraron en la oración esperando al Espíritu Santo que les había sido prometido.

¡Oh, cuán santas eran sus disposiciones! ¡Con cuánto cuidado se preparaban para recibirle! ¡Cómo se habían despojado de todas las cosas de aquí abajo! ¡Cuán ardientes eran sus plegarías y cómo deseaban estar por completo llenos de Dios!

Medita todo esto con mucha detención. Quita, separa, echa al mundo fuera de ti, y Dios te llenará de su espíritu y hará de ti un hombre nuevo.

Coloquio.—¡Oh Jesús y Salvador mío! Bien ves mi miseria y mi torpeza para todo lo bueno. Veo cuánto necesito de Ti y de tu gracia, y ni siquiera sé pedírtelo, ni tengo fervor ni diligencia para hacerlo. Pues bien, Señor, dame de tu espíritu, enséñame á orar, á vivir contigo, á recogerme dentro de mí, y por la oración y el recogimiento interior y exterior, y por la unión contigo, merecer que envíes sobre mí las gracias y los dones del Espíritu Santo que prometiste á tus Apóstoles.

Propósitos.—Procura mayor diligencia en tus ejercicios de piedad y de oración, no dejándolos ni acortándolos por pretexto alguno. ¿Lo haces así?

JUEVES

De la gloriosa Ascensión de Cristo N. S. á los cielos.

Preludios —Imagínate ver aquel acto solemnísimo de la Ascensión de N. S. á los cielos. Mira á Jesús subiendo majestuosamente Rey de cielos y tierra, rodeado de gloria y por su propia virtud, mientras que los discípulos, arrodillados, lo veían ascender, siguiéndole con los ojos y con los corazones, hasta que una nube lo ocultó de la vista de los Apóstoles. Pide á Jesús que con tal vista quedes tú preso y encadenado de tanta gloria y hermosura.

PUNTO I

Despídese nuestro Señor de sus discípulos.

Considera cómo estando todos los discípulos y la Virgen santísima en el monte de las Olivas, mostróseles Cristo N. S. con un rostro muy resplandeciente y amoroso y por última despedida consintió que todos besasen sus sacratísimos pies y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaría el corazón. Llegaría primero la Virgen nuestra Señora, la cual con título de madre besaría la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo para subirse con El al cielo, si le fuera concedido; mas como estaba muy resignada en la divina voluntad, no quería otra cosa más de lo que Dios quería. Llegó luego san Pedro y san Juan, y los demás apóstoles y discípulos, tocándole todos con grande reverencia y devoción. Luego, dice san Lucas que "levantando las manos los bendijo.„ Levantó las manos en alto, para significar que la bendición que pretendía echarles era en bienes del cielo, y que había sido ganada por su Pasión y muerte en la cruz; y levantó ambas manos, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendición, ofreciéndonos á manos llenas los bienes de gracia y gloria. Luego los bendijo, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedía para ellos. Y aunque no

sabemos las palabras que dijo, ni los bienes que deseó y pidió para ellos, podemos meditar que repetiría parte de la oración que hizo en el sermón de la cena, que fué la suprema bendición que les podía echar, diciendo á su Eterno Padre: "Padre santo, en tu nombre y con tu virtud guarda y ampara estos que me diste, para que sean una cosa como Tú y Yo lo somos, y después suban adonde yo subo, para que vean la claridad que me diste y el amor que me tuviste antes de la creación del mundo„; y como la bendición de este Señor no es de solas palabras, sino de obras, haciendo lo que dice, juntamente les llenaría de aquellos bienes celestiales que pedía para ellos. Y luego dirigiéndose á los discípulos podemos pensar que les hablaría de esta manera, como dice el Padre Fray Luis de Granada: "Vosotros, hijos míos, y ovejas de mi manada, fuisteis testigos de toda mi vida: visteis la doctrina que yo he predicado, los ejemplos que os he dado, las obras que he hecho, las contradiciones que he sufrido, los tormentos é injurias y la muerte que por el remedio del mundo he padecido; visteis mi resurrección y veréis ahora mi ascensión, después de la cual recibiréis el Espíritu Santo, para que eternalmente more con vosotros y con todos los que por vosotros creyeren. Pues id con la bendición de mi Padre por todo el mundo y predicad mi Evangelio á toda criatura: predicad estas buenas nuevas al mundo, que yo, siendo natural Hijo de Dios, me hice hombre para hacer á los hombres dioses; que morí para matar su muerte; que resucité para reparar su vida, y que yo subo á los cielos para aparejar su gloria. Yo os envío de la manera que me envió mi Padre; desengañad á los hombres; perdonad los pecados y hacedlos participantes de mis merecimientos y trabajos: decidles que no amen la vanidad, las riquezas caducas, los bienes perecederos; que teman á Dios; que se les acuerde que hay juicio; que hay otra vida; que hay paraíso é

infierno para buenos y malos, y que es Dios testigo y juez de las obras humanas„. Dicho ésto, volvió á darles su bendición, dejándolos abismados en tales afectos y pensamientos que las palabras no pueden explicar.

¡Oh dulcísimo Jesús, á quien todos los ausentes estaban presentes en aquella hora!, dadme parte en esta vuestra bendición, pues de ella está colgado todo mi remedio; no sea yo como el desdichado Esaú, que no alcanzó la bendición cumplida de su padre Isaac. Bendecidme, Padre mío, por la despedida, no con bendición de la tierra, sino con bendición del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales.

PUNTO II

De la gloriosa Ascensión de Cristo.

Dada la bendición, comenzó el Salvador poco á poco á levantarse de la tierra, é iba subiendo al cielo, no como Elías, arrebatado de un carro de fuego, sino por su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir á lo alto, como á su propio lugar. Iban con El acompañándole todas las almas de los justos y muchos coros de ángeles que bajaron del cielo para subir con El. Los discípulos tenían enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendidísimos. El primero, de admiración, viendo una cosa tan nueva como subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestra de tan soberana grandeza. El segundo, de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en El resplandecía. No rasgaron sus vestiduras por tristeza, como rasgó las suyas Eliseo cuando vió que su maestro Elías era llevado al cielo; antes, llenábanse de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto, era un entrañable deseo de seguirle y subir al cielo con El,

porque los corazones se iban tras su Amado. Dos suertes de cautivos llevaba Cristo N. S. consigo: unos real y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo. Pero demás de éstos, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguían con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de El apartar. ¡Oh, quién me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesús! ¡Oh dulcísimo Jesús, llevad con Vos mi corazón cautivo al cielo, para que esté allá siempre en vuestra compañía! Gózome de que subáis por esos aires volando como águila y provocando á vuestros hijos á que vuelen con Vos. Dadme, Señor, alas de águila con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en sólo seguiros, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra, ni deseo más que gozaros en el cielo.

PUNTO III

Cómo desapareció Cristo N. S. detrás de una nube que lo oculta de los discípulos.

Considera cómo estando los discípulos extasiados viendo la gloria y majestad de su Maestro, una nube hermosísima púsose como trono y pedestal debajo de los pies del Salvador y se lo ocultó y robó de los ojos de los Apóstoles. ¿Qué sentirían entonces? ¿Qué dirían? ¿Qué lágrimas de devoción y de pena no derramarían?

Considera el misterio de esta nube, la cual, en llegando Cristo N. S. á las alturas, lo recibió dentro de sí á vista de los Apóstoles. Y es de creer que sería una nube muy hermosa y resplandeciente para significar la majestad del Señor que subía en ella, y la hermosura del cielo adonde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito: "Pones tu subida sobre una nube, y andas sobre las plumas de los vientos„; que es decir: Sírveste de las nubes como de carros triunfales para

subir volando por esos aires con grande pompa y majestad.

Considera cómo habiendo Cristo N. S. subido un rato en esta nube, ella misma le encubrió y quitó de los ojos de sus discípulos; en lo cual esta nube representa todo aquello que nos impide ver á Cristo, y nos hace perder de vista á Dios, lo cual sucede en dos maneras: unas veces es por nuestra culpa, y entonces nuestras culpas son las nubes, las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento de la oración y contemplación. Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providencia de Dios, el cual como á ciertos tiempos se nos descubre, así también á ciertos tiempos se nos encubre y quiere que no le veamos, por la suave contemplación de su presencia, para que acudamos á otras cosas de su servicio. Y generalmente la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal, son como nubes que nos estorban poder contemplarle con la claridad y continuación que deseamos, como las nubes que pasan á menudo por el aire, nos quitan la vista del sol.

Después que los Apóstoles perdieron de vista á Cristo N. S., como estaban tan admirados y enajenados de sí, no por eso dejaban de mirar al cielo, y se estuvieran en aquel éxtasis mucho tiempo, si el Señor no proveyera quién los despertara. Porque "vinieron dos ángeles en forma de varones con vestiduras muy blancas, y les dijeron: Varones de Galilea, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá como lo visteis subir al cielo." En las cuales palabras los ángeles dieron dos maravillosos avisos á los discípulos, y en ellos á nosotros. El primero, que la suspensión y admiración y los demás afectos de la divina contemplación en esta vida, se han de tomar con medida y tasa, porque no son fin último, sino medio para cumplir mejor

la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio. El segundo aviso fué, que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo con la memoria de la vuelta á juzgar, para que la vista de la primera confirmase la fe de la segunda, y para que las predicasen ambas juntamente á los hombres; porque si se descuidasen de vivir bien, con decir que su Señor estaba ausente y se había subido al cielo, se reformasen, acordándose que había de volver á juzgarles.

Oyendo los discípulos el aviso de los ángeles, "haciendo su adoración, se volvieron á Jerusalén con grande gozo„, porque como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo; y volviéronse con grande gozo, porque aunque volvían sin su Maestro, volvían como gente perfecta que se goza más de lo que Dios quiere que de lo que su carne desea, y se alegra más de la gloria de Cristo que de su propio gusto. Las causas de este gozo fueron tres, es á saber: la firmeza de fe con que quedaron, viendo cuán glorioso fin habían tenido las cosas de su Maestro, la grande esperanza que cobraron de que les enviaría el Espíritu Santo que les había prometido, y finalmente, el grande amor que le tenían, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia.

Estas tres cosas han de causar también grande gozo en mi alma, avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria y alegrándome con la esperanza de subir donde El está; para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que me puede impedir esta subida, como son mis aficiones desordenadas á cosas terrenas, para poder más ligeramente volar adonde está Cristo, pues por esto dijo Su Majestad: "Que adonde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas„, esto es, adonde está el cuerpo de Cristo N. S. glorificado, subirán aquellos

que se han renovado como águilas, y con la confianza en Dios, mudaron su fortaleza, y tomando alas de águila, suben á contemplarle y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio.

Coloquio.—¡Oh Rey del cielo, que como Rey soberano subes por los aires y pones tu trono en lo más alto del cielo, provocándome á que te siga con el deseo!, renueva mi juventud como la del águila para que cobre nueva virtud y fortaleza y con ella pueda volar tras Ti, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazón adonde está tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversación en el cielo.

Propósitos.—Procura acordarte constantemente de que Cristo N. S. que hoy sube á los cielos, ha de bajar un día á tomarte cuenta de todas tus acciones.

VIERNES

De la triunfante entrada de Jesucristo en el cielo.

Preludios.—**Mira á Jesús sentado en trono de inaccesible gloria, á la diestra del Eterno Padre. Pídele que de la abundancia de sus dones derrame sobre tu alma los que más necesites, para conseguir un día subir á contemplarlo en el cielo.**

PUNTO I

Del glorioso triunfo con que entró en el cielo Cristo N. S.

Considera el glorioso triunfo con que Cristo N. S. entró en el cielo empíreo; porque primeramente llevaba por brillantísimo acompañamiento á todas las almas que había sacado del limbo con los justos ya glorificados, si, como es de creer, los que resucitaron con Cristo no tornaron más á morir, cumpliendo lo que estaba escrito, que "subiendo á lo alto llevó consigo cautiva á la cautividad.„ Llevó, pues, las almas que habían estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras con prisiones de amor, y con

sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh, qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo á su Capitán, deseando verse en el trono de su gloria, adonde habían de tener perfectísima libertad! Miraban la estrechura y obscuridad del limbo de donde salieron, y comparábanla con la anchura y claridad del cielo empíreo donde entraban; y admirados de la belleza de este lugar, diría cada uno aquello del salmo: "¡Oh, cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los codicia y desfallece mirando los palacios del Señor.„ ¡Oh, qué júbilos de alegría sentían aquellas almas acompañando á su Dios!

Con el coro de las almas entraba también un coro de innumerables ángeles, que vinieron para acompañar á Cristo N. S., sirviéndole, como dice David, como de carros triunfales, y eran millares de millares, todos con grande alegría, cantando los triunfos de su victoria. Unos decían á los otros: "Abrid, príncipes, vuestras puertas; abríos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria.„ Otros respondían por vía de admiración: "¿Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas?„ "El Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes: este es el Rey de la gloria.„ Otros le preguntaban por vía de regocijo: "¿Quién es Este que viene de Edón, teñidas las vestiduras de Bosra, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud?„ Que es decir: ¿quién es Este que sube del mundo sangriento, y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con señales de heridas, pero hermosa á maravilla, y con muestras de grande virtud y fortaleza? "Yo soy, dice, el que hago justicia, y el que peleo para salvar. Yo hice en el mundo justicia, pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos.

Ahora hago justicia, subiéndome á Mí y á ellos al cielo que les tengo merecido.„ Entonces, todos á una voz, dirían lo del *Apocalipsis:* "Digno es el Cordero que fué muerto de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la honra, gloria y fortaleza, y la bendición y alabanza, por todos los siglos.„ ¡Oh Salvador del mundo, gózome de este vuestro triunfo tan glorioso que tenéis bien merecido! Subid, Señor, á vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificación, pues también habéis trabajado por nosotros. Levantaos sobre los cielos, subid sobre los querubines y volad sobre las plumas de los vientos, y poneos encima de todas las criaturas.

Mas sobre todo se ha de ponderar la alegría de Cristo N. S. en este triunfo, porque también por El mismo se puede decir: "Dios sube con grande júbilo„ alegrándose su ánima santísima con gran regocijo por ver el dichoso fin de sus trabajos; y como el pastor que había hallado la oveja perdida y la traía consigo al cielo, de donde bajó en su busca, diría á los ángeles que se alegrasen con El y le diesen el parabién de haberla hallado. ¡Oh Pastor soberano, que tan á costa vuestra buscasteis y hallasteis el tan perdido linaje humano!, gózome del gozo que tenéis subiendo con él triunfante sobre los cielos. Sea para bien la gloria de vuestro triunfo, por lo cual os suplico me hagáis participante de él, buscándome y hallándome en esta vida, y subiéndome después á gozar con Vos en la otra.

PUNTO II

Siéntase Jesucristo triunfador glorioso á la diestra del Eterno Padre.

Considera cómo entrando de esta manera Cristo N. S. por los cielos, y habiéndolos penetrado todos, como dice san Pablo, y llegado á lo supremo del cielo empíreo, presentó al Padre Eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo, y como quien le

daba cuenta de lo que en el mundo había hecho en su servicio, le diría lo que dijo en el sermón de la cena: "Padre, yo he manifestado tu nombre á los hombres, y te he glorificado sobre la tierra, acabando la obra que me encomendaste; ahora, Padre, clarifica á tu Hijo con la claridad que tuve delante de Ti, antes que criases al mundo.„ ¡Oh, qué contento recibiría el Padre Eterno con el presente que su Hijo le hacía, y con grande regocijo le mandaría sentar á su mano derecha, cumpliendo lo que había profetizado David en un salmo: "Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi mano derecha!„ Dice que se siente, para significar su señorío absoluto y la dignidad infinita de su persona; dice que se siente á su mano derecha, para que se entienda que le da los mejores bienes de su gloria, entronizándole sobre los ángeles y arcángeles, sobre las potestades y dominaciones, sobre los querubines y serafines, como cabeza y Señor de todos, porque á ninguno de los ángeles dijo "siéntate á mi diestra„, antes quiere que todos sean sus criados y ministros de su gobierno.

Aquí tengo de ponderar cuán bien premió el Padre Eterno á su Hijo los servicios que le hizo, ensalzando sobre todos al que se humilló más que todos. Por el trono de la cruz, le dió el trono de su majestad; por la corona de espinas, la corona de gloria; por la compañía de ladrones, la compañía de las jerarquías angélicas; por las ignominias y blasfemias de los judíos, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurados; y porque bajó hasta lo más profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo más alto del supremo cielo, y le dió un nombre sobre todo nombre, á quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesús está en la gloria de Dios Padre. Aprende, oh alma mía, á humillarte por Cristo, porque sin duda serás ensalzada por Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito, tendrá con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natu-

ral, en cuyo premio está encerrado el nuestro. De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando subir con Cristo á los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre, y en los grandes merecimientos del Hijo. Y también grandes propósitos de no buscar otra cosa que á Cristo N. S. y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice san Pablo: "Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre.„

PUNTO III

Jesucristo, Rey y Señor de cielos y tierra.

Considera cómo sentado Cristo N. S. á la diestra del Padre, comenzó á hacer su oficio de Rey y soberano Señor, distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo. A unas puso entre los ángeles, á otras entre los arcángeles y principados y á otras entre los querubines y serafines, dando á cada una lugar conforme á sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daría á los patriarcas y á los profetas, al glorioso san José y al gran Bautista, y también el lugar que daría á los que subieron con El glorificados en sus cuerpos. ¡Oh, qué contentas estarían aquellas almas cuando se viesen en tales tronos y entre tan gloriosa compañía! ¡Oh, qué alegres estarían los ángeles cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros por su soberbia dejaron vacías, reparando, como dice David, en los hombres las ruinas y caídas de los malos ángeles! ¡Oh, cuán bien cumplió el Padre Eterno la palabra que dió á su Hijo cuando le dijo: "Porque entregó su alma á la muerte, yo le repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos!„ Gózome, oh dulce Jesús, de que esté á vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza, y de que el Padre os haya constituído sobre el monte Sión de los cielos Rey y Señor de cuanto existe. Hacedme, Señor, fuerte en

vuestro servicio, para que merezca participar de vuestros despojos y vuestra gloria.

También puedo considerar, cómo Cristo N. S. á la diestra del Padre comenzó luego á hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mostrándole las llagas que recibió por redimirlos y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré grandes afectos de amor y confianza, acordándome de lo que dice san Pablo: "Pues tenemos un gran Pontífice, que penetró los cielos, Jesús Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesión„ de nuestra esperanza, no desfalleciendo en confesar lo que creemos, ni en pretender lo que esperamos, y especialmente cuando me viere caído en pecados, tengo de acordarme de lo que dice san Juan: "Hijuelos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado á Jesucristo justo, el cual es propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo.„

Considera, por último, que la gloria de Jesucristo puede ser contemplada en tres estados: en su Encarnación, en su Resurrección y en su Ascensión. En su Encarnación, su alma era gloriosa; pero estaba unida á un cuerpo mortal y pasible. En su Resurrección, su alma estaba unida á un cuerpo inmortal é impasible; pero este cuerpo no estaba en el lugar conveniente á su estado. Era, pues, necesario que estuviera en este lugar, esto es, que subiese á los cielos.

Y no sólo para su gloria era esto menester, sino también para nuestra salvación. Jesús desde el cielo atrae hacia sí á la humanidad, y la eleva por la fuerza misma de su atracción; eleva nuestro entendimiento por la fe; eleva nuestra voluntad por la esperanza y el amor; todas nuestras facultades y potencias por el deseo de la eterna bienaventuranza; es el norte de nuestros deseos nobles, el término de

nuestras hermosas esperanzas, el objeto condigno de nuestro culto y de nuestro amor. Dios y hombre, es nuestro Creador y nuestro amigo. Por El nos vienen todas las gracias, y á El van todos nuestros afectos puros. Siendo hombre como nosotros y estando en lo más alto del cielo, por El es el cielo nuestra patria, el lugar adecuado de nuestra residencia; y este mundo en que hemos nacido, y de cuyo barro está formado nuestro cuerpo, y cuyas pasiones agitan nuestro corazón, no es, sin embargo, para nosotros sino lugar de destierro y camino de peregrinación. Con su unión con la humanidad, Cristo la ha deificado, nos ha deificado á todos, y así como El siendo Dios es hombre, nosotros siendo hombres, por Cristo y en Cristo podemos ser como dioses.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, si donde está mi tesoro allí está mi corazón, donde Vos estáis he de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso! Ea, alma mía, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date priesa á caminar adonde está. Ya se han abierto las puertas del cielo que tantos millares de años habían estado cerradas. Alégrate con estas nuevas, corre con ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazón al trono de tu Señor, y mora siempre junto á su celestial estrado, porque si ahora moras allí con el espíritu, después morarás con El, glorificado también con el cuerpo por todos los siglos.

Propósitos.—Rompe con aquel lazo ó pasión que te pueda impedir el contemplar un día á Jesucristo en la gloria.

SÁBADO

De la felicidad inmensa de la gloria, á la que nos convida en su Ascensión Jesucristo N. S.

Preludios.—**Mira con los ojos del alma aquella mansión bellísima y felicísima de la gloria, llena de todos los bienes de naturaleza y gracia que se pueden desear, y libre de todos los males de culpa y de pena que se pueden temer. Mira á los Santos dichosísimos en la casa de Dios, con una dicha incomprensible y sin fin. Pide al Señor te descubra la belleza infinita de su morada, que te muestre los bienes que te promete para que te animes á alcanzarlos.**

PUNTO I

Felicidad eterna que gozan los santos con su memoria.

Considera, fijándote en esta meditación, en la felicidad solamente de las potencias del alma, la dicha sin medida que tendrá la memoria de los bienaventurados. Porque, aunque es la inferior de las potencias del alma, hará allí maravilloso oficio y originará no pequeña alegría á los bienaventurados con la representación de las cosas pasadas. Acordaránse en primer lugar de los beneficios que recibieron de Dios, así naturales como sobrenaturales, temporales y eternos, espirituales y corporales, por todos los cuales darán infinitas gracias á N. S. y recibirán increible gozo, viendo los medios tan singulares con que Dios los trajo á tan colmada felicidad. Allí recorrerán las edades y los oficios y lugares en que anduvieron, las personas con quien trataron, las ocasiones en que se vieron, así de caer en pecado como de condenarse, y no se hartarán de dar alabanzas á Dios, que los previno para que no cayesen, y, habiendo caído, les dió la mano para levantarse y los guió, por medios maravillosos y raros, hasta conducirlos á la posesión de la gloria, adonde se gozarán con Dios eternamente. No hay duda, sino que esta memoria les causará suma alegría, como la reciben

acá de verse libres de los peligros los que se hallaron en ellos; y si les faltara esta recordación, no pudiera decir David: "Cantaré las misericordias de Dios eternamente„. Sobre las cuales palabras dice san Agustín en el libro último de *La ciudad de Dios:* "¿Qué cantar será este? No otro sino el de la gloria de Cristo, á quien darán los Santos continuas alabanzas por haberlos rescatado del cautiverio del pecado por medio de su sangre preciosísima„.

Considera luego la dicha que les acarreará el recuerdo de los tiempos y la variedad de sucesos. En todas edades, desde el principio hasta el fin, cuando, pasceándolos todos con la memoria, vean los Santos la providencia de Dios inescrutable, la cual dispuso su bien por tanta variedad de cosas, y tan ocultas, que entonces se descubrirán y entenderán con inexplicable gozo de sus almas, reconociendo lo que no conocieron en el mundo, aprobando lo que acá reprobaban, dando gracias á Dios por lo que acá tenían por menos favor ú olvido suyo, viendo que por aquellos medios de pobreza, enfermedades, persecuciones y deshonras, les iba guiando á la corona, que por otros medios más suaves no habían de conseguir; cuando Dios N. S. les descubra los secretos de su providencia, y vean la que tuvo de su bien, prorrumpirán en millares de alabanzas, y no les cabrá el gozo en los corazones por el grande contento que recibirán con la memoria de estas cosas.

Considera, asimismo, que cuando suban al paraíso y les alumbre aquella luz inaccesible de la gloria, y á sus rayos conozcan los quilates tan subidos de la sabiduría del Altísimo y escudriñen los secretos de su providencia, se bañarán en un mar de alegría, gozándose de un Dios tan bueno, que tanto los amó y tan grande bien les hizo. Allí verán la razón por qué permitió Dios caer al primer hombre y al primer ángel, y por qué dió la mano para levantarse al hombre y no se la dió al ángel. Allí verán las razo-

nes por las cuales permitió padecer en esta vida tanto número de persecuciones y trabajos á los justos, para labrarles con ellos preciosísima corona de gloria en la otra; y con esta memoria se alegrarán infinitamente, y bendecirán las cruces y los trabajos que padecieron, viendo que se han convertido en laureolas eternas de bienaventuranza, diciendo con el Profeta: "A la medida de los dolores que padecimos en nuestros corazones, han alegrado tus consuelos nuestras almas„. ¡Oh lugar dichoso y bienaventurado! ¡Oh paraíso de deleites inefables y morada digna de nuestro Dios! ¡Oh, cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes!, mi ánima los desea, y por la grandeza del deseo desfallece pensando en estos palacios de mi Señor. ¡Oh, cuándo tengo de morar en ellos, gozando de su hermosura! Cerraos, ojos míos, y no miréis lo que hay en la tierra, porque todo es vileza respecto de lo que veréis en el cielo.

PUNTO II

De la felicidad del entendimiento.

Considera que el primero de los gozos que tendrán los bienaventurados será ver á Dios con los ojos del entendimiento, cara á cara, como dice san Pablo, y como es en sí, según lo afirma san Juan. Y cuán crecido sea este gozo, puédese colegir de lo que afirman Isaías y san Pablo, los cuales dicen que excede á cuanto los hombres vieron, oyeron y desearon, y aun pensaron jamás.

Considera igualmente, que aunque parece mucho decir que ni el hombre vió, ni oyó, ni deseó ó pudo desear bien alguno que se comparase con este, no es mucho; sino antes se quedó Isaías corto. Porque, lo uno, todos los bienes criados son infinitamente menores que el increado Dios, el cual es el objeto esencial de la bienaventuranza; lo otro, porque todos son

limitados y de cortísima duración, respecto de aquel divino, que encierra en sí todos los bienes y felicidades que hay y puede haber, como lo dijo el mismo Señor á Moisés cuando le pidió que le diese á ver su faz, y le respondió: "Yo te mostraré todo el bien,. Porque en su vista sola está todo lo bueno y toda la felicidad que se puede imaginar ó pedir.

Considera también, que santo Tomás enseña que se requieren tres cosas para la delectación que se toma de cualquier cosa; conviene á saber: la potencia, el objeto y la unión del uno con el otro.

Colige de aquí con evidencia, que el deleite de la bienaventuranza que el hombre recibe de la vista clara de Dios, es el mayor y más perfecto que puede haber. Porque la potencia es el entendimiento, la más noble y más viva de todas cuantas tiene, y entonces tan dispuesta é iluminada con la luz de Dios, que llaman los teólogos *lumbre de gloria,* que no puede estar más. El objeto es el sumo Bien, infinito sobre todo cuanto se puede decir. La unión la más íntima que se puede hallar, porque allí estará el entendimiento penetrado con la esencia de Dios, y como bañado de aquel mar inmenso de hermosura, que le cercará por todas partes y le tendrá presente íntimamente en todo tiempo y lugar. ¿Pues quién podrá dignamente ponderar la grandeza del deleite que recibirá el alma del bienaventurado con aquella divina visión? ¿Qué lengua podrá decir, ó qué entendimiento alcanzar el gozo y la dulzura que sentirán los Santos con aquel abrazo amorosísimo de Dios, y con aquel ósculo de paz, por una parte tan casto, y por otra tan íntimo y lleno de suavidad? ¿Qué gozo podemos creer que será el que recibirán los Santos con la vista del sumo Bien y de la eterna verdad, tan deseada de sus almas, dicha tan segura y cumplida, que las de acá son menguadas, sin seguridad ni constancia, y suelen acarrear más de zozobra y miedo de perderlas, que gozo de poseerlas? Pero aquella de

Dios es inamisible, estable, perpetua, segura y eterna por todos los siglos de los siglos sin fin.

Oído esto, entra ahora tú dentro de ti y en cuenta contigo, y pesa con fieles balanzas el deleite que el mundo te ofrece y el que te tiene Dios preparado en aquel divino paraíso, y mira desapasionadamente cuál pesa más, el temporal ó el eterno, y abre los ojos, y escoge el que mejor te estuviere. Considera despacio si te está bien dejar el eterno por el temporal, y el verdadero por el falso, y á Dios por gozar de las vanidades y sensualidades de este siglo, que traen más de escoria y de fastidio que de gusto verdadero. Ahora tienes tiempo para escoger lo mejor, y después no lo tendrás; y si piensas abrazarlos ambos, desengáñate que es imposible, porque no hay dos glorias ni dos felicidades cumplidas, ni puedes hallar otro camino para el paraíso diferente del que Cristo llevó; y pues El fué por espinas, y entró en aquel verjel por trabajos y amarguras, siendo la gloria suya, no te engañe el amor propio, ni creas que has de ir por deleites y descansos, sino que forzosamente has de ir por espinas, afrentas, dolores y cruz, como El fué.

PUNTO III

De la felicidad eterna de la voluntad.

Considera que se hallan en los bienaventurados dos cosas que aumentarán el gozo de su voluntad, fuera del que recibirán de la inteligencia del sumo Bien que poseen. La primera, el amor de Dios y del prójimo, ardentísimo é inextinguible, porque el amor es la miel que hace dulces todos los manjares, y no hay cosa que no sepa bien con él. Lo cual experimentamos en el mundo, adonde vemos cada día que no hay hijo que no parezca bien á su padre, por el amor que le tiene, y mejor que los mejores. Lo mismo sucede entre los amigos cuando llegan á tenerse amor fino y verdadero, que por nin-

gún caso quisieran apartarse el uno del otro, ni tienen mayor deleite que en comunicarse, ni mayor sentimiento que en padecer ausencia y hallarse el el uno sin el otro.

Pues considera cómo la voluntad estará llena de Dios, unida con su divinidad con una unión de amor que sea perpetua, continua, entrañable y amigable, con todos los géneros y títulos que hay de amor santo, porque todos caben en Dios claramente visto, á quien amará como á padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resultará un río continuo y perpetuo y caudalosísimo de deleites inefables, del cual beberá y se embriagará, y estará toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor. De aquí es que el alma estará llena de todas las virtudes, ejercitando sus actos con sumo deleite.

Allí, además, se amarán los santos íntimamente, y se gozarán de verse juntos en aquel paraíso de deleites, y se alegrarán sumamente de la seguridad con que se gozan en amigable compañía. Y por el contrario, uno de los mayores tormentos que padecerán los condenados, será la vecindad de unos con otros, y hallarse obligados á morar con los que aborrecen y detestan.

La segunda cosa que deleitará sumamente la voluntad de los bienaventurados, será una quietud incomparable, y un gozo sin hartura, y una hartura sin fastidio, de que gozarán siempre con inexplicable deleite y paz del alma. Aquí no hay hombre contento con su suerte, todos andan fatigados de deseos. Y no es maravilla, porque todo lo terreno es corto y frágil, y por la parte que es corto no llena el corazón humano, y por la que es frágil trae infinitas zozobras de perderlo y no menor cuidado de conservarlo. Pero los bienes de aquel celestial paraíso, por una parte son tan cumplidos, que llenan los corazones de los bienaventurados, y por otra parte, son eternos é

inamisibles, con que engendran en los Santos una seguridad dulcísima y una tranquilidad suavísima, con que se gozan contentos en eterna felicidad.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno, que para enamorarnos de la celestial Jerusalén, das noticia de ella á los que viven en la tierra!; esclarece los ojos de mi alma para que conozca la soberanía de esta dichosísima Sión, su grande santidad, su vista de paz, su novedad nunca oída, su adorno maravilloso y el desposorio inefable que contigo tienen allí las almas. ¡Oh si sonase en mis oídos la voz de tu inspiración, que me dijese: mira la morada de Dios con los hombres, descubriéndome la belleza de esta morada y la unión que tienes con sus dichosos moradores! Ea, Esposo dulcísimo de las almas, muéstrame tu rostro, porque es bello; háblame con tu voz, porque es dulce y descúbreme los bienes que me prometes, para que me anime á pretenderlos de modo que los alcance para gloria de tu santo nombre.

Propósitos.—Decir con frecuencia y con verdad como san Ignacio: ¡Qué vil y qué baja me parece la tierra cuando miro al cielo!

NOVENA DEL ESPIRITU SANTO

DÍA PRIMERO

Del recogimiento de los Apóstoles en el cenáculo hasta la venida del Espíritu Santo.

Preludios.—**Mira cómo volviéndose los discípulos á Jerusalén, entraron en el cenáculo, y estuvieron allí Pedro, Juan y los demás Apóstoles, «perseverando todos con un mismo ánimo en la oración, juntamente con las devotas mujeres, y con María, Madre de Jesús», y pide participar del mismo recogimiento para que el Espíritu Santo venga á tu alma.**

PUNTO I

La oración de los Apóstoles en el cenáculo.

Considera, cómo los Apóstoles movidos del espíritu de Cristo, se recogieron diez días en el cenáculo,

apartándose del bullicio de la gente y ejercitándose en oración fervorosa para conseguir la venida del Espíritu Santo. Porque aunque Cristo N. S. se la había prometido, sabían que las divinas promesas se cumplen por medio de la oración. Esta oración acompañaron con otras excelentes virtudes, que nos refiere san Lucas. Porque dice "que estaban todos muy unidos y conformes, teniendo un corazón y una voluntad, orando todos á una„. Sabían los Apóstoles que la oración de muchos unidos con amor, es muy eficaz delante de Dios, según se lo había enseñado su Maestro. Y como Cristo N. S. les había encargado también el amor, procuraban señalarse en esta conformidad de voluntades que causa el mismo amor.

Pero, no sólo estaban unidos unos con otros, sino cada uno consigo mismo. De este recogimiento procede ser la oración devota teniendo unidas sus potencias para orar, el hombre exterior y el hombre interior, el cuerpo y el alma, concordando con verdadera mortificación y sujeción del cuerpo al alma, y ambos han de concordar con otro tercero, que san Pablo llama espíritu; de modo que para orar se aúnen el cuerpo con los sentidos, y el alma con la imaginación y apetitos inferiores, y el espíritu con las potencias superiores, memoria, entendimiento y voluntad, y entonces estará Cristo en medio de nosotros, ayudándonos á orar.

Estaban, además, con gran perseverancia en su ejercicio, sin interrumpirle ó aflojar en él por tibieza, acordándose de lo que su Maestro les había dicho: "Conviene siempre orar y no desfallecer„. Y como Cristo N. S. no les había señalado tiempo para darles el Espíritu Santo, cada día oraban y le pedían, multiplicando la oración con tanto fervor, como si aquel día le hubieran de recibir.

Finalmente, estaban orando en compañía de la Virgen sacratísima, Madre de Jesús, á la cual sin duda tomarían por patrona é intercesora, sabiendo

que podía Ella sola mucho más con su Hijo y con el Padre Eterno, que todos ellos. Y así, la Virgen oraba fervorosamente, y con su ejemplo animaba á los demás á que orasen con fervor y perseverancia; y su oración fué tan eficaz, que podemos decir de Ella que como alcanzó con sus oraciones la apresuración de la encarnación del Hijo de Dios, así también alcanzó la apresuración de la venida del Espíritu Santo para bien de los Apóstoles y de todo el mundo.

En estas cuatro virtudes tengo de procurar imitar á los Apóstoles, para conseguir que el Espíritu Santo venga sobre mí: oración recogida, unión de caridad con todos, perseverancia en pedir y devoción á la Virgen nuestra Señora, suplicándola como á Madre que ore por mí y abogue delante del Padre Eterno y de su Hijo para que me concedan la plenitud del Espíritu Santo.

PUNTO II

De las causas y motivos de la oración de los Apóstoles en el cenáculo.

Considera las causas y motivos que tuvieron los Apóstoles para este recogimiento y ejercicio de oración, aplicándolas á ti mismo, por tener en ti la misma fuerza. La primera fué, haberles mandado Cristo N. S. á la partida que se estuviesen quietos en la ciudad, hasta que fuesen revestidos de la virtud de lo alto. En cumplimiento de esto se recogieron al cenáculo, haciendo de él casa de oración y lugar de refugio, acordándose de los misterios que allí se celebraron y de las razones tan divinas que allí oyeron á su Maestro. Y como Cristo N. S. antes de salir á predicar estuvo cuarenta días recogido en el desierto, así quiso que sus Apóstoles estuviesen siquiera diez días negociando el espíritu con que habían de salir á predicar su Evangelio.

La segunda causa fué, el conocimiento de su flaqueza y la experiencia que tenían de ella en las oca-

siones pasadas, especialmente en el tiempo de la Pasión. Como se veían privados de la presencia de su Maestro que les enseñaba y consolaba, así lo uno como lo otro, les encendía un fervorosísimo deseo de la venida del Espíritu Santo para que los enseñase y fortaleciese en su virtud. Y así, no cesaban de orar y gemir y suspirar por El. Unas veces lo pedían al Padre Eterno, por los merecimientos de su Hijo unigénito Jesucristo; otras al mismo Jesucristo su Maestro; otras veces pedían al mismo Espíritu Santo se dignase de venir á visitarlos, enseñarlos y consolarlos, alegándole por título la necesidad que tenían de su presencia. Y es de creer que algunas veces todos juntos en comunidad, levantadas sus manos al cielo con gran clamor de corazón, oraban diciendo: "Ven, ¡oh Santo Espíritu!, hinche los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor. Ven, ¡oh Espíritu creador y consolador nuestro!, visita las almas de tus siervos, llénalas de gracia celestial, consuélalas con la dulzura de tu amor, y fortalécelas con la potencia de tu virtud."

Pero quien con más fervor oraba y solicitaba á las tres divinas Personas, era la Virgen nuestra Señora, porque pedía con más caridad, y no sólo para sí, sino para los Apóstoles; porque si en las bodas, cuando faltó el vino, luego acudió á pedirle á su Hijo, movida de compasión, ¿con cuánto más fervor pediría ahora el amor y fervor que proceden del Espíritu Santo, para aquella congregación que estaba de El necesitada?

A imitación de los Apóstoles, tengo yo de encender en mi alma semejantes deseos, pues me consta la grande necesidad que tengo de este divino Espíritu, procurando hacer á menudo coloquios con las tres divinas Personas, pidiéndosele á cada una, aprovechándome de los himnos y salmos en que se hace mención de esto. Hablando con el Padre Eterno ó con Cristo N. S., puedo decir aquellas palabras de Da-

vid: "¡Oh Dios inmenso, cría en mí un corazón limpio y renueva en mí el espíritu recto; vuélveme la alegría de tu salud y confírmame con el espíritu principal. Envía, Señor, tu Espíritu y seré renovado, pues con El renuevas la sobrehaz de la tierra.„ Hablando con el Espíritu Santo, es muy á propósito el himno: "Ven, ¡oh santo Espíritu„, y la secuencia que se dice en su misa, repitiendo con mucho fervor aquellas palabras: "Ven, Padre de los pobres; ven, dador de los dones; ven, lumbre de los corazones. ¡Oh lumbre esclarecidísima, oh fuego encendidísimo, ven y penetra lo íntimo de mi corazón, purifícale, témplale, ilústrale y abrásale con las llamas de tu divino amor!„

PUNTO III

Por qué dilató Cristo N. S. diez días la venida del Espíritu Santo.

Considera las causas por qué Cristo N. S. dilató diez días el cumplimiento de su promesa y la venida del Espíritu Santo. La primera, fué para enseñarnos la longanimidad con que hemos de esperar y pretender tan soberano don. Quiere nuestro Señor que entendamos, que la venida del Espíritu Santo es tan soberano beneficio, que se ha de pretender y esperar muchos días, sin cansancio ni fatiga, porque todo tiempo es poco, y después se paga bastantemente con el don que se da en un día. De aquí sacaré resolución de pedir este don tan celestial con gran perseverancia, dure lo que dure la pretensión, aplicando á este propósito lo que dijo Habacuc profeta: "Si tardare, espérale, porque viniendo, vendrá y no tardará„. Y aunque tarde conforme á tu deseo, no tardará conforme á lo que conviene á su grandeza, para que su venida te entre en provecho.

La segunda causa fué, para significar la perfección con que hemos de pretender este don, porque el número diez significa esta perfección, según aquello que dijo el profeta Baruch á su pueblo: "Diez veces más

habéis de convertiros á Dios que os apartasteis de El„; así, quien desea recibir la plenitud del Espíritu Santo, ha de convertirse á Dios con gran fervor y perfección, animándose á cumplir los diez mandamientos de su divina ley y perseverar en este cumplimiento. ¡Oh dulcísimo Jesús que dijiste á tus Apóstoles: "Si permaneciereis en Mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiereis pediréis y dárseos ha!„ Concédeme que permanezca en Ti por verdadero amor, y tus palabras permanezcan en mí por entera obediencia, para que pidiendo lo que deseo, que es tu divino espíritu, me le des con grande plenitud. Algunos contemplan que en los nueve días después de la Ascensión, los nueve coros angelicales hicieron especial fiesta y adoración á Cristo N. S., cada coro en su día, y á esta causa vino el Espíritu Santo el día décimo. De donde puedo sacar deseo de imitar á estos nueve coros de ángeles en estos nueve días, pidiendo cada día á un coro de ellos que me negocie la venida del Espíritu Santo.

Pondera cómo el Espíritu Santo, cuyo es, como dice san Pablo, pedir por los justos "con gemidos que no se pueden decir„, iba encendiendo estos deseos en los corazones de los Apóstoles, porque los deseos son como precursores y aposentadores de Dios en el alma en quien ha de entrar; y aunque todos estos diez días los iba encendiendo, pero en los postreros días los encendía mucho mayores; y así tengo de suplicarle sea servido de prevenirme con tales deseos, que me dispongan para recibirle.

Coloquio.—¡Oh Espíritu divino y Dios Eterno, de quien está escrito que el fuego precede y viene delante de Ti; enciende en mi alma el fuego de estos deseos, para que abrase todo lo que puede ser estorbo de tu entrada en ella! ¡Oh Apóstoles sagrados, á quien este divino Espíritu comunicó tales deseos, suplicadle me los comunique, para que sea capaz de recibirle como lo recibisteis, pues mi necesidad no es

menor que fué la vuestra! ¡Oh Virgen gloriosísima, mirad la falta que tengo de este vino con que el Espíritu Santo embriagó á los Apóstoles, y representádsela con gran fervor para que por vuestra intercesión me embriague como á ellos!

Propósitos. – Sé perseverante en la oración recogida, si quieres ser alma espiritual y devota.

DÍA SEGUNDO

De la elección de san Matías al apostolado.

Preludios.—**Mira cómo estando en el cenáculo san Pedro, en medio de todos los discípulos, trató de elegir un apóstol en lugar de Judas; y habiendo nombrado dos, á Barsabás, por sobrenombre Justo, y á Matías, haciendo oración á Dios que conocía los corazones, para que declarase el que tenía escogido, cayó la suerte sobre Matías; pide quedar tú alegre y resignado totalmente y en todas las cosas con la suerte que el Señor te diese.**

PUNTO I

De la providencia de Dios en el gobierno de su Iglesia.

Considera la providencia que tiene nuestro Señor de que nunca falte el número de sus escogidos para los oficios de la Iglesia; porque así como faltando Judas quiso que se escogiese á Matías, para cumplir el número que tenía señalado de doce Apóstoles, así también, cuando alguno falta en la fe y la piedad, ó en la religión ó en el grado que tiene en la Iglesia, llama y escoge otros en su lugar; por lo cual, dijo en el *Apocalipsis* á un obispo: "Ten lo que tienes, porque no reciba otro tu corona.„ De donde sacaré dos afectos importantes: uno de temor y humildad, viendo el peligro en que estoy de perder lo que tengo, y que otro entre en mi lugar, como sucedió al desventurado Judas. El segundo, es de grande confianza en la providencia que tiene Dios con su Iglesia y con sus prelados, y con todas las comunidades dedicadas á su servicio, inspirando á muchos que sucedan

en lugar de los que desfallecen y mueren. También tengo de ponderar cómo Cristo N. S. gobierna suavemente su Iglesia por medio de los pastores que puso en ella; porque pudiendo, en los cuarenta días que estuvo en el mundo después de su resurrección, escoger otro apóstol en lugar de Judas, como había escogido á los demás antes de su Pasión, perteneciéndole esto por razón de su dignidad y excelencia, no quiso hacerlo, sino remitirlo á san Pedro y al colegio apostólico, para que ellos lo nombrasen, y por su medio se hiciese la elección, asistiendo su Majestad invisiblemente á ella, lo cual ordenó así, para honrar á sus vicarios y ministros, y para enseñarnos que lo que ellos hacen, es por providencia suya, y han de ser obedecidos en ello, como si El mismo lo ordenara, pues por esto les dijo: "El que á vosotros oye, á Mí oye."

PUNTO II

De la maravillosa unión y concordia que hubo en la elección de san Matías.

Pondera lo que hicieron de su parte los Apóstoles en este caso. Lo primero, la solicitud que tenía san Pedro, como cabeza de aquella congregación, en cumplir las obligaciones de su oficio, inspirándole Dios lo que había de hacer, y aprovechándose de la luz que le dió para que entendiese las Escrituras; y así entendió muy bien lo que decían de Judas: "Reciba otro su obispado." También es de creer que en este caso y otros semejantes, consultaría lo que había de hacer con la Virgen nuestra Señora, como maestra de todos, ilustrada más que todos en los misterios de la fe y en el conocimiento de las divinas Escrituras.

Lo segundo, se han de ponderar algunas virtudes heroicas que ejercitó aquella santa congregación, como señales de lo que el Espíritu Santo había luego de obrar en ella. La primera, fué una grande obe-

diencia y sujeción al parecer y juicio de san Pedro, sin haber quien le replicase ni contradijese; antes, todos rindieron su juicio al de su pastor, é hicieron lo que les proponía, enseñándonos el modo de obedecer á nuestros prelados con prontitud y redimiento de juicio; el cual, tengo de imitar con mucho cuidado, disponiéndome con esta obediencia para recibir al Espíritu Santo que se da á los obedientes, y se niega á los rebeldes. La segunda virtud fué, grande unión y concordia en el nombramiento de las dos personas que señalaron para el apostolado, sin que hubiese entre ellos pretensión ambiciosa de esta dignidad, ni discordias y contrariedad de pareceres, porque todos con humildad se tenían por indignos del apostolado; y así, con paz y concordia y con gran acierto, nombraron los dos mejores que á su juicio había en la congregación para aquel oficio, á cuyo ejemplo he de procurar la concordia y humildad, con las cuales se atajan las ambiciones y bandos de las comunidades y se disponen para recibir al Espíritu Santo.

La tercera virtud fué, oración y recurso á Dios N. S., que conoce los corazones, para que declarase cuál de aquellos dos tenía escogido para aquella dignidad; en lo cual confesaban que los hombres fácilmente se pueden engañar en estas elecciones, porque no conocen los corazones en los cuales está el bien ó el mal; y así fácilmente tienen por bueno al malo, ó por mejor al menos bueno; y también confesaban que Dios, en su eternidad, tiene escogidos y señalados algunos para las dignidades y oficios de su Iglesia; y así, nuestro deseo ha de ser escoger á éstos mismos para que nuestra elección sea conforme á la de Dios; y para todo esto ayuda la oración fervorosa hecha en unión y caridad.

PUNTO III

Por qué escogió Dios á san Matías para el apostolado.

Considera por qué Dios N. S. escogió á san Matías para el apostolado, dejando á Barsabás, por sobrenombre Justo. La primera fué, porque quiere Dios honrar á todos sus siervos; y como ya Barsabás estaba muy honrado y autorizado entre los discípulos, con la grande opinión que tenía de santidad, por la cual tenía renombre de Justo, y de todos era llamado así, quiso también honrar á Matías, que no tenía tal renombre, dándole otro muy glorioso de Apóstol suyo, para que todos también le honrasen con este nombre. A lo cual se llega que san Matías, con ser varón santísimo, era muy humilde; y procuraba encubrir su santidad, para fundarse más en humildad; y á esta causa no había alcanzado nombre tan honroso como es el de Justo. Y como es propio de Cristo N. S. ensalzar á los humildes, y sacar al pobre del estiércol de la tierra, para colocarle con los príncipes de su pueblo, así quiso ensalzar y honrar á san Matías con la dignidad de príncipe de su Iglesia, la cual parece sentir esto, poniendo en la festividad de este Santo el Evangelio en que Cristo N. S. alaba á su Padre, porque escondió los misterios de la fe á los sabios soberbios, y los descubre á los pequeños y humildes, y convidó á todos á que aprendiesen de El la humildad de corazón.

La tercera causa fué, para que aprendamos á rendir nuestro juicio á los juicios de Dios, que van por muy diferentes caminos que los nuestros, porque en este nombramiento, como se colige del texto, pusieron en primer lugar á Barsabás, y en segundo á Matías; pero Dios N. S. cruzó los brazos como Jacob, para bendecir á estos dos hijos suyos, y escogió al postrero, dejando al primero, no porque Barsabás fuese indigno, sino para que entendamos que en estos

dones de gracia hace Dios lo que quiere, porque quiere y porque así le da gusto, y muchas veces los primeros son postreros y los postreros primeros, y ninguno tiene razón de quejarse, porque á todos da Dios lo necesario para que se salven; pero en otros favores extraordinarios y superabundantes, bien puede hacer lo que le da gusto.

De donde sacaré que, así como el justo Barsabás no se indignó, ni dió quejas, ni tuvo envidia de su compañero, sino en todo se conformó con la divina voluntad, porque era justo, y de la misma manera san Matías no se desvaneció con la dignidad, ni despreció á su compañero, antes con humildad se tuvo por inferior á él en la justicia y santidad, así yo, cuando me viere desechado y tenido en menos que otros, tengo de hacer lo que Barsabás, y cuando me viere antepuesto á otros, tengo de hacer lo que Matías, conformándome con la voluntad de Dios, en cuyas manos están mis suertes, y por cuya providencia viene así el ser desechado, como el ser escogido, y el ser tenido en menos ó más que otros, persuadiéndome que, cuando me hace Dios estos favores, no es por ser yo más santo, sino para que lo sea, y quizá porque soy más flaco y tengo necesidad de estas ayudas extraordinarias; y sobre todo, tengo de gozarme de todo lo que El hace, aunque sea con desprecio mío, pues ninguna cosa ha de haber para mí de mayor consuelo que la divina y eterna ordenación. Y esta es una de las más aventajadas disposiciones que hay para recibir la plenitud del Espíritu Santo, como la recibieron estos dos santos varones.

Coloquio.—Gracias te doy, ¡oh Padre soberano!, por la secreta providencia con que repartes tus dones entre tus escogidos, honrando y enriqueciendo á todos, aunque á unos más que á otros. Yo venero tus ocultos juicios, y creo que son muy justos. Gózome de los favores que haces á todos tus siervos, y de

que otros los reciban mayores que yo, pues así lo quieres. Lo que te suplico es, que mis culpas no aten tus liberales manos, y lo demás remito á tu divina providencia, pues cualquier cosa que me dieres, por pequeña que sea, es mayor de lo que yo merezco, y basta que venga de tu mano para que yo la tenga por grande y me anime á glorificarte por ella, por todos los siglos.

Propósitos.—Conformarte sinceramente con la voluntad de Dios en el puesto que te colocare, sea el que sea, sin ambiciones ni quejas.

DÍA TERCERO

Del soberano beneficio que nos hace Dios en darnos el Espíritu Santo.

Preludios.—Vernos á todos reunidos en el templo y al Espíritu Santo que desciende sobre nosotros. Pide que venga sobre nuestras almas para colmarnos de sus dones.

PUNTO I

Quién nos hace este soberano don de enviarnos al Espíritu Santo.

Considera cómo el Padre Eterno, llegado el día para esto señalado, se determinó enviar al mundo la persona del Espíritu Santo, por tres motivos. El primero, por su infinita bondad y caridad, la cual, así como le movió para que nos diese á su Hijo por Redentor, también le movió á que nos diese al Espíritu Santo por santificador, y esto sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo por mil títulos, pues habiendo el mundo tratado tan mal á la persona del Hijo, no merecía recibir la persona del Espíritu Santo. El segundo motivo, fué los merecimientos de Jesucristo N. S., el cual con su pasión y muerte nos mereció este don, y estando á la diestra del Padre, abogaba por los hombres mostrándole sus llagas, y pidiéndole cumpliese la palabra que dió de darles este divino

consolador. Y fué tan eficaz esta petición, que luego la oyó y aceptó el Padre Eterno, por premiar con esto los trabajos de quien tan bien le había servido. El tercer motivo, fué nuestra propia miseria, la cual movió á compasión las entrañas de este Padre, para enviar el último remediador de todos los males, que era el Espíritu Santo. Gracias te doy, Padre soberano, por la infinita caridad que te movió á dar tan infinito don, dándonos todo lo bueno que de Ti procede. Dístenos al Hijo, que procede por tu entendimiento como Verbo y palabra tuya, y dasnos también al Espíritu Santo, que procede por tu voluntad, como amor é impulso tuyo: ¿qué te daré yo por dones tan preciosos? Toma, Señor, mi entendimiento y voluntad, con las obras que de ellos proceden, para que todas sean á gloria tuya, por todos los siglos.

También nos envía el Espíritu Santo Jesucristo N. S. Y el motivo que tiene, demás de su bondad y misericordia y de nuestra necesidad, es para que el Espíritu Santo concluya y perfeccione con eficacia la redención del mundo y lleve adelante la obra que El comenzó. Con este afecto tengo de pedir á Cristo N. S. envíe sobre mí el Espíritu Santo, diciéndole: ¡Oh Redentor del mundo!, pues tanto te preciaste de acabar la obra que comenzaste, dame tu divino Espíritu, para que acabe en mí la obra que has comenzado, aplicándome con eficacia los frutos de tu copiosa redención. Finalmente, se ha de considerar, que aunque el Padre y el Hijo nos envían al Espíritu Santo, pero también el mismo Espíritu Santo se nos da á sí mismo; El es el dador y el don, por el grande amor que nos tiene; y porque procede del Padre y del Hijo, como amor, dándonos su amor se nos da á sí mismo, y así, le hemos de pedir que se nos dé y se nos comunique. ¡Oh Espíritu divino, dáteme á Ti mismo, porque ningún don fuera de Ti me puede hartar! ¡Oh dador de los dones!, dame el mayor de todos ellos, que eres Tú, porque contigo me darás

todas tus cosas; y pues tu propiedad es ser don, muéstrate conmigo don, dándome lo que Tú eres, para que te dé lo que yo soy.

PUNTO II

De los fines por los que la santísima Trinidad nos envía el Espíritu Santo.

Considera los fines para que el Padre y el Hijo nos envían al Espíritu Santo. Lo primero, viene el Espíritu Santo para que suceda á Cristo N. S. en el oficio de consolador, haciendo esto invisiblemente como El solía hacerlo visiblemente. "Yo rogaré á mi Padre y El os dará otro Paráclito„ que quiere decir, patrón, abogado y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros, y os será protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado é intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos; en cuanto os impelerá y moverá á orar y pedir lo que os conviene. Y este Paráclito, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros como Yo me aparto por la presencia corporal, sino permanecerá en vuestra compañía eternamente. Lo segundo, nos da Cristo N. S. el Espíritu Santo, para que le suceda en el oficio de maestro, enseñando y platicando dentro de nuestro corazón, la doctrina que El predicó por su boca; y así dijo á sus Apóstoles: "Cuando viniere el Espíritu Santo, que os enviará mi Padre en mi nombre„, esto es, en mi lugar y por mi respeto, "El os enseñará todas las cosas y os traerá á la memoria todo lo que os he dicho y os dijere„. Y esta enseñanza no es árida y de pura especulación, sino jugosa y llena de devoción. Y por esto dijo san Juan Evangelista que la unción nos enseñará todas las cosas. Lo tercero, se dió el Espíritu Santo á los Apóstoles, para que se ofreciesen al martirio como testigos de la verdad, muriendo por el testimonio de ella si fuese menester. De suerte que entrando el Espíritu Santo

en el corazón del justo, su oficio es darle testimonio de quién es Cristo N. S., ilustrándole con su luz, para que crea que es Dios y hombre, Salvador y único remediador suyo, y para que le ame de todo corazón y se anime á imitarle, incitándole á ejercitar obras santas y á veces milagrosas. Lo cuarto, viene el Espíritu Santo para reprender y corregir los vicios del mundo, y convencerle de ellos y de la victoria que el Salvador ganó contra el demonio. Y esto hace interiormente el Espíritu Santo en el breve mundo de cada hombre, descubriendo el juicio que es razón haga entre lo bueno y lo malo, entre Cristo y el demonio, para que abrace lo bueno, siguiendo á Cristo, y aborrezca lo malo, huyendo del demonio. ¡Oh Espíritu santísimo!, ven á este mundo abreviado de mi alma, y convéncela de su pecado y de tu justicia, y enséñala á hacer recto juicio; porque no menos te muestras verdadero consolador y abogado mío, cuando con amor reprendes mis vicios, que cuando me regalas con tus consuelos.

PUNTO III

De la infinita grandeza de este soberano don.

Considera la infinita grandeza de este don que Dios nos da, dándonos el Espíritu Santo, el cual por excelencia se llama don de Dios altísimo, porque es el supremo de todos los dones, y fuente de todos ellos. De suerte, que no contentándose nuestro Dios con darnos la gracia, la caridad y las virtudes sobrenaturales, y los siete dones del Espíritu Santo, también nos da al que es principio y causa de todos ellos, como quien tiene una fuente y no se contenta con dar el agua de ella, sino da también la misma fuente de donde perpetuamente procede el agua. ¡Oh Espíritu santísimo, río cristalino de agua viva, que procedes de la silla de Dios y riegas el árbol de vida, ven á esta breve ciudad de mi alma, riégala con tus copiosas gracias! Y porque no se seque ni

marchite, asiste siempre conmigo, conservándola en su verdor y aumentando su perfección hasta la vida eterna.

De la consideración de esta grandeza del Espíritu Santo, tengo de sacar una grande confianza de que me dará Dios todo lo que le pidiere, pues quien me da lo más me dará lo menos. Con esta confianza juntaré un entrañable deseo de que el Espíritu Santo cause dentro de mí sus doce frutos, ponderando lo que es cada uno y pidiéndosele con especial petición.

Considera luego á quién se da este soberano don del Espíritu Santo, ponderando que, aunque fué grande largueza dar este don á unos pobres pescadores, pero más admira que le ofrezca Dios á todas las naciones y pueblos del mundo, sin excluir á ningún hombre por vil y despreciado que sea, y por grande pecador que haya sido, como él quiera disponerse para recibirle, de suerte que quien antes era morada de Satanás, y cueva de leones y dragones, sea templo de Dios vivo y morada de su divino Espíritu. ¡Oh inmensa caridad! ¡Oh incomprensible liberalidad! No quiere Dios dar su Espíritu al que es carne y quiere vivir según las leyes de la carne, repugnando á las leyes del espíritu; mas si el que es carne quiere mudar su vida carnal, doliéndose del tiempo que ha gastado en ella, ¡Dios derramará sobre él su Espíritu, con el cual vivificará su carne para que viva vida espiritual, digna de tal Espíritu.

Coloquio.—Gracias te doy, Padre de las misericordias, por la infinita bondad que muestras en dar tal don á tan vil criatura como el hombre, y en juntar tu divino Espíritu con nuestra miserable carne; si quieres que tu misericordia resplandezca mucho en estas dádivas, aquí tienes un alma que es todo carne, pero deseosa de ser vivificada con tu Espíritu; dámele, Señor, graciosamente, para que more en

mí, y mi alma te glorifique, por la soberana merced que haces al que tan indigno era de recibirla.

Propósitos.—Por la oración y el recogimiento prepárate á que el divino Espíritu venga sobre tu alma y le llene de sus gracias y de sus dones soberanos.

DÍA CUARTO

Sobre algunas circunstancias que acompañaron la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Sobre las circunstancias de lugar, tiempo y día de este maravilloso misterio.

"Habiéndose cumplido los días de Pentecostés, estaban todos juntos en un lugar„. Sobre estas palabras has de considerar el misterio que está encerrado en el lugar, tiempo y día en que vino el Espíritu Santo, y en la reunión de las personas sobre quien vino. Lo primero, considera cómo por inspiración del mismo Espíritu Santo, el día de Pentecostés se juntaron todos los discípulos de Cristo con la Virgen nuestra Señora en la casa y cenáculo donde solían juntarse, y todos á una clamaban y pedían al Padre Eterno por los méritos de su Hijo, y al mismo Hijo, les enviase el Espíritu Santo que les había prometido, cuyas oraciones fueron presentadas delante de Dios, por medio de los ángeles, y juntándolas con la petición de Cristo N. S., en cuanto hombre, fueron oídas, resolviéndose que aquel día se les diese lo que pedían.

Pondera cómo esta casa y cenáculo representa la Iglesia universal, en la cual se recogen todos los que son discípulos de Cristo, unidos en una misma fe, y en la observancia de una misma ley. Y como en este día se dió el Espíritu Santo á los que estaban en esta casa, y no á los que estaban fuera de ella, así

también el Espíritu Santo solamente se da á los que viven dentro de la Iglesia, disponiéndose para recibirle, y ninguno que estuviere fuera de ella le recibirá. Y por esto dijo Cristo N. S. que el mundo no podía recibir el Espíritu Santo, llamando mundo á la congregación de los que niegan su fe, reprueban su doctrina y resisten á su santa ley. Esto me ha de mover á dar muchas gracias á nuestro Señor por haberme traido á esta casa de su Iglesia; en la cual, si por mí no queda, recibiré al Espíritu Santo, disponiéndome para recibirle con la oración y unión que los Apóstoles tenían dentro de ella.

Medita luego la causa por qué vino el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, que era una fiesta de los judíos, instituída en memoria de la ley que les dió nuestro Señor en el monte Sinaí, y se celebraba cincuenta días después de la Pascua del Cordero. La causa fué para significar que el Espíritu Santo venía principalmente á imprimir en las almas la ley de gracia que Cristo había predicado, dando fin y cumplimiento á la ley vieja que había sido su figura, y así en el mismo día que se dió la una se promulgó la otra, aunque en diferente manera, porque la ley vieja era ley de temor, y así se dió con truenos y relámpagos y amenazas de muerte en el monte Sinaí; escribióse en tablas de piedra, porque era pesadísima y se daba á hombres de dura cerviz y de empedernido corazón; pero la ley nueva es ley de amor, y así con grande suavidad la escribió el mismo Espíritu Santo "en las entrañas de los hombres y en las tablas de su corazón„, quitándoles el corazón de piedra, trocándosele en corazón de carne. ¡Oh Padre soberano, que por el Espíritu Santo escribiste tu santa ley en los corazones de los hombres! Escríbela en el mío con tanta fuerza que nunca más se borre, y pues Tú me mandas que yo también la escriba, cooperando con amor al cumplimiento de ella, dame lo que me mandas para que lo cumpla como quieres.

PUNTO II

De las circunstancias del sonido y viento impetuoso.

Considera que dice san Lucas que "de pronto vino del cielo un sonido como de espíritu y viento vehemente„. En cada palabra de estas se declara algún misterio ó propiedad de la venida del Espíritu Santo al alma por medio de las inspiraciones que preceden á su entrada, las cuales son unos movimientos repentinos que sentimos dentro del alma, que, á modo de relámpagos, nos descubren alguna verdad de la fe, y á modo de centellas de fuego nos aficionan á lo bueno y santo.

Lo primero, viene de repente este sonido, para significar que la inspiración del divino Espíritu no tiene día y hora determinada, sino que viene cuando el hombre menos piensa y cuando el Espíritu Santo quiere y como quiere, porque inspira por sola su misericordia; y así en todo tiempo tengo de suplicarle que venga, y esperar su venida, dejando á su paternal providencia el día y la hora en que ha de venir, que será la que más conviniere, aunque para mí será repentina.

Lo segundo, vino del cielo este viento, para significar que la inspiración del Espíritu Santo del cielo ha de venir; la dádiva por excelencia buena es el Hijo, y el don por excelencia perfecto es el Espíritu Santo, y todas las dádivas y dones que de estos dos proceden son del cielo, enviados por el Eterno Padre, de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo.

Lo tercero, este sonido fué viento, para significar que el Espíritu Santo con su inspiración obra en nosotros algunos efectos maravillosos, significados por el viento, porque con ella nos da y conserva la vida espiritual de la gracia; con ella respiramos y se amortigua el ardor de nuestras concupiscencias; ella nos limpia y purifica, apartando en nuestras almas

lo precioso de lo vil, y ella nos impele y mueve á huir del vicio y á seguir lo que es virtud. De suerte que como con el aire vivimos y respiramos, y sin é no podríamos vivir, así dentro del divino Espíritu y "en su virtud somos, vivimos y nos movemos„ en el ser de gracia, y sin El no podemos tener ni conservar tal ser y vida. ¡Oh Espíritu de vida! Ven y sopla sobre las almas muertas por la culpa, para que las vivifiques con tu gracia; sopla en el huerto de mi alma, para que con tu inspiración los árboles de las virtudes broten sus olorosos frutos.

Lo cuarto, el viento fué impetuoso para significar el ímpetu y fervor con que el Espíritu Santo mueve á las obras de virtud, con una fuerza suave y amorosa, no contra nuestra voluntad, sino con grande gusto, y cuando El entra en el alma, llévala como navío que navega viento en popa sin trabajo, y con gran velocidad, siendo El también el piloto que lo gobierna, enderezándole al puerto y lugar donde quiere llevarle.

Lo quinto, este viento vehemente causó un gran sonido y como trueno, que se oyó en toda la ciudad, para significar que la venida del Espíritu Santo hace en los justos y por ellos tales obras, que suenan en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, y en especial por la fuerza de su predicación y palabra.

PUNTO III

De otros misterios encerrados en lo que ocurrió en este día.

"Y llenó toda la casa donde estaban sentados.„ Pondera los misterios que están encerrados en que este viento vehemente haya llenado toda la casa, donde estaban sentados los discípulos. El primero, fué para significar, que en la ley de gracia se da el Espíritu Santo con grandísima abundancia y plenitud, para todo género de obras, ejercicios y ministerios, estados y oficios de la Iglesia, mostrándose Dios mu-

cho más liberal que en la ley de naturaleza, y más que en la ley escrita; entonces se daba el Espíritu muy tasado, más después de la Pasión de Cristo N. S., abriéronse las cataratas y puertas del cielo y vino un diluvio de gracias que llenó toda la tierra, y la renovó y fertilizó.

Lo segundo, llenó este viento toda la casa, para significar la generalidad con que el Espíritu Santo, cuanto es de su parte, se da y ofrece á todos los hombres, en cualquier parte y rincón del mundo que estén.

Lo tercero, para significar que cuando el Espíritu Santo entra con esta vehemencia en un alma, llena toda su casa con todas sus potencias, sin dejar vacía alguna; llena su memoria de buenos pensamientos; su entendimiento de santos discursos; su voluntad de fervientes afectos, y sus apetitos de santas aficiones. Ultimamente, ponderaré cómo este viento llenó la casa donde estaban los discípulos sentados, para significar que si quiero que el Espíritu Santo llene la casa de mi corazón, no tengo de andar vagabundo fuera de ella, derramándome voluntariamente por las criaturas, sino procurar entrar dentro de mí mismo, y morar de asiento y con quietud dentro de mí, ocupado con buenos pensamientos, deseos y buenas obras, esperando la venida de este Espíritu, que lo llene todo y perfeccione con su abundante amor.

Coloquio.—Gracias te doy, dulcísimo Redentor, porque abriste las cataratas de tu sacratísimo Corazón, para derramar toda tu sangre por nosotros, y en virtud de ella abriste las cataratas y puertas del cielo para derramar tu copioso Espíritu sobre los que quisiesen aprovecharse de tu Pasión. Derrámale, Señor, de nuevo sobre toda la casa de tu Iglesia, para que de nuevo todos comencemos á servirte con fervor. ¡Oh Espíritu divino, desciende sobre mi corazón, límpiale, purifícale, santifícale, llénale con la abundancia de tus deseos é inflámale para siempre en tu amor.

Propósitos.—Vive dentro de ti y contigo para que el Espíritu Santo llene con sus inspiraciones y consuelos la casa de tu alma.

DÍA QUINTO

De otras circunstancias que acompañaron la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Preludios.—Mira al Espíritu en lenguas de fuego descender sobre los Apóstoles rennidos en el cenáculo, y pide que venga el Espíritu Santo sobre nuestras almas para enriquecerlas con sus dones.

PUNTO I

Aparecen lenguas de fuego sobre las cabezas de los Apóstoles.

Considera primeramente, cómo "aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y sentóse una sobre cada uno de ellos„. Pondera la causa por qué el Espíritu Santo se dió en forma de fuego visible: porque siempre ha tomado formas exteriores que representasen los efectos maravillosos que causa interiormente en los que le reciben. En el bautismo de Cristo tomó forma de paloma, para significar la inocencia y fecundidad de las buenas obras á que inspira. En la transfiguración apareció como nube resplandeciente, para significar la lluvia de la doctrina que comunica y la protección que tiene de sus escogidos. En el cenáculo se dió con un soplo, en señal de la vida espiritual que se nos da por medio de los Sacramentos. Pero este día apareció en forma de fuego, para significar que, así como el fuego purifica, alumbra, enciende, sube á lo alto y es muy unitivo y comunicativo de sí mismo y transforma en sí lo que se le junta, así el Espíritu Santo purifica las almas consumiendo la escoria de sus vicios y pecados, y apartando del oro y plata de las virtudes, la escoria y estaño de las faltas é imperfecciones que suelen mezclarse con ellas; alumbra los entendimientos con una

lumbre sobrenatural, tan excelente, que los certifica de las verdades y misterios de la fe, más que si los vieran con los ojos corporales. Enciende las voluntades con el ardor de la caridad, abrasándolas en amor de Dios y de sus prójimos; levanta los corazones de la tierra á las cosas celestiales, haciendo que tengan su conversación en los cielos y allí descansen por la contemplación como en su esfera y propio lugar. Finalmente, une las almas consigo mismo, comunicándoles sus virtudes y dones, de modo que sean un espíritu con El por unión de perfecto amor.

Pondera luego la causa porque vino el Espíritu Santo en forma de lenguas, más que en forma de corazones. Esta fué porque no se daba á los Apóstoles para que solamente ellos amasen, sino para que con sus lenguas, móvidas de este divino Espíritu predicasen al mundo la ley de Cristo y haciendo oficio de fuego, purificasen los hombres de sus errores y pecados. Demás de esto, también el Espíritu Santo viene sobre nosotros espiritualmente en lenguas de fuego, cuando nos comunica los efectos de la devoción, y cuando el Espíritu Santo se comunica con plenitud, es lengua de fuego de la cual salen afectos encendidísimos de amor.

Pondera, además, aquella palabra, "sentóse sobre cada uno de ellos;„ para significar que el fuego del Espíritu Santo, cuanto es de su parte, viene de asiento sobre nosotros con deseo de nunca nos dejar, si no le echamos por nuestra culpa. Por tanto, si quieres que el Espíritu Santo se asiente sobre ti y permanezca contigo para siempre, sacude de ti cualquier pensamiento y afecto desordenado, y no des entrada á la maldad, porque como es Espíritu purísimo, no quiere entrar en alma mal intencionada, ni habitar en cuerpo sujeto á pecados.

PUNTO II

Todos los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo.

Considera la infinita bondad y liberalidad de Dios, porque con ser los que estaban en aquel cenáculo tan diversos en los merecimientos y en la dignidad, á todos llenó de sus dones. En su memoria estampó las divinas Escrituras, en su entendimiento infundió gran luz é inteligencia de ellas, en su voluntad imprimió de un golpe toda la ley de la caridad y amor. Y por concluir, de repente hizo con ellos todos sus oficios: porque como viento fresco, los llenó de suavidad; como sol, los hinchó de luz; como fuego, los llenó de calor celestial; como maestro, de su doctrina; y como médico, de perfecta salud; y en un momento los trocó de cobardes en animosos, de ignorantes en sabios, de ambiciosos en humildes y de imperfectos los hizo consumados en toda perfección. ¡Oh poder infinito del divino Espíritu! La mudanza que no hizo el mismo Jesús en tres años con sermones, ejemplos y milagros, la hizo el día de hoy en un instante el Espíritu Santo y la virtud que vino de lo alto. Envía, oh buen Jesús, sobre mí, esta virtud de tu divino Espíritu, para que me trueque en otro varón, hecho en todo á tu voluntad. Ven, oh Espíritu santísimo, y lléname con tus dones, para que trueque mis costumbres, y no quiera ni pretenda otra cosa fuera de Ti, estando lleno y harto con tenerte dentro de mí.

Lo segundo, se ha de considerar que aunque todos fueron llenos de Espíritu Santo, unos recibieron mayores dones que otros; los que eran más santos y estaban más bien dispuestos, recibieron mayor plenitud del Espíritu Santo con más copiosa gracia, y, por consiguiente, nuestra Señora recibió mayor alegría que todos los demás juntos, y los Apóstoles mayor que todos los otros discípulos, glorificando todos

á Dios por la merced singular que les había hecho. Y yo también me gozaré, dando á la Virgen el parabién de los dones que recibió, y del contento que tuvo, viendo á todos los discípulos llenos del Espíritu Santo, y cumplida la promesa de su precioso Hijo con tanta perfección.

También sacaré un gran deseo de prepararme para recibir el Espíritu Santo con el mayor fervor que pudiere, pues se da con más abundancia al que está más bien preparado. Esta preparación la haré con estas cuatro virtudes: La primera, es pureza de conciencia. La segunda, es humildad de corazón. La tercera, es confianza en Dios. La cuarta, es oración. Cuando más aventajadamente ejercitare estas cuatro virtudes, tanto estaré más dispuesto para recibir el Espíritu Santo con mayor abundancia de sus dones.

Ultimamente ponderaré, cómo también quedaron todos llenos del Espíritu Santo en cuanto recibieron todo el caudal que habían menester para llenar su ministerio, porque Dios N. S. da tanta gracia á cada uno, cuanta es menester para que cumpla enteramente con el ministerio y oficio que le encarga y con el estado para que le llama. Y así, á nuestra Señora y al precursor san Juan y á los Apóstoles llenó de gracia, dando á cada uno tanta cuanta pedía la dignidad y oficio para que los había escogido, y lo mismo hace ahora con los que llama para los estados y oficios de la Iglesia.

PUNTO III

"*Y comenzaron á hablar en varias lenguas.*„

En este hecho considera, lo primero, la gracia especial que hizo el Espíritu Santo á los Apóstoles, dándoles de repente facultad de hablar en varias lenguas, para que pudiesen predicar el Evangelio en todo el mundo, porque esta gracia no era tanto para su propio provecho cuanto para el provecho de todos los hombres de la tierra; y así, todos hemos de

alabar á Dios por esa merced que les hizo para bien nuestro, advirtiendo que, así como los soberbios, queriendo edificar una torre cuya cumbre llegase al cielo, fueron confundidos con dividirles los lenguajes sin que uno entendiese al otro, así los humildes, deseando edificar la torre de la perfección, fueron ayudados con la unión de las lenguas, para que pudiesen unirse con todos los hombres y llevar adelante su edificio.

Pondera cómo los Apóstoles luego comenzaron á hablar en estas lenguas, movidos del Espíritu Santo, hablando de las cosas con el modo y fervor que les inspiraba; y así, sus palabras eran de cosas santas y con modo santo, lo cual conservaron toda la vida, guardando cuatro condiciones: La primera, que no eran por fin malo ni vano, sino con pura intención de la gloria de Dios y del bien de los prójimos. La segunda, que procedían de espíritu santo y reposado. La tercera, que eran en la presencia de Dios. La cuarta, que no eran de cosas malas, ni vanas, sino todas de Cristo, ó de cosas enderezadas á Cristo.

Mira cómo estando el Espíritu Santo en el alma, luego la hace hablar en varias lenguas interiormente, que son varios afectos de devoción, cantándole himnos con afecto de alabanza y agradecimiento por las mercedes que nos hace, y también afectos de amor y gozo por ser quien es, haciendo grandes ofrecimientos de servirle. ¡Oh, quién oyera cómo hablaba la Virgen este día con estas varias lenguas, inspirada por este divino espíritu! ¡Qué afectos tan encendidos! ¡Qué alabanzas y acción de gracias brotaría, y cómo se derretiría en fuego de amor, hablando con su Amado!

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, dame verdadero espíritu de humildad y perfecciona con el fuego de tu amor la lengua que me has dado, para que de mi parte ayude á levantar esta torre de la perfección, no sólo en mi alma, sino en la de mis prójimos, de

modo que todos lleguemos á la cumbre de tu eterna gloria! ¡Oh Espíritu santísimo! ven á mi alma muda y enséñala á hablar con varias lenguas de encendidos afectos; y pues me pides que suene mi voz en tus oídos, aclárala y endúlzala, para que su música te sea dulce y agradable por todos los siglos.

Propósitos.—Purifica tu lengua con el fuego del Espíritu Santo para que hable siempre de Dios y nunca la emplees en cosa que lo ofenda.

DÍA SEXTO

De la vida excelentísima que el Espíritu Santo inspiró á los primeros cristianos.

Preludios.—Mira á los primitivos cristianos unidos en gran caridad conversando en el cenáculo, y pide á Jesucristo unión de caridad con todos tus prójimos.

PUNTO I

Vida de fervor de los primeros cristianos.

Considera ante todo, que dice la Sagrada Escritura que los que se bautizaron "perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión de la fracción del pan y en las oraciones„. Pondera cómo es propio del Espíritu Santo inspirar á los justos, cuyas almas llena de sí mismo, tres principalísimos ejercicios de virtud con los cuales conserven y aumenten la santidad.

El primero, es perseverar en la doctrina de los Apóstoles, esto es, ocuparse en oir la palabra de Dios y en leer libros sagrados y santos para confirmarse más en la fe y penetrar más la doctrina evangélica y aficionarse más á ella, huyendo de toda doctrina que fuere contraria á la de los Apóstoles, ó nos entibiare en la fe y estima que debemos tener de ella.

El segundo, es perseverar en la comunión de la fracción del pan, esto es, en la comunión del santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo N. S., que es el

pan del cielo que se reparte á los hombres para conservar y aumentar la vida espiritual de la gracia.

El tercero, es perseverar en oraciones; y no dice en oración, sino en oraciones, esto es, en todo género de oración; "peticiones, acciones de gracias, himnos y cánticos espirituales„, orando de todos modos para vivir siempre con Dios y en Dios.

Estas tres cosas hacían los primeros fieles con gran frecuencia y perseverancia, inspirándoles esto el Espíritu Santo, porque todas tres son sustento espiritual de las almas y el medio más eficaz que hay para conservar la vida de la gracia, y para aumentar los dones de Dios y alcanzar la plenitud del Espíritu Santo. Y así, en el libro de los *Hechos apostólicos* leemos, que siempre se daba el Espíritu Santo cuando los Apóstoles predicaban y ponían sus manos sobre los fieles y oraban, de suerte que los fieles recibían el Espíritu Santo por una de tres maneras: oyendo los sermones, ó recibiendo los sacramentos, ó haciendo oración á Dios; pero esta oración era fervorosísima, tanto que, como dice san Lucas, "orando tembló el lugar donde estaban juntos„, para significar el espanto que pondrían al mundo y la mudanza de los corazones que harían con su ejemplo y palabra en virtud del Espíritu Santo. ¡Oh Espíritu santísimo, mi alma está hambrienta y no tengo pan con que sustentarla! Dame estos alimentos de tu doctrina, comunión y oración con que la remedie, y aunque yo no los merezca por amigo, dámelos por necesitado, premiando en estos los trabajos de nuestro dulcísimo amigo Cristo Jesús, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

PUNTO II

Del espíritu de pobreza de los primitivos cristianos.

"Todos los que creían, estaban juntos, y tenían todas las cosas comunes, vendían las posesiones y las haciendas, dividíanlas á todos conforme á la necesi-

dad de cada uno.„ Considera, cómo también es propio del Espíritu Santo inspirar á sus escogidos la perfección evangélica que Cristo N. S. predicó, estampándola en estos primitivos cristianos, para que fuesen ejemplo de los religiosos que les habían de suceder. Lo primero, les inspiró la vida de comunidad, con suma unión y caridad; y por eso dice san Lucas que estaban juntos, y mucho más con el espíritu que con el cuerpo. Y así, añadió otra vez, que "la muchedumbre de los creyentes tenía un corazón y una ánima„, porque aunque eran muchos de diferentes naciones y complexiones, y de diversos caudales y talentos, todos estaban unidos con amor, y tenían una voluntad y un mismo sentir, porque todos tenían un mismo Espíritu Santo que los unía consigo y entre sí mismos, como lo hace el alma con los miembros del cuerpo, aunque sean muy diversos.

Además, inspiró el Espíritu Santo á estos fieles, que para conservar esta unión tuviesen todas las cosas comunes, guardando la pobreza evangélica con rigor. Porque lo primero, vendían todas sus posesiones para que el precio se repartiese entre todos, acudiendo á la necesidad de cada uno, con lo cual cumplían aquel consejo de Cristo N. S. que dice: "Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo„.

Lo segundo, en la distribución de estos bienes no querían seguir su propia voluntad, sino la de los Apóstoles, á cuyos pies echaban el precio de lo que vendían para que ellos lo repartiesen; con lo cual se desnudaban de todo afecto de carne y sangre, siguiendo la de los ministros de Cristo.

Lo tercero, se desapropiaron tanto en el uso de todas cosas, que á lo que tenían no llamaban suyo, desterrando de sus pláticas aquella fría palabra, mío y tuyo, que es ocasión de discordias y de entibiar la caridad. De suerte que con el corazón, con la palabra y con la obra, se desapropiaron y renunciaron todo

cuanto poseían para ser perfectos discípulos de Cristo. De aquí se seguía, que siendo todos pobres, ninguno de ellos padecía necesidad, porque lo que uno tenía era de todos, y lo que tenían todos era de cada uno, y todas las cosas tenían comunes para el uso de todos. Era común la casa, el vestido, la comida, los ejercicios de virtud, los trabajos, los premios y las coronas, porque siendo muchos, eran uno, y el uno, no estaba solo, sino en él estaban muchos, ayudándole todos. ¡Oh vida dichosa y bienaventurada, enseñada por Cristo, inspirada por el Espíritu Santo, aprobada por los Apóstoles y ejercitada por los discípulos, que fueron primicias del divino Espíritu! ¡Oh divinidad santísima, que siendo una en tu esencia eres común á tres Personas!; concede á los fieles que llamaste á estado de perfección que sean todos unos, y cada uno con sus cosas sea común pará todos, para que todos, sin poseer nada, lo tengan todo, y dejándolo todo, alcancen el cien doblado de lo que dejaron, poseyéndote á Ti, fuente de todos los bienes, por todos los siglos.

De todo esto que se ha dicho, he de sacar, si soy religioso, gran deseo de imitar á estos primitivos cristianos, á los cuales puso el Espíritu Santo por dechado de religiosos, y muchos de ellos, por su inspiración, hicieron voto de esta pobreza, para que fuese más estable y agradable á Dios, á cuya causa Ananías y Safira, porque vendieron su heredad y se quedaron con parte del precio, fueron castigados severamente por san Pedro con muerte arrebatada, diciéndoles que habían mentido al Espíritu Santo, por cuya inspiración habían hecho el voto. Pero si soy seglar, sacaré deseos de imitar á estos discípulos en lo que fuere conveniente, según mi estado, desnudándome, siquiera con el corazón, de todas las cosas, pues con todos habla aquella sentencia del Salvador, que dice: "El que no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.„

PUNTO III

Del espíritu de unión y caridad de los primitivos cristianos.

"Cada día perseveraban con un mismo ánimo en el templo, y partiendo el pan en las casas, tomaban el manjar con alegría y simplicidad de corazón, alabando juntos á Dios y siendo agradables á todo el pueblo." Considera sobre estas palabras, cómo es también propio del Espíritu Santo inspirar á los escogidos otros varios medios para conservar la unión y perfección. El primero es, que con un mismo ánimo fuesen al templo y perseverasen allí, haciendo los ejercicios para que se ordenó el templo, que son: oir juntos la palabra de Dios, orar y asistir á los divinos sacrificios y recibir los Santos Sacramentos, porque el templo es escuela de Cristo, casa de oración, propiciatorio de nuestros pecados y lugar dedicado al divino culto. Y en estos ejercicios perseveraban gran parte del día con sumo gusto, porque el Espíritu Santo asistía con ellos.

Cumplida esta obligación con Dios, luego por inspiración del mismo Espíritu, se iban unos á las casas de los otros, y allí se convidaban con caridad, tomando el manjar del cuerpo con alegría, no sensual, sino espiritual, y con esta alegría juntaban simplicidad de corazón sin dobleces ni fingimientos, ni murmuraciones de unos contra otros, sino con sincera intención, por agradar á Dios y conservar la fraterna caridad, dándonos ejemplo del modo cómo hemos de comer, espiritualizando esta obra que de suyo es tan material.

De aquí resultaba, que siempre andaban alabando y glorificando á Dios con grande edificación de todo el pueblo, que los amaba y veneraba por la santidad y caridad que en ellos resplandecía. Compara esta vida fervorosísima de los primeros fieles con la tuya. Su fervor con tu tibieza; su despego de todo lo terrenal

con tu amor al dinero, al lujo y al regalo; su caridad y unión con tu espíritu de rencillas, de murmuración y de perpetua discordia. Confúndete y humíllate y procura cambiar de vida y parecerte más á los que fueron primicias y modelo de los verdaderos hijos de la Iglesia.

Coloquio—¡Oh Espíritu divino!, pues eres el corazón invisible de la Iglesia, arroja por todos sus miembros espíritus de vida que son tus divinas inspiraciones, con las cuales acudan con grande unión y fortaleza á todas las cosas de tu servicio, de tal manera, que llaguen tu corazón con llagas de amor, haciéndose dignos de que los ames, y aumentando en ellos el fuego del amor.

Propósitos—Tener más caridad con el prójimo en tus obras y palabras, no juzgándole mal, ni usando con nadie palabras ó gestos mortificativos.

DÍA SÉPTIMO

De las obras maravillosas que por medio de los Apóstoles hizo el Espíritu Santo el día de Pentecostés.

Preludios.—Imagínate ver á los Apóstoles predicando, y á gran muchedumbre del pueblo oyéndoles y recibiendo el santo bautismo. Pide que el Espíritu Santo baje á nuestros corazones y los aliente á seguir, á pesar de todos los trabajos, en el camino de la perfección.

PUNTO I

De los efectos que causó la venida del Espíritu Santo en la muchedumbre.

Considera que "estaban aquel día en Jerusalén muchos judíos y varones religiosos de todas las naciones del mundo, y en oyendo el sonido del viento vehemente, juntóse grande muchedumbre; y oyendo cada uno hablar á los Apóstoles en su propia lengua las grandezas de Dios, quedaron admirados y pas-

mados, diciendo: "¿Qué será esto?„ Pondera sobre estas palabras cuán propio es del Espíritu Santo, con el sonido de su divina inspiración, mover los ánimos de los hombres y traerlos adonde oigan la voz del Evangelio, para que por medio de la predicación conozcan á Cristo y se conviertan.

Pondera después, cómo los Apóstoles, que habían estado recogidos con silencio esperando la venida del Espíritu Santo, luego que le recibieron, salieron de su recogimiento á lo público y comenzaron á publicar y predicar las grandezas de Dios en presencia de todas las naciones del mundo, porque la fuerza interior del Espíritu Santo les movía á ello, el cual no quiere que sus talentos estén enterrados ni que sus dones estén ociosos un momento, sino que luego salgan á la luz y se negocie con ellos la salvación de las almas.

Pondera, por último, la eficacia y espíritu con que los Apóstoles hablaban "grandezas de Dios„, porque cada espíritu mueve á hablar como quien es: el espíritu de mundo, habla grandezas humanas; el espíritu de carne, grandezas carnales; el espíritu propio, grandezas propias; mas el Espíritu divino aborrece estas grandezas y no las quiere tomar en la boca, si no es para despreciarlas, y solamente inspira y mueve á hablar de las grandezas de Dios, de sus virtudes y excelencias, de sus beneficios y misericordias, de sus obras y misterios, sintiendo altamente de Dios y de cualquier cosa suya, y hablando de ellas cuando es menester, no con tibieza y caimiento de ánimo, sino con lenguas de fuego y con fervor admirable, de modo que provoque á los oyentes á grande admiración y espanto, reconociendo en el que habla la divinidad del Espíritu que le mueve.

PUNTO II

Escarnecen algunos á los Apóstoles, y son reprendidos por san Pedro.

Recuerda cómo "algunos, escarneciendo, decían: Estos están llenos de mosto; pero levantándose Pedro con los once Apóstoles, alzó la voz y habló les, declarándoles cómo no estaban tomados del vino, sino llenos del Espíritu Santo„. Pondera, lo primero, cómo nunca faltan malos que escarnezcan de los buenos y hagan burla de las obras de Dios, juzgando temerariamente de ellas y echándolas siempre á la peor parte, atribuyendo á embriaguez lo que era fervor de espíritu. Esto permite nuestro Señor para ejercitar á los justos en humildad y paciencia, y para que vean cuán errados son los juicios de los hombres, y no hagan caso de ellos, y aprendan á no juzgar temerariamente lo que no alcanzan, especialmente cuando lo hace gente santa, sino venerarlo con silencio y admiración, á preguntar, como hicieron este día algunos: "¿Qué será esto?„

Lo segundo, pondera cómo los Apóstoles, movidos del divino Espíritu, tomaron de aquí ocasión para predicar la fe de Cristo N. S., respondiendo á la pregunta de los unos y deshaciendo el error de los otros; y así, tomando la mano san Pedro, cómo cabeza de los Apóstoles, les dijo que no estaban llenos de vino, porque era muy de mañana para haber bebido y no se había de presumir tal cosa de gente buena, y en tal día; pero que estaban llenos de aquel Espíritu que Dios había prometido por el profeta Joel; como quien dice: Llenos están de vino, no de ese vino corporal que vosotros pensáis, sino de otro vino más fuerte, que es el Espíritu de Dios y su encendido amor, porque los embriagó con la muchedumbre y dulzura de su amor.

¡Oh amador de las almas! Entra la mía en esta tu

bodega y hártala con la variedad y abundancia de los vinos preciosos que tienes en ella, ordenando en mí la caridad y todos los actos y afectos que proceden de ella. Tú bebiste de este vino y convidas á los tuyos á que beban de él, diciéndoles: "Bebed, amigos, y embriagaos los muy amados„; y aunque yo no merezca el nombre de amigo, para que lo sea te suplico me convides y des á beber de ella con tanta abundancia, que como embriagado de tu amor salga de mí, y, olvidado de todo, no quiera más que á Ti.

PUNTO III

Maravilloso sermón del apóstol san Pedro y conversión de muchísimos oyentes.

Considera el maravilloso sermón que hizo el apóstol san Pedro dando testimonio de Cristo crucificado, en el cual descubrió las grandes virtudes que el Espíritu Santo, le había comunicado y las que han de tener los ministros del Evangelio. La primera, fué grande sabiduría y destreza en proponer las verdades y misterios de Cristo N. S., probándolos con testimonios muy eficaces de la divina Escritura, de los profetas y salmos.

La segunda, fué grande libertad de espíritu con gran fortaleza de corazón; porque Pedro, á quien la voz de una esclava hizo temer y negar á su Maestro, ahora con la virtud y fortaleza que le dió el Espíritu Santo confesó y predicó delante de innumerables hombres que Cristo, á quien ellos crucificaron, había resucitado, y era su Dios y su Mesías y Salvador.

Y con la misma libertad testificó lo mismo delante de Anás y Caifás, y de todos los príncipes de los sacerdotes; y admirándose ellos de su constancia, y mandándole con amenazas que no predicase más á Cristo, libremente respondió que era más justo obedecer á Dios que á los hombres; y así lo hicieron todos los Apóstoles, ofreciéndose por esta causa á

muchos trabajos y gozándose de sufrirlos por el nombre de Jesús.

La tercera fué, grande celo y fervor en sus palabras, penetrando con ellas los corazones de los oyentes de tal manera, que los que poco antes tenían á los Apóstoles por embriagados, luego compungidos se les rinden y preguntan qué harán para salvarse; y los que con terrible dureza pidieron que Cristo fuese crucificado, ahora con gran ternura piden ser bautizados. ¡Oh mudanza milagrosa de la virtud de Dios! ¡Oh poder inmenso del divino Espíritu! ¿Quién sino Dios pudiera dar tal sabiduría y fortaleza con tal fervor á tan rudos y cobardes predicadores? Y ¿quién otro que su Espíritu pudiera mudar y ablandar los duros corazones de tales oyentes? Ven ¡oh Espíritu santísimo, sobre los predicadores de la Iglesia y sobre los fieles que los oyen, y obra en los unos y en los otros esta maravillosa mudanza, para que nuestro Redentor sea de todos obedecido y amado, y tu divina voluntad sea de todos conocida y venerada.

Ultimamente, pondera, cómo los "que en aquel día se convirtieron y bautizaron, fueron cerca de tres mil almas„. Así como en otro sermón se convirtieron cinco mil. ¡Oh, qué gozo sentiría Cristo N. S. cuando vió que su Padre había traído tanta gente á su servicio, cumpliendo la promesa que de esto le había hecho! ¡Oh, qué fiestas harían los ángeles en el cielo por la conversión de tantos pecadores, pues por la conversión de uno solo se gozan grandemente! ¡Oh, qué regocijada estaría la Virgen sacratísima viendo tantos que reconocían la divinidad de su amado Hijo, en cuya conversión tuvo ella mucha parte, porque mientras los Apóstoles predicaban, ella oraba con gran fervor, negociando con Dios el próspero suceso de su predicación, y qué alegres estarían los Apóstoles con la copiosa pesca que sacaron de aquella redada, gastando todo aquel día en enseñar á los convertidos los misterios de la fe, y en moverlos á peni-

tencia de sus pecados, y en bautizarlos, dándoles nuestro Señor, como les ofreció san Pedro, el don del Espíritu Santo, con el cual quedaron llenos de santidad y alegría espiritual! De todo esto he de sacar también afectos de gozo y alabanza, gozándome de que Cristo mi Señor sea conocido y venerado, y dándole el parabién de este copioso fruto.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, cuán bien comenzáis á cumplir lo que dijisteis: "Si fuere levantado de la tierra traeré á Mi todas las cosas„. Ya, Señor, habéis subido á lo alto y dado dones á los hombres; y en recompensa de lo que dais recibis también dones de los mismos hombres, dándoseos ellos por vuestra gracia y tomándolos Vos para vuestro servicio. Dadme, Señor, vuestros dones y tomad de mí los que Vos me dais, para que todo yo sea vuestro por todos los siglos.

Propósitos.—Si tienes realmente el espíritu de Dios, trabaja cuanto puedas, según tu estado, con purísima intención por la salvación de las almas.

DÍA OCTAVO

De los siete dones que da el Espíritu Santo á las almas justas.

Preludios.—Considera tu alma como sagrario de Dios y de su Espíritu, y pide respetarla siempre y no profanar por el pecado el templo que Dios ha formado para sí.

PUNTO I

De los oficios y fines de los siete dones del Espíritu Santo.

Considera cómo el Espíritu Santo, con las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, infunde á los justos siete dones que llamamos don de sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios, cuyos oficios y fines son muy diferentes, porque el oficio de las virtudes es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas por su propia elección y libre albedrío, ayudado de la divina

gracia, y así puede obrar con ellas siempre, creyendo, esperando y amando, obedeciendo y humillándose como quisiere, porque el divino favor nunca le faltará. Pero el oficio de los dones es inclinar al justo á que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera, esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiración le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu Santo, para las obras que hacen los justos movidos de su impulso. Por donde se ve los grandes deseos que tiene el Espíritu Santo de que obedezcamos á sus inspiraciones, pues para esto nos da tales dones. ¡Oh sagrados Apóstoles, que como palomas volasteis con las alas de vuestras virtudes, y como nubes fuisteis movidos del Espíritu Santo por medio de sus siete dones!, suplicad á este divino Espíritu me los comunique, para que como paloma vuele en su servicio, y como nube me deje llevar del viento de su santa inspiración.

De lo dicho se infiere que, como dice santo Tomás, estos dones son necesarios á los justos para alcanzar la vida eterna, así porque andan siempre trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, como porque el instinto é inspiración del Espíritu Santo es muy necesaria para conservar las dos partes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvación y perfección, acude luego á favorecernos, habiéndonos prevenido con estos dones para que le obedezcamos. Gracias te doy, Espíritu santísimo, por el cuidado que tienes de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de tu gracia; no permitas, Señor, que yo los pierda hasta que por ellos alcance la vida eterna.

PUNTO II

Los dones del Espíritu Santo son armas maravillosas contra las tentaciones.

Considera que estos siete dones, son armas ofensivas y defensivas que nos da el Espíritu Santo contra las principales raíces de las tentaciones que combaten la vida espiritual. Porque unas tentaciones proceden del tedio que tenemos de las cosas de Dios, porque la carne no gusta de las cosas del espíritu, ni tiene estima de las eternas, y las deja y busca los deleites sensuales. Contra estas tentaciones nos arma el Espíritu Santo con el don de la sabiduría, inspirándonos razones que nos aficionen á los bienes celestiales, pegándonos dulzura en ellos y hastío de los terrenos. Lo cual puede y suele hacer en un momento, cuando quiere hacernos este favor y nuestra necesidad clama por él.

Otras tentaciones proceden de la rudeza y obscuridad que tenemos de las cosas de la fe, de donde nacen dudas, perplejidades, nieblas, desconfianzas y tibiezas, así en el creer y esperar, como en el obrar; contra las cuales nos favorece el Espíritu Santo con el don del entendimiento, arrojando en nuestro espíritu ilustraciones y rayos de luz que deshagan estas nieblas y nos den paz y gozo en el creer.

Otras tentaciones nos vencen por ser indiscretos y precipitados en nuestras cosas, ó por la cortedad de nuestra prudencia, que no halla traza para salir bien de ellas, ó porque nos cogen de repente y desapercibidos, sin darnos tiempo para pensar lo que hemos de hacer. En tales casos suele acudir el Espíritu Santo con el don del consejo, inspirándonos con especialísima providencia el medio que hemos de tomar para vencerlas, como inspiró á José que dejase la capa en manos de la mujer que le solicitaba á pecar, huyendo de la ocasión por no perecer en ella.

Contra las tentaciones que nos pueden derribar por ignorancia ó por engaño, nos socorre el Espíritu Santo con el don de la ciencia, ilustrándonos con sus inspiraciones, para conocer las astucias de Satanás y los engaños de la carne. Y trayéndonos á la memoria las verdades que son más á propósito para vencerlos, aficionándonos á ellas con gran dulzor.

A otras tentaciones más terribles nos rendimos por flaqueza de ánimo, cuando nos ponen en tal aprieto, que si no hacemos lo que es pecado mortal, hemos de perder la hacienda, honra ó vida, ó padecer otro grave daño. Entonces acude el Espíritu Santo, con el don de la fortaleza, fortaleciendo con sus impulsos nuestro corazón y animándole á padecer cualquier daño temporal por huir el eterno, al modo que favoreció á Susana y á los gloriosos mártires en sus peligros. De la dureza de nuestro corazón procede no tener compasión de nuestros prójimos, ni aplicarnos á hacerles bien, ni querer sufrir el mal que nos hacen, antes brotan tentaciones de iras, impaciencias, injurias, injusticias, venganzas y crueldades, contra las cuales nos ayuda el Espíritu Santo con el don de piedad, ablandando nuestros corazones con el toque de su tierna inspiración y moviéndonos á usar de misericordia en las ocasiones que nos mueven á venganza.

Finalmente, contra las tentaciones que nacen de soberbia, presunción, ambición y vanidad, nos arma con el don de temor, arrojando con su ilustración algunos sentimientos de verdades que repriman nuestro orgullo y nos hagan temblar de sus espantosos y secretos juicios, ó nos humillen y deshagan la rueda de nuestra vanidad.

En todos estos casos ponderaré la grandeza de mi necesidad y la eficacia de estas ayudas; y comparando una con otra, glorificaré al Espíritu Santo, que con tan amorosa providencia proveyó de tales remedios al que tan necesitado estaba de ellos. Y cuando

fuere molestado con algunas de estas tentaciones, acudiré á El luego, pidiéndole que me ayude, pues por esta razón nos ofreció estos dones.

PUNTO III

Los dones del Espíritu Santo, medio admirable para lograr las virtudes.

Considera el modo cómo el Espíritu Santo, con estos siete dones, por medio de sus inspiraciones ayuda á ganar las virtudes, con excelentísima perfección, así en las obras de la vida contemplativa como de la activa.

Con los tres dones de entendimiento, sabiduría y ciencia, nos ayuda en las obras de la vida contemplativa, lección, meditación, oración y contemplación, moviéndonos con sus inspiraciones á ejercitarlas con gran fervor y perfección. Con el don del entendimiento, nos perfecciona en el conocimiento de los misterios de nuestra fe, ayudándonos con sus ilustraciones, para penetrar lo más íntimo y secreto que hay en ellos con tanta certeza como si lo viéramos. Con el don de sabiduría, nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos, y de todas las cosas que tocan á su divinidad, imprimiendo grande estima de las cosas divinas, con gran sabor y dulzura en conocerlas. Con el don de la ciencia, nos perfecciona en el conocimiento de las cosas criadas, imprimiéndonos con sus inspiraciones el juicio verdadero que debemos hacer de ellas, así por lo que tienen de Dios como por lo que tienen de su cosecha. De donde procede que por esta ciencia, como otro san Pablo, las estimemos y tengamos por estiércol y basura en razón de ganar á Cristo.

Luego considera cómo el Espíritu Santo, con los tres dones de piedad, fortaleza y temor, nos perfecciona en las obras de la vida activa, para con nuestros prójimos y para con nosotros mismos y para con Dios N. S. Con el don de la piedad, nos perfec-

ciona en las obras que hemos de hacer con nuestros prójimos, imprimiéndonos espíritu de hijos para con los superiores, y espíritu de madre para con los inferiores, y espíritu tierno y compasivo para con los iguales, acudiendo con entrañas de caridad á remediar las necesidades de todos, así corporales como espirituales, y más á éstas por ser mayores. Con el don de la fortaleza, nos perfecciona en orden á nosotros mismos, fortaleciendo la flaqueza de nuestra carne, reprimiendo sus temores, y moviéndonos á emprender cosas gloriosas del divino servicio, pospuesto todo temor humano. Con el don del temor, nos perfecciona en orden á Dios N. S., imprimiendo en nuestro corazón espíritu de reverencia y humildad, teniéndonos por nada en su presencia, y atribuyéndole la gloria de lo que con estos dones hacemos, pues todo es suyo. De esta manera nos mueve á cumplir lo que dice el Sabio: "En todas tus obras sé preexcelente„, y á veces mueve á cosas extraordinarias para darnos extraordinaria santidad.

Ultimamente consideraré, cómo el don del consejo está como solo en medio de estos siete planetas del cielo, dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas activa y contemplativa, para que acertemos á escoger las más convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas.

Coloquio.—¡Oh Espíritu Santísimo! gracias te doy por las armas que me has dado contra mis crueles enemigos y por el cuidado con que me mueves, para librarme de ellos! Teniendo tal ayudador, ¿á quién temeré? Siendo Tú mi luz y mi ilustración, ¿de quién temblaré? "Ponme junto á Ti y pelee quien quisiere contra mí„; aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los tuyos me previenen, no podrán vencerme. Prevénganme, Señor, en mis peligros tus santas inspiraciones, para que no me aneguen mis miserias.

Propósitos.—Estudia cual es el don que más falta te hace y trabaja por conseguirlo.

DÍA NOVENO

(Domingo de Pentecostés.)

De las causas y efectos de la venida del Espíritu Santo.

Preludios.—Contempla al Espíritu Santo bajando en figura de fuego sobre los Apóstoles. Míralos llenos de espíritu celestial, y transformados en hombres nuevos, salir á anunciar y proclamar la ley de gracia Pide quedar tú también transformado y renovado con el fuego del Espíritu de Dios.

PUNTO I

De las causas de la venida del Espíritu Santo.

Considera que la primera causa, porque Dios nos envió el Espíritu Santo, fué su bondad. Es propio de la bondad, el comunicarse, y de la bondad infinita, comunicarse infinitamente. Ya Dios lo había hecho, dándonos á su propio Hijo, y nosotros debíamos estar contentos, pero Dios aun no lo estaba. Quiso, después de habernos colmado de sus dones, darnos el principio y origen de todos ellos; esto es, el Espíritu Santo. Aunque Dios sea infinitamente rico, ¿ha podido darnos más? Pues, en cambio, no pide más, sino que tú pongas de tu parte la disposición que El desea para llenarte de su Espíritu. Y ¿qué disposición es ésta? Dios es la plenitud de todos los bienes; la plenitud no puede llenar, si no halla vacío; es menester, pues, que tú le ofrezcas tu corazón vacío de sí mismo, y de las criaturas, para que lo llene Dios. La pureza y humildad, ponen al corazón en este estado. Estas fueron las dos disposiciones que tuvieron los Apóstoles para recibir el Espíritu Santo. Si no le has recibido, es, porque no las tienes.

Considera que la misericordia de Dios, respecto de nuestra miseria, ha sido la segunda causa que le movió á enviarnos al Espíritu Santo. La misericordia de Dios no tuviera donde ejercitarse, si no hubiera

miserables; cuanto mayores son nuestras miserias, tanta más materia dan á su misericordia y realce á su gloria. Nosotros somos todos pobres y miserables. El Espíritu Santo es el Padre de los miserables y de los pobres; ó por mejor decir, es la caridad y misericordia misma, y por esto nos lo envió el Padre Eterno. Este Espíritu es, el que nos hace conocer nuestras miserias, nos las hace sentir, y nos hace desear salir de ellas, nos hace orar con gemidos inefables, que El oye, dándose á nosotros, para consolarnos en nuestras aflicciones, para aliviarnos en nuestras miserias con tanta fuerza, que El sólo nos sabe hacer verdaderamente dichosos, aunque padezcamos los mayores males. Si estás en la aflicción, si estás en el desconsuelo, ¿á quién debes recurrir, sino á este caritativo y poderoso Consolador?

Los ruegos y méritos de Jesucristo han sido la tercera causa de enviarnos el Padre Eterno al Espíritu Santo. "Si yo no me voy, decía el Salvador, no vendrá el Espíritu Santo; pero si yo me voy, yo rogaré á mi Padre y El os enviará otro Consolador en mi lugar, que no se apartará jamás de vosotros.„ Jesucristo nos lo alcanzó con sus ruegos, como nuestro mediador; nos lo mereció con su Pasión, como nuestro Redentor; y en fin, como Dios, de quien el Espíritu Santo procede, nos lo envió. Dios podía enviarle; pero no podía merecerle; como que sólo un Hombre-Dios pudo merecer y enviar al Espíritu Santo. ¡Qué exceso de bondad! ¡Oh Salvador mío, después de habértenos dado á ti mismo, nos mandas en tu lugar el Espíritu Santo! Estando tus discípulos afligidos, por la ausencia de un Hombre-Dios, nada les podía consolar, sino la posesión de Dios.

Emplea estos tres motivos para obligar á Dios á que te envíe el Espíritu Santo. A saber: su bondad y misericordia, tu miseria y los méritos de nuestro Señor Jesucristo. No dejarás de conseguir tu petición, cuando está fundada en estas razones.

PUNTO II

Para qué envió Dios al Espíritu Santo.

Considera que el primer fin porque envió Dios al Espíritu Santo, fué para que diese testimonio de su Hijo Jesucristo, haciendo que el mundo conozca perfectamente tres cosas en Jesucristo, las cuales, según dice el Apóstol, contienen su perfecto conocimiento; estas tres cosas son: la primera, su divinidad y lo infinito de sus perfecciones. La segunda, las grandes obligaciones que le tenemos por los bienes que nos ha alcanzado. Y la tercera, las grandes esperanzas que debemos fundar en El para alcanzar los bienes que nos ha prometido. Este conocimiento perfecto de Jesucristo producirá en nosotros un amor y estimación de sus grandezas, que nos hará menospreciar todas las cosas en comparación de él; un agradecido reconocimiento por sus beneficios, que nos hará sacrificar todas las cosas por El, y una confianza perfecta en sus promesas, que nos hará esperar todas las cosas por su medio. Este es el testimonio que de Jesucristo nos da el Espíritu Santo, haciéndonosle conocer y haciéndonosle amar, de cuyo conocimiento y amor resulta la santidad perfecta.

El segundo fin porque vino el Espíritu Santo, fué para confirmar á los Apóstoles en las verdades que Jesucristo les había enseñado. Jesucristo les había enseñado los misterios más elevados; pero ellos no los entendieron. Si los entendían, ó se escandalizaban, como san Pedro se escandalizó de lo que su Maestro le dijo tocante á su Pasión y muerte, ó los olvidaban bien presto, como sucedió después de la sagrada Cena, en la que habiéndoles dado Jesucristo admirabilísimas lecciones de humildad, las olvidaron tan pronto, que un instante después disputaban entre sí sobre quien sería el primero entre ellos; pero luego que el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles, se

mudaron del todo. Este divino Espíritu les trajo á la memoria todas estas grandes verdades, y las entendieron perfectamente, gustaron de ellas, las practicaron y tuvieron la dicha de enseñarlas y persuadirlas á los hombres. Los mismos que se escandalizaron de los tormentos y humildad de su Maestro, se tenían por dichosos y ponían su mayor honra y gloria en padecer ultrajes y persecuciones por El. ¡Qué gran mudanza! ¡Qué milagro tan admirable!

El tercer fin porque el Espíritu Santo vino al mundo, fué para reprender, convencer y condenar al mundo por no haber creído en Jesucristo. Condenará, pues, el Espíritu Santo la infidelidad de tres géneros de personas. Primeramente, condenará la infidelidad de los judíos, convenciéndolos del engaño en que estuvieron, escandalizándose de las pruebas más patentes que les daba el Mesías de su misericordia al morir por ellos, y á los cuales fué ocasión de reprobación la obra de su redención. En segundo lugar, condenará la infidelidad de los gentiles, haciéndoles conocer su ceguedad y sinrazón en tratar como locura los misterios que confirmaron tantos milagros. Y, en fin, en tercer lugar, condenará la infidelidad, ó por mejor decir, la fe muerta de tantos cristianos que, reconociendo á Jesucristo como Dios, no le glorifican como á tal, pues deshonran la misma fe con sus viciosas costumbres, y contradicen con el desarreglo de su vida, las verdades que hacen profesión de creer.

PUNTO III

De los efectos que produjo la venida del Espíritu Santo.

Considera que el primer efecto que produjo en el corazón de los Apóstoles la venida del Espíritu Santo, fué una sincera y ardiente caridad. El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo; por El ama el Padre Eterno á su Hijo, y el Hijo á su Padre; por El nos aman á nosotros el Padre y el Hijo, y por El

amamos á la Santísima Trinidad. Nosotros no podemos amar á Dios, dice san Fulgencio, sino por Dios; por eso el Espíritu Santo bajó en figura de fuego, para darnos á entender que había venido á abrasar los corazones con el amor divino que Jesucristo había prometido hacer bajar del cielo á la tierra para encendernos á todos. Y así, inmediatamente que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, se llenaron de fuego de amor divino, que fueron á repartir por todo el universo para encender aun los corazones más fríos. La tibieza y obstinación del tuyo, ¿no te hace conocer que no te has encendido aún en estas divinas llamas?

El segundo efecto, fué un ardiente celo de la gloria de Jesucristo, que llevó á los Apóstoles por todo el mundo, para hacer conocer y publicar en todas partes las grandezas de Jesús. Apenas san Pedro recibió el Espíritu Santo, empezó á predicar la fe de Jesucristo con tanto fruto, que en dos sermones convirtió á ella ocho mil personas. Entonces fué, cuando doce pescadores, sin crédito, sin estudio, sin elocuencia y sin talentos, pero llenos del Espíritu Santo, emprendieron su marcha por todo el mundo, á anunciar la gloria de su Maestro, y á persuadir á los filósofos, á los oradores, á los sabios del siglo, á los grandes del mundo, y á los emperadores mismos, que un hombre muerto en una cruz era Dios. ¡Admirable empresa, llevada á cabo por el ministerio de doce pobres, débiles á la verdad en sí mismos, pero animados y alentados con el vigor del Espíritu Santo, y llenos de aquella caridad ardiente, á la cual nada hay imposible! ¿De dónde nace en ti el poco celo de la gloria de Jesucristo, sino de tu poco amor? ¿Y se puede decir, que tengas alguno, cuando no se ve ninguno en el efecto? Y siendo así, ¿habrás recibido el Espíritu Santo?

El tercer efecto que produjo la venida del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles, fué un valor

admirable en los mayores peligros, y una constancia heroica en los mayores tormentos. Habían sido estos discípulos tan cobardes, que en la Pasión abandonaron todos á su Maestro; y aun el más valiente y principal de todos ellos tembló á la voz de una mujer, hasta negar á Jesucristo. Vióse, pues, en ellos, que apenas recibieron el Espíritu Santo, se trocaron en mártires valerosísimos, que exponiéndose gallardamente á los mayores peligros, desafiando los tiranos, despreciando los tormentos y predicando á Jesucristo, en el circo y en el cadalso, sufriendo la muerte, no sólo con constancia, sino con alegría, sellaron con su propia sangre la verdad de lo que habían publicado acerca de la divinidad de su Maestro. Este es el efecto que produjo el Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles. ¿Le ha producido en el tuyo? Tu temor en declararte por Jesucristo, tu flaqueza cuando se ofrece ocasión de vencer un humano respeto, tu cobardía en superar los obstáculos de tu salvación, hacen ver claramente que no tienes la fuerza que es efecto y señal de la venida del Espíritu Santo sobre el corazón humano.

Coloquio.— ¡Oh Espíritu divino! ¡Oh Rey amoroso de las almas puras! Ilustra la mía para que conozca las grandezas de Dios y mueva mi lengua como la de los Apóstoles para que hable de ellas sin miedo ni respeto humano, y con tal fervor que Tú quedes glorificado y mi alma encendida en tu amor. Ven y llena hoy el corazón de los fieles y enciende en todos el fuego de tu amor. Envía un rayo de tu fuego divino y seamos de nuevo creados y renovarás la faz de la tierra, y renovarás mi corazón.

Propósitos.—Sal de esta meditación valeroso como los Apóstoles, para defender siempre los derechos de Dios y de Jesucristo contra todos sus enemigos.

NOVENA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

DÍA PRIMERO

Del ser de Dios.

Preludios.—Recogido en el interior de tu alma, contempla al ser adorable de Dios presente á todo y viviendo en todo, y á ti como una esponja rodeada y empapada en el inmenso océano de su divinidad. Pídele con fe sincera conocimiento de esta verdad, supremo fundamento de la Religión, para que conociéndole le ames, le sirvas y goces un día de su presencia visible en la gloria.

PUNTO I

Las criaturas todas nos hablan de Dios y cantan su gloria.

Considera cómo todas las criaturas del mundo son predicadores de esta verdad: que dentro de este mundo visible hay un espíritu soberano, supremo é invisible, principio y fin de todas las cosas, el cual con su omnipotencia las crió, y con su sabiduría las gobierna y las dirige á sí como á último fin de todas las cosas. Los cielos, con sus planetas y estrellas; el aire, con sus aves; el agua, con sus peces; la tierra, con sus animales y plantas, todas las criaturas están diciendo que no se hicieron á sí mismas, ni el orden que tienen fué acaso ni por traza suya, sino que Dios las hizo y concertó como ahora están, y si tuvieran lenguas, dijeran á voces aquello del salmo: "*Dios nos hizo, y no nos hicimos nosotros*„. Y así como viendo una imagen muy hermosa, ó un palacio muy bien trazado, luego entendemos que hubo algún gran pintor y arquitecto que hizo y trazó estas obras para algún fin, y nos viene gana de saber quién es, así en viendo la hermosura de las criaturas y el concierto de ellas, podemos entender que hay un Dios que las hizo, y las gobierna con tanto orden y concierto para algún fin muy glorioso, y nos ha de venir deseo de conocerle y saber quién es para amarle y servirle como mere-

ce; y con este espíritu tengo de mirar á todas las criaturas y oir las voces que me dan. Unas veces levantaré los ojos del alma á las criaturas celestiales, y al orden que tienen en sus movimientos el sol y la luna y los demás planetas y estrellas, y, como dice David, entenderé que los cielos pregonan la gloria de Dios, y que la sucesión de días y noches, con la variedad de tiempos, declaran su infinita sabiduría. Otras veces haré lo que dice Job, que es preguntar á las bestias de la tierra, á las aves del aire y á los peces del mar, quién los hizo y quién les dió su hermosura. Y luego imaginaré que me responden: "Esto que tenemos no es nuestro; un Dios hay que nos lo dió„. Y con esta respuesta me regocijaré interiormente, suplicando al mismo Dios abra mis oídos para que oiga las voces de estas criaturas y por ellas me mueva á conocerle y amarle de todo mi corazón, y á las mismas criaturas provocaré á que alaben á este gran Dios, que está en medio de ellas, con aquel cántico: "Bendecid al Señor todas sus obras, alabadle y ensalzadle sobre todo por todos los siglos.„

PUNTO II

La máquina maravillosa del hombre prueba también el ser de Dios.

Considera cómo dentro de nosotros mismos hay muchas cosas que nos predican y dan testimonio que hay Dios, de modo que si con la consideración entro dentro de mí mismo, por el conocimiento de lo que hay en mí, puedo subir á conocer que hay Dios; y quizá por esto dijo David: "Maravillosa es, Dios mío, la ciencia y conocimiento que puedo tener de Ti por lo que pasa en mí.„ Porque, lo primero, dentro de mí mismo tengo estampada la lumbre natural que, como dijo David, es lumbre y resplandor que sale del rostro de Dios y nos descubre lo que es bueno y al que es sumo bien, de quien todo lo bueno procede; y con esta

lumbre anda una inclinación natural, que nos solicita á lo que es conforme á la razón y á la regla de toda bondad, que es Dios, inclinándonos á amarle, venerarle y obedecerle; y cuando nuestros pecados no apagan los resplandores de esta lumbre, sentimos relámpagos que nos descubren esta verdad é hinchen nuestros corazones de alegría.

Lo segundo, en mí mismo echo de ver tanta hermosura y variedad de potencias y sentidos exteriores é interiores, con tan admirable orden, que claman y dicen que ni son hechas acaso, ni se hicieron á sí mismas, sino que hay Dios, artífice soberano, de quien todas procedieron.

Pero sobre todo, el espíritu nobilísimo que está dentro de nuestro cuerpo, da voces que hay otro espíritu soberano que está dentro de este mundo, aunque no estrechado á él; porque si entro con la consideración dentro de mí mismo, veré la nobleza de mi alma, por las obras admirables que salen de sus tres potencias, memoria, entendimiento, voluntad y libre albedrío, las cuales no están atadas á su cuerpo, sino salen fuera de él, paseando por toda la redondez de la tierra, mar y aire, y penetran los cielos, descubriendo los secretos de la naturaleza, que no perciben los sentidos, por lo que conocemos que nuestra alma es espíritu invisible é inmortal, sin dependencia en su ser del cuerpo, donde está encerrada. Todo esto pregona claramente que hay Dios, espíritu invisible é inmortal de quien proceden todos los demás espíritus, el cual está en medio de este mundo, dando ser y vida á todas las cosas, no como alma que informa al cuerpo, sino con otro modo más levantado, gobernando las criaturas y comunicándolas todas las artes y ciencias; pero sin dependencia de ellas, porque aunque el mundo se acabase, Dios siempre permanecería. ¡Oh Dios de inmensa majestad!, ahora digo que es admirable el conocimiento que alcanzo de Ti por lo que conozco en mí; porque si en cosa tan gro-

sera como mi cuerpo, está un espíritu tan noble como mi alma, que le da ser y vida, y le gobierna, ¿cuánto más necesario es que en medio de este mundo, estés Tú, espíritu soberano, por quien todos somos, vivimos y nos movemos?; y pues Tú eres mi ser y mi vida, quiero también llamarte mi alma y gozarme de tenerte á Ti por Dios, amándote sumamente más que á mí.

PUNTO III

El mismo desorden moral y material del mundo nos habla de Dios.

Considera cómo no solamente la hermosura y concierto de este gran mundo, y del mundo abreviado del hombre, sino también todos sus desconciertos y desórdenes particulares, con todas las miserias y trabajos de que los hombres no podemos librarnos por nuestras fuerzas, son despertadores que nos acuerdan que hay Dios.

Los truenos, relámpagos y rayos del cielo, las tempestades y las olas del mar, los temblores de la tierra, las enfermedades, las guerras y todas las cosas que nos afligen, están dando voces que hay Dios, que puede remediar estos males. Y hasta los mismos pecados y las injusticias y agravios que padecen los buenos, dan voces que hay Dios, á quien pertenece castigar estas maldades y premiar las virtudes, pues en la tierra no hay quien haga esto cumplidamente.

Demás de esto, la guerra y contradicción que siento dentro de mí mismo, rebelándose mi carne contra el espíritu y las pasiones contra la razón, está diciendo que hay Dios, por cuya virtud podré rendir á los que no puedo con la mía. Con esta consideración tengo de consolarme y alentarme, así en mis trabajos como en los ajenos, y así en los propios como en los comunes, y de los males del mundo sacar el sumo bien que está dentro de El, á quien pertenece remediarlos. ¡Oh alma mía, abre tus ojos y tiéndelos por

ese mundo y por lo que hay dentro de ti, mirando todas las cosas prósperas y adversas, y luego abre tus oídos para oir lo que te dicen, y oirás que están clamando, cómo en medio de todas hay un Dios que puede dar las prosperidades y librar de las adversidades á los que no pueden librarse de ellas! Alégrate con esta buena nueva, y procura, como el Apóstol, mostrar tu fidelidad en lo próspero y en lo adverso, sirviendo en todo al que se muestra ser Dios en todo, y por ello merece ser alabado de todos.

De estas consideraciones sacaré cuánto importa tener viva fe, y luz cierta de esta verdad, y memoria continua de ella, porque es freno de todos los vicios y espuela de todas las virtudes; y al contrario, la falta de esta fe, ó el olvido de esta verdad, es causa de todos los pecados del mundo y de todas las tibiezas é imperfecciones que hay en el divino servicio. Y por esto dijo David, que en diciendo los necios dentro de su corazón, no hay Dios, luego estragan sus costumbres y se hacen abominables, y no hay entre ellos ni uno solo que obre bien.

De aquí también sacaré grande compasión de los pecadores que confiesan con la boca que hay Dios, y como dice san Pablo, lo niegan con las obras, ponderando cuán grave mal es un pecado mortal, pues cuanto es de su parte es negación de Dios; pero yo, al contrario, tengo de protestar esta verdad con el corazón, y con la lengua, y con las obras, y procurar tenerla siempre en mi memoria, tomando á las criaturas por despertadores de mi olvido, para que en viéndolas, luego me acuerde que hay Dios, por quien ellas y yo tenemos ser, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Coloquio.—¡Oh alma mía, sube con la contemplación sobre el mundo, y mirando todas las criaturas, alaba, bendice y glorifica con grande gozo y júbilo de alegría al inmenso Dios, que está en medio de ellas! ¡Oh Dios inmenso, gracias te doy por el testi-

monio que das de Ti en todas las cosas que criaste! Abre, Señor, los ojos de mi alma, para que no se contenten con ver las cosas temporales que perciben los sentidos, sino que suban á contemplar las eternas que no se ven, y á Ti, Dios invisible, que eres sobre todas.

Propósitos.—Vivir vida de fe vivísima y hacer que todo te hable de Dios y te lleve á Dios.

DÍA SEGUNDO

De la infinidad é incomprensibilidad de Dios.

Preludios. – (Los mismos que en la anterior.)

PUNTO I

De la manera de formarnos alguna idea de la infinidad de Dios.

Considera que hay dos modos de formarnos dentro de nuestra alma un concepto propio de Dios, que sea imagen aproximada de su divinidad. Uno por afirmaciones, poniendo en Dios las excelencias y perfecciones que hay en las criaturas con modo muy más perfecto, y otro por negaciones, quitando de Dios lo limitado que vemos en las criaturas, por ser cosas indignas de su grandeza; y por esto decimos que es infinito, inmenso, incomprensible, inefable.

Mira, pues, cómo Dios no es cosa alguna de cuantas se pueden percibir con los sentidos, porque todo esto es cosa indigna de la grandeza de Dios, el cual infinitamente excede á todo esto, y es grandísimo agravio compararle á ello con igualdad. Porque Dios es hermoso, no como las cosas de la tierra, sino con otra hermosura que no pueden comprender los ángeles del cielo; no resplandeciente como la luz de este sol visible, sino con otro resplandor y luz inaccesible; no es grande con la grandeza de cantidad que conviene á los cuerpos, sino con grandeza de virtud que excede á todos los espíritus.

Considera, además, cómo Dios N. S. no es tampo-

co cosa alguna de cuantas se pueden abarcar con la imaginación ó entendimiento, porque todo esto es limitado, y, por consiguiente, desdice mucho de la majestad de Dios, el cual es infinito é ilimitado; de suerte que Dios no es bueno ni sabio con la bondad y sabiduría que los hombres y ángeles pueden comprender, sino que tiene tal modo de bondad y sabiduría, que no la podemos abarcar ni ponerle nombre propio que del todo la cuadre, y por esto es incomprensible é inefable; y lo mismo di de las otras divinas perfecciones.

De aquí subiré á considerar cómo para conocer la grandeza del ser de Dios con este modo de conocimiento, tengo de dejar, como dijo san Dionisio, las cosas que se perciben con los sentidos y con nuestros cortos entendimientos, y dar de mano á discursos de la razón, entendiendo que Dios no es nada de lo que yo alcanzo, sino una cosa levantadísima sobre todo ser, el cual yo ignoro y todos ignoramos, y para mí, y para todas las criaturas, es como densa obscuridad y tinieblas. Y así, dice san Pablo, que "Dios mora en una luz inaccesible, á quien ninguno de los mortales vió ni puede ver„. En esta ignorancia tan sabia, y en esta obscuridad tan clara, aunque inaccesible, tengo de procurar hallar descanso y quietud, sintiendo altísimamente de Dios, gozándome de que sea infinitamente mayor de lo que yo puedo imaginar ni pensar, admirándome de esta grandeza incomparable y supliendo la falta del conocimiento con el exceso del amor, deseando con todo mi corazón amarle y servirle, y suspirando por verle.

PUNTO II

Las perfecciones de Dios son infinitas é incomprensibles.

Considera cómo el ser de Dios de tal manera es infinito, que todas las perfecciones que la divina Escritura dice de El son infinitas, sin que el entendimiento halle donde hacer pie, ni pueda imaginar fin

y cabo de ellas; porque, como dicen los profetas, "grande es el Señor, y su grandeza no tiene fin„. Y así también, ni tiene fin su duración, ni su bondad, ni su sabiduría, ni su potencia, porque en todo es infinito. Y después de haber imaginado cuanto puedo imaginar, es infinitamente más de lo que hubiere imaginado. De suerte que después que imaginare que Dios llena con su inmensidad todo este mundo, aún puede llenar millones de mundos mayores que éste; y después de haber imaginado cuantos mundos pudiere, son infinitos más los que Dios puede llenar con su inmensidad. Y lo mismo es en la sabiduría y omnipotencia, sintiendo tan altamente de cada una de sus perfecciones, que crea ser mucho más lo que no entiendo que lo que entiendo; y en esta ignorancia descansaré, gozándome de lo mucho que hay en el ser y perfecciones de Dios que yo no alcanzo.

De donde se sigue, que el ser de Dios es incomprensible é inefable, de modo que ninguna criatura puede abarcar lo que hay en El, ni lo que hay en su bondad ó sabiduría, ó en cualquiera de sus atributos y perfecciones, ni puede ponerlas nombre propio que le cuadre del todo. Y por esto dijo Jeremías: "Grande es Dios en el consejo, é incomprensible á todo entendimiento„; y la razón es evidente, porque cualquier criatura es finita y limitada, y lo finito no puede comprender á lo que es infinito, así como no es posible que yo con mi puño abarque todo el mundo, ni que un vaso pequeño pueda recibir dentro de sí toda el agua del mar Océano. Y como dice el Sabio: "Si con dificultad conocemos las cosas que pasan en la tierra, y con trabajo entendemos las que pasan delante de los ojos, las que están en los cielos, ¿quién las podrá buscar?„ Así lo tengo de confesar y gozarme de ello, preciándome de tener un Dios tan grande que ninguno le comprenda, porque si yo le pudiera comprender, fuera Dios muy corto y apocado, ó por mejor decir, no fuera Dios.

PUNTO III

Del beneficio que nos hizo Dios en revelarnos la infinidad de su ser.

Considera el sumo beneficio que Dios nos hizo en revelarnos los misterios secretísimos de su infinito ser y perfecciones, porque viendo que no era posible á los hombres ni á los ángeles alcanzarlos todos, ni rastrear muchos de ellos por lo que miraban en las criaturas, quiso por su infinita bondad y misericordia revelarnos algunos, para gloria suya y bien nuestro, entre los cuales hay muchos tan levantados que no podemos alcanzar á entender cómo son, porque sobrepujan á nuestra capacidad y á toda la razón y lumbre natural. Esto me ha de mover á sumo gozo, por ver que tengo un Dios tan excelente é infinito, que su ser y sus obras transcienden á todo cuanto los hombres y ángeles podemos alcanzar. Y demás de esto, tengo de sacar otros tres excelentes afectos y propósitos.

El primero, de agradecimiento á N. S., por habernos revelado en sus Escrituras, por medio de sus profetas, las cosas ocultas de su divinidad, y las escondidas y recónditas de su sabiduría; pero en especial, los que vivimos en la ley de gracia, hemos de darle mayores gracias por habernos dado á su Hijo unigénito, el cual, como dijo el glorioso san Juan, nos las reveló con más distinción, como quien las había visto. Y así, tengo de darle gracias porque nos reveló el misterio de la santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Eucaristía, del perdón de los pecados, de la resurrección de la carne, de la vida eterna, y otros misterios semejantes, los cuales no se pudieran saber sino por su revelación.

El segundo afecto ha de ser de fe muy cierta y muy rendida, cautivando mi entendimiento á creer lo que yo no alcanzo, porque Dios lo ha revelado. Y

así, en particular ejercitaré la fe cerca de los misterios que son más levantados y secretos, gustando de creerlos y de vivir con esta fe, y guiarme por ella.

El tercer afecto ha de ser una firme confianza con grande alegría de corazón, esperando firmemente que tengo de llegar á ver estos misterios que ahora creo, cumpliéndose en mí lo que dice san Pablo: "Ahora vemos á Dios por espejo y por enigma, después le veremos cara á cara„, pues por esto me los reveló con obscuridad, para que creyéndolos con viva fe y obediencia á sus mandamientos, llegase á verlos con claridad. Y aun he de tener gran confianza, que también en esta vida esclarecerá mi fe, y me dará grande inteligencia de sus misterios, si yo me dispongo con limpieza de corazón para verlos, pues El dijo que "eran bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verían á Dios.„

Coloquio.—¡Oh Dios invisible, cuándo tengo de verte, no por espejo y en enigmas con obscuridad, sino cara á cara con claridad! ¡Oh, si te conociese como me conoces, para amarte como me amas! Mas, pues la ciencia es tan corta y se queda tan atrás, el amor será largo y pasará más adelante, amándote cuanto puedo hasta verte como deseo.

Propósitos.—Ejercitarse en actos de vivísima fe en los misterios de Dios y de confianza en su sabiduría y poder infinitos.

DÍA TERCERO

De la bondad infinita de Dios en comunicarse á sus criaturas.

Preludios.—Humillado ante la presencia de Dios, oye con reconocimiento profundo la voz divina que dice á tu alma: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.» Y pídele que se comunique á ti con la plenitud de su santo Espíritu, para que le ames, sirvas y obedezcas con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente.

PUNTO I

De la suma inclinación que tiene Dios á hacer bien á sus criaturas.

Considera la suma inclinación que tiene la bondad de Dios á comunicarse y hacer bien á otros; porque, como dice san Dionisio, el bien es derramador y comunicador de sí mismo, y tanto es mayor su inclinación á esto, cuanto es mayor bien y cuanto puede más comunicarse; y como Dios es sumo bien, así tiene suma inclinación á comunicarse con todos los modos que puede. Y en esta comunicación muestra grandes excelencias.

La primera, que no se comunica por necesidad, sino por su sola bondad, porque es bueno, y quiere seguir la inclinación de su bondad en hacer bien. Con lo cual me obliga á que yo le ame y sirva de la misma manera.

La segunda, que no se comunica por su propio provecho, sino por el nuestro; porque de comunicarse á otros ningún bien se le acrece, pues tan bienaventurado era antes de criar el mundo como ahora. Y así, dijo David: "Tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes.„

La tercera excelencia es, que no deja estar ociosa su inclinación, antes la cumple, comunicándose con todos los modos que era posible comunicarse. De suerte que, si el bien es derramador de sí mismo, Dios se derramó todo cuanto podía según el orden de su sabiduría infinita; con lo cual, me obliga á que yo también me emplee todo en su servicio y bien de mis prójimos, haciendo todo el bien que pudiere y con la mayor perfección que me fuese posible. Y así cuando oro, derramaré como Ana mi alma en la presencia de Dios, ó como David, derramaré mi oración echando el resto de mis fuerzas en ella. Y cuando amo, derramaré mi corazón y mis afectos delante

del Señor, ocupándolos todos en amarle. ¡Oh sumo bien, que sumamente deseas comunicarte, porque si Tú no te comunicas, no es posible que haya otro bien fuera de Tí! Comunícame estas excelencias con que te comunicaste, para que te ame, sirva y obedezca, no por fuerza ni temor, sino de grado y por amor; no por mi propio interés, sino por tu solo servicio; no con ánimo escaso y corto, sino largo y generoso, haciendo lo sumo que pudiere por mis prójimos y por Tí, como Tú lo has hecho por mí.

PUNTO II

De los modos cómo se comunica Dios á las criaturas.

Considera cómo Dios comunicó el ser y bondad natural á las criaturas, repartiendo por ellas cuatro grados de hermosura y perfección. A unas dió el ser corporal solo, aunque con grande variedad de perfecciones, como son los cielos y elementos. A otras dió la vida vegetativa, como son los árboles, flores y plantas; á otras la vida sensitiva, como son los animales, aves y peces; á otras el ser espiritual y vida intelectiva, como son los ángeles de las tres jerarquías. Y últimamente, todos cuatro grados los recogió en el hombre, compuesto de cuerpo y de espíritu, dándole ser como á los cielos y elementos, vida como á las plantas, sentido como á los animales y entendimiento como á los ángeles, por lo cual el hombre se llama toda criatura y mundo abreviado. De modo que estos cuatro grados de ser y perfección son como cuatro ríos que nacen de la fuente del paraíso, que es la infinita bondad de Dios, los cuales riegan por diversas partes la tierra y cielo, y después todos cuatro se recogen en el hombre, haciéndole en esto muy semejante al paraíso de donde salieron. De donde sacaré grandes afectos de admiración y gozo, de agradecimiento y amor por este maravilloso modo, como Dios N. S. se comunicó á los hombres, admirándome de la sabiduría infinita que

mostró en esto, gozándome de su omnipotencia, agradeciendo su liberalidad y amando su infinita bondad. ¡Oh Bondad soberana!, ¿qué gracias te daré por esta variedad de perfecciones con que adornaste mi naturaleza? Por aquí veo con cuánta razón me mandas que te ame "con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente„, pues es razón que todo cuanto recibí de tu bondad, se ocupe en amarla sin fin; te amaré de todo mi corazón por el ser corporal que me diste; te amaré con toda mi alma, por la vida que con ella vivo; te amaré con todas mis fuerzas, por los sentidos y potencias de que uso; en fin, te amaré con toda mi mente, por el espíritu y entendimiento que me has dado. ¡Oh si saliesen de mis entrañas cuatro ríos de agua viva,llenos de fervientes afectos de amor y gozo, de agradecimiento y alabanza por los cuatro ríos de beneficios con que me has bañado todo!

PUNTO III

De otro excelentísimo modo de comunicarse Dios en su bondad á nuestras almas.

Considera cómo la divina bondad, no contentándose con estos modos de comunicación, escogió otro excelentísimo con otros cuatro grados, que exceden á todo lo sobredicho. El primero es, el ser sobrenatural de la gracia por el cual hombres y ángeles llegan á ser participantes de la divina naturaleza, hijos y amigos del mismo Dios: y con este ser anda la caridad con las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo. El segundo, es el ser de la gloria, por el cual los justos se hacen perpetuamente semejantes á Dios en las propiedades gloriosas que tiene, reinando con El en su mismo reino. El tercero y supremo, es el ser personal del mismo Dios, el cual comunicó la segunda Persona de la Santísima Trinidad á la naturaleza humana. El cuarto modo es admirable, porque como no fuese conveniente que el Hijo de

Dios comunicase su ser personal á muchas naturalezas, su bondad infinita le inclinó á comunicar aquel divino ser con sus dos naturalezas, divina y humana, á todos los hombres en el santísimo Sacramento del altar, juntándolas con un modo inefable con las especies de pan y vino, y con ellas se nos comunica todo Cristo Dios y Hombre verdadero.

En estos cuatro grados de beneficios hay dos cosas señaladísimas que ponderar. La primera, que la infinita bondad de Dios quiso cumplir su infinita inclinación de comunicarse de estos cuatro modos al hombre, y en los dos postreros á solo el hombre y no al ángel; con lo cual descubrió bien "cómo sus deleites eran estar con los hijos de los hombres„; y que no solamente los crió á su imagen y semejanza, sino que hizo que uno de ellos fuese el mismo Verbo, que es la misma imagen y semejanza infinita del Padre, y un Dios con él.

La segunda cosa que se ha de ponderar es, que viendo la infinita bondad de Dios cómo no convenía comunicar su divino ser á todas las naturalezas criadas, para hartar su infinita inclinación, escogió comunicarle á una, en quien estaban todas y todos los cuatro grados de ser que estaban repartidos por las criaturas del mundo. Así, del modo que convenía, se comunicó y honró á todos; honró todas las naturalezas corporales, en comunicar su divino ser á nuestro cuerpo, y honró todas las naturalezas espirituales en comunicarse á nuestro espíritu; y por esto le debo gracias, convidando á todas las criaturas á que alaben al Señor por la parte que tienen en este soberano beneficio, y animarme yo á ser santo en el cuerpo y en el espíritu, pues la infinita bondad de Dios tanto quiso honrar y engrandecer al uno y al otro.

Coloquio.—¡Oh bondad infinita de nuestro soberano Dios y Señor!, si tanto te debemos los hombres por haber juntado en nosotros los cuatro ríos de beneficios en el ser natural, ¿cuánto más te deberemos

por haber juntado en nuestra naturaleza estos otros cuatro ríos de incomparables beneficios en el ser sobrenatural? Poco te pareció, Dios mío, comunicar los bienes que están fuera de Ti, y así quisiste comunicarnos también á Ti. ¡Oh, quién me diese tal modo de bondad, que tuviese vehemente inclinación á comunicarte cuanto tengo, empleándolo todo en amar y servir á quien tanto bien me ha hecho! Y pues los ríos que salen del mar vuelven al mar, de donde salieron, justo es que todos estos ríos que salieron del mar inmenso de tu bondad, vuelvan á él por el agradecimiento, atribuyendo á tu sola bondad infinita el bien todo que se halla en nuestra naturaleza.

Propósitos.—Darte totalmente á Dios en tu memoria, en tu entendimiento y en tu voluntad, así como El se da totalmente á ti.

DÍA CUARTO

De la inmensidad de Dios y su presencia en todas partes.

Preludios.—Mira á Dios como un océano infinito de todo ser y de toda hermosura: y á ti y á todas las criaturas rodeadas y penetradas de su gloria y de su esencia divina. Pide vivir tal vida de fe, que siempre estés delante de Dios.

PUNTO I

De la presencia de Dios en todas partes.

Lo primero, se ha de considerar cómo Dios es de tal manera inmenso, que llena el cielo y la tierra; y su espíritu, como dice el Sabio, llena la redondez del mundo, no siendo posible imaginar lugar ni punto donde no esté Dios. Y así, dondequiera que fuere, he de imaginar que voy dentro de Dios, diciendo con David: "Si subiere al cielo, allí estás Tú, y si bajare al infierno, allí te hallaré; si tomare alas para volar hasta lo extremo del mar, allí me llevará tu mano, y y me conservará tu misma diestra.„ De suerte, que no es posible huir de Dios, ni esconderme de El,

porque en el mismo camino por donde huyo, allí está, y en el lugar donde quisiera esconderme, allí le hallaré.

Pero mucho más tiene su inmensidad, porque de tal manera llena cielos y tierra y todo este mundo, que no está atado ni estrechado á este lugar, sino puede estar en otros millones de mundos, que puede criar sobre los cielos. Y el lugar que ahora llena, es como un punto en comparación del inmenso lugar que puede llenar; por lo cual, dijo Salomón á Dios: "Los cielos de los cielos no te pueden abarcar.„ Ponderando esto, á imitación de Moisés, de quien dice san Pablo que "esperó y trató con el invisible como si le viera... yo he de mirar á Dios con la fe, hablar con El en la oración y esperar de El mi socorro, como si le viera con los ojos corporales, pues aunque sea invisible á éstos, real y verdaderamente está donde yo estoy, y los ojos de la lumbre natural y de la fe han de suplir la falta de los ojos corporales.

Avivada, pues, mi fe de esta manera, prorrumpiré en afectos de admiración y gozo, admirándome de la inmensidad de Dios y gozándome de que sea tan inmenso que no queda en todo el mundo, diciendo con el Profeta: "¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán extendido el lugar de su morada y posesión! Grande es, y no tiene fin; levantado es é inmenso.„ ¡Oh Dios inmenso, cuya silla es el cielo y cuyo estrado es la tierra, y ambos no te pueden abarcar, porque eres más alto que el cielo, más elevado que las estrellas y más profundo que el abismo! Gózome de tu inmensidad, junta con tanta gloria, que la bajeza del lugar no te envilezca; esclarece, Señor, mis ojos interiores, para que te vean en todas partes con más certeza que si te viera con los ojos exteriores.

PUNTO II

Del modo cómo está Dios en todas partes.

Considera el modo cómo Dios está en todo lugar y en todas las cosas criadas, conviene á saber: por esencia, presencia y potencia. Lo primero, está en ellas por esencia, porque real y verdaderamente está allí toda su divinidad con todo cuanto tiene y obra dentro de sí; y así, he de creer que aquí donde estoy yo, está todo Dios: el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Aquí está su infinita bondad y caridad, su misericordia y justicia, su sabiduría y omnipotencia, y todas las grandezas y perfecciones de su divinidad; y éste que está aquí, es el mismo que está en el cielo, y el que crió el mundo y le gobierna. ¡Oh alma mía!, si avivases tu fe cuando estás sola, verías que no estás sola, pues contigo están las tres divinas Personas. Si quieres estando sola ocupar todas tus potencias, aquí tienes la suma bondad, á quien puedes amar; la infinita majestad, á quien debes adorar; la soberana sabiduría, con quien puedes conversar; la omnipotencia divina, en quien has de confiar, y la infinita alegría, en quien te puedes regocijar.

Está Dios en todo lugar por presencia, viendo y conociendo todo lo que hay en cada cosa. Y aunque el lugar sea muy obscuro, para Dios es claro, porque las tinieblas no le ocultan nada. Por tanto, ¡oh alma mía!, mira que está aquí Dios y que te mira. Si quieres orar en lo secreto, allí está Dios, que te ve en lo escondido y atiende á tu oración. Si la tentación te molestare, mira que te mira Dios, á cuyos ojos es aborrecible la maldad y el que se rinde á ella. Si te vieres afligida, mira que Dios mira tu aflicción y que sabe el tiempo de remediarla. Si quieres hacer alguna buena obra, no mires á que te miran hombres, sino á que te mira Dios, y á Este solo desea agradar, pues El solo te ha de juzgar.

Lo tercero, está Dios en todo lugar, y en cada cosa por potencia, porque está dándole el ser que tiene, y ayudándole en cuanto hace, conforme á lo que dijo san Pablo: "No está lejos de nosotros, porque en El vivimos y nos movemos y somos.„ De suerte, que el lugar no sustenta á Dios, sino Dios sustenta su lugar y conserva todas las cosas donde está; y si viven, es porque Dios está en ellas dándolas vida; si se mueven, es porque está en ellas dándolas movimiento, y si tienen ser, es porque allí está Dios dándosele y conservándosele siempre.

De aquí es, que en todas las cosas del mundo he de mirar á Dios que está en ellas por esencia, presencia y por su omnipotencia, dándoles ser y todo cuanto tienen y hacen; sacando de aquí afectos de amor y gozo y alabanza, alegrándome de ver la unión que tiene Dios con sus criaturas, y el modo cómo está dentro de ellas; y de esta manera las hermosas no me llevarán tras sí, para que las ame con desorden, y las terribles no me atemorizarán tanto que huya con demasía, y cuando me viere junto á mis enemigos, puedo y debo creer que estoy junto á Dios, que está en todas las cosas, y con esto cobraré grande ánimo.

PUNTO III

Del modo especialísimo cómo está Dios en el alma de los justos.

Considera cómo Dios está especialmente en los justos por fe y gracia, obrando en ellos y con ellos obras sobrenaturales, dignas de vida eterna. Por razón de lo cual, dijo san Juan: "Quien está en caridad, está en Dios, y Dios está en él.„ Y así, quien ama á Dios está en Dios, y porque Dios le ama, Dios está en él. Y además de esto, el justo está en Dios por estar dentro de sus entrañas, rodeado y amparado de su protección; y Dios está en él, porque asiste dentro de su ánima, causando en ella el ser, vida y obras de la gracia y caridad.

Pero viniendo más á mí mismo, he de considerar en particular el modo cómo Dios está dentro de mí, y yo estoy y vivo y ando dentro de Dios. Lo primero, Dios me rodea y cerca por todas partes, como el agua del mar cerca y rodea al pez que está en ella; y como la niñeta está dentro del ojo, así estoy yo dentro de Dios: y como el mismo Señor dice, El nos trae dentro de sí, como la mujer que ha concebido trae al niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa, de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas. ¡Oh alma mía, cómo no te alegras y das saltos de placer, mirándote de esta manera dentro de tu Dios! El es tu casa, de la cual no puedes salir, y dentro de la cual has siempre de vivir; El es tu litera, en la cual vas dondequiera que caminas, porque si El no te lleva, no te podrás mover; es tu muro que te cerca, sin el cual no tendrás seguridad; es tu sustento y vida, porque en El la tienes y de El la recibes, mucho más que el niño que está en las entrañas de su madre la recibe de ella.

Esta consideración puedo particularizar, discurriendo por los divinos atributos: unas veces puedo imaginar que Dios es como un fuego consumidor, y que todo este mundo está lleno de este fuego, dentro del cual yo vivo, admirándome cómo no ardo, y cómo no consume en mí todo lo malo, atribuyéndolo á la grande frialdad que tengo, por la cual le resisto. Otras veces imaginaré á nuestro Señor como una luz infinita, extendida por todo este mundo, ó como sabiduría y hermosura inmensa, de cuya gloria y resplandor está llena toda la tierra, y á mí mismo dentro de esta luz y hermosura, suplicándole me dé parte en ella, y así en los demás atributos.

Lo segundo, Dios N. S. está dentro de mí mismo, junto conmigo, muy más íntimamente que mi alma está dentro de mi cuerpo, aunque con modo más excelente: por esencia, presencia y potencia, al modo declarado. Y por consiguiente, conmigo está unida

su infinita bondad, comunicándome el ser y vida que vivo, y su sabiduría, dándome la luz y conocimiento que tengo, y su omnipotencia está unida con todas mis potencias, ayudándolas en sus obras. Y así puedo y debo mirar á Dios presentísimo dentro de mí mismo, como si yo fuese casa y morada suya adonde está y obra todo lo que yo soy, sin cuya presencia luego yo dejaría de ser, porque este morador conserva su morada, y en ausentándose de ella se volverá en nada. De lo cual sacaré grandes afectos de gozo y admiración, de confianza y amor, viéndome tan unido y junto con mi Dios.

También he de procurar acostumbrarme á buscar á Dios dentro de mí mismo, porque si está dentro de mí, ¿para qué me tengo de cansar en buscarle solamente fuera de mí? Y para esto limpiaré mi alma de todo lo que pudiera desagradar á Dios, que está presente dentro de ella, procurando que no haya en mí cosa que le ofenda, ni que me impida el verle, conocerle y unirme con El por amor actual.

Coloquio. — ¡Oh alma mía, dentro de ti tienes todos los bienes!, ¿cómo no gozas de ellos? Dentro de ti está tu soberano amigo y Padre; gózate de tenerle contigo; júntate íntimamente con El y dale todo tu corazón. Si estás pobre, contigo tienes á Dios, rico en misericordias; acude á El para que te dé parte de sus riquezas. Si eres flaca y pusilánime, contigo está Dios, que es la misma fortaleza, y unida con El podrás todas las cosas con su virtud; ¿para qué buscas fuera de Ti con demasía ayuda de criaturas, teniendo dentro de Ti la omnipotencia del Criador? ¡Oh Criador mío, Dios mío y todas mis cosas!, perfecciona en mí esta unión que conmigo tienes, uniéndote también con perfectísima unión de gracia para que yo también me una contigo con perfecta unión de caridad.

Propósitos.—Ve á Dios en todas partes, renueva constantemente la idea de su presencia, y adelantarás mucho en la perfección.

DÍA QUINTO

De la providencia de Dios.

Preludios.—Imagínate cómo Dios N. S., con las alas de su Providencia, cobija al universo y á todo lo que en él vive y alienta, y pídele que te acoja bajo su soberana dirección y encamine tus acciones, para que sean siempre agradables á sus divinos ojos y te conduzcan á tu altísimo fin.

PUNTO I

De la providencia de Dios y de sus maravillosas cualidades.

Considera que la providencia es una disposición y orden de todos los medios que tiene Dios para salir con sus intentos, y de todos los medios de que provee á sus criaturas para que alcancen los fines para que fueron criadas. En lo cual he de ponderar tres cualidades principales de la maravillosa providencia de Dios. La primera, que Dios N. S., desde la eternidad, conoce todos los fines que pueden tener y pretender sus criaturas, y todos los medios necesarios y convenientes que hay y puede haber para conseguir estos fines, y todos los estorbos que pueden suceder, y los medios que hay para atajar estos impedimentos de modo que, con efecto, salga el mismo Dios con su intento y las criaturas alcancen su fin en el modo y forma que quisiere. De donde se sigue, que por ignorancia no puede la providencia de Dios ser falta y defectuosa, como lo es la providencia de los hombres, porque con nuestra poca ciencia dudamos si es verdadero ó falso lo que pensamos, y si será bueno ó malo, seguro ó peligroso lo que proveemos.

La segunda cosa es que Dios, con su infinita bondad y caridad, de todos los fines y medios quiso y escogió los más proporcionados á sus criaturas, conforme á la naturaleza y capacidad de cada una. Así primeramente quiso ordenarlas todas á sí mismo para su gloria y para manifestación de su bondad y per-

fección, que es el supremo fin que puede haber. Demás de esto, á cada criatura quiso dar su propio fin y medios proporcionados para alcanzarle; pero sobre todas quiso levantar á los ángeles y á los hombres al más alto y soberano fin que era posible, incomparablemente mayor de lo que su naturaleza pedía, que es para ser bienaventurados como el mismo Dios lo es, viéndole claramente, amándole y gozándose con El en su gloria.

La tercera cosa es, que Dios N. S., con su divina omnipotencia, desde el principio del mundo comenzó á poner por obra los medios que había escogido, y con la misma va prosiguiendo y proseguirá siempre, sin que su providencia pueda ser defectuosa por falta de poder, como lo es la nuestra. De donde consta que la providencia de Dios principalmente estriba en estos tres atributos de la sabiduría, bondad y omnipotencia, que son fuente de los divinos beneficios.

Estas tres consideraciones he de aplicar á la providencia que Dios tiene conmigo, ponderando cómo sabe todas mis necesidades y miserias, todos los medios que hay para librarme de los males y darme los bienes, y puede ejecutarlos y ponerlos por obra como quisiere, por ser Todopoderoso, y, por ser sumamente bueno y amoroso padre, quiere y pretende que alcance mi último fin. Luego ciertísimo puedo estar que nada me faltará con tal providencia.

PUNTO II

De los infinitos bienes que se encierran en la providencia de Dios.

Considera los infinitos bienes que están encerrados en la divina providencia, para aficionarte á ella y arrojarte por completo en sus brazos amorosos, haciendo una suma de los que iremos diciendo. Lo primero, pondera cómo la divina providencia es tu madre, porque te da el ser que tienes y te trae dentro de sus entrañas, y te cría y sustenta, y te trae en sus

brazos, y siempre anda á tu lado y te acompaña en todos tus caminos. Es tu reina y gobernadora, porque te rige y gobierna en todo el discurso de tu vida. Es tu maestra y consejera, porque te enseña lo que no sabes, y te aconseja en lo que dudas, y te guía en lo que debes hacer para no errar. Es tu protectora y defensora en todas tus necesidades y peligros, porque para todas te da ayuda. Es tu consoladora en todas tus aflicciones y tristezas, porque para todas te da muchas razones de consuelo. Y, finalmente, cuantos oficios de caridad y misericordia se pueden imaginar, todos caben en la providencia de Dios con infinita eminencia, haciendo oficio de padre, de amigo, de médico, de juez y de pastor, y los demás. De donde sacarás que debes tener con la divina providencia todos los afectos de amor, confianza, gozo y alabanza que tales oficios merecen, amándola como hijo y acudiendo á ella en todo como á madre, acompañándote con ella, pidiéndole dirección, consejo, ayuda, remedio y consuelo.

Lo segundo, ponderaré cómo la divina providencia es la primera fuente de todos los bienes de cuerpo y alma, temporales y eternos, que yo he recibido y espero recibir, y de todos los que ahora gozan las demás criaturas del cielo y tierra. Y por ella también somos librados de todos los males contrarios, ó preservándonos de caer en ellos, ó sacándonos de ellos después de haber caído, porque en lo uno y en lo otro quiere Dios mostrar su providencia y los varios modos que tiene de mostrarla. Por lo cual, de la divina Sabiduría se dice, que con toda providencia se hace encontradiza con los suyos, teniendo de ellos todo el cuidado posible, y con todos los modos de providencia que se puede tener con ellos para llenarlos de bienes, como luego iremos descubriendo. ¡Oh providencia soberana, que abres la mano de Dios para llenar á todas las criaturas de bendición! Yo te adoro y glorifico como á reina y madre mía, y te su-

plico hagas conmigo oficio de madre y de maestra, de protectora y consoladora mía, y de ayudadora universal en todas mis cosas; porque teniéndote de mi parte, tendré contigo todo bien, y si tú me dejas seré lleno de todo mal.

PUNTO III

De la bondad infinita de la providencia de Dios para con los hombres.

Considera cómo la divina providencia totalmente se emplea en mirar por las criaturas, ponderando, lo primero, la diferencia que hay entre Dios y los hombres; porque los hombres que gobiernan tienen necesidad de tener providencia de sí mismos y de las cosas propias que les tocan, las cuales suelen ocuparles tanto, que no les dan lugar á mirar todo lo que era menester por las de los otros. Pero Dios N. S. no tiene necesidad de tener providencia de sí mismo, ni de las cosas que á El pertenecen, porque dentro de sí tiene todo bien, sin que le pueda faltar nada ni espere nada de fuera. Y así, toda su providencia la emplea en mirar por otros, esto es, por las criaturas, que crió para tener en quien mostrar su providencia, la cual, como es infinitamente perfecta, provee con grande perfección todo lo que está á su cargo, por haberse querido ella encargar de ello.

De aquí es que la divina providencia se extiende á todas las criaturas sin excluir ninguna, y á todos los hombres sin olvidarse de ninguno, por vil y bajo que sea, porque, como dice el Sabio: "Dios hizo al grande y al pequeño, é igualmente tiene cuidado de todos„. De aquí también procede que el mismo Dios por sí mismo es el ejecutor de su providencia, porque aunque es verdad que por medio de unas criaturas provee á otras, pero El por sí mismo asiste á todas en todo lugar y en todo tiempo, porque El está en todo el mundo y en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, conociendo lo que se hace y

ayudando á ponerlo en obra, y proveyéndolo todo con admirable gobierno. Y aunque deja á los hombres en su libertad, y, como dice el Sabio, en poder de su mismo consejo, para que hagan lo que quisieren, no por esto deja de tener providencia de ellos y de sus obras libres, enderezándolas ó permitiéndolas para los fines que tiene ordenados.

De aquí, finalmente, procede que ninguna cosa sucede en este mundo acaso, respecto de Dios N. S., aunque sea muy acaso respecto de los hombres, porque con su infinita sabiduría conoce todo lo que sucede aun antes de que suceda, y con su providencia lo tiene ordenado ó permitido para el fin supremo de su gobierno, que es su gloria y la manifestación de su misericordia y justicia, y de las demás divinas perfecciones. Y también para bien de los justos y escogidos, de los cuales tiene providencia con más excelente modo, convirtiendo, como dice san Pablo, todas las cosas que suceden en provecho de los que le aman. De todo lo cual concluyo, que para gozar de la divina providencia y enriquecerme con los tesoros infinitos que en sí encierra, ayudará mucho sentir altamente de ella, atribuyéndole todo el bien, como á fuente y principio de donde todo procede, creyendo con fe viva y muy cierta lo que de ella Dios ha revelado.

Coloquio.— ¡Oh Padre amorosísimo y providentísimo, que con providencia tan admirable provees á todas las criaturas, y mucho más á los que con fe encendida en amor confiadamente se arrojan en tus manos! Yo me pongo en ellas, pues en ellas están mis suertes; endereza con tu providencia mis obras para que sean agradables á tus ojos, de modo que por ellas me caiga la buena suerte de tu eterna bienaventuranza.

Propósitos.—En todo lo próspero y lo adverso mira siempre á Dios, y esa idea te dará paz y resignación en los trabajos.

DÍA SEXTO

Del infinito amor de Dios para con los hombres.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la grandeza de este amor.

Considera el grande amor que Dios tiene á todas sus criaturas, ponderando en El algunas cosas muy señaladas. La primera, es la diferencia que hay entre nuestro amor y el de Dios, porque nuestro amor presupone el bien que ama; mas el amor de Dios es causa del bien que ama; y así, andan juntos en Dios los dos actos de amor que se llaman benevolencia y beneficencia, querer bien y hacer bien; porque viendo Dios en su eternidad con su infinita sabiduría la bondad de las criaturas que podía criar, pareciéndole todas bien, amó y quiso con eficacia el bien de algunas de ellas, determinándose á darles el ser y perfección que podían tener. Así, Dios me dió este cuerpo y esta alma, y me crió á su imagen y semejanza porque me quiso bien y me conserva y gobierna y me da todos los bienes de que gozo porque me quiere bien; y quererme bien es darme estos bienes que me da, y esto de gracia y de balde, no más de porque quiere amarme.

Pondera, después, que Dios incomparablemente ama más al hombre que á todas las criaturas de este mundo visible, porque la semejanza en el bien es causa del amor, y como las demás criaturas solamente son una huella y rasguño del ser de Dios, pero el hombre es á imagen y semejanza suya, con capacidad de tener amistad y trato con El, de aquí es que Dios ama mucho más al hombre que á todo el resto de las criaturas visibles, por esta semejanza que con El tiene; y así las crió para el hombre, ordenándolas

todas á sí mismo como á último fin. De aquí sacaré la grande obligación que tengo de amar á Dios; porque si la semejanza es causa de amor, ¿cuánto debo amar al que me crió á su misma imagen y semejanza?

De aquí se sigue la tercera cosa señalada que resplandece en este amor, conviene á saber; que Dios N. S. ama á todas las criaturas de este mundo visible, fuera del hombre, no con amor de amistad, porque no son capaces de ella, sino con amor de concupiscencia, queriendo el bien que tienen, no por provecho del mismo Dios, porque como ellas no podían amar á Dios ni alabarle por los bienes que les daba, quiso ordenarlas para el bien y provecho de otra criatura, la cual supliese este defecto, amándole y glorificándole por el ser que da á todas.

De aquí iré sacando infinitos títulos para amar á Dios por infinitas obras de amor que acumula en mí mismo; porque amando Dios estas innumerables criaturas, me ama á mí en ellas, porque las ama para mí y les hace bien por hacerme á mí bien; y pues Dios me ama en todas las criaturas al modo dicho, razón es que yo le ame en todas ellas, amando á las criaturas por el bien que El les dió, y para gloria del que se las dió, y no usando de ellas sino para su amor y servicio. ¡Oh Dios eterno, amador y bienhechor de todas las criaturas, confieso que por mil títulos estoy obligado á amarte de todo mi corazón; y pues amas innumerables criaturas que no pueden volverte retorno de amor por el que Tú las tienes, obligado quedo yo á amarte por todas ellas! ¡Oh, quién tuviera tantos corazones como criaturas me has dado, para que con todos ellos te amara y glorificara, cumpliendo la deuda que ellas no pueden pagar y de que yo estoy cargado por su causa!

PUNTO II

Universalidad de este amor.

Considera la universalidad de este generoso amor de Dios, del cual ninguna criatura está excluida por el sér que tiene, según aquello del Sabio, que dice: "Amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreces de cuantas biciste, porque ninguna ordenaste ni hiciste con aborrecimiento, ni puede perseverar sino es que Tú lo quieras.„ De suerte, que aunque Dios aborrece el pecado y al pecador en cuanto malo, pero no aborrece su naturaleza ni el bien que El mismo puso en él, y aunque sea ingrato y desconocido, no cesa de amarle con este amor, como á criatura suya, comunicándole los bienes naturales que da á los agradecidos. De donde sacaré tres avisos: El primero, es de este amor que Dios me tiene, por el bien natural que me dió, hacer título para pedirle me quite el mal que yo añado, diciéndole aquello de Job: "Tus manos me hicieron y formaron todo cuanto hay en mí, ¿y así de repente me despeñas?„ Lo segundo, sacaré una grande determinación de no aborrecer cosa alguna de cuantas Dios ama, conformando en todo mi amor con el suyo; y aunque aborrezca la maldad de mi enemigo, no aborreceré su persona, antes le amaré como Dios le ama, queriendo para él los bienes que Dios le da y desea darle, acordándome de lo que dijo Cristo N. S.: "Amad á vuestros enemigos y haced bien á los que os aborrecen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace salir su sol para buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores, en lo cual muestra que los ama.„

Finalmente, como este amor generalmente acompaña á Dios en todas sus obras, por lo cual dijo el Sabio "que ninguna cosa hizo ni ordenó con aborrecimiento„, porque como dice san Dionisio, el amor es causa de todas las cosas que hace el que ama, así yo,

si amo á Dios con fervoroso amor, he de imitarle en que este amor sea principio, medio y fin de mis obras, de modo que todas comiencen con amor, y vayan acompañadas con amor, y las haga por amor de este gran Dios que tanto me ama, y de este modo le amaré con todo mi corazón, alma, espíritu y fuerzas, como dice el precepto del amor.

PUNTO III

Perfección de este amor.

Considera la perfección de la caridad y amor que Dios N. S. tiene á los hombres, queriendo trabar con ellos verdadera amistad, con todas las perfecciones que puede tener la amistad entre el Criador y la criatura, discurriendo por las más principales propiedades de ella, que arriba se apuntaron. La primera propiedad de la amistad, es que sea entre personas en alguna manera iguales. De donde procede que cuando un amigo es muy excelente, levanta al otro á la mayor excelencia que puede, y de este modo es la amistad que Dios tiene con nosotros, el cual, viendo la grande desigualdad que había entre nuestro ser natural y el suyo, quiso por su infinita bondad levantarnos á otro ser excelentísimo sobre toda nuestra naturaleza, en la cual se pudiese fundar verdadera amistad, dándonos, como dice san Pedro: "dones preciosísimos de gracia por los cuales seamos consortes y conformes con su divina naturaleza„, con la mayor conformidad que es posible á puras criaturas; no solamente tomándonos por amigos, sino haciéndonos hijos suyos, herederos de su reino y bienaventurados, como El lo es.

De esta primera propiedad de la perfecta amistad nace la segunda, que es querer para su amigo el ser y la vida, y todos los bienes que puede darle, comunicándoselos liberalmente por el amor que le tiene, en lo cual es excelentísimo nuestro gran amigo Dios; porque demás de querernos bien y hacernos bien, dán-

donos el ser y vida natural, quiere para nosotros el sobrenatural, la vida de la gracia, y la vida eterna de la gloria, con los innumerables bienes que la acompañan, hasta decirnos: "Todas mis cosas son tuyas„, porque á los amigos todos los bienes son comunes; y lo que Dios tiene, para sus amigos lo quiere.

De aquí procede la tercera propiedad de la perfecta amistad, que es la unión, por razón de la cual se dice que el amigo es otro yo, y que los amigos son una alma en dos cuerpos. Esto resplandece mucho más en la amistad de nuestro Dios, el cual nos hace por el amor un mismo espíritu consigo, y nos tiene dentro de sí, y "tiene por regalo estar con los hijos de los hombres„, y conversar familiarmente con ellos, y les da parte de sus secretos; y finalmente, los llevará á su cielo adonde será la comunicación más estrecha, porque continuamente estarán en su presencia, metidos dentro de su divinidad, viéndole cara á cara, conservando con El su íntima familiaridad.

Coloquio.—¡Oh Dios amantísimo, ahora veo con cuánta razón te llamas esposo de nuestras almas, y á ellas las llamas esposas tuyas, pues eres un espíritu y un corazón con ellas, tratándolas con tan tierno amor cual nunca tuvo esposo á su querida esposa! ¿Quién creyera tal modo de amor si Tú no lo revelaras? ¿Y quién podrá entender tal modo de conversación si Tú no le das parte de ella? ¡Oh Amado mío, ¿quién es el hombre, porque así le engrandeces, ó por qué pones en él tu corazón? Pon, Señor, mi corazón en el tuyo, y muéstrame la grandeza de este amor, haciéndome una cosa contigo para que te ame como me amas, y sea también la amistad perfecta de mi parte como es perfectísima de la tuya.

Propósitos.—Muestra la caridad que tienes á Dios en amar y hacer bien á todos tus prójimos, aunque e los te devuelvan mal por bien.

DÍA SÉPTIMO

De la infinita perfección de Dios.

Preludios —Puesto en la presencia del Señor, oye en tu interior la voz divina que clama: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» Y pide gracia para subir á esa perfección á que Dios N. S. te ordena aspirar.

PUNTO I

La perfección de Dios encierra la de todas las criaturas.

Considera cómo la primera y suprema perfección de Dios, es ser tan perfecto, que en su propio ser encierra todas las perfecciones y excelencias posibles, sin mezcla de imperfección alguna, de modo que no es posible imaginar verdadera perfección que no esté en El con todos los grados y quilates que puede tener, sin limitación alguna. Por eso dice la Escritura que el espíritu del Señor encierra en sí todas las cosas, y que todas proceden de El, y en El están todas con infinitas ventajas y sin la mezcla de las imperfecciones que tienen las criaturas. Así, pues, con grande afecto de admiración y gozo, dí á nuestro Señor: "¡Dios mío, y todas las cosas!„ ¡Oh Dios mío, Dios de infinita majestad, con gran firmeza creo que eres todas las cosas en cuanto tienes con infinita eminencia la perfección de todas, porque todas reciben de Ti la perfección que tienes en sí! Tú eres todas las cosas, porque eres principio y fin, idea y ejemplar de la perfección que de Ti reciben; y tanto son más perfectas, cuanto su perfección se llega más á la tuya; Tú eres para mí todas las cosas que puedo desear; Tú eres mis riquezas, mis deleites, mis honras y dignidades, mis mayorazgos y tesoros infinitos; en Ti solo, sin otras cosas, las tengo todas, y sin Ti todas serán como nada para mí. ¡Oh alma mía, si pretendes perfección, abrázate con Dios, y en El la hallarás sin mezcla de imperfección! Si de-

seas hermosura, mira y contempla á Dios, porque en El está toda sin mezcla de fealdad. Si amas la bondad, ama á Dios, en quien resplandece sumamente sin mezcla de malicia. ¡Oh mi Dios y todas mis cosas, cuándo tengo de ir á verte claramente en tu gloria, adonde eres todas las cosas á todos, por todos los siglos!

PUNTO II

De qué modo están en Dios las perfecciones de las criaturas.

Considera cómo en Dios N. S. están con eminencia las perfecciones del primer grado de criaturas, que son las corporales que carecen de vida, porque todas estas cosas crió Dios, y El les dió la hermosura, propiedades y virtudes que tienen; y de la hermosura, belleza y propiedades maravillosas de estas cosas, sube á contemplar la hermosura y belleza de Dios y sus excelentes propiedades.

Pero de tal manera, que juntamente entiende y confiesa que todo cuanto hay en estas cosas criadas, es como sombra ó figura y nada respecto de lo que hay en Dios, en cuya comparación los cielos no están limpios, el sol no resplandece, la luna no es hermosa y toda hermosura es como fealdad. Con cada una de estas consideraciones he de mover mi corazón á los afectos de admiración, amor, alabanza y gozo de tener un Dios en todo tan perfecto. ¡Oh Amado de mi corazón! si tanto me alegro en ver la hermosura y perfección de estas criaturas, ¿cómo no me alegraré en ver la hermosura y perfeccion tuya, de quien procedieron ellas? Amete yo más que á todas, pues eres hermoso y perfecto infinitamente más que todas; y no ame á ellas, sino es por Ti, de quien reciben la perfección que tienen en sí.

En Dios N. S. están también con eminencia las perfecciones del segundo grado de las criaturas corporales que tienen vida vegetativa, cuyas propiedades se descubren por los frutos, hojas y semillas que

producen por la virtud que les dió su Criador, en quien están con infinita excelencia, y de ella se precia, diciendo: "Conmigo está la hermosura del campo".

De la misma manera están en Dios las perfecciones de los vivientes que sienten, como son, los animales de la tierra, las aves del aire, y los peces del mar; las cuales son innumerables y admirables, y todas se hallan en Dios con infinitas ventajas; y así, en la divina Escritura se compara á algunos de estos animales para que por las perfecciones que tienen, subamos á conocer las que El tiene. Llámase león, por la fortaleza; cordero, por la mansedumbre; ciervo por la ligereza, etc. Pero de tal manera, que no hay en Dios las imperfecciones con que están mezcladas estas criaturas. Por donde consta que de todo lo que hubiere perfecto ó imperfecto, bueno y malo, hermoso y feo, puedo sacar la infinita perfección de Dios, quitando de El todo lo malo, imperfecto y feo, y poniendo en El todo lo bueno, perfecto y hermoso, con otro modo más excelente de infinita perfección.

Considera, por último, cómo están en Dios todas las perfecciones de las criaturas intelectuales, así hombres como ángeles, á los cuales crió á su imagen y semejanza, y les dió el ser espiritual que tienen, la memoria, entendimiento, voluntad y todo lo bueno que en ellos resplandece. Por consiguiente, todas estas perfecciones están en Dios con infinita mayor excelencia, pues quien les da la virtud y santidad, ¿estará sin ella? ó quien les comunica el poder que tienen, ¿quedarse ha sin potestad? De donde sacaré: que Dios N. S. es un dechado infinito de toda perfección, al cual tengo de mirar siempre, para adorar las infinitas perfecciones en que no puede ser imitado, y para imitar las que pueden ser imitadas. También sacaré que como el árbol se conoce por los frutos, así la perfección de Dios se conoce por sus obras; y todas son muy buenas y perfectas, y á su imitación

procuraré yo también ser perfecto, mostrando mi perfección en todas las obras grandes y pequeñas, procurando, como dice el *Eclesiástico,* ser en todas muy excelente.

PUNTO III

De la simplicísima unidad de las perfecciones de Dios.

Considera, cómo todas estas perfecciones que ponemos en Dios, aunque son innumerables, según que están repartidas por las criaturas, pero en el mismo Dios no son más que una simplicísima, en la cual se encierran todas, como el valor de muchas monedas de plata se encierra en una de oro. Así en Dios una misma cosa es su sabiduría, su bondad, su caridad, su misericordia y su omnipotencia, su fortaleza y todo lo demás, sin género de composición ni división; y en cada perfección están embebidas todas, y todas en cada una; de suerte que su bondad es su misma sabiduría y omnipotencia, y su omnipotencia es su misma sabiduría, y así en lo demás. Y quizá por esto dice el Sabio, que el espíritu de Dios "es único y muchos, y abraza todos los espíritus." De aquí es, que no solamente en la máquina de este mundo, sino en cada obra de Dios por sí sola, resplandece la junta y unión de sus admirables perfecciones, y por ella podemos conocer que su Criador es poderoso, sabio, bueno, infinito y amable.

De aquí he de sacar dos afectos y propósitos muy excelentes. El primero, es un entrañable deseo de imitar esta infinita simplicidad del divino Ser, en la simplicidad y sencillez purísima de mi intención, procurando que en todas mis obras, aunque sean muchas, resplandezca una perfectísima intención de agradar á solo Dios, por quien El es, en la cual están virtualmente incluidas grandes perfecciones.

El segundo propósito ha de ser de juntar en cada una de mis obras la variedad de las virtudes principales que pueden resplandecer en ellas, de modo que

cada obra sea también á su modo una y muchas, y abrace muchos espíritus y afectos de Dios; porque si rezo ó ayuno, ó doy limosnas, esta obra puede ir acompañada con afecto de amor de Dios, de confianza, de obediencia, de humildad, de temor filial y otros tales. Y quizá por esta causa Cristo N. S. llamó ojo á la intención, y á la obra cuerpo; dando á entender que, como el cuerpo tiene muchos miembros y partes, así cada obra ha de tener varios ejercicios de virtudes, enderezados todos por el ojo simplicísimo de la pura intención á gloria de solo Dios.

Coloquio.—¡Oh Dios mío, Dios de infinita majestad! Con gran firmeza creo que eres todas las cosas, en cuanto tienes con infinita eminencia la perfección de todas, porque todas reciben de Ti la perfección que tienen en sí. Tú eres todas las cosas, porque eres principio y fin, idea y ejemplar de la perfección que de Ti reciben; y tanto son más perfectas, cuanto su perfección se llega más á la tuya; Tú eres para mí todas las cosas que puedo desear; Tú eres mis riquezas, mis deleites, mis honras y mi tesoro; en Ti solo, sin otras cosas, lo tengo todo, y sin Ti todo será como nada para mí. ¡Oh alma mía! Si pretendes perfección, abrázate con Dios, y en El la hallarás sin mezcla de imperfección. Si deseas hermosura, mira y contempla á Dios, porque en El está toda sin mezcla de fealdad. Si amas la bondad, ama á Dios, en quien resplandece sumamente sin mezcla de malicia. ¡Oh mi Dios y todas mis cosas, cuándo tengo de ir á verte claramente en tu gloria, adonde eres todas las cosas á todos, por todos los siglos!

Propósitos.—Procurar que todo te hable de Dios y te lleve á Dios, hasta que consigas verlo todo en Dios y á Dios en todas las cosas.

DÍA OCTAVO

De la infinita santidad de Dios.

Preludios.—Imagínate ver la morada de la gloria, y escucha á los serafines que, abrasados en amor y cubriendo el rostro con sus alas, entonan sin cesar ante la Majestad divina el cántico de adoración suprema: «¡Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos!» Pídele humildemente que te haga digno de subir al monte de la santidad, para que un día puedas entonar en el cielo, en unión con los serafines, este mismo cántico de gloria.

PUNTO I

De las excelencias infinitas de la santidad de Dios.

Considera la infinita santidad de Dios N. S., por la cual es infinitamente bueno y santo, superando y conteniendo, con infinita eminencia, todas las virtudes que están repartidas en los santos, sin las imperfecciones y limitaciones que tienen en ellos. De modo que tiene infinita caridad, liberalidad y misericordia; infinita mansedumbre, clemencia y paciencia, con todas las demás, sin faltarle ninguna de las que no presuponen imperfección en el sujeto que las tiene. Y por esta razón se llama á boca llena "todo bien, y Dios de las virtudes„, en quien está, no una ú otra virtud, sino todas juntas, porque todas pertenecen á la infinita bondad y santidad de Dios, y cada una trae consigo encadenadas á las demás.

La segunda excelencia es, que las virtudes de Dios N. S. son ejemplar y dechado infinito de todas las que hay y puede haber en los santos, cuyas virtudes tanto son más ó menos perfectas, cuanto más ó menos se parecen y son semejantes á las de Dios, las cuales son tan infinitas, que otro que el mismo Dios no puede comprenderlas. ¡Oh Dios de las virtudes! "Tú solo eres Santo, y no hay otro fuera de Ti„; Tú solo prudente, Tú solo fuerte, Tú solo justo, y no hay quien se pueda igualar contigo, ni presu-

mir de sí. ¡Oh Dios de las virtudes, gózome con sumo gozo de la infinita excelencia que tienes en ellas! Tú eres la misma prudencia, conociendo lo que en Ti tienes; Tú la misma templanza, conformándote contigo; Tú la misma fortaleza, asiéndote de tu inmutabilidad; Tú la misma justicia, guardando tu ley eterna, y Tú la misma caridad, amando tu bondad, y por ella á los que la participan. ¡Oh, quién me diese que participase algo de tus virtudes para glorificarte con ellas! ¡Oh dulcísimo Jesús que dijiste: Sed perfectos como vuestro Padre lo es, y Tú en cuanto hombre alcanzaste la suprema perfección de las virtudes, y la suma semejanza que puede haber con Dios en ellas!, concédeme que imite las que ejercitaste en tu sagrada humanidad, para que juntamente imite las que resplandecen en tu soberana divinidad.

De aquí se sigue otra excelencia de Dios en estas virtudes, que es ser principio y causa de las demás, á quien se han de pedir como á su propio dueño y Señor, porque á El toca darlas, conservarlas, aumentarlas y perfeccionarlas en sus grados; y por esto se llama *Dominus virtutum*, Señor de las virtudes. Dios es Señor de la fe, del temor y esperanza; Señor de la castidad, humildad, obediencia y caridad, con las demás gracias y dones que la siguen. Y de este señorío se precia y de él he yo de hacer título para pedirle me dé estas virtudes, y los demás dones de su gracia, diciendo como David: "Señor, Dios de las virtudes, conviértenos, muéstranos tu rostro, y seremos salvos". ¡Oh Rey de las virtudes, dame aquéllas en que tu reino consiste, para que reines en mí por ellas.

PUNTO II

De la pureza infinita de la santidad de Dios.

Considera la infinita pureza de Dios en todas sus obras, en las cuales descubre aquellas dos partes de

la justicia, que llama David apartarse del mal y hacer bien. Porque primeramente las virtudes de Dios son tan puras, que no es posible admitir cosa que desdiga un punto de su infinita perfección. Y así, en Dios no puede haber ni defecto ni imperfección alguna, y tan propio es de su bondad ser impecable como ser Dios. No es posible que falte por ignorancia de lo bueno, porque todo lo sabe; no por olvido ó inadvertencia, porque de todo se acuerda; no por flaqueza, porque todo lo puede; no por pasión que le arrebate, porque todo lo previene; no por temor, porque á nadie teme; no por malicia, porque es la suma bondad y la primera regla, de la cual no puede desviarse.

De aquí es, que no solamente Dios no puede pecar por sí mismo, pero ni ser causa propia de que otros pequen, inclinándolos y moviéndolos á ello; porque esto desdice de su infinita pureza, y sería contrario á sí mismo y al orden de su infinita sabiduría y bondad. De aquí también es, que aunque Dios pudo tomar naturaleza humana sujeta á todas las penalidades de esta vida, no le era posible tomarla con sujeción á pecado.

De todo lo cual concluyo, que la infinita santidad de Dios resplandece en la pureza y santidad de sus obras, y que sus virtudes no están en El ociosas, sino que se descubren en sus obras. Por lo cual dijo David, que "Dios es fiel en todas sus palabras, justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras„. Y en ello quiere Dios ser imitado de los hombres con gran cuidado; y así, dijo á su pueblo: "No queráis manchar vuestras almas...; sed santos, porque Yo soy santo„. Y con las mismas palabras exhorta san Pedro á los fieles á que en su vida y "conversación sean santos„. ¡Oh Dios santísimo, que por tu sola bondad nos escogiste "para que seamos santos y sin mancha en tu presencia!„; concédeme que yo lo sea, apartando de mí toda culpa y adornándome con toda

virtud y santidad. ¡Oh serafines celestiales, que alabasteis á vuestro Dios con el nombre de Santo, de que tanto gusta!; venid de ese cielo con alguna brasa de amor, y purificad mis labios como los de Isaías, y juntamente mi corazón, para que todo yo sea puro y santo en la presencia de mi Señor.

PUNTO III

Del origen infinito de la santidad de Dios.

Considera que esta santidad la tiene Dios N. S. por su misma esencia, de modo que ni es participada de otro, ni añadida á su divina naturaleza. Es santo porque es Dios, y sólo El es la misma santidad por su propia esencia. Por esta razón dijo la madre de Samuel: "No hay otro santo como el Señor, ni hay otro fuera de El„; que es decir: No hay otro que pueda llamarse santo como Dios, porque sólo El llena el nombre de santidad.

De donde se saca el fundamento de la profunda humildad que tienen los santos en la presencia de Dios, la cual estriba en que toda la santidad de los hombres es añadida á su naturaleza, y mudable, y en comparación de la de Dios es como nada.

De esta consideración he de sacar, principalmente, un gran propósito de apartarme de todo género de culpa grave y pequeña, y de cualquier defecto, imperfección ó resabio de ella, en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que nuestro Señor dijo á su pueblo: "Serás perfecto sin mancha delante de tu Señor Dios.„ Procurando también imitar en la tierra la pureza que hay en el cielo; lo cual, en su tanto, puedo cumplir si vivo con cuidado de no caer en cosas pequeñas; y en cayendo como flaco, luego limpiarme de ellas, para que siquiera en alguna hora y parte del día, pueda decir Dios á mi alma: "Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna.„ Y finalmente, sacaré de aquí una resolución grande de no preciarme en esta vida de honras, ni

dignidades, ni de ingenio, letras ni otros talentos, sino principalmente de la virtud y santidad, acordándome que Dios N. S. se preció de éstas más que de todos sus atributos, en orden á nosotros, porque no habiendo nombre propio con que llamar á la tercera Persona de la Santísima Trinidad, la apropió el nombre de santidad, y no le llamó Espíritu eterno ó inmenso, sino Espíritu Santo. Y con este nombre quiere Dios ser llamado de los hombres como lo fué de los serafines.

Coloquio.—¡Oh Dios santísimo, que por excelencia te llamas Santo de los santos! Gózome de la infinita santidad que tienes. Confieso, Señor, que no puedo tener santidad si Tú no me la das, ni puedo durar en ella si Tú no la conservas; y por mucha que me des, será tan pequeña respecto de la tuya, que cubriendo mi rostro con vergüenza, diré á voces como los serafines: "Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos." Te suplico me fundes en una humildad muy profunda, para que sea digno de subir á una santidad muy levantada.

Propósitos.—Cobra odio al pecado al ver cómo nada hay que repugne tanto á la infinita perfección y santidad de Dios.

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

De la unidad de esencia en Dios, y de la trinidad en Personas.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la unidad de la esencia divina.

Considera el primer artículo de nuestra santa fe, por el cual confesamos que no hay más que un solo Dios, con una sola esencia y divinidad. De suerte, que no hay más que un Criador, un Gobernador, un Señor, un primer principio y un último fin de todas

las cosas. Y en esta verdad se fundan los más principales mandamientos de nuestra ley. Porque primeramente, como Dios es un bien sumo é infinito, en quien están encerrados todos los bienes y perfecciones posibles, sin que le pueda faltar una, porque si una le faltase, sería imperfecto, síguese claramente que no es más que uno, porque si hubiera otros dioses, faltárale la bondad y perfección que tienen éstos, por la cual se diferenciara de ellos. Y en esto se funda mandarnos Dios que le amemos sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, porque es sumo bien, todo bien, y único bien digno de ser amado con sumo amor y con único amor, sin dividirle ni partir el corazón en otros amores que no sean en orden á su amor.

Lo segundo, como Dios es soberano y supremo Señor y gobernador de sus criaturas, á quien todas están sujetas, y á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir, síguese, que no es más que uno solo porque si fueran muchos dioses, tuvieran diferentes juicios, voluntades y poderes y no fuera posible durar el mundo con la paz y concierto que tienen las criaturas. Y así, el concierto de los cielos, elementos y animales, pregonan que hay un solo Dios y gobernador de todo. Y en esto se funda mandarnos Dios que á El solo adoremos, temamos y sirvamos con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma. Por lo cual todo mi cuidado tengo de poner en servir á este único y supremo Señor mío, y dar á El solo la obediencia, y á ningún otro, sino es por El, y por estar en su lugar y quererlo El así.

Lo tercero, como Dios es nuestro supremo legislador, á quien pertenece darnos leyes, porque su dictamen y voluntad es regla de lo que hemos de hacer, y á El también pertenece ser juez de todos para dar premio á los obedientes, y castigo á los rebeldes, y El mismo es nuestro último fin y bienaventuranza, en cuya vista y posesión hallaremos hartura y satisfac-

ción de todos nuestros deseos, síguese de todo esto evidentemente, que no puede ser más que un Dios, un legislador y supremo juez, y un último fin. Y en esto se funda la obligación que tenemos á que nuestra intención sea una, pura y sencilla, enderezando todas nuestras obras á sólo Dios como á nuestro último fin, buscando su sola honra y gloria en todas las cosas.

De todo esto tengo de sacar. Lo primero, grande compasión de los infieles é idólatras que multiplican dioses falsos con injuria del verdadero Dios, suplicándole que destruya tal vicio del mundo. Lo segundo, sacaré cuán grave mal sea el pecado que pretende destruir la unidad de Dios, admitiendo falsos dioses, pues, como dice san Pablo, los carnales tienen por Dios á su vientre, los avarientos al dinero, los soberbios á la honra vana, y cada uno toma por su Dios y último fin á la cosa por la cual deja el verdadero Dios; de donde procede, que cada día, como dice la Escritura, inventan dioses nuevos. Lo tercero, sacaré un entrañable deseo de reducir todas mis pretensiones, aficiones y deseos á este uno y supremo Dios, sin derramarme á otras cosas, contentándome con amar, reverenciar y servir á un solo Dios, criador de todas las cosas, de quien todas proceden, y á un solo fin, á quien todas se ordenan, en quien hallarás descanso y hartura sempiterna.

PUNTO II

De la trinidad de las Personas divinas.

Consideraré el otro artículo principalísimo de nuestra fe, que Dios N. S. de tal manera es uno en esencia, que juntamente es trino en personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cautivando mi entendimiento á creer esta verdad, aunque no alcance el modo cómo es; pero puedo discurrir que Dios N. S. junta en sí mismo todo lo bueno y perfecto que vemos en las criaturas, sin lo malo é imperfecto que hay en ellas

Y así tiene, lo bueno de ser uno, sin lo malo que tiene ser solo; y tiene lo perfecto de ser en alguna manera muchos, sin lo imperfecto que tiene ser diverso; es uno en la esencia y en la divinidad; uno en la bondad, sabiduría, omnipotencia y en todos los demás atributos; y á esta causa las tres divinas Personas, como son un Dios, tienen un mismo sentir y querer, y un mismo poder y obrar, sin que haya entre ellas diferencia de pareceres, ni contrariedad de voluntades, ni encuentro en las obras, porque todas sienten lo mismo, quieren lo mismo y obran lo mismo fuera de sí, con suma paz y concordia. Pero juntamente son tres personas diversas, y no una sola; porque no careciese Dios de la perfección y gozo que trae consigo la comunicación y amistad perfecta entre iguales, y para que la bondad, sabiduría y potencia de Dios cumpliesen su deseo de comunicarse infinitamente con modo infinito. Y así, el Padre llena estos deseos, comunicando su divina esencia y toda su sabiduría y omnipotencia al Hijo; y el Padre y el Hijo comunican lo mismo al Espíritu Santo; y entre los tres hay infinito amor y amistad perfectísima, como entre personas iguales y semejantes, que llegan á ser una misma cosa real y verdaderamente en la substancia de su divino ser; y en esta comunicación y amistad hay infinito gozo y alegría, gozándose infinitamente cada Persona del propio ser personal que tiene la otra.

De esta consideración tengo de sacar. Lo primero, una grande admiración y profunda reverencia á la majestad de Dios, uno y trino, venerando sumamente lo que no alcanzo, y animándome, como dice Isaías, á creerlo para entenderlo, y exclamando como san Pablo: "¡Oh alteza de las riquezas del ser y sabiduría de Dios!„ Si tus juicios son incomprensibles y tus caminos investigables, ¿cuánto más incomprensible será tu ser, cuánto más investigable tu deidad? Aumenta, Señor, mi fe, para que crea tu soberana

Trinidad de modo que la entienda, y para que la entienda de modo que la ame y llegue á gozar de ella para siempre jamás.

Lo segundo, sacaré de aquí un grande gozo de la perfectísima unidad que tienen entre sí las tres divinas Personas, con un entrañable deseo de tener parte en ella, é imitarla del modo que me es posible. ¡Oh Padre Eterno, gózome de la unión que tenéis con vuestro Hijo! ¡Oh Hijo Unigénito de Dios, gózome del amor que tenéis á vuestro Padre! ¡Oh Espíritu santísimo, gózome de la unión y amor que tenéis al Padre y al Hijo! ¡Oh Trinidad beatísima, gózome de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma! ¡Oh Dios infinito, pues me dísteis fe de esta soberana unión, dadme gracia para imitarla del modo que Vos queréis!

Luego tengo de aplicarme á considerar el modo cómo puedo imitarla, acordándome de que Cristo N. S., la noche de la cena, pidió á su Padre para que nosotros fuésemos una cosa como los dos lo eran, de modo que como las tres divinas Personas tienen un mismo sentir y un mismo querer y obrar en todas las cosas; así yo procuraré unirme y hacerme una cosa con Dios por amor, teniendo un mismo sentir con el suyo en todas las cosas que me ha revelado y un mismo querer en todas las cosas que me ordena, haciendo todas mis obras del modo que me las manda, sin apartarme de su voluntad en cosa alguna, conformándome con ella con suma concordia y alegría.

Esta misma unión, en su tanto, tengo de procurar con mis superiores y con los que gobiernan mi alma, conformando mi juicio y mi voluntad y la ejecución de mis obras, con el juicio y voluntad de los que me gobiernan en nombre de Dios; y la misma unión tengo de procurar con todos los prójimos en todas las cosas que lícitamente puedo, conformándome con ellos, como dice san Pablo, en el sentir y hablar y en lo demás que la caridad ordena.

PUNTO III

De la unidad de la esencia y de la trinidad de las personas.

Considera el modo cómo pasa en Dios este misterio. Porque la primera persona, que es el Padre, conociendo y comprendiéndose á sí mismo y á su divina esencia, con infinita mayor claridad que yo me veo á mí mismo en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imagen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, como dice san Pablo, "es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su substancia, imagen invisible suya„. Este es el que llama san Juan, Verbo y palabra de Dios, la cual habla dentro de sí exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe, y por esto se llama su sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama y se agrada en El con infinito amor y gozo, porque ve en El su misma bondad infinita; y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que ve en El y recibe de El; y los dos juntos por este amor, producen un ímpetu ó impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo, comunicándole su misma divinidad y así es un Dios con ellos. Y todo está en Dios desde su eternidad, porque todas tres personas son eternas, sin que una sea primero que la otra, ni el Padre es más antiguo que el Hijo, ni el Hijo que el Espíritu Santo, porque no son Padre é Hijo como los de la tierra. Además todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de la otra; y dondequiera que está el Padre está el Hijo y el Espíritu Santo; y todas tres son iguales, sin que una sea mayor que otra, porque tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo. Y así, todos tres tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismos y de su divinidad, de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos

sin fastidio, y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Y así, aunque Dios en su eternidad, antes de criar al mundo, estaba solo sin criaturas, no estaba ocioso ni sin gozo, porque su principal obra es la interior de conocimiento y amor, en la cual está su inefable gozo, y de ella proceden las obras exteriores que son comunes á todas tres personas, porque todas son un Criador, Santificador y Glorificador, y un Bienhechor, de quien proceden las obras de naturaleza, gracia y gloria. Y así, todas tres oyen nuestras oraciones, cumplen nuestros deseos y nos llenan de sus misericordias.

Coloquio.—Yo creo, adoro y amo á la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas. Yo creo lo que no comprendo, adoro lo que no concibo, amo lo que no veo. Yo creo, adoro y amo al Padre, que es mi Criador, al Hijo, que me redimió, y al Espíritu Santo, que me santificó. ¡Oh Trinidad adorable! No fueras mi Dios si no excedieses á mi discurso; mi corazón no podría amarte y adorarte como á mi Dios, si mi razón te pudiese comprender, porque no serías infinito si no fueses incomprensible, y no fueras Dios si no fueses infinito. Cuanto te comprendo menos, tanto más te debo creer y tanto más te debo adorar. Cuanto más excedes á mi discurso, tanto más mereces mi respeto y mi amor. Tú eres ahora el objeto de mi fe y de mi adoración, y serás algún día el objeto de mi bienaventuranza y mi único amor. Hoy eres la razón de mi mérito, pero un día serás mi recompensa y mi gloria. Hoy te me ocultas para aumentar mis méritos, entonces te descubrirás claramente para coronarme.

Propósitos.—Rendir constantemente tu razón al yugo suave de la fe, contentándote con saber que Dios, infinitamente sabio y santo, nos ha revelado claramente este admirable misterio.

TRIDUO DE PREPARACIÓN PARA LA FIESTA DEL CORPUS

DÍA PRIMERO

El santísimo Sacramento de la Eucaristía es memorial de las grandezas de Dios.

Preludios.—Contempla al Santísimo Sacramento como un sol cuyos suaves rayos iluminan el cielo y la tierra, y pide conocer las grandezas de este Sacramento para recibirle con más reverencia.

PUNTO I

La Eucaristía, compendio de las grandezas de la divinidad.

Considera cómo este santísimo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la divinidad que en él están encerradas. Porque lo primero, aquí está la persona del Verbo divino, unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice san Pablo, mora la plenitud de la divinidad corporalmente. Y, por consiguiente, está en su compañía la santísima Trinidad, porque no es posible apartarse una persona de otra, por ser todas un mismo Dios. Y como Dios en todas partes es infinitamente activo, aquí también ejerce su infinita actividad. Aquí el Padre comunica al Hijo su substancia y vida; aquí el Padre ama al Hijo, y el Hijo al Padre, y de este amor mutuo resulta el Espíritu Santo. Así en el santísimo Sacramento ejercita la santísima Trinidad sus obras *ad intra*, y del mismo modo ejercitan las acciones que por apropiación se atribuyen á cada una de las Personas divinas. Desde este Sacramento, como desde el cielo, el Padre crea, conserva y gobierna el mundo; desde este admirable Sacramento, el Verbo se ocupa especialmente en las obras de la gracia, purificando nuestras almas del pecado y preservándolas de toda falta, y el Espíritu Santo nos santifica, iluminándonos, moviendo nuestras almas á la más alta virtud, y en fin, todos juntos nos deifican.

Y aunque todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo á El especialmente se atribuyan, son también de toda la santísima Trinidad, con quien es una sola cosa por naturaleza. ¡Oh Trinidad beatísima!, único Dios verdadero, infinitas alabanzas os sean dadas por todas estas operaciones; hacedlas todas en mí y reinad en mí para siempre.

PUNTO II

La Eucaristía, compendio de los atributos de Dios.

Considera cómo también en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios, pues como dijo el mismo Apóstol, "en Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y también los de su bondad y caridad„, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres; la bondad, en comunicarse á sí mismo de esta manera á sus fieles; la caridad, en unirse y entrañarse con sus amigos, y no negarse á sus enemigos; la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos y bebida de los sedientos, y venir personalmente á visitar y curar los enfermos; la liberalidad, en darnos de pura gracia cuanto tiene, y la omnipotencia, en hacer tantos milagros para la ejecución de todo esto; en cada una de estas perfecciones se puede hacer grande pausa, sacando de todas grande admiración por la mucha estima que tiene Dios de nosotros, diciéndole con David: "¡Oh Dios y Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!„ Admirable fué en la creación del hombre, más admirable en su reparación, y no menos admirable en su sustento, haciendo una suma de tus maravillas para sustentar al que es suma de tus obras.

PUNTO III

La Eucaristía compendio de las obras de la omnipotencia divina.

Considera cómo este divino Sacramento es sobre todo un memorial de las maravillas de la omnipotencia de Dios, la cual obra aquí muchos y muy grandes milagros invisibles á los ojos del cuerpo, pero admirables á los ojos del alma, que los mira con la lumbre de la fe.

El primero, es deshacer Dios con su palabra la unión natural que tenían los accidentes con su substancia, destruyendo la substancia y conservando los accidentes; de modo, que aunque percibo con los sentidos color, sabor y olor de pan y vino, pero realmente no está allí la substancia del vino, ni del pan, sino la carne y sangre de Jesucristo, en quien milagrosamente se convirtió.

El segundo milagro es, convertirse una substancia tan pequeña de pan y vino, en un cuerpo tan perfecto como el de Cristo. De modo que debajo de los accidentes que permanecen, está todo con la entereza y gloria que tiene en el cielo. Allí está su sacratísima cabeza con aquellos divinos ojos que roban el corazón y con su vista destruyen todo mal. Allí están sus benditísimos pies y manos con las señales de las llagas que hicieron los clavos; y el costado, con la llaga que hizo la lanza; y el corazón encendidísimo, con el fuego de amor que le movió á recibirlas, y todo el cuerpo con las dotes de la claridad y hermosura que excede á la del sol, luna y estrellas.

El tercer milagro estupendo es, estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento á modo de espíritu indivisiblemente. De suerte que todo El está en toda la hostia, y todo en cada parte de ella. De donde resulta, que aunque la hostia se divida, Cristo N. S. no se divide, sino todo El entero queda en cada parte

de ella. Y de aquí es también que la vida que vive Cristo en el Sacramento, no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí, aunque tiene pies, no anda, y aunque tiene manos, no palpa, y aunque tiene lengua, no habla; solamente usa de las potencias espirituales propias del espíritu.

El cuarto milagro es, que estando Cristo N. S. en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento, y juntamente está en diferentes partes del mundo, dondequiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar alguno; y con tanta vigilancia atiende á la consagración de cualquier sacerdote, que en diciendo: "Este es mi cuerpo„ en el mismo instante saca verdaderas las palabras y hace todos los milagros que quedan referidos. ¡Oh omnipotencia soberana de Jesús, que así te empleas en provecho de los hombres, ofreciendo á darnos tu cuerpo y tu sangre por comida y bebida á costa de los mayores milágros de tu omnipotencia divina! ¿Qué te daré, Señor, por tan admirable beneficio, sino dedicarme en todo tiempo y lugar, á servirte?

Coloquio.—¡Oh Padre amantísimo, gracias te doy por haber dado á tus hijos Pan tan soberano; Pan verdaderamente de ángeles, con el cual se sustentan, aunque de otro modo que los hombres; Pan por excelencia verdadero, en cuya comparación, el maná no fué más que figura! Y pues tan á costa tuya lo preparaste de modo que pudiese comerle, yo también con tu ayuda me prepararé para recibirlo, mi corazón vivirá con dolor de sus pecados y todas mis potencias trabajarán para prepararte una morada menos indigna de tu majestad y de tu amor.

Propósitos.—Comulgar cada vez con nuevo fervor, lo que conocerás si te preparas con esmero y si sacas el fruto que necesitas.

DÍA SEGUNDO

El santísimo Sacramento de la Eucaristía, memorial de los oficios, virtudes y beneficios de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Jesús silencioso y recogido en el sagrario, más aún y más humillado que en Belén y Nazaret. Pídele el vivir tú amante del recogimiento y la soledad para oir la voz de Dios.

PUNTO I

La sagrada Eucaristía, memorial de los oficios que en el mundo ejercitó Cristo N. S.

Considera cómo este divino Sacramento es un memorial de los oficios que Cristo N. S. ejercitó con los hombres viviendo en el mundo, renovándolos todos en este santo Sacramento con cada hombre en particular. Discurre por cada uno de estos oficios, ponderando tres cosas: el modo cómo Cristo lo hizo en la tierra, el modo cómo lo ejercita en el Sacramento y la grande necesidad que tienes de que haga contigo este oficio, llegándote á la Comunión con este espíritu y deseo conforme á tu necesidad.

Considera, primeramente, cómo Cristo, viviendo en carne mortal, hizo con los hombres oficio de médico, dando vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, y esto no con medicinas corporales, sino con sola su palabra ó tocándolos con la mano ó con su vestidura; y de la misma manera sanaba las enfermedades del alma, con la infinita virtud que de El salía para bien de todos. Luego ponderaré cómo se puso en este Sacramento para ser médico y medicina de cada uno de nosotros hasta el fin del mundo; porque con tocar su cuerpo y sangre mediante las especies sacramentales, sana las enfermedades espirituales del que le recibe, cura sus llagas, enfrena sus codicias y le da entera salud en el espíri-

tu, y á veces también, si conviniere, se la dará en el cuerpo. Luego me miraré á mí mismo, ponderando la extrema necesidad que tengo de este soberano Médico por estar enfermo con graves y peligrosas enfermedades, contándoselas como lo hacen los enfermos, suplicándole que las cure con su divina presencia, pues para este fin me visita.

De este modo puedo también considerar, cómo Cristo N. S. hizo en esta vida mortal oficio de maestro. Y de esta manera le hace en este Sacramento con el que le recibe; porque mientras está en el breve mundo del hombre, es también luz de ese mundo, y le alumbra interiormente, enseñándole dentro del corazón las verdades que están escritas en el Evangelio. Y mirando la necesidad que tengo de este divino Maestro, le diré con grande afecto: ¡Oh Maestro soberano, que vienes del cielo á enseñarme el camino de la perfección, destierra mis ignorancias y alumbra mis tinieblas, para que mi alma con tu presencia quede llena de tus verdades y virtudes!

Lo tercero, puedo también considerar cómo Cristo N. S. hizo oficio de Salvador y Redentor, sacando del poder y tiranía del demonio los cuerpos de muchos endemoniados, y las almas de muchos pecadores, dando su vida y sangre con terribles dolores y desprecios en precio de esta redención. Y de la misma manera hizo oficio de Pastor de su rebaño, cumpliendo todo lo que está á cargo de un buen pastor, hasta dar la vida por sus ovejas. Y los mismos oficios hace en este Sacramento; porque viene principalmente para aplicarnos el fruto de su copiosa redención, librándonos de la tiranía del demonio, de la esclavitud de la carne y de sus pasiones, y de la servidumbre de los vicios.

Y también hace oficio de pastor cuidando de cada alma como si fuera ella sola, apacentándola con su propio cuerpo y sangre. De suerte que, no solamente la oveja come de la mesa del Pastor, como dijo Na-

tán á David, sino come de la misma carne de su Pastor; al contrario de los pastores de la tierra, que comen de las carnes de sus ovejas. Luego, mirándome á mí mismo, ponderaré la servidumbre en que vivo, y los peligros grandes en que ando de perecer de hambre y de flaqueza, y de dar en manos de los lobos infernales; y con este sentimiento clamaré á mi Redentor y Pastor para que me favorezca, diciéndole: ¡Oh Redentor misericordioso y Pastor soberano, líbrame de las bocas de estos lobos y leones del infierno; y pues has puesto delante de mí esta mesa celestial contra los que me atribulan y persiguen, apaciéntame y fortifícame con ella de modo que alcance la victoria, y goce de la mesa que me tienes preparada en tu gloria!

PUNTO II

La sagrada Eucaristía memorial y suma de las virtudes de Cristo.

Considera cómo este divino Sacramento es memorial de las virtudes esclarecidas que Jesucristo N. S. ejercitó en la tierra, ejercitándolas también aquí; de suerte que como vino al mundo á darnos ejemplo de vida, y ponernos delante el dechado de virtudes que todos debíamos imitar, así también viene ahora en el Sacramento para darnos cada día nuevos ejemplos de estas mismas virtudes, especialmente de las que son más necesarias para nuestra salvación y perfección.

La primera es humildad, encubriendo su infinita grandeza y resplandor con una figura tan vil como es de pan y vino, de donde resulta que muchos lo desprecian y tratan como puro pan y puro vino. La segunda, es obediencia pronta y puntual al sacerdote que consagra, acudiendo luego que dice aquellas palabras, aunque sea malo, y las diga con mala intención y para mal fin, y en cualquier lugar y hora que las dijere sin réplica ni dilación alguna. La tercera, es

mansedumbre y paciencia admirable en todas las injurias que se le hacen, así por los herejes é infieles, como por los pecadores que le reciben en pecado, ó por los descuidos de los sacerdotes tibios, sin que sea parte ninguna de estas cosas para que deje de estar en la hostia todo el tiempo que duran las especies sacramentales. La cuarta es, la caridad y misericordia con que viene al Sacramento, para ejercitar todas las obras de misericordia con todos los hombres, grandes y pequeños, sin aceptar personas, no mirando más que al bien de cada una de las almas, dándose todo á cada una en testimonio de que murió por cada una. La quinta es, perseverancia, así en permanecer en la hostia y cáliz hasta que se consuman las especies sacramentales, como también en cumplir todo lo dicho hasta el fin del mundo, sin que ningunos pecados sean poderosos para que deje de cumplir lo prometido.

En cada una de estas cinco virtudes se pueden hacer grandes consideraciones. Pero cuando fuere á comulgar he de pedírselas á nuestro Señor, poniendo los ojos de la fe en las cinco señales de las llagas que tiene allí su cuerpo glorificado, y diciéndole: "Dulcísimo Jesús, pues vienes á mi pobre morada con tus cinco llagas, por ellas te suplico me des estas cinco virtudes. Por las dos llagas de tus sagrados pies te pido humildad y mansedumbre; por las dos llagas de los manos, obediencia y perseverancia, y por la llaga del costado me llena de tu encendida caridad, para que amándote y obedeciéndote con perseverancia, alcance la corona de la gloria.

PUNTO III

La sagrada Eucaristía memorial y suma de los beneficios de Cristo N. S.

Considera cómo este soberano Sacramento, en cuanto es señal de cosa sagrada, tiene una cosa especial sobre los demás sacramentos, que es ser señal y

suma de los tres mayores beneficios que Dios ha hecho ni hará á los hombres: uno pasado, que es la redención; otro presente, que es la santificación, y otro futuro, que es la glorificación; todo lo cual representa con un modo singularísimo, asistiendo el mismo Cristo dentro del sacramento que lo significa, como consta de aquella antífona que canta la Iglesia: "¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe Cristo, renuévase la memoria de su Pasión, el ánima se llena de gracia y se da en prendas de la futura gloria!„

Porque no sólo es señal y prenda de la gloria por encerrar en sí á Cristo S. N., Rey de la gloria, sino porque es medio eficacísimo para alcanzarla, pues no puede haber prenda más cierta para alcanzar un fin que el medio eficacísimo para alcanzarle. En efecto, lo necesario para alcanzar la gloria es perdón de las culpas pasadas, preservación de las futuras, sustento de la gracia recibida y perseverancia hasta la muerte. En todo esto tiene eminencia este sacramento, porque confirma el perdón de los pecados adquirido por la penitencia, admitiéndonos el mismo Rey, que nos perdona, á su mesa en señal de habernos perdonado. También nos preserva de culpas, porque enfrena las pasiones de la carne, da fortaleza contra las tentaciones del demonio, previénenos contra todos los peligros del mundo y sustenta la vida de la gracia, como el manjar sustenta la vida del cuerpo, pero con tanta eficacia, que puede conservar el aumento que ha dado hasta la vida eterna. Todo lo cual se funda en la promesa de Cristo N. S., que dice: "Este es el Pan que bajó del cielo para que, si alguno comiere de él, nunca muera. Yo soy Pan vivo que bajó del cielo; si alguno comiere de este Pan, vivirá para siempre; y el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el día postrero„. En las cuales palabras Cristo N. S. nos asegura que este divino Pan, con su virtud celestial nos libra de todo lo contrario á la vida eterna, por-

que nos libra de la muerte primera, que es la culpa, y de la muerte segunda del alma, que es la condenación, y á su tiempo nos librará de la muerte del cuerpo en la resurrección. Demás de esto nos concede todo lo que es vida eterna, porque nos da la vida de la gracia y la conserva hasta el fin, y después nos dará la vida de la gloria de que goza el alma, y al fin del mundo la vida gloriosa de que ha de gozar el cuerpo.

Coloquio.—¡Oh Médico misericordiosísimo! ¡Oh Redentor liberalísimo! ¡Oh Rey piadosísimo! ¡Oh Padre amantísimo! ¿Qué haré por tu servicio en recompensa de lo mucho que haces por mi provecho? ¿Cómo no amaré á quien tanto me ama? ¿Cómo no estimaré la gracia de mi santificación, pues el mismo Santificador viene en persona á comunicármela? ¿Cómo no tendré hambre de tan soberano convite, pues el mismo Dios que me convida es el mismo manjar que tengo de comer para recibir con él la vida? Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta merced tan soberana, y por ella te pido no sea corto en agradecerla, ni tibio en corresponder á ella.

Propósitos.—Procura ser alma de oración y de mortificación. Sin esas dos cualidades y la huida y odio de toda culpa venial deliberada, no puedes comulgar con frecuencia con las disposiciones debidas.

DÍA TERCERO

El santísimo Sacramento de la Eucaristía memorial de la Pasión y Muerte de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Cristo crucificado como estaba en el Calvario, dentro de la hostia consagrada, y pídele grande agradecimiento por este beneficio, que nos recuerda el beneficio de la Redención.

PUNTO I

De la bondad de Cristo N. S. en instituir este Sacramento en memoria de su Pasión.

Considera cómo deseando el Redentor que en su Iglesia hubiese perpetua memoria de su Pasión y

muerte y del soberano beneficio que nos hizo en ella, instituyó para ello este sagrado convite, en que cada día nos da á comer y beber su cuerpo y sangre debajo de especies de pan y vino.

Sobre esta verdad de nuestra fe se han de considerar, primeramente, las causas porque quiso Cristo N. S. que, habiendo sido su Pasión y muerte afrentosa y dolorosa, la señal y memoria de ella fuese un convite lleno de dulzura y suavidad, pues parece que venía mejor que la señal y memoria fuera algún sacramento en que derramáramos nuestra sangre, ó comiéramos alguna cosa amarga. Nada de esto quiso, sino que la memoria fuese en especies de pan y vino. Las causas principales fueron cuatro, todas llenas de suavidad.

La primera, para descubrirnos su infinita bondad y la caridad y amor que nos tiene como Padre, escogiendo para sí las cosas penosas y dando á nosotros las suaves en memoria de sus penas, y para aplicarnos el fruto y provecho que se nos sigue de ellas; porque propio es de padres tomar para sí lo trabajoso, y dar á sus hijos lo suave, y este espíritu quiere que tengamos todos sus hijos para con nuestros hermanos y prójimos. La segunda, para que por aquí viésemos el gusto con que padeció los trabajos de su Pasión en cuanto era en beneficio nuestro, y así quiere que su memoria sea en cosa de gusto y en banquete de regocijo, para que con más gusto nos acordemos de ella y se la agradezcamos. De suerte, que como el día de su Pasión fué para El día de desposorio con la Iglesia, así la memoria ha de ser convite de regocijo, como en las bodas se acostumbra. La tercera, para que viésemos la suavidad de su ley, de la cual había dicho que era carga ligera y yugo suave. La cuarta, para obligarnos con esto á que nosotros imitemos las cosas amargas y afrentosas de su Pasión, pues cuanto El se mostró más liberal en querer que su memoria fuese en convite lleno de tan-

ta suavidad, tanto más nos obliga á que, á ley de agradecidos, nos acordemos de ella con cosas llenas de amargura, abrazando la penitencia, humillación y todo lo que es conforme á Cristo crucificado y despreciado. ¡Oh Amado de mi corazón!, ¿qué haré yo por Ti en recompensa de tan soberano beneficio y del amor tan excesivo que en él me muestras? Si te miro como Padre, eres amorosísimo; si como Redentor, eres dulcísimo; si como Legislador, eres suavísimo; por todas partes me coronas con misericordia y con innumerables obras que proceden de ella. Deseo por tu amor coronarme con innumerables espinas, pagando con trabajos tus tormentos, llenos de innumerables misericordias.

PUNTO II

Por qué quiso Cristo N. S. quedarse El mismo para ser memoria de su Pasión.

Considera las causas por qué quiso Cristo N. S. quedarse El mismo real y verdaderamente en este Sacramento, para ser memoria de su Pasión. La primera causa fué, para descubrirnos la estima grande que tiene de su Pasión, queriendo El mismo ser el memorial de ella, para obligarnos á tener grandísima estima y continua memoria de este beneficio, agradeciéndoselo mucho, pues Cristo se hace despertador de la memoria contra nuestro olvido, y del agradecimiento contra nuestra ingratitud.

La segunda causa fué, para descubrirnos más su infinita caridad y el deseo inmenso que tiene de padecer por nuestro bien, porque cada vez que se dice misa, como el mismo Cristo hace representación de su Pasión y muerte, así está dispuesto por nuestro amor á padecer y morir real y verdaderamente, si fuera menester para nuestro provecho; pero como esto no es necesario ni conveniente, gusta de padecer y morir, siquiera con la representación. Con lo cual, nos obliga á que nosotros mismos, real y ver-

daderamente procuremos tomar parte en su Pasión y muerte, así por su amor como por el bien de nuestros hermanos.

La tercera causa fué, para suplir con su presencia la falta de agradecimiento que tienen los hombres, no sólo por el beneficio de su redención, sino por los demás beneficios que han recibido de Dios, los cuales por ser infinitos no pueden ser agradecidos bastantemente por pura criatura; y así El mismo quiere por su persona en este Sacramento ser el que agradece por nosotros todos estos beneficios. De donde vino á llamarse este Sacramento, Eucaristía, que quiere decir acción de gracias. ¡Oh Dios de amor!, ¿qué es lo que haces? ¡Oh Bienhechor infinito!, ¿qué es lo que ordenas? Si para agradecerte los beneficios recibidos me haces de nuevo otro tan grande como todos ellos, ¿con qué tengo de agradecer este nuevo beneficio? Alábate, Señor, Tú mismo á Ti mismo por este y por todos los demás, y este mismo beneficio te alabe por sí y por los otros, pues tu obra es confesión y engrandecimiento, dándote por manjar á los que te temen; y pues yo no puedo darte cosa nueva por las grandes mercedes que me has hecho, recibiré este cáliz de mi salud, alabando y glorificando tu santo nombre.

PUNTO III

Por qué quiso Cristo N. S. quedar en especies de pan y vino.

Considera las causas por qué quiso Cristo N. S. quedarse en especies de pan y vino para ser memorial de su pasión, pues sin duda tienen con ella alguna semejanza.

La primera, fué para significar que así como en este Sacramento se junta Cristo con pan hecho de granos de trigo despedazados y molidos, y con vino hecho de granos de uva pisados y estrujados, así en su pasión fué su cuerpo sacratísimo atormentado y

molido con azotes, espinas y clavos, y también fué pisado con graves ignominias y estrujado hasta sacarle toda la sangre, y dejarle exprimido como uva en el lagar. Y así, con la presencia de estas especies de pan y vino quiere que nos acordemos de los dolores y afrentas que representaban, y que como comemos el pan y bebemos el vino, así comamos y bebamos é incorporemos con nosotros las penas de su Pasión y muerte. Y en especial hemos de quebrantar y moler nuestro corazón con la contrición de nuestros pecados, y castigar nuestra carne con penitencias, y gustar de ser despreciados por imitarle.

Pero más adelante pasa la caridad de este Señor, porque en el bautismo el bautizado representa, como dice san Pablo, la muerte y sepultura de Cristo, cuando es sumido debajo de las aguas, como El fué sumido debajo de las olas de sus trabajos y aflicciones y colocado en el sepulcro debajo de una grande losa. Pero en este Sacramento el mismo Cristo representa su muerte y sepultura cuando es comido y puesto dentro del pecho en memoria de que fué desmenuzado por sus perseguidores y tragado de la muerte y puesto en una sepultura. Y á todo esto asiste el mismo Señor para que se haga con reverencia y espíritu, comunicando los frutos de su pasión y muerte al que dignamente le recibe.

Coloquio —¡Oh alma mía, acuérdate cuando comulgas que eres sepulcro del mismo Jesucristo, recibiéndole dentro de ti, vivo en sí mismo, pero muerto en la representación! Mira que su sepulcro fué glorioso, nuevo y cavado en piedra, para que entiendas que también tú has de ser gloriosa por las virtudes, nueva por la renovación del espíritu y fundada en la imitación de la piedra viva que es Cristo. ¡Oh Cristo dulcísimo, santificad este sepulcro en que ahosa entráis, para que mientras estéis en él, sea digna morada vuestra! Y como en vuestro sepulcro ningún otro fué jamás sepultado, así en éste no entre de aquí adelante cosa que os desagrade, ni criatura que le

profane, conservándole siempre nuevo y puro para vuestra gloria por todos los siglos.

Propósitos.—Huye de las comuniones tibias y rutinarias que tanto enfrían el corazón y tantísimo daño hacen á la piedad.

FESTIVIDAD DEL SANTISIMO CUERPO DE CRISTO

***Preludios.*—Imagínate el sagrario como un horno encendido de donde salen intensísimas llamas de amor divino, y pide ser abrasado en aquellas llamas de caridad.**

PUNTO I

De la generosidad infinita del amor de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera cómo la propiedad de la bondad es comunicarse, y la propiedad de la bondad infinita, es comunicarse infinitamente. Dios para seguir esta inclinación había llenado al hombre de todo género de bienes en el orden de la naturaleza y de la gracia; pero todo lo que Dios había dado al hombre hasta entonces, no había podido contentar su corazón. Por eso se hallaba el hombre con hambre de verdad, de bien y de vida, aun en medio de toda esta abundancia, porque aunque poseía algunos bienes, no poseía el origen de donde nacen. Para contentarle fué menester que Dios, después de haberle dado tantos bienes, se diese en fin á sí mismo, y esto es lo que hizo en la Encarnación, pero como el Verbo en la Encarnación, sólo se unió á la santa Humanidad de N. S. Jesucristo, sólo se dió propiamente á ella, y así para contentarnos perfectamente, fué menester que se diese á cada hombre, y esto es lo que hace en la Eucaristía, donde el mismo Verbo que se dió á la Humanidad de Cristo se da verdadera y realmente á cada hombre en particular. ¡Qué dádiva tan infinita!

Jesucristo S. N. se nos dá en la Eucaristía y enteramente, porque nos da su cuerpo, su alma, su san-

gre y su divinidad. Todo esto nos lo da con el modo más perfecto, pues por la comunión poseo verdadera y realmente á Jesucristo, haciéndome sumamente rico; porque, como dice san Agustín, Dios se hace mi posesión: *De toto Deo dives es.* Es verdad, que el fiel posee á Jesucristo por la fe, según dice san Pablo, pero esta es una posesión de conocimiento, y de conocimiento muy obscuro. Es verdad, que el justo le posee por la caridad; pero esta es una posesión que se hace por la conformidad de las voluntades y no por la unión de las substancias, pero en la comunión nosotros poseemos á Jesucristo con una posesión muy íntima, muy verdadera y muy real. Le poseemos con un dominio tan absoluto, que podemos disponer enteramente de El como nos agrade. De modo, que Jesucristo nos es todo en la Eucaristía, y nos conviene para todo con propiedad; porque al mismo tiempo es nuestro Pastor y nuestra comida, nuestro Médico y nuestro remedio, nuestro guía y nuestro Viático, nuestro Redentor y el precio de nuestra redención.

¿Pues si Jesucristo se ha dado á nosotros enteramente en la Eucaristía, podemos dejar nosotros de darnos enteramente á El? El agotó sus tesoros para ganar nuestro corazón interesado; pero viendo que esto había sido inútil, quiso, en fin, darse á nosotros en la Eucaristía para ganar nuestro amor: después de haber resistido á todos sus beneficios, ¿podremos resistir al mismo Cristo? Si tuviera alguna cosa que darnos mejor que á sí mismo, nos la daría. Aunque es Dios, no puede darnos ninguna cosa mejor, que á sí. *Quid retribuam pro te ipso?* ¿Si yo era incapaz de reconocer todos tus beneficios, cómo podré, Señor, reconocer éste, en el cual Tú mismo te me das? Cuando tuviera todos los imperios y todos los corazones del mundo para ofrecértelos, ¿te daría algo que valiese lo que vale un Dios? Mi corazón vale muy poco, pero si te lo doy enteramente y de buena fe,

estás contento. ¡Desgraciado de mí si no satisfago á un Dios que se contenta con tan poco!

PUNTO II

De la fortaleza del amor de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que la fortaleza del amor de Jesucristo se manifiesta en los prodigios que hace para dársenos en la Eucaristía. Sólo El, que los hace, los puede comprender. David llama á este divino manjar compendio de las maravillas del Señor. Santo Tomás, el mayor de todos sus milagros, y san Agustín, el término de la omnipotencia de Dios. Por eso el Evangelista, antes de hablar de la institución de este sacramento, hace mención del supremo poder que el Padre dió á su Hijo, para dar á entender que lo necesitaba para instituir este sacramento. Y en efecto, la omnipotencia de Dios, ¿puede acaso manifestarse más que haciendo que un cuerpo esté al mismo tiempo en tantos lugares como hay hostias consagradas, y en cada parte de cada hostia? ¿Que un cuerpo esté sin extensión; que una substancia material esté en lugar, al modo de los espíritus; que una substancia se anonade, y que los accidentes subsistan sin sujeto y produzcan los mismos efectos que las substancias? Es menester todo el poder de Dios para obrar estos milagros, y los que los creen es menester que sean tan duros como Faraón para que no se muevan á amar á quien tanto los ama.

La Eucaristía, pues, es la invención más admirable de la sabiduría de Dios; porque ¿cómo podia manifestarse y brillar ésta más que uniendo las cosas que parecen más opuestas? Despojándose Dios, al parecer, de su inmensidad para encerrarla en un espacio casi indivisible, y dando una especie de inmensidad á su cuerpo para hacerle presente en tantos lugares tan distantes; ocultándose su majestad debajo de las especies para ser digno objeto de nuestra fe, y haciendo al mismo tiempo brillar su bondad para

excitar nuestra caridad con un motivo tan poderoso; encubriendo su divinidad en la carne como objeto capaz de atraer y ganar nuestros corazones carnales y materiales, pero revistiendo esta carne de las especies de pan para hacerse alimento nuestro; acomodarse á nuestra delicadeza, derogando todas las leyes de la naturaleza para vencer los obstáculos que le impedían darse á nosotros, y sujetando de tal manera su poder al poder del hombre, que pueda éste en un instante, y con sola una palabra, obrar todos estos milagros?

Tu poder, Señor, es infinito, y las invenciones de tu sabiduría y de tu amor son admirables; pero debe también causar espanto ver que una criatura tan flaca, como yo, pueda resistir á todo tu poder, y que mi corazón no ceda á las invenciones admirables de tu sabiduría y de tu amor. ¿No es un misterio sumamente espantoso, ver que á vista de los milagros del amor de Dios, el corazón del hombre, siendo tan débil, resista á todo el poder infinito, y que siendo nuestro corazón tan tierno y sensible en sí mismo, sea tan duro y tan insensible que no se deje mover de tantas maravillas como obra Dios en favor nuestro? ¡Ah, Señor! Después de tantos milagros de tu poder y de tu sabiduría, es propio de tu gloria hacer otro milagro de bondad, y es, vencer la insensibilidad de mi corazón, triunfando á mi pesar de todos los obstáculos que pongo á tu amor y á tu misericordia; pero esto no será ya á pesar mío, porque noto en el cambio de mi corazón que empiezas á ejecutar Tú conmigo este milagro.

PUNTO III

De la ternura del amor de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que la ternura del amor de Jesucristo se manifiesta en el deseo que tiene y en los esfuerzos que hace para unirse con nosotros en la Eucaristía, con la unión más perfecta, más admirable y más in-

comprensible que pueda darse. Nada tenemos en la naturaleza que pueda dar una idea propia para concebir esta unión, porque no es unión puramente superficial, como la que la presencia local da á los cuerpos. No es unión intelectual, como la que el entendimiento tiene con su objeto. No es unión puramente de voluntad, como la que el afecto forma entre los que se aman. No es unión solamente de fe, aunque la supone. Esta unión tiene algo de todo esto, pero tiene aún más que todo esto. De la naturaleza de esta unión se puede decir como de la naturaleza de Dios, que se puede explicar mejor diciendo lo que no es, que diciendo lo que es; que se puede creer y sentir, pero no definir ni explicar; que es muy verdadera, aunque incomprensible; que es real y cierta, aunque no produzca efectos reales sino en aquellos que se acercan con una viva fe y una caridad sincera; que es según la carne, como dice san Cirilo, pero que sus efectos son espirituales.

Los Padres comparan la unión que tenemos con Jesucristo en la Eucaristía, con la que tiene un hierro ardiendo con el fuego de que está tan penetrado, que más parece fuego que hierro; ó con la que un ingerto tiene con un tronco silvestre, que le comunica toda su dulzura para hacer que lleve excelente fruto, sin tomar nada de su amargura; pero todo esto no se acerca á lo que es esta unión. Es menester que Jesucristo mismo nos ayude para formarnos una idea justa, como lo hace cuando compara esta unión tan admirable á la que el mantenimiento ó comida tiene con nuestros cuerpos, que es la más perfecta y la más íntima de todas las uniones, pues del mantenimiento y del que lo toma se hace realmente una misma cosa. "Mi carne, dice Jesucristo, verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él„. ¿Puede haber explicación más eficaz? Pues aún la realza Jesucristo explicándola más, porque

compara la unión que tenemos con El en la comunión, con la que El tiene con su Padre en la Trinidad. "Como en la Trinidad Yo vivo por mi Padre y de la misma vida que mi Padre, así el que come mi carne vivirá por Mí y de la misma vida que Yo„. ¿Qué cosa puede haber mayor? ¿Qué unión más admirable?

Pues Jesucristo nos persuade la ternura de su amor uniéndose con nosotros en la Eucaristía, razón es, que le manifestemos la ternura del nuestro, haciendo nuestros mayores esfuerzos para unirnos con El con una fe viva, con una caridad ardiente y con una perfecta conformidad de alma y espíritu con El. Este debe ser el efecto de una buena comunión y será un efecto infalible, pues se funda en la palabra de Dios que no puede engañarnos; pero si este efecto es infalible, ¿de dónde procede que falte tantas veces? Procede únicamente de los obstáculos que ponemos á Dios. Dos cosas no pueden estar unidas mientras hubiere algún obstáculo, aunque muy pequeño, entre ellas; y por esta razón no puede haber perfecta unión entre Jesucristo y nosotros, mientras los pecados, las pasiones y el asimiento á las cosas del mundo reinen en nuestro corazón; porque se interponen entre El y nosotros.

Coloquio.—A Vos os toca, Señor, ayudarme á vencer estos obstáculos, porque es igualmente indigno de Vos y de mí, que vuestro poder quede vencido por mi resistencia. Separadme, Señor, separadme, ó despojad, si es necesario, mi corazón de todas las criaturas que pueden impedir la unión que deseo tener con Vos. Desposeído del todo, seré sobradamente rico si os poseo á Vos, que en la Eucaristía sois para mí todas las cosas.

Propósitos.—Examina tu corazón para ver si hay algún apego culpable que impida la unión íntima con Cristo, que es el efecto infalible de una buena comunión.

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DÍA PRIMERO

El Corazón de Jesús, amigo del hombre.

Preludios.—Imagínate ver al divino Corazón de Jesús cual se apareció á la beata Margarita María, y pide luz para penetrar en los secretos de su corazón amantísimo y gracia para corresponder á su infinito amor.

PUNTO I

Jesucristo se hizo hombre para dar su Corazón al hombre.

Considera que aunque la amistad es un afecto propio de iguales, el Hijo de Dios quiso hacerse igual á nosotros para ser amigo nuestro, tomando, como dice san Pablo, forma de siervo, "hecho á la semejanza de los hombres y hallado en la condición como hombre„. Y todavía hizo más; pues sabiendo que la amistad requiere la presencia, el conocimiento y la familiaridad con el amigo, Jesucristo quiso permanecer entre los hombres, no sólo durante su vida mortal, sino hasta el fin de los siglos, para mantener entre su adorable Corazón y los hombres esa comunicación de afectos tan necesaria á la conservación de la verdadera amistad. Como Verbo divino, Jesús está en todas partes, y más unido á ti que tú mismo, y como Verbo encarnado, se comunica íntimamente contigo en el Sacramento de la Eucaristía. ¿Qué más familiaridad puedes desear? Le tienes siempre al alcance de tu corazón; continuamente está llamando á sus puertas para que se las abras y admitas á secreto coloquio, y cuantas veces lo haces, entrará en ti y cenará contigo y tú con El en la misma mesa, según lo declara san Juan en su *Apocalipsis*. Presente le tienes siempre en la divina Eucaristía para hablar contigo de corazón á corazón, y para que le trates con la más íntima confianza; á ti viene

para que goces de su presencia, para que como amigo puedas abrazarle y para que uses de todo lo que posee, según te plazca.

Claro está que la mutua comunicación de bienes entre Jesucristo y tú, es imposible, porque El lo posee todo y tú no posees nada; pero el exceso del amor que te tiene ha encontrado el medio de recibir de ti lo que desea. Desde luego te ha dado un corazón capaz de amarle sobre todas las cosas y tú debes ofrecérselo, que El lo aceptará como si fuese tuyo; después te ha revestido de dones preciosos de naturaleza y gracia, y como todo eso lo ha hecho tuyo, lo recibe de ti como si realmente te perteneciera.

Y aún ha hecho más; viendo que por tu malicia has perdido el tesoro de la gracia, El, después de haberlo reconquistado, ha unido á ese tesoro el de su satisfacción y sus méritos, y todo ello lo ha puesto á tu nombre como si de ti procediera. Y por último; no pudiendo tú darle cosa alguna, considera como hecho á El todo lo que haces en beneficio de tu prójimo, hasta un solo vaso de agua dado en su nombre.

Los ricos no son amigos de los pobres, y todo lo más son sus bienhechores; pero Jesucristo, infinitamente rico, es amigo tuyo á pesar de tu indigencia. Los poderosos no son amigos de los débiles, y únicamente, cuando son buenos, son sus protectores; mas Jesucristo es amigo tuyo, siendo como eres, la misma bajeza. Los sabios no son amigos de los ignorantes, si acaso son sus maestros; pero Jesucristo, que es la infinita sabiduría, es tu amigo, á pesar de ser tú la misma ignorancia.

La amistad de su Corazón, en suma, no está fundada en ninguno de los títulos en que se basa el interés humano; se funda únicamente en la altísima dignación con que ha querido humillarse hasta ti.

¡Oh sagrado Corazón, fuente divina de la más noble, leal, desinteresada y hermosa amistad que pueda pensarse! Si el que halló un fiel amigo halló un tesoro,

el que halló la amistad de ese sacratísimo Corazón, ¿qué tesoros de dicha, de paz y de dulzura no encontrará?

PUNTO II

Cualidades de la amistad del Corazón de Jesús.

Considera que de toda humana amistad puede en general decirse, según el Espíritu Santo, que sólo dura mientras el amigo es tu compañero de mesa, pero que no permanece en el día de la necesidad y de la tribulación. No es así la amistad que hacia ti tiene el sagrado Corazón de Jesús, pues no pudiendo recibir de ti ninguna utilidad, te la profesa únicamente por tu bien. Bajó á la tierra para aliviar tu miseria, vistió tu carne mortal para darte vida, y se inclinó hasta tu nada para exaltarte hasta su gloria. ¿Qué más pruebas puede darte Jesucristo de que su amistad es desinteresada?

Es también sincerísima esa divina amistad, pues Jesucristo, como amigo verdadero, toma tus penas como suyas, te consuela en tus aflicciones, te aconseja en tus dudas, te compadece en tus penas, te conforta en tus debilidades. Si caes en el error, lejos de adularte, como hacen los falsos amigos, trata amorosamente de volverte al camino de la verdad; jamás se cansa de tus peticiones; siempre, por el contrario, está dispuesto á correr en tu auxilio para llevar el remedio á todas las necesidades. El niño le cuenta sus contratiempos infantiles; la doncella tímida le hace confidente de sus más íntimos sentimientos; la madre le encomienda el cuidado de los pedazos de sus entrañas; el padre de familia le representa sus cuidados y cavilaciones, y hasta el pecador, cuando forma algún propósito de enmienda, acude á Jesús para que le libre del peso de sus pecados.

Pero no le basta á la amistad que Jesús siente por el hombre, ser desinteresada y sincera, sino que además es eterna. La amistad humana tiene siempre un

principio ó en los estudios y juegos de la infancia, ó con ocasión de un viaje ó de un encuentro cualquiera; pero el principio de la amistad de Jesús hacia el hombre, no se encuentra ni puede encontrarse sobre la tierra. Piensa que ni habías nacido ni nadie sabía cuando llegarías á nacer y ya te amaba; y en vano es que trates de investigar cuándo comenzó ese amor de Jesús hacia ti, cuando aun no existías, porque esa fecha se pierde en la inmensidad de los tiempos. "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios". Y esto lo dice el evangelista san Juan multiplicando el verbo *era*, con lo cual quiere significar, según san Basilio, que era antes de que la tierra fuese creada, que era anterior á la creación de los ángeles y antes de todos los siglos. Antes de todo eso era ya Jesucristo tu amigo.

Y esa amistad, desde entonces no te ha abandonado ni un momento. Antes de que vivieras ya velaba por ti; no habías entrado en la tierra, y ya te tenía preparada una morada en los cielos, conquistada con toda su preciosísima sangre. Desde que naciste te acompaña á todas partes, y valiéndose de su inmensidad, no te pierde ni un momento de vista. Como es eterno, jamás se cansa de velar por ti; como es inmutable, su ternura hacia ti no sufre alteración; sólo en un caso parecerá experimentarla, y eso en beneficio tuyo. Cuanto mayor sea tu tribulación, más te demostrará su ternura; porque entonces es cuando vela más cuidadosamente por ti.

¿Pero esa amistad, cuyo principio se pierde en la inmensidad de los tiempos, no tendrá fin? No lo tendrá, si tú no quieres que lo tenga. Antes cesará Jesucristo de ser Dios, que su Corazón de profesar al tuyo amistad, si tú indignamente no le rechazas. Antes cesará de ser Dios que quitarte los bienes que te ha dado, si tú de una manera villana no los desprecias. Y, sin embargo, muchos que fundan sus espe-

ranzas en la mudable amistad de los poderosos de la tierra, desprecian la eterna amistad de Jesucristo, cuyo Corazón busca ansioso á los de los hombres, para colmarlos de bienes que nunca se acaban.

PUNTO III

Cómo debe corresponder el hombre á la amistad que el Corazón de Jesús le profesa.

Considera la diferencia que existe entre la amistad humana y la amistad que el Corazón de Jesús te pide en correspondencia á la suya. En aquélla, las consideraciones y favores son recíprocos; en ésta Jesús, aunque acepta todos los obsequios que queramos hacerle, principalmente quiere nuestra obediencia á todo lo que manda. Pero aun en esto, lejos de hacerte agravio, te favorece; porque así como no estás obligado á seguir los consejos de un amigo, porque siendo hombre falible no tiene sobre ti ninguna autoridad, por la razón opuesta te hallas obligado á ejecutar lo que Jesucristo, que es Dios, además de amigo, te manda, pues no puede errar en lo que prescribe, y todo ello ha de redundar en tu provecho. Porque el Corazón de Jesús no busca en esto ninguna utilidad para sí, ni ambiciona tu protección, ni espera que le favorezcas en nada. Todo lo contrario: todo lo bueno que hagas, ha de ser para ti y no para El. Esfuérzate, por lo tanto, no sólo en cumplir sus mandamientos en lo que tienen de común para todos los hombres, sino en conocer lo que especialmente desea de ti. Para este fin, tienen grandísima virtud los coloquios íntimos con su adorable Corazón. Visítale con frecuencia en el Sacramento de la Eucaristía, y recíbele á menudo en tu corazón para que se aumente la amistad que te profesa. Y si tu condición te lo permite, procura multiplicar el número de sus amigos, no sólo llevándole los que no están apartados de su adorable Corazón, sino muy especialmente aquellos cuyas culpas los tienen alejados de su amistad. Imita á santa Teresa, cuando

rogando por una persona que todavía no era de Jesús, pero en la que había encontrado buenas disposiciones para serlo, le decía: "Señor, atrae á Ti poderosamente á esa alma, que me parece formada para ser uno de nuestros amigos„.

Finalmente, para mantenerte constante hasta la muerte en la amistad del Corazón de Jesús, conviene que conserves en el tuyo un sentimiento de temor filial de tener dentro de ti algo que ofenda á su dulce amistad. Porque el Corazón de Jesús no se ofende si eres de humilde condición y despreciado de los hombres, pues El lo fué también, ni porque seas simple, ignorante y aun idiota. Se ofende únicamente si en tu corazón hay algo que sea enemigo del suyo. Cuida que esto no suceda, y de este modo conseguirás conservar la amistad del sagrado Corazón de Jesús en el tiempo y en la eternidad.

Coloquio —¡Oh Jesús, único y solo verdadero amigo de mi alma!, que para mostrarme tu amistad te has hecho caminante conmigo en mi destierro; para hacer mi suerte llevadera, has querido participar de mis penas; que naciendo, te me das por compañero; que para comunicarme la fuerza de que necesitaba, me allegas y juntas á Ti; que comiendo conmigo, te me das en comida, y que queriendo satisfacer por mis pecados, y tomar sobre Ti los castigos que por ellos había merecido, sufriste la muerte! ¡Cuántos motivos de amistad y de confianza! Has sufrido, como yo, más que yo, por mí... ¿Podré quejarme? ¡Oh, no! Quiero sufrir con Jesús, como Jesús, por Jesús... ¡Oh alma mía! Mira la cruz, mira el altar, mira el Corazón de Jesús; esto basta: ánimo. Vamos también nosotros y muramos con El. Muéstrate con Jesús verdadero amigo. Para El sean tus afectos, tus deseos y tus secretos. Todo lo tuyo sea para Jesús, ya que todo lo de Jesús es para ti.

Propósitos —No ser para Jesús desleal é infiel amigo, cosa que no permitirías tú ser con los amigos del mundo.

DÍA SEGUNDO

Jesucristo, hermano del hombre.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la infinita misericordia de Jesucristo al hacerse nuestro hermano.

Considera que la mayor dificultad de la fe es el creer en la inmensidad de los beneficios de Dios. Porque si no parece posible que un hombre por amor á un esclavo quiera hacerse esclavo como él, ¿cuánto más incomprensible es que un Dios, por amor al hombre, se haya complacido en hacerse hombre? Y aun entre el hombre y el esclavo la distancia es finita, mientras que entre Dios y el hombre es infinita. Porque si piensas lo que es el hombre en su cuerpo, verás que sólo es un poco de polvo animado, y en cuanto al alma, que es su único título de honor, ¿quién duda que de todas las criaturas espirituales es la menos perfecta? Y si de la consideración del hombre te elevas á la contemplación de Dios, ¿quién podrá imaginar que aquella inmensa majestad quisiera un día colocar sobre su trono á una cosa tan vil y abyecta como es la humana naturaleza?

Penetra aún más con los ojos de la fe en esa inmensidad divina, y mira al Padre gozando raudales infinitos de felicidad con el Hijo y con el Espíritu Santo. Mira después á este Hijo complaciéndose en revestirse de una naturaleza humana, como es la tuya, llena de enfermedades y de miserias, y realizando el singular portento de tomar todas las penalidades y dolores inherentes á esa humanidad. ¿Qué entendimiento humano es capaz de comprenderlo?

Esto, sin embargo, es lo que hizo el Verbo divino al tomar carne en el seno virginal de María, por obra

del Espíritu Santo, para hacerse hombre como nosotros, con un alma semejante á la nuestra y un cuerpo semejante al nuestro unidos á su persona divina, para que se pueda decir con toda verdad que Dios es nuestro hermano. ¡Oh extremo de infinito amor incomprensible! Los ángeles no pueden llamar á Dios hermano, ni tampoco los arcángeles, querubines y serafines; porque, según san Pablo, "en ningún lugar tomó á los ángeles, mas tomó al linaje de Adán; y tú, vil gusano de la tierra, puedes con toda confianza y amor llamar á Jesucristo tu hermano y esperar compartir con El la herencia paterna.

PUNTO II

Jesucristo, para hacernos hermanos suyos, nos ha comunicado su naturaleza divina.

Considera que Jesucristo, para hacernos hermanos suyos, después de tomar nuestra naturaleza humana, nos hizo participioneros de la suya divina. Porque cuando Dios quiere que el hombre realice algo para lo que no bastan las fuerzas de su naturaleza, le infunde en su alma un nuevo principio que le haga capaz de realizar dicho acto sobrenatural. Este don admirable de que, además de los naturales, dota Jesucristo al hombre, se llama gracia santificante, la cual le pone y le constituye en el orden sobrenatural, y en estado de realizar actos superiores á los de su naturaleza. Y ¿cuál es la naturaleza de este nuevo estado? El apóstol san Pedro enseña que es una participación de la divina naturaleza, por la cual Dios nos da parte de su santidad increada, y el divino Maestro la describe bajo la imagen de un nuevo nacimiento, de una regeneración que nos prepara para la vida eterna. Recuerda las palabras que dijo á Nicodemus: "Nadie puede entrar en el reino de los cielos, si antes no renace una segunda vez„. Y Nicodemus, que tomó al pie de la letra estas palabras, preguntó: "¿Y cómo puede renacer de nuevo lo que es

ya viejo?„ "En verdad os digo, replicó el Salvador, que aquel que no nace del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios„. Con lo que claramente dió á entender que no se trataba del temporal nacimiento del cuerpo, sino del nacimiento del espíritu, que es la gracia santificante que se recibe del Espíritu Santo en el bautismo, y que es, según san Pedro, una participación de la divina naturaleza, y, por tanto, nos hace hermanos de Jesucristo, primogénito de todos los hombres. Por esto el apóstol san Pablo llama á la gracia una nueva generación, una renovación del hombre por el Espíritu Santo; porque en la primera recibimos el ser hombres, y en la segunda el ser cristianos.

Y es tanto el valor de esta gracia, que si se pudiesen tomar diez grados de la gracia que adorna á un justo cualquiera, y se distribuyeran entre diez demonios, al punto se transformarían en otros tantos ángeles gloriosos del cielo; tanto esplendor tiene á los ojos de Dios, y tanto valor intrínseco posee un átomo de la gracia santificante.

Pues esta gracia es la que has recibido de Jesucristo al participar su divina naturaleza; porque si bien es cierto que la creación de la gracia, como todas las obras que los teólogos llaman *ad extra,* pertenece en común á la augustísima Trinidad, no es menos verdad, que sin Jesucristo jamás estarías en aptitud de poseer la gracia que te ganó por su Pasión y su muerte.

Jesucristo fué quien con sus méritos, con sus oraciones y con su sangre la recuperó para el hombre, después de haberla perdido nosotros miserablemente por culpa de nuestros primeros padres. Jesucristo fué quien instituyó aquellos maravillosos medios que la suministran: el Bautismo, que la confiere la primera vez; la Penitencia, que la restaura una vez perdida; la Eucaristía, que la aumenta sin límites. Jesucristo fué quien la depositó de una manera in-

agotable en el tesoro de la Iglesia, para que, en beneficio de todas las generaciones, se perpetuase hasta la consumación de los siglos. Jesucristo fué quien preparó todos los caminos misteriosos de inspiraciones, oraciones y sacrificios, que sirven para conservarla. Jesucristo fué quien ordenó sacerdotes en la tierra que fueran sus perennes administradores, y ángeles en el cielo que nos ayudaran á guardarla contra los enemigos que de ella quieren despojarnos. Y, finalmente, Jesús es quien, después de haberla merecido, conferido, acrecentado y conservado, la corona, primero con la perseverancia aquí en la tierra, y luego con una gloria inmortal en el cielo.

PUNTO III

Jesucristo, al hacerse nuestro hermano, nos hizo coherederos de la gloria de su Eterno Padre.

Considera que Jesucristo por mil títulos tiene derecho á la herencia celestial. Posee tesoros infinitos de su Eterno Padre; ha reunido inmensos bienes de gracia, y lejos de parecerse á otros hermanos de la tierra, se apresura á comunicarnos todos los bienes de que disfruta y á prometernos para la otra vida parte en su heredad. Admira la dignación con que Jesús se complace en llamarse tu hermano y en demostrártelo. Con ese dulce nombre te reconoce como miembro de su misma familia. ¿Y qué quiere decir ser de la misma familia de Jesús? Pertenecer á la familia de un monarca, implica participar de su dignidad, riquezas, estado, honores, privilegios y demás bienes de ella; y por tanto, ser de la familia de Jesús, quiere decir participar de todas sus prerrogativas.

Jesús tiene un Padre en el cielo, infinitamente bueno, y tú como hermano de Jesucristo, tienes el mismo Padre. Y así quiere Jesús que le llames. Jesús como Verbo encarnado tiene una Madre, que es la Virgen santísima, y tú como hermano de Jesús, tienes la misma Madre. En esta divina familia son muchos los

miembros, porque Jesús es un primogénito que tiene muchos hermanos menores y todos debemos tratarnos con tierna familiaridad para formar lo que se denomina Comunión de los Santos. En esta familia los bienes son inagotables porque el Padre de ella es la fuente infinita de todos ellos, y la dispensadora de esos bienes es la misma Madre. Y esos bienes están además indivisos y puestos por Jesús á disposición de sus hermanos menores.

Al revés de lo que ocurre en muchas familias, reina en ésta, como divina, la concordia, la confianza y el amor que todo lo une. ¿Has pensado alguna vez en lo que es y en lo que supone esta unión de corazones y esta familiaridad de trato con Jesús? Si en medio de tus miserias, de tus angustias y dolores tuvieras un hermano que te amase con todo su corazón, ¿no acudirías á él como el más seguro refugio contra todos los males? Pues ya lo ves, Jesús es tu verdadero hermano, te ama más que á sí mismo, pues por tu amor dió la vida; es omnipotente, y soberanamente rico, y divinamente bueno, y con su virtud se extiende á todos los bienes y puede poner remedio á todos los dolores, y á todas las aflicciones y calamidades de la vida presente y futura. ¿Acaso no te basta esto para inundar tu ánimo de júbilo? ¡Ah! ¿Cuándo acabarás de comprender una vez siquiera quién es Jesús? ¿Cuándo acabarás de estimar los tesoros infinitos de amor que tienes en El?

Mas para que puedas aspirar á esos tesoros has de tener en cuenta, que Dios, que tantos beneficios hizo al mundo por Jesucristo, ha decretado que sólo viviendo el hombre dentro del orden sobrenatural, puede obtener su eterna salvación.

Piensa que este es precisamente el escollo en que choca el mundo empeñado en no querer entrar en el orden por Dios establecido. Cuando el patriarca Loth, anunció á sus parientes la ruina de la Pentápolis, creyeron estos que desvariaba y lo mismo sucede

á los mundanos, cuando los ministros del Señor les anuncian, bajo pena de eterna condenación, la necesidad de la gracia y de la vida sobrenatural. Si se les dice que hay necesidad de creer en Jesucristo, pensar como El, obrar como El, porque El es el solo autor de la gracia, lo toman á fábula, y dicen que se puede ser del mundo y ser de Cristo, gozar de los placeres del mundo y de las delicias de la virtud. Si se les dice que deben vivir sometidos á la Iglesia, contestan que no tienen necesidad de depender de autoridad ajena. Se les habla de los Sacramentos y sobre todo, de los de la Penitencia y la Eucaristía, y contestan que ellos no necesitan medios tan extraordinarios, ni aspiran á la santidad. Se les recomienda la oración, la asistencia al santo sacrificio de la Misa y la devoción á la santísima Virgen y á los Santos, como medios eficaces de adquirir, conservar y aumentar la gracia, y responden que les basta la honradez natural y la tranquilidad de su conciencia. Se les dice, por último, que hay necesidad de huir de los pasatiempos mundanos y de las amistades peligrosas y que deben conformar sus vidas con la de Cristo, ejercitándose en la paciencia, en la humildad, en la mortificación, porque sólo con estos ejercicios fructifica la gracia, y responden que les basta la probidad natural, el amor á la humanidad y el hacer el bien que puedan. Máximas son estas, mundanas, impías y enemigas del Corazón de Jesús y del Evangelio, que nos asegura, como dogma de fe, que sólo por obras hechas en gracia de Dios podemos salvarnos. ¡Desgraciado de ti si pretendes trastornar el orden escogido por la bondad divina y no vives de la gracia que brota del Corazón de Cristo y que te hace hermano suyo! Desgraciado, sí, porque eso equivale á corresponder al amor fraternal de Jesucristo, con la más negra ingratitud. O lo que es lo mismo: á hacer traición á un hermano divino.

Coloquio. —Divino Corazón de Jesús que en tu

amor hacia el hombre no te has contentado con nada menos, que con bajarte hasta mí haciéndote hombre y con elevarme hasta Ti, haciéndome por la gracia semejante á Ti mismo. Ya que eres por tu bondad hermano mío, que lo sea, Señor, en la semejanza de tus virtudes, en el amor á la cruz y al sacrificio, que como hermano tuyo participe de tus afectos y tus deseos y después de la herencia de nuestro Padre celestial.

Propósitos.—Pensar con frecuencia en lo que exige de ti la alteza del estado sobrenatural al que Jesús te ha elevado, y no degenerar de los altos pensamientos de hermano de Cristo.

DÍA TERCERO

Jesucristo, maestro de los hombres.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la excelencia de Jesucristo como maestro.

Considera que aunque la doctrina no recibe su bondad y excelencia de la autoridad del maestro que la enseña, sino de su verdad intrínseca, no es menos cierto que mucho contribuye á acreditarla, la sabiduría del que la profesa. Y siendo esto así, ¿quién, por ejemplo, no se tendría por muy honrado si pudiera decir que habían sido sus maestros los hombres más sabios del mundo? De aquí has de deducir cuán grande es la ventura del pueblo cristiano que tiene por maestro, no á un hombre sabio, sino al Hijo de Dios, su Verbo y su misma sabiduría. ¿Quién podrá dudar de la certeza de una doctrina enseñada por semejante maestro? Los maestros de la tierra, lo son por arte y por estudio; Jesús es maestro por naturaleza, y así como el rayo del sol brilla para disipar las tinieblas del mundo, del mismo modo Jesús descendió del cielo para enseñar la verdad. Jesucristo,

en efecto, por virtud de su generación eterna, es luz de luz y del mismo modo, por virtud de su nacimiento temporal, es luz del mundo. Sólo El, por lo tanto, puede llamarse verdadero maestro, porque es el único que no está sujeto á error. Así, pues, con sólo la autoridad de su magisterio quedan convictos de error cuantos mundanos se opongan á sus enseñanzas, y todos los soberbios y presuntuosos que levantando cátedra contra El, opongan sus delirios á la doctrina que El enseña. Es, además, Jesús, el único maestro verdadero del cielo, porque sólo El ha manifestado cosas por todos ignoradas, porque las había visto con sus propios ojos. Porque así como el que viene de la tierra es terreno y habla de la tierra, del mismo modo el que viene del cielo habla de cosas celestiales. Sólo el Verbo divino que mora en la esencia del Padre, puede declarar la naturaleza y los secretos del Padre; sólo quien es el Hijo unigénito puede revelar la eterna generación del Verbo; sólo quien es una misma cosa con el Espíritu Santo puede conocer íntimamente su naturaleza. Conoce las promesas que le ha hecho su Padre, y viene á propósito á la tierra para cumplirlas; conoce los misterios de Dios y viene para declararlos. Conoce el fin de recompensa ó de condenación que espera al hombre en la otra vida, y viene para que el hombre conquiste la primera y huya de la segunda. Como nada ignora, nada se le oculta, y es, por tanto, el único maestro que todo lo tiene presente.

Considera, además, que el hombre aprende con mucha dificultad y no pocas veces cae en el error. Los sistemas de un siglo son derogados por los del siglo siguiente, y nadie puede prometerse no ser tratado, andando el tiempo, del mismo modo. Sólo Jesucristo es siempre el mismo y siempre inmutable, porque es la verdad. Como ve toda la verdad y todo lo manifiesta, no puede temer que nadie la cambie, y por esto los que siguen su doctrina no pueden temer

tampoco ser engañados ni desmentidos por descubrimientos posteriores. Es más: si subsiste en el mundo, como verdaderamente subsiste, la infalibilidad del Soberano Pontífice, no es por otra cosa sino porque le asiste el maestro divino de que aquél es Vicario, y si esa infalibilidad subsistirá hasta el fin de los siglos, es porque la inspira el espíritu de Cristo que es inmutable.

¡Oh dignidad infalible del maestro divino! ¡Oh condición felicísima del pueblo cristiano, en el que se realiza la palabra del Profeta al anunciar que en la nueva Ley seríamos todos enseñados por Dios!

PUNTO II

De la excelencia de la doctrina que Jesucristo enseña.

Considera con gran pesadumbre la ceguedad de los que no escuchan la doctrina de Jesucristo, y el que haya en medio del pueblo cristiano quien se atreva á impugnarla, á dudar de ella y aun á condenarla.

El real Profeta, transportado en espíritu á la consideración de la doctrina que había de constituir la nueva Ley, delineó en pocas palabras su naturaleza y perfecciones llamándola Ley de Dios inmaculada. San Basilio de Seleucia cuenta que el apóstol san Pablo, predicando en la capital de la Licaonia, donde convirtió á santa Tecla, comenzó su sermón con estas palabras: "Dos cosas tengo que deciros de parte de mi maestro y que siempre habéis ignorado; la una se refiere á la pureza del corazón y la otra á la virginidad.„ Y realmente, estas dos cosas bastan para demostrar toda la pureza de la doctrina cristiana, jamás conocida antes de que la enseñara el divino maestro. Y lo mismo que de la pureza, puede decirse de las demás virtudes.

Para penetrarte bien de ello, considera las palabras con que Jesucristo comenzó su predicación. Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventu-

rados los que lloran; bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, y dichosos, hasta el colmo de la felicidad, cuando los demás hombres les persiguieren y maldijesen. ¿Quién hasta entonces había dicho jamás que para ser verdaderamente valeroso era preciso padecer insultos de los enemigos y amarlos, que había que hacerse como niños para ser sabios, que la magnanimidad consiste en la pobreza y en la humildad; que el talento verdadero consiste en creer lo que no se comprende; que la libertad es la renuncia de la propia voluntad y que la paz del corazón se consigue negándole lo que desea? ¿Quién entre los sabios expuso una doctrina tan celestial y divina?

¡Ley de Dios inmaculada! Su conocimiento basta para demostrar la verdad que existe en este encomio que de ella hace el Espíritu Santo. Obsérvala, sin embargo, en su objeto principal, que es la noción de Dios. Compara lo que creía el mundo antes de Jesucristo con lo que Jesús enseñó á los hombres, y verás cómo aparece en El, en todo su esplendor la majestad del único y verdadero Dios, porque Dios, según lo enseña el Verbo divino, es la santidad, la justicia, la bondad y el amor por excelencia.

¿Por qué el mundo rechaza doctrina tan celestial? Porque es completamente la condenación del mundo y de todo cuanto el mundo ama y abraza. Pero tú, para quien Jesús es y debe ser camino, verdad y vida no tengas ni quieras más maestro que á Cristo, pues los que le siguen, son hijos de la luz y la verdad, y los que de El se separan, vivirán siempre en tinieblas.

PUNTO III

Efectos de la enseñanza de Cristo.

Considera que, aunque la doctrina enseñada por Jesucristo va contra todos los apetitos de la carne y

satisfacciones del amor propio, sus efectos fueron muy contrarios á los que produjeron siempre las falsas doctrinas de los enemigos de Cristo. Los sabios de todos los siglos, conquistaron algunos admiradores, fundaron tal ó cual escuela, pero no convirtieron ningun alma. La palabra de Jesucristo ha convertido el mundo y santificado millones de almas. Todo lo ha purificado, todo lo ha elevado la palabra de Cristo.

Y ¿cómo no había de suceder así, si cada una de las palabras del divino maestro ha producido en el mundo vocaciones maravillosas, instituciones amplísimas y virtudes jamás conocidas? Dijo una vez que su Iglesia quedaría edificada sobre Pedro, y aquellas pocas palabras dieron vida á una institución la más grande y gloriosa que conocieron y conocerán los siglos. A los que le seguían, les dijo un día: "Id y enseñad á todas las gentes„, y al punto surgieron millares de apóstoles y misioneros, que arrostraron y vencieron todas las iras de los tiranos. "No temáis á los que matan los cuerpos„, les dijo en otra ocasión; y todo el mundo, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, tuvieron por extraordinario honor verter por Jesucristo toda su sangre.

Otra vez dijo: "Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes; dáselo á los pobres, y tendrás tesoros en el cielo. Ven y sígueme.„ Y se pobló primero el Oriente y luego el Occidente de santos anacoretas, que dieron después origen á las instituciones religiosas que han sido la gloria de la Iglesia y el refugio de la virtud y la ciencia. Con pocas palabras acerca del matrimonio, santificó la familia; con pocas palabras sobre la caridad, destruyó la barbarie, y nos hizo á todos hermanos, como hijos de Dios, nuestro Padre común. Dijo un día que tendría como hecho á sí, lo que se hiciera por uno de sus pobres, y surgieron á millares los hospitales, los hospicios y asilos para toda clase de necesidades espirituales y temporales. Llamó á sí á los párvulos, y aparecieron las

escuelas cristianas, dirigidas por discípulos suyos. Dijo que el pan consagrado en la Cena era su carne, y de esto nació un torrente de adoración y de amor, que arrastró á todas las almas generosas. Dijo que María era su Madre, y el mundo profesa á María un tierno y ardiente amor. Como el *fiat* que el Verbo de Dios lanzó en el seno de la nada, así las palabras del Verbo encarnado produjeron creaciones nuevas, tanto más sublimes y elevadas, cuanto el orden de la gracia sobrepujó al de la naturaleza.

Pero no porque la doctrina de Cristo sea sublime, es menos accesible. El cristiano más indocto, con sólo el Catecismo, resuelve los problemas más difíciles. Pregunta á un niño cristiano de dónde viene y adónde va, y te dirá que es hijo de Dios y heredero de su gloria; que vino al mundo para servir á Dios, y después gozarle; que Dios es un espíritu purísimo, y que se le honra con fe, esperanza y caridad; que se le puede aplacar, una vez ofendido, con la penitencia. Y así te dará cumplida respuesta á todas las cuestiones que han agitado á los sabios del mundo.

Da gracias á Dios porque te ha proporcionado tan divino maestro, y piensa que sólo es bienaventurado aquel que conoce la divina ley y la practica. Examina por tus máximas y por tus obras, de quién eres discípulo: del mundo soberbio, regalado, sensual é iracundo, ó del Corazón de Jesús, manso, humilde y mortificado. Recuerda que sólo los que profesan y practican la doctrina del divino maestro, esos serán salvos.

Coloquio.—¡Oh Corazón lleno de infinita sabiduría! ¡Cuánto aprenden, y qué pronto, los que logran teneros por maestro! Enseñadme, amabilísimo Corazón, pues os habéis dignado admitirme por vuestro discípulo; haced á mi corazón dócil á vuestras divinas lecciones, y traed á Vos con eficacia á todos los que resisten á la verdad. Enseñadme todas las virtudes, y, sobre todo, encendedme en vuestro amor,

que es la sabiduría verdadera. Enviad á mi inteligencia rayos de fe viva y de caridad ardiente, para que éstos infundan en mi corazón, y en el corazón de todos, especialmente de los que tienen cargo de enseñar á los demás, las luces de la ciencia de los Santos.

Propósitos.—No guiarte por otras máximas que por las del divino maestro, completamente opuestas á las del mundo y la carne.

DÍA CUARTO

El Corazón de Jesús, ejemplar divino de los hombres.

Preludios.—Oye la voz del Corazón de Jesús que dice á todos los hombres: «Aprended de Mí», y pídele saber copiar las divinas virtudes del ejemplar divino de todos los predestinados.

PUNTO I

Jesucristo se nos propone por ejemplo para que le imitemos.

Considera que es absoluta y estrechísima la obligación que tiene el hombre de imitar á Jesucristo, y que esa es condición indispensable para salvarse. No faltan muchísimos que descuidan esa importante obligación y aun hay algunos que creen que la imitación de Jesucristo no pasa de ser un mero consejo. Imitarle, dice san Agustín, es seguirle, y como seguirle es necesario para tu salvación, de aquí puedes deducir cuánto te importa saber de qué modo es Cristo tu ejemplar y cómo debes imitarlo. Para ello imagínate cómo su divina Majestad viendo al hombre miserablemente encenagado en los vicios, quiso regenerarle y levantarle de tal miseria, presentándole en un perfectísimo modelo, todo aquello que debía practicar. Y este modelo de todas las virtudes, fué su Verbo encarnado que vino al mundo para el perfeccionamiento del linaje humano, y por eso puso el Padre Eterno en el Corazón de su Hijo la fuente y el ejemplar de toda virtud.

Cuando nombro á Jesucristo, dice san Bernardo, me represento á un hombre manso y humilde de corazón, benigno, sobrio, casto, misericordioso, enriquecido con infinita pureza y santidad, y al mismo tiempo un Dios omnipotente que con su ejemplo me sana y con su gracia me conforta. Pero esto, con ser mucho, aun no es bastante para dar una idea de la grandeza de tan divino modelo, porque las virtudes del Corazón de Jesús son de tal perfección que exceden la comprensión humana y angélica. En El están como en su propia fuente y modelo, porque El es santísimo é impecable, ya por la luz de la gloria que le es natural, por la gracia de la unión que le es personal y por la santidad eterna que le es esencial. Para que hasta donde sea posible, te formes un concepto de este ejemplar divino, haz que acudan á tu pensamiento todas las virtudes que se practican en la Iglesia, y á poco que medites verás que todo el celo que animó á los santos Apóstoles, no es otra cosa que una chispa del que arde en el Corazón de Jesús; todo el sufrimiento de los mártires, un recuerdo de la paciencia de Cristo; todo el candor de las vírgenes, un olor de la pureza de Cristo, y, en una palabra, todas las obras de los justos, una sombra de las obras del Corazón de Jesús.

Por esta razón, siendo tantas y tan infinitas estas virtudes, los santos que han querido imitar á Jesucristo, no pudiendo copiarlas todas, se han propuesto cada uno cultivar una virtud especial, esperando imitar en ella á Jesucristo de la manera más perfecta que le fuera posible. Así Benito, Bruno y Gualberto, quisieron que sus hijos imitaran la oración de Cristo, jamás interrumpida; Francisco de Asís y Clara, quisieron seguirle en la pobreza; santo Domingo, quiso imitarle en el fervor de la predicación; Ignacio de Loyola, en el celo por la salvación de las almas; José de Calasanz, en su amor á la infancia; Juan de Dios, en la caridad para con los enfermos, y así en

las demás familias religiosas, cada una de las cuales ha encontrado en el estudio solícito de alguna de las virtudes de Jesucristo, la más heroica santidad.

Deduce de todo esto, que todas esas perfecciones de las virtudes de nuestro Señor han sido reveladas al hombre para que las imite, porque Jesucristo, no es una hermosísima estatua levantada para alabanza y gloria de la santísima Trinidad, sino un modelo dado á los hombres para que lo copiásemos. Dios, quiso sacar al hombre del abismo en que yacía y restaurarlo, y pudo hacerlo por medio de una doctrina infalible que se grabase en la mente y con santísimos preceptos que fortalecieran el corazón. ¡Pero cuánta mayor eficacia no habrá de tener un ejemplo vivo y divino! Lo que el hombre ve con los ojos, penetra fácilmente en sus sentidos y fácilmente practica lo que ha visto practicar. Por eso toda la vida de Jesucristo fué un constante ejemplo. Para enseñar el respeto, la obediencia y la sujeción á la autoridad, vivió treinta años sometido á María y á José; para inculcar en los pobres la resignación y la laboriosidad, trabajó durante largos años en un taller; antes de predicar el amor á la pobreza, á la abnegación y desprecio de sí mismo, pasó muchos años en la mayor pobreza y en la humillación más incomprensible en un Dios; antes de predicar la guerra al mundo y á la carne, triunfó, como dice el Apóstol, del mundo, con su divina pureza y la abstención de lo que el mundo ama y abraza. En una palabra, de todas las virtudes que ensalzó y predicó fué El el divino ejemplar. Mira, pues, cuán obligado estás, no sólo por deber sino por generosidad, á imitar á tan acabado modelo, y estudia cómo lo haces y cuánto distas aún de El.

PUNTO II

Efectos de la imitación de Jesucristo.

Considera que es propio de todo ejemplo ejercer una fuerza especial, sea para el bien, ó para el mal,

en el corazón humano. Los santos ejercieron sobre los hombres una influencia maravillosa. Francisco de Asís, por no citar otros, formó un plantel de santos en torno suyo que inundaron el mundo y lo renovaron. De santa Catalina de Sena se ha escrito, que nadie habló con ella que no se hiciera mejor; santa Teresa infundió en multitud de almas el fervor de la santa contemplación. Y lo mismo puede decirse de los demás santos, que con sólo su conversación familiar obtuvieron conversiones maravillosas. ¿Pero si tanta fuerza tienen los ejemplos buenos de los santos, cuánto mayor no lo tendrá el ejemplo de un Hombre-Dios, el Santo de los santos? Porque considera que Jesucristo es la suavidad y la dulzura por esencia, y que todo lo que de El dimana, fortalece plenamente á las almas. Mira su persona, escucha su palabra, repasa en tu mente sus obras y piensa en su divina virtud. Y si todo esto contemplado en un hombre, tendría ya algún valor, considerado en Jesucristo resulta un inagotable tesoro. La vista espiritual de Jesús, humilla y eleva, rebaja y exalta, mortifica y vivifica el alma de un modo inefable. Su palabra, decía Pedro, que le había oído, es palabra de vida eterna. Meditar una máxima de Jesucristo, una sentencia salida de sus labios y no sentir mudado el corazón, es imposible. Mi alma se liquida, decía la esposa de los Cantares, apenas habla mi amado. Eso mismo puede decirse de su ejemplo divino.

Piensa cómo se han formado los santos de la Iglesia. Todos ellos tuvieron delante de sus ojos este divino ejemplar y contemplándole, sintieron afluir á sus almas aquella sobrehumana virtud que endulzó toda la amargura de sus combates. No creas que los Casimiros, los Luises, los Estanislaos y otros innumerables jóvenes purísimos y santísimos, no sintieron los halagos del mundo. Los sintieron, sí, pero los vencieron porque el conocimiento y la imitación de Jesucristo los alentaba. No te imagines que los peni-

tentes de la Tebaida, no sentían el rigor de sus penitencias; ciertamente lo sentían, pero el ejemplo de Cristo en el desierto los fortalecía y consolaba.

Cuando Andrés anhelaba la cruz; cuando Ignacio suspiraba por los leones; cuando Lorenzo envidiaba á Sixto la palma del martirio, y cuando, en una palabra, todos los mártires corrían al sacrificio, no eran seres desnaturalizados que tuviesen odio á su carne, sino que tenían los ojos puestos en el divino ejemplar, y, viéndole crucificado, se sentían con valor para pagarle con su vida aquella sangre que antes había dado por ellos.

Considera con qué transportes de amor abrazó Francisco de Asís la pobreza; mira cómo Inés aspira la fragancia de la pureza de Cristo; cómo Catalina, llena de amor, toma la corona de espinas y la coloca en su cabeza, y cómo Bernardo abraza, valeroso, la cruz. Ninguno de éstos, ni los demás innumerables Santos, consideraron las humillaciones, las vigilias, los ayunos, los dolores y la muerte como son en sí, sino como son en el Corazón de Cristo, y esta irradiación de su divinidad les dió una fuerza sobrehumana para resistir los trabajos y dolores, una alegría secreta para desearlos y una confianza íntima para alentarse á padecerlos.

Inspírate en ese mismo ejemplo, y como ellos imitando á Cristo se transformaron en copias perfectísimas del divino original, así tú por el amor y la imitación podrás llegar á parecerte á Cristo.

PUNTO III

La imitación del Corazón de Jesús señal de predestinación.

Considera que para todo hombre no debe haber en el mundo más que una cuestión: saber si somos ó no predestinados. Pregunta pavorosa; dudas que acongojan aun á los santos; pero lo único cierto en este asunto es la respuesta á esa pregunta de la fe ca-

lica por boca de san Pablo: "Son predestinados todos aquellos que llevan la imagen del Hijo de Dios." Los que odien lo que Cristo ha odiado; los que amen lo que Cristo ha amado, y los que sigan lo que Cristo ha seguido, esos son los predestinados.

Atente á esta regla, y trata de seguir los ejemplos de Jesucristo con la mayor perfección que te sea posible; pero sin perder nunca de vista que la imitación de Cristo es un precepto, y no un consejo. Debes, pues, huir del mundo, tantas veces anatematizado por Jesucristo en el Evangelio, y condenado con su ejemplo; imita á Jesús en el desprendimiento de los bienes terrenos, en el amor á la cruz, en la abnegación y mortificación, en dar á los pobres lo que te sobre de tus necesidades. En una palabra, debes resistir al mal que el príncipe de las tinieblas difunde sobre la tierra, y echarlo de ti como Jesucristo lo echó.

Ten humildad en medio de las grandezas, compasión de los indigentes en tu abundancia, castidad en medio de los incentivos de la culpa, desprendimiento del mundo en medio de sus bulliciosos atractivos.

No pierdas de vista que hay dos cosas que constituyen, por decirlo así, la esencia de la virtud y la vida de los verdaderos fieles, y son: el odio á la sensualidad del mundo y la piedad sincera y fervorosa hacia Dios: esfuérzate en tenerlas, pues en ello estriba muy principalmente el asunto de tu predestinación.

Huye con horror de esa sensualidad mundana que se manifiesta en los teatros en que son sensuales las comedias, los bailes y la música. Huye de esas lecturas muelles y corruptoras que al mundo agradan; de esos espectáculos y de esas pinturas que sólo sirven para excitar los sentidos. Y huye, sobre todo, de ese refinamiento de la sensualidad mundana que se vale, para saciarse, hasta de la piedad y de la beneficencia, y que no sabe socorrer á los pobres, ni fundar asilos, ni practicar ninguna obra de caridad

como no sea bailando, ó representando comedias, ó dando otros espectáculos públicos de igual naturaleza, y que son escándalos de la piedad sólida y de la caridad cristiana.

No imites á aquellas personas que comulgan por la mañana y corren por la noche á presenciar espectáculos donde se crucifica de nuevo al Redentor del mundo, porque los que tal hacen, han perdido todo sentimiento de religión verdadera en sus corazones, aunque en lo exterior no aparezcan como malvados. Persuádete de que antes se concertarán el agua y el fuego, y el paraíso con el infierno, que se unan cosas tan opuestas como la verdadera piedad y la afición al mundo, y piensa con gran temor de que si hoy pueden engañar á alguien esas falsas apariencias de piedad, no se ocultarán á los ojos de Dios en el tremendo día del juicio.

Realmente hay muchos motivos para temer por la predestinación de gran número de cristianos, cuya vida no se conforma en nada con la del divino ejemplar que Dios envía á la tierra. Procura no ser tú de ese número, y ajusta tus actos á los de ese divino modelo. No olvides que la práctica de la verdadera piedad es un instrumento poderoso para impetrar la gracia y combatir las pasiones, y ten en cuenta que, según el dicho del Apóstol, Cristo debe ser formado en nosotros, y que sólo sucederá esto cuando en nosotros resplandezca la humildad del Corazón de Jesús, la paciencia de Jesús, la mortificación de Jesús, y, en una palabra, todas las virtudes del divino Corazón de Cristo.

Coloquio.—¡Oh divino Corazón, fuente perenne de toda gracia y ejemplar de toda santidad! Yo deseo vivísimamente parecerme á Vos en vuestros afectos, deseos y virtudes; transformarme en Vos, vivir de Vos y para Vos, copiaros en mi corazón para merecer que el Eterno Padre vea en mí vuestra divina imagen. Revestidme, Corazón amabilísimo, de vues-

tros sentimientos y de vuestros amores, para que no haya en mí nada que os ofenda ó desagrade.

Propósitos. – En todo lo que hagas, piensa cómo lo haría Jesús, y procura imitarlo.

DÍA QUINTO

Jesucristo, médico de las almas.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Jesucristo conoce nuestras enfermedades, y puede curarlas.

Considera que si para curar una enfermedad, la primera condición es conocerla, Jesús conoce íntimamente todas nuestras enfermedades, porque nada hay oculto á sus divinos ojos. Conoce todas las pasiones que desde que tienes uso de razón han comenzado á solicitar tu corazón, y sabe el número y la malicia de todas las culpas que has cometido. No se le ha ocultado uno solo de los pensamientos que has tenido durante toda tu vida, ni el más insignificante de tus afectos, ni el más leve de tus suspiros. Conoce todos los estragos que la culpa ha hecho en tu alma, y todos los malos hábitos que has contraído por tus pecados.

Más todavía: muchas veces te engañas á ti mismo, creyendo que todo lo que te deleita es un bien, y que, por tanto, siguiendo tu pasión desordenada no estás enfermo y no necesitas, por consiguiente, llamar al médico divino de tu alma, Cristo-Jesús. Pero como éste no se engaña jamás, sabe que estás enfermo, aunque tú te juzgas sano, y aunque tu enfermedad sea grave y voluntaria, horrible y asquerosa, no por eso se indigna ni se niega á curarte, pues mientras más repugnante es tu dolencia, tanto más se enternece ese divino médico.

No teme tampoco lo que puedan decir, porque

preste sus servicios á enfermos miserables, y bien lo demostró ante el escándalo de los fariseos que murmuraban de Jesús porque entraba en las casas de los más grandes pecadores, como eran los publicanos, y se sentaba con ellos á la mesa. ¿Qué partido tomó entonces para acallar aquel escándalo farisaico? ¿Se retrajo de visitar á aquellos desgraciados? Nada de eso. Proclamó en alta voz que, por lo mismo que eran pecadores, tenían mayor derecho á su piedad y clemencia, y cuanto mayor era la enfermedad que padecían, mayores debían ser los cuidados que les prodigase como médico.

Pero, dirás tal vez: Jesús conoce mi enfermedad, pero ¿podrá curarla? Porque no todas las enfermedades tienen remedio, unas por su naturaleza, y otras porque el estado del enfermo no puede soportar la medicina. Desecha ese vano temor, porque no hay enfermedad que no pueda curar N. S. Jesucristo, y si algunos desgraciados han caído en los abismos de la desesperación, es porque, encenagados en la culpa, no osaron ni pensar en su conversión. Por una parte sienten una inclinación fortísima hacia el pecado, y, por otra, una voluntad sumamente flaca para todo lo que suponga resistencia. La larga costumbre ha creado en ellos una inclinación tal á la culpa, que les impide abstenerse de ella, y el amor que tienen al placer es tan vivo y tan intenso, que hasta el pensamiento de renunciar á él, lo reaviva. Almas infelices que acaban por perderse; pero se pierden por su culpa, pues el médico divino no cesa de ofrecerles el remedio de sus dolencias.

No vaciles en acudir á El para la curación de las tuyas, pues en un momento puede mudar tu corazón y hacer que odies lo que amas tan desordenadamente, poniéndote en el camino de la salvación. Si eres irresoluto y débil, piensa que Jesús puede conferirte la fuerza que te es necesaria para que salgas del letargo en que vives y formes resoluciones que te

arranquen de los lazos que te sujetan al pecado. La mano de Jesucristo, que ha sanado á las Thais, á las Pelagias, á las Margaritas y á los Guillermos, haciéndoles mudar su vida pecadora en vida santísima, no se cansa nunca de seguir sanando á los pecadores, que todos los días dan testimonio de sus numerosas y grandes curaciones.

PUNTO II

De qué modo procede Jesucristo en la curación de las almas.

Considera que el hombre es accesible al bien ó al mal por uno de estos dos lados. Como ser inteligente, escoge las luces con que ilumina su entendimiento, y como dotado de voluntad, da el impulso que desea á su corazón. Si su mente se inclina á lo falso, cae en el error, y si consiente en el mal con su voluntad, cae en el pecado. Para estas dos clases de males tiene el celestial médico Jesús los tesoros de su gracia, que aplica, según los casos, al entendimiento y á la voluntad. Muchas y muy complicadas son las operaciones de la gracia divina, mas para el objeto de esta meditación, bastará con que examines los medios ordinarios que Jesucristo emplea para sanar á las almas. Valiéndose del poder que tiene sobre el hombre, ilumina su entendimiento de muchas maneras. Unas veces por medio del amigo á quien pides consejo, hace brillar ante tu vista la luz de la verdad; otras es un sacerdote que te enseña ó predica, ó un libro que te advierte de tu error. La desgracia y la prosperidad, la salud ó la enfermedad corporal, la vida y la muerte, son también enseñanzas de que Jesucristo se vale para tu curación. La Iglesia es todo un magisterio de altísimas verdades, aptas para producir admirables frutos de conversión, y cuando aún no bastan todos esos medios para sacarte del error en que estás, Jesucristo mismo, que es la luz increada, envía á tu entendimiento el conocimiento vivo de una verdad, de un principio, de una máxima

que te ilumina y convence: tanta es la claridad que hace en ellas resplandecer.

Lo mismo hace con los impulsos de tu corazón. Habiendo sido formado para el bien, apenas palpita, siente horror hacia todo lo malo. Jesús aprovecha esta disposición representando, unas veces, al corazón humano los bienes inefables del orden sobrenatural, otras las maravillas del cielo, ya las terribles consecuencias del pecado en el tiempo y en la eternidad. Conociendo íntimamente la naturaleza de nuestros corazones, y la perversidad con que los hemos viciado con nuestros pecados, emplea su gracia según nuestra condición. A lo único que no toca es á nuestra libertad, porque su triunfo consiste en subyugarla, pero sin forzarla. A los de ánimo generoso les propone motivos de amor y de agradecimiento; á los tímidos y desconfiados les infunde sus alientos divinos, y los conforta: á los contumaces en la culpa los quebranta con la severidad de la amenaza; á los de ánimo noble, los excita con la esperanza de la exaltación. En una palabra, emplea todos los recursos de una sabiduría infinita puesta al servicio del amor.

Para que pudieras darte cuenta de los maravillosos resultados obtenidos por Jesucristo como médico de las almas, sería preciso que penetraras por un momento en el cielo y vieras la inmensa multitud de los santos que lo pueblan. Algunos pocos hallarías que, preservados por Jesús de las caídas graves, entraron allí por la senda de la inocencia; pero tocante á todos los demás, es decir, la mayor parte de ellos, observarás que son enfermos curados por este médico divino. Y los hay que, no sólo estaban enfermos, sino que eran ya cadáveres que apestaban al mundo con la corrupción de sus infidelidades. A todos ellos, sin embargo, los volvió á la vida, y vida eterna, con los remedios heroicos que brotan de su amantísimo Corazón.

Entra en ti mismo, examina cuidadosamente el estado de tu alma, y por muchas y graves que sean sus dolencias, no desesperes de su curación siempre que, con verdadero espíritu de fe y ardientes deseos de seguir en un todo sus prescripciones, llames en tu ayuda á ese Médico misericordioso que pasó su vida curando con su palabra, con sus manos poderosísimas y hasta con la virtud que salía de El, toda clase de dolencias, las leves, las graves é incurables de los ciegos, mudos y leprosos, hasta dar la vida á los muertos, simbolizando en estos milagros las curaciones de las almas.

PUNTO III

Lo que nos pide Jesucristo para curarnos.

Considera cuán errados caminan los que creen que Jesús impone á sus enfermos una cura muy penosa y difícil de soportar ó sacrificios muy costosos, midiendo al médico divino por el mismo rasero que á los médicos de la tierra, que no teniendo dominio sobre la naturaleza, se ven precisados á emplear el hierro y el fuego para procurar al enfermo la salud.

No procede así el amantísimo Jesús, cuyas curaciones son suavísimas. Mira á María Magdalena á quien devolvió la salud del alma, no con recriminaciones ni amenazas, sino con palabras de inefable dulzura y con la gracia interior que la mudó de pecadora en amorosa penitente; mira á la Samaritana á la que transformó en apóstol con un suave coloquio, y á Zaqueo á cuya mesa se convidó para tratarle con más dulzura, y no sólo le perdonó, sino que le llenó su casa de bendiciones.

Una sola cosa te exige Jesús para curarte, pero tan natural y justa, que no se contentan con menos los médicos de la tierra para encargarse de la curación de un enfermo. Y esta cosa es que tengas fe y confianza en El, y que te sometas á las prescripciones que te ordene.

En el IV Libro de los Reyes, se lee que un gran general asirio, de nombre Naamán, se presentó al santo profeta Eliseo para que le curase de una asquerosa lepra que le cubría todo el cuerpo, y el profeta sólo le dijo: "Ve y lávate siete veces en el Jordán y quedarás limpio." Con lo que se indignó Naamán, á quien parecía el remedio demasiado vulgar, pues se imaginaba que Eliseo invocaría á su Dios y que en el mismo instante se le quitaría la lepra. Y con estos sentimientos exclamó: "¿Pues qué, no son mejores el Abana y el Pharpher, ríos de Damasco, que todas las aguas de Israel para bañarme en ellas?" Pero sus criados le hicieron notar que si habría obedecido al Profeta en el caso de que este le ordenara una cosa difícil, con mayor motivo debía obedecerle tratándose de una cosa fácil, y siguiendo Naamán tan cuerdo consejo, quedó sano.

Aplícate esta enseñanza y haz lo que el divino médico te manda para curarte de tus dolencias. Examina para ello, cuál es la enfermedad que te domina. ¿Es la lepra de la concupiscencia? Pues Jesús te dice, como se lee en el Evangelio de san Lucas: "Ve y preséntate al sacerdote." Confiésale tu iniquidad y no dejes de frecuentar los sacramentos hasta obtener la curación que deseas. ¿Se ha debilitado tu fe? Apártate de aquellos amigos sin alma y sin Dios, que le ponen en duda, abandona aquella lectura llena de sofismas y de insidias, y aplícate con ahinco al ejercicio de la fe, hasta que la imprimas vigorosamente en tu corazón. ¿Te distrae el amor de los placeres del mundo? Pues considera las delicias inefables del cielo y las llamas eternas del infierno, y verás como se desvanece en tu corazón el humo de las vanidades de la vida presente. Toma, según sea la enfermedad que padezcas, la medicina que te ofrece Jesucristo por medio de la santa Iglesia, y te curarás infaliblemente.

Sin esta condición no podrás sanar, pero ten en cuenta que si pereces, no perecerás, según dice el

Profeta, ni por falta de bálsamo ni de médico que lo aplique, sino porque careces del deseo vivo de curarte, que era lo primero que pedía Jesús á sus enfermos. Tienes á Jesús y su divina sangre de virtud infinita; tienes á su amantísimo Corazón. En todo tiempo y en todo lugar está dispuesto á sanarte. ¡Desgraciado de ti si le desprecias, porque corres voluntariamente á tu eterna ruina!

Coloquio.—¡Oh divinísimo Corazón, en quien están todos los tesoros de la salud de mi alma! Aquí me tienes, hecho un leproso, lleno de toda suerte de llagas y de miserias, pero dispuesto á obedecerte y á tomar cuantas medicinas me ordenares. Cúrame con la virtud celestial que de Ti sale. Toca las úlceras de mi corazón, que son mis pasiones y mis pecados y quedaré limpio, sano y digno de Ti.

Propósitos —Aplicarte las medicinas y consejos que en nombre de Jesús, te da el confesor. No es extraño que no te cures y aun que cada día estés más enfermo, si no te aplicas los remedios que te prescribe.

DÍA SEXTO

Jesucristo, pastor divino de los hombres.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Jesucristo, como buen pastor, conoce á sus ovejas.

Considera lo que ocurre en todo rebaño entre el pastor y sus ovejas. Estas fijan continuamente sus ojos en el pastor para aprender á conocerle y distinguirle de los demás hombres, y el pastor, á su vez, las conoce tan particularmente, que las distingue por el color de su lana y á cada una la llama por su nombre. Del mismo modo Jesús, que á sí mismo se llama pastor, dice que conoce á sus ovejas. Muchos somos los hombres en el mundo, pero como, desgraciada-

mente, no todos le servimos, El distingue y reconoce á aquellos que le pertenecen. Y no vayas á creer que este conocimiento lo tiene sólo como Dios, para quien nada hay oculto, sino que al decir que conoce á sus ovejas alude á un conocimiento más profundo y propio de su oficio de pastor. "Conozco—dice—á mis ovejas, como el Padre me conoce á mí„. ¿Y cómo conoce el Padre á su Hijo? Los santos responden que el Padre conoce de tal modo á su Unigénito, que por su conocimiento le comunica su vida y su misma substancia. Conoce á su humanidad tan claramente, que por su conocimiento amoroso la colmó de perfecciones inefables que llegan hasta á la unión personal con el Verbo, y si el conocimiento que del hombre tiene Jesucristo no produce estos efectos, es, no obstante, un conocimiento rico en dones verdaderamente excelsos y maravillosos. Jesús, con el conocimiento que tiene de sus ovejas, esparce sobre ellas una riqueza de gracias, un tesoro tan grande de dones, que vienen como á dar su ser y su forma á su rebaño.

San Agustín las llama, por esta razón, ovejas salidas de las manos divinas. ¿Se ha visto nunca un pastor formando con sus manos las ovejas? El pastor puede comprarlas, puede recibirlas en clase de don, pero formarlas por sí, no es posible. Y, sin embargo, así como el Padre, por el conocimiento que tiene de su Hijo desde la eternidad, es principio del Hijo porque lo engendra, del mismo modo el Hijo humanado, por el conocimiento que tiene de sus ovejas, da el ser á sus fieles, y como el divino Unigénito, por la perfecta semejanza que tiene con el Padre, es llamado por el Apóstol imagen y figura de su substancia, así, en la debida proporción, el conocimiento que Jesucristo tiene de sus fieles, estampa en ellos el carácter de predestinados á la vida eterna. ¿Quién no arderá en deseos de ser conocido de esa manera? ¿Y quién no temerá, al mismo tiempo, que se le puedan apli-

car estas palabras de san Agustín: "Te tienes por una oveja, ¿y quién sabe si Dios no te conocerá por réprobo?„ "Si yo supiese, exclama san Bernardo, que era del número de los que Dios conoce por sus ovejas, saltaría de júbilo; pero no puedo saberlo, porque, como dice el Evangelio hablando de las vírgenes, espero entrar al festín del Esposo, y, sin embargo, quizá me vea excluído por aquella terrible voz: "No os conozco.„

PUNTO II

Quiénes son las ovejas de Jesucristo.

Considera aquí, que si no puedes tener la seguridad de ser una de las ovejas de Jesucristo, puedes tener indicios fundados de serlo. Son ovejas de Jesucristo las que están en su aprisco, las que oyen su voz, las que frecuentan sus pastos; y todas estas condiciones, mediante la divina bondad, está en tu mano el cumplirlas. Porque ¿es acaso tan difícil pertenecer al rebaño de Jesucristo? Hay, ciertamente, muchos que se presentan á los ojos del mundo como ovejas de Jesucristo porque de El toman el nombre; pero no es menos cierto que las ovejas de Cristo se distinguen fácilmente de las demás. Se llaman ovejas de Jesucristo muchas criaturas que sólo lo son de nombre, pero llevan estampado en sus frentes un signo que no es el de Jesucristo, sino el del error ó el pecado.

El rebaño de Jesucristo está gobernado por pastores que, por una serie no interrumpida, descienden de los Apóstoles. Su unidad de pensamiento y de acción es perfecta, por la sumisión á la cátedra de Pedro, como es perfecta la conformidad de corazones por la caridad. El rebaño de Jesucristo es excelente, por la gracia que le adorna, por las oraciones que lo sostienen, por las virtudes que lo alimentan, por los carismas que lo regalan, por los milagros y profecías que riegan sus pastos, y por la discreción

de los espíritus y fecundidad del Apostolado, que hacen esos pastos sanos y abundantes.

Mas para pertenecer á este admirable rebaño es necesario oir dócilmente la voz de su divino pastor y no ser del número de aquellas ovejas indóciles, que se escapan del aprisco para oir las voces de los falsos pastores que desde los comienzos del mundo, según hace notar san Agustín, procuran atraerse á los hombres prometiéndoles los pastos de la vida para luego engañarlos miserablemente. Los filósofos de la antigüedad, dice el Santo, dijeron á los hombres: "Seguidnos y os haremos felices„; pero no fué verdad, porque aunque presentaron nobles pensamientos á la mente, los contaminaron con multitud de errores y jamás pudieron proporcionar á los corazones un pasto que fuera saludable. Vinieron luego otros sabios, enemigos también de la cruz, y repitieron: "Seguidnos, y hallaréis la felicidad„; pero, lejos de encontrarla, cayeron los que los siguieron en mayor miseria todavía. Y, desde el tiempo de san Agustín hasta nuestros días, ¡cuántas veces los falsos pastores no han repetido esa misma palabra con el mismo lamentable resultado!

Esto no impide, por desgracia, que en cuantas ocasiones hablan esos falsos pastores, muchas ovejas del rebaño de Jesucristo se dejan alucinar y abandonan al divino Pastor para correr tras de los lobos disfrazados de pastores, que concluyen por devorarlas. Para huir de ese peligro, pon en parangón los pastos que esos falsos pastores te ofrecen, con los de Jesucristo. Jesús tiene prados fértiles, pastos saludables, fuentes clarísimas, todo, en suma, cuanto puede servir para el regalo y salvación de tu alma. Tu entendimiento tiene hambre de verdad, ¿dónde la podrás encontrar más completa que en los pastos del que es la misma verdad? Tu alma tiene necesidad de conocer á Dios para acercarse á El; la tiene, igualmente, de conocer los designios de Dios sobre ti

para coadyuvar á ellos; tiene necesidad de distinguir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, el bien del mal, para seguir lo uno y apartarse de lo otro.

También tu corazón tiene necesidad de pastos saludables, que sólo puede encontrar en el Corazón amantísimo del Buen Pastor. Deseoso de amar, no puede saciarse con otro amor que con el amor al bien. ¿Quién, sino el Corazón de Jesús, le dará este necesario alimento, y dónde hallarás sino en El la fuente de aguas vivas que apague la sed de amor que te consume? ¿Qué suavidad puedes desear que en el Corazón de Jesús no encuentres? ¿Quieres ternura en el amor? Contémplale niño en los brazos de la santísima Virgen. ¿Quieres perseverancia en los trabajos? Considérale en el retiro de Nazaret y en la predicación de la Judea. ¿Quieres heroísmo de caridad? Contémplale en el Calvario entre las agonías y angustias de la cruz. ¿Le quieres revestido de gloria? Mírale en los resplandores de su Resurrección. ¿Le quieres padre, amigo, hermano, esposo, amante? Jesús es todo eso en el sagrario, para quien le busca. ¿Le deseas hombre, Dios, redentor, mediador, glorificador? Todo eso es Jesús. ¿Le quieres pequeño? Míralo en la Eucaristía y en Belén. ¿Le quieres grande? Es infinito en la grandeza. ¿Quieres la confianza de Jesús? El se entrega á ti cuantas veces quieras recibirle. ¿Quieres su perdón? Jamás te lo niega. ¿Quieres verdad? El es la verdad por esencia. ¿Quieres amor sobre todas las cosas? Jesús es todo amor.

Todo cuanto puedes desear lo obtendrás, oyendo como oveja dócil, la voz de Jesús. Resuélvete á hacer la experiencia, y verás cómo renaces á una vida dichosa. No imites á tantos desgraciados que se arrojan sobre esos pastos peligrosos que les ofrece el mundo, y decídete á seguir al Pastor divino que no cesa de llamarte, y, acogiéndote á su aprisco, una luz celestial iluminará tu entendimiento, y un júbilo inefable inundará tu corazón.

PUNTO III

Jesucristo buen Pastor, se da á sí mismo en alimento á sus ovejas.

Considera, que todos los pastores, aun queriendo á sus ovejas, no dejan por eso de servirse de ellas por su propio interés. Se sirven de su lana y de su leche y se alimentan con su carne, y si las salvan del furor voraz de los lobos, no es por otra cosa que por comérselas ellos. No procede así el divino Pastor, que ha encontrado el medio maravilloso de hacerse nuestro alimento. ¿Cuándo se ha visto, exclama san Crisóstomo, que un pastor alimente con su propia sangre á sus ovejas? Muchas madres hay que dan á criar sus hijos á otras nodrizas. Pero el Corazón de Jesús no consiente hacer otro tanto, y como alimento se da á las almas, formando con ellas una sola cosa.

Santa Gertrudis, vió una vez hallándose en éxtasis, á un alma en el acto de recibir este alimento divino y le pareció un lago purísimo de oro inflamado, en medio del cual Jesús llevaba á término la santificación de aquella alma, de una manera tan delicada, que todo el cielo se hallaba pasmado de admiración.

No hay necesidad, sin embargo, de acudir á revelaciones particulares, porque el santo Concilio de Trento ha declarado de un modo auténtico en qué consiste esta maravillosa operación. En el alma que recibe á Jesús, debe estar ya la gracia santificante que es como dicen los santos Padres, una irradiación de la belleza divina. Luego Jesús, con estos rayos de la hermosura divina, cuando entra en un alma adorna á ésta con tales resplandores que en ella se complace la augustísima Trinidad. El hombre tiene por naturaleza la corrupción, de tal modo, que todo él es como una pura llaga; mas al entrar Jesús en él, sana una á una todas aquellas úlceras, amordazando y comprimiendo la concupiscencia que ardía en el hom-

bre. A causa de los sentidos y de la carne que lleva consigo el hombre, vive sujeto á la sensualidad, pero del alimento que le da Jesús, surge el precioso licor que engendra vírgenes. El hombre está sujeto á muchas flaquezas diarias, aunque sólo sean veniales, y Jesús en la Eucaristía, borra los pecados veniales y preserva de los mortales. El hombre es flaco en el ejercicio, siempre penoso, de la virtud, y Jesús con un torrente divino de gracias actuales, lo conforta para que logre, venciéndose á sí mismo, sobreponerse á todas las dificultades.

Pero el efecto principal, de este pasto divino, es aumentar el amor. Lo más necesario para el corazón es amar y sin duda alguna amar á Jesús, en cuyo amor se resumen todos los amores, y este amor sólo puede satisfacerse en el augusto Sacramento, donde Jesucristo se entrega al hombre de una manera sensible. Porque en la sagrada mesa se presenta Jesucristo como un Dios enamorado de su criatura, para derramar sobre ella los tesoros de su poder, de su sabiduría, de su bondad y de su misericordia. Es un Dios enamorado que pone toda su majestad, toda su grandeza y toda su magnificencia al servicio de su amor. Es un Dios enamorado que no se contenta con menos que con incorporarse y unirse á su criatura de una manera inefable.

Coloquio.—Divino Corazón de mi buen Pastor Jesús, en el que encuentro aprisco y refugio contra mis enemigos, consuelo en mis penas, dulzura en mis lágrimas, manjar de vida eterna, fuego para mis amores y un cielo anticipado. Yo quiero por mi humildad y mansedumbre ser buena ovejita del buen Pastor, nunca separarme de ti, Jesús mío, sino en tu corazón vivir y en él morir en el tiempo, para resucitar en la gloria. Tú ábreme esa puerta del cielo, que es la llaga de tu costado, y allí encontraré la paz y la dicha que el mundo no puede darme. No quiero amar sino á ti, Corazón divino, para que El sea mi gloria, mi consuelo y mi único amor y esperanza.

Propósitos.—En las tentaciones y peligros todos, refúgiate en el Corazón de Cristo.

DÍA SÉPTIMO

Jesucristo Rey de los hombres.

Preludios.—**Mira al divino Corazón coronado de espinas en señal de que quiere ser Rey eterno de los hombres que ha salvado, y pídele que reine sobre el mundo y sobre ti, pues sólo en su reinado absoluto está la felicidad del mundo.**

PUNTO I

De la naturaleza del reino de Cristo.

Considera que el gran fundamento de nuestra fe, consiste en creer que en Cristo N. S. está la naturaleza divina unida á la humana, y que el título de Rey le pertenece por razón de sus dos naturalezas. Porque claro es que en cuanto Dios es Rey y Señor de todo el universo; pero además Jesucristo es Rey y Rey absoluto, universal y eterno, también en cuanto hombre. Por eso dice san Juan en el *Apocalipsis,* que lleva escrito en la orla de su vestidura: "Rey de reyes y Señor de los que dominan.„ Por eso aun en la cruz lleva corona y con ella en el Corazón se apareció á la beata Margarita María.

Medita, en efecto, que por su extirpe, como descendiente de David, pudo reinar temporalmente sobre la Judea y á haberlo querido, habría podido reinar también sobre todos los pueblos de la tierra, que eran suyos; pero no quiso reinar sino servir, pero sin renunciar por esto á ser el verdadero Rey espiritual de la Iglesia, con todos los derechos de verdadero y legítimo Soberano. Así lo anunció el profeta Daniel, al explicar la célebre visión de Nabucodonosor, figurada por aquella estatua de cabeza de oro, pecho y brazos de plata, de bronce los costados y de hierro y arcilla los pies, y que fué derribada por la piedrecilla no salida de mano de hombre, que descendió del

monte, y la hizo pedazos. Esta piedra descendió de un monte tan vasto y extenso que cubría toda la tierra, y el mismo profeta Daniel declara que significaba el reino de Jesucristo, aquel reino á que se refería el arcángel, cuando dijo á María que el reino de Jesucristo no tendría fin. Este reino, dice también el profeta Daniel, destruirá y anonadará á todos los reinos precedentes; no sojuzgándolos temporalmente, sino destruyendo sus máximas, sus errores, sus principios y su idolatría, y atrayendo y sujetando á los pueblos y monarquías bajo el yugo del Dios verdadero y trayéndolos al conocimiento de la verdad y del bien que es Jesucristo. De aquí se deduce claramente que la Iglesia es un reino y que nadie más que Jesucristo puede ser su monarca, pues El la fundó y la ganó y conquistó con su sangre.

Considera, también, las propiedades de la realeza y reinado de Jesucristo. El real Salmista, puesto un día á contemplar lo por venir, vió á Jesucristo en calidad de Rey, vistoso en hermosura sobre todos los hijos de los hombres; su trono increado y eterno; su cetro, el cetro de la rectitud; el amor de su Corazón, es la justicia; sólo odia su alma á la iniquidad. Y si de la persona pasas á la cualidad de su reino, Isaías te dirá que su duración se mide con la de los siglos.

Considerado el espacio de su dominación se extiende á toda la tierra y dominará de mar á mar y desde el río hasta los términos de la redondez de la tierra. Si miras á las personas que han de estarle sujetas, Jeremías te dirá que son todas las que respiran el aire, y su corte, lejos de estar solitaria, se ve poblada de millones y millones de ángeles que le exaltan y glorifican y penden de El como ministro de su voluntad. A su diestra, se sienta una reina nobilísima, vestida con vestidura dorada y rodeada de variedad. Esta reina es la Iglesia á quien Cristo ha elevado al honor de su solio; la llama Esposa porque así como Eva fué formada de una costi-

lla de Adán, la Iglesia salió del costado de Jesucristo crucificado. La llama también hija, porque por la gracia de adopción la hizo tal; alaba su hermosura porque El la lavó con su sangre; la exalta como rica, porque le confirió los tesoros de sus méritos, y la trata como la única amada de su Corazón, porque es la sola que formó con su amor y por ella descendió del cielo.

De todo esto has de deducir cuán elevada es la naturaleza del reino de Cristo y cómo su reinado, sobre las inteligencias y los corazones de los hombres, lo tiene asegurado por mil títulos, y cómo su autoridad de Rey no puede ponerse en duda. Pídele que reine sobre ti, sobre tu entendimiento y tu corazón para que en adelante no tengas más rey que El, que reine en ti por el amor, ya que su reinado es el reinado de su Corazón sacratísimo.

PUNTO II

Del reinado social de Jesucristo.

Considera que el título de Rey, en Cristo S. N., resume sus derechos sobre los individuos, como sobre los pueblos. El derecho eterno y absoluto que Jesús por su divina autoridad, por sus títulos de Redentor, legislador y Salvador del linaje humano tiene para reinar por su gracia y por su ley en todos los órdenes de la vida humana, de modo que todos los hombres le obedezcan y nada se haga en contra de su ley y de sus derechos y los de su Iglesia, es su reinado social. Ningún derecho se le niega hoy tanto, ninguno debe defenderse hoy más. Es como la piedra de toque que separa á los buenos y fervorosos católicos de los tibios é indiferentes. Los fieles defienden su reinado social, los malos lo niegan, los indiferentes y tibios ni lo niegan ni lo afirman. Y, sin embargo, no hay prerrogativa más solemnemente y como oficialmente atribuída al Salvador en la Sagrada Escritura. El ángel que lo anuncia á María como Sal-

vador, lo anuncia como Rey de toda la tierra. Apenas nacido, los reyes vienen á poner las coronas á sus pies. El pueblo entero lo reconoce así, y se acuerda de que por el profeta Zacarías está escrito: "He aquí que viene tu Rey„. Pilatos, obligado, como Caifás, por un espíritu profético de que no se da cuenta, escribe sobre la cruz: "Jesucristo-Rey„. Y allí, en aquel trono, es llamado Rey por el ladrón, que le pide que se acuerde de él cuando esté en su reino. Así, pues, el cielo y la tierra, el judaísmo y la gentilidad, se ponen de acuerdo para saludar al Verbo Eterno con el título de Rey.

¡Y quién osaría negarle ese título, cuando el Padre, muchos siglos antes de su nacimiento, se lo ha concedido! "Pídeme, y te daré todos los pueblos por tu herencia„. En estas palabras están encerradas dos promesas: la herencia, y la posesión de dicha herencia. La primera pertenece al Hijo en virtud de su filiación; la segunda, ó toma de posesión, puede ser más ó menos retardada. ¿Cuándo querrá el Hijo de Dios *de hecho* ejercer plena autoridad sobre la tierra? Eso no lo sabemos; pero sí podemos decir que tiene para ello plena autoridad, y no la podríamos negar sin negar su divinidad. Al unir la naturaleza humana á la persona de su Hijo, es imposible que Dios no le haya comunicado todos los derechos de su divina persona, en cuanto ella fuese capaz. Ahora bien, su reinado social en la tierra es una de las prerrogativas que no repugna á la humanidad del Salvador. Dice san Pablo, "que Dios le constituyó heredero de todas las cosas„. Y en mil pasajes, procura mostrarnos la vida terrestre de la Iglesia como el período belicoso de la vida del Salvador, mientras que la eternidad es el período de triunfo y de paz. Porque al partir del seno del Padre, el divino conquistador se obligó á someterle, aun á costa de su sangre, la tierra rebelde, y su Padre, á su vez, á coronar sus combates con una plena victoria.

Mas expresamente Jesucristo, en el momento de dejar á sus Apóstoles, les dijo: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra„. No es, pues, sólo el soberano Pontífice de la ley nueva; Jesucristo es el Rey de reyes. Si no tuviese más realeza que la espiritual, que se confunde con el sacerdocio, no tendría todo poder. Es, pues, Rey espiritual y absoluto de las almas y de los corazones, de los pueblos como de los individuos. Los otros reyes no tienen el poder sino de El, ni lo conservan sino en cuanto están obligados á obedecer á sus leyes, más aún que los súbditos de los reyes temporales. Luego reconocer á Jesucristo por su soberano Señor; dirigirse los pueblos, en sus relaciones civiles y políticas, según las máximas del Evangelio; recurrir á El en sus necesidades; darle gracias por sus beneficios; favorecer la extensión de su reinado; hacer que todos los hombres lo conozcan y sirvan, tales son, después de la Encarnación, los deberes esenciales de los soberanos y los pueblos. Dudar de ello sería dudar de la Encarnación. ¿Cómo creer que el Hijo de Dios ha entrado en la familia humana y que ha santificado la tierra con su sangre; que reina sobre el universo, y persuadirse que las naciones pueden mirarlo como un intruso, y arrojarlo de sus leyes y costumbres como un extraño? ¿Que ha promulgado leyes que relacionan á los hombres con Dios, y á los hombres entre sí y hablan de ser esas leyes letra muerta, á ciencia y paciencia de Cristo? No; la misma ley que obliga á los pueblos, como tales, á glorificar á Dios, la misma obliga á glorificar á Jesucristo. El Padre, al enviarlo al mundo y constituirlo cabeza de los hombres, no le ha sometido menos los pueblos enteros que las almas aisladas; ó mejor: los hombres, no pudiendo vivir aisladamente, y siendo la sociedad condición de su naturaleza, el reinado individual de Jesucristo no se podría concebir distinto de su reinado social. Y lo mismo en el mundo antiguo que en el mundo moder-

no la Providencia no olvida ningún medio para enseñar á los pueblos, que la ley suprema de su existencia y de su grandeza es la obligación de servir á Jesucristo y de glorificarlo. Así lo comprendieron los legisladores y grandes reyes de los siglos cristianos, y ningún título más glorioso se atribuían que el de Vicarios de Dios. Ojalá todos hicieran lo propio. Así los hombres hubieran hecho una gran familia, de la que Jesús hubiera sido el corazón y la cabeza. Pero ¡ay! los reyes de hoy no lo han querido comprender así, y han preferido una política mezquina que regatea á Jesucristo todos sus derechos. Al pensamiento divino de la salvación de las almas han sustituído los cálculos mezquinos de Pilatos y de Herodes. La herejía que combate á Jesucristo ha llegado á ser, entre sus manos, un instrumento de gobierno. No han buscado el reino de Dios, y por eso, ni la paz ni la prosperidad se les da por añadidura.

Señor, vénganos el tu reino, que es reino de paz y de bienandanza. Ilumina á los que mandan para que la hagan como lo deseas Tú, todo por Ti y nada contra Ti, que eres Rey de los reyes; ilumina á los que obedecen para que en todo te obedezcan á Ti. Así vendrá á nosotros tu reino y se hará tu voluntad en la tierra como en el cielo.

PUNTO III

Los emblemas de Cristo-Rey.

Considera que los emblemas de la realeza son el trono, la corona y el cetro. Jesucristo los tiene, los tuvo en la cruz y los tiene en su Corazón. Como había de reinar desde la cruz y desde allí atraer á sí todas las cosas, allí, en la cruz fija su trono, allí salva y condena, allí juzga al mundo, allí se muestra Señor del cielo y de la tierra, allí reina sin que nadie le pueda destronar. "*Regnavit á ligno Deus*„ y el título que allí pone Pilatos, apesar de los judíos, nadie se lo puede quitar, ni se lo quitará hasta la con-

sumación de los siglos, pues se lo da el Eterno Padre y el mismo Cristo que huyó cuando lo quisieron hacer Rey las turbas, sólo lo acepta cuando está clavado en la cruz. Por eso también, la cruz corona al divino Corazón, y así coronado se aparece á la beata Margarita, para significar que El, Rey de dolores, salvó y salvará al mundo por la cruz, que es el emblema de su gloria y de sus grandezas, y que si tú quieres ser cortesano de ese Rey de todos los Santos y de todos los predestinados, es preciso qne aprendas á vivir y morir crucificado como El.

Considera, después, cuál es la corona de tu Rey. En la cruz corona de espinas en la cabeza: en su vida gloriosa se aparece con una corona de espinas en él Corazón. Corona en la cabeza, porque quiere reinar por la verdad; corona en el Corazón, porque quiere reinar por el amor, y siempre corona de espinas por que es la corona más gloriosa, la más fija y segura, la única que convenía á Jesús que venía á salvar al mundo por su Pasión y su sangre. Desdeña las demás coronas, las de flores que se marchitan en un día, y las de oro ó laurel, símbolos del orgullo ó de la vanidad. Todas las demás indicarían en Jesucristo debilidad, como lo indican en los reyes de la tierra, en los que todo es prestado, aun su misma autoridad, y necesitan el ornato y grandeza exterior que los autorice. En Jesucristo todo le viene de sí, todo es propio, y, por consiguiente, no le conviene más corona que la de espinas, símbolo de su triunfo y de su amor. Y con esa corona reina y reinará sobre los entendimientos y los corazones de los hombres, porque ella es la que nos dice cuanto nos ha amado.

Y por último, el cetro. Los soldados le ponen por cetro una caña vacía, en señal de lo vano de su reino. El mundo que rechaza el reinado de Cristo hace lo mismo que los soldados y le llama rey de burlas y á lo más rey de las iglesias y de los conventos. Pero el Eterno Padre le da cetro de hierro y le dice que rei-

ne con él sobre sus enemigos y con su poder los deshaga como vasos de arcilla. Mira, para confirmarte en la fe, dónde están los infinitos enemigos que Jesucristo ha tenido en veinte siglos. Todos se han estrellado en esa piedra angular, Cristo, contra el que no pueden prevalecer las puertas del infierno.

Coloquio.—Divino Corazón que te apareciste á la virgen purísima Margarita, con esos símbolos de amor encendidísimo á los hombres, que muestran lo infinito de tu caridad. Abrásame en esas llamas, cíñeme con esa corona de espinas, única que conviene á los que te aman, ábreme esa llaga del costado, verdadera puerta del cielo. Que yo te ame, que no quiera más rey que Tú, que defienda tus derechos divinos á reinar sobre el mundo y que todos los corazones ardan en incendios de ardiente caridad.

Propósitos.—Puesto que la devoción al Corazón de Jesús es devoción de amor y de sacrificio, ofrécele á Jesús el de tu pasión dominante.

DÍA OCTAVO

El Corazón de Jesús es todo amor.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la sublimidad del amor del Corazón de Jesús.

Considera que el Hijo de Dios está en el seno del Padre, desde toda la eternidad. En los infinitos goces de su divinidad, tuvo presente á todo el género humano: vió el uso que el primer hombre habría de hacer de su libertad y cómo habían de ser envueltas en su pecado todas las humanas generaciones. Desde entonces formó el designio de venir á salvarnos, y de su amor y caridad infinita, resultó el misterio insondable de la Encarnación, la obra maestra del Corazón de Dios. ¿Y cuál fué la causa que le movió á obra tan extraordinaria? No su propio bien, pues

suponer que Dios espera obtener ventajas de sus criaturas, es un absurdo. ¿Acaso bajó al mundo atraído por las súplicas del hombre? Antes de que el hombre creyera tener necesidad de El, ya el Hijo de Dios había determinado venir en nuestro socorro. ¿Fué obligado, ó por la fuerza ó la violencia? ¿Y quién podía usar de violencia con un Dios? La causa no podía ser otra que el amor libérrimo, gratuito, generosísimo, inmenso del Verbo de Dios. ¿Pero qué amor es ese que se remonta á los siglos eternos que precedieron al mundo? Si hubieras encontrado un amigo que durante toda su vida no hubiera cesado un instante de amarte, ¿cómo le podrías tú pagar? Pues el Hijo de Dios ha hecho más por ti, porque te ha amado desde la eternidad. Y este amor no reconoce otra causa que su bondad y ternura. ¿Puede hallarse mayor sublimidad en el amor? Es, además, este amor gratuito, porque en ti no hay cosa que pueda parecerle amable. Es tan generoso y sublime, que sólo la fe puede hacerte creer que todo un Dios te ame así. Ahora bien. ¿Has parado mientes en ese fuego de amor que arde en el Corazón divino de Jesús? ¿Has sentido un momento siquiera, toda la alteza é inmensidad del amor que por ti siente un Dios tan grande, un Dios tan bueno, un Dios tan hermoso y magnífico, cual es nuestro dulcísimo Jesús?

Para medir en lo posible la sublimidad de este amor, considera además que el amor del Verbo divino ha de ser proporcionado á su grandeza, y como esta es infinita, infinito ha de ser el amor que te tiene. Pero ¡oh misterio incomprensible!, para manifestarte ese amor infinito, comenzó por anonadarse á sí mismo, tomando la forma de siervo; abrevió lo que era para aparecer lo que no era, y ocultó todos sus divinos atributos en las debilidades de nuestra humanidad, introduciendo lo infinito de su esencia en la pequeñez de un cuerpo humano, la inmensidad de su morada en un taller y luego en un sagrario, la inefable

majestad y santidad de todas sus perfecciones bajo la apariencia de un pobre artesano, y todo ello para dar salida á los desahogos de su amor. A fuerza de repetir que el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros, esa frase parece haber perdido para los hombres la profundidad inmensa de su sentido; pero si la oyeras por la primera vez y comprendieras el valor de la expresión, no podrías volver de tu estupor y admiración. ¿Qué dirías, por ejemplo, si oyeses contar que por amor á un vil esclavo, un gran monarca consintió en hacerse esclavo y en verter por él toda su sangre? Seguramente te parecería cosa tan inverosímil y tan extraordinaria, que te parecería una verdadera locura. ¿Pues qué dirás entonces del Hijo de Dios, del Rey del cielo y de la tierra, que se hace hombre por amor del hombre y para darle la vida? Y si te parece inverosímil lo primero, ¿cómo no te parece inefable lo segundo? Porque bien mirado, el que un príncipe de la tierra se convierta en esclavo, ¿qué es en comparación de un Dios que se hace hombre? Y sin embargo, ¿quién admira debidamente á Jesucristo, que llevado del ímpetu divinamente irrefrenable de su amor, salva la inconmensurable distancia que media entre Dios y el hombre y abraza, como á esposa amadísima á nuestra mísera naturaleza? Mísera, sí, porque á su natural abyección hay que añadir la indignidad, harto más grave de la culpa. Ante la luz de la razón, es evidente que Dios merecía un culto de adoración y el hombre en vez de tributárselo, se lo dió al demonio en los ídolos y en los pecados. Por ley natural había estampado en el corazón del hombre el amor á sus hermanos, pero el hombre le trató con crueldad que llegó al homicidio, le sojuzgó con la injusticia, con el fraude, con la violencia, con las persecuciones, hasta devorar su carne. Le había dado un cuerpo y un alma para que fuesen templo vivo de Dios, y habitación del Espíritu Santo; pero profanó su cuerpo y mancilló su alma con

tantas torpezas que la humana naturaleza debió inspirar horror á Dios, que es purísimo. La espada de la justicia de Dios flameaba sobre la mísera humanidad y entonces, precisamente, vió llegada la hora de la plenitud de los tiempos, y rasgó las nubes y descendió á la tierra y se hizo hombre. ¿Para llenar la tierra de los cadáveres de los hombres, tomando venganza de sus crímenes? ¿Para perseguirlos sin tregua ni descanso? ¡Ah! Sí. Para perseguirlos con sus dones, con sus caricias, con sus abrazos. Bien puedes exclamar, como los santos Padres: "¡Oh Dios de amor! ¡Oh Dios de amor!„ y comprender en lo posible por qué le llamaban con ese nombre, porque está visto que Dios es caridad.

PUNTO II

De la inmensidad del amor del Corazón de Jesús para con los hombres.

Considera que no sólo no se contentó Jesucristo con colmar á los hombres de beneficios, sino que tomó á empeño conquistar sus corazones con todas aquellas amorosas industrias que le sugirió su infinita ternura. Quería el hombre aproximarse á Dios; pero le detenía en parte, la majestad divina y en parte su propia vileza, y Jesús de un solo golpe hizo desaparecer tan grave obstáculo haciéndose hombre, para que el hombre pudiera tratarle con toda confianza. Pero no se contentó con hacerse hombre sino que tomó, respecto del hombre, la forma más amable, la de la gracia de la inocencia en la niñez, con atractivos especiales para ganar los corazones de los hombres. La dulzura de un rostro amable ejerce gran influencia en el corazón humano y Jesús se mostró al mundo, cándido y rubicundo, como dice la esposa de los Cantares, y lleno de gracia verdadera y el más hermoso de los hijos de los hombres.

A una alma buena, que con frecuencia se afligía, mandó Jesucristo por medio de santa Matilde, esta

embajada: "¿Por qué se acongoja tanto esa alma? Yo soy su padre por la creación, su madre por la redención, su amigo en la herencia del reino celestial y su hermana en la compañía que la hago."

Y eso es Jesucristo para todos los hombres. Es padre por la creación, porque siendo la causa primera es asimismo la causa de todas las cosas. Es madre por la ternura. ¿Por qué acaso no fueron de madre sus gemidos cuando vió á las turbas afligidas y extraviadas sin pastor? ¿No fueron de madre aquellas lágrimas que derramó sobre Jerusalén, pensando en el castigo que le esperaba? ¿No fueron de madre aquellas voces que dió en la gran solemnidad del tabernáculo invitando á todos á acudir á El, fuente de agua viva? Y en la división del reino celestial, ¿no es Jesús un amigo lleno de amoroso desprendimiento? Entre los hermanos es común la herencia paterna, ¿y qué cosa de las que posee no ha repartido entre todos los hombres? Al reino de Dios, según dice san Bernardo, tenía Jesús un doble derecho: primero como Hijo unigénito de Dios, y luego por el precio de su sangre, con que de nuevo lo conquistó. Pues este segundo derecho lo cedió al hombre al cederle sus méritos, su satisfacción y el valor de su sangre divina. Y por la unión y dulzura de los afectos, ¿no es también Jesús hermano del hombre? Como es propio de los hermanos vivir siempre en grata compañía, Jesús ha querido estar siempre con los hombres, sin separarse de nosotros jamás, viviendo en nuestra compañía y haciéndonos gozar de su amable conversación.

¿Y piensas, acaso, que á estos afectos no ha correspondido la grandeza de las obras y lo inmenso de los sacrificios? Grave injuria haces á Jesucristo si tal piensas. Porque sus afectos han sido grandes, pero mayores han sido todavía sus obras. Todo el bien que Jesús quería hacer al hombre requería que se ofreciese á su Eterno Padre, como víctima en el altar de la cruz. ¿Dudó ni un instante en hacerlo? ¿No

se ofreció con generosidad inmensa á beber el cáliz de la amargura hasta las últimas heces? Con su Pasión conquistó tesoros inmensos de gracia, de méritos y de satisfacciones; ¿pero qué cosa nos negó cuando puso á disposición nuestra toda su sangre? Pondera, si no, esta aplicación: nace un niño que, como concebido en pecado, es objeto de la ira de Dios y esclavo de Lucifer. Pero Jesús inmediatamente le lava con su sangre, le santifica y hace de él un objeto de amor para todo el cielo. Más tarde, ese niño convertido en hombre, se aparta de Dios y se abandona al pecado, haciéndose merecedor de la condenación eterna. ¿Y qué hace entonces Jesús? Le asedia, con una verdadera plenitud de gracias internas y externas, hasta que arranca de su corazón un sentimiento de dolor, y esto basta para que lo vuelva á su gracia. Pero el infeliz recae una, dos, tres y más veces, mas al cabo del tiempo, dice: "Pequé„; y el dulcísimo Jesús otras tantas veces le vuelve á su Corazón.

Pero Jesús, dirás, también condena. Es cierto, pero aun condenando es todo amor. Piensa bien en ello. ¿Cuándo condena Jesús? Cuando el mismo amor que tiene al hombre lo requiere. Jesús, tolera tanto y por tanto tiempo al pecador, que sólo conociendo su inagotable bondad puede concebirse su paciencia. ¿Y á quién tolera? Generalmente á aquellos pecadores empedernidos que son sus mayores enemigos, desde hace muchos años. Imagina los homicidios, rapiñas, lascivias y demás horribles pecados que se cometen todos los días y que Jesucristo tolera. ¿Y por qué los tolera? Porque ama á los pecadores, y esperando su conversión, difiere el castigo que merecen sus culpas. ¿Pero al que no quiere arrepentirse le ha de llevar Jesucristo al cielo, otorgándole una impunidad sempiterna? La misma sociedad humana, si esta impunidad se concediera al pecador, ¿no se convertiría en un antro de fieras? ¿Y qué amor tendrá Jesucristo á los hombres si tal consintiera?

Jesús es todo amor y por el amor que tiene á los hombres, se ve obligado á condenar á los pecadores obstinados. En el seno del Padre, en los brazos de la Virgen, su Madre, en la cruz, en el cenáculo, en la Eucaristía, ofrece constantemente al hombre su amor. ¿Serás tú desnaturalizado que lo rechaces?

PUNTO III

Cómo debemos corresponder al amor del Corazón de Jesús.

Considera que si el amor de cualquier hombre que se manifiesta tu amigo, merece por tu parte correspondencia, mucho más obligado estás á tenerle con Jesucristo, que es para ti todo amor, y de tantas y tan extraordinarias maneras te lo ha demostrado. ¿Y de qué modo has de corresponder á su amor en la medida que es posible que corresponda la nada al todo, lo finito á lo infinito y la suma flaqueza é imperfección á la omnipotencia suprema y á la perfección inefable? Vas á saberlo. Ya que Jesús es tan bueno y tanto te ama, empieza por no ofenderle, y sea la causa de ello su mismo amor. Deja á un lado, por un momento, todas las demás consideraciones que deben apartarte del pecado, y di á Jesús desde el fondo de tu corazón: No por el temor del infierno; no por el terror del juicio divino, ni por el espanto de una muerte de réprobo, sino por gratitud y para corresponder á vuestro amor, propongo desde este instante ¡oh Jesús mío! nunca más ofenderos.

Un acto sincero de amor á Jesús y de perfecta contrición, hecho antes de presentarse ante el tribunal de la penitencia, basta para que Dios te perdone tus pecados, por grandes que sean, y para que Jesús te abra su amoroso Corazón, diciéndote con ternura: *Gusta y mira*. Guárdate á lo menos, por amor á Jesús, de los pecados graves, ya que tu flaqueza no puede preservarte de los veniales. Pero aun en estos, ¿por qué no has de hacer lo posible para evitar siquie-

ra los más voluntarios y los menos leves, como un sacrificio hecho en obsequio del amantísimo Corazón de Jesús? ¡Oh! si sintieras, como debieras sentirlo, el amor que Jesús te tiene, ¡cómo procurarías guardarte de tantas culpas, que si no son por sí de naturaleza propia para romper los vínculos que te unen á Jesucristo, los relajan y preparan su rompimiento! ¡Cuántas tibiezas en el servicio divino! ¡Cuánta vanidad en las palabras, en el adorno de la propia persona, cuánta sensualidad en las compañías! ¡Cuánta delicadeza en el trato del propio cuerpo, y qué exquisito cuidado en evitar lo que molesta! ¡Cuánta facilidad en violar la caridad debida al prójimo en actos y palabras!

Trata de evitar cuidadosamente esta y otras faltas en que diariamente incurres, y procura, en cambio, hacer algún obsequio á Jesús, para demostrarle que no eres insensible á su amor. Los Santos que más amaron á Jesucristo, huían con mayor solicitud de la sombra del pecado, y no se cansaban de alabar la infinita bondad del Salvador. Recuerda á este propósito las palabras admirables de la B. Margarita: "El amor vive, decía, el amor reina, el amor triunfa„. Y así es, verdaderamente, en la patria celestial. Vive, reina y triunfa en las angélicas jerarquías, entre los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, vírgenes y confesores, pues el reino celestial es un reino de amor y de júbilo. Procura aquí en la tierra que Jesús sea el pensamiento de tus pensamientos, el afecto de tus afectos y el corazón de tu corazón, y el amor de Jesús te hará recorrer esta vida menos infelizmente, y te preparará para aquella otra vida que es la verdadera, porque es la vida de amor.

Coloquio.—¡Oh Jesús, todo amor para con los hombres! ¡Quién pudiera comprender la alteza y profundidad, la sublimidad y la anchura de ese amor! En tu corazón llagado, abierto, rodeado de llamas,

leo cuánto me amas. Yo también deseo amarte, mi buen Jesús, á Ti sobre todas las cosas, y á todas las cosas en Ti.

Propósitos.—Pues que el amor consiste en obras, haz siempre lo que sabes agrada al Corazón de Jesús, y evita lo que le desagrada.

DÍA NOVENO

Festividad del sagrado Corazón de Jesús.

Preludios.—(Los mismos de la meditación primera.)

PUNTO I

Lo que es el Corazón de Jesús.

Dos objetos principales han de considerarse, según el espíritu de la Iglesia, en toda devoción propuesta á los fieles: uno, espiritual é invisible, que es su fin principal; otro, visible y material, que es como el medio por el que se llega al fin propuesto. Sentado esto, ¿qué es lo que hace el cristiano fervoroso cuando, en la soledad de su estancia, toma en sus manos un crucifijo y besa sus llagas devotamente? Honrar las heridas amables del Redentor; y he aquí el objeto exterior y visible. Después, pasa con el espíritu á venerar aquella caridad infinita por la que quiso sufrir Jesucristo tales heridas; y este es el objeto invisible y espiritual. Pues esto mismo que la Iglesia se propone en toda devoción, debe aplicarse de un modo especialísimo á la del sagrado Corazón de Jesús. ¿Qué es lo que nos presenta aquí la Iglesia? Nos muestra á ese Corazón dulcísimo y amable circundado de espinas, coronado de la cruz, traspasado y abierto con la lanza, y sumergido en un incendio de vivas llamas; he aquí el objeto, por decirlo así, visible y material. El santísimo Corazón de Jesús, representado de esa manera, ofrece al pensamiento y al afecto la caridad ardiente que inflamó al Corazón de Jesús en todos los

actos de su vida, y este es el objeto espiritual formal é invisible que reclama toda tu devoción. Sin esa exposición tan sencilla de la devoción al sagrado Corazón de Jesús, no podrías seguramente, contemplar con verdadera fe algo de la grandeza que en él se encierra, y reconocer con cuánto ardor debes adorarle.

Pondera ahora qué es el Corazón de Jesús, mirado desde el punto de vista que forma el objeto material del culto que se le tributa, y para ello recuerda que, en el lenguaje de la Sagrada Escritura, el corazón se toma por todo el interior del hombre, que el hombre no es su inteligencia, sino su corazón, y deduce de esto cómo será el Corazón sacratísimo de Jesús vivificado por el alma más santa que ha salido de las manos de Dios, y que, juntamente con su sacratísima humanidad, subsiste en y por la persona del Verbo divino.

Considera luego que, tratándose de un hombre de la tierra, no son sus dotes exteriores las que estiman los sabios, sino las virtudes y afectos del corazón; ¿y qué cosa más noble puedes glorificar en el interior de Jesucristo que su sagrado Corazón? Si pudieras conocer el alma sacrosanta de Jesús, en la que reposa con todos sus dones el Espíritu Santo, y en la que se encuentra la gracia consumada por la gloria, y donde habita la plenitud de la divinidad, quedarías por completo enamorado de tanta y tan divina hermosura. Si pudieses contar el cúmulo de virtudes divinas que reune, muy pronto comprenderías que allí está el manantial perenne de toda virtud y santidad.

Contempla los purísimos afectos de ese Corazón, el amor á la justicia que arde en aquel sagrario divino, y que lo llevó á la cruz por la gloria de su Padre, y el celo que le consumió durante treinta y tres años, y la caridad infinita que le hizo fundar aquellas instituciones de amor de que gozamos en la Iglesia. Pero ¿á qué enumerar todos sus divinos afectos? El temor, el tedio, el dolor, la vista de nuestra ingra-

titud y de las ofensas hechas á Dios, y la inutilidad de su obra para tantas almas, laceraron durante largos años aquel Corazón sacrosanto, sin darle un momento de reposo. Sólo por esto, sería acreedor á eterna adoración. Aun considerado únicamente desde el punto de vista material, el Corazón de Jesús es la fuente de los mayores dones que Dios ha hecho á los hombres. Si lo has considerado con alguna detención, no puedes dejar de reconocer que esos dones son la fe y la Eucaristía. Sin la fe no tendrías la vida, y sin la Eucaristía no podrías mantenerla. Con la fe has recibido los dones divinos, y con la Eucaristía recibes al donador. Con la fe has entrado en la Iglesia y con la Eucaristía entrarás en el cielo, y antes entra en tu corazón Jesús. Pero ¿de dónde proceden esas dos máximas efusiones del amor divino? Del Corazón de Jesús, traspasado en la cruz, y del que salió aquella agua misteriosa que es el lavatorio saludable del Bautismo, y aquella sangre divina que recibes en la Eucaristía.

Todo eso lo debes al Corazón santísimo de Jesús. ¿Serás tan ingrato que le niegues tu culto?

PUNTO II

Objeto principal de la devoción al sagrado Corazón de Jesús.

Considera que no hay cosa, no ya más justa, sino más delicada, más noble y más excelsa que el amar á Jesucristo por su caridad para con los hombres. Con cuánta razón decía la B. Margarita "que en el cielo y en la tierra, en la eternidad y en el tiempo, el amor reina y triunfa sobre todas las cosas!„ Pondera á este propósito, que si pudiera narrarse la historia del amor de Jesús al hombre, la mente desfallecería á la vista de tantas maravillas, y un incendio de amor divino consumiría todos los corazones. Pero esta historia es imposible de narrar, porque comenzó donde las cosas no habían tenido principio y terminará donde nada tendrá fin. Antes de que el mundo

fuera mundo, ya el Hijo de Dios había formado el propósito de venir á la tierra para vivir entre los hombres y morir por los hombres; pero como había de esperar para ello á la plenitud de los tiempos, su amor al hombre necesitó prevenir su venida y anunciarla. Como administradores que eran de la antigua Alianza, se apareció en espíritu á Abraham, á Isaac, á Jacob y á los Patriarcas que le esperaban; inspiró á los Profetas para que le anunciasen; ordenó los símbolos y figuras que le habían de representar; dispuso los ritos, las ceremonias y los sacrificios que le figuraban, porque no acertaba, si es permitida la expresión, á separarse en espíritu de los hombres.

Llegó la hora de tomar nuestra humanidad, y entonces comenzó á verse de una manera sensible el exceso de su amor. Nadie ama en el mundo desde el momento de nacer. Jesús, sí. Si Jesús es parvulillo; si tiene aquel rostro de cielo; si está en los brazos y sobre el seno de María; si de sus tiernos ojos brotan lágrimas; si extiende sus bracitos, todo esto es amor, porque sólo el amor ha reducido la sabiduría y omnipotencia infinita al estado de la infancia. Si Jesús vive en la casita de Nazaret dedicado á un oficio manual y rodeado de pobreza y privaciones; si se entrega á la predicación y funda la ley nueva, y escoge Apóstoles, y establece la Iglesia, y ordena sacramentos y sacrificios, y sufre humillaciones, y es preso, azotado y coronado de espinas, y muere en una cruz pidiendo al Eterno Padre el perdón de sus enemigos, es sólo por amor.

Posee un cuerpo, un alma y la divinidad, y todo esto se lo da á los hombres en la Eucaristía. Tuvo en el mundo una Madre, que es el honor de la tierra, el amor de los ángeles y las delicias del cielo, y nos la da por madre para que nos prodigue, durante nuestra vida, todas las caricias maternales. Y todo esto que Jesucristo hizo por todos los hombres en general, lo hizo también, y lo sigue haciendo, por cada

uno en particular. En ti mismo puedes hallar la prueba. ¿De cuántas gracias especiales no te ha hecho objeto? ¿Recuerdas los días de tu infancia y de tu juventud? ¡Qué de cuidados no te ha prodigado! Si no has muerto de aquella enfermedad, si te libraste de aquella desgracia, fué porque Jesús acudió en tu auxilio. ¿Por qué Jesús te ha esperado tantos años, mientras á otros pecadores ha castigado inexorablemente? ¡Ah! Si Jesús escuchara otras voces que las de su amantísimo Corazón, ¿dónde estarías ahora? Tal vez en el infierno, ardiendo en aquellas llamas sempiternas, si no fuera por el incendio de amor, aún más vasto, que arde en el santísimo Corazón de Jesús.

A su caridad inextinguible debes todos esos beneficios, y esa caridad infinita en favor de los hombres ingratísimos, es á la que, principalmente, has de honrar en la devoción al Corazón sacratísimo de Jesús, pues ese es el objeto invisible y espiritual que se ha propuesto la Iglesia al establecer ese culto tan tierno, tan dulce, tan llamado á renovar por el amor de Jesús, manifestado á los hombres, el antiguo fervor, la frecuencia de sacramentos y la unión de las almas con Jesucristo.

PUNTO III

Por qué ha sido reservada la devoción del sagrado Corazón de Jesús á nuestros tiempos.

Considera que para responder á esta pregunta que tanto hoy se repite en el mundo, basta conocer las palabras que N. S. Jesucristo, dijo á la beata Margarita Alacoque, que fué el instrumento providencial de que se valió para mostrar á los hombres lo que es su Corazón.

Para los tiempos de mayor tibieza, y aun frialdad, reservó un culto, que á la vez que sirviera de reparación á las ofensas que recibe, reanimase aquel fuego divino que había venido á encender en la tierra.

¿Y en qué tiempos, dejando á salvo la piedad de

las almas buenas que hoy existen, ha sido más ultrajada la divina Majestad que en los presentes? La iniquidad impía que antes era una excepción, es hoy una regla general. General es la disolución que contamina á la juventud y el libertinaje que se advierte no sólo en las clases más humildes del pueblo, sino en las más elevadas; general es la licencia en las palabras, la lubricidad en los teatros, la blasfemia de palabra y en los escritos, la profanación de los días festivos, la enseñanza sin Dios, y aun contra Dios, y mil otros pecados á cual más horrendos. Más aún, la fe, fundamento y raíz de todo cristiano y de toda virtud, se ve objeto de burla y de baldón de una manera pública y desenfrenada. Jesucristo sacó de su divino costado la Iglesia, la nutrió con su carne, la revistió con su autoridad, le confirió sus dones y la preparó para sí con su misma sangre. Hasta hace algún tiempo había entre los católicos quien la desobedecía, pero era tanta la veneración en que se la tenía que siempre se hablaba de ella con respeto. Hoy se la escarnece y su augusto Vicario es objeto de la befa más vil y de los más groseros insultos. Su autoridad es desconocida y menospreciada, no sólo por las turbas soeces, sino por los jefes ó gobernantes de los Estados.

¿Qué más? Desde los tiempos de Arrio hasta el siglo XIX, ¿quién se atrevió á mancillar la sacratísima persona del divino Redentor Jesucristo? Pero hoy, con escándalo é indignación de los buenos, se pone en tela de juicio ó se niega la divinidad de Jesucristo único y divino Salvador de los hombres. Todo esto explica de una manera satisfactoria, por qué Jesucristo ha querido que los fieles de los tiempos presentes honren y glorifiquen á su divino Corazón, como devoción reparadora de tanta ingratitud y sacrilegio. Hazlo tú así y piensa que esta devoción tiende á dar á conocer mejor la grandeza de Jesucristo y de su amor á los hombres. La fidelidad te

invita á ello, la generosidad te lo pide y la caridad te lo ordena.

Considera, también, que cuando Dios quiere introducir en la Iglesia un nuevo ejercicio de piedad, siempre ha solido acreditarlo con favores especiales otorgados á los que con más fervor lo practicaron. Eso mismo ha sucedido con el culto del sagrado Corazón de Jesús. ¿Y quieres saber cuáles son esos favores? Al sacerdote le promete la gracia de mover á penitencia los corazones más endurecidos; á los padres y madres de familia las gracias necesarias, no sólo para educar bien á sus hijos, sino para proveerles aun de los recursos materiales. A los que se hallan expuestos á los peligros del mundo, la seguridad de que no serán víctimas de las seducciones propias de la época presente, y á todos, en general, la bendición divina en todas sus empresas, la constancia en la fe, la asistencia en la tribulación, una muerte santa en la llaga de su Corazón, y luego la vida eterna.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío! Haced que experimenten esos efectos todos los que acuden á vuestro Corazón amantísimo. Haced que los experimente yo, que bien sabéis la necesidad que de ellos tengo. Y ya que en la hora de la muerte á todos vuestros justos los lleváis escritos en vuestras manos, llevadme escrito en vuestro Corazón, porque el enemigo de las almas no sea capaz de arrancarme de vuestro costado. Y como nadie que acuda á vuestro Corazón tendrá una muerte de réprobo, ni experimentará el rigor del último juicio, ni arderá en las llamas infernales, en vuestro Corazón quiero refugiarme para abrasar mis pecados en las llamas de vuestro divino amor.

Propósitos.—Propagar por cuantos medios puedas la devoción al Sagrado Corazón.

MES DE JULIO

DÍA PRIMERO

Jornada de la santísima Virgen á casa de santa Isabel.

Preludios.—Imagínate á María santísima caminando de Nazaret á Aín, pronta siempre á cumplir la voluntad de su Hijo, y pídele la gracia de encontrarte siempre dispuesto á cumplir en todo la voluntad divina, renunciando á la tuya propia.

PUNTO I

Caridad de Jesús.

Considera cómo el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre, con el gran deseo que tenía de salvar á los hombres, luego puso los ojos en san Juan, que fué su precursor; y viendo que estaba en pecado original, se dolió de él y se determinó de librarle luego de aquella miseria y santificarle, tomando posesión del oficio de Redentor que tenía á su cargo. Para esto inspiró eficazmente á su Madre, que con presteza fuese á visitar á su prima, para, de camino, hacer esta obra maravillosa de santificación. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, el gran deseo que tiene este Señor de nuestra salvación, agradeciéndoselo y confundiéndome yo del poco que tengo de la mía, y cuán cuidadoso es del bien de sus escogidos, y cuán vigilante en ejercitar su oficio de Redentor, pues le comenzó desde el vientre de su Madre purísima. También ponderaré cuán grave mal

es la culpa y lo mucho que siente nuestro Señor que sus escogidos estén en pecado un momento, pues por esto inspiró á su Madre que hiciese aquella jornada, para librar de pecado á Juan.

¡Oh Verbo divino, que te hiciste hombre por librarnos del pecado, y deseaste hacer este oficio con tanta presteza. Ven, Señor, á librarme de mis pecados y á santificarme con tu gracia, para que desde luego comience á servirte con fervor.

PUNTO II

Cooperación de Nuestra Señora en la santificación del Bautista.

Considera cómo pudiendo nuestro Señor santificar al Bautista desde el lugar donde estaba, quiso inspirar á su Madre le llevase á casa de Isabel, y allí hacer esta santificación milagrosa, por causas admirables y muy provechosas para nuestra enseñanza.

La primera, para dar nuevas muestras de su humildad y caridad; porque como estas virtudes le movieron á salir del cielo y venir al mundo para visitarle y sacarle de las tinieblas de muerte en que estaba, así también le movieron á salir de Nazaret para visitar á Juan y sacarle de pecado, viniendo el mayor á visitar al menor para honrarle, y el médico al enfermo para sanarle. La segunda causa fué, para que su Madre santísima tuviese parte en esta obra, tomándola por instrumento de la primera santificación que obraba en el mundo, justificando por su medio al niño Juan que estaba en pecado, y llenando del Espíritu Santo á su madre, que era justa, á fin de que los pecadores entendiésemos cómo la Virgen había de ser nuestra medianera para alcanzar perdón de nuestros pecados; y los justos entendiesen que por su medio habían de alcanzar la plenitud del Espíritu Santo y de su gracia, con las virtudes y dones que vienen del cielo; y así todos procurasen amarla y servirla y serle muy devotos. ¡Oh Virgen soberana,

pues hoy juntamente con vuestro Hijo tomáis posesión del oficio que os han dado para nuestro bien!, proseguidle conmigo en este día, alcanzándome perdón de mis culpas y abundancia de las divinas gracias.

La tercera causa fué, porque es propio de Cristo N. S., en entrando en un alma, inspirarle ejercicios de virtud, y moverla á que suba con fervor á la alteza de la perfección. Unas veces le inspira que ejercite la oración y contemplación, y las demás obras de la vida contemplativa. Otras, que salga del recogimiento, y ejercite las obras de la vida activa con los prójimos. Y así, en el punto que entró en las entrañas de la Virgen, la movió á subir á las montañas de Judea, para ejercitar insignes obras de caridad, misericordia y obediencia.

De aquí sacaré, cómo también es propio de Cristo N. S., cuando entra en los justos por la comunión del Santísimo Sacramento del altar, inspirarles semejantes ejercicios de virtud para que suban á la perfección de ambas vidas, contemplativa y activa, inspirando á cada uno lo que más le conviene. Y si yo no siento tales inspiraciones cuando comulgo, es por mi ruin disposición y por mi mucha tibieza, con la cual me hago indigno de esta merced. De lo cual me tengo de confundir y suplicarle use conmigo de su misericordia, inspirándome eficazmente lo que es conforme á su santa voluntad.

PUNTO III

Obediencia de María santísima.

Considera la perfecta obediencia de la Virgen á esta inspiración, la cual apunta el Evangelista, diciendo: "Levantándose María fué con apresuramiento á las montañas de Judea.. Porque no aguardó á precepto, ni ordenación expresa, sino en sintiendo que Dios gustaba de que visitase á su prima, esta inspiración bastó para que lo hiciese; porque el perfecto obediente cumple cualquiera cosa que entiende

ser más conforme al gusto de Dios y de su superior. Además, fué muy pronta y puntual, porque no dilató muchos días la visita, sino con la brevedad que pudo la hizo, y fué con gran prisa, por la eficacia del Espíritu que la movía á cumplir presto su obediencia, porque la divina gracia es enemiga de dilación y tardanza. Fué muy pura en la intención, pretendiendo solamente la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad, sin mezcla de los fines terrenos que suele haber en semejantes visitas. Fué obediencia mezclada con mucha caridad, paciencia y humildad; porque sin reparar en la dignidad que se le había dado de Madre de Dios, gustó de visitar á la que era menos que Ella, para servirla y darle el parabién de la merced que Dios le había hecho; y aunque el camino era largo y áspero, y ella tierna y no acostumbrada á tales trabajos, no dudó dejar su recogimiento y salir al público, porque así lo quería nuestro Señor.

Ultimamente, ponderaré el modo cómo esta Señora caminaba. Llevaba rara modestia, sin divertirse curiosamente á mirar los que pasaban por el camino, de tal manera, que si algunos ponían en ella los ojos, quedaban movidos á santidad y pureza. El corazón llevaba enclavado en el Hijo, que tenía dentro de sus entrañas, con quien trataba dulces coloquios por todo el camino, y con El iba tan contenta, que no sentía el trabajo, ni la pobreza y falta de lo necesario.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana, cuán llena vais de Dios y cuán gustosa en cumplir su voluntad! ¡Oh, cuán bien os cuadra en este camino ser litera del verdadero Salomón, fabricada con admirable artificio para llevarle de una parte á otra! Las columnas de plata son vuestras virtudes, el reclinatorio de oro vuestra contemplación, la subida de púrpura vuestra humildad y paciencia, y el centro, que es vuestro corazón, está adornado con caridad, porque con Vos va el mismo Dios, que es caridad. Y pues todo esto se os ha dado por causa de las hijas de Jerusalén,

que son las almas flacas, suplícoos, Madre piadosísima, me alcancéis otro adorno semejante, para que, imitando vuestras virtudes, pueda mi alma ser trono de vuestro Hijo, en el cual descanse y donde él se dé á conocer á todo el mundo.

Propósitos.—Saca de esta meditación que tu trato con el mundo sea digno de un cristiano, huyendo de conversaciones ó pasatiempos frívolos ó peligrosos, procurando hacer el bien que puedas, con tus palabras y ejemplos, á las personas con quienes te veas obligado á tratar.

2 DE JULIO

Sobre la Visitación de la santísima Virgen á su prima santa Isabel.

Preludios—Imagínate á Nuestra Señora entrando gozosa en casa de santa Isabel, inundando aquel hogar de tesoros celestiales con su presencia, y pídele que te alcance de su santísimo Hijo la gracia de no fijar tu corazón en las cosas de la tierra, y desear y alegrarse sólo en las del cielo.

PUNTO I

Poder de la intercesión de María.

Considera la entrada de la Virgen en casa de Isabel, y los grandes bienes que entraron con Ella; porque la Virgen, como más humilde, la saludó primero, y el Verbo eterno encarnado, que estaba en sus entrañas, tomó las palabras de su Madre por instrumento para hacer obras maravillosas en el niño que estaba en las de Isabel. Limpióle del pecado original, justificóle con su gracia, llenóle del Espíritu Santo, aceleróle el uso de razón, hízole su profeta, dióle luz y conocimiento del misterio de la Encarnación, y comunicóle tanta alegría, que daba saltos de placer en el vientre de su madre, manifestando de la manera que podía el gusto que tenía con la venida y visita de su Señor. Todo esto fué en un momento, en lo cual tengo de ponderar, primeramente, la omnipo-

tencia y liberalidad del Salvador que ha venido, pues tan de repente hace obras tan grandiosas sin merecimientos del que las recibe, cumpliéndose aquí lo que dijo el Sabio: "El rey que está sentado en su trono, con su vista deshace todo mal„; porque este Rey de reyes, sentado en el trono del vientre virginal de María, miró con ojos de misericordia á su Precursor, y con sola esta vista, en un punto deshizo todo el mal de culpa que tenía. Con lo cual tengo de cobrar grande confianza de que usará conmigo de misericordia, acordándome de lo que dijo el *Eclesiástico:* "Confía, hijo, porque en los ojos de Dios fácil cosa es remediar al pobre„. ¡Oh Rey omnipotente!, muestra conmigo tu omnipotencia librándome de mis males y llenándome de tus bienes, para que se descubra la grandeza de tus misericordias en quien tan indigno es de ellas. ¡Dame, como á tu Precursor, perdón de mis pecados, luz y conocimiento de tu Encarnación, y alegría espiritual en tu servicio!

La segunda cosa que se ha de ponderar, es la eficacia de la palabra de la Virgen, por ser Madre de Dios, y lo mucho que podrá alcanzar de su Hijo en un momento, pues por su medio tantos bienes juntos se dieron tan de repente al Bautista, que fué las primicias de Cristo y de su redención, el cual quiso madurar este primer fruto antes de su propio tiempo por medio de su Madre, para darnos confianza de que por su intercesión seremos prevenidos y ayudados de la divina misericordia. Y así, tengo de suplicar á esta Reina soberana use conmigo de este poder que tiene, alcanzándome algo de lo mucho que por su medio se dió á este dichoso Precursor.

PUNTO II

Inspiración de santa Isabel, y alabanzas que tributó á Nuestra Señora.

Considera cómo santa Isabel juntamente fué llena del Espíritu Santo, comunicándole Dios por medio

de esta salutación luz y conocimiento de este misterio, y el don de profecía, con el cual descubrió maravillosamente cuatro efectos que estos dones causaron en ella, en los cuales resplandecen cuatro propiedades de la visita interior de Cristo N. S., y de la presencia del Espíritu Santo cuando llena las almas con sus dones. Lo primero, santa Isabel, con grandísimo afecto, movida del Espíritu Santo, prorrumpió en alabanzas de Dios y de su Madre, diciendo: "Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.„ Como quien dice: Verdad fué lo que te dijo el ángel, que eres bendita entre todas las mujeres, á lo cual añado yo, que también es bendito el Hijo que traes en tu vientre; y porque El es bendito, lo eres Tú, porque de El, como de fuente, proceden todas las bendiciones celestiales. Por donde se ve, cómo es propio del Espíritu Santo movernos á glorificar á Cristo y á su Madre con grande fervor de espíritu, por lo mucho que le agradan tales alabanzas. Humillóse, además, con un profundo conocimiento de su bajeza, y con otro muy alto de la grandeza de aquella Señora que la visitaba, diciendo: "¿De dónde á mí, que venga á visitarme la Madre de mi Señor?„ Y luego, con afecto de agradecimiento, confesó las grandezas de Dios, y publicólas á quien sabía que por ellas le había de alabar y glorificar, diciendo á la Virgen: "Luego que tu voz entró por mis oídos, se alegró con grande gozo el infante que tengo en mis entrañas.„ Donde ponderaré, cuán propio es también del divino Espíritu causar humildad y agradecimiento en medio de los favores que nos hace, para que nos sean provechosos, teniéndonos por indignos de ellos, y agradeciéndolos á quien nos los dió. Así, á imitación de santa Isabel, cuando Dios interiormente me visitare, ó cuando fuere á recibirle en el Sacramento, tengo de avivar estos dos conocimientos, el de mi vileza y el de su alteza, exclamando: ¿De dónde á mí que venga mi Señor á visitarme?

¡A mí, tan ingrato y miserable pecador! ¡Oh! bendita sea la inmensa caridad de Dios, que se digna de visitar á tan baja criatura por sola su infinita misericordia.

Santa Isabel, por último, confirmó á la Virgen en sus propósitos y en la fe que tenía, diciéndole: "Bienaventurada tú que creiste, porque sin duda tendrán efecto todas las cosas que te ha dicho el Señor.„ En las cuales palabras descubrió el soberano don de profecía que recibió, conociendo todo lo que pertenecía á la Virgen, así lo pasado que dijo el ángel, como lo presente, de ser Madre de Dios, y el cumplimiento de lo que estaba por venir. Se ve, por aquí, cuán propio es del Espíritu Santo inspirar á los justos que se aprovechen de sus dones en bien de los prójimos, confirmándolos en la fe y en el amor que deben á Dios. En estos cuatro afectos maravillosos procuraré imitar á santa Isabel, suplicándole me alcance de nuestro Señor gracia para ello. Y últimamente ponderaré, cómo en este día se publicó el nombre más glorioso que tiene la Virgen, que es el de Madre de Dios, el cual Ella oyó con grande humildad y gozo, y con él tengo de saludarla, y darle el parabién de este nombre, alabando al que se le dió.

PUNTO III

Humildad y piedad de la Virgen santísima.

Considera lo que la Virgen respondió ahora á santa Isabel; porque también Ella fué luego llena de un espíritu altísimo de profecía, y compuso el soberano cántico del *Magnificat*. Cerca del cual se ha de ponderar, lo primero, cómo la Virgen, habiendo oído tantas cosas de su alabanza, no enderezó su respuesta á santa Isabel que la alababa, como lo suelen hacer comunmente los hombres á título de mostrarse agradecidos, sino todas sus palabras enderezó á Dios N. S., enseñándonos el modo cómo nos hemos

de haber con los hombres cuando nos alaban, porque lo mejor y más seguro es mudar la plática y hablar con Dios, de quien proceden los dones de que somos alabados.

Mira luego cómo la Virgen, que tan corta y tan medida era en sus palabras, cuando hablaba con los ángeles y con los hombres, se alargó mucho más cuando habló con Dios, cantando sus grandezas; porque lo primero es prudencia y cautela, mas lo segundo es indicio de amor y agradecimiento. Y como el que está lleno de Dios, todas sus pláticas son de Dios y sus afectos de Dios, para engrandecerle y glorificarle con todo cuanto tiene, porque de la abundancia del corazón habla la boca, así la Virgen nuestra Señora, como estaba llena de Dios, entonó el soberano cántico del *Magnificat*, lleno de afectos de Dios, cuyo cántico debemos meditar bien para que sepamos rezarle con espíritu á honra de la Virgen.

Coloquio.—¡Oh soberana Señora, que al escuchar las alabanzas y grandezas que de Vos dijo santa Isabel, llena de profundísima humildad y de amor divino dirigisteis á Dios todas aquellas alabanzas y grandezas, reconociendo que de Dios proceden aquellos dones por los que somos alabados! Alcanzadme que cuando viere en mí alguna cosa que juzgare buena, y por la que se me alabe, no me envanezca y engría por ella, sino que tomando aquellas alabanzas que á mí se dirigen, las encamine á Dios, reconociendo mi nada con profunda humildad, y dándole gracias por aquellos dones que su misericordia me dispensa, sin mérito ninguno de parte mía.

Propósitos.—Atribuir al Señor cuanto bueno veamos, ó vean los prójimos de bueno en nosotros, huyendo la vanagloria y buscando en todo la gloria de Dios, y no la nuestra.

3 DE JULIO

Sobre el cántico «Magnificat.»

(Primera parte.)

Preludios.—**Represéntate á nuestra Señora, inundada de gozo su purísima alma y transfigurado su semblante por el amor divino, dirigiendo á Dios las sublimes alabanzas del *Magnificat*, y pídele la gracia de que todo cuanto te rodee te lleve y convide á ver y alabar á Dios en sus criaturas.**

PUNTO I

María engrandece y alaba al Señor.

Considera en esta meditación los cinco versículos primeros del *Magnificat*, procurando sacar de ellos para honrar á Dios y para nuestro bien, las sublimes enseñanzas que contienen. En ellos María engrandece al Señor por las maravillas que en ella ha obrado su poder y su misericordia.

"Mi alma engrandece al Señor.„ En este verso primero nos enseña la Virgen el espíritu con que hemos de alabar á Dios sintiendo alta y magníficamente de El, y engrandeciendo todo lo posible, su bondad y misericordia, su sabiduría y caridad, y la excelencia de su señorío. Y esto, no con solas palabras, sino con el ánimo y con todas sus potencias interiores. Porque no dijo: Mi ánima engrandeció ó engrandecerá, sino engrandece; para significar, que su perpetua ocupación era engrandecer á Dios, haciendo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo. ¡Oh, si mi ánima engrandeciese siempre á su Señor á imitación de la santísima Virgen! ¡Oh Virgen soberana, cuya alma siempre engrandeció al Señor!, alcanzadme que la mía lo haga también así, ocupándose continuamente en cantar sus grandezas por todos los siglos.

"Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.„ En estas palabras descubre la Virgen el modo de

gozarnos en Dios, apuntando cuatro condiciones de este gozo para ser puro y perfecto. Porque lo primero, no hemos de poner nuestro gozo principal en las cosas corporales, sino en las espirituales, ni tanto en los dones recibidos cuanto en el dador de los dones, que es Dios. Y aunque nos hemos de gozar en Dios, que es nuestro Criador, pero principalmente porque es nuestro Salvador y santificador; porque de esta manera es fuente de la alegría espiritual que se funda en la salud del alma santificada con la divina gracia. Y este gozo principalmente ha de ser en el espíritu, para que sea más limpio de todo lo que tiene resabio de carne, cual suele ser el gozo sensible del cuerpo, aunque algunas veces el gozo del espíritu redunda también en la carne, según aquello de David: "Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo.„ Finalmente, nuestro espíritu no se ha de gozar en sí mismo, como si tuviese por sus merecimientos los dones de que se alegra, sino su alegría ha de ser en Dios su Salvador, que se los dió, en quien ha de estribar su alegría, como dijo David: "Mi alma se alegrará en el Señor, y se deleitará en su Salvador.„ Tal fué el gozo de la Virgen, la cual en este punto miró al Salvador, que tenía dentro de sus entrañas, y arrebatada de su amor dijo: "Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.„ ¡Oh alma mía! Si deseas verdadero gozo, gózate en Dios, y El te cumplirá los deseos y peticiones de tu corazón, para que tu gozo sea lleno, y ninguno te lo pueda quitar, hasta que después entres en el gozo eterno de tu Señor.

PUNTO II

La humildad de María, origen de su exaltación.

"Porque miró la pequeñez de su esclava„. En este verso y en los siguientes declara la Virgen diez soberanos beneficios: tres especiales y siete generales; los cuales son las principales causas y títulos que tiene para engrandecer á Dios, y alegrarse en El, y

mostrársele tan agradecida. El primero es, porque miró la humildad y pequeñez de su esclava; en las cuales palabras la Virgen apunta dos raíces de los divinos beneficios: una principal, de parte de Dios, y otra de parte nuestra. De parte de Dios es dignarse mirarnos con buenos ojos, y acordarse de nosotros para hacernos bien. Porque aunque es verdad que ve todas las cosas, pero no se dice mirar ni hacer caso de las que deja en el abismo de la nada ó en el profundo de su miseria, sino de las que mira, para usar con ellas de grande misericordia. La raíz de parte nuestra es el reconocimiento de nuestra pequeñez, por el cual nos disponemos á recibir los dones de la divina largueza; y así la Virgen juntó ambas cosas, engrandeciendo á Dios, porque se dignó mirar la humildad de su esclava. Por las cuales palabras, no tanto confiesa de sí que tiene la virtud de la humildad, cuanto la ejercita, porque como verdadera humilde no se tiene por tal, ó lo callara, sino con humildad confiesa que es pequeña, vil y despreciada como esclava, y que, sin embargo de esto, no se desdeñó Dios de mirarla. Con lo cual nos enseña, que el fundamento de las alabanzas de Dios, y de la acción de gracias por los beneficios que nos hace, ha de ser el reconocimiento de nuestra pequeñez é indignidad, porque de esta manera no habrá peligro de mezclarse vana complacencia, como le sucedió al fariseo; antes esta pequeñez ha de ser título para pedir á Dios que me mire con buenos ojos y me haga grandes mercedes. ¡Oh Dios altísimo, que habitas en las alturas del cielo! Mira la pequeñez de este vil esclavo, y usa con él de tu acostumbrada misericordia.

"Mirad que desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones„. Este es el segundo título que tuvo la Virgen para engrandecer á Dios; porque desde aquel punto que miró su pequeñez, y porque la miró, la llamarían bienaventurada todos los hombres que creyesen en Cristo, los pre-

sentes y los por venir. Con lo cual no toma la Virgen por motivo de gozo sus propias alabanzas, sino las grandezas que Dios le dió, en que se fundan, y el bien que resultaría á todos los que la sirviesen y alabasen. ¡Oh Virgen soberana! Yo, de mi parte, quiero cumplir vuestra profecía, y ser uno de los que os llaman bienaventurada. Vos sois bienaventurada, porque creisteis, como dijo vuestra prima; y sois bienaventurada, porque trajisteis en vuestro vientre al Salvador; y mucho más bienaventurada porque oisteis su palabra, y la guardasteis. Tambien sois bienaventurada con las ocho bienaventuranzas que vuestro Hijo predicó en el monte: sois pobre de espíritu, y es vuestro el reino de los cielos; sois mansa, y poseéis la tierra de los vivos; llorasteis los males del mundo, y así sois consolada; tuvisteis hambre y sed de justicia, y ahora estáis harta; sois misericordiosa, y alcanzasteis misericordia; sois pacífica, y así por excelencia sois Hija de Dios; sois limpia de corazón, y ahora estáis viendo claramente á Dios; padecisteis persecuciones por la justicia, y ahora es vuestro el reino de los cielos, como Reina suprema de todos sus moradores.

PUNTO III

Grandezas de María, Madre de Dios.

"Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso, y su santo nombre„. Este es el tercer título que alega la Virgen para glorificar á Dios, porque en este punto revolvió por su memoria las cosas milagrosas que Dios había obrado en ella, y los grandes beneficios que le había hecho desde el instante de su Concepción hasta entonces; especialmente aquel gran milagro de ser Virgen y Madre, y no cualquier madre, sino del mismo Dios; y admirada de tantas grandezas, alabó á Dios por ellas, atribuyéndolas á su omnipotencia y á la santidad de su nombre, porque con su omnipotencia las hizo, y con su santidad

quiso hacerlas, para que su nombre fuese santificado y glorificado por todos los siglos. Y en decir que hizo Dios en Ella cosas grandes, da también á entender que la hizo grande en las cosas que hacen á los hombres grandes delante de Dios, que es la santidad y dones celestiales, porque, siendo el Hijo grande, también lo había de ser su Madre. Por donde consta que no es contra la humildad reconocer en sí los dones de Dios, antes, como dicé san Pablo, el mismo divino Espíritu nos los descubre, para que se lo agradezcamos, atribuyéndolos, no á nuestros merecimientos, sino á la potencia y santidad de Dios.

Coloquio.—¡Oh alma mía! Reconoce, llena de gratitud, los innumerables beneficios de Dios y los dones de que, sin merecimiento alguno tuyo, te ha adornado, humillándote de todo corazón en su presencia, y diciéndole al par: Tuyos son, y no míos, ¡oh Padre misericordioso! estos dones que te has dignado concederme. A Ti son debidas, y no á mí, las alabanzas que esos dones merecen, porque tuyos son. Tú me los has dado, por tu infinita bondad. Pudieras quitármelos si quisieras, y no lo haces, á pesar de no merecerlos yo. Haz, Dios mío, por intercesión de la Virgen santísima, que yo reconozca todas tus bondades para conmigo, y que te alabe como debo y te engrandezca por ellas.

Propósitos.—Dar constantemente gracias al Señor por sus beneficios, y jamás vanagloriarte de ningún bien que en ti reconozcan los demás.

4 DE JULIO

Sobre el cántico «Magníficat.»

(Segunda parte.)

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Alabanzas que debemos tributar á Dios por su gran misericordia.

"Y su misericordia se extiende de una en muchas

generaciones para con los que le temen.„ El cuarto título porque la Virgen engrandece á Dios, no es solamente por los beneficios recibidos, sino por otros muchos que esperaba recibir; y no sólo por los beneficios propios, sino por los que reciben todas las naciones del mundo, alegrándose de que la misericordia de Dios sea continua, infinita y sempiterna, y se extienda á todos los que le sirven y temen. Porque propio es de los santos, cuando reconocen las mercedes que Dios les ha hecho, esperar que su misericordia les hará otras muchas, y también no pensar que solamente amanece el Sol de justicia por sus casas, sino sentir altamente de la divina misericordia, y que se extiende á otros muchos, y por todos los siglos. Por lo cual dan gracias á Dios, tomando por propios los beneficios de todos los hombres, gozándose de tener un Dios tan misericordioso que á ninguno que le teme niega su misericordia, como lo confiesa David en el Salmo 102, en el cual no hace otra cosa que glorificar á Dios por estos dos títulos de misericordia para con él y para con los demás justos.

"Hizo obras poderosas con su brazo.„ El quinto título para glorificar á Dios es, las obras de su omnipotencia, que ha hecho con su propia virtud y fortaleza sin ayuda de otro; las cuales pasó la Virgen por su memoria, acordándose de la creación del mundo, de su conservación y gobierno con tanta providencia de las cosas prodigiosas que hizo, sacando á su pueblo de Egipto y llevándole por el desierto á la tierra de promisión, con todas las demás que cuenta la Escritura, y principalmente se acordó de la obra de la Encarnación, en la cual mostró Dios su poder y la virtud de su brazo. Por todas estas cosas engrandeció á Dios, diciendo en una palabra lo que David hizo largamente, contando todas estas obras poderosas de Dios muy por menudo. Demás de esto, en este verso y en los siguientes, no sólo cuenta la Virgen lo que Dios ha hecho, sino lo que suele hacer,

ó lo que tiene costumbre de hacer conforme á su bondad, y así le glorifica, porque con su brazo suele hacer obras poderosas cuando quiere, y como quiere, y con quien El quiere; y como las hizo en el tiempo pasado, las hace en el presente y las hará en el futuro. Todo lo cual me ha de ser motivo de grande alegría en Dios, confiando que también hará en mí cosas poderosas con su fuerte brazo.

PUNTO II

Debemos ensalzar al Señor por su admirable justicia.

"Desbarató á los que son soberbios en su mente y corazón.„ El sexto título para glorificar á Dios, es, no solamente la omnipotencia que muestra en las obras de su misericordia, sino también la que ha mostrado en las obras de justicia, castigando á los soberbios, deshaciendo sus trazas y los pensamientos de su corazón. Esto revolvía la Virgen en su memoria, acordándose cómo Dios había deshecho las trazas del soberbio Lucifer, que decía: "Subiré al cielo, pondré mi silla sobre las estrellas, y seré semejante al Altísimo„, y las trazas de los soberbios que querían edificar la torre de Babilonia, y los castigos que hizo en Faraón, en Nabucodonosor, y en otros semejantes soberbios. Y por todo esto engrandecía también á Dios, pues por ello es digno de ser alabado, así como lo hizo Cristo N. S. cuando dijo: "Alábote, Padre celestial, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes, y revelaste á los pequeños.„

"Echó de su trono á los poderosos y ensalzó á los humildes. Hinchó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos.„ Estos dos versos abrazan otros dos títulos de alabar á Dios, por la junta que hace de su misericordia con su justicia, mostrando su poder en echar de sus tronos y sillas á los poderosos del mundo, quitándoles los reinos y dignidades, y las grandezas que tenían, y en su lugar suele ensalzar y

entronizar á los pequeñuelos y bajos. Así como echó del trono celestial á los ángeles soberbios, y en su lugar levantó á los hombres humildes, y del trono de este mundo echó á su soberbio príncipe Satanás, que le tenía tiranizado, y en su lugar levantó á Cristo, maestro de la humildad; el cual, siendo pequeño como una piedrecita bajada del cielo, sin manos, ni obra de hombres, derribó la estatua, que significaba las cuatro monarquías del mundo, y por su humildad creció y llegó á ser un gran monte. Y esta costumbre ha guardado siempre, como se dice en el libro de Job, cumpliendo lo que está escrito: que "quien se ensalzare, será humillado, y quien se humillare, será ensalzado.„ Y de la misma manera, á los hambrientos y pobres que se tienen por necesitados y tienen hambre y sed de la justicia, los llena de bienes espirituales, cumpliendo sus deseos; y por el contrario, deja vacíos á los ricos que se tienen por abundantes, y piensan que no tienen necesidad de otros, conforme á lo que dice David: "Los ricos tuvieron necesidad y hambre; mas los que buscan á Dios, tendrán abundancia de todo bien.„ ¡Oh alma mía, engrandece á tu Señor, por la nobilísima condición que muestra en favorecer tanto á los humildes y hambrientos de la tierra! ¡Oh espíritu mío! Préciate de ser pequeño, hambriento y menesteroso, para que Dios te levante, harte y llene tus deseos; y tiembla de ser soberbio y rico fastidioso, porque no te arroje de tu silla ni te deje vacío de su gracia.

PUNTO III

Providencia y fidelidad de Dios, y alabanzas que por ellas le debemos.

"Recibió á Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había dicho á nuestros padres, á Abraham y á sus descendientes, por todos los siglos„. Estos dos versos abrazan otros dos títulos poderosísimos, para regocijarnos en Dios y movernos á ala-

barle. Uno es el cuidado y providencia que tiene de mirar por los que ha tomado á su cargo, como hijos y domésticos suyos, acudiendo personalmente á remediarlos. Y aunque parece que por algún tiempo se olvida de ellos, pero á su tiempo se acuerda de su misericordia, y los remedia, como se acordó de Israel y del mundo todo, y vino á remediarle cuando se hizo hombre. El otro título es la fidelidad grande que tiene Dios en cumplir las promesas que ha hecho á nuestros padres, cumpliéndolas fielmente en todos sus descendientes hasta el fin del mundo; así como cumplió la palabra que dió á Abraham y á David, de que vendría á remediarlos, y á dar salud y vida á todos sus hijos por todos los siglos. Con estas dos consideraciones se encendió el ánima de la Virgen para engrandecer á Dios, y su espíritu se alegró en Dios su Salvador; y con ellas mi ánimo y mi espíritu se han de encender con semejantes afectos, pues cada día veo esta providencia que Dios tiene con sus hijos, y la fidelidad con que cumple lo que prometió á los Apóstoles, padres nuestros, no olvidándose de los fieles, que son sus descendientes hasta el fin del mundo.

Estos son los diez títulos y causas que en este cántico alega la Virgen para glorificar á Dios, inspirada por el Verbo eterno encarnado que tenía en sus entrañas; de los cuales puedo yo hacer otro salterio y arpa de diez cuerdas para el mismo fin, alabando á Dios, ya por el un título, ya por el otro; y porque yo no sé hacer esto como debo, tengo de suplicar al Verbo encarnado me lo enseñe, como lo enseñó á su Madre, y á Ella que me lo alcance para gloria de su Hijo.

Coloquio.—¡Oh Virgen santísima, que tan corta y tan medida siempre en tus palabras cuando te dirigías á los hombres, y aun á los ángeles, te extendías tan largamente en las alabanzas divinas, enseñándonos con tu ejemplo cuán parcos y prudentes debemos ser en nuestras pláticas con los hombres, y

cuán largamente debemos extendernos alabando á Dios; concédeme que todas mis pláticas y discursos tengan siempre por fin principal la glorificación de tu Hijo santísimo, para que, ocupándose constantemente mi lengua en alabarte en esta vida, llegue á conseguir de su misericordia alabarle en el cielo eternamente!

Propósitos.—Sea el fruto de esta meditación aprender á ver y alabar á Dios en todas sus criaturas, y admirar y besar su divina mano, lo mismo cuando te ensalza y colma de bienes, como cuando te humilla y te prueba en las tribulaciones.

5 DE JULIO

(Meditaciones sobre la vida pública de Cristo N. S.) (1).

De la vida exterior de Jesucristo.

Preludios.—**Contempla á Jesucristo adoctrinando á las turbas, ó enseñando á sus discípulos; mira su divino semblante lleno de gracia y hermosura; oye sus palabras, que son de vida eterna, y pídele se impriman en tu alma sus divinas enseñanzas.**

PUNTO I

De la vida exterior y de la modestia divina de Jesucristo.

Considera primeramente, que nada pudo haber más recogido y augusto que el exterior divino de Jesucristo. En su rostro y en su mirada aparece siempre aquella majestad llena de dulzura que atraía y robaba todos los corazones. San Jerónimo atribuye á este aspecto majestuoso y dulce la prontitud con que los Apóstoles se unieron á El desde el primer instante en que les mandó dejarlo todo para seguirle, y la sorpresa que hizo caer en tierra á sus enemigos en el huerto de las Olivas, cuando fueron

(1) Proseguimos aquí las meditaciones sobre la vida pública de nuestro Señor, empezadas en el mes de Febrero. Si para terminar el mes de Junio hiciesen falta algunas, puédense tomar de las que, seguramente, sobrarían al final de dicho mes de Febrero.

á prenderle. Con la edad parecía que iba creciendo en la gracia y la sabiduría, y cuando, apenas cumplidos los doce años, sube al templo, los doctores admiran la prudencia y la discreción de sus respuestas. A los treinta años, cuando predicaba, todos se sentían conmovidos por sus palabras, llenas de la gracia y la dulzura celestial que parecían salir de sus labios. No tenía un aspecto sombrío, ni modales austeros y duros, sino apacibles y dulcísimos, y, como dice san Pablo, siempre resplandecía toda la plenitud de la divinidad que habitaba en Él corporalmente. Por eso todos los Santos, fieles imitadores de Jesucristo hasta en las cosas más pequeñas, trataron siempre de formar su aspecto exterior sobre las reglas de esta modestia tan perfecta y tan divina. Sabían ellos muy bien cuánto aprovecha para la edificación del prójimo y cuánto sirve para mantener el recogimiento interior, que es el principio y medio más seguro para conservar todos los bienes de la gracia. De aquí que su primer cuidado fuese siempre el de hacerse semejantes á Jesucristo, y así debemos hacerlo también nosotros. En muchas historias se lee cómo estimaban los Santos esta virtud; de san Francisco de Asís se dice, que bastaba para edificar á los pueblos su aspecto grave, sin ser por eso triste ni repulsivo, su andar reposado y todo su aire, modesto y recogido. De san Bernardino se cuenta que inspiraba ideas de recogimiento y pureza hasta á los más disipados, solamente con su modestia; santa Lucía convertía á los gentiles con su compostura, y de muchos jóvenes se refiere que, no sabiendo qué estado tomar para trabajar por su salvación y la salvación de sus prójimos, se decidieron por aquellos en los que veían una modestia más perfecta y mayor recogimiento exterior.

Y es, dice san Jerónimo, que el exterior es como el espejo del interior en el hombre. San Basilio dice que Jesucristo está siempre con el hombre modesto.

Por el rostro se conoce al hombre, dice la Escritura; las Ordenes religiosas, las Comunidades todas, conservaron siempre su fervor primitivo mientras poseyeron esta modestia exterior, que es, según san Buenaventura, la guarda más segura del corazón. Por el contrario, un andar precipitado y mundano, un aspecto disipado y una mirada distraída y dirigiéndose á todas partes para verlo todo y curiosearlo todo, serán, ordinariamente, señales de un interior poco arreglado y de un alma que no vive consigo.

Pero, dejando á un lado todas estas consideraciones, ¿no estamos obligados á imitar á Jesucristo como cristianos, como religiosos ó sacerdotes, según nuestro estado? Pues imitémosle de tal modo que, al mirarnos los unos á los otros, veamos siempre en nuestro hermano una imagen de Jesucristo. Esto es costoso algunas veces, pero ¿acaso tenemos otro medio de practicar la mortificación necesaria para santificarnos, y de agradar á Dios? ¿Podrá esperarse que estemos bien ordenados en nuestras pasiones interiormente, si no tenemos valor suficiente para dominarnos en lo exterior?

PUNTO II

De la conversación de Jesucristo en medio de sus discípulos.

Considera que no puede imaginarse una conversación más edificante ni más amable que la suya. Para compañeros y confidentes había elegido á doce hombres rudos é ignorantes. Pues nunca se separaba de ellos, y, sin embargo, jamás se mostró molestado ó disgustado de sus modales groseros; nunca dijo una sola palabra que no fuese para sus discípulos una lección de virtud. Los instruía con paciencia, los reprendía con dulzura, y nunca les hacía sufrir inútilmente; algunas veces les reprendía, diciendo: "¡Qué tardos sois de entendimiento!„ Pero nunca les echó en cara su rudeza; quería que fuesen hombres piadosos, sencillos y verdaderamente buenos; todo lo demás lo

olvidaba y lo disimulaba. Vivía con ellos como entre amigos, dispuesto siempre á servirlos y recibiendo con bondad los obsequios que ellos le prestaban; apenas podía nadie darse cuenta de que El fuera su maestro. Esta, también, debe ser nuestra conducta en medio de las personas con quienes vivimos: edificante, llena de sacrificios, atenta, servicial, humilde y agradecida para todos.

Edificante: ¡Qué desgracia si en vez de ser motivo de edificación los unos para con los otros, venimos á ser ocasión de pecado ó motivo de escándalo! El celo, con el cual hemos de procurar santificar á nuestros prójimos, según el espíritu del Evangelio, no estará bien ordenado si no se dirige en primer término á la comunidad, la casa ó la familia, donde se vive; estos son principalmente nuestros hermanos y nos están recomendados de un modo especial.

Debemos, pues, procurar ser irreprensibles á los ojos de nuestros prójimos, sobre todo, si tenemos algún género de autoridad ó superioridad sobre los demás, bien sea por el cargo, la edad, el saber ó por cualquiera otra de esas cualidades que hacen que seamos atendidos y escuchados. Cuanto uno más se encuentra dotado de gracias ó de talentos, más obligado se halla á dar buen ejemplo á los demás y nadie debe olvidar que son más frecuentes las ocasiones de hacer daño, que las de practicar virtudes. Si somos exactos y ordenados, como es nuestro deber, apenas se fijará en nosotros la atención de los demás; pero si somos libres, ligeros y de costumbres pocos ajustadas, escandalizamos fácilmente, porque muchos tratarán de imitarnos, y es sabido que los viciosos se apartan siempre de los que los reprenden y buscan á los que con sus malos ejemplos autorizan su conducta.

Nuestra conducta debe ser siempre cristiana, es decir, noble, sencilla y natural, sin que haya en ella

nada estudiado ó afectado, sino que, por el contrario, nuestras obras buenas deben mostrarse siempre como nacidas espontáneamente de un corazón generoso y de un alma llena de nobles sentimientos: debe ser *atenta,* sin afectaciones ni modales mundanos, es decir, limitando nuestras atenciones á todo aquello que puede herir la delicadeza de los demás: *servicial*, estando siempre dispuestos á conceder lo que se nos pide ó se desea de nosotros, á no ser que el deber se oponga á ello: *humilde,* en el corazón y en las palabras. Si nosotros nos creyésemos superiores á los demás, ¿deberíamos manifestarlo? ¿Acaso Dios nos ha dado más talento ó mayor virtud para humillar y confundir á los demás? *Agradecida*, como si nada nos fuese debido; quitad los deberes de la caridad, y en efecto, es bien poco lo que se nos debe. No nos envanezcamos jamás de las consideraciones que se nos guardan, sino que por el contrario, confundidos al ver la bondad que se tiene con nosotros, hemos de procurar hacernos cada vez más dignos de ella. *Llenos de consideración y de paciencia.* ¿Hemos de esperar para serlo á no tener que sufrir ó que sean los hombres ángeles en la tierra? Nos es más fácil corregirnos á nosotros mismos que corregir á los demás, y si todavía nos parece difícil nuestra corrección propia, ¿por qué exigimos con tanto rigor que se enmienden los otros?

Se dirá, tal vez, que todas estas reglas y consideraciones son, más bien que otra cosa, deberes de atención y gentileza, pero en primer lugar, las buenas maneras, hijas de la virtud y el sacrificio, sirven mucho para conservar la caridad y para ganar al prójimo para Dios, y por otra parte, el fin recto purifica y ennoblece la obra, y Jesucristo N. S. siempre, y en todas las ocasiones, se nos presenta como perfectísimo modelo de delicadeza y consideración en su trato con los hombres. Además, se puede muy bien ser atento y bondadoso por razones de hu-

mildad, del mismo modo que los mundanos suelen serlo por razones de interés, de vanidad ó política. El ser atento y bien educado no fué nunca una virtud extraordinaria, pero el dejar de serlo será siempre un verdadero defecto de virtud y de caridad.

Podemos ser atentos y afectuosos para de este modo imitar á Jesucristo, y no sería difícil formar todas las reglas de la delicadeza cristiana sobre máximas y ejemplos tomados de la doctrina de Jesucristo y del apóstol san Pablo. Este último, en la descripción que hace de la caridad, señala varios rasgos que pueden muy bien ser considerados como lecciones sapientísimas para saber conducirse entre los hombres. La caridad, dice: es paciente, es suave, no tiene envidia, ni malicia, ni orgullo; todo lo soporta y todo lo sufre, porque todo lo cree y todo lo espera; su epístola á Filemón, sus contestaciones á Festo y al rey Agripa en los *Hechos de los Apóstoles*, serán siempre un modelo de urbanidad y compostura.

Estas atenciones, como cristianas, deben acomodarse á sus justos límites, para no venir á parar en familiaridades peligrosas. El ser bondadoso y afectuoso con las personas amigas requiere un cuidado grande por nuestra parte; de otro modo la familiaridad degenera muy pronto en peligro y en bajeza. Sírvanos siempre de ejemplo la amistad y trato que tuvo Jesús con sus Apóstoles; es verdad que tuvo una predilección especial por tres de ellos, pero esta predilección no traspasó nunca los límites de su carácter modesto, grave, santísimo y lleno de prudencia, que los mantuvo siempre en el respeto debido al Salvador de los hombres.

PUNTO III

La vida exterior de Jesucristo en el mundo.

Considera que aunque Jesús nunca estuvo en el mundo sino por obligación, es decir, cuando su Padre celestial lo ordenó, su retiro por espacio de

treinta años lo demuestra claramente y cuando cumpliendo la voluntad de su Padre tuvo que tratar con los hombres, lo hizo siempre con tantas precauciones y miramientos, como si El hubiese tenido que temer la corrupción del mundo como los demás hombres. Si durante el día predicaba y enseñaba, las noches las pasaba, casi enteras, en oración y siempre á la vista de sus discípulos que le acompañaban á todas partes, hasta el punto de que éstos se admiraron el día que le vieron solo, junto al pozo de Jacob, hablando con la Samaritana, á pesar de ser un lugar tan público y concurrido.

Aparte de esto, ¡qué santidad tan grande para comunicar con todos, cuando necesitaban de El! En todo tiempo, de día y de noche, siempre estaba dispuesto á enseñar á cuantos á El acudían. ¡Qué ternura, qué compasión para con los pobres, los afligidos y los niños! De estos era el reino de los cielos. Si no hubiese sido Dios, sería siempre el más perfecto, el más recto, el más amable, el más bueno de los hombres. Sus reprensiones únicas, eran para los que profanaban el Templo, para los hipócritas y los poderosos que abusaban de su autoridad. Irritaba su celo á sus enemigos, pero El sin temor, sin odio, sin envidia, los desafió más de una vez á que dijesen si habían visto en El alguna falta. Los fariseos, cuya moral era tan severa en la apariencia y tan relajada en el fondo, acusaban la moral de Jesucristo y colmaban á este de injurias, llamándole samaritano, endemoniado, amigo de pecadores y de publicanos, pero nunca pudieron hacer una acusación concreta y determinada.

Todos cuantos observan una conducta arreglada, tienen que sufrir con frecuencia semejantes acusaciones de parte de los mundanos y de los hipócritas, y aquellas almas que se proponen seguir de cerca á Jesucristo, correrán siempre la misma suerte que su maestro. Procuremos siempre no dar lugar á la ca-

lumnia; seamos celosos, prudentes y edificantes para el mundo, como nuestro divino Maestro, y animados siempre de aquella caridad noble y bienhechora que en todo tiempo ha sabido ganar á los grandes y á los pequeños.

Hagamos en nosotros como una imagen de este Dios-Salvador, tomándole por modelo en todas nuestras acciones. El Evangelio nos dirá lo que hemos de hacer en cada caso, y cuando no lo diga, pensemos lo que Jesucristo hubiese pensado, dicho ó hecho en iguales circunstancias.

Cuando hayamos de ejecutar alguna obra de celo, ó de beneficencia en el mundo, no sea jamás, mientras podamos evitarlo, en lugares ocultos, ó lejos de la vista de los demás; que nunca se nos vea en donde el deber no nos llame; "yo estaré en el mundo cuando tema con fundamento que ofenderé á Dios, si no estoy en él„ esta es la regla más segura, pero nunca yo estaré con él por mi gusto ó conveniencia, por la satisfacción de tener muchas relaciones y ser recibido bien en todas partes: nada hay más frívolo que este modo de proceder ni que pueda causar más daño á nuestras almas.

Somos espectáculo, dice san Pablo, no solamente á los hombres, amigos y enemigos, sino á Dios que nos ha de juzgar y á los ángeles buenos y malos que nos observan para justificarnos ó acusarnos, según sea nuestra conducta. Que nuestro corazón esté recogido aun cuando el cuerpo tenga que ocuparse en obras exteriores, y tan pronto como podamos volvamos á entrar dentro de nosotros mismos; huyamos de todo sentimiento de afecto desordenado ó de complacencias peligrosas, y en todos los peligros de la vida y trato con el mundo, no perdamos de vista que el mejor medio de librarnos de él, sobre todo de ciertos peligros para la pureza de nuestro corazón, es la fuga.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío! Divino modelo de los

santos en tus palabras, en tus acciones, en tu interior y exterior. Enséñame la ciencia divina de tu imitación, para que estudiándote y copiándote siempre, merezca que el Eterno Padre vea en mí tu divina imagen y ella me salve y me libre de la eterna condenación que merezco por mis culpas.

Propósitos.—Examina tu porte exterior, tus palabras y acciones y mira que no haya en ti nada que desdiga de un cristiano y que pueda ser motivo de desedificación para los demás.

6 DE JULIO

Del celo de Cristo N. S. por la salvación de las almas.

Preludios —Mira á Jesús ó convirtiendo á la Samaritana ó predicando con fuego divino la palabra de Dios y siempre y en todas partes devorado por el celo de la gloria de su Padre, y pídele te dé una chispa de ese celo que lo abrasaba, para que según tu estado y circunstancias hagas cuanto puedas por el bien espiritual de tus prójimos.

PUNTO I

Condiciones del celo de Jesucristo.

Considera que el celo de Jesucristo fué ante todo activo. Era el fuego que lo devoraba y el que El vino á traer á la tierra. Ese celo inspiró todas sus acciones, sus trabajos, sus milagros y su misma muerte. Él le movió á fundar su Iglesia y poner en medio de ella sus sacramentos, todo para bien y salvación de las almas. De modo que si me preguntas por qué ha bajado Cristo á la tierra, por qué ha muerto por el hombre, te responderé con san Pablo, que es porque te ha amado de veras; y porque su amor no es de puro afecto, sino de obras, por eso lo ha mostrado entregándose á sí mismo. Tal es el sentido de aquellas palabras del Apóstol: "Me amó, y se entregó á sí mismo por mí.„ Si preguntas por qué traba-

jó tanto en su vida, por qué se humilló tanto en la Encarnación y en la Eucaristía, responderé lo mismo; porque amó y amó de veras. A este amor obedecen todos los hechos de su vida. El celo engendrado por el amor ha sido el alma de sus acciones, y este celo ha sido tan activo, que llegó á decir por el Profeta que el celo lo devoraba.

Del fuego que arde en su Corazón salen las llamas que prenden en pechos apostólicos como el de san Pablo, que siempre estaba dispuesto á sacrificarse á sí mismo por las almas.

Examina tu corazón, y ve si sientes alguna centella desprendida del Corazón de Jesucristo. Si no la sientes, señal es que está frío ese tu pecho en el amor, pues, como dice san Agustín, "no tiene amor quien no tiene celo.„ Y esto indicó también el Señor cuando dijo á san Pedro: "¿Me amas? Apacienta, pues, mis ovejas.„ Si amas á tu Padre Dios, amarás también á los hombres, que son hijos suyos. Si amas á Cristo, amarás también á los hombres, que son hermanos suyos y tuyos, y harás por ayudarlos á conseguir su salvación. Mira lo que has hecho por ellos hasta aquí, y lo que podrás hacer.

La segunda condición del celo es que sea práctico. No era, como el tuyo, un celo que se contentase con lamentar los males del mundo sin hacer nada por salvarle. Era, como debe ser tu celo, ingenioso, humilde, purísimo en sus intenciones, y tierno, como que brotaba de un corazón abrasado en el fuego de la caridad. ¿A quién no enternecerán aquellas amorosas quejas que exhalaba el alma del Salvador á la vista de Jerusalén? ¡Qué bien pintan su solicitud maternal para con los pecadores cuya salvación tanto deseal "Jerusalén, Jerusalén, que matas á los profetas y apedreas á los enviados de Dios. ¡Cuántas veces he querido reunir á tus hijos, como la gallina recoge á sus polluelos bajo las alas, y tú no quisiste!„ No menos ternura encierran estas palabras de Isaías: "¿Acaso po-

drá olvidar una mujer á su tierno infante, y no compadecerse del hijo que salió de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de ti.„ Y añade, como para hacer ver que no puede olvidar al alma: "En mis manos te llevo escrito.„

Si el Señor te ha confiado el cuidado de algunos de sus hijos, toma al mismo Señor por modelo de solicitud maternal. Mira lo que se desvela por ti, y aprende á hacer otro tanto con el prójimo. ¿Qué te dice el corazón, al examinar la actividad de tu celo por el bien de tus hermanos? ¿Produce en ti el amor sobrenatural aquellos efectos que obra el cariño natural en un padre, y una madre, y aun entre los hermanos unos con otros? Si no lo sientes tan vehemente como sería de desear ese amor divino hacia tus prójimos, pide á Jesús que te enseñe á amar.

En tercer lugar el celo de Jesús era universal. Abraza á todos los hombres, porque Jesucristo es padre, salvador y hermano de todos. Como cabeza de la Iglesia puede decir con más verdad que san Pablo: "¿Quién se enferma, que no me enferme yo con él? ¿Quién sucumbe al pecado, que no me consuma yo de pena y compasión?„ "A mis trabajos propios y peculiares se viene á añadir la solicitud de todas las iglesias.„

A todos los hombres se extiende el celo del Corazón de Jesús. Conoce sus males, peligros y necesidades, y los siente y los quiere remediar. Ama á los seres más miserables, á las almas envilecidas y á los hombres despreciables y de ningún valer, cuya miseria, lejos de causarle repulsión, le mueve á lástima, de suerte que aquellas cosas que apagan nuestro celo encienden el suyo. Mírale haciendo objeto privilegiado de su celo á la Samaritana y adúlteras, á los ladrones y pecadores. Los pobrecitos son su predilección.

También es universal el celo de Jesús en extensión de tiempo, porque siempre vive para interceder por

nosotros, siempre obra y siempre vela. No se dormirá el que guarda á Israel. Veámosle en la Eucaristía donde permanece día y noche, años y siglos sin cesar de guardarnos, cuidarnos y socorrernos. Y tú, ¿te olvidarás del Señor que no te olvida? ¿No pensarás en los hijos de Dios? ¿No harás nada por los pecadores? ¿No vivirás más que para tí? Mientras tú duermes, trabajan los que tienen más amor de Dios que tú. ¿No te estimulará su fervor? Mientras tú duermes, se agita el demonio para perder á los hombres. ¿Y no harás nada para salvarlos? Mientras duermes, vela Jesús; y ¿tú no le acompañarás?

PUNTO II

Excelencia del celo de la salvación de las almas.

Considera que nada hay tan noble y sublime como el celo por las almas, en primer lugar *por su origen.* Es lo más puro de la caridad, reina de las virtudes. Es la llama del fuego del amor, que desea que todos amen y conozcan al amado. Es la plenitud del mismo amor, que sale como de madre de un corazón, que dice con san Agustín: "No quiero ni amar solo, ni gozar solo„. En segundo lugar *por su objeto.* Porque nada hay más noble que el cooperar con Dios á la obra más grande que ha hecho Dios en el mundo, á la obra de la Encarnación. En la creación Dios no quiso cooperadores, sí en la redención. ¿Qué son los hombres por quienes trabajas? Inmortales; ahí está su grandeza. Están rescatados con la sangre de Cristo, ese es su precio; están destinados á glorificar á Dios en la eternidad, y ese es su fin. Un rey puede hacer felices á los hombres un instante, el celo los puede hacer dichosos por toda la eternidad; y si la limosna, de la que tantas alabanzas hace la Escritura, puede endulzar las penas de la vida y redimir los pecados, del celo dice la Sagrada Escritura, que el que salve el alma de su hermano, salvará la suya propia. Por eso, aunque la contemplación es ejercicio de nobleza

maravillosa, no lo es tanto como el celo; porque salir, como Moisés, de hablar con Dios y bajar á explicar al pueblo la ley y salvar las almas, es la ocupación de Jesucristo N.S. y el fin de todas las obras *ad extra* de Dios, que todas tienden á la gloria suya y al bien de los predestinados. Y por eso cuanto hay de magnífico en la forma y en el fondo lo emplea la Escritura para ensalzar la obra de los varones apostólicos, á los que llama cielos, nubes, estrellas, ángeles, soles y ministros y enviados suyos.

Procura, pues, hacerte instrumento apto de ese celo divino, para lo cual únete cada día más con Dios por la oración, el retiro y la santidad, que, como la obra de la salvación de las almas es obra sobrenatural, de Dios ha de venir, y Dios sólo escoge á los santos para hacer santos. Sé puro, amante de Dios y del prójimo, noble y desinteresado; busca á Dios en todas partes y El hará por ti las grandes maravillas de su gloria.

PUNTO III

Motivos que nos obligan á combatir por Jesucristo y á ganarle almas.

Considera, en primer lugar, la multitud infinita de almas regadas con la sangre de Jesucristo, y que, seducidas por Satanás y sus secuaces, perecen eternamente. Los profetas comparan su número con las hojas de los árboles que caen en el otoño derribadas por el vendabal, y santa Teresa vió bajar las almas al infierno como los copos de nieve en una grandísima nevada de enero. ¡Cuántos infieles, herejes, incrédulos y malvados de todo linaje! y cuánto luchan, se afanan y trabajan por condenarse! Dividido el mundo en treinta partes, tres apenas conocen al Dios verdadero; y de esas tres, ¿tendrá una sola esperanza de salvación? ¡Qué número, pues, de almas perecen! ¡Y por cada una de ellas ha muerto Jesucristo!

En segundo lugar, la vista de la muchedumbre in-

finita de los que combaten á Cristo y á su Iglesia. ¡Cuántos agentes tiene Lucifer! Sin contar los millones de demonios que llenan el mundo y no tratan más que de arrastrar las almas á la condenación, ¿cuántos hombres malvados no viven más que para perder las almas de todas las maneras posibles, por el error, la corrupción, la secta, el libro, la palabra, la política y los infinitos medios que les sugiere el infierno para acabar con el reinado de Jesucristo en el mundo? ¿Y todo esto no ha de bastar para animarnos á pelear por Jesucristo cuando sabemos lo que vale un alma, que vale más que el mundo y tanto como la sangre de su Dios?

Ni digas que nada puedes hacer. Puedes orar, y á la oración concedió Dios el gran apostolado de la salvación de las almas. Pondera que ese misterio que confunde la razón y entristece el alma, de la aparente esterilidad de la sangre de Jesucristo, y que esté tan lleno de tinieblas el mundo, y se pierdan tantas almas, y parezca inútil la redención, lo explica san Pablo (1) diciendo que Dios tiene voluntad eficaz de que todos los hombres se salven, pero por medio de la palabra de los predicadores y de la oración constante y fervorosa de los fieles. Si oras como Dios quiere, puedes ser un apóstol.

Luego, puedes salvar almas con tus buenos ejemplos. Predica con ellos el odio al mundo, al pecado, á los placeres, á la soberbia y la ambición, y á cuanto conduce á las almas al infierno. Por tu humildad, mansedumbre, caridad, espíritu de sacrificio y demás virtudes, no sólo interiores, sino que broten del corazón, prueba á los que te rodean, no sólo la posibilidad, sino la facilidad de la virtud, y harás más bien en medio del mundo que si predicases, porque el mejor predicador es el que practica las máximas del Evangelio.

---

(1) Ad. Timoth.

Y por último, mira lo que prácticamente puedes hacer sin abandonar los deberes de tu estado, y tal vez el celo de las almas pueda hacer de ti, con la gracia de Dios, un apóstol seglar, ó una de esas mujeres celosísimas que van delante muchas veces de los sacerdotes, y son su apoyo, su consuelo y su ejemplo, y en cárceles, presidios, hospitales y catecismos son las madres de muchos desgraciados que no tienen más madre que la caridad cristiana. Trabaja cuanto puedas en la salvación de las almas, que nada puedes hacer, ni más provechoso para ti, ni más agradable á Jesucristo, que por todas ellas dió su vida.

Coloquio.—¡Oh Jesús, que viniste á traer fuego á la tierra, y cuyo corazón se abrasa en el deseo de nuestro bien! Manda á mi corazón una chispa de ese amor tuyo, para que, viendo lo que vale un alma, y las infinitas que se pierden, me aliente á trabajar cuanto pueda por la gloria de Dios y la salvación de mis prójimos.

Propósitos.—Trabajar cuanto puedas en obras de celo, como son catecismos, hospitales, escuelas, etc.

7 DE JULIO

Envía Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos á predicar.

Preludios.—Represéntate á los sagrados Apóstoles yendo de pueblo en pueblo predicando la palabra del Señor, y pide celo de la gloria de Dios para hacer el bien que puedas en las almas, según tu estado.

PUNTO I

De la caridad de Cristo S. N. al enviar á sus Apóstoles á predicar.

Considera cómo la primera manifestación del celo de Jesucristo por la salvación de las almas, fué enviar á sus Apóstoles y discípulos á predicar por la tierra de Israel. Pero al mandarlos les da documen-

tos admirables que debes meditar, para sacar de ellos provecho espiritual. En primer lugar, les dice: "La mies es mucha, y los obreros pocos; rogad al Señor de la mies que envíe obreros á cogerla„; en cuyas palabras descubre su infinita caridad y el deseo que tiene de nuestro bien. Dice que la mies es mucha, porque son muchos los que tiene escogidos para el cielo, y muchos los que están esperando la ayuda de los predicadores y ministros evangélicos para rendirse del todo al divino servicio; y esto les mueve á compasión, deseando que sean ayudados. Añade que los obreros y segadores son pocos, porque los más de los hombres son enemigos del trabajo; y si trabajan es buscando las cosas propias, y no por el bien de los otros. Pocos se disponen para ser obreros verdaderamente apostólicos, celosos, desinteresados y santos, y esto le mueve más á compasión, deseando que haya tantos obreros útiles, cuantos pide la necesidad. Dice que al Señor de la mies, que es el mismo Cristo, pertenece señalar y enviar los obreros, porque ninguno puede entrar en mies ajena sin voluntad de su dueño; y quien sin vocación de Dios entra en esta labor, señal es que no busca el servicio de su Señor, sino su propio provecho, honra y comodidad.

Los exhorta, finalmente, á que rueguen al Señor de la mies que envíe obreros, dando á entender que no está olvidado de ella, pero quiere ser rogado. De donde debes sacar cuánto debes rogar porque el Señor envíe á su Iglesia santos sacerdotes y Prelados para el bien de ella. Es tanta la caridad de Cristo, que en declarando su deseo, y antes de que le rueguen que envíe obreros, los envía, para significar que, aunque no roguemos, su infinita caridad no se olvidará de la mies, sino que por sola su misericordia escogerá obreros y los enviará.

¡Oh Salvador dulcísimo, gracias te doy cuantas puedo, por el cuidado que tienes de tu mies y de enviar obreros á cogerla! Y pues quieres ser rogado,

mil veces te suplico envíes muchos obreros, fieles ejemplares y libres de toda confusión y de toda mancha; y si yo valgo para ello, *vesme aquí, envíame;* porque si tú me llamas y me envías, justo es que yo te obedezca trabajando en cumplir lo que me mandas.

PUNTO II

De las virtudes que encomendó Cristo á sus Apóstoles.

Considera las virtudes que encomienda á los Apóstoles para entrar en el sublime oficio de la predicación, diciendo: "Mirad que os envío como ovejas entre lobos; sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas„. En estas palabras les encarga seis virtudes principalmente, es á saber: mansedumbre de ovejas, en no hacer mal á otros aunque reciban mal de ellos; paciencia en sufrir el mal que les hicieren; caridad en darse á sí mismos por el bien de otros, aunque sean sus enemigos, como las ovejas dan su leche, lana y carne para provecho de los hombres; pero juntamente han de tener grande confianza en la providencia del pastor que los envía. Así como la oveja toda su guarda tiene puesta en el pastor, porque ella no tiene armas para defenderse.

¡Oh Pastor soberano! Siendo Vos el que me enviáis, enviadme donde quisiereis, pues con vuestro favor estaré seguro dondequiera que me enviareis. Fortaleced mi flaqueza con vuestra virtud, para que pueda conquistar los lobos y convertirlos en ovejas de vuestro rebaño, cumpliéndose lo que prometisteis por vuestro Profeta: "Que el lobo y el cordero, el león y la oveja, vivirían juntos, debajo la obediencia de un humilde pastor„.

Recomendóles que de tal manera fuesen mansos, pacientes, caritativos y confiados, que no sean necios, imprudentes y arrojados, sino que tengan prudencia de serpientes. Esta prudencia consiste, lo primero, en hacer su oficio de tal manera, que no reciban de los lobos daño en el alma, aunque le reciban

en el cuerpo; como la serpiente, que guarda la cabeza, aunque el cuerpo padezca, y cierra los oídos á los encantadores para no oir lo que le puede dañar. Lo segundo, en aguardar tiempo, lugar y coyuntura conveniente para predicar y persuadir su doctrina, como lo hizo la serpiente que tentó á Eva, pues es razón que seamos tan prudentes para lo bueno, como las serpientes, que son los demonios, lo son para lo malo. Mas no quiere Cristo N. S. que esta prudencia sea de raposas, mezclada con dobleces y engaños, con falsas sospechas ó juicios temerarios, sino con sinceridad y verdad, y con pureza de vida, de modo que no sea contrário á la mansedumbre de las ovejas. Y por eso, añade que sean sencillos como palomas, teniendo los ojos de la intención puros, para mirar lo que es gloria de Dios y bien de las almas, sin mezcla de cosas terrenas. ¡Oh Cordero sin mancilla, en quien descansó el Espíritu Santo en forma de paloma!, junta en mi alma la prudencia con la simplicidad, para que de tal manera haga bien á otros, que no reciba daño de ellos.

PUNTO III

De otros encargos que hizo Jesús á sus Apóstoles.

Considera cómo les encargó Jesús que cercenasen todo lo demasiado y superfluo de las cosas temporales, contentándose con lo necesario, de modo que no lleven cosa preciosa de oro y plata, ni demasiado dinero para su regalo. Y si les basta un vestido y calzado, no le lleven doblado para mudarse; y si les bastan sandalias ó alpargatas, como pobres, no lleven calzado entero; y si no han de menester báculo, que no usen de él; ó si llevan báculo en que arrimarse por flaqueza, no lleven vara para defenderse por venganza. De donde debes sacar cuánto ofenden á Cristo las excesivas superfluidades en el ornato y lujo de tu persona. Recomiéndales que pierdan el cuidado demasiado de su sustento y vestido y como-

didad, aun en lo necesario, fiándose de la divina providencia, que les proveerá de todo; porque el trabajador digno es de que su amo le dé la comida, y Dios se la dará é inspirará á los hombres que se la den. Les previno que en la jornada no se entretuviesen en pláticas impertinentes que les divirtieran de su intento; en lo que ves cuánto encarga el retiro y soledad á los ministros del Evangelio.

Ultimamente, Cristo N. S. los anima á la ejecución de su oficio, diciendo: "Si aquella casa fuere digna de la paz, vendrá sobre ella; y si no, volveráse á vosotros.„ Dándoles á entender que su predicación haría provecho en algunos; en los que fuesen dignos de la paz ó hijos de la paz, escogidos de Dios para recibir la doctrina del Evangelio, sin resistir á su predicación, y que cuando no hiciese provecho en otros, por no querer recibirla, que la paz se volvería á ellos; esto es, que no perdiesen su paz ni se alterasen con ira y venganza, dejándola á Dios, porque ellos no perderían el fruto de su trabajo. También les señaló nuestro Señor la materia de su predicación diciéndoles: "Predicad, que se ha acercado el reino de los cielos„; y predicaban á todos que hiciesen penitencia. De donde se ve cuál es la materia de la palabra de Dios. No discursos profanos y retóricos; no lo que halague al oyente y llene de aplausos y vanidad al predicador que se predique á sí y no á Cristo, sino lo que toque al reino de Dios, esto es, á la salvación de las almas. De modo, que la materia que indica Cristo N. S., abraza tres cosas: La primera, los medios de la salvación para entrar en el cielo, como son la penitencia de los pecados, extirpación de vicios, ejercicios de obras virtuosas y desprecio de las cosas terrenas, que son causa de la perdición de las almas. La segunda, el fin y motivo de todas estas obras, que era el reino de los cielos, de suerte que no se moviesen, principalmente por temor de castigos ni por esperanza de premios temporales, sino por la promesa

del reino de los cielos. La tercera, que todo esto era fácil y suave y hacedero, porque estaba ya cercano y dentro de ellos el reino de los cielos; esto es, el Autor de la gracia, el cual había de abrir las puertas del cielo y dar medios suaves y eficaces para entrar en él, como ya los comenzaba á dar.

Coloquio.—¡Oh Rey del cielo, que tan glorioso reino trajiste al mundo!, ayúdame para que yo le conquiste y arrebate, pues tú dijiste "que desde los días de Juan Bautista, que le comenzó á predicar, padecía fuerza, y los esforzados le arrebatarían." Dame, Señor, este esfuerzo, para que yo robe y arrebate joya tan preciosa; pues Tú, que eres su dueño, gustas de que todos la roben para enriquecerse con ella.

Propósitos.—Mira siempre á los predicadores como enviados de Cristo; así los oirás de modo que la palabra divina sea provechosa para tu alma.

8 DE JULIO

Cristo arroja del templo á los mercaderes.

Preludios. - Considera á Cristo devorado por el celo de la gloria de su Padre y animado de toda su terrible severidad para con los pecadores, y pídele que jamás te arroje de su casa que es la casa de la paz y de la bienandanza.

PUNTO I

Celo y fortaleza de Cristo N. S.

Considera el celo grande que tenía Cristo N. S. de la gloria de su Padre y de la pureza de su templo. Porque celo es un ardiente deseo de quitar ó impedir todo lo que es contrario á la cosa amada, por ser contra su voluntad, honra ó provecho, y cuanto es mayor el amor, tanto es mayor el celo, y, por consiguiente, mayor la tristeza de la injuria ó daño de su amigo, y mayor el ímpetu de remediarlo. Y como Cristo N. S. amaba inmensamente á su Padre y á su

Iglesia, así tenía ardentísimo celo de todo lo que les tocaba: de donde precedió tomar el azote y echar del templo á los que torpemente lo profanaban. Y hasta el día de hoy este celo come á Cristo; porque el celo es causa de que se haga manjar para ser comido de los fieles. ¡Oh dulcísimo Redentor!, gracias te doy por este celo que tuviste de la casa de tu Padre, que es la Iglesia, y de mi alma, que también es casa tuya. Aparta, Señor, de ella todo lo que te desagrada, y consume con tu fuego todo lo que la turba. Dame también un celo semejante al tuyo para que vuelva por tu honra, aunque sea con pérdida de la mía; porque muy dichoso seré, si el celo me consumiere como á Ti te consumió.

Lo segundo, considera la fortaleza de Cristo N. S., nacida en este celo, con la cual hizo rostro á tanto tropel de gente, con riesgo de que se levantasen contra El; porque "el amor divino echa fuera todo temor„ humano, y "el celo es fuerte y duro como la muerte„, y cuando es menester hace azote con que castiga á los delincuentes, y aparta de la casa de Dios todo lo que es en su daño. Y á esta causa el mismo Dios, como dice la Escritura, "castiga al que ama y al hijo en quien se agrada„, para quitar de él las imperfecciones que tiene. ¡Oh dulcísimo Salvador, que con un mismo celo tomáis el azote para purificar la casa de vuestro Padre, y permitís que vuestros enemigos tomen el azote para castigar vuestro cuerpo, pagando con vuestros azotes la pena de sus pecados!, armadme con este santo celo, para que castigue mi carne por sus culpas, y procure con fortaleza estorbar las ajenas. No apartéis de mí vuestro piadoso celo cuando pecare, porque más quiero ser castigado como hijo, que vivir en mi libertad como extraño.

PUNTO II

De cómo Cristo en otra ocasión también echó del templo á los mercaderes, y de otro modo que antes.

Considera cómo Cristo N. S., otra vez, cerca de su Pasión, arrojó del templo á los negociantes, y echó á rodar las mesas de los cambios y de los que vendían y compraban, diciéndoles: "Escrito está: mi casa es casa de oración para todas las gentes, y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones„, y no consentía pasasen por el templo con carga profana. Sobre este hecho, comparándole con el pasado, se ha de ponderar que la primera vez echó Cristo del templo los negociantes con palabras y azotes de cordeles; pero esta segunda, con palabras y grandes milagros que allí hizo, dejando los azotes para sus espaldas, significándonos dos modos que tiene Dios de purificar su templo espiritual: uno con castigos y otro con beneficios. El primero, usó en la ley vieja, que era ley de temor. El segundo, en la ley nueva, que era ley de amor. Y si los dos no aprovechan, vendrá á ser destruido el templo como el de Jerusalén, castigándole Dios con el último castigo de la eterna condenación. Item, la primera vez dijo: "No hagáis la casa de mi Padre casa de negociación„, dando á entender que el templo no ha de ser casa de negociación profana, sino divina; ni se ha de venir á él para otra cosa que para negociar con Dios nuestro propio negocio, que es el de nuestra salvación, solicitándole con sacrificios y oraciones. La segunda vez no consintió que fuese ni aun paso para los que llevaban cargas, y con más aspereza les respondió diciendo que le hacían cuevas de ladrones, para significar que con estas negociaciones de compras y ventas se mezclan hurtos, engaños, injusticias y á veces simonías, porque "la codicia es raíz de todos los males„, y llega hasta querer vender y comprar al Espíritu Santo. ¡Oh

Salvador del mundo, sobre quien vino el Espíritu Santo como paloma, dándole á tus discípulos como fuego!, purifícame de mis codicias con el fuego de tu amor, para que alcance la santidad y pureza de paloma que á tu casa conviene por todos los siglos.

PUNTO III

Nuestro espíritu es templo de Dios.

De aquí subiré á considerar cómo mi alma ha de ser templo y casa de oración, en la cual he de entrar y orar á mi Padre celestial, que está allí y me ve orar en lo escondido de mi corazón. Y porque no se llama casa de oración el lugar donde una vez ú otra se ora, sino el que es oratorio dedicado para sólo esto, tal ha de ser mi corazón, consagrándole á la frecuencia del ejercicio de la oración y unión con Dios, con gran fervor. De suerte que, dondequiera que fuere, como dicen los santos, lleve conmigo el oratorio y el retiro y soledad y pueda cumplir lo que dice san Pablo: "Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando á Dios las manos puras, sin ira y turbación„. De aquí es que mi alma, siendo casa de oración, también ha de ser casa de humildad, de obediencia, paciencia y otras virtudes, porque todas se hallan, ó deben hallarse, en la casa de la oración, acompañándola y ejercitando con ella sus excelentes actos. Y, por consiguiente, no ha de ser casa de negociación profana, ni guarida de ladrones, esto es, de vicios y cuidados terrenos, que turban y roban la devoción y echan la oración de su propia casa. De donde inferiré que mi alma, para que sea digna casa de Dios, ha de tener principalmente tres condiciones: estar limpia, quieta y adornada; limpia de culpas que la remuerdan, quieta de pasiones que la turben, y adornada con actos de virtudes que la alienten. Y entonces gustarás de estar dentro de ti y de vivir y de morar contigo; pero si está sucia, turbada y descompuesta, en queriendo entrar dentro de ella, como no está allí

Dios, te saldrás y dejarás la oración; como quien entra á orar en una iglesia, donde hay gran ruido y gritería, luego se sale, porque no puede orar como desea. Por eso tú no puedes estar un cuarto de hora en oración recogida, porque las pasiones, la imaginación, los recuerdos del mundo, hacen tal ruido dentro de ti, que no dejan oir la voz de Dios, y si ni tú mismo te oyes, ¿qué extraño es que no te oiga Dios ni saques provecho alguno de la oración? Confúndete y enmiéndate.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío! Ármate con tu santo celo, y toma el azote en tu mano; entra dentro de este tu templo, y echa de él todo lo que te desagrada; no consientas que pase por él cosa que le turbe; purifica esta cueva de todo linaje de vicios, para que de hoy más sea casa de oración, morada de ángeles y habitación de paz, donde Tú mores por todos los siglos.

Propósitos.—Respetar siempre la casa del Señor, y procurar que mi alma esté pura de pecados para que sea templo vivo y digno de Él.

9 DE JULIO

Sobre el respeto en el templo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El templo, casa de Dios.

Considera que nuestras iglesias son templos del Dios vivo, casas de oración, la parte más santa y digna de respeto de la tierra y el lugar adonde van y deben ir los hombres á rendir á nuestro Señor el culto y la adoración que le debemos. ¿Con qué respeto deberemos, pues, estar en ellas? Si al que mira, como dice san Pablo, con sobrada curiosidad la majestad de Dios, esta suprema majestad le oprime con su gloria, ¿qué sucederá al que está en el templo de Dios con po-

co respeto? Mira cómo los serafines, siendo espíritus tan puros, se cubren el rostro con sus alas delante de Dios. ¿Pues cuánto miramiento y temor deberemos tener delante de tan inmensa majestad, nosotros, que somos viles gusanos y pecadores? La piedad supersticiosa de los gentiles en los templos de sus falsos dioses, será el día del juicio la condenación del poco respeto de muchos cristianos en nuestras iglesias. Y, no obstante, en ellos no tienen más Dios que los falsos ídolos que adoran. Pues si se atendiese al respeto que los gentiles tienen en sus templos, se juzgaría que sus ídolos eran verdaderos dioses, y si se atendiese sólo á la irreverencia escandalosa que muchos cristianos tienen en las iglesias, diríamos que nuestro Dios es un ídolo falso. Pero los que no tienen respeto en las iglesias conocerán un día que no lo es, y que tiene ojos para ver sus inmodestias escandalosas, sus conversaciones inútiles é irrespetuosas, y poder para castigarlos. Si Dios castigó con la muerte á más de cincuenta mil bethsamitas por haber mirado con poco respeto al Arca del Testamento, ¿cómo se vengará de los profanadores de las iglesias? Por esta razón Jesucristo, que en todo lo restante de su vida fue tan manso y pacífico, se manifestó tan severo contra los que profanaban el templo. Y si entonces fué tan severo contra los profanadores, cuando venía como Salvador, ¿qué hará cuando venga como juez?

Considera, además, que nuestras iglesias son casas de oración; aquí viene el hombre para adorar á Dios, para rogarle y pedirle remedio en sus necesidades. Pero hay cristianos que vienen para adorar á Dios y parece que acuden sólo para insultarle, por las insolencias que cometen en sus templos. Vienen para apaciguarle, y le irritan con sus irreverencias. Se reconocen miserables, vienen para representarle sus miserias y para rogarle los socorra, y se presentan en el templo con señales de impía y descocada sober-

bia. ¿Es este, acaso, el modo de lograr y conseguir el favor de nuestro Señor? Le piden gracias, y al mismo tiempo le ultrajan; y de la oración misma, que es excelentísimo acto de religión, hacen materia de pecado y objeto de abominación.

Considera que si la distracción voluntaria es pecado de irreverencia cuando se habla con Dios, ¿qué será atreverse á hablar á Dios de un modo y en una postura tan indecentes como no te atreverías á hablar á un grande del mundo? ¿Es Dios, por ventura, menos digno de respeto que un gusano de la tierra?

Por último, nuestras iglesias, para el cristiano que tiene fe, representan el Calvario. ¿Con qué sentimiento, pues, de humildad, de viva fe y de compunción debemos estar en ellas? En nuestros altares se inmola de un modo incruento el mismo sacrificio, la misma víctima que se sacrificó en el Calvario y por el mismo Sacerdote. La víctima es Jesucristo, que es á la vez el Sacerdote invisible, representado por el sacerdote visible. La misma sangre se ofrece, y por el mismo fin, y tiene la misma virtud que cuando se derramó en el Gólgota. ¡Nuestro Salvador ofrece y nos da en el templo su sangre y hay cristianos que la pisan con sus irreverencias! Jesucristo procura templar la indignación de su Padre, justamente irritada contra ellos, y ellos se ocupan en enojarle más. ¡Nuestro Salvador renueva este grande sacrificio por los hombres y muchos cristianos vuelven á sacrificar allí á Jesucristo con la inmodestia escandalosa de sus ojos, con sus conversaciones sacrílegas y los deseos impuros de sus corazones! Si hubieras asistido al sacrificio del Calvario, ¿cómo hubieras estado allí? ¿No debes tener la misma compunción cuando asistes á la Misa, que tuvieras, si estuvieses presente en el Calvario, pues es el mismo sacrificio, el que se ofrece? ¿Hubieras querido hallarte allá para juntarte con los enemigos de nuestro Salvador, para insul-

tarle, ó con sus verdugos para atormentarle? Pues eso es lo que haces con tu poca modestia é irreverencia al tiempo de la Misa, renovando los oprobios de la pasión, de que este sacrificio es recuerdo y memorial. Pide perdón á Dios de tus irreverencias en la iglesia y promete enmendarlas con una reverente devoción y edificante piedad.

PUNTO II

De la gravedad que encierran las irreverencias en el templo de Dios.

Considera que por poca fe que se tenga, no puede verse sin estremecimiento la falta de reverencia con que se presentan muchos cristianos en nuestros templos. ¿Es, acaso, para dar un culto verdadero al Dios que está sobre nuestros altares para lo que se cometen tan escandalosas irreverencias en la casa de Dios. En el ánimo de esos cristianos tan frívolos y disipados, ¿es acaso Jesucristo el Redentor y el soberano Juez de los mortales? ¿No se diría más bien que le consideran como un fantasma de divinidad, ó como un rey de teatro, los que no se presentan á los pies de los altares sino con aire altivo, mundano, por decirlo así, é insultante; los que están con tan poca moderación y respeto que no se atreverían á estar delante de un hombre honrado, delante de un magistrado con la misma indiferencia, con la misma negligencia, la misma disipación de espíritu y la misma libertad con que asisten á los oficios divinos y al santo y tremendo misterio? Jesucristo sobre nuestros altares, rodeado con mucha frecuencia de una multitud de jóvenes libertinos y de una reunión de mujeres mundanas, ¿sufre el día de hoy menos oprobios que los que sufrió en otro tiempo, cuando lo estaba de una tropa insolente de sayones que lo cargaba de injurias y de salivas? Esa mujer mundana que se adorna para ir á la iglesia como para ir al teatro; que asiste á los divinos misterios muchas veces con el mismo espíritu que

á los espectáculos profanos, siempre con la misma disipación con que asistirá pocas horas después á los espectáculos ó á las tertulias: que se presenta en el templo más ricamente adornada que el mismo altar ¿no podría considerársela como un ídolo animado, expuesto á los ojos del público en medio del templo de los cristianos? A lo menos es cierto que ella recibe allí más honor de los libertinos que el Dios á quien se adora. ¿Y no es eso un pecado de escándalo, de profanación de las cosas santas y un horrendo sacrilegio?

Considera, para confirmarte en la misma idea, que no es un motivo de religión el que reune en nuestros templos á muchos jóvenes libertinos á ciertas horas de escándalo y de profanación para estar presentes á lo que se llama *la misa de moda*, como si dijéramos, la misa de doce, de una ó de dos; porque, ¿qué porte más disoluto ni más inmodesto tendrían en cualquier reunión profana? ¿Qué discursos tan vanos y escandalosos no ocupan sus imaginaciones y sus lenguas en el tiempo mismo en que se inmola al Señor la víctima divina, ó se cantan las divinas alabanzas, y qué deseos tan sacrílegos no se mezclan, por decirlo así, con el incienso que se ofrece al Dios vivo? ¿Es preciso esperar al fin de los siglos para ver en el lugar santo la abominación de la desolación? ¿Qué otro nombre se debe dar á las irreverencias que se cometen todos los días en nuestras iglesias? ¿Qué padre tan poco celoso de su autoridad sufriría que su hijo estuviese en su presencia con tan poco respeto, como lo ve á sangre fría en la presencia de Jesucristo? ¿Qué señor sufriría de un criado lo que Jesucristo sufre de los fieles? Se diría que, para acostumbrar á los niños á estas inmodestias, se les permite á veces estar y juguetear en la iglesia como no se les aguantaría ni aun en sus propias casas. ¿Y luego nos extrañaremos de que Dios nos castigue y derrame sobre pueblos blasfemos, profanadores de sus iglesias y de

sus fiestas, la copa de su ira? Lo que hay que admirar es la misericordia infinita del Señor que no acaba con quienes parece no viven sino para ofenderle. Pide tú perdón por ellos y por ti y repara en cuanto puedas tanta afrenta y desacato.

PUNTO III

De tres causas de las faltas de respeto en el templo.

Considera que la primera es la falta de fe viva. Dios está allí, el templo aquel es el *lugar de su solio;* pero no se le ve, no se siente la presencia del Dios vivo; todo, quizá, llamará la atención en el templo: la magnificencia de la arquitectura, la majestad del edificio, la riqueza de los adornos, todo merecerá la atención, menos Dios, que habita allí, y que para muchos cristianos es el Dios desconocido que predicaba san Pablo en Atenas. La fe viva hace que el cristiano ferviente vea á Dios en todas partes y en todas las cosas; la fe tibia y dormida, ó muerta, de muchos, hace que no vean á Dios en parte alguna, ni en el templo siquiera, y que muchos puedan decir aquellas palabras del Génesis: "Verdaderamente este lugar es santo, y yo lo ignoraba„; porque no saben, ó ignoran culpablemente, que la gloria de Dios llena sus templos, y que allí se le debe á Dios toda adoración y toda alabanza, y que para orar y conseguir gracias y mercedes, hace falta fe, humildad y respeto.

Considera luego que es cosa de llorar con lágrimas de sangre, que rebosando de gente las plazas, los teatros, los lugares destinados para el comercio, sólo en nuestros templos, casi yermos, espere Dios en vano quien le visite con amor y le adore con reverencia. Pues de las personas que allí van, ¿cuántas oran con fe viva? Muy pocas. Las más van por costumbre y por bien parecer, para no dar qué decir al mundo y ser tal vez en el mismo templo objeto de curiosidad y de atención; van para ver y ser vistas, para ocupar la

ociosidad propia y entretener la ajena, y para agradar y hallar objetos que agraden. ¿Es esa la fe que Dios pide de nosotros para su gloria y para escuchar nuestras peticiones?

La segunda causa es la frivolidad del corazón, lleno de todo lo que es mundo, y vacío por entero de Dios. Te presentas en el templo cargado de proyectos y de designios profanos, agitado por tus pasiones, tal vez de tus odios y resentimientos, y á veces la aparente piedad y el exterior recogido ocultan, ó la distracción voluntaria, ó el enajenamiento de un corazón absorto en ideas que profanan el templo y ofenden á Dios. ¿Y no es eso insultar á un Dios que, sobre todo, mira al corazón? ¿No es esa una hipocresía que se burla igualmente del cielo y de la tierra, y que, engañando al mundo, provoca las iras de Dios? No seas ni en esto, ni en nada que se roce con el divino servicio, frívolo ni ligero; mira lo que haces y dónde estás, y considera que el lugar es santo y debe ser santamente tratado, y que ni aun los ángeles son dignos de morar en el acatamiento de Dios.

La tercera causa puede ser el respeto humano. Ves que hay malos cristianos que hablan, que discurren, que ríen en la casa de Dios con igual desahogo que si estuvieran en el teatro, y aun es preciso confesar que muchos, con mayor atención asisten á los espectáculos del mundo, que á la celebración de nuestros augustos misterios. Te hablan inútilmente, te distraen con conversaciones largas é innecesarias, y no tienes el valor de decirles, que estáis en la casa de Dios, y que todo lo que sea allí una falta de respeto es una profanación y un escándalo. Ves que hay muchos cristianos que acuden á la casa de Dios á hacer ostentación de su lujo y de su profanidad, y aun de sus escándalos, y tú no quieres ser menos, y el mal ejemplo y el humano respeto convierten la casa del Señor en el lugar donde más se le ofende con irreverencias y profanaciones.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío, ante quien todo el mundo es como si no fuese, y cuya majestad llena toda la tierra! Aviva en mí el espíritu de fe y de piedad, para que mi corazón sienta tu presencia en todas partes, pero sobre todo en tu casa, que es casa de oración, de recogimiento y de piedad. Concédeme, Señor, la gracia de reparar en adelante, con mi respeto y devoción, las irreverencias que se cometen en tus iglesias, y que mi ejemplo abrase del mismo celo y anime del mismo espíritu á todos los fervorosos cristianos.

Propósitos.—No hables nunca en la iglesia sino pocas palabras, y esas necesarias. No estés en ella sino con una postura decente y religiosa, y con vestidos dignos de la casa del Señor.

10 DE JULIO

De la ilustre confesión que hizo san Pedro de la divinidad de Jesucristo.

Preludios.— Oye á Pedro diciendo con fe divina y amor inmenso aquellas palabras: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo,» y pide al Señor fe vivísima para creer en El y valor para confesarlo delante de los hombres.

PUNTO I

"Pregunta Cristo N. S. á sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?„

Pondera cómo Cristo N. S. hizo esta pregunta después de haber orado á su Eterno Padre, para que entendamos que en virtud de la oración se dió á san Pedro la luz divina para conocer y confesar á Cristo. Y si yo deseo esta luz, por la oración la alcanzaré, conforme al dicho del Apóstol: "Si alguno tiene necesidad de sabiduría, pídala á Dios, que El la da con abundancia„, con tal que la pida confiadamente y sin dudar. Pondera luego, cómo Cristo N. S. hizo esta pregunta por tomar ocasión para dar á sus discípulos con más claridad, conocimiento verdadero de quién

era; del cual, como El mismo dijo, depende como de semilla nuestra salvación; y también para enseñarnos el modo cómo nos hemos de aprovechar de los dichos de los hombres; porque desear saber la opinión que tienen de nosotros para fundar en ella la seguridad de nuestra vida, es gran yerro; pues, como dijo san Pablo, quien nos ha de juzgar es Dios; pero no es malo querer saberla, para que oyendo sus dichos corrijamos lo malo que dijeren de nosotros, ó huyamos de ello para que no lo digan con verdad; y lo bueno que dijeren, procuremos adquirirlo, si no lo tenemos, ó perfeccionarlo si lo tuviéremos, y de esta manera los dichos de los hombres se convertirán en nuestro provecho.

También se ha de ponderar la humildad que resplandece en llamarse Cristo N. S. á sí mismo comunmente con este nombre "Hijo del hombre,„ que es cosa vil y despreciada, dejando otros nombres muy gloriosos con que se podía llamar, enseñándonos con este ejemplo á humillarnos y á tomar siempre los títulos más bajos y humildes que pudiéremos, según nuestro estado, porque "quien se humilla será ensalzado.„ Y así, llamándose Cristo N. S., á sí mismo Hijo del hombre, luego por revelación del Padre le llamó san Pedro Hijo de Dios vivo. ¡Oh Hijo de Dios vivo, dame la humildad que mostraste haciéndote Hijo del hombre y abrazando las bajezas de los hijos de los hombres, para que por esta humillación llegue á la dignidad de Hijo de Dios, gozando de la gloria que sus hijos gozan!

Considera cómo respondieron los Apóstoles: "Unos dicen que eres Juan Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías ó uno de los profetas.„ Pondera la prudencia de los Apóstoles en esta respuesta; porque sabiendo que los escribas y fariseos decían de Cristo N. S. grandes males, nada de esto respondieron, sino solamente lo que parecía honroso para su Maestro; enseñándonos con este ejemplo que los justos y

prudentes no han de referir á otros los dichos de sus enemigos, porque ordinariamente son falsos y no sirven sino de provocarles á ira é indignación contra ellos; y así, es más cordura encubrirlos y no andar en miserias que ahogan la fraterna caridad.

Lo segundo, se ha de ponderar cuán propio es de hombres dejados á su miserable naturaleza, errar acerca del conocimiento de Dios y de Jesucristo, ó por cortedad de su entendimiento, ó por la pasión que les ciega la lumbre de la razón, ó por engaño del demonio, el cual procura quitarles este verdadero conocimiento para tenerlos cautivos debajo de su tiranía. Mira cómo, entonces, lo mismo que ahora, erraban los hombres acerca de N. S. Jesucristo, queriendo medir las grandezas de Dios con la cortedad de su ingenio; y así, la chusma de aquel pueblo quitaba á Cristo la divinidad, diciendo que era hombre puro como el Bautista ó Elías. Otros, más apasionados, le quitaban la sabiduría ó la santidad, llamándole "samaritano"; ó el poder, calumniando sus milagros; ó la prudencia, poniendo falta en sus obras y lo mismo pasa el día de hoy, pues padece Cristo N. S. estas injurias de los infieles y herejes, de los impíos y de los ignorantes, para que yo me consuele en mis injurias cuando me quitaren por agraviarme la honra que se me debía.

Pondera, además, cómo algunos cristianos, ó por ignorancia culpable ó por dejarse arrastrar de torpes pasiones, conciben falsísima idea de Dios y de Jesucristo, imaginando unos un Dios severo, como El as, implacable y que quiere coger de lo que no sembró, como decía el siervo perezoso. O al contrario, un Dios tan bonachón y demasiadamente misericordioso, que todo lo disimula, aunque vivan como quisieren y apelan á su misericordia, para dar rienda suelta á sus pasiones, porque su maldad miente y se engaña á sí misma.

PUNTO II

"Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo."

Considera la valiente y hermosa confesión del apóstol san Pedro. Pondera lo primero, cómo habiendo Cristo N. S. oído lo que decían de El los hombres, quiso también saber lo que sentían sus discípulos, diciéndoles: Vosotros que sois más que hombres por la doctrina del cielo que habéis oído, y por la alteza de vida que habéis profesado, ¿quién decís que soy? Esto dijo, no porque ignorase lo que sentían de El, sino para tener ocasión de confirmarlos en la fe de su divinidad.

Considera luego cómo aunque esta pregunta se hizo á todos, sólo san Pedro respondió, por dos causas. La una, porque era el más fervoroso en el amor y servicio de Cristo; y así, en todas las cosas de la honra de su Maestro era el más diligente y el primero. La otra causa fué porque Dios N. S., como le vió tan bien dispuesto para recibir sus dones, le ilustró con una extraordinaria luz para que reconociese las grandezas de Cristo; y así, arrebatado con la fuerza de esta luz, ganó por la mano á todos sus condiscípulos, y en nombre de todos hizo aquella admirable confesión, sobre la que está fundada toda la Iglesia de Cristo: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo".

Medita las palabras de esta ilustre confesión cada una de por sí. La primera fué: "Tú eres"; como quien dice: Tú que te llamas Hijo del hombre; Tú de quien dicen los hombres que eres el Bautista ó uno de los Profetas; Tú que eres nuestro Maestro y nos has escogido por tus discípulos, Tú eres Dios, mi Rey y mi Señor, y eres el mismo ser por esencia, de quien tiene dependencia todo lo que tiene ser.

La segunda palabra es: "Tú eres Cristo", y Cristo "de Dios", esto es: Tú eres el Mesías prometido á los

judíos y deseado de todas las gentes; Tú eres Rey de Israel, Rey de reyes y Señor de señores; Tú eres el sumo Sacerdote, Tú eres el supremo Profeta á quien todos han de obedecer; Tú eres el Santo de los santos, ungido del Señor. Todo esto abraza el nombre de Cristo, que quiere decir ungido, y por excelencia conviene á nuestro Señor, en quien se juntan las dignidades de todos los Reyes, los Patriarcas y los Profetas.

La tercera palabra es: "Hijo de Dios vivo„. Como quien dice: No eres hombre solo como los puros hombres, sino Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural Hijo de Dios vivo; el cual por ser Dios vivo, tiene la obra más noble de los vivientes, que es engendrar en ti su imagen substancial y su semejanza; y así, te engendra á ti Dios vivo como El, y, por consiguiente, infinito, inmenso, eterno, todopoderoso, sabio y bueno, y la misma sabiduría y bondad. Todo esto y mucho más penetró san Pedro con la luz del cielo, y lo confesó con la boca cuando dijo estas palabras; y aunque es verdad que el Bautista y Natanael y otros habían hecho esta confesión, y dicho casi las mismas palabras, pero san Pedro señalóse en decirlas con gran fervor, con vivísima fe y con grande reverencia y devoción; y con el mismo espíritu tengo yo de decirlas, gozándome de las grandezas de mi Redentor, y suplicándole me dé parte de la luz que dió á este santo Apóstol para decirlas con viva fe, y confesar á Jesucristo mi Rey, mi Señor y mi Dios, delante de los cielos y de la tierra, de amigos y de enemigos, de los ángeles y de los hombres.

PUNTO III

Respuesta y promesa divina de Cristo N. S. al apóstol san Pedro.

Considera cómo respondió Jesús á san Pedro: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque la carne y la sangre no te reveló esto, sino mi Padre, que está en los cielos.„

Pondera lo mucho que agradó á Cristo N. S. confesión tan ilustre y el modo como la confirmó y aprobó, y engrandeció al santo Apóstol por ella. Porque llámale bienaventurado, porque de este conocimiento y confesión comenzó su buena dicha, y comienza la nuestra, por ser la fe en Jesucristo principio de vida eterna y bienaventurada. Llamóle Simón, que quiere decir obediente; hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó de Joná, que quiere decir paloma; para significar, que por esta confesión tan noble se había mostrado obediente á Dios, que se la reveló; hijo de su gracia, y del Espíritu Santo, que se la inspiró; y en virtud de ella sería obediente á la ley de gracia, y sería lleno del Espíritu Santo, con gran plenitud de sus divinos dones. Se dice que no le reveló esto la carne ni la sangre; porque ni la fe, ni los bienes sobrenaturales que de ella proceden, se pueden entender, ni haber por industria ó magisterio de hombres ni por fuerzas de nuestra humana naturaleza, ni por estudio ó motivos humanos, pues "no somos suficientes para pensar cosa semejante por nosotros, siendo de nosotros, sino toda nuestra suficiencia ha de ser de Dios„. Por último, le dice que se lo reveló su Padre que está en los cielos; en lo cual confirma que es Hijo de Dios vivo, cuyo Padre está en los cielos, y revela estas verdades de pura gracia, para gloria de su Hijo y para bien de los mismos hombres. El cual por esta causa se llama Padre de las lumbres, porque de El proceden todas las verdaderas ilustraciones con que es conocido El y su Hijo. Saca de aquí que la fe en Cristo es un don de Dios que El envía á los humildes y fervorosos como Pedro, y oculta á los soberbios y sabios del siglo, y porque hay tantos de éstos en el mundo, hay tantos que no creen en Cristo, ni lo confiesan.

Considera después, las magníficas promesas de Cristo N. S.: "Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del in-

fierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos; lo que atares en la tierra, será atado en los cielos; y lo que soltares en la tierra, será desatado en los cielos„.

Pondera las gloriosas promesas que Cristo N. S. hizo á san Pedro, para que se vea cuán bien galardona aun en esta vida los servicios que se le hacen, y cuán bienaventurados son los que le sirven con fervor, que son los primeros en las cosas de su servicio, pues por esto este bienaventurado Apóstol recibió cuatro favores más especiales que sus condiscípulos.

El primero, fué ponerle un nombre muy glorioso, diciéndole: Tú eres Pedro; como quien dice; Tú has dicho de mí que soy Cristo Hijo de Dios vivo; pues yo de hoy más quiero que tu te llames y seas Pedro. Y como los nombres que pone Cristo no son vacíos, sino llenos de la verdad que significan, así con este nombre hizo á este Apóstol participante de las virtudes que significa el nombre de Pedro, derivado de piedra, que es Cristo, haciéndole semejante á sí mismo en lo que es ser piedra fundamental de la Iglesia, y en la fortaleza y constancia y en las demás virtudes de esta piedra preciosa y fuerte.

Y así añade la segunda excelencia, diciendo: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia„; como quien dice: Yo, que por excelencia soy aquel hombre sabio que edifica su casa sobre piedra para que ni las lluvias, ni vientos, ni ríos la derriben, edificaré mi Iglesia universal sobre Mí, que soy piedra fundamental y fundamento de todos los fundamentos; y también la fundaré sobre ti, como sobre piedra firme, dándote la dignidad de cabeza universal de todos los fieles, los cuales estribarán en ti y en tu confesión y viva fe, y sobre ella edificarán los fundamentos de sus virtudes y de su santidad, y tú los confirmarás y establecerás en la fe y religión, y en la obediencia á mi santa ley.

El tercer favor fué asegurarle de la perseverancia y fortaleza invencible de esta piedra y de este edificio, diciendo: Que aunque las puertas del infierno se abran de par en par, y salgan todos los poderes infernales á combatirla, no prevalecerán contra ella. Y aunque las lluvias, vientos y ríos de todas las persecuciones del mundo y de la carne se estrellen sobre esta casa, no la derribarán, porque está fundada sobre la omnipotencia, sabiduría y protección de Cristo, que es piedra viva, el cual la defenderá y dará firmeza á la piedra, que es Pedro, y á sus sucesores, en cuanto vicarios suyos, para que no desfallezcan jamás en esta fe. Y esta palabra de Cristo confirmada por la historia y la experiencia anima la confianza y la fe nuestra, para que estemos seguros de que aunque rujan los abismos y todas las tormentas del mar de las pasiones, de la impiedad y la persecución contra la Iglesia, esta no sucumbirá jamás, y los siglos todos, con todas sus herejías, horrores y persecuciones pasarán delante de ella, y ella será siempre roca firme en medio de las olas, y nada podrá prevalecer contra Cristo y su Iglesia.

El cuarto favor fué prometerle las llaves del cielo para que abra y cierre sus puertas á los hombres, esto es, que le dará la llave de la ciencia para declarar las verdades que están encerradas en las Sagradas Escrituras y las manifieste á los hombres, y la llave de la potestad para perdonar los pecados que impiden la entrada del cielo. Todo esto cumplió Cristo N. S., y por ello le he de dar muchas gracias, tomando por mías las mercedes que hizo á este santo Apóstol; porque no se le dieron estos privilegios, tanto por su provecho cuanto por el provecho de toda la Iglesia y por el mío, pues yo me aprovecho de ellos como si para mí sólo se concedieran. Y también me gozaré por las grandezas de este Santo, con deseo de imitarle en lo que pudiere.

Coloquio.—¡Oh glorioso Apóstol! Gózome del nue-

vo nombre que hoy os ponen, y de la nueva dignidad que os prometen. Sea para bien ser piedra fundamental de la Iglesia, espantable á los demonios y llavero del cielo, amable á los ángeles y á los hombres. Suplicad al Señor que os hizo piedra fundamental me ayude á fundar mi vida sobre esta piedra, de modo que las puertas del infierno no prevalezcan contra mí. Abridme con vuestras llaves las puertas del cielo que cerré, y cerrad las puertas del infierno que abrí, para que, limpio de toda culpa, entre á gozar con Vos el reino de la gloria.

Propósitos.—Confiesa siempre y á todas horas, y en todos lugares, la divinidad de Cristo N. S., y haz pública profesión de vivir siempre y en todo unido en pensamientos, palabras y obras con su Vicario el Sumo Pontífice, sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

11 DE JULIO

De nuestra fervorosa y valiente confesión de la divinidad de Jesucristo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La fe toda se funda en la confesión de la divinidad de Jesucristo.

Considera que el eje de oro alrededor del cual gira toda nuestra santa religión, es la sagrada persona de su divino fundador. Por eso se ve que los Santos y cuantos se vieron animados de celo por la defensa de Dios y de la Iglesia, á Jesús se volvieron, amándole sobre todas las cosas y predicando su nombre y su divinidad con fervor incansable. Por el contrario, todos cuantos aborrecen y persiguen nuestra fe, dirigen sus tiros contra la sacratísima persona de Cristo, pues harto conocen que si les fuera posible borrar de la mente de los fieles la fe en la divinidad de Jesús, todo el edificio sobre El fundado se derrumbaría ins-

tantáneamente. Por esta causa, todo el empeño de los enemigos de nuestra fe, estriba en negar la divinidad de Jesucristo, pues reduciéndole á la condición de sólo hombre, la Religión por El fundada queda también reducida á una de tantas escuelas, cuyas enseñanzas pueden seguirse ó dejarse, según el capricho de la mudable razón humana.

Contra esta infernal maquinación conviene que fortifiques y animes tu fe en Jesucristo, único Rey y Salvador del mundo, á quien cada día debes amar más y adorar con más ardor. En contra de las blasfemias de tantos enemigos de Jesús, levanta tu voz y proclámalo, como san Pedro, "Hijo de Dios vivo„. Verdadero hombre y verdadero Dios, camino, verdad y vida del mundo, espejo substancial del Eterno Padre, en quien habita corporalmente la divinidad, y mil otros títulos sacados de la sagrada Escritura que prueban que nuestro Señor, Rey inmortal de todos los siglos, después de reconciliar al mundo con Dios por medio de su sangre, está sentado á la diestra de su Eterno Padre. Pero para proceder con algún orden en lo que tanto te conviene saber y creer, considera cómo la fe te enseña que Dios, uno en esencia é infinito en todas sus perfecciones es trino en personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Hijo procede del Padre desde toda la eternidad como espejo é imagen substancial suya, por el conocimiento: el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, por el amor. Las operaciones divinas de estas tres personas distintas en una misma esencia pueden manifestarse con estas palabras: Dios se conoció y se amó desde toda la eternidad. Y ese es Dios, Uno y Trino. Te enseña, además la fe, que la segunda de estas tres divinas Personas se hizo hombre para redimir á los hombres de la pena en que habían incurrido en la persona de Adán, porque siendo el pecado infinito en su malicia, sólo un Hombre-Dios que pudiese padecer y merecer infinitamente, lo podía satisfacer. Pues por eso dice

san Juan: "que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.„

Ahora bien, si consideras esta verdad de fe, no podrás menos de deducir de ella que siendo el Verbo, como es, Dios desde la eternidad, no podía dejar de serlo después de su encarnación porque lo eterno no tiene principio ni fin, y si el Verbo es Dios y esto por el dogma de la santísima Trinidad, no admite la menor sombra de duda, Dios sigue siendo después de haber tomado nuestra humanidad, sin confundirse con esta ni dejar de ser lo que era durante toda la eternidad. Lo mismo prueban mil lugares del Evangelio, prescindiendo del Antiguo Testamento: "Yo y el Padre somos una misma cosa„, palabras que trajo Jesús para probar su divinidad y que en ese sentido entendieron los judíos, que por ellas le quisieron apedrear porque "se hacia Dios.„ A Jesucristo N. S. llámale san Juan (1): "Verdadero Dios y vida eterna.„ San Pablo (2): "Dios bendito por todos los siglos.„ Santo Tomás apóstol, lo llamó: "Señor mío y Dios mío„, y en su muerte, al admirar cómo toda la naturaleza lloraba á su Creador, los mismos sayones le confesaron "verdadero Hijo de Dios.„ No necesitas más pruebas para confirmar tu fe en Jesús tu Salvador. Levanta, pues, la voz y defiende su divinidad ante los amigos y enemigos, y cayendo de rodillas adora su divina persona y di de lo íntimo de tu alma, con el ciego del Evangelio: "Creo, Señor, que tú eres el único y verdadero Salvador del mundo.„

PUNTO II

De otras pruebas de nuestra fe certísima en la divinidad de Jesucristo.

Considera que la falsa imputación que los escribas y fariseos de la ley antigua y los impíos de los tiem-

(1) Joann., 5-20.—(2) Rom., 9-5.

pos modernos, hicieron y hacen á Jesucristo, de haberse atribuido una divinidad de que, según ellos, carece, está desmentida por la misma Sagrada Escritura. Ya á Adán le fué prometido un Redentor y como la ofensa hecha á Dios por aquel era infinita, en atención á lo infinito de la Majestad ofendida, infinita tenía que ser la satisfacción y por tanto, sólo un Ser infinito podía darla cumplida y proporcionada á la magnitud del agravio. No de otro modo sucede cuando la bandera de una nación es objeto de un insulto. Aunque sean unos cuantos miserables los que tal injuria hicieron, para desagraviar al rey de la nación ofendida, el rey de quien son súbditos los ofensores, se ve obligado á dar la satisfacción exigida.

Lee en los libros santos cómo Jesucristo afirmó que Abraham había deseado verle y que habiéndole visto por revelación, se regocijó su alma. Y á los que le arguyeron diciéndole que cómo podía ser eso si aun no tenía cincuenta años y Abraham había dejado de existir hacía siglos, les replicó Jesucristo: "En verdad os digo que antes de que Abraham fuese creado ya existía yo.„ Y como esto no podía referirse á su humanidad sacrosanta, preciso era que se refiriese á su divinidad, que desde la eternidad existe.

Para desvanecer, pues, la blasfemia de los impíos, no ya con la luz de la fe, sino con las enseñanzas de los libros santos, en cuanto son verdaderísimamente históricos, recorre los del Antiguo Testamento y en ellos verás anunciada, miles de años antes, la venida del Mesías con señales que convienen únicamente á Jesucristo. Según ellos, el Mesías había de ser Dios y hombre á un tiempo, hijo de Dios y de David. Había de nacer en Belén de Judá, de una Madre siempre Virgen, y cuando el cetro de David hubiera pasado á manos extranjeras; en su cuna le adorarían reyes que le ofrecerían oro, incienso y mirra; su nacimiento daría ocasión á que se diera muerte á todos los niños de Belén; se anuncia también su huída

á Egipto, su pobreza, su mansedumbre, su predicación, precedida de la de un precursor, sus milagros, y todas las circunstancias de su Pasión y muerte. Su resurrección, la ruina del templo de Jerusalén, la eterna dispersión del pueblo judío, fué igualmente anunciada con una precisión tal, que, cotejando los libros del Antiguo Testamento y la vida de Jesucristo contenida en los Evangelios, se ve que á nadie más que á El corresponden las señales que los Profetas dieron del Mesías.

Y no cabe dudar ni aun de la autenticidad de los Evangelios en que se relata la vida de N. S., pues fueron escritos y predicados cuando aún vivían los contemporáneos de Jesucristo, considerado como hombre; y aun los judíos y los paganos, que daban muerte cruel á sus autores, no osaran desmentirlos, porque lo que narraban era público y su verdad estaba comprobada con miles de testigos presenciales.

Considera asimismo que, entre esos testigos, todos los que fueron requeridos para dar su testimonio, no sólo lo dieron, sino que lo sellaron con su sangre, y á testigos que se dejan matar antes que desdecirse, hay que creerlos, so pena de estar nosotros sin juicio. ¿Y qué dijeron esos testigos? Todos ellos que Jesucristo era el Verbo de Dios vivo, es decir, Dios y hombre, Salvador y Redentor; y esa fe predicaron por toda la tierra, y no sólo después de la resurrección, sino que hubo quien lo declaró en vida de Jesucristo. Así san Pedro, el príncipe de los Apóstoles, cuando fué preguntado por Jesucristo en Cesarea, dijo aquellas hermosas palabras: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo„. Divina confesión, que encierra cuanto acerca de la augusta persona de Cristo puede decirse. ¿Qué prueba puedes encontrar que tenga mayor fuerza que este testimonio dado ante Jesús por los mismos que le seguían más de cerca, y que, por tanto, se hallaban en mejores condiciones que otros para conocer íntimamente á su divino Maestro?

Dudar, pues, de la divinidad de Jesucristo, no es sólo una herejía y una blasfemia. Es, además, una deplorable y voluntaria ceguedad, pues nada hay tan demostrado como que Jesucristo es el Verbo Hijo de Dios vivo, y Dios, por consiguiente, segunda persona de la santísima Trinidad.

PUNTO III

La augusta persona de Jesucristo, prueba su divinidad.

Considera la desproporción que existe entre los resultados de la obra llevada á cabo por Jesucristo, y los medios que empleó para realizarla. Jesús, como hombre, no era ningún rey poderoso, ni ningún opulento magnate, ni un guerrero á cuya voz millones de soldados desenvainasen las espadas para conquistar al mundo. Pertenecía, sí, por su Madre la Virgen María, y por su Padre legal el patriarca san José, á la regia extirpe de David; pero su reino estaba en poder del extranjero, y los que le representaban se hallaban reducidos á la humilde condición de pobres artesanos. Nació en un establo, en medio de las mayores estrecheces, y durante los primeros treinta años de su vida hubo de ganarse el sustento con el trabajo de sus manos, como el más obscuro menestral. Su séquito se hallaba formado por unos pobres pescadores, gente sin instrucción ni influencia humana, y, no obstante esta flaqueza de medios materiales, combatió y venció al paganismo que reinaba en el mundo, y sobre la corona de los soberanos de la tierra colocó la cruz que le había servido de patíbulo.

¿Y cómo venció? No entrando triunfante en los alcázares de los reyes como conquistador, sino sufriendo más que mortal alguno y muriendo en una cruz entre dos ladrones. ¿Podría, quien así vivió y murió, haber dejado un solo prosélito entre los que le conocieron? Pues Jesucristo dejó millones de adoradores que extendieron su nombre por toda la tierra, y esto no por un breve espacio de tiempo, sino en el curso de

los diecinueve siglos que van transcurridos desde su muerte. ¿Quién, sino un Dios, pudiera hacer tan estupendo milagro? Pasaron los más poderosos imperios, y el crucificado vive en la fe y en el amor de millones de almas que creen en El y lo adoran, y su nombre llena el mundo y está siempre en los labios de centenares de millones de seres que le bendicen. ¿Dónde están los partidarios de ninguno de los grandes caudillos y monarcas que en otros tiempos dominaron y admiraron al mundo? Murieron hace muchos siglos, y ya esos nombres, ni para el amor ni para el odio significan nada en el mundo. Quien así, y por esos medios, ha logrado vencer, salvar al mundo y ser adorado en la cruz, tenía que ser Dios verdadero.

Mira, además, los mártires y los santos, que no han cesado de florecer desde la muerte del Salvador del mundo. Los grandes hombres, según la carne, tuvieron quien les sirviese, mientras la esperanza de ser favorecidos, les proporcionaba partidarios. Pero, ¿quién los sirve ahora? Nadie; porque de los muertos, pasado algún tiempo, nadie se acuerda. En cambio hoy, como en los tiempos apostólicos, hay miles de seres que dan su sangre por confesar á Jesucristo, como sucede ahora mismo en las misiones del África y del Asia; hay otros que renuncian á los atractivos de la carne, al lujo, á la hermosura, á todos los regalos y vanidades del mundo para mejor amarle y servirle, y hoy, como en los primeros siglos de la Iglesia, miles y miles de almas santísimas se consagran á El, que es fuente y manantial de una pureza, de un espíritu de sacrificio, de una santidad que sólo Dios puede inspirar. ¿Es posible que un puro hombre sea capaz de realizar esos portentos? No; sólo Dios es capaz de inspirar y de sostener siglos y siglos ese amor y ese fervor que engendra vírgenes, mártires y santos, so pena de poder decir que Dios puede permitir que vivan en la ilusión y el engaño las almas más puras del mundo.

Considera, por último, que Jesucristo dijo de sí mismo que era Dios, con palabras clarísimas, en cuantas ocasiones juzgó conveniente decirlo, y que por ello murió en una cruz. Y, una de dos: ó dijo la verdad, ó se engañó y trató de engañar á los hombres. Si dijo la verdad, como ciertísimamente la dijo, no hay que pasar más adelante, sino creerle firmísimamente hasta morir, adorarle, obedecerle, amarle. Suponer que se engañó sería lo mismo que afirmar que era un iluso y un loco; pero esto es una indigna aberración, pues ni el deseo de ser grande llega á esos extremos, ni las obras y doctrina de Jesús, llenas de sabiduría, consienten que se le tenga por iluso. ¿Es que fué un impostor? ¿Él, el más puro, el más santo, el más adorable de los hombres, según sus propios enemigos? ¿Y qué podía ganar con su impostura? Porque se explica que un hombre engañe á otros para procurarse bienes temporales. ¿Mas para morir en un patíbulo, objeto de la execración de las gentes? Ni aunque Jesucristo hubiera tratado de hacerse soberano temporal, tenía necesidad de ser impostor; bastábale con declarar su extirpe, que era regia, como descendiente de David. pero bien claro lo dijo: "Mi reino no es de este mundo„. ¿Y para fingir que era soberano de un reino que, no siendo Dios no podía regir, había de resignarse á padecer los tormentos que sufrió y la cruel muerte que le dieron? ¿Quién es capaz de llevar la impostura á semejante extremo?

Y nada decimos de sus milagros, ni de su vida santísima, ni de su purísima doctrina defendida por lo más sabio y practicada por lo más santo del mundo, ni de su resurrección que fué la resurrección del mundo, de la verdad, del bien y de toda virtud. Basta con lo que has meditado para que tu fe se afirme más y más y ames cuanto puedas al divino Salvador de los hombres.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! Creo en Ti, te ado-

ro y te amo, pero aumenta mi fe. Que mis obras se conformen con ella y sean dignas de Ti. Dame el valor de confesarte delante de los hombres para que Tú me confieses delante de tu Padre.

Propósitos.—No leer libros, ni tratar con personas que puedan poner en peligro la fe que es el mayor bien de la tierra.

12 DE JULIO

Del amor ardentísimo á nuestro Señor Jesucristo, como fruto de la fe viva en su divinidad.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Para amar ardientemente á Jesucristo, hay que aprender á conocerle.

Considera cuán profundo es el pensamiento de san Agustín al afirmar que el hombre se convierte en el objeto á quien ama. "¿Amas la tierra?, dice. Pues eres tierra. ¿Amas á tu Dios? ¿Qué cosa te diré? Eres Dios." Esta es la razón de que, viniendo el hombre como á transformarse en el objeto amado, toma de él la nobleza ó la infamia. De lo cual se infiere que, aunque el amor reside en la voluntad, su fundamento estriba en gran parte, en aquel acto del entendimiento, por el que se conoce la cualidad loable del objeto, hacia el que uno se siente inclinado por el amor. Disponerse, pues, á amar un objeto sin conocer en él algunas dotes de bondad, de hermosura ó de gracia, es materialmente imposible, pues sólo cuando se halla en él alguna ó varias de dichas dotes, es cuando los sentidos mueven el corazón.

Eso mismo sucede respecto al amor de Jesucristo. El alma debe, ante todo, conocer las dotes singulares que le adornan, para pasar luego á dar libre curso á los afectos de su corazón. San Pedro confesó á

Cristo, Hijo de Dios vivo, y por eso le amó más que todos, porque su fe era más viva y encendida que la de los demás apóstoles. Mas ¿quién será capaz de llegar á profundizar la inmensidad de las perfecciones que se encierran en Cristo? Abismo es sin suelo de divina é increada sabiduría, donde se encuentra la razón, el arquetipo y ejemplar primero de todas las cosas que fueron pensadas en los eternos designios; abismo de poder, donde se encuentra la razón de cuanto se ha hecho y de cuanto es posible hacer, pues todo ha sido hecho por el Verbo; abismo de bondad, donde reside la fuente de que manan todos los bienes; abismo de amor, que después de haber unido en sí mismo las personas divinas, unió al cielo con la tierra.

Imposible es pensar en todo esto sin desfallecer de amor y de gratitud. Limítate, pues, á contemplar la sacratísima humanidad de N. S. Jesucristo, y considera la inconmensurable belleza de aquellos ojos que brillan más que todos los soles; aquella frente, más serena que el cielo; aquel rostro, en quien, como dice san Pedro, se miran eternamente sin cansarse jamás los ángeles, y sobre todo, aquel Corazón divino, que palpita de amor por ti. Piensa en sus palabras de vida eterna, en sus obras de salvación para el mundo, en su conversación santísima, en la gracia y en la dignidad que en todo su ser resalta por su unión con la persona del Verbo; y cuando todas estas y otras infinitas cosas que la fe te enseña acerca de Jesucristo, hayan reflejado en tu mente una imperfectísima imagen de tu Salvador, da rienda suelta á los afectos de tu corazón, porque de este conocimiento brotará súbitamente el amor de complacencia, como el fruto del árbol que lo produce. ¿Qué hace un hijo que tiene un padre, revestido de alta dignidad, y objeto de la admiración del mundo por su talento, por su mérito ó por su virtud? Gozar en su interior y mostrarse orgulloso de tener tal padre. ¿Qué hace

una esposa, á quien ha tocado en suerte un esposo ilustre, por su gloria militar, ó por su celebridad en el foro, ó por su dignidad en la corte? ¡Con cuánta complacencia habla de su esposo! Por poco que una persona ame á otra, esta complacencia es tan natural que no puede disimularse. Eso mismo debieras sentir respecto de Jesús. Las dotes maravillosas que le adornan; la dignidad á que fué elevada su humanidad sacrosanta; la victoria que alcanzó sobre el infierno y el pecado; la gloria que con esto dió á la Trinidad augustísima; la recompensa que le colocó á la diestra del Padre; las alabanzas que recibe de los ángeles y santos del cielo; la gloria que recibe de la Iglesia en toda la tierra; el terror que su nombre produce en los abismos infernales, todas estas y las demás é innumerables grandezas de Jesús, ¿no son motivos más que suficientes para que te regocijes en El?

Poseyéndolo El todo, nada puedes darle, y sólo te queda para demostrarle tu amor gozar con su dicha y recrearte con su grandeza. Y tanto agradece Jesús estas complacencias, que se dignó decir á santa Gertrudis que cuantas veces la veía complacerse en su grandeza, consideraba á ésta como si de dicha santa la hubiera recibido.

PUNTO II

Debemos amar á Jesucristo sobre todas las cosas.

Considera que, lejos de ser estéril ese sentimiento de complacencia que experimentan las almas santas al contemplar las grandezas de Jesús, conduce como por la mano al amor divino más esencial y puro que hay, esto es, al que consiste en preferir á Cristo á todos los bienes creados. ¿Y cómo no ha de suceder así? Quien quiere dará Jesucristo todo lo que él posee y las adoraciones de cielos y tierra, ¿cómo no ha de querer darle lo poquísimo que posee y anteponer á Jesús á todas las cosas de la tierra? De dos maneras, dicen

los santos doctores, podemos amar á Dios con amor de ternura, y con amor de preferencia. Bueno es el primero y lleno de suavidad, pero no siempre está en la mano del hombre el experimentarlo, pues Dios, en su Providencia, suele negar aun á corazones muy puros y santos la mayor parte de las veces este afecto tierno y sensible, para que las almas se conformen mejor con Jesucristo crucificado, y adquieran valor, ya lo conceda ó lo niegue, para adelantar en el camino de la virtud y de la santa cruz. Pero el amor de preferencia, contando con la ayuda de Dios, siempre está en tu mano y ha de ser en ti constante durante todos los años de tu vida, porque es el amor que reconoce á Jesús como es, y no puedes sin gravísima afrenta desconocerlo.

Para que así lo comprendas, has de considerar que Jesús es el sumo bien, todo el bien, y que comparados con él, son bienes incompletos, bienes viles y bienes abyectos todas las cosas creadas. Preferir estos bienes á Jesucristo, es hacer grave ofensa á su Majestad infinita, el mayor insulto que la criatura pueda inferir á su Criador. Una gran guerra, escribe san Juan en el *Apocalipsis*, se encendió en el cielo; san Miguel y sus ángeles combatían contra el dragón, y el dragón y los suyos se resistían. El motivo de esta lucha era que Lucifer y sus secuaces se amaban á sí mismos más que á Dios, con un amor que ultrajaba á la Majestad divina; y como el arcángel san Miguel no podía sufrir que otro osara compararse con Dios, exclamó: "¿Quién como Dios?„

Esta misma lucha es la que viene perpetuándose en la tierra. El amor de preferencia á Dios nos libra de esta culpa, dando al Señor la gloria que le pertenece. Debes, pues, amar á Jesucristo sobre todas las cosas, observando sus divinos preceptos, aunque esto te cueste violentar tus pasiones y sufrir la persecución de los seguidores del mundo. Por conservar intacta la fe que debes á Jesucristo, serás llamado

supersticioso, imbécil é hipócrita; por obedecer á sus leyes, serás escarnecido con los nombres de beato y de fanático; por guardar la honestidad, la pureza y la modestia mandadas observar por Jesús, serás tenido por estúpido y escrupuloso, y en una palabra, todo cuanto hagas por su santo servicio, dará pretexto á la impiedad para tenerte por loco ó al menos como persona de corazón apocado.

Nada te importen esas diatribas. El amor de preferencia que debes á Jesucristo se sobrepondrá á esas y otras injurias y hará que prefieras, como los prefirieron los mártires y demás santos, todos los males de la tierra, teniendo á Jesús, á todos los bienes miserables y perecederos de esta vida, sin El.

Muchos cristianos hay, por desgracia, que no cumplen con este precepto divino de amar á Jesucristo sobre todas las cosas, y unos le posponen á las criaturas y otros á sí mismos. Hay quien por adquirir un menguado honor mundano, sacrifica á Jesús en el altar que ha levantado á la ambición; otros le sacrifican por adquirir un poco de dinero; otros á la vanidad; éstos á la sensualidad y aquellos á la cobardía del respeto humano porque tienen en más la opinión del mundo que el amor que deben al Salvador.

No los imites tú; antes al contrario, sigue las huellas de aquellas almas generosas, que no sólo antepusieron á Jesús á todo lo creado, sino que renunciaron á todo otro amor que no fuera su divino amor. Procura, como esas santas almas lo hicieron, ya que otra cosa no puedas, evitar en cuanto esté en tu mano que se le ofenda, que se le blasfeme, que se quebrante su ley y darle cuanta gloria seas capaz de ofrecerle por ti mismo ó por las personas que te rodeen.

PUNTO III

La recompensa que se obtiene amando á Jesús.

Considera que según el dicho de san Bernardo, el amor divino no necesita premio. Su acto es amar, su

fin amar, y en el amar halla su recompensa y por el amor que profesa no quiere más que aumento de amor. Y así es verdaderamente y de ello te persuadirás, si meditas la vida de todos los que han amado fervorosamente á Jesús. Todos ellos están de acuerdo con san Ignacio de Loyola, cuando decía: "Dame, Señor, tu amor, y esto me basta para ser suficientemente rico„. Jesús, sin embargo, cuya generosidad es inagotable, colma de bienes á los que le aman, en el tiempo y en la eternidad.

En el tiempo presente, el amor de Jesucristo es el más dulce consuelo que pueda tenerse en la tierra. Porque ¿qué significan los males, de enfermedad, de persecución, de pobreza, de infamia, de muerte, para un alma que de verdad ama á Jesús? Todos ellos los recibe de la mano de Jesucristo como prendas de amor y de semejanza con El y tienen, por tanto, el valor de bienes infinitos y de tesoros de méritos para el cielo. Los lleva en compañía de Jesús que está al lado de los que sufren y halla en ellos una prueba de que Jesús le ama, de que pertenece á El y los mira como una esperanza de que le pertenecerá en la eternidad.

Medita á este propósito las vidas de los santos y hallarás en ellas maravillosos ejemplos de penas toleradas, de persecuciones sufridas y de asaltos del poder infernal resistidos, insoportables, para las almas vacías del amor divino, pero convertidos por aquellos escogidos siervos del Señor en manantial perenne de delicias. ¿De qué modo se les representaba Jesús viniendo en su ayuda y cómo Jesús inundaba de claridad sus entendimientos y de gozo inefable sus corazones! ¡Y cuántas veces se veían obligados á apartar á Dios de su pensamiento por algunos instantes por no poder resistir el fuego de su ardiente caridad!

Sólo con que obtuvieras tú esa altísima recompensa en premio de tu amor á Jesucristo, verías cuánta tranquilidad inundaría tu espíritu, qué confianza ten-

drías en todos los peligros, y qué esperanza llenaría tu alma de adquirir los bienes eternos. Y sin embargo, toda esta felicidad, no es otra cosa que un preludio de lo que tendrás en la patria celestial, si perseveras en el amor de Jesús. Allí la obtendrás completa, porque allí solamente, puede ser convenientemente recompensado por Jesús, el amor que le profesan sus escogidos. Porque ahora sólo lo ves con el pensamiento y en imagen, pero entonces lo verás tal como es en sí mismo. Y no sólo lo verás sino que lo abrazarás en un abrazo maravilloso que será una verdadera posesión. ¿Y por cuánto tiempo? Por toda una eternidad y con un mismo amor, siempre uno y siempre infinito en su variedad. Porque del amor de la humanidad pasará el alma al de la divinidad y con el Verbo de Dios, hallará al Padre y al Espíritu Santo que son con El una misma esencia. Y por el interminable piélago de aquel infinito amor, pasará el alma de abismo en abismo. Abismo de sabiduría, abismo de bondad, abismo de poder, abismo de misericordia, abismo de amor á que dará acceso el amor.

Coloquio.—¡Jesús, Dios mío, mi alma desfallece pensando en tanta felicidad! ¡Dichosas las almas que te aman, pues gozan ya de su cielo anticipado! Nada, ni la muerte ni la vida, ni la cruz ni los trabajos los pueden separar de Ti. Que yo te ame, Señor, pero con amor firme, práctico, de sacrificio y de esperanzas, como te amaban los santos, como Tú me has amado á mí.

Propósitos.—Decir el *Suscipe, Domine; Tomad, Señor, y recibid* de san Ignacio con el corazón y con las obras.

13 DE JULIO

De la fundación de la Iglesia con todos los medios necesarios para la salvación, y cuán soberano sea este beneficio.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. diciendo al apóstol san Pedro aquellas palabras: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», y pide á Dios amor vivo y adhesión inquebrantable á la Iglesia nuestra madre.

PUNTO I

De la bondad de Dios para con los hombres en el establecimiento de la Iglesia.

Considera cómo Dios N. S., con su infinita sabiduría, edificó en medio de este mundo una casa para sí, y un puerto de refugio y de salvación para nosotros, poniendo en él un faro luminoso para que á él acudan todas las gentes. Ese puerto de salud es la santa Iglesia, provista con admirable providencia de todos los medios necesarios para la salvación de todos los que viviesen en ella. La fundó Jesús para que se librasen los hombres en ella de las dos mayores miserias que puede haber en esta vida y en la otra, que son pecado é infierno, y alcanzasen las dos felicidades contrarias, que son gracia y gloria. La grandeza de esta bondad de Dios se puede ponderar por la del fin á que se ordena esta Iglesia, que es la gloria del mismo Dios, y de Jesucristo N. S., y para que fuese en la tierra su especial morada, donde habitase y conversase con los hijos de los hombres, y para que los mismos hombres pudiesen alcanzar la vida eterna.

Considera que pues el fin es el más alto que puede darse, también lo serán los medios y la providencia de Dios en disponerlos para tal fin. Porque si es tan grande y admirable la providencia que tiene del hombre cuanto á lo natural de su cuerpo y vida temporal, ¿cuánto mayor y más admirable será la que tiene

del mismo cuanto á lo sobrenatural de su alma y vida eterna? Y quien de tantos medios le proveyó para conservar la vida del cuerpo, que hoy es y mañana perece, ¿cuánto más le proveerá para granjear y conservar la vida espiritual del alma, que nunca ha de perecer? Sin duda cuanto excede el espíritu á la carne y lo eterno á lo perecedero, tanto excede una providencia á otra. Así, todo el cuidado que tiene Dios N. S. del cuerpo y de la vida temporal y los medios que nos han dado con su providencia para conservarla, es en orden al alma y á la vida eterna; y en comparación de este cuidado, ese otro es muy pequeño. Y por esto dice el Sabio, que la divina Sabiduría cuida de los escogidos con toda providencia, porque en ésta se encierra toda su perfección. Por lo cual he de dar muchas gracias á nuestro Señor, reconociendo mi indignidad y la grandeza de este beneficio, diciéndole lo que dijo Tobías al ángel: "¡Oh Padre amantísimo, aunque me entregue por tu esclavo, no será paga digna de tu grande providencia!„; yo me ofrezco de ser tu perpetuo siervo, pues con tu providencia me gobiernas como á hijo.

PUNTO II

De los medios que Dios ha puesto en su Iglesia para salvación del hombre.

Considera en segundo lugar, los admirables medios que la divina providencia ha puesto en la Iglesia fundada por Cristo N. S. para nuestra salvación, reduciéndolos á siete, como siete columnas fortísimas y hermosísimas de esta casa. El primero, es la verdadera fe y conocimiento del verdadero Dios y del Medianero y Redentor que nos dió, que es su Hijo Jesucristo, cuyo conocimiento es principio y fundamento de la vida eterna, "porque sin esta fe es imposible agradar á Dios„, y sin el nombre de este Señor no hay salud debajo del cielo. El segundo medio es, darnos una ley santísima; en la cual están todos los

mandamientos de las cosas necesarias para entrar en la vida eterna, y todos los consejos que nos pueden ayudar para alcanzarla con seguridad y perfección. El tercero es, instituir una religión observantísima con los sacrificios y ceremonias exteriores, ordenadas á la honra y culto del verdadero Dios, y aunque la Iglesia antigua tenía un templo con muchos sacrificios, ahora esta santa Iglesia tiene muchos templos con un solo sacrificio, que vale infinitamente más que todos los otros, porque en él se ofrece el mismo cuerpo y sangre del Redentor. El cuarto medio es, la divina institución de siete Sacramentos ordenados para remedio y medicina de nuestros pecados, entre los cuales uno es mesa del mejor pan y vino que Dios nos pudo dar para nuestro sustento. Y todos siete son como siete columnas exteriores en que estriba la grandeza y firmeza de esta casa. El quinto es, la práctica de siete virtudes verdaderas y sólidas: fe, esperanza y caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza; y siete dones del Espíritu Santo, que son como siete columnas interiores en que estriba la santidad y hermosura espiritual de este edificio. El sexto es, darnos promesas ciertas de la vida eterna y de los premios que en esta vida y en la otra se dan á los que viven dentro de esta casa. Y juntamente terribles amenazas de infierno, y castigos horrendos que en esta vida y en la otra se dan á los que viven fuera de ella, ó en ella no viven como deben.

El séptimo medio es la divina Escritura, en que están reveladas todas las cosas que se han dicho, y es como una mesa regaladísima para sustento de las almas, las cuales, con la fe y verdades que allí están escritas por revelación de Dios, se sustentan, consuelan y alientan hasta alcanzar la vida eterna. Ponderando estos siete medios que la divina Providencia ha trazado para nuestra salvación en la casa de su Iglesia, y mirándome á mí dentro de ella como morador, que puedo gozar de todos para salvarme, glo-

rificaré á este Señor por tan soberana merced como me ha hecho, diciéndole: Alábente, Señor, los ángeles del cielo por estos siete medios que, para mi salvación, me has dado en la tierra. Y pues me has hecho por tu gracia morador de esta casa de salvación, concédeme que goce de sus bienes, viviendo de tal manera, que llegue á ser morador de la casa que tienes en el cielo.

PUNTO III

Que fuera de la Iglesia de Cristo no hay salvación.

Considera cómo esta Iglesia y casa de Dios vivo, no es más que una en todo el mundo, en la cual pueden salvarse todos los que se aprovecharen de sus gracias y medios, y fuera de ella todos, infaliblemente, se condenarán. De suerte que, como en tiempo del diluvio no hubo más que un arca, y todos los que se quedaron fuera de ella perecieron, y los que entraron se salvaron, así ahora no hay más que una Iglesia, una fe, una religión, una ley, unos sacramentos y sacrificios, una Escritura Sagrada y unos medios de nuestra salvación; así como no hay más que un Dios, un Criador y Santificador, un fin último de todos y un Medianero de todos; y siendo una la cabeza, no ha de ser más que uno el cuerpo místico, que es la congregación de los fieles que creen y profesan las siete cosas que se han dicho; y todos los infieles, en cualquiera otra ley y secta que vivan, serán condenados para siempre. Por eso Cristo N. S. al fundar sobre Pedro su Iglesia la hizo visible para que á ella puedan acudir todos, y la adornó con sus cuatro notas de unidad en la fe y jerarquía bajo una cabeza, de santidad en su doctrina y sus miembros, de catolicidad en su extensión y de apostolicidad en la sucesión legítima y no interrumpida en sus Pontífices desde san Pedro, para que no se pueda confundir con las falsas sectas á todas las cuales les faltan esas notas tan maravillosas que distinguen á la Iglesia de

Cristo. De modo que el que en ella no entra, por culpa suya, se hace reo de ceguedad voluntaria y, por consiguiente, de eterna condenación.

Y de aquí también es que, como el arca de Noé no tenía más que una puerta, así para entrar en la casa de la Iglesia hay una sola puerta, que es Cristo N. S., y su fe profesada por el santo Bautismo. Con esta consideración ponderaré más la grandeza del beneficio que Dios me ha hecho, entrándome dentro de esta arca, dejando fuera de ella innumerables infieles que perecen en el diluvio de la infidelidad, y aun entre cristianos muchos niños no alcanzan esta dicha, porque mueren sin aplicarles el Bautismo; y con no desmerecerlo éstos más que yo, ni yo merecerlo más que ellos, quiso la divina Providencia librarme de estos peligros, y que recibiese el beneficio del Bautismo, haciéndome Dios por pura gracia su hijo antes que supiese llamarle Padre.

Coloquio.—¡Oh Padre amantísimo! ¿Qué gracias te daré por este tan soberano beneficio? Antes que yo supiese escoger el bien y reprobar el mal, me quitaste la culpa y me justificaste con tu gracia, para que supiese reprobar lo malo y escoger lo bueno; aún no sabía hablar, cuando tu omnipotencia destruyó en mí la fortaleza del pecado y del demonio, echándole de la posesión que había tomado desde el día en que yo había sido concebido. Consérvame, Señor, en tu Iglesia militante, peleando de tal manera que llegue á gozar de Ti en la triunfante por todos los siglos.

Propósitos.—Dar mil veces gracias á Dios por el beneficio de la vocación á la fe, y vivir de modo que no merezcas perderla y ser echado del corazón de Cristo y de su Iglesia.

14 DE JULIO

De la vocación de Dios para entrar en la Iglesia y recibir la gracia de la justificación.

Preludios.—Mira á la Iglesia como un arca de salvación en el diluvio de errores y pecados del mundo, y pide al Señor vivísima fe y amor inquebrantable á la esposa de Jesucristo.

PUNTO I

Cuántas y cuán preciosas son y dignas de estima las inspiraciones de la gracia.

Considera cómo la vocación á la fe es una inspiración ó ilustración del Espíritu Santo, con la cual toca el corazón del pecador, y de pura gracia, le previene, despierta y ayuda para convertirse, y alcanzar la gracia de la justificación, de tal manera que sin ella no puede por sus propias fuerzas, ni entrar en la Iglesia, ni salir de pecado. Por esto dijo Cristo N. S., que ninguno podía venir á él, si su Padre no le trajese; y como Lázaro cuando estaba muerto en el sepulcro, se quedara muerto hasta convertirse en polvo, si la voz de Cristo no le llamara diciéndole "sal á fuera„, así yo para siempre me quedaré muerto en mis pecados, si la voz de la divina inspiración no me llama y ayuda á salir de ellos.

De aquí es, que la divina vocación é inspiración es único instrumento del Espíritu Santo, para todos los medios de nuestra santificación. Ella nos trae del cielo el don de la fe, sin la cual no es posible agradar á Dios; y la virtud de la esperanza, por la cual entra la salud, y el espíritu de temor que comienza á echar fuera el pecado, y el dolor de la contrición que quebranta el corazón por haberle cometido, y el fuego de la caridad que consume la escoria de nuestras culpas, y el resplandor de la divina gracia que nos purifica y limpia de faltas. Ella es la semilla para ser

engendrados en el ser de hijos de Dios por el Bautismo; y si le perdemos, es semilla para recobrarle por la Penitencia. Y este beneficio se nos da sin merecimientos nuestros, conforme á lo que dice san Pablo: "Dios nos llamó con su santa vocación, no por nuestras obras, sino por el beneplácito de su voluntad, y por la gracia que nos hizo por Jesucristo„. ¡Oh Dios eterno, gracias te doy por esta inmensa liberalidad de tu amorosa providencia, con la cual nos envías del cielo lo que nos trae las dádivas buenas y los dones perfectos! Si Tú no me llamaras, nunca resucitara de la muerte, y si su inspiración no me previniera sin merecerlo, ya estaría yo pagando la pena que merecía. Y pues por tu sola misericordia me llamaste, por ella te suplico me ayudes para que responda dignamente á tu santo llamamiento.

PUNTO II

De los medios maravillosos con que la gracia llama á los hombres á salvarse y santificarse en el seno de la Iglesia.

Considera los medios maravillosos por donde nuestro Señor encamina la vocación de los hombres. A unos llama por medio de los predicadores ó confesores, ó por pláticas y conversaciones con personas devotas; á otros por lección de buenos libros, ó viendo algunos buenos ejemplos. A unos trae por adversidades y trabajos; á otros por prosperidades y beneficios. A unos llama por caminos ordinarios, dejando ir las cosas por su curso natural, y de los sucesos saca ocasiones para convertirlos, á otros llama por medios extraordinarios y milagrosos, usando de su omnipotencia para reducirlos, porque son increíbles las fuerzas del amor cuando se junta con el poder. Y como Dios ama infinitamente á los hombres, el amor mueve á la omnipotencia para que los llame y traiga, con modos maravillosos á su servicio. Y apli-

cando esto á mí mismo, ponderaré el soberano beneficio que Dios me ha hecho, en que habiendo caído en graves pecados, me ha llamado á penitencia por mil vías. Unas veces cercando mis caminos con espinas y abrojos de adversidades para que me volviese á El; otras veces trayéndome con cadenas de beneficios, y otras veces con inspiraciones repentinas, trayéndome á la memoria la muerte, juicio, infierno ó gloria, y aunque muchas veces le he dado con la puerta en los ojos, y otras veces después de admitido le he echado de mi posada, El se ha quedado á la puerta para tornar á llamar, hasta que le tornase á abrir para darme su gracia y amistad. ¡Oh Padre amorosísimo!, ¿qué gracias te podré dar por este cuidado que de mí has tenido? Bendita sea tu misericordia que así ha solicitado á tu providencia, por la cual te suplico lleves adelante lo que has comenzado para que alcance la vida eterna.

Lo segundo, mira cómo no hay hombre en el mundo á quien nuestro Señor no llame por un camino ó por otro, porque todos los hombres, de cualquier secta que sean, y en cualquier lugar ó rincón del mundo que vivan, están debajo de su soberana providencia, y como el Sol de justicia, Cristo, nació para todos, y la lluvia de su doctrina bajó del cielo para todos, y para todos edificó la casa de la Iglesia, y puso los Sacramentos que hay en ella, así á todos llama, ya por el dictamen de la lumbre natural, moviéndolos á dejar lo malo y seguir lo bueno, ya por su especial ilustración, alumbrando á todo hombre que entre en el mundo, por el uso de la razón, con deseo de que reciba su divina gracia, y después entre en su gloria. Y porque muchos no conocen este beneficio, hé de glorificar al Señor por haberme traído á mí sin mérito ninguno mío, al seno de mi madre amantísima la Iglesia católica.

Lo tercero, pondera cómo esta providencia dura con todos los hombres por todo el tiempo de su vida,

sin desamparar á ninguno totalmente, ni negarle los medios necesarios para su salvación; antes, como buen Padre de familias, sale á llamar á cada uno en la mocedad, y si entonces resiste, sale otra vez en la juventud y en la vejez. Y cuando está cercano á la muerte, y en cualquier hora y punto que oye su llamamiento, le admite á su amistad. Y aunque á los endurecidos en su pecado suele negar los especiales favores que les ablandarían el corazón, pero no les niega la vocación suficiente y los medios necesarios para su justificación.

De donde sacaré aviso para no desconfiar de la salvación de ningún pecador, por malo que sea, y mucho menos de la mía, por muy caído que me vea, porque yo y todos estamos siempre debajo de la divina providencia que nos tiene á su cargo; y quien hoy es rebelde, mañana quizá será llamado con tanta fuerza como el buen ladrón, que de la cruz y de la cama vaya al paraíso. Pero tampoco he de descuidarme dejándolo todo á la divina providencia, porque si no procuro quitar los estorbos del divino llamamiento, quizá me hallaré burlado, aunque ella no quedará burlada, porque siempre saldrá con el fin principal de su gloria, ó justificándome si consiento, ó castigándome si resisto.

PUNTO III

Razones para corresponder prontamente á las inspiraciones de la gracia.

De todo lo dicho concluiré los varios títulos que me obligan á oir con presteza la divina vocación cuando me llama Dios para salir del pecado y de tibieza, reduciéndolos á seis. El primero, por la infinita grandeza del Señor, que me llama para que le sirva, no por tener necesidad de mí, sino porque yo la tengo de El, y porque en El concurren todas las razones que pueden obligarme á oir su voz, pues no hay cosa más puesta en razón que oir la criatura la

voz de su Criador, el vasallo la de su rey, el esclavo la de su señor, el hijo la de su padre, el enfermo la de su médico, el discípulo la de su maestro y el cautivo la de su Redentor. El segundo título es, por la infinita bajeza del que es llamado á quien le viene muy ancho, que Dios se digne llamarle y servirse de El, mereciendo ser dejado y desamparado en el abismo de sus miserias. El tercero, por la infinita miseria del pecado, de donde Dios quiere librarme, sacándome de un estado que es peor que el mismo infierno, cuanto á lo que es pena. El cuarto, por la infinita grandeza de los bienes para que Dios me llama, pues me convida para recibir la vida de la gracia, la hermosura de las virtudes, la paz que sobrepuja todo sentido, los dones y gozos del Espíritu Santo, y al mismo Espíritu Santo, dador de los dones con prendas de que después me llamará, para gozar de los bienes eternos de su gloria. El quinto, por el modo tan amoroso como me llama, usando de tantos medios interiores y exteriores con que ablandar mi corazón y aficionarme á que le oiga, como si le importara á El lo que me importa á mí. El sexto, por los gravísimos daños que se me pueden seguir si resisto á la divina vocación; pues si me hago siempre sordo á su llamamiento, será cierta mi eterna condenación, como la de los convidados que no quisieron venir á la cena, á quienes dijo que nunca más la gustarían.

En estas seis cosas se descubre también la grandeza de este beneficio, y los que son títulos para oir la divina vocación, son títulos para glorificar á Dios por la merced que me hizo en llamarme, ayudándome para que le oyese.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno, gracias te doy por este soberano beneficio, que por tantos títulos es como infinito! Bendita sea tu providencia de donde mana, y bendita tu omnipotencia que por él tantas grandezas obra. Llama, Señor, con tu santa vocación á todos los hombres que criaste, para que entren to-

dos en la ciudad de tu Iglesia y suban al alcázar de la perfección cristiana y después al de tu eterna gloria.

Propósitos.—No hacerte jamás sordo á los toques interiores de la gracia, y trabajar cuanto puedas por la conversión de los infieles y pecadores.

15 DE JULIO

De la bondad de Jesucristo N. S. en instituir en su Iglesia los siete sacramentos para la justificación de los hombres.

Preludios.—Imagínate la Iglesia como un paraíso amenísimo y lleno de delicias, y cruzado por siete ríos que lo fecundizan y hermosean. Pide al Señor que las aguas purísimas de su gracia, que se comunican por esos canales del cielo, santifiquen cada día más y más tu alma.

PUNTO I

De los fines por los que Jesucristo N. S. instituyó los siete sacramentos en su Iglesia.

Considera la bondad inmensa de Cristo N. S. en instituir al fundar su Iglesia estos siete sacramentos. Brotaron de su corazón como siete ríos de gracias celestiales y los puso en medio de su Iglesia como minas de oro purísimo, á las que acudieran á enriquecerse los hombres. Sin ellos todos pereceríamos y sería inútil su redención. Han sido la obra maestra de su providencia y de su amor.

Considera luego los fines particulares para que la divina Providencia ordenó estos siete Sacramentos dentro de la casa de su Iglesia, discurriendo brevemente por cada uno. El Bautismo es como un vaso de óleo celestial, para sanar la llaga del pecado original. Y demás de esto, nos engendra en un nuevo ser de gracia, para vivir nueva vida en Cristo, en cuyo testimonio los bautizados son ungidos con el óleo para que sean semejantes á Cristo, que quiere decir ungido. La Confirmación se ordena para curar nuestra

flaqueza y fortalecer á los nuevos soldados de Cristo en la fe y gracia que recibieron, ungiéndolos con crisma, compuesto de óleo y bálsamo, en señal de que han de pelear valerosamente contra los enemigos de su Rey y de su ley, dando de sí buen olor de santidad. El sacramento de la Eucaristía se ordena contra la perversa inclinación del amor propio, que va consumiendo la vida del espíritu, y encierra dentro de sí al mismo Cristo, que es médico y medicina, y nos unge con el óleo de devoción y alegría espiritual para conservar y perfeccionar la vida del espíritu. El Sacramento de la Penitencia se ordena para curar las llagas mortales de nuestros pecados actuales y reparar la vida de la gracia que por ellos perdimos, ungiéndonos como el piadoso Samaritano con vino y aceite, para que nuestras heridas queden perfectamente sanas. El sacramento de la Extremaunción todo es vaso de óleo, para ungir al enfermo y curarle las reliquias de los pecados, y fortalecerle para pelear contra el demonio en la batalla de la muerte y disponerle para entrar en la vida eterna. El sacramento del Orden unge con este divino óleo los sacerdotes y ministros de la Iglesia contra la desunión y poca inclinación que los hombres tienen á las cosas de Dios, dándoles gracia para que ofrezcan el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de Cristo N. S. por los pecados de los vivos y difuntos, y administren los demás Sacramentos y remedios necesarios para nuestra salvación. El sacramento del Matrimonio es medicina de flacos para curar las concupiscencias carnales; de modo que los casados, unidos en caridad, sin daño de sus almas engendren hijos que reciban estos Sacramentos y pueblen la Iglesia militante, y después la triunfante.

Ponderando esta traza tan soberana, glorificaré á Dios por el cuidado que ha tenido de proveernos de tantos remedios, tan fáciles y suaves y tan proporcionados para el fin á que se ordenan, diciéndole:

¡Oh sabiduría infinita, "pues alcanzas de un fin á otro con fortaleza y dispones todas las cosas con suavidad!„ gracias te doy por estos siete Sacramentos que instituiste dentro de tu Iglesia, por los cuales me favoreces desde el principio de mi vida hasta el fin de ella, ordenándola con dulzura y eficacia para que gane la vida eterna.

PUNTO II

Sobre la maravillosa excelencia de los Sacramentos.

Considera la excelencia de estos siete Sacramentos cuanto á su eficacia, porque no son como los Sacramentos de la ley vieja, vasos vacíos de lo que significaban, sino llenos de la gracia que significan, causándola en el que debidamente los recibe. De modo que, diciendo el que bautiza: "Yo te bautizo, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo„, en virtud de este Sacramento queda el alma lavada del pecado original y de cualquier otro que tuviere. Y en diciendo el sacerdote: "Yo te absuelvo de tus pecados„, queda el pecador libre de ellos, recibiendo la gracia de la justificación. Y demás de esto, hacen de atrito, contrito, esto es, que recibiéndolos el pecador con un dolor imperfecto que llaman atrición, en virtud de ellos reciben la gracia, supliendo el Sacramento la falta de la contrición, que es dolor perfecto. Y aun quien comulga con sola atrición, pensando que va en gracia, la recibe por el Sacramento y queda justificado.

Finalmente, todos los santos sacramentos dan gracia, *ex opere operato*, porque además de lo que cada justo puede merecer con sus propios actos, recibe otros grados de gracia en virtud del Sacramento. Todo lo cual trazó la divina providencia, lo uno, para facilitar más nuestra salvación, supliendo la falta de nuestras cortas disposiciones, porque muchos más se condenaran si fuera necesaria la perfecta contrición. Y lo otro, para enriquecernos con más abun-

dancia de gracia y gloria por tales medios, supliendo la falta de nuestros merecimientos que son muy cortos. Por donde veré la gran dicha de los que vivimos en la ley de gracia, gozando de tan amorosa y eficaz providencia, y la razón que tengo, para animarme á recibir á menudo los sacramentos de Confesión y Comunión que se pueden frecuentar. ¡Oh alma mía, acude con grande gozo á estas fuentes purísimas y divinas del Salvador para sacar agua de gracias celestiales, con que te laves de tus culpas y hartes tus deseos, hasta que dentro de Ti se haga una fuente de agua viva, que salte y te lleve tras sí á la vida eterna.

PUNTO III

De cómo Jesucristo ofrece la gracia de los sacramentos con generosidad maravillosa.

Considera cómo la divina Providencia ofrece estos siete Sacramentos á todos los hombres en el grado y estado que son necesarios ó convenientes para su salvación y perfección. Porque primeramente, á todos los pecadores infieles ofrece el sacramento del Bautismo, y á los pecadores fieles generosísimamente el de la Penitencia, sin excluir á ninguno. Y por esto los llama un profeta fuentes patentes en medio de Jerusalén, que es la Iglesia, para lavar las manchas de los pecados. A todos convida con la Confirmación y con la comida de la Eucaristía, y á todos los enfermos en peligro de muerte ofrece la Extremaunción. Y á la divina Providencia pertenece que no falte quien reciba el sacramento del Orden, para que haya bastantes ministros en su Iglesia. Y así, aunque yo no reciba este Sacramento, no por eso deja de ser para mí provechoso, pues le reciben otros de cuya mano yo he de recibir los demás Sacramentos.

Finalmente, ponderaré cómo estos Sacramentos son vasos, no de vidrio que se quiebra, sino de oro rico y macizo, que durarán hasta la fin del mundo, sin

que jamás se agote el óleo y gracia que tienen, aunque se dé á innumerables hombres; porque la fuente de donde recibe su virtud y licor celestial es Jesucristo N. S., cuyos merecimientos son infinitos y no pueden agotarse. Y como el óleo de la otra pobre viuda, por la palabra de Eliseo nunca se agotó mientras hubo vasos vacíos en que se recibiese, y manó con tanta abundancia que pagó sus deudas, y sobró para conservar su vida, así la divina gracia no cesará de brotar de estos Sacramentos, mientras hubiere hombres que puedan recibirla, para pagar las deudas de sus pecados y alcanzar y conservar la vida de la gracia. Y en un mismo hombre, como fuere recibiendo los que se pueden iterar, perpetuamente irán manando y aumentando la gracia mientras le durare la vida, y el vaso de su alma estuviere capaz y bien dispuesto para recibir este aumento.

Coloquio.—Gracias te doy, Redentor misericordiosísimo, por la providencia que has tenido de mi pobre alma cargada de deudas, proveyéndola de tan ricos vasos de óleo divino con que pagarlas con tanta abundancia, que sobre para vivir rica con virtudes. Concédeme que los reciba de tal manera, que por ellos alcance la vida eterna.

Propósitos.—Acercarte siempre á los santos Sacramentos con las disposiciones debidas.

16 DE JULIO

Festividad de la Virgen del Carmen.

Preludios.—Represéntate á la Virgen santísima ofreciendo su santo escapulario al bienaventurado Simón Stock, como signo de alianza y prenda de su protección y pide á María, tu Madre, que tu corazón se penetre de amor, de gratitud y de confianza para con ella.

PUNTO I

El escapulario del Carmen prenda de salvación.

Considera que María siempre es Madre, y Madre llena de ternura delicadísima. Una prueba de ello

tienes en esta hermosa festividad. Apenado hondamente el corazón de Simón Stock por las calumnias y persecución de que era objeto la Orden Carmelitana, suplicaba á la Señora se dignase darle alguna prenda en señal de que Ella era y quería ser la Madre y protectora de los Carmelitas. María, que siempre está pronta á consolar al angustiado, se le apareció una noche en medio de brillantísimos resplandores, y con dulce sonrisa y acento cariñoso le dijo, al tiempo que le entregaba el santo Escapulario: "Toma, hijo mío muy amado, este Escapulario de la Orden, señal de mi confraternidad, privilegio que á ti y á todos los Carmelitas otorgo; el que piadosamente muriere vistiéndolo, no arderá en el eterno fuego; he aquí la señal y prenda de salvación, seguridad en los peligros, alianza de paz y sempiterna amistad.„ ¡Qué palabras!, ¡cuántos y cuán grandes consuelos y promesas se encierran en ellas! ¿Quién sino una madre, y una madre amorosísima y poderosísima podía así expresarse? ¡Oh María!, ¡bien se conoce que sois Vos quien así habláis!, ¡oh Madre mía, ¿no os amaremos aún?, ¿no correremos á vestir vuestra privilegiada librea? Ser amigo de la Madre de tu Dios, salir ileso de los peligros, salvarte eternamente, todo esto te promete en su Escapulario; medítalo, pésalo bien, aprécialo en lo que vale, y ya que á tanto no alcanzas, agradécelo cuanto pudieres.

PUNTO II

Es preciso vivir cristianamente para disfrutar de los privilegios del Escapulario de la Virgen del Carmen.

Medita que no á cualquiera que lo lleve, sino al que piadosamente vistiéndole muriere, promete la divina Madre sus gracias singulares. Jamás fué ni podrá ser la Virgen patrocinadora de vicios y pecados, y tal vendría á ser si prometiese ser libre del infierno y volar al cielo al que, sin cuidarse de llevar cristiana vida, y aun llevándola mala y desordenada,

sólo cuidase de vestir el santo Escapulario. La divisa y librea de María no salva al que Dios condena, y Dios condena al que por su mala vida lo merece. Pero ya que contra la salvación hay tantos peligros y tanto trabaja el demonio para perdernos, á los que hacen por vivir piadosamente, si llevan el Escapulario sagrado, protege la Señora y los saca á salvo en tales ocasiones, y con sus gracias y auxilios especiales les hace más fácil la práctica de la virtud y buenas obras, y más llano el camino del cielo. Y no contento aún su Corazón bondadosísimo, á los cofrades del Carmen que cumplieren además con ciertas prácticas que en la Cofradía se acostumbran, promete para el sábado próximo después de su muerte, sacar sus almas del fuego del purgatorio. No dejes, ¡oh cristiano!, de aprovecharte de tan singulares privilegios; examina cuál es tu vida actualmente, mira lo que debieres hacer para enmendarla ó mejorarla; y si no fueres cofrade del santo Escapulario, acude presuroso á alistarte en las filas de los hijos de la Virgen del Carmen, y sobre todo acude á esa buena Madre, y conságrate á Ella por siervo y devoto y amante perpetuo.

PUNTO III

De otras condiciones para llevar con fruto y con gloria el santo Escapulario.

Considera que además de la vida pura y cristiana hace falta llevar ese escudo y librea de la Virgen santísima con fe viva, con amor sincero y con grandísima confianza en nuestra Madre. Con fe viva, porque es siempre condición indispensable para conseguir las gracias del cielo, y este santo hábito traído por María, debe distinguir á los hijos fervorosos de la Virgen de los cristianos tibios y fríos en su servicio. Amor sincero llevando esa librea celestial con más gloria que todos los honores humanos, pues en efecto, ser buen hijo de la Virgen vale más que ser rey

del mundo. Por último, gran confianza en la Señora, porque su escapulario es el escudo y coraza más fuerte contra todos los tiros del mundo, del demonio y de la carne, salvaguardia y señal de singular protección de María, prenda segura de la abundancia de bienes celestiales que la Virgen santísima derrama á manos llenas sobre sus devotos, esperanza fundadísima de salvación y un derecho á la predilección de la Madre de Dios.

Coloquio.—Gracias te doy, oh Madre amantísima, por los favores sinnúmero que me has dispensado, desde que por el santo Escapulario me contaste en el número de tus hijos. Que sea esa librea tuya señal de que me amas y de que te amo, que sea mi escudo en las batallas, mi defensa en los peligros, mi estímulo para servirte y amarte y después de cumplir cuanto debo como buen hijo tuyo, que sea mi consuelo y esperanza en la muerte y señal de mi libertad en el purgatorio.

Propósitos.—Cumplir exactamente todas las obligaciones que te impone el santo Escapulario.

17 DE JULIO

De la petición que hicieron á Jesús los hijos del Zebedeo.

Preludios.—Mira á Jesús ofreciendo á estos dos Apóstoles, en vez de las honras que ellos buscaban, el cáliz de su Pasión; y ofrécete á beberlo tú también por Jesús y con Jesús, siempre y cuando que El lo dispusiere.

PUNTO I

De cómo los hijos del Zebedeo, se llegaron á Cristo y le pidieron una merced.

Considera, cómo estos dos Apóstoles, aunque habían oído lo mucho que Cristo N. S. había de padecer, y por otro lado también oyeron decir que Cristo había de resucitar y reinar, olvidados de lo

primero, desearon los mejores lugares de su futuro reino con ambición desmedida y deseo de honra.

Mira cómo descubrieron su imperfección en el modo de orar y pedir, diciendo: "Maestro, queremos que nos des cuanto te pidiéremos." En lo cual hubo tres imperfecciones. La primera, fué mostrarse voluntariosos y amigos de su propio regalo; la segunda, fué falta de resignación de su voluntad en la de Cristo N. S., porque no dijeron: Maestro, si quieres, ó si es posible, ó si nos conviene, sino absolutamente "queremos", pretendiendo traer la voluntad de Cristo á la suya, y no conformar la suya con la de Cristo. De aquí nació la tercera, que fué suma presunción en pedir á Cristo N. S. con tanta generalidad como si estuvieran ciertos que habían de pedir lo que era justo, ó que Cristo no les había de negar lo que ellos se atreviesen á pedirle, es decir, que tuvieron en su oración todas las faltas en que caen los presuntuosos y soberbios cuando acuden á Dios para pedirle mercedes temporales, que son las únicas que saben pedir.

Los dos hermanos se aunaron para hacer esta demanda, porque la carne y la sangre suelen concertarse muy bien para pretensiones de honra; mas para mejor negociar, no quisieron ellos proponer la demanda, sino solicitaron de su Madre, á la que como á todas, parecía que todo era poco para sus hijos, que ella pidiese lo que deseaban. Por donde se ve que la ambición, á los mismos que la tienen, parece mal y la encubren buscando la honra y dignidad, sin que se entienda que la pretenden.

Con saber, pues, estos dos hermanos, que juntamente con Pedro eran preferidos de Cristo N. S. á los demás Apóstoles, sentían mucho que Pedro les fuese preferido, y por esto pedían los dos lugares inmediatos á Cristo, uno al lado derecho y otro al lado izquierdo, para que ni siquiera Pedro estuviese delante de ellos. Y es muy creible que si la ambición pasara adelante, también cundiera entre ellos mis-

mos y los desuniera, porque cada uno deseara para sí el lado derecho por ser antepuesto al otro. De donde sacaré la inquietud de este vicio, que no perdona á compañeros ni á hermanos ni á amigos, y que en todas las cosas, así corporales como espirituales, desean en todas lo primero; y así estos Apóstoles, ó desearon la mayor grandeza en el reino y gloria de Cristo, imaginando que luego en resucitando, su reino sería temporal, cual los judíos le imaginaban, ó si creían que era espiritual, deseaban la mayor grandeza en El, no por ser más santos, sino por ser más honrados de los otros. Y de aquí procedió que la pretendían por medios desordenados; ambos modos de soberbia y ambición desagradan mucho á nuestro Señor.

Mírate en este espejo, y á la vista de lo que te desagrada la pretensión ambiciosa de esta Madre y de estos hermanos, considera adónde te puede arrastrar la ciega ambición de subir á puestos que ni mereces ni podrías luego desempeñar.

PUNTO II

De la maravillosa respuesta de Cristo N. S.

Considera cómo Cristo N. S. respondió á los dos hermanos: "No sabéis lo que pedís„. Sobre esta palabra considera los yerros que hay en la oración de nuestra parte, por no saber, como estos Apóstoles, lo que pedimos. De donde procede que, como dice Santiago apóstol, pedimos y no recibimos, porque pedimos mal.

El primer yerro, es pedir alguna excelencia y dignidad temporal, ú otra cosa de la tierra, sin resignación en la voluntad de Dios, y sin poner la condición de si nos conviene alcanzarla para nuestra salvación. El segundo, es pedir alguna excelencia espiritual, aunque sea en virtudes, sin la pureza de intención debida, pretendiéndola, no tanto por gloria de Dios, cuanto por la nuestra. El tercero, es pedir alguna de estas grandezas que excede mucho á nuestros mere-

cimientos, y es singular ó extraordinaria y mayor de lo que pensamos; pero pedímosla con falta de humildad, como quien pide al Señor favores que no merece. El cuarto, es pedir estas grandezas espirituales, pretendiendo alcanzarlas por sólos ruegos é intercesiones, sin hacer caso de merecimientos ni de obras; porque dado caso que son necesarias las oraciones, pero no bastan si con ellas no se juntan obras y trabajos con que se dispongan las almas á recibirlas; y mucho menos bastan, cuando se alegan solos títulos de carne y sangre, y de sola naturaleza, los cuales pesan poco delante de Dios para cosa tan alta. El quinto yerro es, pedir estas grandezas, que son premio y corona de los que vencen, antes de haber peleado ni merecido premio. Por todas estas causas, según la declaración de varios dóctores, dijo Cristo N. S. á estos dos Apóstoles: "No sabéis lo que pedís,,; y así, escarmentando en cabeza ajena, mira bien lo que pides, y la intención y el medio y modo con que lo pides, porque no te diga Cristo N. S. lo que dijo á estos Apóstoles.

Considera lo que después añadió Jesús: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? ¿Y ser bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado?„ Considérese la caridad y suavidad de Cristo N. S. en esta pregunta, convidando á sus Apóstoles á los trabajos de su pasión, con palabras, ejemplos y razones eficaces, dándoles á entender que el medio para alcanzar la mano derecha y la izquierda que pretendían, era beber el cáliz que El bebía y ser bautizados con el bautismo con que El lo era. Porque el supremo Monarca de cielos y tierra llega á sentarse en el trono de su gloria, bebiendo este cáliz, ¿cuánto más razón es que sus vasallos no lleguen á sentarse con El en los tronos que les ha prometido, sino bebiendo el mismo? ¿Y qué mucho le beban los discípulos, pues le bebe su Maestro? De aquí saca cuál es el modo de ser grande en el reino de Cristo, que es no desear honras

ni pedir altas dignidades, sino padecer y sufrir con El. Los que más beben del cáliz de su Pasión, esos estarán, y sólo ellos, á la derecha de Cristo.

Medita el espíritu que está encerrado en llamar Cristo N. S. á su Pasión y muerte, cáliz y bautismo, porque para su Pasión y muerte concurrieron dos suertes de trabajos significados por el cáliz y el bautismo, á saber: unos interiores, que penetraron su santísima alma, y otros exteriores, que afligieron también su cuerpo. Y todo tiene gran misterio, porque iba ordenado á reprimir la ambición interior y exterior de sus discípulos, convidándoles á refrenarla con esta bebida y bautismo de tantos trabajos y desprecios, deseándolos con el corazón y acometiéndolos con la obra.

Ultimamente, se ha de considerar otra causa misteriosa por la cual dijo: "¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber?„ Porque en la divina Escritura hácese mención de muchos cálices, y no los bebió todos Cristo N. S. Uno es de pasión y trabajos; otro de gloria y premio, que es la suerte de los bienaventurados, y otro de la ira de Dios y de sus castigos, que es la suerte de los condenados. El primero bebió Cristo N. S., y nos exhorta á que le bebamos; y quien le bebiere, también beberá el segundo que bebió Cristo, y no gustará el postrero, como ni Cristo le gustó. Pero quien rehusa beber el cáliz de trabajos, no gustará del segundo, y cabrále en suerte el tercero. Por tanto, alma mía, recibe de buena gana el cáliz de tu salud, aunque sea muy amargo, porque con esta amargura temporal te librarás de la eterna, y beberás el cáliz excelentísimo que embriaga, viendo y amando á Dios con sumo gozo.

Con esta consideración he de imaginar que Cristo N. S. me pregunta lo que á sus Apóstoles, diciéndome: "¿Tendrás ánimo y estás dispuesto para beber el cáliz que yo bebí? ¿Y para ser bautizado con el bautismo con que yo lo fuí?„ Y luego entraré dentro

de mi corazón á examinar si tengo este ánimo y prontitud para responderle que sí, con gran fervor y valentía, confiando en su gracia.

PUNTO III

Ofrecimiento generoso de los hijos del Zebedeo.

Considera cómo estos dos Apóstoles se ofrecen con generosidad á beber el cáliz que Jesucristo les ofrece. Sobre lo cual has de discurrir que podían por tres causas ofrecerse á beber este cáliz y decir con mucha resolución aquella palabra "podemos„. La primera es con espíritu de ambición; la segunda con espíritu de fervor ciego, y poco experimentado, lo cual suele ser fácil á muchos, porque es dulce la guerra á quien nunca se ha visto en ella, y piensa que es fácil cosa beber este cáliz quien nunca le ha gustado. La tercera es con espíritu de Cristo, el cual inspira á sus escogidos semejantes deseos de todos los trabajos que el mismo Cristo padeció. Y de este modo es creible que se ofrecieron estos dos Apóstoles; y si no lo hicieron ahora, á lo menos es cierto que lo hicieron después, y pusieron por obra su deseo. Y con este espíritu tengo yo también de ofrecerme á ello, no estribando en mis fuerzas, sino en las de Cristo.

Considérese cómo es gracia y favor grande de Cristo N. S. darnos á beber el cáliz de su pasión, y como tal lo concedió á estos dos queridos Apóstoles. Pero no sin misterio, el uno murió por Cristo; y el otro, aunque padeció mucho, murió su muerte natural, para significar que no sólo se bebe el cáliz de la pasión de Cristo muriendo como los mártires, sino padeciendo como los confesores. Se ha de ponderar la infinita sabiduría, bondad y caridad de Cristo N. S., que resplandece en las últimas palabras que dijo á estos dos Apóstoles, porque de tal manera les negó el asiento de la mano derecha é izquierda, por el título que le pedían, que juntamente se les concedió por

otro título. Como si dijera: no es mi oficio, ni me está bien ni conviene dar el asiento de la mano derecha ó izquierda á vosotros, por ser mis deudos, ni por solas intercesiones y ruegos, sin haberlo merecido ni trabajado; pero es mío darle á los que están señalados por Mí.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, Dios verdadero, á quien pertenece también como á tu Padre disponer las sillas y asientos de tu reino, gózome de la rectitud que tienes mezclada con tanta suavidad! Y pues no es tuyo dar estas sillas á los indignos, sino á los dignos, hazme digno por tu gracia para que alcance una de ellas en tu gloria. Dame á beber del cáliz de tu Pasión, que con tu gracia estoy dispuesto á sufrir cuanto Tú quisieres por parecerme más á Ti y merecer tu derecha al lado de la cruz, que es tu trono.

Propósitos.—Ofrécete al Señor para aquella cruz que más repugna á la carne y á la sangre.

18 DE JULIO

Sobre los males y peligros de la ambición.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Lo que es esta pasión en el pecho de los mortales.

Considera en los hijos del Zebedeo los males de esa pasión que atormenta á la mayor parte de los hombres. Buscan siempre el primer puesto en todas partes, y eso constituye su inquietud y su desgracia. Porque la ambición es una pasión que inclina al hombre á elevarse más de lo que debe y de lo que merece. El ambicioso no está jamás contento con el lugar que ocupa; quisiera cada instante subir más y más, y dice siempre como Lucifer: *Ascendam.* No considera nunca lo que está menos elevado que él, sino que fija siempre la vista en lo que está más encumbrado. Así Lucifer veía una multitud casi innume-

rable de ángeles, que le eran inferiores: solo Dios estaba más elevado; pues bien, sólo con esto ya no estaba contento. Tenía ciencia altísima, naturalmente, mas su ambición le cegó, hasta hacerle decir: "Seré semejante al Altísimo." Amán veía todos los vasallos de Asuero, que se arrodillaban delante de él; solo Mardoqueo no le doblaba la rodilla, y esto sólo le hizo á Amán olvidarse, y no hacer caso de todas las consideraciones de los otros. Jesucristo prefería los hijos del Zebedeo á los demás Apóstoles; sólo Pedro privaba más que ellos con nuestro Señor; pues esto basta para que Juan y Diego se atrevan á pedir osadamente las dos primeras sillas para excluir á Pedro y disputar después el primer puesto entre ellos. Los otros Apóstoles, después de haber oído á su divino Maestro hablar de las humillaciones de su pasión, disputan sobre quién sería superior á los demás. Ese fruto saca la ambición de la palabra de Jesucristo.

El ambicioso no examina los medios con los cuales quiere elevarse; todo le parece bueno, por injusto que sea, con tal que ayude á su ambición; todos los pasos y acciones que le ayudan á subir, le parecen rectos; sólo mira al término adonde va, sin atender á la senda que toma, sea difícil ó tortuosa; todo le es igual como le conduzca á su elevación. Es un ídolo á quien lo sacrifica todo, el derecho y las leyes, ó por mejor decir, no juzga que hay para él otras leyes que las que dicta su pasión. En vano la razón, la naturaleza, la amistad y el reconocimiento le recuerdan su obligación; porque no las oye, embebido en oir el grito de su ambición. ¡A cuántos ambiciosos ha sucedido el pasar por encima del cuerpo del pariente y del amigo, haciéndole servir de escalón para subir al trono! El mismo Dios, si se opone á la elevación de un corazón ambicioso, no detiene sus impulsos frenéticos, ó porque no lo reconoce por Dios, ó porque lo desprecia, siendo el ambicioso para sí mismo su dios,

ó teniendo por tal á aquel que le parece que puede labrar fortuna. Cuando se tiene mucha ambición, se tiene ordinariamente poco amor de Dios. Pídele que te libre de ese cruel verdugo del corazón humano y trabaja por tu parte por arrancar de tu alma todo afecto desmedido de grandeza y aficionarte á la verdadera humildad y pobreza de espíritu que son la paz y el descanso del alma.

PUNTO II

Jesucristo N. S. condena con sus palabras y sus ejemplos la ambición del corazón humano.

Considera cómo Jesucristo condena esta cruel ambición con palabras que están confirmadas por la experiencia. "El que se ensalzare será humillado„. La sola ambición de un cristiano debe ser, el ponerse debajo de todos: "Tomad, dice el Salvador, el último lugar, si queréis merecer el premio. El que es más grande, según vuestro juicio, sea el más pequeño„. "En el mundo, añade, los más grandes, dominan á los demás; entre vosotros ha de ser lo contrario.„ Cuanto, pues, más nos bajamos, tanto más nos acercamos á Jesucristo, que es el principio de la grandeza; y por consiguiente, nos hacemos verdaderamente más grandes. El Evangelio, ó no está escrito para los grandes del mundo, ó á lo menos no los lisonjea. El estado de la grandeza, es un estado terrible, que hace temblar y humilla á cualquiera, que tuviere fe. Yo merecía por mis pecados, decía un grande del mundo, á quien había hecho pequeño á sus ojos la luz de la fe, estar aún, como ese hombre, á quien la ambición ha elevado. Así se piensa, cuando se tiene una fe viva, y cuando se quiere ser un verdadero cristiano; pero porque hay pocos cristianos verdaderos, hay muy pocos de esta opinión. Por aquí podrás conocer si eres verdaderamente ó no eres cristiano.

Huye, pues, de este vicio tan horrible y tan feo aun á los ojos del mundo, vicio que puede poner en pe-

ligro tu predestinación si te colocas más alto de lo que te quiera Dios, sin vocación y sin aptitudes: que envilece los oficios del mundo el verlos ocupados por gentes indignas; que te impide ser fiel á tus deberes en un estado que no es el tuyo y en el que buscas no trabajar, sino dominar y gozar, y te impone obligaciones que no podrás cumplir, oficio que no tomas por celo, sino por ambición desmedida y loca. Aprende de Jesucristo, que dijo que no había venido á ser servido sino á servir, y en la humildad conseguirás la paz del corazón que no te podrán dar todas las vanidades humanas.

PUNTO III

De los males que causa al alma la ambición.

Considera cómo la ambición desmedida, hija de la soberbia, es origen de todos los vicios, así como la humildad es fundamento de todas las virtudes. El ambicioso, casi siempre es colérico, porque cree que nunca se le atiende bastantemente. Es avaro, porque es menester tener dinero, de cualquiera manera que sea, por ser este el medio seguro de elevarse. Es vengativo, porque no puede perdonar la más mínima apariencia de menosprecio. Es envidioso, porque mira la elevación del otro, como desdoro suyo. Es injusto, porque quiere elevarse de cualquier manera y cree que todo el mundo le debe el primer puesto. Es impúdico, porque Dios, que humilla á los soberbios, permite que caiga en culpas groseras para confundirle. Es insolente, porque mira á todo el mundo con desdén y menosprecio. Es insensible y sin piedad, porque ocupado únicamente en sí mismo y sus conveniencias, no hace caso, ni de los otros, ni de sus intereses, ni de sus males. ¡Qué espantoso retrato! ¿Será quizá el tuyo?

En los otros pecados, los malos se alejan de Dios, dando á entender, que aunque le ofenden, no dejan de temerle. La ambición sola es la que parece

que se quiere elevar sobre el mismo Dios como Lucifer; pero para desafiarle é insultarle. ¡Qué insolencia y qué desgracia tener todo el poder de Dios sobre sí, y tener á su divina Majestad por enemigo, pero de un modo particular! El ambicioso, cuanto más se eleva, pareciéndole, que con esto se acerca más á Dios, tanto más se aleja del mismo Dios, mientras que el humilde, bajándose, y pareciendo que se aleja, se acerca más á Dios. El ambicioso no piensa sino en elevarse, y Dios gusta de humillarlo y abatirlo con los terribles dolores del desengaño. Esto, aunque parezca severo, Dios mío, será para mí un efecto de vuestra misericordia, si con eso me librare de los peligros de la soberbia; por violentos que sean los remedios, me parecerán dulces, si humillándome, me hicieran humilde, y diré con el Profeta: „Señor, seas bendito; porque me humillaste, para que aprendiese tus leyes„.

Coloquio.—Quitadme, Dios mío, este espíritu de ambición, de soberbia y de vanidad, que está tan arraigado en mi corazón, aunque tiene tan poco motivo y fundamento. Si no podéis quitar mi vanidad, sino quitando lo que me la ocasiona y la aumenta, quiero decir mis talentos, mis empleos, mi dicha, mi reputación y todo lo que me la puede causar, ¡ah! Señor, yo deseo que me lo quitéis todo, con tal que al mismo tiempo me deis humildad, y ganaré mucho, perdiendo todo lo demás; porque con eso adquiriré un tesoro inestimable, que encierra todos los bienes; porque en fin, Señor, si soy humilde, estoy seguro que tendré la dicha de agradaros, y si os agrado, debo esperar, recibir de Vos los mayores beneficios de la gracia, que dispensáis siempre á los humildes.

Propósitos.—Toma la resolución de poner toda tu ambición en humillarte, pues este es el camino que lleva á las verdaderas grandezas.

19 DE JULIO

(Meditaciones sobre las bienaventuranzas.)

De las circunstancias que concurrieron en el sermón del monte.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. sentado humildemente á la falda de un monte rodeado de sus discípulos, y pídele luz para entender su celestial doctrina y gracia para ponerla en práctica.

PUNTO I

Misterios que encierra este divino sermón.

Considera, en primer lugar, que Jesucristo sube á predicar á un alto monte. Su asiento es la humilde tierra; la gente que se llega más cerca, son los Apóstoles. Contempla el modo de hablar, el tema del sermón, que son las ocho bienaventuranzas, y, sobre todo, la interior excelencia del Maestro, de quien todo esto procede. Considera, además, cómo Cristo N. S. tomó hoy pública profesión de tres oficios que su Padre le encargó, es á saber: de maestro, legislador y consejero, ejercitándolos con altísima perfección; porque en entrando dentro de sí mismo, de los tesoros de ciencia y sabiduría de Dios que dentro de sí tenía, sacó verdades preciosísimas y provechosísimas para nosotros. En cuanto maestro nos enseñó, no cosas vanas ó curiosas; ni ciencias humanas que suelen hinchar mucho y aprovechar poco, sino enseñónos "la ciencia de los Santos„, que abraza los misterios de nuestra fe y las cosas necesarias para la santidad. En cuanto legislador, promulgó de nuevo, y declaró la divina ley, con toda la pureza y santidad que tiene, perfeccionando lo imperfecto de la antigua. En cuanto consejero, enseñó los consejos de la ley nueva y evangélica, que son los más excelentes que se pueden aconsejar.

Luego pondera, cómo hizo estos tres oficios por

modo excelentísimo; porque como maestro, no sólo proponía la doctrina, sino daba luz celestial para entenderla. Como legislador, no sólo ponía leyes y preceptos, sino imprimíalos en el corazón, dando gracia para cumplirlos. Y como consejero, no sólo daba el consejo, sino el espíritu para recibirle y ponerle por obra. En lo cual excedió á todos los maestros, legisladores y consejeros del mundo. ¡Oh Hijo de Dios vivo!, ¿con qué te pagaré esta merced de haber venido en persona para enseñarme tu misma doctrina? ¡Oh alma mía, mira al divino maestro que Dios te ha dado! Y pues te manda que escojas un consejero entre mil, escoge á éste que es el mejor de todos, escogido entre millares; consulta con El tus dudas, y tus consejos. ¡Oh Maestro del cielo, dame tu luz para conocer lo que me enseñas! ¡Oh Legislador soberano, dame tu bendición para cumplir lo que mandas! ¡Oh Consejero admirable, dame fuerzas para seguir lo que me aconsejas, para que con tu ayuda, subiendo de virtud en virtud, llegue á verte en la santa Sión!

PUNTO II

Jesucristo, eterno maestro, legislador y consejero de los hombres.

Pondera, cómo Cristo N. S. nunca cesa de hacer estos tres oficios con los hombres, especialmente con los que desean subir con El al monte de la perfección y se le acercan con amor; porque, como dice la Escritura, los que se llegan al Señor, serán ilustrados; y los que se ponen cabe sus pies, imitando su humildad, recibirán su doctrina. En éstos pone sus ojos para mirarlos con misericordia; y los enseña ya por boca de los predicadores, cuando los oyen: ya por medio de los libros sagrados y devotos, cuando los leen; ya á sus solas con inspiraciones, cuando oran y meditan, abriendo El mismo su boca para hablarles al corazón, y allí como Maestro les infunde nueva luz para conocer los misterios de la fe: como

legislador les imprime los afectos de la ley de gracia y caridad, y como consejero, los llama y solicita á que sigan la perfección. Y con este espíritu he de acudir al sermón, lección y oración, como quien se llega de cerca á oir este divino Maestro que me habla interiormente por los demás. Pues por esto dijo el Padre Eterno, que nunca se apartaría de nosotros el Maestro que nos daba, porque nunca cesaría de hacer su oficio hasta la fin del mundo. Y así, á la entrada de la meditación puedo decir á Cristo N. S.: ¡Oh Maestro de los maestros!, abrid vuestra boca y habladme, "porque vuestro siervo os oye„ con deseo de ejercitar lo que oyere.

PUNTO III

Sobre el tema del divino sermón del monte.

Considera el tema y fundamento de este sermón; el más divino que oyó el mundo, el que ha cambiado la faz de la tierra y que sólo podía predicar un hombre-Dios. Porque mirando Cristo N. S. el tesoro de virtudes que tenía dentro de su alma, sacó de allí ocho principalísimas, en que se suma toda la perfección evangélica: virtudes muy antiguas, pero muy nuevas y nunca oídas en el mundo, con un nombre nuevo que los puso de bienaventuranzas, aunque á la carne son amargas. Porque abriendo su boca destiló esta primera vez por sus labios, con gran blandura y suavidad, estos ocho actos de virtud y mortificación muy escogida, amargos al gusto de la carne, pero olorosos á Dios y provechosos al espíritu; poderosos para preservarle de toda corrupción de culpa, endulzándolos con el premio que prometía y con el modo que los proponía. ¡Oh Maestro soberano! Destilad dentro de mi corazón la mirra escogida de estas virtudes, para que mis manos y mis dedos, y todas mis potencias la reciban, poniendo luego por obra vuestra doctrina.

Luego pondera cómo Cristo N. S. volvió aquí por

la honra de estas virtudes que estaban en el mundo muy aborrecidas, teniéndolas, no por bienaventuranzas, sino por desdichas, huyendo de ellas y abrazando las cosas contrarias. Pero nuestro Salvador honró á cada una con un nombre muy glorioso y con un premio muy esclarecido, y sobre todo, con su raro ejemplo. Porque como no fuese capaz, en cuanto Dios, de pobreza, llanto y persecuciones, quiso bajar del cielo y hacerse hombre para ejercitar los actos de estas virtudes, y descubrirnos los tesoros que estaban escondidos dentro de ellas. ¡Gracias te doy, Maestro soberano, por habernos sacado de este engaño con tu doctrina y ejemplo! Desde hoy más tendré por bienaventuranza la que llamas con este nombre, y con todas mis fuerzas lo buscaré, huyendo de lo contrario. Desengaña, Señor, á todos los que viven en el mundo, para que reciban estas verdades y abracen estas virtudes, gocen de estos premios y alcancen la verdadera bienaventuranza, para que fueron criados.

Pondera, por último, cómo estas ocho bienaventuranzas son como ocho escalones de la escalera del cielo, por los cuales se sube á la cumbre de la santidad y unión con Dios, y con este espíritu tengo de meditarlas, ponderando en cada una tres cosas; es á saber: los actos de aquella virtud, el ejemplo que Cristo N. S. nos dió en ella, y el premio que promete.

Coloquio.—¡Oh Señor! Yo también quiero ser tu discípulo y aprovecharme de tu doctrina; dame gracia para que lo deje todo y te siga al monte de la mortificación, que tan necesaria me es para seguir tus consejos.

Propósitos.—Ver siempre y en todo á Jesús como nuestro único Maestro, legislador y consejero, mirando con horror cuanto se oponga á sus divinas enseñanzas.

20 DE JULIO

(Primera bienaventuranza.)

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Preludios. —Mira á Cristo N. S. sentado al pie de un monte y á sus discípulos escuchándole, y pídele que de tal manera aprecies los bienes de la tierra, que los tengas en lo que son y sólo ames los bienes del espíritu.

PUNTO I

Naturaleza y actos de la pobreza de espíritu.

Considera cómo Cristo N. S. puso la primera piedra de la perfección en la pobreza de espíritu, de donde procede la humildad, porque esta es únicamente su sólido fundamento y el que edifica sobre la soberbia edifica sobre arena. Mas no son bienaventurados cualesquiera pobres sino los de espíritu, es decir, no los pobres por necesidad sino los de grado y voluntarios, y los ricos que de tal manera poseen sus riquezas, como si no las tuvieran, sin tener el corazón puesto en ellas y que sólo desean las celestiales y eternas. Mira ahora tú si estás prendado de los bienes de este mundo ó si los posees con afición desordenada y los agencias con ambición desmedida, y procura libertar tu alma, para que no desee sino lo que en la balanza de Jesús tiene peso y valor, que son los bienes eternos.

Considera también los actos de esta pobreza de espíritu, que son cinco. El primero es, renunciar con el espíritu y corazón las cosas temporales, quitando las aficiones desordenadas de ellas, y estando dispuesto á dejarlas, cuando fuere necesario, para cumplir la ley y voluntad de Dios. El segundo, más perfecto, es dejar con efecto todas las cosas que poseo, moviéndome á esto con una voluntad pura de agradar á solo Dios y por obedecer el impulso del divino Espíritu,

que á ello me inclina, siguiendo pobre á Cristo pobre. Lo tercero, limpiar mi alma de todo espíritu y viento de vanidad, y de toda hinchazón y presunción vana, despreciando cuanto pudiere con el corazón las riquezas y pompas del mundo, ó dejándolas con efecto cuando puedo y me conviene para el divino servicio. El cuarto es, vaciar mi espíritu de toda propiedad, desnudándome del propio juicio y de la propia voluntad, con todos sus propios quereres, sino es en cuanto son conformes con los de Dios, porque en tal caso ya no serán propios, sino comunes. El quinto y supremo, es vaciarme de mí mismo, conociéndome por tan pobre, que de mi cosecha ninguna cosa buena tengo, si Dios no me la da de limosna y gracia, pues ni aun el ser que tengo es mío, sino de Dios, sin el cual soy nada. Ponderando estos cinco actos, me avergonzaré por la falta que de ellos tuviere, suplicando al divino Espíritu me ayude á procurarlos según mi estado.

PUNTO II

Ejemplo de Cristo pobrísimo.

Considera los raros ejemplos que Cristo N. S. nos dió de esta virtud en todas las edades de su vida y en todas las cosas que son materia de pobreza, porque escogió madre pobre, pobre patria y un pobrísimo portal para nacer, siendo reclinado en un pobre pesebre. Y en su mocedad, ejercitó pobre y despreciado oficio, ganando la comida con el trabajo de sus manos. Además, cuando predicaba, comía de la limosna que le daban mujeres devotas, y su comida era pobrísima; no tenía casa propia ni donde reclinar la cabeza, faltándole al Hijo del hombre lo que no falta á las raposas y aves del campo. Escogió discípulos pobres, acompañóse con pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropióse de su voluntad y de sí mismo, con excelentísima pobreza interior, diciendo que "no vino á hacer su voluntad y que no podía hacer nada por sí, sino lo que viese hacer á su Padre.„

Y, finalmente, cuando murió, llegó su pobreza á tal extremo, que le quitaron sus vestiduras, dejándole desnudo en la cruz. Y en confirmación del amor y estima que tenía á la pobreza, la puso en este sermón por fundamento de su Evangelio y por puerta para entrar en su escuela, diciendo que "quien no renunciaba, siquiera con el afecto, las cosas que poseía, no podía ser su discípulo.„ De modo que Cristo N. S. se hermanó de tal modo con la pobreza que fué como una cosa con ella, y una especie de unión hipostática que aun hoy dura, pues nada más pobre que los accidentes con que se encubre en la Eucaristía.

¡Oh Maestro soberano! Por las cinco fuentes de sangre que salieron de tus cinco llagas, concédeme estos cinco actos de pobreza para que alcance la perfección que fundaste en ellas.

PUNTO III

Premio que promete N. S. á los pobres de espíritu.

Considera cómo á los pobres de espíritu promete Cristo N. S. el reino de los cielos, y por esto los llama bienaventurados; y lo son en esta vida, poseyendo el reino de Dios, que san Pablo llama "justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo„, el cual se concede á los que mortifican la codicia. Además de esto, son bienaventurados con la esperanza y prendas grandes que tienen de alcanzar el reino de los cielos que está prometido en la otra vida, cuyas riquezas son inestimables. Pero pondera que Jesucristo, al par que dijo "Bienaventurados los pobres„, añadió: "porque de ellos es el reino de los cielos.„ ¡Oh palabra, que sólo pudo brotar de labios divinos! Gracias á ella el pobre ha sido tan sublimado, que llega á representar á Jesucristo en la tierra. Las lágrimas, hasta ahora tan amargas, son ya fuentes de dulzura, y la desgracia y la pobreza como la consagración de la verdadera virtud á los ojos cristianos, y una postrera gloria sin la cual no hay verdadera gloria, y el culto de la

pobreza un amor sin límites para las almas santas. Pero esta divina pobreza que así hace felices á los pobres, ¿dónde está? Porque el mundo los llama desheredados, muchos de ellos se quejan de su amarga suerte y siguen con envidia las huellas de los magnates. Pero medita que la verdad infalible añadió: "*Beati pauperes spiritu*„. Pondera la profunda palabra que da la solución de todas las dificultades. No es preciso despojarse materialmente de los bienes de la tierra para esta felicidad; no es tampoco una felicidad inseparable de la pobreza la que Jesucristo promete; es la felicidad del que desligado del mundo, rico ó pobre por condición, permanece pobre en espíritu y pobre de corazón. En este sentido, y sólo en él, el Evangelio ensalza la pobreza. No es la desnudez la que, como tal, recomienda; es la pobreza como instrumento de la virtud, la pobreza como desasimiento que hace al alma libre, dichosa; más grande, según el Crisóstomo, que el universo; porque no es la posesión en sí lo que daña á la perfección, sino la posesión desarreglada y ambiciosa que hace que el cristiano abata su frente y doble su rodilla, olvidándose de su Dios ante el becerro de oro. Por eso Jesucristo no dijo "*Beati pauperes*„, sino "*pauperes spiritu*„. Esto es: felices, no sólo aquellos á quienes el acaso, ó mejor, las leyes adorables de la providencia han dado por cuna la estrechez y la miseria, y por corona sólo las espinas de la pobreza, sino felices también los que, mecidos en cuna de oro, usan de los bienes de este mundo como si no fuesen suyos, los que poseen su fortuna sin ser ellos poseídos y dominados de ella, los que reparten con el pobre su abundancia. Por el corazón ha de empezar la pobreza, como por él empieza la felicidad, y por eso hay que despojarlo de los deseos que lo atormentan y de las tristezas que lo abaten. El rico que sobre todos los bienes pone el de su alma y anhela los bienes celestiales, ese es pobre de corazón y dichoso. El pobre

que devora con ojos de envidia lo que no le pertenece, ese es rico en el alma y es un desgraciado.

Considera que, para acabar de hacernos comprender la primera bienaventuranza, Jesucristo nos declara que, en cambio de nuestra pobreza de espíritu en la tierra, seremos verdaderos ricos y eternos propietarios de un reino en los cielos. Y con tal seguridad, que ya dice el Señor que les pertenece. Fuisteis aquí, dice el Señor, por mi amor, pobres; Yo, por el amor que os tengo, os daré un reino cuyo trono es inconmovible, y os daré un cetro y os ceñiré una corona, que ningún usurpador ni rebelde os podrá disputar.

Para asegurar esta herencia imperecedera, el mundo ha visto asombrado que ha habido reyes, grandes y potentados de la tierra que lanzando de sí, como carga inútil que les impedía marchar ligeros á la patria celeste, las riquezas y los honores, y poniendo bajo los pies las coronas que el mundo pone sobre su cabeza, se abrazaron con santa locura con la pobreza, la declararon, como san Francisco de Asís, por su reina y su señora, y se les vió con un sayal en vez de la púrpura, y un bastón de peregrino en vez del cetro, pobres y descalzos, ir mendigando á la faz de un mundo que caía ante ellos de rodillas y veneraba en aquellos santos las imágenes vivientes de Jesucristo, más rico que todos los ricos y más pobre que todos los pobres, pues nadie como Él ha dicho, siendo Dios, que no tenía ni donde reclinar la cabeza. Nadie, como Jesucristo, sabe de riqueza ni de pobreza, pues este pobre voluntario es el que propone á todos los hombres la pobreza como primera y fundamental condición de la felicidad. No todos están llamados por Dios á abandonar en la vida por la pobreza actual los bienes temporales, y como á salir de antemano del tiempo y entrar por el camino del claustro en la realidad de lo eterno; pero todo cristiano está llamado, sea pobre ó rico por condición, á ser

pobre de espíritu, y á este precio sólo se compra, en esta y en la otra vida, la dicha del corazón.

Coloquio.—¡Oh Rey de los reyes, Señor de los señores! Gracias te doy porque das á tus siervos, en galardón de cualquier pequeño servicio, un tan excelente reino. Arranca de mi corazón cualquier afecto desordenado á los bienes de la tierra, para que, siendo de verdad pobre de espíritu y no ambicionando más riquezas que las tuyas, merezca poseerte aquí por la gracia, y luego por la gloria.

Propósitos.—Vivir contento con lo que tengas, y aun esto estar pronto á perderlo por no perder á Dios.

21 DE JULIO

Del excesivo apego á los bienes de la tierra, como opuesto á la primera bienaventuranza.

Preludios.—Oye la voz de Cristo que truena contra los ricos del mundo, que no son pobres de espíritu. «¡Ay de vosotros ricos!» y pídele te despegue de todo lo terreno y te aficione cada día más á los bienes del cielo.

PUNTO I

Los ricos según el Corazón de Dios.

Considera que Cristo N. S. nunca condenó las riquezas bien adquiridas y poseídas: condenó su abuso y el excesivo apego á ellas que tienen los ricos según el mundo. Porque las riquezas son en sí mismas un don de Dios y como una emanación de su inagotable munificencia. La gloria y la riqueza, nos dice el Profeta, son el adorno de su casa. Mira, en efecto, con qué esplendor el Todopoderoso ha extendido los cielos, suspendido en ellos los astros como antorchas que alumbran su palacio, y adornado la tierra. Si se compara la gloria de Dios con la del mundo, los reyes en sus tronos y los ricos en sus palacios suntuosos, son mendigos cubiertos con los jirones de la miseria,

pues que según el lenguaje de la Escritura la luz es el manto del Eterno, el sol es su morada, la tierra el escabel de sus plantas, el mar el espejo de su grandeza y los cielos la bóveda que cubre el templo del Señor. Luego Dios es la absoluta y soberana riqueza, como es la absoluta belleza y la incomprensible majestad. Las riquezas, pues, que como pequeñas gotas caen sobre el mundo, saltan del río inmenso de su poder y, como que vienen de Dios, son buenas en sí y empleadas, según el orden divino de la Providencia, continúan en la tierra la bondad y munificencia del Criador. El rico, pues, es la imagen de su grandeza y misericordia. Dios, pues, no condena las riquezas, que son un favor de su liberalidad, pero quiere que ante todo y sobre todo sean instrumento de virtud y de buenas obras, y que el poderoso, como imita su grandeza, imite también su libertad y desprendimiento y elevando su espíritu por encima de ellas, sepa servirse de las riquezas y no ser su esclavo, porque entonces hay desorden radical y el oro en vez de servir al hombre como de alas, para ir á Dios por medio de las obras de caridad, sólo sirve para forjar cadenas, que aprisionen el alma con la esclavitud tiránica de las pasiones. Como la abeja, dice san Agustín, vuela por encima de la miel y esta precaución le conserva la libertad de las alas, así el cristiano á quien Dios concedió fortuna, debe permanecer elevado encima de la materia para que el corazón no se pegue á la tierra. Mira, pues, cómo la riqueza que Dios te da, puede tener un uso noble, y que puedes y debes ser imagen de la providencia de Dios, de quien eres administrador y representante para con los pobres. Si Dios, pues, te ha hecho rico y quieres serlo según el Corazón de Dios y pobre de espíritu al mismo tiempo, condición indispensable para salvarte, no llenes tu corazón de oro ni del afán de poseerlo. Llénalo de Dios y del deseo del cielo, que sólo son ricos de verdad los que poseen á Dios, que es todas las

cosas. El que posee á Dios como los santos no necesita nada más y la riqueza no se mide tanto por lo que se tiene, como por no tener necesidades y despreciarlo todo. En segundo lugar, imita á Cristo N. S. y á muchos santos que siendo riquísimos, lo fueron para todos menos para sí, y no obtuvieron de sus riquezas más ventajas que el poder hacer el bien con ellas y granjearse el cielo por la caridad con los pobres.

PUNTO II

Oposición del espíritu de Cristo con el espíritu del cristiano avariento y ambicioso.

Considera que contra la primera bienaventuranza del Evangelio, opone el mundo otra primera bienaventuranza, que es la de las riquezas. Poseer y poseer mucho, es para los mundanos, ser felices. ¡Qué espantosa contradicción! Jesucristo declara bienaventurados á los pobres y el mundo los cree miserables. Jesús declara miserables á los ricos y el mundo los juzga felices: si el mundo tuviese por felices á los pobres, ¿cómo no querría él también ser pobre?; y si juzgase miserables á los ricos, ¿cómo querría él también ser rico? Jesucristo en el Evangelio, mil veces combate la pasión de la avaricia, y la pasión de la avaricia hace guerra contra Jesucristo y contra la fe; de aquí es, que el que quiera conservar en su corazón la fe, debe renunciar la pasión de la avaricia; hay, pues, oposición radical y absoluta entre la pasión desmedida de la avaricia, que lo desea todo, y la fe, que te manda renunciar á todo, al menos con el afecto.

Pues considera luego que no tiene menos oposición este vicio con la esperanza cristiana. El avaro no espera los bienes de la otra vida, porque ¿quién puede esperar aquello en que no cree? Si creyese que las verdaderas riquezas están en el cielo, ¿no se afanaría por adquirirlas? Pero á él nada le importa que haya

ó que no haya cielo, porque ningún bien espera de él. Su Dios es el dinero. ¿No veis sino cómo es el avaro idólatra del oro? ¿No sacrifica á él su honor, y pone en él su último fin y toda su esperanza? Sin embargo, considera ¿qué ganas en acumular riquezas, sino cuidados, tormentos, aflicción de espíritu é inquietud del alma? ¡Ah necio!, dice el sagrado Evangelio, si murieses esta noche, ¿de quién serán tus tesoros? ¿Qué llevarás de tus bienes al otro mundo? Dejarás indispensablemente tus arcas llenas de oro y de plata en la puerta de la muerte; los grandes caudales no caben por la puerta del cielo que es muy estrecha.

Considera luego qué muerta está la caridad en el corazón del avaro. No hay cosa más dura que ese corazón, dice el Espíritu Santo. No tiene caridad alguna, porque el corazón se halla donde está su tesoro. ¿Se puede acaso servir á dos señores? ¿Se puede amar á Dios y al dinero? La codicia, pues, es contraria á la caridad, porque el amor á las riquezas ocupa todo el corazón, y no permite que se divida entre Dios y el dinero, ni Dios quiere tales corazones. La naturaleza se contenta con poco, pero la pasión es insaciable y jamás pone término á sus deseos. Las ganancias justas, por lo regular se adquieren lentamente, pero las grandes adquisiciones son las más veces acumuladas con injusticias. ¿Cómo, pues, se puede salvar un avaro no teniendo fe, ni esperanza ni caridad? Tanto más que el avaro no conoce sus pecados, porque le ciega la pasión y, aunque los conozca, rara vez hace penitencia de ellos. Todas sus injusticias le parecen inocentes. Lo que roba le agrada más que aquello que es suyo. Se restituye difícilmente lo que con mucho trabajo se ha robado. Y así como todas las pasiones concurren al latrocinio, así también todas concurren para conservar sus frutos y justificarlos, y mientras tanto, sin restitución no hay salvación.

Observa si tu corazón se siente en alguna cosa es-

clavo de esta pasión abominable; abre tus arcas y mira si no se encuentra en él con tu dinero. Dios mío, decía un Santo, nada me atormentan los bienes de este mundo, porque Vos sabéis donde tengo mi corazón. ¡Ah, qué locura condenarse por juntar espinas que punzan y ensangrientan el alma! Nada hemos traído al mundo, y cierto es que nada nos llevaremos cuando salgamos de él.

¡Bienaventurado quien se contenta con Dios; infeliz de aquel á quien Dios no basta, ni le contenta! El oro y la plata son los dioses de los gentiles, pero el mío será sólo el Dios del cielo. En sólo El espero, por El sólo trabajo, y en El sólo pongo todo mi descanso. Ante todas las cosas busca su reino y su justicia, y nada de cuanto necesites te faltará jamás.

PUNTO III

De los remedios de la avaricia.

Has meditado cómo la razón, igualmente que la fe, condenan la avaricia y el apego inmoderado á las riquezas. No es menester ser cristiano para conocer lo desarreglado de esta pasión: basta ser racional; porque ¿qué puede haber menos conforme á la razón que amar con exceso unos bienes que no puedes desear mucho sin desorden, ni juntar sin miserias é injusticias? Si los posees con excesivo apego, para conservarlos, te dan inquietud; para mantenerlos, te hacen incurrir en la nota de miserable y ruin; si los pierdes, te causan extremo dolor; por grandes que sean no satisfacen tu deseo de poseer, sino que le irritan y avivan. ¿Se halló jamás algún avaro que se creyese bastantemente rico? Las riquezas no nos hacen mejores; ordinariamente nos hacen malos, y jamás nos hacen perfectamente dichosos. Si se gasta poco, no se goza de las riquezas; si se gasta mucho, no duran mucho tiempo. Mil accidentes nos las pueden quitar; y la muerte nos las quitará infaliblemente. ¿Por ventura tales bienes pueden merecer nues-

tra estimación, y el ser preferidos á los bienes infinitos y eternos?

Pero la fe condena aún más fuertemente que la razón el excesivo afecto á las riquezas. ¿Cómo podrá un cristiano dejarse poseer de esta insensata pasión si lee el Evangelio? ¿No teme las maldiciones que Jesucristo lanzó contra los ricos, sobradamente apegados á las riquezas? Y ¿cuál es el rico que no lo está? ¿Puede dejar de temblar un rico á lo mundano cuando oye al Salvador decir "que es más difícil que un rico entre en el cielo, que no que un camello pase por el ojo de una aguja„; cuando oye contar la terrible historia del rico avariento, en el cual no se halla otro delito sino haber poseído sus bienes con demasiado apego, y no haber usado bien de ellos? Además, todos los ricos si tuvieran fe viva, deberían mirar su estado con pena y con temor al pensar que viven en un estado contrario al de Jesucristo, que nació, vivió y murió pobre. Un estado opuesto al estado de Jesucristo y á sus máximas, ¿no encierra en sí un peligro de reprobación? Si se tiene fe, ¿no deben temblar los que se hallaren en este estado, de que tú tienes tan grande complacencia y vanidad? Un verdadero cristiano, un hombre que tiene fe, más motivos tiene de temer y de humillarse en ese estado que de gloriarse y engreirse.

¿Qué haces cuando buscas con tanta ansia las riquezas? Sin duda buscas obstáculos á tu salvación. Muy difícil es tener muchas riquezas y no tenerles mucho apego, ó por mejor decir, es una cosa moralmente imposible. Lo mismo que te hace desear las riquezas, es lo que te las debe hacer temer; tú las buscas para satisfacer tus deseos y contentar tus pasiones, y como la mayor parte de tus deseos son desarreglados y tus pasiones injustas, no puedes contentarlas sin ser al mismo tiempo desarreglado é injusto, y, por consiguiente, sin exponerte á tu condenación. Para castigarte y perderte, no ha menester

Dios más que satisfacer tus deseos. ¿Qué buscas, pues, cuando buscas mayores riquezas que las que tienes? Buscas multiplicar y fortificar tus cadenas, las cuales necesariamente ha de romper la muerte. ¡Qué violencias padecerá un hombre asido á la tierra con tan fuertes grillos, cuando le sea preciso separarse de ella! ¡Con qué pena y dolor, decía un rico avariento, me separas de todos mis bienes, ¡oh muerte amarga! Tú te expones á la misma desgracia cuando atesoras riquezas sobre riquezas.

Coloquio.—¡Jesús y Señor mío, riquísimo en el cielo, puesto que todo es tuyo, y pobrísimo en la tierra en donde te desposaste con la pobreza como con esposa amantísima! Arranca de mi corazón los afectos terrenales que me impiden volar hacia Ti. Limpia mi alma de ese apego excesivo á los bienes del mundo. Que jamás doble mi rodilla ante el becerro de oro, ni ponga mi corazón en más tesoro, que en Ti, que eres y debes ser mi único tesoro, como eres mi único bien y mi suprema esperanza.

Propósitos.—Resuélvete á arreglar el deseo de aumentar bienes, y de moderar el gusto que tienes en lo que posees.

22 DE JULIO

Fiesta de santa María Magdalena.

Preludios.—Mira á esta santa penitente á los pies de Jesús llorando amargamente sus pecados, y pide á nuestro Señor oir de sus divinos labios las palabras de perdón que oyó de ellos la Magdalena.

PUNTO I

María Magdalena modelo de penitentes.

Considera que la conversión de Magdalena es el más hermoso modelo de la conversión de los pecadores. Porque una verdadera penitencia debe ser como la suya, generosa, pronta, perfecta, constante y per-

petua. Pondera, en efecto, que para convertirse perfectamente es menester empezar por desprender el corazón de todo lo que desordenadamente ama, y por vencer al demonio, que hace los últimos esfuerzos á fin de impedir que el pecador mude de vida, especialmente si está encenagado en pecados de impureza.

Considera que María Magdalena tuvo que combatir dos poderosos enemigos para convertirse; el deleite sensible y el falso honor del mundo. Era señora de calidad rica y hermosa, pero vana; en la flor de su edad, y en el vigor de sus pasiones, vivía miserablemente en el escándalo y en el vicio. Para convertirse necesitaba, pues, romper todas aquellas ligaduras y buscar á nuestro Señor en un convite, en donde se hallaban reunidos los principales de la ciudad. ¡Qué dificultad para una joven mundana que comienza á gustar los deleites del mundo y sus dulzuras, el renunciar todas las conversaciones alegres, romper los vínculos de la carne y sangre que la sujetaban al placer, privarse de todas las diversiones y hacer pública penitencia de sus culpas! Porque nada estima tanto una mujer como su honra; y aun cuando la haya perdido, quiere por lo menos conservar sus apariencias. ¡Qué valor y qué intrepidez en Magdalena confesar públicamente sus maldades, llorarlas delante de todos los convidados, y lavar con sus lágrimas los pies de su Salvador! ¡Generosidad admirable! El amor que había herido con su flecha divina el corazón de María ni delibera ni sabe de tardanzas. Luego que supo Magdalena que se hallaba Jesús en casa del Fariseo, sin perder un momento, sin esperar á que saliese, sin temer, ni cuidarse de lo que podían pensar los convidados, ó decir de ella, entra en la sala del banquete, se arroja á los pies del Salvador, los riega con sus lágrimas, y los enjuga con sus hermosos cabellos. La diligencia es el alma de los negocios árduos, á veces basta un momento de dilación, para perder una ocasión favora-

ble que ya no volverá jamás. Si María Magdalena hubiera diferido su conversión para el otro día, acaso nunca se hubiese convertido. El Espíritu inspira, dónde, cuándo y cómo quiere. Si oyes hoy su voz, no endurezcas tu corazón, porque no sabes si te hablará mañana; y si la gracia que tendría hoy su efecto, le producirá también otro día.

¿Quién te impide que hoy te conviertas? ¿La dificultad? Ciertamente no es tanta, como la que tuvo que superar María Magdalena. ¿Tienes que romper lazos más fuertes, que vencer atenciones más poderosas y que temer consecuencias más terribles? ¿Esperas poderte salvar sin hacer penitencia? ¿No necesitas satisfacer á la justicia divina? ¿No es justo que recuperes el tiempo perdido y que te esfuerces en restituir la paz y el reposo á tu alma? ¿Y cómo, dices, podré yo vivir sin deleites? ¿Mas cómo podrás vivir siempre en tormentos? ¿Es un placer ofender á Dios, vivir esclavo de las pasiones, servir al más cruel tirano, que es el demonio, y temer siempre la muerte, sintiéndose de continuo despedazado por los remordimientos de una mala conciencia? Un solo día que se viva en la casa de Dios, es más apacible y venturoso que mil y mil que se pasen en los tabernáculos de los pecadores. ¿Pues por qué difieres convertirte? ¿Te será más fácil acaso convertirte en otro tiempo? ¿Vivirás aún dentro de un año? ¿Tendrás la gracia que tienes ahora? ¿Hallarás menos resistencia que vencer en los malos hábitos inveterados? ¿Dirás que nada te obliga hoy á convertirte? Pues yo veo que todo, todo te está apremiando á una pronta conversión. Te compele y te estrecha á que te conviertas y mudes de vida Dios que te lo manda; el mundo que te burla y te vende; el tiempo que huye; la muerte que se acerca; la eternidad que se avecina. Finalmente, te convida y te excita el mismo Jesucristo amenazándote, que si no te conviertes pronto, morirás en tu pecado.

La conversión de Magdalena fué, además, perfectísima. Muchos se convierten, pero á medias; reservándose siempre alguna pasión que no quieren vencer ó de que no proponen enmendarse. Estas conversiones son falsas, engañosas y aparentes; porque así como no es verdaderamente fiel aquel que no cree todo cuanto enseña la fe, tampoco es verdadero penitente el que no ejecuta cuanto prescribe la caridad, y no detesta todo lo que le prohibe. La conversión de santa María Magdalena fué entera y perfecta; rompió y desprendióse de todas las aficiones y respetos humanos, y arrostrándolo todo, entregóse enteramente á Dios. ¿Piensas tú engañar á Dios como Ananías y Zafira? ¿Te reservas algún pecado que domine en tu corazón y te cuesta hacerle morir?

Si tu conversión es entera, sólo falta que sea firme y constante; porque si no perseveras en el bien, de nada te servirá haberle comenzado. Algunos hay que creen por algún tiempo, dice nuestro Señor, y faltan á la fidelidad en las tentaciones. Desde que santa María Magdalena se entregó á Dios, jamás desistió de su propósito, siguiendo por todas partes al Hijo de Dios hasta la cruz y el sepulcro. Le abandonaron los Apóstoles, pero Magdalena siempre se mantuvo fiel. Pocos imitan este amor; y aunque algunos siguen á Jesús hasta el cenáculo, le abandonan en su Pasión; ámanle por algún tiempo, mas no para siempre, como si las razones que nos mueven á comenzar, no nos obligasen también á perseverar. Finalmente, María Magdalena hizo penitencia hasta la muerte. El que no llega hasta aquí no puede esperar salvarse; porque la perseverancia es el último efecto de la predestinación. No dice el Hijo de Dios que el que principia, sino que el que persevera hasta la muerte, se salvará. Siendo, pues, fiel hasta entonces, merecerás la corona de la gloria.

PUNTO II

María Magdalena, modelo de amantes verdaderos de Jesús.

Considera que hay tres suertes de amores: uno que trabaja, otro que sufre, y el tercero que goza. Entre estos tres amores se repartió toda la vida de santa María Magdalena desde su conversión, pudiéndose decir que todos ellos la elevaron á altísima santidad. Pondera que el amor, cuando nace, está siempre en acción y movimiento; es un fuego que arde siempre y no tiene reposo, porque necesita pábulo para mantenerse. Si es grande, emprende cosas grandes; si es pequeño, sólo se atreve á cosas pequeñas, y muere si no hace nada. Reflexiona lo que hizo por Jesucristo María Magdalena. Considera la victoria que consiguió del demonio, de la carne, del mundo y de todas sus pasiones, y confesarás que amó mucho. ¿Se puede decir lo mismo de ti? ¿Qué has hecho tú por Dios? ¿Qué victorias has alcanzado de tus enemigos? ¿Dónde están las coronas que has ganado? ¡Ah! ¡Si para salvarte hicieras tanto como haces para condenarte, serías un santo!

Considera luego que no se puede vivir sin amar, ni se puede amar sin dolor; porque el amor no puede gozar en esta vida perfectamente del objeto amado. El que ama, anhela por dar á la persona amada pruebas de su amor. Y ¿qué otras más ciertas que el sufrir? Si el amante desea siempre ser semejante al que ama, ¿cómo se puede vivir sin dolor amando á Jesucristo, varón de dolores? El amante en este mundo no puede vivir sin cometer algún pecado, aunque ligero. ¡Qué dolor ofender al que se ama más que á sí mismo! ¿Quieres conocer la llaga que el amor abrió en el corazón de María Magdalena? Mira sus lágrimas. ¿Quieres saber cuánto ha padecido? Síguela al calvario, donde la hallarás en medio de los verdugos, sufriendo en su corazón cuanto Jesús padecía en

su cuerpo. Obsérvala junto al sepulcro, en donde no pudo recibir consuelo alguno, ni de los hombres, ni de los ángeles. Considérala en su gruta, en donde vivió treinta años en asperísima penitencia. Dios mío, ¡cuán poco os amo; nada sufro ni hago por Vos! ¡Qué dulce es amar á Dios! El que le ama halla su placer en sufrir por su amor, y su mayor dolor es no sufrir por Dios.

Al trabajo sigue el reposo, y á las privaciones los consuelos. El que pide recibe, y se abre al que llama. Después de haber buscado el corazón por mucho tiempo á Jesús fuera de sí mismo, lo halla dentro de sí mismo, y de activo y paciente, queda tranquilo y todo lleno de alegría. No es el amor, sino el amante el que se consume; y cuanto mayor es el amor, más padece, si no tiene lo que desea, hasta que, hallándolo se regocija y descansa. Las señales de un alma que pena y desfallece de amor, dice san Buenaventura, son: Profundos suspiros que, sin pensar, despide el corazon. Deseos que sobrepujan á todo lo terreno. Estado de esperanza triste y melancólico, pero sumamente delicioso. Aflicciones violentas y extáticas. Las señas de un alma que se halla en el goce y posesión, son la paz, el gozo, el silencio, el retiro, el reposo, la calma de todas las pasiones y la imperturbabilidad del corazón. Por todo esto pasó María Magdalena y así salió maestra consumada en el amor. ¡Oh, qué dulce, y qué breve es este tiempo! De corta duración es este estado, porque esta vida es tiempo de fe, de mérito y de penas.

Pregunta á Magdalena dónde ha encontrado á Jesús, el amado de su alma, y te responderá: En el desprendimiento de todas las criaturas; en la privación de todos los deleites; en la mortificación de todos los sentidos; en el vencimiento de todas las pasiones; en el silencio de mi corazón; en el aniquilamiento de todos mis deseos. Le he buscado en casa de un fariseo, y le he sacrificado mi honor y mi estimación; le he

seguido al calvario, y le he ofrecido el sacrificio de mi vida. Yendo por el mar en una nave sin vela, me ha servido de piloto, y me ha conducido adonde he hallado lo que amo, y donde gozo de cuanto deseo. Buscadle como yo, y le hallaréis; abandonaos como yo, y le poseeréis en el tiempo y en la eternidad.

PUNTO III

Cómo Cristo N. S. pagó las lágrimas y el amor de María Magdalena.

Considera que Jesucristo, que jamás se deja vencer en generosidad por sus criaturas, recompensó de tan maravillosa manera las lágrimas y el amor de la Magdalena, que si María se portó con Jesús como alma nobilísima y amantísima, Jesús le correspondió como sólo puede hacerlo Dios.

Pagóle sus lágrimas con aquellas palabras de un amor infinito: "Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho„. ¡Cuánto y con qué fineza amaría la Magdalena, cuando Jesús, el amor encarnado lo llamó *mucho!* Defendióla de los ataques y murmuraciones de los discípulos, profetizando que su acción de ungirle para la sepultura sería anunciada por todo el mundo. Y en efecto, la generosidad y el amor de María han sido y seguirán siendo el símbolo y el modelo del amor, y, dondequiera que se ame á Cristo, María Magdalena tendrá quien la admire como víctima sublime de la caridad divina, y quien procure imitarla.

Recompensó su espíritu de hospitalidad con el divino Maestro, alimentándola con palabras de vida eterna y permitiéndola que lo escuchase arrobada, escogiendo María la mejor parte, ó sea la amorosa contemplación de la santísima humanidad de Jesucristo. María, más fuerte que Pedro y los otros discípulos, sigue hasta el calvario á Jesús, probando lo fino é incomparable de su amor. Jesús se lo paga escogiéndola para apóstol de su resurrección. María

vivía del amor y sólo para amar, y Jesús hizo de ella el tipo más perfecto y acabado del amor divino que ha habido en la tierra después de la Virgen santísima, y en el fuego del amor purificó el corazón de María, probando en ella la fuerza celestial y divina de las lágrimas, que pueden elevar á la penitencia á tales alturas, adonde jamás ni la inocencia osó subir; y el amor que sufre y padece adonde nunca llegó el amor que goza en los éxtasis de la contemplación.

Coloquio. – ¡Oh bienaventurada Magdalena, que tanto gozas hoy por lo mucho que lloraste y sufriste! Enséñame á llorar mis culpas, y si te imité en pecar, te imite en llorar y en sufrir por Jesús, para que, purificada mi alma por las lágrimas, oiga como tú palabras de perdón y de vida.

Propósitos. – Imita á la Magdalena en buscar á Jesús, venciendo toda clase de dificultades.

23 DE JULIO

(Segunda bienaventuranza).

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Preludios.—**Mira á Cristo N. S. sentado al pie de un monte predicando este divino sermón rodeado de sus discípulos, y pídele la mansedumbre que es el distintivo del Corazón de Jesús.**

PUNTO I

Qué es la mansedumbre beatificada por Cristo.

Considera cómo Cristo N. S. encadenó estas dos virtudes de la pobreza de espíritu y mansedumbre de corazón, porque de la primera se sigue la segunda, por cuanto los ricos suelen ser soberbios é iracundos y los pobres humildes y mansos. Necesitan los pobres de mucha paciencia y mansedumbre para llevar las incomodidades y desprecios que ocasiona la pobreza, y así como el primer escalón para subir al cielo es la

pobreza, el segundo es la mansedumbre. Pídele á Dios que te la dé y resuélvete á procurártela por la victoria de tus pasiones. Considera, después, qué cosa es la mansedumbre que, según el Evangelio, hace felices á los hombres. Jesucristo que la ensalza, no la define, ó mejor dicho, la define, poniéndose á sí mismo por modelo y definición. "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón." Ya lo ves, la mansedumbre no es cosa de temperamento, ni de carácter, ni de buena crianza, es virtud nobilísima que brota del corazón. Los santos Padres dan de ella preciosas definiciones. San Juan Clímaco dice: "La dulzura es el estado inmóvil del alma que nada puede alterar. Es como la roca que domina el mar, rompe las olas irritadas y permanece siempre inquebrantable." La mansedumbre, pues, que el Evangelio proclama bienaventurada, no es esa profanación de la palabra que se reviste de formas falsas é insidiosas para ocultar el pensámiento, ni que bajo la lengua que halaga, oculta el veneno que mata. El Espíritu Santo ha dicho que la herida que hace el que ama es mejor que el beso de aquel que lisonjea. La dulzura no es tampoco la debilidad que se dobla y que se rinde; al contrario, es efecto de la fortaleza, ó mejor es la misma fortaleza obrando con suavidad, como salió miel del león muerto por el juez de los hebreos. La dulzura no es, por último, el renunciar á los derechos legítimos ó abandonar la dignidad del hombre y del cristiano. No debes confundir la mansedumbre tampoco con la bajeza, ni la abnegación evangélica con la abdicación de los derechos de la fe, ni de tus derechos y deberes de cristiano. Muy noble y muy manso aparece el apóstol san Pablo tan esforzado en sufrir las mayores afrentas, cuando delante de un tribunal reivindica su derecho de ciudadano romano, y del procónsul que lo juzgaba apela con valor al César. La mansedumbre, pues, que Jesucristo llama bienaventurada, es la unión y la armonía de lá

prudencia y de la sencillez y el equilibrio de un corazón victorioso de sí mismo y tan sufrido que no se inclina ni hacia la debilidad que cede, ni hacia la ira que se venga. Es la serena y tranquila igualdad de ánimo, madre de pensamientos prudentes, de palabras mesuradas, origen en el hogar doméstico de la paz, que lo convierte en antesala del paraíso y que en las relaciones con los prójimos sabe vencer las antipatías de carácter y reinar por la suavidad de la palabra y la tierna condescendencia de la caridad. Dulzura que es el sello admirable del celo por la gloria de Dios, cuyo espíritu más es hacer bajar del cielo el perdón que purifica, que el fuego que abrasa, más servir que dominar, más llevar la paz y la bendición que la hiel y la amargura. Esa dulzura ha ido con el Evangelio á la conquista del mundo, que lo ha vencido y dominado con algunos corderos, y que es el carácter distintivo de la piedad sólida y la devoción no superficial. El mundo quiere verla en todas las almas dedicadas á Dios, y tiene razón cuando se escandaliza de la acritud y susceptibilidad de quien no sabe vencerse, ni dominarse y se llama persona espiritual y devota.

Contiene, pues, la mansedumbre que glorifica Cristo N. S., estos actos: reprimir los ímpetus de la ira y las turbaciones del corazón, conservando la quietud interior y exterior en el semblante del rostro, y en los movimientos del cuerpo; ser afable con todos con palabras blandas, sin decir ninguna injuriosa, ni desabrida; no solamente no vengar las injurias, ni volver mal por mal, sino antes no resistir con violencia injuriosa al que me hace injuria, llevando con serenidad mi desprecio, ofreciendo, si es menester, el carrillo derecho á quien me diera una bofetada en el izquierdo; volviendo bien por mal, excusando al que me injuria y rogando á Dios que le perdone; y esta mansedumbre se ha de conservar con todos, así mayores como iguales y menores, y en todos los nego-

cios y sucesos, sin que se pierda, aun cuando fuere necesario usar del celo de justicia.

PUNTO II

Jesucristo, modelo perfectísimo de mansedumbre.

Considera esta virtud retratada y definida en la persona adorable de N. S. Jesucristo, que, con ser divina imagen de todas las virtudes, sólo se propone como modelo de la mansedumbre y humildad de corazón. Ya los profetas lo habían descrito bajo el nombre del cordero, tipo de la dulzura, y tan manso, que no se altera delante de la calumnia y del odio más encarnizado de sus enemigos. Los judíos le dicen que está poseído del espíritu maligno, y El responde con la imperturbable paz, que es símbolo de su divinidad: "No estoy poseído del espíritu maligno„. Y cuando se indignan de verle curar á un hombre en sábado, ni su hipocresía, ni su insolencia, ni su furor le arrancan palabras de indignación, sino que los refuta con tono tranquilo y sereno. Ya ves cómo la mansedumbre evangélica no consiste en abandonar la defensa del deber y del derecho, sino en defenderla digna y mansamente, sin pasión ni ira, delante de los impíos que la persiguen. Así Jesucristo, tan noble y tan sereno delante de sus enemigos, reprende sus vicios y ataca sus errores, pero sin insultar jamás sus personas. A ninguno apostrofa por su nombre, pero anatematiza la raza de víboras que escupen siempre mortal veneno, y á los sepulcros blanqueados, que sólo cubren podredumbre y corrupción. Mira cómo la mansedumbre evangélica no es ni la adulación, ni menos la flaqueza. Pero si traen á Jesús una mujer adúltera, en vista de su arrepentimiento, la levanta del suelo y no la condena, y si Judas lo abraza, El sufre la infamia del discípulo. Es, pues, muy propio de la mansedumbre el perdonar, y el no desesperar ni aun al hipócrita y profanador. Y si lo maldicen, El bendice, y si le ultrajan no

se queja, y si Pedro le niega, Jesús lo mira con amor, y si lo crucifican, El pide por sus verdugos. Esa es la mansedumbre en su más alto grado, en ese grado que ya en la tierra hace gozar de la eterna y tranquila inamovilidad del cielo.

Considera el valor de esta virtud de la mansedumbre, que es tal, que por ella se asemeja un hombre á Dios, el cual dijo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón„. Muchas virtudes tuvo Cristo, todas en altísimo grado, de las cuales debíamos aprender, y todas las pasó en silencio, y solamente nos propuso estas dos, que andan hermanadas: la mansedumbre y la humildad; por ellas se asemeja el hombre á su Redentor y se hace imagen suya, como se han hecho perfectísimas imágenes de Cristo los Santos mansísimos, y por ella el hombre merece ser coheredero con Cristo del reino del cielo, en el cual todos son mansos y ninguno se aíra ni contiende con otro, mas están y se conservan todos en suma paz. Así los humildes se parecen á los bienaventurados y gozan de suma paz en sus almas, y por el contrario, los iracundos y soberbios, ni la tienen, ni la dejan tener á los demás.

PUNTO III

Premio de la mansedumbre.

Considera cómo los mansos tienen por premio poseer la tierra. Esa tierra tan feliz que hace dichosos á sus habitantes, y que Dios da como premio á la mansedumbre, dice san Jerónimo, es primeramente la tierra de los que viven, porque ésta que pisamos es mejor la tierra de los que mueren. Y una tierra en cuyo seno están enterradas tantas generaciones, que no habrá un grano de ella que no esté mezclado con la ceniza de un difunto, y en cuya superficie sólo hay mortales que se agitan por poseer algunos granos de polvo, herencia de los que pasaron, y que los vivos se disputan para dejar después de una hora tendidos en

ese polvo sus cadáveres, esa tierra es indigna de nuestros deseos y ambiciones. Sobre todo, que la virtud y el mérito obtienen rara vez su recompensa en esta tierra de los que mueren; la ira y la ambición se la disputan; pero en el cielo, que es la tierra de los que viven, no hay lugar más que para la dulzura y la mansedumbre. En segundo lugar, poseer la tierra en este mundo es dominarse á sí propio, siendo dueño de nuestros corazones, pensamientos, afectos y deseos. Si no, mira qué significa en lenguaje vulgar salir fuera de sí, no ser dueño de sí, no dominarse, sino los efectos de la ira, que hace que no nos poseamos á nosotros mismos.

En tercer lugar, la mansedumbre posee y gana el corazón de nuestros hermanos. Una palabra dulce quebranta la cólera, como la lluvia mansa, la impetuosidad del aire. En el mundo la dulzura puede más que la violencia, porque escrito está que el hombre manso es amado de Dios y de los hombres, que Dios le enseña el arte difícil y divino de apoderarse de los corazones, y con los corazones poseer la estima, la confianza y el amor de sus semejantes. Y así, mira que aun en el mundo físico la blandura paraliza el ímpetu de la fuerza, y el golpe que hace saltar las rocas de granito se amortigua en el cuerpo blando, ó se apaga por completo en la suave blandura de las aguas. Pues lo mismo es ley también del orden moral que la mansedumbre tenga un poder misterioso para vencer sus contrarios, que no tiene la ira ni la violencia, y por eso no hay cosa más fuerte que el amor, según la palabra de Dios, y la mansedumbre y dulzura evangélica no es más que el amor cristiano en sus relaciones con nuestros semejantes. Ese es el secreto y la virtud de dominarlo todo, que encierra en sí la virtud y la santidad. Jesucristo ha vencido al mundo, no por el hierro, sino por la cruz; no derramando sangre ajena, sino vertiendo la suya; no hiriendo, sino sufriendo; no exterminando á sus ene-

migos, sino muriendo por ellos; sublime ejemplo de divina mansedumbre. Quien después de Jesucristo retrató mejor en el mundo la dulzura, han sido sus mártires y sus santos. Míralos en sus luchas, y ve qué puede más, si la violencia de la ira ó la dulzura y mansedumbre de su corazón. Los tiranos afilan las espadas, encienden las hogueras y preparan los potros y los patíbulos; los mártires callan, levantan sus ojos al cielo, su vista los consuela, esperan y, sobre todo, aman. ¿A quién, humanamente, pertenece la victoria? El imperio de la fuerza se ha hundido, y el triunfo de la mansedumbre aún subsiste. Porque el sepulcro de los mártires está en los altares, y ante ellos todo cristiano se prosterna y dobla la rodilla. Mira cómo dominan la tierra.

Coloquio.—¡Oh Jesús, manso Cordero, que me prometes la tierra deliciosa que es valle de deleites, tierra de bendición, regada con un río de agua viva y cristalina que procede del trono de Dios; tierra dichosísima, alumbrada por el Sol de eterna justicia, pero á cambio de la mansedumbre y victoria de mi corazón! Dame fuerza y valor para vencer y dominar mis pasiones, para que, imitándote á Ti, sea como Tú manso y humilde de corazón.

Propósitos.—Domina los afectos de tu alma de modo que logres la santa imperturbabilidad de los santos, y que nada ni te turbe ni te espante.

24 DE JULIO

De la pasión de la ira, como opuesta á la segunda bienaventuranza.

Preludios —(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Qué sea la pasión de la ira.

"Ira, dice santo Tomás, es un apetito desordenado de vengar las injurias„, ó un deseo vivísimo del co-

razón por las cosas que suceden contra nuestro gusto. De ella proceden tres suertes de pecados. Unos de pensamiento, como son los odios del prójimo, propósitos de vengarse de él, deseos de que le suceda algún mal, gozo de que le haya sucedido, tristeza de su bien, y saborearse con deleite en la venganza. Otros pecados son de lengua, es á saber: palabras vengativas é injuriosas en presencia, ó murmuraciones en ausencia; maldiciones, palabras agrias y desentonadas con muestras de cólera, contiendas y porfías en las disputas, por salirse con la suya, y otras semejantes. Otros pecados son de obra contra el quinto mandamiento, como son matar, herir ó maltratar al prójimo contra razón y justicia, y hacer algo por sólo vengar su injuria ó pedir esta venganza á los jueces, no por amor de la justicia, sino por rencor y odio; no perdonar al injuriador, que me pide perdón, dando exteriores muestras de enemistad contra él. Además las discordias, pleitos, rencillas, cismas, bandos y guerras nacen de la ira, con otros muchos pecados que acompañan á éstos. Finalmente, con la ira anda junta la impaciencia por los males que nos suceden contra la salud, honra ó hacienda, entristeciéndonos demasiado por el deseo vehemente y desordenado de librarnos de ellos. De donde suelen proceder muchos pecados contra Dios, y contra el prójimo, y contra sí mismo: como son quejas de nuestro Señor, porque nos aflige, con asomos de blasfemia y desesperación: poca conformidad con su voluntad, desconfianzas, tedios de la vida, deseos impacientes de la muerte, poner las manos en sí mismo con rabia; ser mal acondicionado con los otros, áspero é intratable, dándoles ocasión de indignación, y teniendo poca paz con los domésticos, hasta airarse con los objetos y cosas insensibles, como se airó Jonás contra la yedra, que se secó cuando el sol le fatigaba. Mirando estos pecados, y hallándome culpado delante de Dios en ellos convertiré la ira con-

tra mí solo, porque pequé, suplicando á nuestro Señor me ayude para vencerla.

¡Oh Dios infinito, cuya ira es terrible, pero justa, contra los que se airan sin medida! esclarece los ojos de mi alma, para que considerando los terribles castigos que nacen de tu santa ira, refrene los malos ímpetus que nacen de la mía.

PUNTO II

Males y castigos de la ira.

Considera los daños y castigos de este vicio, así los que él trae consigo, como los que Dios con su justicia le añade en esta vida y en la otra. Primeramente, la ira destruye la semejanza con Dios, cuyas obras son con gran tranquilidad; inquieta la conciencia, cierra la fuente de la divina Misericordia, ahoga el espíritu de la devoción y los consuelos del Espíritu Santo, el cual mora y descansa en los humildes y quietos de corazón, y huye de los iracundos, en quien mora el espíritu malo; porque la ira furiosa, es frenesí del alma, locura breve y demonio voluntario que se apodera del espíritu con los visajes que el demonio hace cuando se apodera del cuerpo, convirtiendo al hombre en bestia feroz. Demás de esto, como nuestro Señor es Dios de las venganzas, ejercítalas con rigurosa justicia contra los que se vengan con ira, y matan y agravian á sus prójimos. Por lo cual se dió sentencia contra los dos primeros iracundos y homicidas que hubo en el mundo, Caín y Lamech.

Pero sobre todo ponderaré lo que Cristo N. S. dijo en su Evangelio contra este vicio: "Quien se airare contra su hermano, será culpado en el juicio; y quien le dijere *Raca*, será culpado en el concilio; y quien le llamare necio, digno es del fuego del infierno.„ De suerte, que en comenzando la ira á enseñorearse del corazón, se comienza en el tribunal y consejo de la Santísima Trinidad á tratar de la venganza, crecien-

do el rigor del castigo como crece la gravedad del pecado. Si la ira queda en el corazón, será condenada á menor castigo; si sale á fuera, dando señales de ella con escarnio ó gestos exteriores con mal consejo, será más castigada; pero si llega á decir palabra grave é injuriosa, y mucho más si sube á vengarse por la obra, ya está dada la sentencia de fuego eterno contra ella, con el cual se junta en el infierno el mismo fuego de la ira, para ser cruelísimo verdugo del alma; porque allí lo que más atormenta es la ira, impaciencia y rabia. Y aunque el fuego del purgatorio y del infierno sean el mismo, aquél es llevadero por la paciencia, pero éste es insufrible por la ira. Y así los iracundos é impacientes tienen dos infiernos: uno en esta vida, con el poco sufrimiento de los males temporales, y otro después, con la rabia por los eternos. ¡Oh pacientísimo Jesús!, líbrame de la ira é impaciencia, pues no hay mayor infierno que vivir rendido á ella.

De estas consideraciones sacaré dos propósitos muy importantes para la perfecta mortificación de este vicio. El primero, de huir cualquier movimiento de ira, aunque venga vestido con capa de justicia y celo; temiendo que con el celo de corregir ó castigar los vicios ajenos, no se mezcle afecto de venganza propia. El segundo, será de reprimir con presteza cualquier ímpetu de ira antes que crezca. Porque de una centella, dice el Espíritu Santo, se levanta un grande fuego, y al principio es cosa fácil apagarle; y se apagará, si reprimo las palabras y señales exteriores de ira, premiándome nuestro Señor la mortificación de aquello exterior, con darme victoria de lo interior.

PUNTO III

De los bienes que trae consigo el vencimiento de esta pasión.

Considera los grandes bienes que trae la perfecta mortificación de la ira, abrazando las dos virtudes

que la resisten, mansedumbre y paciencia; porque la primera refrena la ira, para no agraviar á nadie; la segunda, para sufrir los agravios que recibe. La primera sirve para hacernos afables con todos; la segunda para que suframos á todos. De donde proceden tres grandes bienes para hacernos perfectos en todo lo que pertenece á nosotros mismos, á nuestros prójimos y á Dios.

La mansedumbre y paciencia nos dan señorío y posesión quieta y pacífica de nosotros mismos y de nuestras pasiones; "porque los mansos poseen la tierra„ de su corazón, y con la paciencia poseemos nuestras almas y alcanzamos paz de conciencia, con alegría cordial de espíritu.

La mansedumbre nos hace amables, y la paciencia nos hace admirables. "Porque quien hace sus obras con mansedumbre, es amado, dice el Sabio, más que la honra y gloria que tanto aman los hombres; y quien tiene valor para reprimir su ira y sufrir el agravio, acredita su persona y edifica á los prójimos; porque mejor es, y más admirable, el paciente que el fuerte, y el que vence su ánimo que quien conquista al mundo„. Mayor milagro es, en cierta manera, sufrir injurias con alegría, que resucitar muertos á la vida„.

También la mansedumbre y paciencia nos hacen amables á Dios, y nos dan entrada al trato familiar con su Majestad, así como la falta de ellas nos cierra la puerta. Moisés, por su grande mansedumbre, tuvo estrecha familiaridad con Dios; y, como dice san Dionisio, por un poquito que faltó en ella, se le menoscabó el espíritu que había recibido. Y si quiero orar á Dios en todo lugar, y levantar las manos puras al cielo, ha de ser habiendo mortificado la ira y la contienda, aliviándome con las alas de la mansedumbre y paciencia.

Finalmente, si soy manso y sufrido participaré con excelencia el espíritu de Jesucristo N. S., el cual se

esmeró en estas dos virtudes, dándonos raro ejemplo de ellas en su vida y Pasión, como cordero mansísimo y pacientísimo, para que nos fuésemos tras El. Y á dos Apóstoles, que con espíritu de ira y venganza, coloreado con celo, desearon que bajase fuego del cielo sobre los samaritanos, les dijo: "No sabéis cuál sea vuestro espíritu„. Como quien dice: El espíritu de mis discípulos no ha de ser de ira, sino de mansedumbre; no de venganza, sino de sufrimiento.

Coloquio.—¡Oh manso y paciente Jesús, que "siendo maldecido, no maldecías, y padeciendo injurias, no amenazabas„, y recibiendo grandísimos desprecios, correspondías con divina mansedumbre, ó callabas con admirable silencio! Ayúdame para que, á imitación tuya, venza la ira, reprima la impaciencia, abrace la mansedumbre, y, armado con la paciencia, sufra de buena gana los trabajos, para que llegue á gozar contigo de los eternos descansos.

Propósitos —Reprime los ímpetus de tu carácter, y para ello antes de hablar piensa siempre lo que vas á decir, y prepárate en la oración para no hacer ni decir nada que pueda herir á tu prójimo.

25 DE JULIO

Festividad del apóstol Santiago.

Preludios.—Represéntate á Cristo N. S. respondiendo con admirable dulzura á la madre de los dos apóstoles Santiago y san Juan, hijos del Zebedeo, y pídele gracia para corresponder á sus amorosos llamamientos como ellos lo hicieron.

PUNTO I

Cuán difícil es de entender el misterio de la Cruz.

Considera que nada hace sentir mejor cuánto trabajo cuesta comprender el misterio de la cruz, y cómo la ambición está arraigada en el corazón del hombre, como los pensamientos de engrandecerse, que dos de los primeros apóstoles, Santiago y Juan,

alimentaban en su espíritu, en el momento mismo en que su divino Maestro, conociendo á fondo los misterios de su Pasión, les declaraba que la hora de ésta se hallaba próxima, y que muy pronto iba á ser entregado en manos de los judíos, para ser tratado ignominiosamente y condenado al suplicio de la cruz.

A este propósito, hace notar san Lucas que los Apóstoles no comprendieron nada de lo que Jesús les decía, y un santo Padre, comentando este pasaje, dice que en el cuidado que puso el Evangelista citado al advertirnos de dicha ignorancia de los Apóstoles, quiso dar á entender la dificultad con que los misterios de la cruz penetran en nuestros espíritus. El mismo Evangelista da testimonio de esta verdad, otra vez, cuando dice: "Mas ellos (los Apóstoles) no entendían esta palabra, y les era tan obscura que no la comprendían, y temían de preguntarle acerca de ella.„ Como si dijera: No la entendían, porque no querían entenderla. Veían, sí, que era preciso seguir á su Maestro, pero no querían saber los sufrimientos que le aguardaban por temor de sufrir una suerte semejante. Y esta es la razón por qué el misterio de la cruz penetra difícilmente en nuestro corazón, pues la naturaleza humana, cuando se ve obligada á trabajar por la salvación del alma, teme á la mortificación, á la penitencia, á cualquier género de cruz, sea el que fuere, que viene á ser lo mismo que temer seguir á Jesucristo.

Piensa, sin embargo, que los Apóstoles, así que recibieron la efusión del Espíritu Santo, entendieron los misterios de la cruz y siguieron desde entonces sin vacilar á su Maestro, pobre y humilde, en las fatigas y trabajos del apostolado. También tú has recibido al Espíritu Santo en los Sacramentos y en las inspiraciones de la gracia; pero ¿cómo entiendes los misterios de la cruz? ¿De qué modo imitas á los Apóstoles?

¡Ah! ¡Cuán diferente es tu vida de la de ellos, y

cuán lejos te hallas de imitar al apóstol Santiago, que fué el primero de los Apóstoles que tuvo la dicha de dar la vida por Jesucristo!

PUNTO II

Santiago fué fiel á la doctrina de la cruz de Cristo, bebiendo el cáliz del Salvador.

Considera la admirable mudanza que las enseñanzas del Salvador y la efusión del Espíritu Santo hicieron en los Apóstoles. Aquellos hombres, que no cesaban de disputarse la primacía, ¡qué humildad, cuánta abnegación y desprecio de las glorias de este mundo no manifestaron al dejarse dominar por la santa locura de la cruz! ¡Qué encadenamiento de trabajos, de persecuciones, de prisiones y de muerte no sufrieron para cumplir la palabra de abrazarse á la cruz que dieron al divino Maestro! Santiago participó del cáliz del Señor por sus trabajos evangélicos; y para que mejor comprendas la magnitud de esta obra, imagínate el cúmulo de penalidades y fatigas inherentes á dicho apostolado. Seguir pobre á un Dios pobre; acompañar en sus viajes á un hombre, alguna vez honrado por sus milagros, pero con frecuencia perseguido y despreciado á causa de su doctrina; trabajar durante el día; velar y orar durante la noche; no tener otro consuelo en este mundo que el que proporciona el hábito de sufrir toda clase de penalidades; renunciar por Cristo á los goces más dulces de la vida; sacrificarlo todo por el Evangelio; llevar su cruz; olvidarse de sí mismo; despreciarse y aun odiarse por los intereses de Jesucristo, y el bien de las almas. ¡Esto se llama ser apóstol! ¡En esto consiste la imitación de Jesucristo! Y á todo esto fué fidelísimo el Patrón de nuestra España, el primero de los Apóstoles que selló con su sangre la doctrina de la cruz.

PUNTO III

Santiago participó del cáliz del Señor, y nosotros debemos imitarle.

Considera á este propósito cómo Santiago hizo ver, por el esplendor de su santidad y su celo ardiente en la conversión de los judíos é infieles, que no en vano había recibido de su divino Maestro el nombre de hijo del trueno. ¡Qué de alarmas y terrores no arrojó en las conciencias de los pecadores más endurecidos! ¡Cuánto sufrió á causa de su celo! También tú puedes beber como este santo Apóstol el cáliz de Jesucristo, pues ocasiones no han de faltarte si eres fiel á tu vocación. Es verdad que no has sido enviado como Santiago á convertir á los judíos endurecidos y á los pueblos infieles, pero siempre encontrarás almas que viven olvidadas de su salvación, y á las que hay que sacar de su lamentable sopor. Para ello habrás de sufrir desaires, desprecios, y persecuciones tal vez, ya que no iguales á los que Santiago sufrió en nuestra patria para plantar en ella el árbol de la fe, por lo menos semejantes á ellos y amargos á la naturaleza; pero ese precisamente es el cáliz que debes beber á ejemplo del santo Apóstol. Ese es también el precio de la gloria, con la diferencia de que por mucho que sufras, nunca sufrirás tanto como sufrió Santiago para alcanzarla.

Bendice, pues, al Señor por haber satisfecho el deseo de su Apóstol de una manera infinitamente más ventajosa de lo que El esperaba, y pídele fuerzas para beber como él el cáliz de los sufrimientos del Salvador.

Coloquio.—¡Ah Señor, y cuán grande es mi miseria! Difícil es, verdaderamente, comprender la palabra de la cruz; pero aún es mucho más difícil practicarla. ¡Cuánta necesidad tengo de vuestra gracia, para curarme del vicio de la vanagloria, y para ha-

cer á mi alma digna esposa de vuestro Corazón divino! ¡Oh alma, rescatada con las humillaciones de tu Salvador! ¿Cómo puedes pensar en elevarte? Piensa en imitar á Santiago, que por la santidad de su vida, por sus trabajos evangélicos y por su muerte, semejante á la de su Maestro, bebió el cáliz del Señor. Y Vos, Patrón glorioso de España, haced que la semilla divina, arrojada por Vos en nuestro suelo, no sólo no se pierda sofocada por las malezas del vicio ó arrancada por las aves de rapiña, sino que cunda y se arraigue más cada día y dé copiosísimos frutos de bendición en los individuos y en la sociedad española.

Propósitos.—Sufrir con paciencia todas las contradicciones y todas las pruebas que la divina Providencia quiera enviarnos.

26 DE JULIO

(Tercera bienaventuranza.)

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Felicidad de las lágrimas cristianas.

Considera que en estas palabras condena Cristo las falsas alegrías del mundo á las cuales no está vinculada la vida eterna que Dios promete á los que lloran, sino la muerte eterna, según aquello del santo Job: "pasan sus días con alegría y bajan en un punto al infierno.„ Porque así como al día se sigue la noche y á la noche el día, de la misma manera á las delicias de este mundo se sigue la triste noche en el otro, y á la penitencia y lágrimas, la luz alegre de perpetua alegría. Pondera, pues, cuánta es la ceguedad de los mortales, que por gozar aquí de un soplo de alegría soñada y criminal, pierden la verdadera y

eterna que promete Dios para siempre á los que aquí lloran y se afligen con la penitencia; y la prudencia de los buenos, que dando de mano á los deleites sensuales en esta miserable vida, granjean en la otra los eternos. ¡Oh, felices los que aquí lloran, porque serán consolados eternamente; é infelices los que aquí rien, porque gemirán sin consuelo y llorarán sin fin para siempre! Piensa, medita y considera cuán gran yerro es el de los malos, y cuánto acierto el de los buenos, y resuélvete á seguir á éstos y no á aquéllos, porque merezcas ser consolado eternamente.

Considera luego, el valor de las lágrimas, que puestas en la balanza pesan tanto como el cielo, pues vinculó Dios á ellas la bienaventuranza, diciendo: "bienaventurados los que lloran, porque serán consolados„; adonde has de ponderar con san Agustín y san Crisóstomo, que todo su valor tienen las lágrimas de la penitencia; porque el llanto nacido de verdadera contrición, anega y borra los pecados y alcanza el perdón y la gracia del Señor, que es la semilla de la bienaventuranza; y derramadas por los bienes temporales, son perdidas y no aprovechan nada, porque las lágrimas ni resucitan á tus difuntos ni te recobran la salud ó la hacienda perdida. Pondera esta verdad, y no derrames perlas de tan subido valor por tan bajo precio; mas estímalas como merecen, y pide á nuestro Señor que te dé este don de lágrimas, y la verdadera contrición de tus pecados para que merezcas el perdón y con él su divina gracia.

Considera qué lágrimas son las que llama Jesucristo bienaventuradas. Son las que se derraman por los muchos pecados que se cometen en el mundo, por las infidelidades, las herejías, las luchas de los impíos contra la verdadera religión, los pecados entre los fieles que habían de servir más á Dios, el descuido de los pastores y predicadores en despertar el mundo y mirar por el rebaño del Señor, la infinidad de almas

que se pierden para siempre. Llora, pues, tú por los pecados de los hombres, así por su daño y condenación, como por la injuria que hacen á Dios, doliéndote de ver cuán mal servido es; al modo que Jeremías sentía la perdición de su pueblo y deseaba que sus ojos se convirtiesen en fuentes de lágrimas, para llorar de día y de noche sus miserias. Llora tu destierro y la ausencia de Dios, suspirando por gozar de su presencia, diciendo con David: "Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, mientras me dicen, ¿dónde está tu Dios?„ Llora lágrimas de contrición, de compasión y de devoción, meditando los misterios de la pasión y muerte de N. S. Jesucristo. Llora lágrimas de temor y lágrimas de amor, para que de tal manera llores tus pecados y miserias, y las de todos los mortales, que alcances misericordia para ellos y serás verdaderamente consolado.

PUNTO II

El ejemplo de Cristo N. S.

Considera cómo nunca se lee que Cristo N. S. se haya reído, como pondera san Basilio, y sabemos que lloró muchas veces; es á saber: en el pesebre, en la muerte de Lázaro, sobre Jerusalén y en la cruz, con muy tiernas lágrimas. Y finalmente, como dice san Pablo, en los días de su carne, es decir, de su mortalidad, oraba muchas veces con lágrimas, hasta que en el huerto de Getsemaní oró, sudando, no gotas de agua, sino de sangre, como quien lloraba lágrimas de sangre por todos los poros de su cuerpo natural, por los pecados y miserias de su cuerpo místico. Y lo mismo que Cristo hicieron los Santos, para los que no había mayor cruz que no tener cruz. Pasáronse los años en las lágrimas y el dolor, en la penitencia y la tribulación; pero el Señor los consoló con los torrentes de sus delicias. ¡Oh dulce Jesús, convierte mis ojos en fuente de lágrimas para que acompañe las tuyas, pues yo fuí causa de ellas!

Considera cómo el llorar, que á los ojos del mundo es señal de miseria, en los de Cristo lo es de bienaventuranza, prometiendo á los que lloran que serán consolados en lo mismo porque lloran. Si lloran por sus pecados, alcanzarán consuelo con el perdón de ellos. Si lloran los pecados ajenos ó su destierro, Dios convertirá su llanto en gozo, con la esperanza de que se enmendarán los pecadores, tendrán fin los trabajos y vendrán presto los consuelos eternos, enjugando Dios las lágrimas y haciendo cesar los llantos. ¡Oh, dichosas lágrimas, que con tantos consuelos son premiadas aquí! Dios mío, quiero llorar, pues el mismo llorar por ti y por tu amor es dulce; y si tan dulce es llorar por Ti, ¿cuán dulce será gozar de Ti?

PUNTO III

Consuelos de los que lloran.

Considera qué consuelo es el que promete aquí el Redentor á los que lloran; porque, en primer lugar, los consolará con el perdón de los pecados, como consoló á santa María Magdalena, que es la primera consolación, y en segundo lugar, con la esperanza de la vida eterna y de alcanzar lo que piden, como consoló al santo Simeón, que lloraba por la salud de Israel; en tercer lugar, los consolará dándoles por las lágrimas una interior alegría y un gozo inefable con que alivie su tristeza y consuele su aflicción, y, últimamente, serán consolados, como dice san Agustín, en la gloria, trocando Dios su llanto en alegría y sus lágrimas en perpetuas aleluyas y cánticos celestiales. Allí dice san Juan que limpiará Dios las lágrimas de los ojos de los bienaventurados, y que no se oirá más llanto, ni gemido, ni clamor, porque todo será un gozo continuado, y una alegría y gloria perpetua sin intermisión alguna. Contempla la grandeza del consuelo que se promete en el cielo á los que lloran, en el cual se ha de ponderar quién es el que consuela, con qué cosas, con qué modo y por cuánto

tiempo. Quién consuela es el que, por excelencia, se llama *Consolador y Dios de todo consuelo*, y de quien procede todo lo que nos puede consolar, y en el cielo lo hace con eminencia, porque allí hay innumerables cosas que consuelan con suma grandeza. Consuela la vista clara de Dios y de la humanidad de Cristo, la presencia de su gloriosa Madre, la compañía de las jerarquías de los ángeles, la suave conversación con los coros de los Patriarcas y Profetas, Apóstoles, mártires y los demás santos de aquella dichosa corte. Cada uno es consolador del otro, en cuanto los bienes de todos consuelan á cada uno. Consuela la seguridad del lugar, la eternidad del estado, la paz de la conciencia, que sobrepuja á todo sentido. Pero ¿quién dirá el modo de consolar? No consuela Dios allí perdonando culpas y moderando tristezas, sino desterrando para siempre las unas y las otras con una perpetua música de alabanza y acción de gracias y un continuo aleluya que recrea el corazón. Y todo este consuelo será eterno, sin interrupción, porque todos están dentro del gozo del Señor, y ninguno habrá que pueda quitarles el gozo que les ha dado.

Coloquio.—¡Oh Dios de la esperanza! Lléname de gozo y de consuelo en creer las grandezas de tu gloria, para que sufra los dolores y tormentos de esta vida, con la firme esperanza de los eternos consuelos que me darás en la otra. ¡Oh vida bienaventurada, donde el consuelo es tan eterno como la vida, y la vida tan eterna como el consolador! ¡Oh, dichoso el que llora y sufre con resignación y alegría en esta vida mortal, pues tal consuelo ha de recibir en la inmortal!

Propósitos.—Acordarse constantemente de que es imposible gozar con Dios y con el mundo. No se puede servir á dos señores, ni tener dos paraísos.

27 DE JULIO

De las locas alegrías del mundo, en oposición con la tercera bienaventuranza.

Preludios.—Oye á Cristo que dice: «¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque después lloraréis»; y pídele aborrecer los vanos placeres de la tierra y abrazar el llanto y dolor de las almas virtuosas.

PUNTO I

De la oposición que existe entre el espíritu cristiano y las falsas alegrías del mundo.

Considera cómo en oposición á las lágrimas de los justos que Jesucristo canoniza y llama bienaventuradas, anatematiza el mismo Señor las falsas y criminales alegrías de los mundanos, con aquellas terribles palabras que deben hacer temblar á todos los idólatras del mundo y de sus placeres: "¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque después lloraréis!„ Pondera el origen de esta esencial oposición, porque es cierto, según el Evangelio, que nosotros no podemos salvarnos si no tenemos el Espíritu de Jesucristo, y no tenemos el Espíritu de Jesucristo, si no renunciamos al espíritu del mundo, que es el que informa sus diversiones y placeres. Porque hay una oposición infinita é incompatible entre el Espíritu de Jesucristo, y el espíritu del mundo; la luz no la tiene mayor con las tinieblas, dice san Pablo. Y esta es la razón, porque san Juan exhorta á los cristianos á no amar al mundo ni sus deleites y alegrías, porque el amor del mundo y sus goces prohibidos ó peligrosos, es incompatible con el amor de Jesucristo, y Santiago asegura, que no puede ser uno amigo del mundo, sin ser al mismo tiempo enemigo de Jesucristo, y que ganando la amistad del uno, nos exponemos infaliblemente al odio del otro. ¿Quiéres la amistad del mundo á este precio?

El mismo Jesucristo se explica aún más fuertemente sobre la oposición que tiene con el mundo, cuando dice: "Que es imposible que el mundo reciba su Espíritu, no habiéndole querido recibir á El; que su reino no es de este mundo, y que el mundo no le ha conocido,, ó que si le ha conocido, ha sido sólo para aborrecerle y perseguirle; pero también que si El ha venido á la tierra, ha sido para juzgar y condenar á este mundo con sus principios anticristianos y sus máximas opuestas en un todo al sermón divino de la montaña; y por esta razón asegura, que no ruega por el mundo ni lo perdona, y esto, habiendo rogado por sus verdugos. En lugar, pues, de rogar por él, le condena echándole su maldición, *¡vae mundo!* ¡Cuál es, pues, la ceguedad de los cristianos, que para justificar sus acciones, alegan que es esto lo que se estila en el mundo! Por esta misma razón, es menester hacer lo contrario; porque todo cristiano promete en el Bautismo renunciar al mundo ¿Crees que cuando hayas de parecer en el Tribunal de Jesucristo, será justificación bastante el decir, que si le has desagradado ha sido para agradar al mundo, esto es, á su mayor enemigo? Pues por esa misma razón te dirá El, yo te condeno. Ser siervo de Jesucristo y esclavo del mundo con sus pompas, placeres, diversiones y escándalos, todo ello en abierta oposición con la tercera bienaventuranza, no puede ser y en ello hay absoluta repugnancia.

Entra dentro de ti y mira que nada hay más fácil, que conocer que el mundo es enemigo de Jesucristo; pero aparte de eso, es preciso confesar que hay infinitos cristianos que viven del espíritu del mundo y tienen toda suerte de inteligencias con él. Nada más fácil, que firmar la sentencia de condenación del mundo; porque ¿cómo se puede tener por bueno lo que la Sabiduría eterna condena por malo? Pero nada es tan difícil como condenar prácticamente y en particular sus máximas, sus placeres y alegrías, sus principios

perversos, cuando muchos cristianos hacen de todo esto la regla de sus acciones. Nada hay tan fácil, como conocer que es menester renunciar al mundo para ser cristiano. Jesucristo nos lo manda, nosotros nos hemos obligado á ello en el Bautismo; pero nada hay tan difícil en la práctica, ni que se encuentre tan raras veces, como esta renuncia entera. ¿Qué es lo que hace el mundo? Inclinarnos, y movernos desmedidamente á los bienes, á las diversiones y á las honras. Si tienes estos tres afectos, eres verdaderamente del mundo, y objeto de la maldición del Salvador: "¡Infelices de vosotros, ricos; infelices de vosotros que estáis siempre en la alegría y en el placer; infelices de vosotros los que pretendéis los primeros empleos!„ ¡Qué puede haber más claro! ¡Qué puede haber más eficaz! Si tienes el espíritu del mundo, no puedes tener el Espíritu de Jesucrito; si no tienes el Espíritu de Jesucristo, no eres cristiano; y si no eres cristiano, ¿qué eres sino un réprobo?

PUNTO II

Condiciones de los placeres y diversiones para que no sean criminales y pecaminosas.

Considera que las diversiones, según santo Tomás, son remedio que Dios nos ha concedido para alivio de nuestra flaqueza; deben, pues, tener las mismas condiciones que los remedios para que no sean perjudiciales, esto es, que no han de ser ni dañosos, ni peligrosos, ni continuos. No deben ser dañosos, como son las diversiones criminales, porque fuera verdaderamente horrible ceguedad y una locura declarada poner enteramente el gusto en un placer que el arrepentimiento nos ha de hacer detestar algún día como un supremo mal, y que, si no lo detestásemos, nos causaría una desgracia mayor aún, esto es, la condenación eterna. Porque, ¡qué locura fuera alegrarse hoy y jactarse de lo mismo que ha de ser seguido precisamente de un amargo arrepentimiento y vivo dolor

en esta vida, ó de un cruel é inútil arrepentimiento y de una desesperación eterna en la otra! Un placer que nos condujese á tan infeliz término, ¿se podría llamar placer?

En segundo lugar, también es menester que las diversiones no sean peligrosas. Las diversiones serían por la mayor parte inocentes, si nosotros lo fuésemos; pero la corrupción de nuestro corazón esparce secreto veneno aun en lo que parece más inocente, y nos hace hallar la ponzoña aun en los mismos remedios y aun en las cosas que, según la intención de Dios, sólo debían servir para la conservación de nuestra vida y alivio de nuestras flaquezas. También en esto se deben considerar los placeres como los remedios, que si no están bien preparados son verdaderos tósigos. No es acción cuerda, ni de un hombre prudente, el tomar remedios dudosos, porque fuera locura arriesgarse cuando puede costar la vida; pues ¿qué se deberá juzgar de tantos que se emplean con tanto gusto y tan frecuentemente en ciertas diversiones, teatros, bailes y reuniones con el pretexto de que no son claramente malas, aunque reconozcan con su propia experiencia que son muy peligrosas? ¿No has estado algunas veces en estos riesgos? Y ¿no temes el perecer en alguno?

Las diversiones, por último, no deben ser ni muy grandes, ni muy continuas. Los remedios dejan de serlo cuando se usa de ellos con exceso, porque la naturaleza se acostumbra, y, si se aumenta su dosis, suelen ser dañosos. Lo mismo sucede en estas diversiones por inocentes que sean en sí mismas, porque dejan de serlo en siendo excesivas ó continuas. Los placeres excesivos disipan el corazón, enflaquecen el espíritu y hacen mirar con horror las obligaciones más esenciales de un buen cristiano. Quien se aficiona demasiado al teatro, al baile y al mundo en general, cobra horror á la Iglesia y al hogar doméstico. Los placeres no deben ser sobradamente continua-

dos; fueron hechos para descanso del cuerpo y alivio del espíritu. Personas que no trabajan jamás, como sucede á tantas mujeres profanas ú ociosas, ¿han menester alivio ó descanso? Gentes que casi nunca se aplican á nada serio, como sucede á tantos hombres cuya ocupación continua es el juego ó la diversión ¿necesitan diversiones? Ninguno tiene menos derecho para los entretenimientos, que el que siempre está en ellos. La diversión, que para los otros es un placer inocente, es para él verdadero desorden.

Si en algo de esto te acusa la conciencia, considera que tienes que dar á Dios estrecha cuenta del tiempo que pierdes y en el que debías de labrar tu eterna corona.

PUNTO III

De la desgracia de los mundanos, aun en los mismos placeres del mundo.

Considera que los excesivos placeres y prosperidad del mundo, hacen que el mundano ó pierda la fe, como sucede desgraciadamente á muchos; ó la debilita de tal manera que parece muerta; ó por último, la deja entera, como puede suceder, aunque pocas veces sucede. Si el mundano pierde enteramente la fe en la prosperidad, su desgracia es suma, pues con perder la fe, lo perdió todo. No puede tener ni esperanza de conversión, ni remedio para su salvación; porque siendo, como es, la fe el fundamento de la justificación, faltando éste, todo falta. Si sólo se le disminuyó la fe, engolfado en los placeres y goces mundanos, también es muy desgraciado; porque queda su espíritu dividido entre las falsas luces de su pasión y las verdaderas de su fe. No son estas tan fuertes, que puedan dominar las pasiones, ni convertirle; pero son suficientes para inquietarle. Y si la fe queda entera y sin perderla, entonces ésta le confunde, y le atormenta, porque sólo le representa objetos contrarios á sus inclinaciones, y verdades que

condenan sus acciones y su vida. En el Evangelio, sólo halla maldiciones contra los ricos y dichosos del siglo: sólo ve la obligación de sufrir la cruz, y de llevarla: si mira á Jesucristo, autor y principio de la fe, halla á su Juez en la persona misma de su Salvador; porque, si no es su modelo, El será el que le condene; ¿y cómo puede Jesús crucificado ser modelo de un rico, entregado á sus delicias y torpes placeres ú de un dichoso de el siglo?

El excesivo amor á las diversiones y alegrías del mundo, no sólo debilita ó hace perder la fe, sino que también hace lo mismo con la esperanza. Esta tiene dos efectos. El primero, hacernos desear los bienes eternos, porque nos parecen sólidos y verdaderos, y el segundo es, hacérnoslos esperar, por parecernos fáciles de conseguir con el socorro divino. Los placeres mundanos destruyen estos dos efectos de la esperanza, ó, á lo menos, son incompatibles con ellos. Un hombre en medio de las delicias que condena Jesucristo, embelesado y encantado por el amor de los bienes de la tierra, y fuera de sí por los deleites groseros y sensuales de la carne, ¿cómo puede ser capaz de moverse con la consideración de los bienes puramente espirituales y purísimos que la esperanza cristiana le propone? "El hombre carnal, dice san Pablo, no gusta de las cosas espirituales„. Renunciaría con gusto los bienes del cielo, con tal que le asegurasen para siempre los bienes de la tierra; pero aun cuando un mundano fuera capaz de desear los bienes invisibles, ¿podría esperarlos? La fe enseña que, siendo pecador, no los puede conseguir sino es haciendo penitencia y mortificando sus pasiones, su carne y sus sentidos; ¿más cómo podrá hacer esto, quien está enteramente entregado á sus deleites? ¿Cómo podrá abrazar la mortificación, que tanto horror le causa?

Por último, los placeres del mundo imposibilitan al pecador para recobrar la caridad, porque hace su conversión moralmente imposible. Los hombres no

se atreven á reprenderle, y Dios no se digna corregirle. Un dichoso del siglo, rodeado de placeres y de mundanos que le lisonjean y arrastran en pos de sí con sus consejos y sus ejemplos precipitándole en mayores desórdenes; ¡qué difícil es que encuentre á un Juan Bautista que le diga: *Non licet*, no te es permitido hacer lo que haces! Dios no se digna corregirle, porque el pecador dichoso olvida, menosprecia y abandona á Dios, y Dios también, por su parte, lo abandona á los apetitos de su corazón. "¿Y quién podrá corregir, según dice el Espíritu Santo, á quien Dios menosprecia?„ Dios le olvida, y le abandona á los deseos de su corazón que es pena mucho más severa que si le abandonase en manos de sus más crueles enemigos. No se enoja contra él, con aquel enojo de Padre con que castiga á sus hijos para enmendarlos, porque no le mira ya como hijo, sino como á enemigo irreconciliable.

Coloquio.—¡Ah, Señor!, castigadme, pero como Padre amoroso, mas no me visitéis en vuestro furor. Yo renuncio á cuantos goces y placeres puedan separarme de Vos. Me abrazo con gusto con las tribulaciones y mortificaciones de los Santos, y quiero llorar y penar en esta vida, por gozar de Vos en la eterna.

Propósitos.—Cuando el demonio, el mundo ó la carne te tentaren con el agrado de alguna diversión, ó culpable ó peligrosa, responde lo que aquel sabio: "No quiero comprar tan cara la obligación de arrepentirme.„

28 DE JULIO

(Cuarta bienaventuranza).

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Preludios.—Oye á Jesucristo predicando esta cuarta bienaventuranza á los hombres y pídele con la Samaritana agua de devoción y santos deseos para apagar la sed de los bienes de la tierra y hacerte apetecer cada día más la justicia y la santidad.

PUNTO I

En qué consiste esta cuarta bienaventuranza.

Considera que, como dice san Jerónimo, no se contenta Dios con que tengamos deseos de servirle, sino que nos pide hambre y sed de la virtud; esto es, un apetito encendido de la santidad, y unas vivas ansias de conseguirla, al modo que el hambre y la sed afligen á los que la tienen, hasta alcanzar lo que apetecen. Pondera aquí lo que dice san Bernardo: "que el hambre y la sed no dan treguas ni plazos para en adelante, sino son unos acreedores que ejecutan sin dilación, por cuanto las ansias que padecen no pueden esperar.„ Este fuego y esta ansia quiere Dios que padezcamos de la virtud, y á los que la tienen escribe en el catálogo de los bienaventurados. Examina, pues, tu corazón, y mira si padeces esta hambre y sed de la virtud y santidad, y si te duele la dilación de alcanzarla, y qué diligencias haces para ello: acusa tu tibieza y flojedad, y pídele á Dios que te la dé, y que encienda este fuego sagrado en tu alma, para que merezcas entrar en el número de los bienaventurados.

Considera luego que los deseos brotan del corazón, y que de ellos proceden las obras, como los frutos de las flores; por lo cual siempre preceden los deseos á las obras, y el que no los tiene no las tendrá tampoco, y á quien Dios quiere hacer mercedes, primero le da los deseos de ellas, para que las pida, espere y diligencie por todos caminos, como le dió vivos deseos al santo Simeón de ver al Mesías, y antes de morir se los cumplió. Para que llegues á tener y practicar esa bienaventuranza has de empezar por desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligación para con Dios y para con los prójimos, sin dejar ninguna, haciéndolas con mucho gusto, sin tedio ni fastidio, aunque sean desabridas á la carne;

así como el que come con hambre y bebe con sed, come y bebe todo lo que ha menester con gran gusto: luego has de desear crecer más y más en las virtudes, pareciéndote ser poco lo que tienes y mucho lo que te falta. Además, es preciso tener hambre y sed de que en el mundo haya esta justicia, y que todos la procuren y guarden, ofreciéndose á padecer hambre temporal y cualquier otro trabajo en razón de que ella prevalezca. Es propio de esta virtud tener entrañable hambre de recibir sacramentalmente ó espiritualmente á Cristo N. S., que es nuestra justicia, y desear beber el agua viva de su gracia, corriendo con gran sed á los sacramentos y á la oración y meditación, que son las fuentes de donde manan. Por último, desear fervientemente la corona de la justicia, suspirando por ver á Dios, para sentarse con Cristo á su mesa, y comer y beber lo que para siempre ha de hartar. En esta hambre y sed consiste lo que llamamos fervor de espíritu, contrario al vicio de la pereza; con el cual fervor he de hacer todas mis obras, avergonzándome de tener tanta hambre de los manjares del cuerpo y tanto fastidio de los del espíritu.

PUNTO II

De la obligación de aspirar á esta cuarta bienaventuranza.

Considera que todo cristiano necesita para serlo, tener esa santa hambre y sed de justicia; primero, porque Jesucristo quiere que aspiremos á ser perfectos como su Padre celestial es perfecto; es decir, que jamás nos contentemos con el grado de virtud en que estemos, sino que siempre anhelemos pasar más adelante. Segundo, porque esa hambre y sed indican fe viva y aprecio sincero de los bienes de la santidad y de la gracia y deseo de adquirirlas, como el avaro tiene sed del oro y el mundano hambre de los placeres, porque es una cosa intolerable que aprecien ellos más los bienes perecederos de la tierra que nosotros

los celestiales y eternos. En tercer lugar, porque esto es lo que quiere Dios de ti, que no te contentes con lo adquirido, sino que siempre desees más virtud y aspires á más perfección, caminando adelante y adelantándote siempre sin volver atrás. Mira, pues, si mereces entrar en el catálogo de los escogidos, y si vas siempre adelante en la mortificación, humildad, desprecio de ti mismo y aprecio del cielo, y en el amor de Dios y caridad del prójimo, en la paciencia, mansedumbre y piedad, y en el resto de las otras virtudes. Considera cómo estabas al principio de tu conversión y en qué grado te hallas ahora, y clama al cielo, pide á Dios perdón de tu negligencia y fervor para empezar á subir al monte alto de la santidad, hasta llegar sin detenerte á la cumbre de la perfección. Y no sólo has de tener hambre y sed de la santidad propia, sino de la ajena, la cual procede de la verdadera caridad y amor de Dios, como el calor y sed de la lengua nace del fuego interior; por esto, como dijo san Crisóstomo, llamó Cristo sol á la santidad, porque da sed. Mira, pues, si la tienes de la salvación de tus prójimos, y si te duele su pérdida, si duermes y comes con sabor viendo tantos como se condenan por vivir mal; y si el celo de la gloria de Dios y del bien espiritual de las almas está continuamente solicitando tu corazón sin dejarte reposar, y si con esta sed y esta hambre clamas á Dios por su bien y te martirizas por sus pecados, pidiéndole que ponga término en ellos y les de luz para servirle y gracia para salvarse. Si esto haces, y estas ánsias te quitan el sueño y te traen crucificado, entiende que te va bien; y si no cuidas de tus prójimos ni te duele su perdición, no tienes sed de sus almas ni mereces entrar en el número de los bienaventurados, á quien Dios promete hartura y satisfacción de sus deseos. Considera el hambre y sed que padeció en la cruz y toda su vida, Cristo, de la salvación de tu alma y de todas las demás, y cuanto

hizo por ellas, y aprende á tener sed de las almas de tus prójimos, y hacer cuanto pudieres por ellas.

PUNTO III

Del premio de esta bienaventuranza.

Considera que promete Cristo hartura en esta vida, segun el sentir de san Agustín; porque aquí les dará el cumplimiento de sus deseos y aquella agua de la fuente de vida eterna, de la cual los que beben no tienen ya más sed, como lo ofreció el Salvador: las aguas de este mundo son salobres, y en lugar de apagar la sed, la aumentan; pero las espirituales y del cielo la apagan de manera, que nunca tienen más sed los que beben de ellas; por lo cual, dice san Jerónimo, que los que gustan los manjares espirituales nunca más apetecen los carnales. Pide, pues, á Dios con la mujer samaritana, que te dé esta agua de la devoción y santidad, para perder la sed de los bienes de la tierra y de las delicias del mundo, y no apetecer más que las celestiales, con la satisfacción y hartura que ellas dan.

Considera, además, cómo los hambrientos son bienaventurados, porque serán hartos, concediéndoles Dios las cosas que deseaban, comunicándoles en esta vida copiosa gracia, abundancia de merecimientos, gran gusto interior del espíritu, y dandoseles á sí mismo por manjar y uniéndose con ellos por amor, con tanta hartura, que digan: "¿Qué quiero yo en el cielo? Y fuera de Ti, ¿qué otra cosa deseo yo sobre la tierra?„ Y aunque la hartura de esta vida despierta nueva hambre y nueva sed, pero esta hambre y esta sed no son penosas, sino dulces, porque quitan el fastidio y aumentan el gusto. Finalmente, en la otra vida quedarán hartos con la vista clara de Dios, porque se les descubrirá su gloria, que es una abundancia de todos los bienes que los hombres podemos razonablemente desear. En lo cual se ha de ponderar que la tierra es lugar de perpetua hambre y sed; por-

que unos tienen el hambre de manjares y deleites de la carne; otros de riquezas, honras y dignidades del mundo; otros de ciencias y curiosidades de los sentidos, y otros de las virtudes y gracias celestiales. Y ninguno se puede ver harto en esta vida, porque los bienes temporales no pueden llenar nuestro deseo, y los espirituales danse con tasa, y siempre hay gana de crecer en ellos; pues por esto dice la divina Sabiduría, "que quien la come, siempre queda con más hambre„. Pero el cielo es lugar de hartura muy cumplida, porque, como dice David, todos quedaremos hartos con la vista sola de Dios, la cual enriquece y engrandece tanto, que quita las ganas de todas las riquezas y grandezas de este siglo, porque todas en su comparación son miserias y bajezas. Ella harta el deseo de saber, porque con ver á Dios se ven todas las cosas que se pueden desear. Ella también llena el deseo de las virtudes, porque da cumplimiento y última perfección en todas; y con durar esto por toda la eternidad, nunca causa fastidio, antes cada día se gusta con la misma novedad que al principio. Finalmente, allí se cumplirá lo que está escrito, que los escogidos no tendrán hambre, ni les afligirá el sol, ni el estío; porque el Cordero los regirá y los llevará á las fuentes de agua viva, y enjugará las lágrimas de sus ojos. ¡Oh alma mía, ten hambre y sed de esta gloria, pues esta sola basta para darte cumplida hartura! Ten también hambre y sed de la justicia, porque sin ella no podrás alcanzar su grandeza.

Coloquio.—¡Oh buen remunerador! ¡Oh Príncipe soberano, y cuán colmadamente galardonáis á vuestros criados, pues vencen vuestros premios á sus deseos, y, sin comparación, mayor es el galardón que todo lo que apetecieron! Bienaventurados los que os desean á Vos, y los que apetecen vuestra gloria y vuestro servicio, pues tan cumplidamente satisfacéis sus deseos. Suplícoos, Señor, que me deis gracia para que no desee, ni apetezca, ni admita cosa alguna

sino á Vos y por Vos, y lo que fuere gloria vuestra y de vuestro santo servicio y la salud de mi alma, ni tenga otra voluntad sino la vuestra, ni otro gusto sino el vuestro, ni otro interés sino vuestro santo servicio eternamente.

Propósitos.—Aspira siempre á mayor perfección, y no te contentes con la actual, si no quieres volver atrás, ya que en el camino espiritual atrasa aquel que no adelanta.

29 DE JULIO

Del hastío y tibieza espiritual como opuesta á la cuarta bienaventuranza.

Preludios.—Oye la voz terrible del Señor, que dice: «Porque eres tibio, te empezaré á arrojar de mi boca», y pide al Señor no venga sobre ti tan espantoso castigo.

PUNTO I

Malicia de la tibieza espiritual.

Considera que nada se opone tanto ni tan radicalmente al hambre y sed de justicia que Jesucristo nos manda tener, y que es señal del fervor del espíritu, como la desgana y hastío de las cosas santas. En vez de sentir hambre por ellas, nos dan náuseas, y nosotros, en ese estado, se las causamos á Dios, que dice del tibio que lo empieza á arrojar de su boca. No lo ha acabado de arrojar, porque aún no ha caído en el pecado mortal, pero ya ha empezado, porque ese estado de tibieza lleva fácil y naturalmente á la culpa grave.

Para que te cause, pues, horror esa languidez y enfermedad de tu alma, considera su malicia, que es espantosa. Porque, en primer lugar, no ser ni frío ni caliente para un Dios que merece tanto amor, arrastrarse lánguidamente en el servicio de un tan grande y soberano dueño, temer poco ofenderle y desear poco agradarle, sin anhelo por su gloria, ni celo

por sus intereses, eso es ser tibio. ¡Qué desorden para un cristiano que debe aspirar á la perfección de su estado! Deduce esto de la oposición que ofrece la tibieza espiritual con los deberes á que nos obliga nuestra profesión de cristianos.

El hombre tibio parece que con sus actos como que dice á Dios que no merece ni tanto respeto ni tanto amor como el primer Mandamiento de su ley ordena, y que, por tanto, el hombre no debe molestarse en servirle con fervor: que no hay en la dicha de agradarle y de poseerle eternamente, una compensación suficiente á los sacrificios que exige su servicio. ¿Es el Dios á quien todo lo debemos ese Señor que de tal suerte y tan indignamente es tratado por el alma tibia?

En segundo lugar, considera que el Evangelio nos dice á todos: "Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto„, y aunque claro está que con este mandato no trata de exigirnos lo imposible, al fijar Dios su propia perfección como el solo término en que nos podemos detener, quiere indudablemente que el que es santo se santifique más todavía, y que el justo no deje de crecer siempre en justicia, hasta que llegue á la plenitud del hombre perfecto. San Bernardo define la perfección á la que todo cristiano está obligado: "Un celo infatigable por el propio adelantamiento, y un esfuerzo continuo hacia lo que es mejor.„ ¿Hay nada más opuesto á eso que la tibieza?

Saca además la malicia de la tibieza, de que nadie teme menos que el tibio, y sin embargo, nadie tiene tanto por qué temer. Porque, poco atento á escuchar la voz de su conciencia, no se inquieta por sus infidelidades en el servicio de Dios, y mira como cosa de poca monta la multitud casi infinita de los pecados veniales que comete, las conversaciones vanas, las lecturas frívolas, las idas y venidas peligrosas ó inútiles; en una palabra, ese conjunto de vida sin espíritu

de fe, sin mortificación y sin verdadera y sólida piedad.

Además, el justo desconfía de sus obras, y la sola sombra de lo que puede ofender á Dios hace temblar á quien le ama. ¡Oh santo temor de Dios! Tú eres el baluarte más seguro de la inocencia. ¡Desgraciado, en cambio, aquel á quien alarma poco ó nada, el hábito de las faltas leves! Después de haberse familiarizado con el pecado que la hiere, se llega pronto al pecado que mata al alma. Fácilmente se pasa del sueño de la tibieza al sueño de la muerte; y como este paso se da naturalmente y como quien se desliza en el abismo, más bien que como quien cae en él, es raro detenerse á tiempo.

Otro de los males de la tibieza consiste en forjarse ilusiones acerca del bien que el perezoso cree hacer; porque la tibieza suele conciliarse con algunas virtudes que adormecen al alma con una falsa seguridad. El Obispo de Efeso era ejemplar en muchas cosas. Jesucristo mismo dió de ello testimonio, según se lee en el *Apocalipsis*; y el ángel de la Iglesia de Laodicea descansaba también en algunas obras, buenas en sí mismas, pero inficionadas del veneno de la tibieza. "Soy rico—decía,—nada me falta„, y el infeliz no sabía que era digno de compasión por su extrema indigencia espiritual, por su ceguedad y por la carencia de todo bien verdadero. Hallarse tranquilo en tan miserable estado es aumentar los peligros que en sí encierra. Pide á Dios que te dé luz para conocer cuál es el estado verdadero de tu alma y gracia para salir de él.

PUNTO II

Peligros del alma tibia.

Considera que si el tibio nada teme, nadie, sin embargo, tiene tanto por qué temer. El tibio está bajo el peso de todos los oráculos más formidables y terribles. "Al siervo inútil arrojadlo á las tinieblas exte-

riores„. Este hombre tan severamente condenado ¿habrá violado la fe ó las leyes de la justicia, de la templanza y de la castidad? No. Unicamente se le acusa de su negligencia en cultivar el talento que le había sido concedido; es un servidor inútil: ese es su crimen. ¿Cuál habían cometido las vírgenes á quienes el Esposo no quiso reconocer ni admitir en la sala del festín! Una falta de vigilancia, en mantener en su alma el fuego de la caridad. Aparte de esto, habían conservado su virginidad, y el nombre de vírgenes se le sigue dando por Jesucristo.

¿Qué significa aquella higuera estéril sobre la que cayó la maldición del Hijo de Dios y se secó en un instante? Jesucristo tenía hambre, según dice san Mateo; busca fruto en aquel árbol y no encuentra más que hojas, ornato inútil, que no evita la terrible sentencia del Señor. Del mismo modo las apariencias de virtud y el exterior de piedad, pueden hallar gracia delante de los hombres; pero Dios que ve el fondo de los corazones, Dios que tiene hambre de nuestro amor y de nuestra santificación, no encuentra más que hojas y con ellas no puede contentarse. Además, Dios dice que al tibio lo empieza á arrojar de su boca con el asco con que se arroja lo que luego es imposible volver ni á mirar siquiera. Terrible amenaza que indica el horror con que Dios persigue á quien tan mezquino es con un Señor tan bueno y generoso. Dios lo castiga apartándose de él y negándole la abundancia de sus luces y sus gracias.

¿Y cuál ha sido nuestra conducta ante tan terribles anatemas? Todos creemos en ellas, pero ó no pensamos en su significación, ó lo hacemos superficialmente, sin sacar de ellas aplicaciones para nosotros mismos. ¿Es que no hay en nosotros señal alguna de tibieza? Y si la hay ¿en qué consiste que tantos peligros no nos aterren? ¡Si será ese el más terrible efecto de la tibieza que tal vez se ha apoderado de nuestro corazón!

PUNTO III

Remedios de la tibieza.

Primero: la oración.—Jesucristo nos enseña que la tibieza no es una enfermedad incurable, pero que de El hay que esperar el remedio y hay que buscarle en su Corazón. Este remedio eficaz lo da Jesús á cambio de la oración, pero ésta es penosa para el alma tibia y aun le sería imposible sin la gracia que predispone y mueve á la oración.

El Salvador acababa de decir al obispo de Laodicea, que era pobre y que estaba desnudo y ciego, como todo tibio lo está. Es pobre, ¿porque qué valor pueden tener para el cielo las obras exteriores que no se enaltecen con la intención pura ni se animan con el fervor? Está desnudo, porque carece de virtudes sólidas y á menudo está despojado de la gracia santificante del alma. Está, por último, ciego, porque no ve su desgracia, ni los peligros que ésta le acarrea. Pero le dice que compre la caridad al precio de la oración y bien pronto tendrán remedio sus males. Con ella será rico, porque quien tiene á Dios, lo tiene todo; estará vestido, porque la caridad es la mejor vestidura para el alma; verá claramente, porque ella también es el mejor colirio para sus ojos. Teniendo caridad tendremos la seguridad de agradar á Jesucristo, pues nos ama y se manifiesta claramente á los que son objeto de su amor.

Oremos, pues, por mucho hastío que nos cause la oración, y á pesar de su aparente inutilidad. Humillémonos delante de Dios, y hagamos violencia á su corazón, pues así El lo desea. Después de una sequía de tres años, imagen de una tibieza inveterada, Elías se dirige al Señor, que no le escucha al pronto; ora hasta siete veces, y sólo entonces consigue ver una nubecilla pequeña elevándose sobre el mar, y transformarse bien pronto en lluvia abundante. Seamos

constantes, y Dios concederá á los gemidos de nuestras plegarias las aguas de la gracia, de que tanta necesidad tienen nuestras almas.

Segundo remedio: la mortificación.— Se aleja uno de Dios por ceder á las inclinaciones de la humana naturaleza; se aproxima uno á El reprimiéndolas. Para lanzar la tibieza del alma, es necesario juntar la penitencia á la oración. No se trata aquí de ayunos severos, ni de terribles austeridades de las que un alma tibia es ordinariamente incapaz. No obstante, si siente la necesidad de ejercer contra sí misma algún piadoso rigor, y para ello tiene valor, nada mejor que hacerlo, con tal que sea con prudencia y que se deje dirigir; pero, al menos, conviene que haga algunos sacrificios, aquellos que exige el cumplimiento de su deber, ó se prive de algunas satisfacciones de su amor propio y de su pasión dominante. Lo que se le pide es un esfuerzo, una victoria obtenida sobre sí. Dad al Señor y El os dará; mostrad que tenéis deseos de agradarle, y El colmará la medida de sus gracias. Levantaos, dad un paso, ensayad vuestras fuerzas, poned manos á la obra, comenzad á ejecutarla, y Dios hará lo demás.

Tercer remedio: la consideración.—Esta es, en cierto modo, la vida de la fe, como la fe es la vida del justo. La irreflexión conduce á la rutina, y la rutina en las cosas de Dios, apenas se distingue de la tibieza. Reflexionemos, pues, acerca de la grandeza de Dios, de la nada del hombre, de la brevedad de la vida; pero reflexionemos muy principalmente acerca de dos bienes inapreciables que nos procura la generosidad en el servicio del Señor; á saber: la santidad y la dicha. La santidad, porque el fervor da un mérito excelente á las acciones más insignificantes. Dios mira al corazón más que á las manos, y esta es la razón por la que muchos de los bienaventurados que hoy gozan del cielo, sólo practicaron obras comunes, lo que no les impidió recorrer mucho camino en poco

tiempo. ¿Por qué? Porque fueron fervorosos en el servicio de Dios. La dicha, aun en la vida presente; porque el yugo de Jesús es suave, no para aquellos que lo arrastran con pesadez y flojedad, sino para los que le toman y le llevan con amor. Los santos han hablado de esto por propia experiencia. David marchaba alegremente por la vía de los divinos mandatos; más aún, corría por ella con el corazón dilatado por la confianza y el amor. El gran Apóstol experimentaba consuelos superabundantes en medio de sus sufrimientos, y ha sido frecuente oir exclamar á las almas puras y fervorosas con santa Magdalena de Pazzis: "Padecer y no morir„.

Coloquio.—¡Sí, Dios mío!, Vos habéis prometido ese maná celestial de que están privadas las almas sensuales y negligentes, y si rara vez he gustado su dulzura, ahora comprendo la causa. Lejos de vencer mi cobardía y mis malas inclinaciones, he sido su esclavo; en lugar de buscar fuerzas en la fe avivada por la oración y en el apoyo de vuestra gracia, que nunca negáis á quien os la pide, evitaba entrar dentro de mí mismo y rehuía enardecer mi corazón en el fuego del trato con Vos en mis ejercicios espirituales. Señor, Dios mío, al mostrarme la causa de mis males, me señaláis también su remedio; solicitaré en adelante vuestra gracia, pero al mismo tiempo la secundaré con mis esfuerzos, con la confianza de que me acogeréis con amor y por medio de abundantes gracias me ayudaréis á que os sirva con nuevo fervor.

Propósitos.—Si tienes deseo de salir de la tibieza, saca la resolución de hacer con fervor, exactitud y diariamente tus ejercicios espirituales.

30 DE JULIO

(Víspera de san Ignacio de Loyola.)

La mayor gloria de Dios.

Preludios.—Represéntate á Jesucristo repitiendo aquellas palabras: «Yo no busco mi gloria», enseñándonos á nosotros á no buscar nuestra gloria propia, sino la gloria del Padre y haciéndonos entender con cuánta diligencia debemos buscarla, con qué intención debemos promoverla y los medios que hemos de emplear para propagarla. Pídele que merezcas ser instrumento de tan alto fin.

PUNTO 1

De la alteza y sublimidad de la gloria de Dios.

Considera, en primer lugar, la alteza de esa divina gloria. Es tanta, que se puede y debe llamar el único bien de Dios, y como tal debe ser siempre preferido al bien de las criaturas. Es el único bien que la criatura puede dar á su Criador para corresponder á los innumerables beneficios que de El recibe; el único bien que movió á Dios para crear el universo: el único que podía proponerse al formar todos los seres y sin el que no hubiese creado ningún otro bien, porque Dios, como sabio, debió proponerse un fin altísimo, y ese fin no puede ser otro más que el mismo Dios; el único bien que el mismo Hijo de Dios se propuso como fin último en todos los actos de su vida; todo cuanto hizo, cuanto habló y sufrió, el mismo suplicio de la cruz lo aceptó para restaurar y reparar la gloria de su Padre. La gloria de Dios es, pues, el único bien de Dios; luego tiene alguna cosa de divino, luego tiene alguna cosa de infinito. Efectivamente: si la gloria crece á proporción de la dignidad de aquel á quien pertenece, ¿cuál será la excelencia de la gloria de Dios? Todas las criaturas, por excelentes que sean, son nada delante de Dios; ¿qué podrá ser, pues, la gloria de todas las criaturas comparada

con la gloria de Dios? La gloria de Jesucristo, en cuanto hombre, era muy excelente y muy perfecta; pero, cuando la compara con la gloria de su Padre, confiesa él mismo que es nada: *Gloria mea nihil est.* ¿Qué será, pues, la gloria de todas las criaturas comparada con la gloria de Dios? Verdaderamente será menos que nada; y como propiamente no hay nada grande, sino es Dios, así tampoco no hay nada grande sino es su gloria; ni nosotros tenemos verdadera grandeza, sino á proporción del celo que tenemos para procurarla.

Pondera luego su sublimidad. Porque si siempre es grande el realizar cosas grandes, y perfecto el hacer cosas perfectas, nada puede haber tan sublime como promover la gloria de Dios; es más que dominar el mundo, es mejor que dar la vida á todas las criaturas; porque valdría más que éstas dejasen de existir, que el que desapareciera la parte más mínima de la gloria de Dios. Eleva, pues, tu espíritu; levanta tu alma y tu corazón, y ya que te es dado el realizar cosas tan grandes que te asemejen á Dios y á su divino Hijo, desprecia las cosas pequeñas de la tierra para buscar las grandezas de la vida sobrenatural.

Nada, además, tan necesario como dar gloria y alabanza á Dios tu Criador. Siendo éste, como es, el fin de todas las criaturas, todo cuanto eres y posees se lo debes á El, sin cuya bondad nada tendrías y ni siquiera existirías. Dios te eligió en Cristo antes de la formación del mundo para su servicio y alabanza; te creó, te formó y predestinó para que fueses uno de sus hijos de adopción y empleó todos estos medios para que le tributases el honor que le debes. ¿Qué hijo no honrará á su padre? ¿Qué ministro no ensalzará á su rey? ¿Qué siervo de Dios no le glorificará? Los designios de Dios no quedarán nunca frustrados y tú le glorificarás necesariamente; si lo haces de buena voluntad, en el cielo, cantando su misericordia y recibiendo el premio; si te resis-

tes, glorificarás su poder y su justicia en medio de los suplicios eternos.

Es, por último, muy provechoso someterse al deber de fomentar cuanto puedas la gloria de Dios. Tanto cuanto le quites en la vida presente, has de restituirle en la futura; tanta cuanta gloria le des en la tierra, recibirás tú en el cielo. No es ganancia tuya, sino daño y ruina el quitar algo á la gloria de Dios, para convertirlo en alabanza propia. Los libros santos están llenos de enseñanzas que nos revelan de cuánto valor y mérito es el más pequeño acto realizado á mayor gloria de Dios, y en cambio del cual el divino Juez nos ha de dar una recompensa eterna é infinita, recompensa que no es otra más que la participación en esa misma gloria, porque la gloria de Dios es siempre inseparable de nuestra felicidad.

Si meditases esto detenidamente, no serían tus obras tan tibias é imperfectas. Siembras mucho y recoges poco fruto, porque trabajas para ti y no encaminas tus actos á la gloria de Dios. En vez de honrarle, le ofendes, y cuando te acercas á El, lo haces con tanta irreverencia y poco respeto, que muchas veces recibe ofensas aun de aquellas cosas de las que El esperaba mayor gloria, y donde comenzaba para ti la salvación, allí mismo te resulta, por culpa tuya, mayor daño. ¡Oh Señor!, yo reconozco mi necedad y miseria, comprendo que es tarde, pero yo multiplicaré mis alabanzas, y ofreciéndome á mí mismo y ofreciendo mis pensamientos, palabras y obras, os ofreceré este sacrificio para reparar en cuanto pueda todas las faltas de mi vida pasada.

PUNTO II

Debemos hacerlo todo para gloria de Dios.

Considera que todo el mérito de nuestros actos depende de la intención, de tal modo, que si falta la intención no aprovecha la acción por buena que sea.

La intención mala corrompe una buena obra, y una intención recta hace provechosas las acciones indiferentes; considera, pues, cuánto importa que todas tus obras vayan acompañadas de la intención de glorificar á Dios, que esta intención altísima esté siempre viva en el espíritu y que prevalezca sobre todo otro género de intenciones.

Esta intención ha de ser universal, de tal modo, que no sólo se extienda en conjunto á toda tu vida, sino que se aplique á cada obra en particular, á fin de que éstas vayan siempre dirigidas á Dios, por lo menos de un modo implícito; es decir, que por lo menos, hemos de proponernos como objeto el deseo constante de la salvación ó la hermosura de alguna virtud, para desde aquí remontarnos al servicio y alabanza del que es autor de toda virtud y toda perfección; de otro modo, no recibiremos nuestra recompensa en el cielo. ¿Qué puede haber más racional ni más justo, que el que sea fin último de todas nuestras acciones, Aquel por quien todo existe, y que vuelvan á El todas las criaturas que en El tienen su principio? ¿Ni qué cosa más insensata que despreciar y perder esas riquezas que han de saciar el alma por toda una eternidad, cuando basta tener voluntad para poseerlas! ¡Ay Señor, cuántas eternidades de gloria he dejado perder por mi negligencia! Cuando pude ganarlas, no quise; ahora que lo deseo, quizá me falte el tiempo.

La intención debe ser actual, porque aun cuando muchos teólogos enseñan que basta la intención con que consagramos á Dios nuestras obras por la mañana, y que no es preciso se extienda á cada obra en particular, siempre será mejor renovarla con frecuencia, para que, manteniéndose viva en el espíritu, no solamente recoja los sentidos evitando toda disipación, eleve el pensamiento, inflame y encienda el corazón, nos una más estrechamente á Dios, ayudándonos á practicar los actos de caridad, y aumente nuestros méritos y nuestra recompensa, sino porque la

intención general que formamos por la mañana influye poco en nuestros actos, si no se renueva aplicándola á los actos presentes. Además, cuando la intención es remota, su influjo suele ser muy débil; unas veces, porque nuestro descuido ó nuestras negligencias lo hacen ineficaz; y otras, porque la intención de dar gloria á Dios desaparece cuando ponemos la contraria, por la cual buscamos nuestra vanagloria ó nos proponemos satisfacer nuestros propios deseos y naturales inclinaciones.

Ha de ser también sincera, de modo que al lado de una buena intención no haya otra menos recta, sino que limpia de toda imperfección sea completamente agradable á Dios. El amor propio procede con grande sutileza, se insinúa con la mayor astucia y, muchas veces, busca en los mismos impulsos de la gracia algún bien ó provecho particular. El celo suele confundirse con la venganza y la soberbia, la envidia con las santas emulaciones, la vanidad quita su mérito á la limosna y la vana curiosidad suele ir acompañando al estudio. Finalmente, la intención de glorificar á Dios debe prevalecer sobre toda otra intención de nuestro ánimo, de manera que si alguna vez está conforme con nuestros apetitos, deseos ó inclinaciones naturales, se sobreponga y prevalezca sobre ellos, y cuando esta conformidad falte se prescinda de lo que es nuestro para atender solamente á lo que exige la gloria de Dios. Para conocer si esta intención es sincera y si está sobre todos los demás fines te bastará examinar si al prescindir de tu propia comodidad y deseo sientes el mismo fervor y empeño que tenías en la obra comenzada.

Señor, haced que mi boca se llene de alabanzas para que cante vuestra gloria y celebre siempre vuestras grandezas; dadme sentimientos de respeto y amor hacia vuestro santo nombre, para que yo os ame con todo mi corazón, mis palabras y mis obras y no cese jamás en vuestros divinas alabanzas; haced que yo os

ame sobre todas las cosas, que en ellas os busque siempre, en ellas os encuentre y eternamente os bendiga en el cielo.

PUNTO III

De los medios de ejercitar el celo por la gloria de Dios.

Recuerda que Jesucristo dijo: "Anunciaré tu nombre á mis hermanos, y en medio de la gloria te alabaré„. Con estas palabras se dirige al Eterno Padre su divino Hijo, que, lleno de ardiente celo por su gloria, no solamente lo promueve con sus obras, sino que lo difunde por toda la Iglesia con su divina palabra; este celo debemos imitarlo nosotros trabajando para traer á nuestros hermanos al conocimiento y al amor de Dios, ¿cómo? Primero con las obras y después con las palabras, haciéndonos semejantes á Jesús, de quien nos dice el Evangelio que fué grande en obras y en palabras delante de Dios y de los hombres. Respecto á la regla de nuestra vida, el mismo Señor y maestro nos dió, no solamente el ejemplo, sino que nos impuso el precepto cuando nos dijo: "Vosotros sois la luz del mundo; resplandezca vuestra luz delante de los hombres para que conozcan vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos„. No basta que no seamos piedra de escándalo ni ocasión de ruina para nuestros semejantes, evitando en cuanto podamos que sea ofendido y blasfemado el nombre santo del Señor, sino que es necesario que resplandezca siempre la pureza de nuestras costumbres y la santidad de nuestra fe, á fin de que con ella demos á todos ejemplo de humildad, de modestia, de templanza, de mansedumbre y de todo género de virtudes y les movamos al servicio de Dios. ¿Cuántos hombres has convertido y traido á Dios con el ejemplo de tus virtudes? ¿Cuántos has pervertido y extraviado con tus malas obras? Tal vez sepas de alguno, pero probablemente desconocerás á muchos, y por eso debes repetir con el Profeta: "Límpiame,

Señor, de los pecados ocultos y perdona á tu siervo de las culpas ajenas.„

Al ejemplo de tus obras debes agregar la eficacia de tu palabra. "Lo que han escuchado vuestros oídos predicadlo por todas partes, enseñad á todas las gentes„, decía el Salvador á sus Apóstoles, porque quería que el nombre del Señor fuese conocido y glorificado por todo el mundo. Si á ti no es dado ocupar las cátedras donde se enseña la palabra de Dios, ¿quién podrá impedirte que en tus conversaciones privadas, enseñes la justicia, inflames los sentimientos de piedad en el corazón de tus prójimos y propagues la gloria de Dios? De la abundancia del corazón habla la boca: si la tuya no habla de estas cosas, es porque tu pensamiento está ocupado por otras terrenas y vanas; tu lenguaje frívolo, ligero y lleno de un fárrago inútil de cosas y de palabras, nada sirve para el honor de Dios y en cambio te daña á ti y perjudica al prójimo muchas veces.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Cuanto más me examino tanto mejor conozco cuánto me falta y comprendo que soy un siervo inútil; en adelante invocaré al Señor en medio de mis alabanzas; le alabaré con todos los actos de mi vida, le bendeciré mientras exista, porque sólo El es digno de recibir todo honor y toda gloria, toda bendición y acción de gracias por los siglos de los siglos.

Propósitos.—Hacer y trabajar cuanto puedas por la salvación de las almas.

31 DE JULIO

San Ignacio de Loyola.

Preludios.—Mira á san Ignacio en el cielo enarbolando la hermosa bandera en cuyo centro se lee: «Á mayor gloria de Dios», y pídele te dé una chispa del celo de las almas y del amor divino que abrasaba su inmenso corazón.

PUNTO I

San Ignacio buscó en todas las cosas la gloria de Dios.

Considera que á los hombres se les puede dividir

en cuatro clases: hombres del cielo, hombres de la tierra, hombres de los hombres y hombres de Dios. Los primeros buscan los bienes eternos, los segundos se apasionan por los bienes de aquí abajo, los terceros son esclavos del respeto humano, y los últimos, esto es, los hombres de Dios, sólo para Dios viven, y no ambicionan más que la dicha de agradarle. San Ignacio de Loyola se distinguió entre los primeros y los últimos. Siempre tenía el corazón, y con frecuencia los ojos, en el cielo. En lo que toca á su abrasado amor á Dios, leemos en las actas del proceso de su canonización, que á El dirigía, como á su fin todos sus pensamientos, todas sus palabras y todas sus obras, encaminándolo todo á honrarle. Puede decirse con verdad que san Ignacio procuró á Dios la gloria más excelente en su naturaleza, y la más universal por su extensión.

Se glorifica á Dios conociéndole y amándole, y se le glorifica de una manera más excelente cuando, además de conocerle y amarle, se propaga por el celo encendido de las almas su conocimiento y su amor, ya que "la vida eterna, esto es, la gloria de Dios, consiste en que los hombres conozcan al Dios verdadero y á su Hijo, Jesucristo„. Esto fué lo que hizo san Ignacio. Su primer cuidado fué glorificar á Dios por su propia santificación, y en este camino recorrió todos los grados por los que un alma se eleva á la más sublime santidad. Mira á Ignacio penitente: despojado de sus vestidos; cubierto con un saco pobrísimo, atado con una cuerda á la cintura; el corazón ya despedazado de dolor, y ya encendido de amor, pasó una noche entera orando ante el altar de María, y dándose al Hijo por medio de la Madre. Desde aquel momento, sólo se consideró como un hombre crucificado para el mundo, y para quien el mundo estaba crucificado. La gruta de Manresa, los hospitales, las plazas públicas, fueron testigos de las piadosas crueldades que hizo con su cuerpo y de las

humillaciones á que se condenó sin tasa. ¡Cuán generosamente reparó los agravios que había hecho á la gloria de Dios durante su vida mundana! Todas sus pasiones quedaron mudadas en virtudes. ¡Qué odio y olvido de sí mismo! ¡Qué humildad! ¡Qué paciencia! ¡Qué caridad para Dios y para con el prójimo! ¡Qué ardiente deseo de contribuir á la salvación de las almas! Así que entró en los caminos de la virtud, se esforzó en hacer que los demás entraran, y ¡cuánto valor, qué magnanimidad mostró en los primeros ensayos de su vida apostólica! ¿Se trata de ir á la Palestina para defender allí los intereses de Jesucristo en medio de cismáticos y de infieles? ¿Espera, por medio de un acto heroico, romper el comercio infame de un impúdico? Lo lejano de los lugares, y otras dificultades que parecen insuperables; la vergüenza de convertirse en niño de escuela á la edad de treinta y tres años, nada detiene ni enfría su celo. Así es como glorificó á Dios de la manera más excelente, pues le glorificó juntamente por medio de su prójimo y por sí mismo.

Además de esto, procuró á Dios la gloria más universal por su extensión, de tal suerte, que pueden aplicarse á san Ignacio estas palabras del profeta Habacuc: *Stetit et mensus est terram.* Efectivamente: midió con los ojos toda la tierra, porque todo el mundo le parecía estrecho para extender en él la gloria de Dios. Extendió su celo á todas las edades, á todas las condiciones, á todos los pueblos y á todos los tiempos, y lo procuró por todos los medios imaginables, y este fué el vasto campo que abrió á la Compañía de que fué fundador.

Dios respondió á la grandeza de su confianza con tan grandes bendiciones, que, antes de morir, vió á sus hijos penetrar en el seno de casi todas las naciones, para dar á conocer en ellas el nombre de Jesucristo y encender en los corazones el fuego de su amor. Respondió á su amor ardentísimo haciendo de

Ignacio perfecta copia de su divino Hijo en los trabajos, en las perpetuas persecuciones, en las calumnias y en la cruz. Respondió á su celo dándole por hijos muchos apóstoles, y haciéndolo columna firme de la fe y de la Iglesia.

Todos admiramos el celo incomparable de este corazón más grande que el mundo; pero ¿es esto bastante? ¿Estamos menos hechos para la gloria de Dios que el Santo en quien la contemplamos? ¿No es también la gloria de Dios nuestro fin, como el suyo? Hasta el día de hoy, ¿qué hemos hecho, ó sufrido para procurarla? ¿Somos hombres del cielo, ó de la tierra? ¿Hombres de Dios, ó de los hombres? ¿Qué buscamos? ¿Tenemos verdadero celo por los intereses del Señor? ¿Le glorificamos todo cuanto podemos por nosotros y por los demás?

PUNTO II

San Ignacio no buscó más que la gloria de Dios.

La intención recta se propone á Dios por fin; la intención pura no se propone más que á Dios. San Ignacio pudo decir con su adorable Maestro, que no buscaba jamás en sus nobilísimas empresas más qué la gloria de Dios y nunca su propia gloria. Merced á las divinas luces que recibió en la oración adquirió muy pronto un conocimiento tan perfecto de sí mismo, que la tentación que menos temía era la del amor propio. Aquel hombre que había sido tan exigente y delicado en lo que toca al honor mundano, estaba ávido de humillaciones y desprecios que diesen gloria á Dios. No podía sufrir que se le manifestase estimación ni aun que se alabase á su Compañía en su presencia. Una de sus aspiraciones ordinarias era esta: "Señor, ¿qué quiero yo, ó qué puedo querer fuera de Vos?„ Nada, sin embargo, caracteriza mejor el desinterés de su amor, que lo que dijo un día á uno de los suyos: "Si se me diera á escojer entre ir inmediatamente á tomar posesión del cielo, ó con-

tinuar en la tierra en la incertidumbre de mi salvación, pero seguro de procurar á Dios alguna gloria, tomaría este último partido sin vacilar„. Y añadía: "La pérdida que experimentaría entonces estaría tan por bajo del provecho, como todos los intereses del hombre están por bajo de los intereses de Dios.„ No veía en todo más que á Dios, ni amaba más que en Dios, ni tenía corazón más que para Dios, ni vivía más que para dar á las criaturas todas las noticias clara con la alabanza de Dios, en que consiste la gloria. El infierno mismo no le espantaba sino porque allí oiría blasfemar del santo nombre de Dios. ¡Cuán pocos son los que viven en este despego de las criaturas y para quien sea una verdad este grito del corazón de Ignacio: Dame, Señor, tu amor y tu gracia, y esto me basta. ¿Dónde están los que pueden decir: Dios me basta; no busco más que á Dios, no amo más que á Dios, no trabajo más que para Dios, ni tengo otro deseo ni propósito más que procurar la gloria de Dios?

PUNTO III

San Ignacio sólo buscó en todo la mayor gloria de Dios.

Esta era su divisa. Se la encuentra en cada página y en cada línea de sus escritos; la tenía sin cesar en la boca y toda su vida era la expresión de ella. Si se hubiera propuesto solamente la gloria de Dios, ó una muy grande gloria de Dios, habría puesto límites á su celo, porque entonces le habría sido posible desear y procurar á Dios alguna cosa más; pero al buscar "su mayor gloria„ en todo y siempre y únicamente, extendió cuanto pudo su amor y su celo. Llegó á ser, no el hombre de Dios, sino el hombre de la mayor gloria de Dios. Mira cuál sería su santidad y cuáles sus méritos, cuando sabes que no hay ni puede haber cosa, ni más sublime, ni más divina que la gloria de Dios. Así Dios le comunicó altísima participación de sus perfecciones y de su vida, y por eso

Ignacio fué hombre de Dios, en Dios y para Dios, endiosado en sus afectos, en sus deseos y en sus obras. Porque una señal cierta de que no se vive más que para Dios y para su mayor gloria, es la calma y la paz que se conserva en medio de las tribulaciones que turban á los demás hombres. San Ignacio estaba de tal modo unido á Dios, tan fijo, por decirlo así, en la inmutabilidad de Dios, que los acontecimientos más imprevistos, los contratiempos más terribles, no podían alterar la serenidad de su alma. San Felipe de Neri decía al verle: "He ahí un hombre que tiene cara de cielo.„ Amaba tiernamente á su Compañía, á la que veía ocupada con ardor en extender por todo el mundo el reino de Jesucristo. Ninguna prueba le habría sido tan terrible como su destrucción, y, no obstante, afirmaba que si la mayor gloria de Dios le pidiera ese sacrificio, lo haría con todo su corazón, y que un cuarto de hora de oración le bastaría para quedarse tan tranquilo como si nada hubiese sucedido.

Pidamos á Dios que nos revele un rayo de su gloria; nosotros la amaremos y nos sacrificaremos por ella en la medida del conocimiento que de ella tengamos. Busquémosla en todo; no busquemos más que á ella, y como Dios todo lo hace por nuestro mayor bien, todo lo haremos y todo lo sufriremos por su mayor gloria.

Coloquio (1) —¡Oh Padre mío dulcísimo, sacerdote santo, confesor ilustre, capitán esforzado, ministro fiel de Dios, patriarca glorioso de tantos hijos! ¡Oh Ignacio amabilísimo, gloria de nuestro siglo, ornamento de tu religión, amparo y defensa de la santa Iglesia católica, la cual por ti y por tus hijos dilataste, y hasta hoy día no cesas de amparar y amplificarla! ¡Padre, á quien entre todos los amados y escogidos de Dios, con particular amor y obligación

(1) P. Ribadeneira.

mi alma reverencia, y en quien, después de su benditísima y purísima Madre, y de mi Angel de Guarda, con entrañable devoción tiene puesta su confianza! A vos acudo, á vos doy voces, y postrado ante vuestros pies, en este valle de lágrimas, en este abismo de mis pecados y miserias, pido socorro. Mirad, alma santa, con ojos de piedad á esta alma pecadora; mirad, Padre dulcísimo, con benignidad á este vuestro inútil y desaprovechado siervo; pues estáis en el puerto seguro, acordaos de los que todavía navegamos por las ondas y peligros de este mar tempestuoso, y pues ya gozáis del premio de vuestras peleas y victorias, dad la mano á vuestros devotos que están rodeados y apretados de sus enemigos. ¡Oh Padre santo, oh Padre bienaventurado! Dadles una parte de vuestro espíritu, que por pequeña que sea bastará para todos, y por mucho que con ellos repartáis, siempre se os quedará, sin menoscabo, seguro y todo entero. Y digo que deis, porque puesto caso que el Señor es el autor, y donador, y fuente de todos los dones, de la cual se deriva todo lo bueno y perfecto en el cielo y en la tierra, pero estáis vos tan conjunto con esta fuente de vida, y agradasteis tanto á este Señor, que no dudo sino que alcanzaréis todo lo que suplicáredes para beneficio de los devotos é hijos que el mismo Señor os dió; el cual vive y reina por los siglos de los siglos.

Propósitos.—A imitación de san Ignacio, procura en todo, según tu estado y profesión, la mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

MES DE AGOSTO

DÍA PRIMERO

(Quinta bienaventuranza.)

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Preludios.—Mira y oye á Cristo N. S. explicando esta bienaventuranza; pídele misericordia por tus pecados y ofrécele ser misericordioso con los pobres y los pecadores.

PUNTO I

Explicación de esta quinta bienaventuranza.

Considera, en primer lugar, que los santos Padres interpretan esta bienaventuranza de la limosna material, y con sobrada razón, porque es el sentido más obvio de las palabras. Y ¿por qué hace felices á los hombres el dar lo que tal vez en sí valga muy poco, un vaso de agua fría, un óbolo tan pobre como el de la viuda del Evangelio? Porque el que da se parece á Dios, y toda la felicidad en ésta y en la otra vida, consiste en imitar á Dios. Mira, en efecto, cómo el Señor, porque es bondad y la bondad tiende siempre á comunicarse, abre cada día su mano, como dice el Profeta, y reparte por el mundo la vida, la inteligencia, la hermosura y cuanto los seres tienen, y cada mañana la vuelve á abrir y á llenar la tierra de bendiciones. Fuera de la eterna felicidad que Dios goza en sus comunicaciones interiores y esenciales, ni tiene ni puede tener, á nuestro modo de entender, cosas tan

altas, gloria extrínseca mayor que darse á las criaturas.

Considera la infinita bondad de Dios como una fuente eterna é inagotable, puesta en el centro del mundo, y de la cual brotan torrentes de gracias, de amor y de beneficios, que no cesan por la ingratitud de los hombres, como no contienen el flujo de la mar las asperezas de la playa; y esa es la idea más aproximada que te puedes formar de la bondad de Dios. Pues por eso es felicidad el dar, porque es semejanza de Dios, y por eso el apóstol san Pablo nos transmitió una palabra maravillosa del Señor: "Mejor es dar que recibir.„ El evangelio del mundo tiene, como en todo lo demás, la máxima contraria, y para él es feliz el que recibe y atesora, y no el que da y se priva de lo que tiene. La misericordia es también felicidad para la otra vida. Recuerda que el día del juicio parece que no habrá más que esa sola virtud y un solo vicio. El haber sido misericordioso ó duro de corazón para con los pobres.

Otros santos Padres entienden esta bienaventuranza de la limosna espiritual. Dar un buen consejo ó un buen ejemplo, consolar al afligido, sostener al débil. Mira ahí una limosna excelente, y tanto más perfecta, cuanto es más preciosa el alma que el cuerpo. Otros entienden estas palabras en otros sentidos, todos propios y todos muy útiles para nuestro provecho.

Como quiera que sea, considera que esta bienaventuranza no es un consejo, es un riguroso precepto, pues conforme á la ley y preceptos divinos, estamos obligados á amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, y, por consiguiente, como dice san Remigio, citado de santo Tomás, á tener sus miserias por nuestras, y apiadarnos de él como de nosotros mismos. Pues mira si tú cumples esta ley ó si vas por el camino contrario, siendo muy piadoso para contigo y muy duro é impío para con tu próji-

mo, y vuelve la hoja y ten misericordia de tus hermanos, como quieres que la tengan de ti; mídelos con tu propia medida, y pídele á Dios gracia para cumplir este mandato suyo, y ser alistado en el catálogo de esta bienaventuranza.

PUNTO II

De las condiciones de la misericordia y caridad cristianas.

Considera que puesto que la caridad cristiana ha de ser reflejo de la de Cristo N. S., á ella, en cuanto es posible, debe asemejarse. Pues bien, Cristo juntó y unió en sí lo más alto y lo más bajo, lo más rico y lo más pobre y tocó, como dice la Sagrada Escritura de la sabiduría de Dios, de un término á otro con fortaleza y lo dispuso todo con suavidad. Así la caridad, para ser cristiana, debe juntar lo que hay en el cielo y en la tierra de más distante, la riqueza infinita, que es Dios, con la infinita pobreza del hombre, en una palabra, debe amar á Dios y al pobre. La caridad que no es cristiana, y que no debe llamarse caridad, no se roza más que con un término, el pobre, y en él no ve más que un cuerpo que vestir, un hambriento que saciar, pero no se acuerda de Dios para nada. La caridad cristiana considera á Dios y considera al pobre y en Dios bebe el amor que le lleva al pobre, y en el pobre el objeto de sus primeros cuidados es el alma, el espíritu, todo lo que une al pobre con Dios. En una palabra la caridad cristiana ve en el pobre á Jesús, personificación augusta de la riqueza y de la pobreza, y que ha dicho hablando de sí: "Lo que hiciereis por uno de estos pequeñuelos, por mí lo habéis hecho." Así, pues, la caridad cristiana no hace más que subir y bajar, como los ángeles de Jacob, la misteriosa escala que va de Dios al pobre y del pobre á Dios, inclina el Corazón de Dios hacia el pobre y hace subir el corazón del pobre hasta Dios por el conocimiento y el amor.

Pero, además, dice el Sabio de la sabiduría de

Dios, "que lo ordena todo con suavidad." En efecto, considera que la disposición universal de las cosas es la grande obra de la Providencia, y cuando con nuestros débiles ojos contemplamos el armonioso conjunto del gobierno de Dios, sus rayos luminosos ciegan nuestra vista. La Providencia no es como el padre ó la madre que no piensan más que en su familia, ni como el pastor que no piensa sino en su rebaño. La Providencia es Madre, es Pastor, es todo para el linaje humano. Todos los hombres acuden á ella y ella no rehusa nada de lo necesario, abre cada día su mano y lo llena todo con sus bendiciones. Más abajo de los hombres están los animales que piden á la Providencia sus pastos, las plantas y las flores que le piden un rayo de sol que les vivifique ó agua que las refrigere. Y la Providencia basta á todo y da pan al hombre, hierba á las bestias del campo, luz y agua á las flores, flores y frutos á la tierra y lo da todo con esas leyes de orden y armonía que admiran y elevan nuestro corazón al autor de tanta maravilla. Pues bien, la caridad cristiana es no sólo el reflejo de la providencia de Dios, sino que, cuando se trata del pobre, es como su administradora y dispensadora universal. Por eso la caridad cristiana está instituida por Dios madre de todos los desgraciados de la tierra, y la caridad los adopta por hijos, y no hay una sola llaga ni dolor en el mundo para la que la caridad no tenga bálsamos y consuelos. Y lo dispone todo con orden, armonizando como la Providencia, la riqueza y la pobreza, enseñando al rico á dar y ser misericordioso y al pobre á bien recibir, no queriendo suprimir la pobreza ni la riqueza, sino ablandando la dureza del rico é inspirando al pobre sentimientos cristianos que le hagan concebir alta y justa idea de su dignidad y amar la condición humilde en que al Señor plugo colocarlo y que fué la que Cristo tuvo en el mundo. Mira cómo ese maravilloso conjunto de la fuerza y la dulzura sólo lo tiene Dios, eterna

fortaleza y eterno amor, y Dios lo ha comunicado á la caridad cristiana. Considera, luego, otras condiciones de la caridad: es fuerte, porque habla y obra en nombre de Dios que le ha dado esperanzas inmortales y porque la inflama el amor más fuerte que la muerte, y porque el campo de su celo es vasto como la mar de desgracias que inunda la tierra, y porque es eterna como el dolor del hombre en la tierra. Además, la caridad es paciente y no desfallece ni con los desprecios del rico ni con los dicterios del pobre y del mundo, y sobre todo con la ingratitud de los hombres. Pero al mismo tiempo que fuerte es dulce y benigna, como que tiene su origen y manantial en el Corazón divino de Jesús, el más dulce de todos los corazones nacidos. Porque ese Corazón divino es el foco ardiente de la caridad cristiana y mientras más unidos estemos á él, más abrasados nos sentiremos en la caridad.

La caridad, pues, es y debe ser cristiana. Fíjate bien en ello. Nuestro siglo que todo lo falsifica, quiere falsificar también la caridad. Hay una caridad sin fe y sin religión que no es caridad, porque esta consiste en ver á Jesús en el pobre, y esa caridad no cree en Jesús, ni obedece ni ama á Jesús. Hay otra caridad que se limita á arrojar al pobre unas monedas ó un pedazo de pan, sin amor, sin compasión, acto á veces más de ostentación y orgullo que de misericordia. Hay otra caridad más moderna aún que inventa métodos nuevos de sacar placeres de las mismas desgracias de nuestros semejantes, y que quiere ahogar con músicas y saraos los gritos de los que perecen de hambre y de dolor. Eso será lo que se quiera, pero no es la caridad. Esta sale del corazón que sufre con él, y el que así sufre no piensa en aliviar sus penas y las de su hermano con profanas diversiones que á veces ofenden á Dios, cuestan mucho y dejan poco para la desgracia. A todas estas especies de caridad les falta un ele-

mento esencial, el que broten de corazón cristiano, el que unan en sí, como lo hace la caridad verdadera, á Dios y á los pobres. ¿Qué es, pues, la caridad? Amor de Dios y del prójimo y sobre todo de un prójimo que tan tiernamente nos pinta el Señor en la parábola del Samaritano, y no pueden separarse esos dos amores sin que muera la caridad. Amas á Dios y no amas los pobres, pues entonces no le amas, porque Jesucristo Dios y hombre tiene hambre y sed y no le diste de comer ni de beber. Amas á los pobres y no amas á Dios. Pues el día del juicio, Dios no te conocerá y no te pagará lo que por él no has hecho. Amor de Dios y del pobre, esa es la caridad, de la cual dice san Pablo que es inmortal, porque si en el cielo no hay pobres, en el cielo está Dios que es amor, y el cielo no es otra cosa que la patria de la caridad.

Examina los móviles de tu caridad; no te contentes, si eres rico, con dar dinero, da sacrificios de tu regalo que valen más, y haz todo lo bueno que hagas con purísima intención, no sea que Dios te diga el día del juicio: "Recibiste tu recompensa„.

PUNTO III

De los motivos para ejercitar la misericordia.

Considera cómo Cristo N. S., primeramente fué misericordiosísimo con gran excelencia, porque fué universal remediador de todas nuestras miserias, y los años de su predicación gastó en estas obras, sanando enfermos, dando de comer milagrosamente á los hambrientos, resucitando muertos, perdonando con amor á los pecadores, enseñando á los ignorantes, orando y haciendo bien á todos. Y estimó en tanto esta virtud, que á los que pretendían apartarle de ella, dijo: "Aprended lo que hace al caso y lo que agrada más á Dios; porque más le agrada y más estima la misericordia que el sacrificio„, y no quiere sacrificio sin misericordia.

En segundo lugar, considera la misericordia que Dios tiene de ti, y cuántos pecados te perdona, y cómo se apiada de tus cuitas y socorre tus necesidades: acuérdate qué sería de ti, si Dios no te hubiese perdonado; y estudia en imitar esta misericordia con tus prójimos, como Dios la usa contigo, y pídele su favor para imitar su ejemplo y ser misericordioso como él lo es. Pondera cuánta necesidad tienes de que Dios use de misericordia contigo, y qué será de ti si no la usa, sino antes se vale de todo rigor, y considera el premio que promete á los misericordiosos: conviene á saber, que tendrá de ellos misericordia, no sólo en esta vida, sino también en la otra: en testimonio de lo cual el día del juicio no hace mención de otra virtud sino de ésta, diciendo á sus escogidos: "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino del cielo que os está preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, y sed y me disteis de beber.„

Finalmente, si no soy misericordioso, seré miserabilísimo, porque Dios N. S. no se compadecerá de mí, como no se compadeció del siervo que no tuvo misericordia de su compañero; antes, como dice el Apóstol Santiago, se hará "juicio sin misericordia contra el que careció de ella„. Y por esto el día del juicio las obras de misericordia se relatarán en la sentencia de los buenos, y la falta de ellas en la sentencia de los malos.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús, que viniste al mundo movido de misericordia, y por compasión tomaste sobre Ti nuestras miserias para librarnos de ellas!, haz conmigo esta misericordia, que aprenda á imitarte en ella. Y pues á todos dijiste: "Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial„, ayúdame con tu gracia para que imite su excelente misericordia.

Propósitos.—Mira si en el orden material haces todo el bien que puedes y das á los pobres según tus facultades.

2 DE AGOSTO

(Sexta bienaventuranza.)

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO 1

De la excelencia de la pureza de corazón.

Considera que la pureza de corazón nos iguala con los ángeles; su pureza es más dichosa, pero la nuestra tiene más mérito, porque ellos no tienen carne contra quien pelear y nosotros sólo podemos conseguir la pureza de corazón á fuerza de luchas y victorias. Para conservar la nuestra en medio de tantos enemigos, son menester muchos combates, y ¡en qué pocos quedamos vencedores! La pureza de corazón nos acerca á Dios, y en su divina Majestad va á buscar, según dice san Ambrosio, su modelo. Dios es la misma pureza, y por eso, cuando Dios se quiso encarnar, quiso nacer de una madre virgen. María santísima, estimaba infinitamente la pureza, de tal modo, que cuando se le propuso el ser Madre de Dios, dijo: "¿Cómo podrá suceder eso, siendo así que yo he resuelto guardar toda mi vida la más pura virginidad?„ Grande, pues, debe ser el valor de la pureza de alma y de cuerpo, pues María santísima, tan sabia, la prefería á la calidad de Madre de Dios, renunciando á ésta por no perder la otra. Mira, también, cómo habiendo querido tener Jesucristo un más estrecho confidente y favorecido en la tierra, eligió á san Juan entre todos los discípulos porque era purísimo. Considera, por último, que Cristo N. S. estimó tanto esta virtud, que habiendo sufrido que le levantasen tales y tantos testimonios, y que le llamasen impío, engañador y blasfemo, defendió tanto la honra de la pureza,

que no permitió que sus enemigos le levantasen sobre esto el más mínimo testimonio. Aprende, pues, á estimar esta virtud nobilísima que te acerca á Dios y á sus ángeles, rodéala con las espinas de la penitencia y la mortificación en tu alma, y sabe que serás más grato á Dios y mejor hijo de la Virgen santísima, mientras más cultives en tu alma esta flor tan delicada y preciosa.

PUNTO II

De los privilegios que Dios concede á las almas puras.

Considera que Dios mira con una ternura extraordinaria á las almas puras, se les comunica con más particularidad, les descubre sus secretos y reparte sus favores. Las almas puras ven á Dios en todas partes, lo ven como en espejo en sí mismos; la pureza les hace contemplar los misterios más ocultos de Dios, creen con sencillez y firmeza, porque Dios se comunica con los puros y los humildes. Jesucristo hizo muchas gracias á Pedro y estimó mucho su celo; pero sólo san Juan, que fué puro y virgen, tuvo la honra de reposar sobre el pecho y el corazón de Jesús, logrando por esto la entrada en aquel divino santuario, donde no se le ocultó nada de los más divinos secretos. Los confesores, los mártires, los Apóstoles tienen grandes privilegios; pero parece que sólo á las vírgenes fué concedido el seguir al Cordero á todas partes; las almas puras son sus privilegiadas, son sus esposas; y esta preciosa calidad les da entrada en los más recónditos secretos de la divinidad y del corazón de Cristo. La pureza es aquel tesoro precioso por cuya conservación muchas almas generosas sacrificaron su sangre y su vida; la conservación de este tesoro es difícil, porque todo, fuera y dentro de nosotros, nos impele á manchar el corazón y á perder esa joya que vale tanto como la gracia de Dios. Y además de esto, exponemos con tanta facilidad este tesoro, que parece que solicitamos

perderle y aún que consiste en esto nuestra dicha, cuando, por el contrario, debía ser motivo para nosotros de dolor eterno, pues es irremediable.

Si no ves á Dios en la oración, si no lo ves en las criaturas, si sientes débil tu fe, apagada tu esperanza y muerta tu caridad, examina si el motivo es que tu corazón no es tan limpio como Dios quisiera, porque escrito está que Dios sólo se deja ver de los ojos y los corazones puros, y se oculta á los impuros y soberbios.

PUNTO III

De los medios de conservar la pureza de corazón.

Si tuviéramos un poco de fe y de juicio, no deberíamos omitir la más mínima cosa que nos pudiese ayudar á conservar la pureza de corazón, porque es un tesoro, como dice san Pablo, que llevamos en vasos quebradizos. ¿Cuál sería el cuidado de un hombre que, teniendo un tesoro precioso en un vaso muy frágil, se viese precisado á pasar por caminos ásperos, estrechos y resbaladizos? No debe ser menor nuestro cuidado, pues nos rodean por todas partes precipicios y lazos que nuestros enemigos ponen á nuestra pureza. La mayor parte de los objetos que vemos, la mayor parte de las conversaciones que oímos, son tropiezos que el demonio pone á nuestra pureza. Si no estamos en vela continuamente sobre nosotros mismos, si no observamos todos nuestros pasos, cada uno será una caída que, haciéndonos perder la pureza del corazón, nos haga perder la gracia, y, por consiguiente, el alma y á Dios. Mira lo que han hecho millones de almas puras por conservar ese tesoro preciosísimo. ¡Mira tantos santos como se encerraron en grutas, tantas vírgenes delicadas en estrechísimos claustros, y tantos mártires como vertieron su sangre por conservar su pureza, y nosotros no queremos para conservarla sacrificar un pasatiempo que puede ser ocasión de perderla, ni velar sobre nues-

tros sentidos y pasos, ni evitar aquellas compañías que pueden hacernos perder la gracia de Dios!

Considera, por último, la grandeza del premio prometido á la pureza de corazón, y la dicha de los que le alcanzan y la desdicha de los que le pierden. Porque en cuanto á la grandeza del premio no puede ser mayor, que es la visión de Dios, en que se cifra toda nuestra felicidad, y por ella poseemos al mismo Dios, y con El todo cuanto podemos desear; y, por consiguiente, no puede alcanzar una criatura mayor dicha que ésta, ni puede tener mayor desdicha que perderla y ser condenado por siempre jamás. ¡Oh premio sobre todo premio, y dicha sobre toda dicha, y felicidad verdadera, que abrazas y encierras todas las felicidades que se pueden desear!

Coloquio.—Dadme, Señor mío, vuestra gracia para que lave mi corazón con lágrimas, y le purifique de la escoria de toda mancha de pecado con el fuego de la contrición, y que estén siempre limpios mi alma y mi corazón para merecer veros á Vos. Esta sola gracia os pido con David, y esto os pediré y os suplicaré, nada más: morar yo en vuestra casa y posesión todos los días de mi vida, sin apartarme de Vos por siempre jamás; y que me concedáis tal pureza de corazón, que merezca veros por la fe en el tiempo y por la gloria en el cielo.

Propósitos.—Guardar con toda diligencia las puertas de tus sentidos, ojos, oídos y lengua, de todo desorden y peligro.

3 DE AGOSTO

De la pasión de la impureza, como vicio opuesto á la sexta bienaventuranza.

Preludios.—(Los mismos del día primero.)

PUNTO I

De la ceguedad con que Dios castiga este pecado.

Considera que así como el premio de la pureza de

corazón es ver á Dios, sus misterios y secretos, así el castigo de la impureza del alma y del cuerpo es el endurecimiento del corazón y la ceguedad espiritual. Esta ceguedad, es la ordinaria y más funesta compañera del pecado de la impureza. Es la plaga con que, como terrible enemigo, Dios castiga á los deshonestos. Castiga el Señor los deseos desarreglados del corazón con los mismos deseos y con la ceguedad, que es espantosa consecuencia de los deleites y goces prohibidos. De los filósofos antiguos, dice san Pablo, que se abandonaron á la deshonestidad, y Dios les abandonó á los deseos desenfrenados de su corazón, y á los extravíos de su ciega razón, que los precipitó en acciones indignas de hombres. Porque luego que el hombre vicioso se deja dominar de esta pasión infame, empieza á perder la luz de la razón, y si esta hace aun brillar algunas centellas ó de fe ó de la luz natural, todo su estudio es apagarlas; porque le turban en el goce de los locos apetitos que se han enseñoreado de su corazón, y por eso las juzga enfadosas y quiere deshacerse de ellas. Luego que los viejos deshonestos formaron su criminal intento contra el honor de la casta Susana, dice la Escritura, que perdieron el juicio. Porque así como la pureza iguala los hombres á los ángeles, la deshonestidad los rebaja, y los iguala con las bestias; porque se corre riesgo de perder la razón, cuando se pierde la pureza del alma.

Pero no solamente este pecado ciega al hombre, privándole de la luz de la razón, sino también le priva de la luz de la gracia. "La sabiduría, dice el Espíritu Santo, no puede entrar en una alma impura, ni habitar en un cuerpo sucio por el pecado." Dios tiene horror á todos los vicios, su purísima vista no los puede ver; pero tiene una oposición particular con la deshonestidad y no comunica sus luces purísimas á almas impuras. Más presto la luz se unirá con las tinieblas, que la pureza de la gracia, con la lasci-

vía del corazón; y aun cuando Dios hiciese algún milagro, y comunicase sus luces al alma de un lujurioso, ¿harían en él alguna impresión? El hombre impuro, dice san Pablo, no tiene gusto en las cosas espirituales, no abraza los pensamientos que podían convertirle. Por eso, san Agustín, nos asegura, que nada es tan raro como la conversión de un hombre encenagado en este vicio, y se le puede creer; porque lo sabía por experiencia propia. ¿Hubo ningún hombre más santo, ni más iluminado que David? Pues apenas cayó en pecado de adulterio, luego fué tal su ceguedad, que duró en él muchos meses sin reconocer su culpa, ni pensar salir de ella y fué menester que Dios le enviase un Profeta para que le abriese los ojos, le alumbrase y le hiciese resolverse á remediar su pecado con la penitencia.

Además, este vicio priva al hombre hasta de las luces de la fe. Cuando esta pasión es desenfrenada, se pierde el freno de la razón, y se corre hasta la infidelidad y la apostasía. La observancia de la castidad, dijo Lutero, y con él todos los herejes, que precisamente por ahí empezaron, es yugo insoportable, vanidad el hacer voto de ella, imposible el guardarle, quimérica la obligación de dominar la pasión tiránica: ¡excelente reformador! No hubiera sido heresiarca, si no hubiera empezado por ser deshonesto. De las verdades prácticas, se pasa á las verdades especulativas: la fe en el fuego del infierno, es insufrible al lujurioso; por eso ha menester dudar de él; por eso ha menester negarle. Un Dios, que castiga un gusto momentáneo, con una pena eterna, parece al impuro, un Dios cruel é implacable. No se puede hacer á Dios de otra manera; ¿pues qué remedio? Borrarle de la memoria. Nadie, dice san Agustín, niega á Dios, sino aquel á quien convendría que no le hubiese. Pocos, ó ningún ateo ha habido, que no hayan sido libertinos. La corrupción del cuerpo se comunica al corazón, y este le transfiere al entendimiento.

La incontinencia de Salomón, fué la causa de su idolatría; no adoró los ídolos de piedra, sino porque había amado con exceso los ídolos de la carne. La cortedad de tu fe puede ser que proceda de la libertad de tu corazón. Pide con toda tu alma á Dios que te libre del demonio de la impureza, sino quieres poner en gravísimo riesgo tu fe, tu esperanza, tu caridad y por consiguiente tu salvación.

PUNTO II

De los lazos que arman el mundo, el demonio y la carne, contra la pureza del corazón.

Considera que los peligros de la pureza, son los más terribles, los más ocultos y los más continuos. De ordinario duran tanto como la vida. El demonio, en primer lugar, cuando quiere hacerse dueño del corazón de una persona honesta y temerosa de Dios, hace con poca diferencia, como un capitán, que recelando no poder ganar una plaza por la fuerza, negocia en ella inteligencias secretas. De este mismo modo el demonio de la impureza se sirve de ciertas pasiones, de ciertas amistades y cariños, que parecen en sí mismos inocentes, y que al principio no dan sospechas de peligro alguno. Estas pasiones son la vanidad, la curiosidad y la presunción. ¡Qué puede haber, al parecer, menos peligroso que estas pasiones! ¿Qué puede haber, al parecer, menos expuesto al pecado de la deshonestidad? Y no obstante, por estas tres puertas entra y reina la deshonestidad en el mundo. ¡Cuántas veces la vanidad, que debía, al parecer, servir á la mujer cristiana para conservar su honestidad, se la ha hecho perder! Una mujer vana desea con exceso agradar y llamar la atención. Y cuando se desea tanto agradar, no disgusta ser amada; y cuando una mujer pretende ser amada, está cerca de amar á quien no debe. Un corazón que está en esta disposición, no es muy casto. Por otra parte, cuando

una mujer es vana, y escucha al que sabe lisonjear su vanidad con equívocos livianos, está ya muy cerca de la caída.

La segunda pasión, que no parece tener relación con el pecado de deshonestidad, y que sin embargo le da entrada en muchos corazones, es la curiosidad, que hace leer libros obscenos, asistir á bailes, teatros y espectáculos peligrosos. Nada hay más funesto á la inocencia y pureza de la juventud, que estas novelas amorosas, esos teatros lúbricos, donde todo convida á la molicie y que con el pretexto de la elegancia del lenguaje, de la moda y de la posición, corrompen las costumbres, y que haciendo perder el espíritu de devoción, el temor de Dios y la pureza del corazón, que es el fruto de este género de recreaciones, disponen insensiblemente á la pérdida de la castidad. De esa libertad de los sentidos viene la disipación del corazón, el desenfreno de la fantasía, que sólo ve y recuerda imágenes tentadoras, y es increible el número de víctimas que ha hecho y hace la curiosidad de verlo todo, de tocarlo todo, de gozar de todo, aún de aquello que es claro peligro para la limpieza de corazón.

La tercera causa, que no parece tan peligrosa, es la presunción; y sin embargo, esta es la que más ordinariamente hace caer en el pecado. Presume el alma de sí, no se temen las ocasiones más peligrosas, se arroja el hombre en ellas con temeridad, se mantiene en ellas sin precaución, y con esto se cae en el pecado con la mayor facilidad. Todo se debe temer, cuando no se teme; y nunca se debe contar menos sobre la virtud, que cuando se presume de ella. Además, que Dios castiga esa vana soberbia, que no sabe desconfiar de sí siendo tan débil, con caídas manifiestas y vergonzosas, que son la más terrible humillación para nuestra vanidad y nuestro orgullo.

Quitadme, Señor, esta seguridad presumida, que según dijiste, es la señal y causa más infalible de pró-

xima ruina; porque si he caído tantas veces, es porque me he juzgado incapaz de caer.

PUNTO III

De los medios de evitar los peligros contra la pureza.

Considera cómo un santo, asombrado de la multitud de lazos que por todas partes le rodeaban, pidió con instancias á Dios, que le hiciese conocer, cómo se podria defender de tantos enemigos. Huyendo, le fué respondido: *Fuge*, huye, *fuge cito*, huye apriesa, *fuge longé*, pero huye lejos. Así, pues, es menester, en primer lugar, huir. Luego, que se cae en el lazo, está el hombre cogido; el medio de no caer, es evitarle; el de evitarle, alejarse; y para alejarse, es menester huir. Nuestro valor en materia de castidad consiste en huir. No podemos pelear, ni vencer contra un enemigo tan peligroso, sino es evitándole, ni podemos asegurarnos de la victoria, sino con el temor y la precaución. Huyamos, pues, de la ocasión, si queremos evitar el pecado. Si la ocasión es próxima, la huida es de absoluta necesidad: no puede haber salvación, sin penitencia, ni penitencia, sin desasimiento del pecado, ni desasimiento del pecado, si no se huye de la ocasión próxima, que le es tan inmediata. Si la ocasión no es próxima, huye también para que no lo sea. ¡Precaución tan útil como necesaria!

En segundo lugar, huye apriesa, *fuge cito*. Pero todavía no hay mal, ó si le hay, es muy poco; pues si no hay todavía mal, huye apriesa, porque no le haya; si hay poco mal, huye apriesa, ó en breve habrá mucho.

Los mayores incendios empezaron por una chispa, que no se apagó á los principios. Las mayores caídas vienen ordinariamente de una mirada curiosa é inconsiderada, como sucedió á David, que se perdió por no haber apartado inmediatamente la vista de un objeto peligroso. ¡A cuántas almas inocentes hizo culpadas

una sola palabra equívoca, que no desecharon tan apriesa de su pensamiento! Los mayores desórdenes empiezan con pequeñas libertades, que no se reprimieron al principio. Si yo viese, suelen decir, que esto pasaba adelante, rompería. ¿No te resuelves á romper ahora, que sólo estás atado al pecado con un hilo, y romperás después, cuando estarás amarrado con una maroma?

En tercer lugar, huye lejos: *fuge longè*. Por poco que se acerque á la llama una vela apagada, pero que aún humee, se vuelve á encender; esta es la disposición de tu corazón; aléjale cuanto pudieres de los objetos que le pueden inflamar, si no quieres que se encienda. El Hijo de Dios no se contenta sólo con decir que es menester arrancar nuestro ojo si nos escandaliza, sino que añade que es menester arrojarle lejos: *Projice abs te*. Pero esta persona, se suele decir, ¡la estimo tanto! ¿La estimas más que á tus ojos? Pues el Salvador te manda arrancarlos, si te son ocasión de escándalo. Pero es difícil separarse de lo que mucho se ama. Más difícil se te debe hacer la eterna separación de Dios. Es menester resolverse á lo uno ó á lo otro; porque no hay medio. Pero ¡es una persona, á quien tengo tanta obligación! ¿Se la tienes mayor, que á Jesucristo? ¿Ha dado acaso su sangre, y su vida por ti? Es más: ¿qué obligación le tienes? ¿La de exponerte á una desgracia eterna? Todos los demonios no te podían hacer mayor mal que ella. Pero es una persona de quien tengo mucho que esperar, ó que temer. ¿Qué tienes que esperar ó que temer? ¿Te promete esa persona, como Jesucristo, una bienaventuranza eterna? Te amenaza, como su divina Majestad, con un infierno eterno: "No temáis, dice el Salvador, á los que sólo pueden matar vuestro cuerpo; pero temed al que puede echar vuestro cuerpo, y vuestra alma en el infierno„.

Coloquio.—¡Oh Señor, cuán grande es la obligación que te tengo, pues hiciste consistir mi victoria y

salvación en el temor y la fuga! Dame gracia y fortaleza para dominarme y vencerme, para huir de todos los peligros que me rodean, para abrazarme con la cruz de la penitencia y la abnegación, para velar y orar constantemente, para aborrecer al mundo, al demonio, á la carne y á mí mismo. Así, con tu gracia seré fiel á tu santa ley, seré limpio de corazón, y tú me amarás y me pondrás junto á Ti en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Resuelve huir todas las ocasiones del pecado de deshonestidad, y huirlas con la mayor priesa; nada hay más digno de temerse en esta materia, que el temer poco.

4 DE AGOSTO

(Séptima bienaventuranza.)

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Preludios—Ver á Cristo N. S. sentado al pie de una montaña rodeado de sus discípulos, y pedirle la paz universal, con Dios, con mis hermanos y dentro de mí mismo.

PUNTO I

De la excelencia de la paz interior del alma.

Considera qué gran virtud es ésta, tener paz con Dios, consigo y con los hombres, de la cual dice san Pablo que excede á todo sentimiento, porque parece que no hay más que desear. Pondera el gozo del alma, y la quietud de la conciencia de que gozan los pacíficos á imitación de los bienaventurados del cielo; y que si merecen nombre de hijos de Dios, por legítima consecuencia le merecen de herederos de su gloria; y al contrario, los perturbadores y pendencieros, que no tienen paz consigo ni con sus prójimos, padecen continua guerra y desabrimiento en sus almas, y son condenados al infierno; levanta el corazón y el alma á Dios, pidiéndole esta virtud, y no dejes piedra por mover para alcanzarla.

En esta paz del corazón que Cristo N. S. beatifica, hay cuatro grados excelentes. El primero, es tener paz consigo mismo, sujetando la carne al espíritu, las pasiones á la razón y el espíritu á Dios. El segundo, es tener paz con los demás hombres, procurando cuanto es de su parte tener paz con todos, sin darles ocasión de turbación, sino de mucha unión. El tercero, es pacificar á los prójimos entre sí, procurando concordar á unos con otros. El cuarto y supremo, es pacificar las almas con Dios, ayudando á reconciliarlas con El, y á reducir las criaturas al servicio de su Criador. Ponderando estos grados de paz, cuya grandeza, como dice el Apóstol, sobrepuja á todo sentido, lloraré la falta que tengo de ellas, suplicando á nuestro Señor me los comunique. ¡Oh Dios de la paz y caridad, concédeme la paz que diste á tus Apóstoles para que te sirva con paz y quietud, y otros te sirvan por medio mío y pacificándolos yo contigo!

PUNTO II

El ejemplo de Cristo N. S.

Considera cómo Cristo N. S. vino del cielo á traer esta paz, y por excelencia se llama Rey pacífico, y de ella se preció tanto, que saludaba con ella á sus Apóstoles, y quiso que ellos saludasen con la misma, diciendo: "Paz sea en esta casa.„ Para pacificarnos con su Eterno Padre, padeció innumerables persecuciones, sin perder El su paz, antes era "pacífico con los que aborrecían la paz„, y por la sangre que derramó en la cruz, como dice san Pablo, "pacificó todas las cosas del cielo y de la tierra.„

Pero para que seas pacífico como Cristo, es preciso que imites sus virtudes, su divina dulzura, su mansedumbre y modestia, su caridad, y todo aquel cúmulo de infinita perfección, embeleso de los ángeles y los hombres. La paz de tu corazón brotará de la victoria sobre tus pasiones; la paz con tus próji-

mos, de tu afabilidad y dulzura. No des á nadie motivo de justa queja; no hieras nunca la caridad que debes mirar como la niña de tus ojos; no humilles ni desdeñes á nadie; ve siempre en los demás imágenes de Dios; si te hacen mal, haz tú el bien; si te ofenden, pon en tus llagas bálsamo de paciencia y de caridad, y la paz que sobrepuja todo gozo reinará en tu alma. ¡Oh Rey pacífico y soberano!, pues tanto te costó ganar esta paz, no permitas que yo pierda el fruto de ella, ni sea parte en ninguna contienda y enemistad, para que deje yo de seguir tu paz.

PUNTO III

Sobre el soberano premio de esta bienaventuranza.

Considera cómo el premio de los pacíficos es ser por excelencia hijos de Dios. Lo primero, porque serán señaladamente muy amados de El, y hallarán gracia en su presencia por tener con El mucha semejanza. Lo segundo, porque los tomará bajo su paternal providencia, mirando por ellos como por hijos muy queridos, regalándolos y enriqueciéndolos con sus dones, y dándoles espíritu de verdaderos hijos, para que, no solamente se llamen, sino sean hijos de Dios. Y finalmente, porque serán herederos de su gloria, donde alcanzarán cumplidamente esta dignidad, y con ella inmensa y eterna paz, pues sólo en la gloria se alcanzará la perfecta adopción de hijos de Dios. Porque así como Cristo N. S. fué declarado por Hijo de Dios dos veces, una en el Bautismo y otra en la Transfiguración, viniendo sobre Él el Espíritu Santo en figura de paloma ó de nube, y sonando la voz del Padre, que decía: "Este es mi Hijo muy amado„, así el justo es declarado y publicado de Dios por su hijo adoptivo otras dos veces. La primera, es en esta vida mortal cuando le llama y justifica por los Sacramentos, y le engrandece con tales gracias y dones, que descubren la dignidad de hijo

de Dios. Pero esta adopción de hijos es imperfecta, por cuanto corre peligro de perderse por nuestra culpa; y así, aun los muy santos, como los Apóstoles, que recibieron las primicias del Espíritu, gimen dentro de sí "esperando la adopción de hijos de Dios„, esto es, el cumplimiento y perfección de la primera adopción con otra más perfecta, figurada por la transfiguración de Cristo, la cual se comunica al alma el día que entra en la gloria y toma posesión de la herencia debida á los hijos con derecho para recibir á la fin del mundo un cuerpo glorificado con las cuatro dotes de gloria, y entonces descubre Dios la dignidad de los que son hijos, porque, como dice san Juan, "ahora somos hijos de Dios, pero no se ha descubierto lo que seremos; cuando se descubriere, seremos semejantes á El, porque le veremos como es„.

Coloquio.—¡Oh Padre amantísimo! Gracias te doy por la herencia soberana que das á tus queridos hijos, aunque ahora los tienes humillados y maltratados, porque castigas al que recibes por hijo para honrarle y ensalzarle haciéndole tu heredero. ¡Oh, si me gloriase con la esperanza de esta perfecta filiación, viviendo como hijo de tal Padre en la tierra para que me glorifique y corone de su gloria en el cielo! ¡Oh, bienaventurados los pacíficos que á tal dignidad son levantados, y desdichados los que turban la paz, ó en la Iglesia ó entre sus hermanos, que sólo tendrán parte en la herencia del infierno! ¡Oh Jesús, Príncipe de la paz! Gracias infinitas te doy por haber traído cosa tan buena al mundo; no me dejes á mí en guerra, antes hazme verdadero amigo tuyo.

Propósitos.—Para estar en paz con los otros, procura antes estarlo contigo.

5 DE AGOSTO

De los pecados opuestos á la séptima bienaventuranza.

Preludios.— (Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La murmuración, enemiga de la paz.

Considera que entre los pecados que turban la paz entre los hombres y siembran la cizaña de la discordia, el primero es el feo vicio de la murmuración. Pondera, en primer lugar, la gravedad de este pecado. El que murmura en materia grave, dice san Bernardo, hace tres heridas mortales con un sólo golpe. Hiere mortalmente su alma, haciéndola perder la caridad, que es su vida; hiere á aquel de quien murmura, manchando su reputación y quitándole el buen nombre, que vale más que todos los tesoros. Por último, hiere al que le escucha, infiltrándole su veneno por los oídos y haciéndole cómplice de su delito, ya sea por la curiosidad que le excita, ó ya por la complacencia con que la aprueba, ó por la cobardía con que el que le escucha sufre que el otro murmure. El Espíritu Santo compara la lengua del que murmura á la de la serpiente, que apenas se conoce su mordedura, y hace pasar el veneno hasta el corazón.

Pondera luego la frecuencia de este pecado. En nada caemos tan fácilmente como en murmurar. El mundo apenas hace otra cosa ni conoce otro lenguaje. La lengua, dice el apóstol Santiago, es un mar inquieto. Muchas veces parece que no está en nuestra mano gobernarla. Todas las pasiones se juntan con la malicia del corazón para murmurar. ¿Se aborrece á alguno? La murmuración es el medio más seguro y menos peligroso para vengarse. ¿Téngole envidia, porque Dios le ha dotado de más y mejores prendas?

La murmuración es entonces más envenenada, porque la reputación del otro hace sombra y obscurece la mía. Los vanos y soberbios, que hay pocos que no lo sean, quieren elevar su crédito sobre la ruina de los otros. Los que son agudos, quieren mostrar su entendimiento murmurando satíricamente. El que no lo es, quiere parecerlo, ocultando lo que le falta y publicando los defectos de los otros. Las virtudes mismas parece que nos llevan á este vicio, pues muchas veces juzgamos con celo falso y mal entendido, que podemos desacreditar al prójimo sin escrúpulo, y de un mal oculto, con pretexto de remediarlo, hacemos un público escándalo.

Siendo el pecado de la murmuración tan facilísimo de cometer, es muy difícil de remediar. La restitución de la hacienda ajena es difícil, pero mucho más lo es la restitución de la opinión y de la fama. Puédese, sin perder la honra, restituir lo hurtado por mano de una tercera persona que sea discreta y guarde secreto; pero no se puede cuando se ha quitado la reputación, porque es menester que el que hizo el mal sea el mismo que le enmiende, y no podrá enmendarle sino arriesgando su opinión; porque para enmendarle se ha de retractar, y no se retractará sin confesar que ha sido un imprudente, ligero, mentiroso y murmurador. El que no se pudo contener en decir una palabra de murmuración, ¿se podrá hacer esta violencia? Una persona tan poco virtuosa que cae en faltas como esta, ¿podrá enmendarlas con un sacrificio tan difícil? ¿No es mejor no murmurar que, para remediarlo, hallarse precisado á este sacrificio?

Pero aunque sea tan difícil el reparar la fama que se ha quitado con la murmuración, no es imposible, y es absolutamente necesario el hacerlo. Si fuera imposible, no tendríamos esta obligación; pero lo malo es que, aunque no es imposible, es muy difícil, y lo peor, que aunque sea tan difícil es de una obligación tan indispensable, que todo el cielo y la tierra

no te pueden librar de ella. La Iglesia tiene un gran poder, pero no lo tiene para dispensarte de esta obligación. La virtud de los Sacramentos es muy grande, pero no te justificará si tú no haces justicia á tu prójimo, reparando el mal que le has hecho con murmurar de él. ¿Te remuerde algo la conciencia sobre este punto, ó esperas remediar el mal de tu prójimo cuando éste sea irreparable, por la dificultad grandísima de devolver el buen nombre que le has quitado con la murmuración? Saca de aquí el dominar tu lengua y sus faltas infinitas de todo linaje. Piensa siempre antes de hablar qué vas á decir, con qué intención, qué efecto producirán tus palabras, y propónte no decir jamás cosa alguna de que luego tengas que arrepentirte y acusarte.

PUNTO II

La envidia, enemiga de la paz.

Considera cómo el segundo enemigo de la paz del corazón y de la unión con tus prójimos es la envidia. Pondera en primer lugar, la gravedad de este pecado propio de almas viles, groseras y mal nacidas. La envidia es un sentimiento de la felicidad ajena, y una consecuencia de la soberbia, y ruina de la paz y de la caridad. ¡Qué gran locura, tener por desgracia mía, lo que es dicha de otro! La envidia es trocar el bien en mal, y hacer veneno de la medicina. Alegrándome de las dichas ó virtudes de mi prójimo, participo de ellas. A mi prójimo le cuesta sacrificios, y á mí me produce mérito, y muchas veces más, que al otro; porque mi alegría, es efecto de la caridad. Un bienaventurado en el cielo, logra de alguna manera la gloria de todos los Santos, por la parte que toma y la alegría que tiene de verlos bienaventurados. En mí está el holgarme de la dicha del otro, y por consiguiente, si soy envidioso bien merezco que la misma envidia sea mi pena y mi castigo, pues no quiero alegrarme del bien ajeno, cosa tan natural y fácil.

Las dichas ajenas me hacen desgraciado; funesto, pero justo castigo de la envidia.

Los otros vicios no combaten, sino á la virtud, que les es opuesta; la envidia es contraria á todas las virtudes. El envidioso peca contra el Espíritu Santo, porque quisiera detener el curso de las gracias, que derrama sobre los otros corazones, y él sólo queda privado de todas. Quisiera que Dios no fuese tan bueno, ni que hiciese bien á todo el mundo; pero esto no impedirá los efectos de la bondad de Dios, sino para el envidioso. El gustillo que traen consigo los otros pecados, parece podría, aunque en apariencia, disculparlos ó disminuirlos; pero el envidioso, no tiene en su pecado ni gusto ni provecho. Halla verdaderamente el secreto de no coger, sino espinas, donde todos cogen flores. La utilidad que saca de la envidia, es amargura y sentimientos, dignos frutos de tal árbol. Todo lo convierte en veneno y se mantiene de hiel. El bien de los otros le hace infeliz, por el dolor que concibe; y el mal de los otros le hace delincuente, por la alegría que le causa. El envidioso es verdugo de sí mismo, su pecado es su mayor castigo; y aun cuando Dios lo perdonara, la envidia jamás perdona al que la tiene y fomenta.

Considera, por último, los efectos de este abominable vicio. La caída de los ángeles fué efecto de la envidia. No pudieron sufrir que Dios se encarnase é hiciese á los hombres esta honra de que se creían más merecedores. Si la envidia fué su pecado, la misma es hoy en día su mayor pena, viendo ocupadas las sillas, que ellos dejaron en el cielo, por los hombres que menospreciaron; y la dicha de los Santos, que las ocupan, los atormenta más que los suplicios que padecen. La envidia del demonio causó el pecado del primer hombre. El mismo vicio hizo de Caín homicida, el primer condenado y movió á los hijos de Jacob á vender á su propio hermano José. Saúl, aquel rey tan virtuoso, tan feliz y tan amado

de los hombres, apenas se dejó vencer de la envidia, se volvió tan malvado, que después de haber vivido como un furioso, murió en la desesperación. La envidia que los fariseos tuvieron contra Jesucristo, fué la que al Salvador persiguió durante su vida, la que le hizo condenar á muerte. Y no se sació la envidia de los judíos ni aun después de derramada la sangre de Cristo N. S.; pero esta sangre, que fué la causa de la salvación de los hombres, lo fué también de la condenación de aquellos hombres malvados. El envidioso se hace á sí mismo desgraciado, porque no participa de la dulce felicidad que el amor derrama entre los hombres, ni sabe más que hacer y sembrar el mal y la discordia en los corazones. Pide al Señor te libre siempre de vicio tan asqueroso y tan ruin.

PUNTO III

La mentira como enemiga de la paz.

Considera en primer lugar, la gravedad de este mal, tan común como perverso. El hombre nació para la sociedad; ésta no se conserva sin el trato que tienen unos hombres con otros, que es lo que hace la mayor dulzura y la más grande utilidad de la vida; pero este trato no puede subsistir sin la buena fe y sin la comunicación mutua y verdadera de los pensamientos. En efecto: pondera que donde no hay verdad no puede haber ni paz ni sociedad, y por eso la mentira destruye la comunicación de unos hombres con otros, trastorna la sociedad y hace del mundo un lugar de engaños y de embustes, adonde cada uno se recela contra su prójimo, por no ser engañado ó sorprendido. Por eso no se puede decir á un hombre honrado mayor injuria, que llamarle mentiroso. La pasión persuade ordinariamente á los hombres que no pueden lavar tan grande afrenta, sino con la sangre del que la hizo. Nosotros sentimos mucho la injuria, ó la sospecha de la mentira, y no sentimos la vergüenza

de caer en ella. ¿Quién otro que Vos, Dios mío, que sois la verdad y la luz eterna, puede librarnos de tan grande ceguedad?

Piensa, luego, en el origen de tan villano y ruin pecado. La mentira nace de almas bajas y de espíritus mezquinos. Los animales más débiles y más cobardes son los más artificiosos y más sutiles; los espíritus ruines y los corazones rastreros, son los menos rectos y menos nobles. Un mentiroso es ordinariamente capaz de todo género de pecados. Un hombre que tiene el alma bella y el corazón noble, no sabe lo que es mentir: cree que es venderse á sí mismo, decir lo contrario de lo que siente, y que mancha su honra cuando hace traición á la verdad. Como no tiene inclinaciones viles y bajas, cree que no hay verdad, de que pueda avergonzarse, y no pueda publicar. La prudencia, y la caridad, le obligan algunas veces á no decir todo lo que siente; pero jamás á decir las cosas de otra manera, de lo que las juzga. No hay interés que le pueda obligar jamás á mentir, porque el mayor es el de su honra y el de su conciencia, que no pueden subsistir sin verdad y rectitud.

Piensa, por último, en la malicia de este mal. Dios, que es la primera verdad, tiene una oposición esencial con la mentira; tan imposible le es engañar ó mentir, como dejar de ser la verdad absoluta; tampoco puede aprobar ni permitir la mentira, y si lo pudiese hacer, no fuera Dios. Las acciones que parecen más ilícitas, como son los homicidios, pueden ser lícitas en algunas coyunturas. Un hombre puede matar á otro que le ataca, como se contenga en los límites de una justa defensa; pero no hay circunstancia alguna ó coyuntura en que sea permitido el mentir, ni aun ligeramente, aunque fuese por la cosa más importante del mundo, aunque importase, no sólo la conservación, sino la conversión de todo el universo; y, no obstante, tú cuentas por nada una mentira ligera, incurres en ellas todos los días infinitas veces por ba-

gatelas y tonterías, y aun haces con ellas motivos de diversión. ¡Qué diversión para un cristiano! ¡Para un hombre que debe creer que, ni para procurar los mayores bienes, ni para impedir los mayores males, nos es permitido decir la más mínima mentira! Rectifica en esto tus ideas, que tal vez no sean racionales ni cristianas, y propón sufrir cualquier afrenta, la misma muerte si fuera preciso, antes que decir una mentira, que siempre, sábelo bien, es pecado, al menos, venial.

Coloquio.—¡Oh Rey de la paz, que viniste al mundo á traerla al corazón de tus hijos y á enseñarnos á guardarla entre los hombres; que nos dejaste la paz como prueba de tu amor! No permitas que yo jamás, ni con mis palabras ni con mis obras, sea piedra de escándalo á mis hermanos, ni que por mí se destruya esa unión de los corazones que tú tanto estimas; antes enséñame á ser pacífico con todos, llevando la paz en mi corazón, en mis palabras y en mis acciones, para honra y gloria tuya.

Propósitos.—Resuélvete á no decir jamás la más mínima mentira, por ningún motivo.

6 DE AGOSTO

(Octava bienaventuranza).

Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. al pie de una montaña sentado y rodeado de sus Apóstoles, y pídele fortaleza para sufrir las persecuciones que hayamos de tolerar por la virtud.

PUNTO I

Considera que á los siervos de Cristo nunca han de faltar persecuciones, cumpliéndose la divina promesa: "Si á mí me han perseguido, también os per-

seguirán á vosotros„; porque es muy natural que el mundo persiga á los que le reprenden con su doctrina y ejemplo; pero si los hombres padecen tanto por alcanzar riquezas, honores y deleites, ¿no es muy justo que tú padezcas iguales ó mayores cosas por Cristo?

Donde también es preciso considerar, qué persecuciones son las que han de padecer los justos, de quién, por qué causa y cómo. Las persecuciones son todo género de injurias y aflicciones en hacienda, honra, contento, salud y vida; de las cuales, ó de algunas de ellas, ninguno se escapa. Porque regla general es, "que todos los que quieren vivir con piedad en Cristo, han de padecer persecuciones por El„. Estas procuran los demonios, por el odio que tienen á Dios N. S., y á la virtud, y también á sus ministros los hombres, así los enemigos descubiertos como los que se precian de amigos, con título de piedad; y hasta "los padres, hermanos y deudos, nos entregarán á la muerte, pensando á veces que hacen servicio á Dios en ello„. La causa de estas persecuciones no serán delitos propios, como dice el Apóstol san Pedro, sino la justicia; esto es, por guardar la fe y religión, por hacer las obras de virtud á que están obligados, por reprender los vicios y cumplir con sus obligaciones, por seguir la vida perfecta y religiosa á que son llamados. El modo como han de sufrirlas es, con grande paciencia y alegría, teniendo por especial favor de Nuestro Señor padecer algo por su amor, porque padecer por la injusticia que hice, ó con impaciencia, no toca á esta bienaventuranza.

PUNTO II

Ejemplo de Cristo N. S.

Lo segundo, consideraré los raros ejemplos de Cristo N. S. en esta materia, porque desde niño fué perseguido, y mucho más los tres años postreros de su vida, concurriendo á perseguirle toda suerte de

personas, y en toda suerte de cosas con mayor fiereza que jamás se vió, y por la causa más justa de su parte que jamás hubo, en razón de publicar su santa ley, y de reprender los vicios y maldades, y de redimir el género humano. Y todo lo padeció con una paciencia admirable y milagrosa. Con este ejemplo me animaré á padecer y sufrir, diciéndome á mí mismo: Si á mi Señor persiguieron, ¿qué mucho persigan á mí, su siervo? "Si llamaron Belcebú al padre de familias, ¿qué maravilla llamen de la misma manera á los de su casa?„ Persuádete, pues, de que apenas quieras ser verdaderamente virtuoso, el mundo se desencadenará contra ti y no habrá dicterio, ni calumnia, ni apodo que no te aplique. Mientras seas del mundo él te mirará como cosa propia y te defenderá, pero siendo de Cristo, eres por eso enemigo suyo y como tal te tratará. Ese ha sido el camino de los santos, el de la Iglesia, el de las órdenes religiosas y no has de ser tú excepción de la regla. Alégrate, pues, de que te infamen los malos y de que te persigan de todas maneras, tiembla el día que te alabasen, porque era señal de que ya no eras del bando de Jesús que prometió á los suyos por toda herencia odios, persecuciones y muertes. ¡Oh Salvador mío, de tu casa soy y preparado estoy á sufrir y padecer cualquier persecución por la gloria y galardón de ella!, concédeme que á imitación tuya, haciendo en tu servicio grandes bienes, padezca sin ofensa tuya grandes males.

PUNTO III

Del premio que se promete á esta octava bienaventuranza.

Lo tercero consideraré, cómo es premio de estos perseguidos el mismo reino de los cielos que se promete á los pobres de espíritu, pero con mayor ventaja, porque más es sufrir las persecuciones que vienen por mano ajena, que sufrir los trabajos y miserias de la pobreza que se toma por elección propia.

Este reino les da Dios á gustar en esta vida, comunicándoles por medio de las tribulaciones, grande justicia, paz y gozo en ellas. Por lo cual dijo Cristo N. S., que nos daría en este siglo el "cien doble con las persecuciones, y después la vida eterna„. Y así, añade: "Bienaventurados sois cuando por mi causa os maldijeren los hombres y dijeren contra vosotros todo género de mal con mentira. Alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón es muy copioso en el cielo.„ Como quien dice: Es tan grande el premio, que sola su esperanza basta para alegraros en las persecuciones y daros tanta alegría, que excede cien veces á la que tuviereis careciendo de ellas.

En lo cual se ha de ponderar, lo primero, que los que en esta vida son vencidos del demonio y de sus ministros, y por temor ó flojedad se rinden al pecado, aunque se escapen por un poco de tiempo de la muerte primera, que es la muerte natural, pero caen en la muerte segunda del pecado, y después en la muerte eterna del infierno. De suerte que no solamente no gustarán del árbol de la vida, que está en el paraíso de los deleites, sino serán echados en el abismo de las penas, donde les darán á comer del árbol, si así se puede decir, de la muerte, cuyos frutos son beber el cáliz amarguísimo de la ira de Dios hasta la hez.

Pero al contrario, los vencedores, aunque padecen algún daño de la muerte primera, porque suelen quedar muertos cuanto al cuerpo en la batalla, como quedaron los mártires, pero ningún daño reciben de la muerte segunda del pecado, ni del infierno, porque Dios los libra de ella, coronándolos con corona de vida, esto es, con corona inmortal, que siempre viva, y con una vida tan dichosa, que sea corona de su victoria; y de aquí es que la muerte primera del cuerpo no les daña, antes les aprovecha y se alegran con ella y les sirve de paso para la vida; porque como dice la Sabiduría, "están sus almas en las manos

de Dios, y así, no puede tocarles lo que es tormento y malicia de la muerte.

Y finalmente, el día del juicio los librará también de la muerte primera del cuerpo; porque los vencidos resucitarán á una vida, que será segunda muerte, siendo echados en el fuego del infierno; pero los vencedores resucitarán á nueva vida gloriosa, y no tendrá en ellos poder alguno esta segunda muerte, porque su cuerpo, no solamente será inmortal, sino impasible, resplandeciente y gozoso con su nueva vida.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío, abre los oídos de mi alma para que oiga lo que tu divino Espíritu dice, y ayúdame á pelear contra mis enemigos y tuyos con tal fervor, que aunque muera el cuerpo, no muera el alma, ni me toque la muerte eterna! Concédeme que persevere fielmente en tu servicio hasta la muerte, para que reciba de Ti la corona de la vida. Dame en señal persecuciones, con tal que me des valor para sufrirlas por tu nombre y gozarme en ellas, como tus apóstoles y santos, ya que no hay ni dignidad ni gloria como sufrir por Ti.

Propósitos.—Alegrarse con las persecuciones que te proporcione el querer servir á Dios, porque esa es la mejor señal de que el Señor te mira ya como cosa suya, y el mundo como cosa de Dios.

NOVENA EN HONOR DE LA ASUNCIÓN DE LA SMA. VIRGEN

7 DE AGOSTO

De los ejercicios de virtud en que se ocupó la Virgen N. S. después de la venida del Espíritu Santo.

Preludios.—Imagínate á María santísima viviendo vida pobre y obscura, á pesar de ser descendiente de reyes, y ocupada constantemente en obras de piedad, caridad y humildad, y pídele que te alcance de su santísimo Hijo la gracia necesaria para despreciar de corazón las pompas y vanidades de la tierra.

PUNTO I

Pobreza y obediencia de María.

Considera cómo la Virgen N. S., ilustrada por el Espíritu Santo, no se retiró á los desiertos, como después lo hizo la Magdalena, sino escogió vivir, á imitación de su Hijo, vida común entre los demás discípulos para ayudarlos con su ejemplo, guardando con gran perfección todos los consejos evangélicos, de quien ellos aprendieron á guardarlos. Primeramente abrazó la pobreza evangélica, haciendo voto de ella, si no es que antes le tuviese hecho, como es más cierto; pero guardóle entonces con grande estrechura, viviendo de la limosna que los Apóstoles repartían á los fieles y á las demás viudas, contentándose mucho mejor que san Pablo con tener sustento y con qué cubrirse, porque tenía muy fresca en su memoria la hiel y vinagre y la desnudez de su Hijo en la cruz, en cuya comparación le parecía poco todo cuanto padecía. Y así, como verdaderamente pobre de espíritu, deseaba siempre padecer mayores efectos de pobreza, y con ella juntó su hermana la humildad, á quien los santos llaman con el mismo nombre.

Lo segundo, tuvo muy excelente obediencia, no solamente á todas las cosas que Cristo N. S. dejó establecidas en la ley evangélica, sino también á las que san Pedro y los Apóstoles ordenaban para toda la Iglesia, siendo la primera en obedecer y sujetarse á todo, acordándose de lo que su Hijo había dicho, que "quien hiciere la voluntad de su Padre, es su verdadero hermano y hermana y su madre„; y así, en ninguna cosa quiso tanto mostrar ser Madre de Cristo como en obedecer á Cristo y á los que dejó en su lugar. ¡Oh Virgen soberana! Gózome de veros Madre de Cristo, mi Señor, por dos títulos: por haberle engrendrado en vuestro vientre y por haberle

concebido en vuestro espíritu con perfecta imitación; sólo resta, Señora, que seáis su Madre por otro tercer título, engendrándole también espiritualmente en los corazones de los fieles; engendradle dentro de mi alma, negociando que siempre viva en ella por todos los siglos.

PUNTO II

Castidad de María, y virtudes que guardan y esmaltan aquella virtud.

Considera que María santísima se señaló sobre todos en la castidad, de la cual hizo voto y le guardó perpetuamente con una pureza más que de ángel; por lo cual la Iglesia, no solamente la llama Virgen de las vírgenes, sino la misma virginidad, diciendo: "Santa é inmaculada virginidad, no sé con qué palabras te pueda ensalzar„. Solamente pondera, que como el arca del testamento, que era de Sethin, madera incorruptible, estaba guarnecida con chapas de oro purísimo "por de dentro y por de fuera„, así esta Virgen adornó su incorruptible castidad con virtudes purísimas, tanto las que perfeccionan el cuerpo en las obras exteriores, como las que perfeccionan el espíritu en las obras interiores, para que fuese, como dice el Apóstol, "santa„ por eminencia "en el cuerpo y en el espíritu„.

Entre éstas ponderaremos algunas que cuenta san Ambrosio para guarda de la castidad. La primera, fué rara modestia en todos los movimientos exteriores, con una celestial compostura en el mirar y andar, y en el modo de hablar, de tal manera, que el semblante del cuerpo era retrato de la santidad del espíritu, y por la portada exterior se conocía la hermosura interior del edificio con resplandores de divinidad. La segunda, fué silencio admirable y muy discreto, hablando solamente, cuando convenía, pocas palabras y con voz humilde. La tercera, fué singular templanza y abstinencia, guardando una regla

celestial, que refiere el mismo san Ambrosio. Comía del manjar ordinario que se halla dondequiera, y en tanta cantidad, que bastase para no morir y no para regalarse. Y además de esto, después que se ausentó su Hijo cumplió lo que El había dicho, que ayunarían los hijos del Esposo, ayunando ella mucho, en especial cuando pretendía alcanzar algo para la Iglesia, juntando ayuno y penitencia con la oración. La cuarta, fué raras vigilias, porque, como dice este Santo, solamente dormía lo necesario para vivir, á más no poder, y entonces no estaba del todo ociosa, porque durmiendo el cuerpo velaba su ánima, ó repitiendo lo que había leído, ó continuando lo que había interrumpido, ó ejecutando algo de lo que había propuesto, ó proponiendo algo de nuevo con varios afectos del espíritu, según aquello de los Cantares: "Yo duermo y mi corazón vela„. La quinta, fué gran diligencia en todas las obras exteriores que pertenecían al culto de Dios y al servicio de su Hijo, y al gobierno de su pobre casa, y al bien de los prójimos, cumpliendo las obras de religión, piedad y misericordia con gran cuidado.

La sexta virtud, fué "guarda vigilantísima de su corazón, del cual, como dice el Sabio, procede la vida„; y así, cuando salía fuera de casa, aunque saliese con compañía, pero ninguna guarda llevaba mejor que á sí misma; la cual velaba en guardar sus sentidos, componer sus movimientos y conservar puro su corazón para su Dios, á quien solamente deseaba agradar sin hacer caso de los vanos juicios y dichos de los hombres: "Buscaba por juez y testigo de su conciencia, no á los hombres, sino á Dios„, cuya gloria deseaba. ¡Oh Virgen soberana, más pura que los ángeles del cielo!, gózome de que seáis espejo de vírgenes, dechado de religiosos y maestra de la evangélica perfección. ¡Suplicad á vuestro Hijo me adorne con vuestras virtudes, para que guarde con perfección todos sus consejos!

PUNTO III

Oración y contemplación de nuestra Señora.

Pondera que aunque nuestra Señora siempre tuvo altísima oración y contemplación, pero como crecía en edad, crecía en los dones de Dios, señaladamente en éste, en el cual se han de ponderar algunas cosas en que podemos imitarla, conforme á nuestro pobre caudal. La primera es, que totalmente por especial privilegio tenía quitados los cuatro impedimentos de la oración y contemplación, que el glorioso san Bernardo llama "culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginación.„ De suerte, que no fué nuestra Señora alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba á sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de Dios N. S. su vista en la oración, porque siempre miraba á Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista.

A lo cual ayudaba que tenía muy en su punto todas las virtudes que disponen á la oración y contemplación, y le sirven de alas para subir al cielo, especialmente viva fe de los divinos misterios, grande confianza en Dios N. S., humildad muy profunda, y, sobre todo, caridad muy encendida, con la eminencia de la sabiduría y de los demás dones del Espíritu Santo. Y como estas virtudes estaban ahora muy más crecidas, así también lo estaba la contemplación; por lo cual, con mayor admiración decían los ángeles: "¿Quién es esta que sube por el desierto, como vara de humo salida de mirra y de incienso y de todo género de polvos olorosos?„ Como si dijeran: ¿Quién es ésta que está llena de mirra de mortificación y de incienso de oración, y de polvos olorosos de todas las virtudes, las cuales, echadas en las brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contem-

plación que siempre va subiendo y sube tan alto que le perdemos de vista?

Lo tercero, frecuentaba esta Señora muy á menudo los lugares donde su Hijo había obrado los misterios de nuestra redención; visitaba el huerto de Getsemaní, el monte Calvario, el santo Sepulcro y el monte de las Olivas, de donde se subió á los cielos, y el sagrado cenáculo donde vino el Espíritu Santo, y donde se había instituido el Santísimo Sacramento; y estas visitas hacía con grande reverencia y devoción, y con muy alta contemplación de los misterios que allí se obraron, recibiendo nuevas ilustraciones cerca de ellos.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana, quién pudiera seguiros en estos pasos, subiendo con Vos al monte de la mirra y al collado del incienso, mirando, como Vos mirabais, lo que Cristo padeció en este monte, y el modo cómo oró en este collado!; llevadme en vuestra compañía, enderezándome para que suba con acierto, é ilustradme para que lo mire con provecho. ¡Alcanzadme de vuestro santísimo Hijo gracia para amar á imitación vuestra la pobreza de espíritu, de tal modo, que no fije nunca mi corazón en los bienes de la tierra, y sólo aspire, como Vos, á los tesoros celestiales que por vuestra mediación espero alcanzar!

Propósitos.—Para ser verdaderamente devoto de María, empieza por imitar sus virtudes, pues en eso consiste la sólida devoción á la Virgen santísima.

8 DE AGOSTO

De otros admirables ejercicios de virtud en que se ocupó la Virgen N. S., después de la venida del Espíritu Santo.

Preludios.—Imagínate á María santísima ilustrando, consolando y fortaleciendo en la fe á los Apóstoles y á los primeros cristianos, y pídele que te alcance de su santísimo Hijo la gracia de cooperar con Ella á la salvación de las almas.

PUNTO I

Encendida caridad de nuestra Señora.

Considera cómo esta Señora comulgaba cada día con extraordinaria fe, reverencia y devoción, recibiendo á su Hijo, para unirse con El de nuevo y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunión recibía tan grande aumento de gracia por su excelentísima disposición, que no es posible declararse, y muchas veces se le mostraba Cristo N. S. en la forma que allí está, como después acá lo ha hecho con otros siervos suyos. ¡Oh Virgen santísima, gózome de veros cada día renovar el primer gozo de la Encarnación, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho al que entonces recibisteis en vuestras entrañas! Por El os suplico me alcancéis tal disposición para recibirle, que me llene de su gracia y después le goce con Vos en su gloria.

De esto nacía en Ella un celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas encendidísimo, pero muy ordenado, en lo cual todos podemos imitarla. Porque lo primero, deseaba grandemente la salvación de todos los hombres, y con oraciones la solicitaba por todos los caminos que podía, ya orando por los predicadores para que Dios diese eficacia á su palabra, ya por los mismos pecadores, para que Dios tocase sus corazones, y así es de creer que por las oraciones de esta Señora se convirtieron tantos millares en el primero y segundo sermón de san Pedro. Y también se convirtió Saulo, por quien ella oró, no menos que san Esteban. También oraba por los mismos mártires, para que Dios les diese constancia y victoria. Y teniendo Ella levantadas las manos, mucho mejor que Moisés, cuando el pueblo peleaba, ¿cómo no habían de vencer aquellos por quien oraba? Orad, Virgen soberana, por vuestro siervo cuando

pelea contra sus enemigos, porque orando Vos por mí, yo venceré por Vos, y vuestra será la gloria de mi victoria.

Lo segundo, ayudaba á las almas con el ejemplo raro de su vida, la cual era un predicador mudo, pero eficacísimo, para mover á toda virtud, porque en toda ella resplandecía una dignidad tan grande, que, como dijo de Ella san Dionisio, si la fe no lo corrigiera, pensaran todos que era Dios, como lo era su Hijo. Demás de esto, ayudaba con la palabra, enseñando á los Apóstoles los misterios de la fe que Ella sabía con más particularidad y con mayor luz del cielo, y consolando y alentando á los fieles que acudían á Ella, no solamente de Jerusalén, sino de otras partes remotas; porque, como dijo san Ignacio mártir, todos deseaban verla como á un prodigio celestial de santidad. Pero más adelante pasó su caridad, porque así como por inspiración de Dios fué desde Nazaret á las montañas de Judea á visitar á santa Isabel, para que por su medio fuese justificado el Bautista, así también por la misma inspiración hizo ahora algunas jornadas. Fué á Efeso, como lo afirman los Padres del Concilio Efesino, y á Antioquía, como lo prometió á san Ignacio, y también iría á otras partes para ayudar y consolar á los fieles que deseaban verla, y confirmarlos en la fe, y juntamente dilatarla entre los gentiles, porque aunque era muy amiga del recogimiento, pero la caridad la hacía salir, como se dice en el libro de los Cantares, para visitar las viñas de las iglesias y ver si florecían, y si las flores de los nuevos cristianos producían frutos de buenas obras. Pídele que visite tu alma y la ilumine con su luz divina y la llene de su caridad, para que, á imitación suya, trabajes cuanto puedas por el bien de tus prójimos.

PUNTO II

Paciencia y fortaleza de María santísima.

Considera ahora cómo en este tiempo y por esta ocasión, como dice san Ignacio, padeció la Virgen santísima grandes murmuraciones y persecuciones de los escribas y fariseos, y de todos los que aborrecieron y persiguieron á su Hijo, en las cuales persecuciones se mostraba sufrida y muy gozosa, alegrándose de padecer algún desprecio por el nombre de su Hijo, y con este maravilloso ejemplo de paciencia alentaba á los que eran perseguidos para que tuviesen otra semejante. La que al pie de la cruz fué Madre de dolores y Reina de los mártires, no se arredraba por ninguna tribulación ni trabajo, y siendo la Madre de un Dios crucificado, á ella le tocaba gran parte de la cruz. Mira cómo sufre, con qué maravillosa fortaleza, con qué santa alegría, yendo en eso, como en todo, delante de todos los santos. Estudia ese divino modelo y procura copiarlo en tu alma.

Pero sentía grande aflicción la Virgen santísima con las caídas de algunos flacos, porque mucho mejor que san Pablo podía decir: "¿Quién se escandaliza y yo no me abraso? ¿Y quién cae enfermo que yo no enferme?„ Y el celo de la casa de Dios comía sus entrañas, como las de su Hijo, viendo los pecados de aquellos que la profanaban; mas todo esto la movía á orar con mayor fervor, y á procurar con más cuidado la salvación de las almas para gloria del que las crió y redimió. ¡Oh Virgen soberana, ya que no tuvisteis dolores en el parto de vuestro Hijo natural, Cristo Jesús, ahora los padecéis en el parto del hijo adoptivo, que es el linaje humano!; vestida estáis del sol, coronada de estrellas y con la luna debajo de los pies, y con todo eso clamáis con dolor por dar á luz á este hijo tan ingrato, formando á Cristo dentro de mi corazón. Clamad, Señora, por mí, y no ceséis de cla-

mar hasta que me engendréis en Cristo, de modo que viva El en mí y yo en El.

PUNTO III

Perfección de la caridad de la santísima Virgen.

Lo último que podemos considerar de la Virgen nuestra Señora para conocer la cumbre de santidad donde llegó, es el modo que tenía de hacer sus obras, no solamente, como dice el Sabio, excélente, sino excelentísimo, aumentando cada día innumerables grados de excelencia, porque en cada obra echaba el resto de sus fuerzas espirituales, obrando con todo el afecto de corazón que le era posible; y como nuestro Señor paga de contado á los fervorosos, premiándoles luego y dándoles todo el aumento de gracia y caridad que han merecido con la obra que hacen, de aquí es que la Virgen, con cada obra que hacía, redoblaba las gracias que tenía, y aumentaba al doble la caridad con que amaba; y así, cuando volvía otra vez á ejercitar el amor, amaba con doblada intención que antes, y de esta manera iba creciendo cada día con un aumento incomprensible, porque la caridad, como dice santo Tomás, en esta vida no tiene término en el crecer, y el fuego de la Virgen nunca decía basta.

De aquí es que la Virgen N. S., eminentísimamente cumplía aquel precepto que dice: "Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas„, porque todas las empleaba en amarle con cuanto caudal tenía, y con toda la continuación que era posible en esta vida mortal, ayudándola los títulos que para amar á su Hijo tenía. De la misma manera cumplía excelentísimamente aquella petición del *Pater noster*, "hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo„, porque la cumplía en todas las cosas, grandes y pequeñas, con tanto amor y con tanta pureza

de intención, y con tanta diligencia y fervor, como la cumplen los ángeles del cielo, y aun con mucho mayor, sacando lo que es propio del estado de los bienaventurados. También se esmeraba en dilatar cada día más su corazón, y ensancharle para recibir mayores dones de Dios con la confianza grande que tenía en su bondad. De donde procedía que, como dice Isaías, cada día mudaba su fortaleza, añadiendo nuevo aumento, cobraba nuevos brios, y como águila divina volaba á tal cumbre de perfección que supera infinitamente á todos los ángeles y santos juntos y eso ya desde el primer instante de su inmaculada Concepción. Calcula, si puedes, cuál sería su gracia y santidad al fin de su vida santísima.

Coloquio. — ¡Oh Virgen gloriosísima, hija del Príncipe soberano, cuán hermosos son los pasos que dais en el camino de las virtudes. ¡Oh, cómo camináis prósperamente cada día, como la mañana cuando sale, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como escuadrones de ejército muy concertado! Comenzáis vuestras obras como la mañana, creciendo en la luz hasta el perfecto día; proseguíslas como luna llena, llenándolas con la plenitud de la conformidad con la divina voluntad; perfeccionáislas como el sol con singular excelencia, alumbrando con ellas al mundo, y encendiéndole en amor del Criador; y finalmente, todas son como un ejército de virtudes muy concertado, terrible á los demonios, y favorable á los escogidos cuya protectora sois. Tomadme debajo de vuestra protección, para que con vuestro favor crezca cada día de virtud en virtud, hasta que llegue á ver al Dios de los dioses en Sión por todos los siglos.

Propósitos.—Haz hoy algún sacrificio que te cueste en honor de la Virgen tu Madre.

9 DE AGOSTO

De la heroica humildad de la Virgen N. S., por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles.

Preludios.—Imagínate á María santísima sentada en el cielo á la derecha de su Hijo, colocada sobre todos los coros de los ángeles y sobre todos los bienaventurados, y piensa que tan grande exaltación de gloria en el cielo fué debida, principalmente, á su extraordinaria humildad en la tierra, pidiéndole al par la gracia de una profunda humildad de corazón, que te haga reconocerte sinceramente como el último de todos.

PUNTO I

Humildad en el silencio.

Considera que aunque la Virgen N. S. se esmeró mucho en todas las virtudes, pero con particular excelencia se señaló en la humildad, á la cual podemos atribuir su exaltación, siguiendo la regla que san Pablo pone de Cristo N. S., diciendo: "¿Qué es la causa porque subió tanto, sino porque bajó primero á las inferiores partes de la tierra? El que descendió es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas." Esto mismo podemos decir de su Madre benditísima, la cual subió sobre todas las criaturas porque se humilló más que todas ellas; y la corona gloriosísima de doce estrellas qne tiene en el cielo, se le dió por doce actos heroicos de humildad que ejercitó en la tierra, los cuales meditaremos; y porque hay humildad para con Dios y humildad para con los demás hombres, y en ambas la Virgen fué muy excelente, de todas diremos en los puntos siguientes. Lo primero, se ha de considerar la heroica humildad que tuvo la Virgen cerca de los dones que recibió de nuestro Señor, en los cuales se muestra esta virtud, ejercitando estos actos: El primer acto, es encubrir estos dones con sumo silencio, sin descu-

brirlos por palabras ni movimientos ó señales exteriores, por ningún respeto humano, ni por algún título aparente de glorificar á Dios, ó aprovechar al prójimo, sino es en los casos de necesidad, en que nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, porque fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, pónese á peligro, como dice san Gregorio, de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presunción. Y por esto la humildad con gran fuerza dice aquello de Isaías: "Mi secreto para mí, mi secreto para mí„, y dícelo dos veces, para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él á sus solas.

Este acto ejercitó la Virgen ocultando la revelación del ángel y el misterio de su preñez, sin descubrirle ni á su mismo esposo san José, á quien amaba tiernamente; por lo cual con mucha razón la llama su amado "huerto cerrado y fuente sellada„, porque encerraba con silencio las gracias que recibía de Dios; sin hacer plaza de ellas hasta que Dios las manifestaba.

PUNTO II

Humildad en las alabanzas.

Del anterior acto de humildad se sigue el aborrecer las propias alabanzas y oirlas de mala gana, con encogimiento y aflicción, porque, como dice san Gregorio, el humilde, cuando es alabado de otros, ó no reconoce en sí el bien que oye, ó si le conoce, teme perderle con la vana complacencia de su loa, ó porque quizá le premia Dios con este premio temporal para excluirle del eterno. Este acto, con modo más levantado, ejercitó la Virgen cuando el ángel la saludó con palabras de tan grande loa, llamándola "llena de gracia, y bendita entre las mujeres„, porque como humilde se turbó y encogió, pareciéndola que tanta grandeza no cabía en su pequeñez, por la baja estima que de sí tenía.

De aquí también nace otro acto de humildad, que es, cuando Dios quiere que sus dones se descubran, ó El los descubre por alguna vía, darle luego la gloria de todo, y alabarle y bendecirle, diciendo aquello de David: "No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu santo nombre sea la gloria„, y con el mismo afecto desear que todos los demás también den la gloria á Dios por lo mismo, diciendo aquello de David: "Engrandeced conmigo al Señor, y alabemos todos juntos su santo nombre.„ Esto hizo la Virgen cuando vió que nuestro Señor había revelado á santa Isabel el misterio secreto de que era Madre de Dios, y cuando oyó las grandezas que de Ella decía, porque al mismo punto dió la gloria de todo á solo Dios, diciendo: "Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque se dignó de mirar la pequeñez de su sierva; por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones;„ con lo cual provocaba á santa Isabel que atribuyese aquella obra á solo Dios y confesase con ella su propia pequeñez. ¡Oh Virgen gloriosísima, que nunca os pagasteis de la gloria y fama entre los hombres, dando á solo Dios la gloria de sus dones! Alcanzadme, ¡oh Madre benditísima!, tal grado de humildad, para que sea digno de tal modo de corona.

PUNTO III

Humildad en la sujeción y obediencia.

Considera ahora la heroica humildad que mostró la Virgen en la sujeción á Dios N. S., y á los hombres por su amor, ponderando los actos en que esta humildad suele mostrarse. Porque humildad es escoger, como dice David, el lugar más despreciado en la casa de Dios, y, cuanto es de su parte, ponerse en el lugar postrero, aunque Dios le dé el primero. Así lo hizo la Virgen cuando vió que Dios la quería poner en el lugar más alto de su casa, después de su Hijo, haciéndola Madre suya, porque, como humilde,

tomó para sí el postrero, cual suele ser el de las esclavas, llamándose esclava del Señor. Y por esta causa, correspondiendo á su deseo, la contó san Lucas en el postrer lugar después de los Apóstoles y de las otras mujeres, entre las cuales estaba la que había sido pública pecadora. Y por esta causa también, como humilde, cuando entró en Belén gustó de tomar para su morada el más vil lugar del mesón, que era el establo.

Fué también humildad sujetarse y obedecer á todas las leyes y ordenaciones de Dios y de sus ministros, aunque fuesen en cosas contrarias á su honra y reputación, sin querer admitir privilegios ni exenciones, aunque tuviera causa bastante para ellas; y aunque no estuviera obligada á ellas por precepto, gusta de obedecer como todos, por humillarse más que todos (aun cuando pudiera excusar la humillación), á imitación de Cristo N. S., que se humilló á la ley de la circuncisión y "se hizo obediente hasta la muerte de cruz„. Esto cumplió la Virgen puntualmente, guardando la ley de la purificación, aunque no la obligaba, y aunque era con algún detrimento de su honor, por ser ley dada para las mujeres no limpias que habían concebido por obra de varón, queriendo conformarse en esto con las demás mujeres que parían hijos, como si fuera una de ellas.

Por último, ejercitó la Virgen santísima la humildad en sujetarse y humillarse, no solamente á los mayores y á los iguales, sino también á los menores, dando á todos el primer lugar y previniéndolos con los comedimientos y cortesías de honra, ganándolos en todo esto por la mano, conforme al consejo de san Pablo, que dice: "Por la humildad teneos por superiores unos de otros, y prevenlos uno á otro en todo lo que fuere honra„. Así lo hizo la Virgen cuando fué á visitar á santa Isabel, y la saludó primero, humillándose, como dice san Ambrosio, la mayor en dignidad á la que era mucho menor, y ocupándose

en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad, sujetándose por Dios á toda humana criatura.

Coloquio.—¡Oh soberana Reina, que siendo más rica en gracias y dones divinos que ninguna otra criatura, os juzgabais siempre, por vuestra profundísima humildad, la más pobre y pequeña entre los pequeños! ¡Oh humildísima Señora, que siendo Madre de Dios gozabais en ocupar en todas partes el último lugar! ¡Oh Virgen santísima, que siendo más pura que los ángeles que asisten al trono del Señor, y más que los más encumbrados serafines, os sometisteis gustosa, por humillaros, á la ley de la purificación, como las demás mujeres! ¡Oh Emperatriz de los cielos, tan humildísima, que os ocupabais en los quehaceres y oficios más bajos y despreciados en la tierra! Alcanzadme que yo me humille de todo corazón en esta vida, para que merezca ser ensalzado algún día en la otra.

Propósitos.—Procura, á imitación de María, ocupar siempre y en todo el último lugar.

10 DE AGOSTO

De otras manifestaciones de la heroica humildad de María santísima, por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles.

Preludios.—Represéntate á la Virgen nuestra Señora en su pobre casa de Nazaret, ocupada en los oficios más bajos y humildes, siendo, como era, Madre de Dios y superior, por consiguiente, en dignidad á todos los reyes de la tierra y á todos los ángeles del cielo, y pídele la gracia de amar, á imitación suya, la pobreza y la humildad.

PUNTO I

Humildad en el servicio de los demás y en la renuncia de honores.

Considera los demás actos heroicos de humildad en que se ocupó la Virgen N. S., sumándolos á los expuestos en la meditación anterior. Figúrate

á la Virgen santísima sirviendo á otros en oficios bajos y humildes, y ocupándose en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servida, sino para servir, al modo que dijo Cristo N. S.: "No vine para que otros me sirvan, sino para servir Yo á todos y dar mi vida por su redención„; lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero y ganando de comer con este trabajo que hacía en servicio de otros, y sirviendo después á sus discípulos, hasta lavarles los pies, dándonos ejemplos para que cumplamos lo que después dijo san Pablo: "Por la caridad del espíritu servid unos á otros„.

Esto mismo ejercitó la Virgen, porque como pobre esposa de un pobre oficial, se ocupaba en todos los oficios humildes de su casa y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose también en esto por esclava, cuyo oficio es servir á los demás de su casa. Y así, con más humildad que Abigail, diría: "Ves aquí á tu sierva, recíbeme como esclava, para lavar los pies de las esclavas de mi Señor„. Con este grado de humildad anda también junto otro su compañero, que es rehusar, cuanto es de su parte, oficios y cargos honrosos, y ministerios que son muy estimados de los hombres, ó por juzgarse por inhábil é indigno de ellos, ó por huir la honra que traen consigo, ó por acomodarse á su estado humilde, viviendo contento con él. Esto guardó la Virgen, la cual, como dice santo Tomás, no hizo en su vida milagro alguno, ni quiso predicar en público; y si enseñaba á los Apóstoles y á otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los Apóstoles y discípulos, acomodándose á la regla que después dijo san Pablo: "No se ha de permitir que la mujer enseñe„; antes es de creer que en el templo y en las juntas y sermones estaba oyendo como las demás mujeres y con grande humildad veneraba á los sacerdotes de Cristo, y recibía de ellos la comunión, teniéndose por indigna de tener tal po-

testad, ni deseando que su Hijo, por especial dispensación, se la comunicase. ¡Oh Virgen gloriosísima, muy bien empleado está en Vos el trono de gloria que tenéis en el cielo, pues tanto os humillasteis en la tierra!; justo es se os dé allá el primer lugar, después de vuestro Hijo, pues acá escogisteis el postrero; razón es que se os sujeten las jerarquías de los ángeles, pues Vos os sujetasteis como esclava á los mismos hombres. Y pues tan bien guardasteis los consejos de la humildad, ayudadme para que á imitación vuestra yo los guarde, humillándome en la tierra para que Dios me ensalce en su cielo.

PUNTO II

Humildad en las humillaciones de la pobreza y en las injurias.

Considera ahora la heroica humildad que mostró la Virgen en las humillaciones de la pobreza y en las injurias que vienen por mano ajena; las cuales son piedras de toque en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios y para con los demás hombres; y comenzando por el más fácil, es hermosísimo acto en orden á la humildad, gustar de ser pobre y ejercitar todo lo que pertenece á la pobreza y las humillaciones que de ella proceden, porque puesto caso que la pobreza voluntaria no sea afrentosa entre cristianos; pero cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de voluntad ó necesidad, causa desprecio entre los hombres; y así es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas, y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto, no de fuerza, sino de grado. Esta humildad ejercitóla la Virgen con grande gusto, en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belén fué desechada de todos cuando les pidió posada, y así se recogió al refugio de los pobres en el invierno, que era el establo. En la purificación no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas ó palominos, como pobre. En Egipto, y después de vuelta de Nazaret, siempre

abrazó los desprecios de la pobreza, gustando de que la tratasen como suelen ser tratadas las mujeres pobres como Ella era.

Pondera que otro acto heroico de humildad es llevar con paciencia y silencio las afrentas que suceden contra su honra y buen crédito, no excusándose, ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazón que se le hace, sino callando y aceptando su afrenta y humillación con mucho gusto por amor de Dios, y en esto hay grados. El primero, es sufrir con paciencia las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas. El segundo y mayor, es sufrir estas injurias, sin tener culpa en ellas, callando aunque nos levanten falsos testimonios. El tercero, muy mayor, es sufrirlas cuando nos suceden por ocasión de alguna buena obra, por la cual mereciamos gloria y alabanza. El cuarto, mucho mayor, es sufrir todo esto, no sólo de enemigos ó extraños, sino de sus mismos hermanos, deudos ó amigos. Tal fué la humildad que tuvo Cristo N. S. en las injurias y desprecios que padeció en esta vida; y la misma ejercitó su Madre santísima, cuando su esposo José vióla preñada, y sospechando que era adúltera la quiso dejar; pero ella sufrió y calló sin volver por sí, como en su lugar ponderamos. Y es de creer que no sería esta sola vez la que padeció la Virgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguían y querían atarle como á furioso, también se volverían contra su Madre, porque veían que era de parte de su Hijo; pero Ella sufría y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de "padecer injurias por el nombre de Jesús„.

PUNTO III

Humildad en las afrentas y desprecios.

Pondera otro acto de humildad, que anda junto con el precedente, que es llevar con serenidad y paz

de corazón las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas, así las interiores que sentimos tratando con Dios cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores y otros prójimos nuestros, aunque sean sin nuestra culpa, y de ellas se nos siga algún desprecio; porque en tales casos, sufrir y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heroica humildad, la cual agrada mucho á nuestro Señor.

Esta humildad ejercitó la Virgen muchas veces en varias ocasiones, cuando su Hijo, siendo de doce años, le dijo con aspereza á ella y á san José: "¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que había de estar ocupado en las cosas de mi Padre?„ Y en las bodas otra vez, con muestras de sequedad y de negarle lo que pedía, la dijo: "Mujer, ¿qué tienes que ver conmigo? No es llegada mi hora.„ Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí, y deseaban verle, respondió con gran desvío: "¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi madre y mi hermano?„ En todas estas ocasiones que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio. Y á este modo tuvo otras muchas con otras muchas personas, sufriéndolas todas con grande paz.

El último acto de humildad, es no huir las afrentas y desprecios de sus deudos, antes querer tener parte en ellas, hallándose presente á todas, como Job, á quien como él dijo: "No atemorizó el desprecio de sus deudos„, esto es, el verse despreciado de ellos. Pero más valerosamente ejercitó esto la Virgen, hallándose presente á los desprecios y afrentas de su Hijo, poniéndose junto á la cruz, no desdeñándose de que todos supiesen que era Madre de aquel Hombre ajusticiado y crucificado en medio de dos ladrones, y allí padeció muchas injurias con hambre y deseo de padecerlas mucho mayores.

Estos son los actos de humildad que resplandecieron en la Virgen, cumpliendo lo que dice el Espíritu Santo: "Cuanto fueres mayor, tanto más humíllate en todas las cosas y hallarás gracia delante de Dios.„ Y así la halló la Virgen en esta vida, y después fué coronada con la corona de doce estrellas resplandecientes, premiándola sus doce géneros de humillaciones y levantándola á un trono altísimo de gloria, adonde con su Hijo, más dignamente que los Apóstoles, juzgue las doce tribus de Israel.

Coloquio.—Gózome, ¡oh Virgen Santísima!, de veros coronada por vuestro Hijo con tantas coronas de justicia. Razón era que quien vivió cercada de tales actos de humildad, fuese adornada con rayos de tanto resplandor; y que quien se sujetó por humillarse á todos los hombres, sea sentada en trono de majestad para juzgarlos á todos; y pues ahora estáis en trono de gloria, no para ser juez, sino abogada, suplicad á vuestro Hijo me corone con misericordias en esta vida, para que alcance la corona de justicia en la otra.

Propósitos.—Sufre cualquier afrenta ó humillación que se te presente, en honra de la Virgen santísima.

11 DE AGOSTO

Del glorioso tránsito de la Virgen N. S.

Preludios.—Imagínate á María santísima reclinada en su lecho de muerte, rodeada de los Apóstoles y discípulos, viendo abrirse los cielos y descender á Jesucristo entre infinitos resplandores de gloria y rodeado de innumerable multitud de Ángeles, y pídele, por el extraordinario gozo que en aquel instante inundó su alma benditísima, que te alcance la gracia de una santa muerte.

PUNTO I

De los encendidos deseos que la Virgen tenía de ir al cielo.

Considera los encendidos deseos que tenía la Virgen de ir á ver á Dios y estar junta con su Hijo; los

cuales nacían no de tedio de la vida presente, sino de puro amor; el cual, cuando es muy grande, suspira por la presencia de su amado, y no halla descanso sino es en verle; y como era tan versada en las divinas Escrituras, de ellas sacaba las palabras de su afecto. Unas veces, hablando consigo mismo, diría con David: "Ay de mí, que se ha dilatado mucho mi peregrinación, morado he mucho tiempo con los moradores de Cedar, muchos días ha sido mi alma peregrina en esta vida.„ Otras veces, hablando con Dios, diría: "Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á Ti, mi Dios; mi alma tiene sed de Dios, fuerte y vivo: ¿cuándo tengo de ir á parecer en la presencia de mi Dios? Saca ya, Señor, mi alma de la cárcel de este cuerpo, para confesar tu santo nombre, y mira que los justos están esperando á que me des la corona de justicia que me tienes prometida.„ Otra vez, hablando con los ángeles que la visitaban, les diría aquello de los Cantares: "Conjúroos, moradores de la celestial Jerusalén, que si viereis á mi Amado, le digáis cómo estoy enferma de amor„; decidle que mi espíritu desfallece, y mi carne se debilita con el deseo que tiene de verle y gozar de El.

Pero también dentro del corazón de la Virgen habría una santa contienda, como dice de sí san Pablo, entre el amor de Dios y el amor del prójimo; porque el amor de Dios juzgaba por mejor ser desatado, y estar con Cristo; mas el amor del prójimo decía que era necesario quedarse acá por hacerle bien; y como estaba tan resignada en la divina voluntad, con una excelentísima obediencia diría lo que dijo después san Martín: "Señor, si soy necesaria para tu pueblo, no rehuso el trabajo, hágase tu voluntad.„ ¡Oh Virgen inefable, que ni fuiste vencida del trabajo, ni lo serás de la muerte, ni temiste morir, ni rehusaste vivir, queriendo solamente lo que quiere Dios! ¡Oh, si viviese yo de tal manera, que pudiese imitar tus fervorosos deseos con tu santa resignación, desean-

do la muerte con alegría y sufriendo esta vida con paciencia!

Cuando la Virgen sintió que le faltaban pocos días de vida, comenzó con nuevo fervor á prepararse para la partida, ejercitando actos de virtud más esclarecidos, diciendo aquello de los Cantares: "Fortalecedme con flores, fortificadme con frutos, porque estoy enferma de amor„; como si dijera, hablando con sus mismas potencias: La fuerza del amor me va consumiendo la vida, producid nuevas flores y frutos celestiales; brotad meditaciones, afectos y obras olorosas que alivien mi enfermedad y me dispongan al fin de ella. En estas tres cosas dichas tengo de imitar á la Virgen disponiéndome para la muerte, con deseos encendidos de ver á Dios, con resignación en su voluntad y con obras más perfectas, aumentando el fervor cuando presumo que está cerca la partida; porque no carece de falta ser tibio en desear ver á Dios y alcanzar la bienaventuranza.

PUNTO II

Maravillas que precedieron á la muerte de la santísima Virgen.

Considera las cosas que precedieron á la muerte de nuestra Señora, ponderando primeramente, cómo Dios N. S., aunque preservó á la Virgen de la culpa original, no quiso preservarla de la muerte del cuerpo, que fué su efecto, sino que pasase por ella, como todos los demás hombres, para que se viese cuán irrevocable era esta sentencia de la muerte. Y para que la Virgen imitase también en esto á su Hijo, el cual murió para remediarnos con su muerte, y para que mereciese mucho, venciendo esta natural repugnancia que tiene la carne á morir; pues, como dice san Pablo, no queremos ser despojados del cuerpo, sino recibir en él la vestidura de la gloria, y también para que diese á todos ejemplo raro de virtud en su muerte, y se compadeciese de los que mueren, como quien

pasó por aquel trabajo, porque había de ser nuestra abogada en la hora de la muerte. De donde sacaré títulos para suplicar á la Virgen me socorra en aquella hora, alcanzándome algún favor de los muchos que Ella recibió entonces, diciéndole con mucho espíritu aquellas palabras del Ave María: Rogad por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Y el otro himno que dice: María, Madre de gracia, Madre de misericordia, libradnos del enemigo y recibidnos en la muerte.

Lo segundo, consideraré cómo llegado el tiempo determinado para el glorioso tránsito de la Virgen, su Hijo le envió al arcángel san Gabriel para que le diese la nueva de ello; vendría resplandeciente como cuando vino á anunciarle la Encarnación del Verbo divino, y es de creer que entraría con la misma salutación diciéndole: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, por el fruto bendito de tu vientre Jesús. De su parte vengo á decirte, cómo ya es llegada la hora en que quiere llevarte consigo, y dar juntamente contento á todos los cortesanos del cielo, que te están esperando con deseo de tenerte en su compañía.„ ¡Oh, qué sentimientos tan levantados tendría la Virgen con tal nueva! Por una parte llena de júbilos de alegría, diría con David: "Alegrado se ha mi espíritu por las cosas que me han dicho, porque tengo de ir á la casa del Señor.„ Y por otra parte, con grande resignación repitiría también la respuesta que dió la otra vez al mismo ángel, diciéndole: "Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.„ Estos dos afectos tengo de ponderar y guardar en mi corazón. para la hora en que me dieren la nueva de mi muerte, pues gusta Dios que la reciba con alegría y resignación.

Lo tercero, consideraré cómo milagrosamente vinieron los Apóstoles y otros muchos discípulos á estar presentes á la muerte de la Virgen. Todos llora-

ban su ausencia, y se encomendaban en sus oraciones; y Ella consoló á todos, y les dió consejos muy saludables, y á imitación de su Hijo, oró por ellos, y echóles su bendición con grande afecto, ofreciéndose á ser su abogada en el cielo. ¡Oh Madre dulcísima!, huérfanos quedamos en la tierra si Vos os vais al cielo; pero si tenemos cierta vuestra ayuda desde el cielo, seguros viviremos en la tierra. Subid en buena hora, pues con vuestra bendición nos dejáis prendas de que subiremos con Vos á gozar de vuestro Hijo por todos los siglos.

PUNTO III

Muerte de la santísima Virgen.

Considera cómo llegada ya la hora, bajó Cristo N. S. del cielo por su Madre. Y es cierto que trajo innumerable multitud de ángeles para que se hallasen presentes á su muerte, echando de allí á todos los demonios, sin que se atreviesen á llegar á su posada. ¡Oh, qué palabras tan regaladas diría el Hijo á su Madre! No alcanza nuestro entendimiento á conocerlas, sino es por las que están escritas en el libro de los Cantares. Diríala con grande amor: "Levántate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, porque ya es pasado el invierno, y han cesado las lluvias, y es llegado el fin de tus trabajos. Ven, oh Esposa mía, del Líbano, y de los montes altos y fértiles de virtudes en que has morado; deja ese mundo miserable, que es cueva de leones y monte de tigres; ven, y serás coronada con la corona de justicia que tan bien has merecido.„

En viendo la Virgen á su Hijo, y oyendo las palabras, que le decía al corazón, es de creer que con la grande caridad que tenía le pediría consolase á sus Apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendición. Y luego, acordándose del modo cómo su Hijo expiró en la cruz, diría las mismas palabras que El dijo: "¡Oh Padre mío en cuanto á Dios,

é Hijo mío en cuanto hombre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu!„ y en diciendo esto expiró. ¡Oh, cuán preciosa fué la muerte de esta Señora en los ojos de Dios, ante quien es preciosa la muerte de sus Santos! Fué preciosa, porque no murió tanto de enfermedad del cuerpo como de enfermedad de amor, el cual la consumió las fuerzas corporales; porque murió sin dolor, contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vió morir en la cruz, porque fué tan grande la alegría que tenía su alma con la presencia de su Amado, que no sintió apartarse de su cuerpo y porque todas sus obras, que eran muchas y muy esclarecidas, se juntaron entonces manifestándoselas Dios para que la acompañasen y llenasen de confianza y alegría. Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen, ¿cuánto más bienaventurada sería la que murió en Cristo de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban?

Después que la Virgen expiró, dieron sepultura á su bienaventurado cuerpo, con grande pompa del cielo y de la tierra; de modo que podemos decir de Ella lo que dice Isaías de Cristo, que "su sepulcro fué glorioso„, porque concurrieron á él la gente más gloriosa de la tierra y del cielo, es á saber: los Apóstoles y muchos discípulos, y también los coros angelicales que seguían el cuerpo y estuvieron tres días en el sepulcro con música celestial, honrando á la que era Reina suya y estaba allí depositada. Fué también glorioso, por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerabilísimo cuerpo, y también porque, puesto caso que los Apóstoles y discípulos sintieron la muerte de la Virgen, es de creer que luego les daría nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual, acordándose que tenían en el cielo á su Madre y abogada, que miraría por ellos.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana! De la manera que puedo, quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu, y entrarme entre los dos coros de Apóstoles y de ángeles para cantar con ellos vuestras alabanzas. Justo era que pues vuestro cuerpo fué sepulcro gloriosísimo donde el Verbo Eterno estuvo como sepultado nueve meses, ahora se le diese sepulcro muy glorioso donde estuviese depositado por tres dias. Y pues toda la vida se ocupó en alabar y glorificar al Criador, y dentro de tres días ha de volver al mismo ejercicio para siempre, razón era que en estos tres días los ángeles le sirviesen de lengua para glorificar por ellos al que siempre glorificó. Gracias os doy, Verbo Eterno, por la honra que haceis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte que merezca, en su compañía, gozaros para siempre en la gloria.

Próposito.—Procurar imitar en la vida á la Virgen, para merecer que ella te acompañe en la hora de la muerte.

12 DE AGOSTO

De la Asunción de la Virgen cuanto al cuerpo, y del lugar que ocupa en el cielo empíreo.

Preludios.—Imagínate cómo al tercer día después de la muerte de nuestra Señora, bajó del cielo su santísima alma y se unió al cuerpo que estaba en el sepulcro, resucitándole, y cómo nuestra Señora subió al cielo en cuerpo y alma gloriosa y triunfante, y pídele la merced de resucitar de la muerte de la culpa á la vida de la gracia.

PUNTO I

Incorrupción del cuerpo de María.

Considera la incorrupción del cuerpo sacratísimo de la Virgen, los tres días que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la misma entereza que tenía en vida; porque así como esta Señora, aunque fué concebida por el orden natural de los demás hombres, fué por especial privilegio preservada su alma

de la corrupción de la culpa, así también, aunque murió como los demás hijos de Adán, por privilegio especial fué preservado su cuerpo de la corrupción, que fué pena de la culpa, de modo que no cayese en aquella maldición que echó Dios al hombre cuando le dijo: "Polvo eres, y en polvo te has de volver.„

Las causas de este privilegio fueron tres. La primera, en premio de su pureza virginal, la cual fué milagrosa y nunca oída, con gran firmeza de voto y con grande constancia por toda la vida; y así, había de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro sin corrupción por toda la eternidad. La segunda causa fué, en premio de la extraordinaria y milagrosa pureza y santidad de su alma, en la cual nunca hubo gusano de culpa que la mordiese, ni polvo de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adán terreno; y así, era muy conveniente que los gusanos no tocasen á su cuerpo, ni se convirtiese en tierra ó polvo, á semejanza del cuerpo del Adán celestial, por cuya santidad dijo David: "No permitirás que tu santo vea corrupción.„

De aquí nace la tercera causa, porque así convenía á la honra de Cristo N. S., cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre por haber sido tomada de Ella; y como su carne nunca experimentó corrupción, así, dice san Agustín, era razón que no la experimentase la carne de su Madre, en la cual estaba en cierto modo la de su Hijo. ¡Oh Madre benditísima de Jesús, arca del Nuevo Testamento fabricada de madera incorruptible, cubierta de oro purísimo para ser digna morada del que era propiciatorio de todo el mundo!, gózome de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo y del oro purísimo de vuestras virtudes, con las cuales adornasteis vuestro espíritu. Alcanzadme, ¡oh Virgen soberana!, aquella incorruptibilidad del espíritu quieto y

modesto, que es rico delante de Dios, para que libre mi alma de la corrupción de la culpa, sea también á su tiempo librado mi cuerpo de la corrupción que merece por ella.

PUNTO II

Resurrección del cuerpo de nuestra Señora.

Considera la resurrección del cuerpo de la Virgen, saliendo al tercer día del sepulcro, vivo y glorioso, por la virtud y omnipotencia de su Hijo, al cual le pareció poco favor conservar incorrupto el cuerpo de su Madre hasta el día de la resurrección general; y así, quiso anticiparla, resucitándola al tercero día. La primera causa de este favor fué, porque como el Hijo de Dios amaba tanto á su Madre, quiso cumplir y llenar, no solamente los deseos que su alma benditísima tuvo de ver á Dios, sino el deseo natural que tenía de reunirse con su cuerpo, cual le tienen las almas de los bienaventurados, las cuales, como se dice en el *Apocalipsis*, claman con clamor de gran deseo por la resurrección de sus cuerpos; y pues el cuerpo y el alma de la Virgen siempre estuvieron muy unidos y conformes en cumplir la voluntad de Dios, razón era que Dios los tornara luego á unir, para que con la misma conformidad siempre le alabasen. La segunda causa fué, para darnos esperanzas de nuestra resurrección con la fe de que no solamente resucitó Cristo, verdadero Dios y hombre, sino también su Madre, que era pura criatura, y con esto juntamente despertar en nosotros grandes deseos de ir á verla, pretendiendo y buscando, no las cosas de la tierra, sino las cosas del cielo, donde está Cristo y su Madre sentada á su diestra. La tercera fué, para que con toda propiedad, desde luego hasta el día del juicio, y para siempre se conservase en la Virgen el nombre de Madre de Dios, porque este nombre propiamente no cuadra á sola el alma, sino al compuesto de cuerpo y alma. Y también para que en el cielo

pudiese cumplídamente hacer por nosotros el oficio de Madre y abogada, aplacando la indignación de su Hijo, así como el Hijo aplaca la ira del Padre mostrándole sus llagas. Y así tuviese también en el cielo una ayudadora semejante á sí mismo en la gloria del alma y cuerpo, como la tuvo Adán en el paraíso.

Por estas y otras causas que se dijeron en el punto precedente, se determinó Dios de resucitar á la Virgen, uniendo su alma con su cuerpo. ¡Oh, qué alegre estaría esta Señora con este nuevo beneficio, y cuán de veras renovaría en este tercer día su acostumbrado cántico, diciendo: Engrandece, ánima mía, al Señor, y mi espíritu se alegre en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí grandes cosas el que es Todopoderoso, glorificando mi alma y también mi cuerpo. ¡Oh, qué gozoso estaría aquel cuerpo sacratísimo, viéndose unido con aquella benditísima alma y recibiendo por ella las cuatro dotes de gloria! Quedó mil veces más resplandeciente que el sol y hermosísimo sin comparación más que la luna llena; quedó inmortal, impasible, ligero y todo espiritualizado sin temor de hambre, ni de frío, ni de cansancio, ni de otra alguna miseria, porque todo esto se acabó, resucitando á nueva vida para nunca más morir. Gracias os doy, Verbo eterno, por este nuevo favor que habéis hecho á vuestra Madre, volviendo por su honra y por la vuestra, pues la gloria de los hijos es tener gloriosos padres. Gózome, Virgen gloriosísima de este nuevo privilegio que hoy os concede vuestro hijo, cumpliendo el deseo de vuestra alma, glorificando vuestro cuerpo á semejanza del suyo. Abogad por mí en su presencia, para que cumpla los deseos de mi alma, favoreciéndome para que le sirva en esta vida y después cumplidamente me glorifique en la otra.

PUNTO III

Asunción de María santísima en cuerpo y alma al cielo.

Considera la Asunción del cuerpo glorificado de la Virgen al cielo. Y aunque no sabemos el modo cómo esto pasó, pero podemos meditarlo á semejanza de la Ascensión de Cristo N. S., imaginando que la resurrección de la Virgen se hizo acá en la tierra, viniendo su alma á unirse con su cuerpo, como se ha de hacer en la resurrección general el día del juicio.

Estaban guardando el sepulcro millares de ángeles, cantando músicas celestiales, y desde allí darían voces á Cristo N. S., diciéndole aquello del Salmo: "Levántate, Señor, á tu descanso, Tú y el arca de tu santificación„, porque tu descanso será llevar contigo el arca donde estuvo depositado el tesoro infinito de la santidad.

Luego comenzó á subir esta soberana arca en brazos de querubines y serafines; rompiendo por esos aires con júbilo de inefable gozo y alegría, penetró todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo. Recibióla con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola como Salomón en el *Santo de los santos*, y lugar más alto y levantado de aquel templo celestial. Coronóla, como al arca, con una corona de oro purísimo, rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura inefable, que excedía á la misma claridad del cielo empíreo donde estaba. ¡Oh, qué claro estaría este cielo, renovado con la luz de tal sol y de tal luna, como Cristo y su Madre! ¡Oh, qué alegres estarían los ángeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesión esperaban que se repararían las sillas de este reino! ¡Oh, qué regocijados los demás bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! ¡Oh qué contenta estaría esta hu-

milde Madre, viéndose levantada desde lo más bajo de la tierra hasta lo más alto del supremo cielo!

Coloquio.—¡Gózome, oh Madre santísima, de las dos estolas de gloria que os han dado, una para vuestra alma, como á los demás bienaventurados, y otra por especial privilegio desde luego para vuestro cuerpo! ¡Levantad, oh Madre santísima, mi espíritu al cielo, donde Vos estáis sentada á la diestra de vuestro Hijo, pues donde está la madre es razón que estén los hijos, y donde está el cuerpo se han de congregar las águilas! ¡Oh, quién me diese alas de águila para volar á lo alto y contemplar la gloria del cuerpo glorificado de la Virgen! Levántate, oh alma mía, con grande gozo, subiendo sobre ti misma y sobre todo lo criado. Olvídate de las cosas de la tierra, y suspira por las del cielo donde están tu Padre celestial y tu gloriosa Madre; imita la humildad que tuvo en esta vida, para que seas con ella ensalzada en la otra.

Propósitos.—Excitar en ti el deseo de la santidad para llegar á contemplar un día la gloria inefable de tu Madre la Virgen santísima.

13 DE AGOSTO

De la entrada de nuestra Señora en el cielo y de su gloria esencial.

Preludios.—Imagínate la gloriosa y solemne entrada de la Virgen santísima en el cielo, adelantándose á recibirla amorosamente la Trinidad beatísima, y pídele fuerzas para huir del pecado, único obstáculo que en su día pudiera impedirte entrar en la gloria.

PUNTO I

Partida de nuestra Señora.

Considera la gloriosa subida y entrada de la Virgen en el cielo empíreo, porque en expirando, suelta ya su alma de las ataduras del cuerpo, en un instante voló al cielo y fué glorificada; pero meditando esto á nuestro modo como si hubiera sucedido poco

á poco, primero ponderaré los dulces abrazos que se darían Madre é Hijo en aquella primera salida, con un gozo inefable. ¡Oh, qué gozosa estaría esta alma benditísima en aquel primer instante! Con qué afecto diría: "Hallado he al que ama mi alma; téngole, y no le dejaré hasta que me entre y lleve consigo á la casa de mi madre, la celestial Jerusalén.„ ¡Oh Virgen soberana, negociadme tal pureza de vida y tal ardor de caridad, que en saliendo mi alma de su cuerpo, luego dé en los brazos de su Amado, y suba con El á la casa de mi madre, donde Vos, Madre mía, moráis gozosa con vuestro Hijo por todos los siglos!

Lo segundo, se ha de ponderar la ilustre compañía de las tres jerarquías angelicales que iban con la Virgen celebrando su Asunción. Saludábanla, como dice san Atanasio, con varias salutaciones de grande gloria, y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana; dábanla el parabién de las grandezas que Dios había obrado en ella, y á una voz entonaban todos la salutación de san Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo, uniéndome con el espíritu á todas estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo como los hebreos el de Judith. ¡Oh Virgen gloriosísima, Tú eres gloria de Jerusalén, así de la militante como de la triunfante! ¡Tú eres alegría de Israel, así de los que ven á Dios por la contemplación en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra! ¡Tú eres honra de nuestro pueblo, porque obraste siempre varonilmente, y amaste la castidad, siendo más pura que la nieve y que los mismos ángeles! Por esto serás bendita para siempre, y por tu causa serán benditos los que por Ti fueren amparados.

Lo tercero, ponderaré cómo subía esta Señora, no llevada por manos de ángeles, como fué llevado Lázaro el mendigo al seno de Abraham, sino por las manos de su mismo Hijo y en sus mismos brazos

pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez trayéndole en los suyos.

De aquí procedió la grande admiración de las jerarquías celestiales, cuando dijeron: "¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de deleites, arrimada á su Amado?„ Como si dijeran: ¿Quién es ésta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo eso sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando, no en sí misma, ni en los ángeles, sino en su Amado?

Llévame en pos de Ti, ¡oh Madre amantísima! para que mi corazón no more ya en la tierra, sino donde está mi tesoro, que eres Tú, mi consuelo y mi esperanza.

PUNTO II

Llegada de la Virgen al cielo.

Considera cómo entró la Virgen en el cielo empíreo con alegría inefable de todos los corazones celestiales y de la santísima Trinidad, porque el Padre Eterno se gozaba de tener consigo á su querida Hija; el Hijo, de tener consigo á su dulce Madre, y el Espíritu Santo de tener en su compañía á su amada Esposa. ¡Oh, qué recibimiento tan alegre! ¡Oh, qué ósculos de paz tan dulces! ¡Oh, qué abrazos tan amorosos! ¡Oh, qué coloquios tan tiernos pasarían entre tal Hija con tal Padre y entre tal Madre con tal Hijo, y entre tal Esposa con tal Esposo, y entre las tres divinas Personas, sobre honrar á tal Princesa! Todo esto tengo de venerar con silencio y admiración, porque es más de lo que puedo pensar.

De esto tengo de sacar un entrañable deseo de seguir con el espíritu á la Virgen en esta jornada, comenzando desde luego á disponerme para ella. Lo primero, en dejar ya con el corazón el mundo, imaginando que para mí es un desierto, y privándome de los deleites sensuales que hay en él, para ser

capaz de los espirituales. Lo segundo, en procurar subir cada día y aprovechar en virtud, no estribando en mis fuerzas ni arrimándome á brazo de carne, sino al brazo de Dios, poniendo en El mi confianza. Y lo tercero, en procurar alegrarme siempre en Dios y en las cosas de su servicio, de modo que abunde en sus gracias y dones, y sea, como dice san Pablo, rico en Cristo, sin que me falte alguna gracia, esperando con gran confianza el día en que se me ha de manifestar su gloria.

PUNTO III

Gloria esencial del alma de María.

Considera ahora la gloria esencial del alma de la Virgen N. S.; porque si á todos los justos, dice Cristo N. S., "se les dará medida buena, llena, apretada y colmada„, ¿qué medida daría á su Madre? Si con la medida que midiéremos hemos de ser medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar y servir á Dios, ¿qué medida casi sin medida recibiría del mismo Dios? La medida de la Virgen en el servicio de su Hijo, siempre fué buena con todo género de bondad, sin mezcla de culpa, llena de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras, sin que le faltase ninguna de sus circunstancias; apretada con trabajos y mortificaciones, colmada y muy sobrada con la observancia de los consejos evangélicos, haciendo mucho más de lo que tenía obligación y deseando siempre hacer más, sin poner tasa ni medida á su deseo; pues si Dios premia á los justos con medida de gloria mil veces más excelente que sus servicios, ¿cómo premiaría la medida tan excelente de su Madre? Solo el mismo Dios que se la dió, y la Virgen que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida. A nosotros bástanos saber que la Virgen quedó llena, harta y satisfecha, experimentando lo que está escrito: "Hartaréme cuando se me descubriere tu gloria„. Diríala Dios N. S., lo que

dijo Holofernes á Judith: "Bebe, hártate y descansa con alegría, porque has hallado gracia en mi presencia„. Y respondería la Virgen como Judith: "Beberé, Señor, porque mi alma ha sido engrandecida en este día más que en todos los demás de su vida„.

Bebió la Virgen, y quedó harta, porque su entendimiento quedó harto y satisfecho con la vista clara de Dios, trino y uno, bebiendo de aquel mar inmenso de su infinita sabiduría, con tanta abundancia, que los querubines que se llaman plenitud de ciencia, en su comparación están como vacíos. Su voluntad quedó harta con el amor beatífico de Dios, gozando de la caridad hasta embriagarse con tanto exceso de amor, que los serafines, que quiere decir encendidos, en su comparación están como helados. Su espíritu todo quedó harto, con la posesión pacífica del bien infinito que había deseado, engolfándose en el mar de los gozos de su Señor y bebiendo del río impetuoso de sus deleites, con tanta plenitud, que en su comparación los ángeles están como sedientos. Finalmente, entonces echó Dios el resto de su bondad y omnipotencia en hartar los deseos de su Madre con toda la hartura que convenía á una pura criatura, premiándole las veces que Ella le había dado á beber, no un cáliz de agua fría, sino la leche de sus pechos, hasta hartarse. Entonces la introdujo en el río de los goces de su divinidad para que se hartase con la dulzura infinita de su amor. Entonces también le premió la bebida del cáliz amargo que por su causa recibió en la Pasión, dándole á beber el cáliz dulcísimo de su gloria, con el cual echó en olvido todas las amarguras pasadas, porque incomparablemente fueron mayores las dulzuras; enjugó del todo sus lágrimas, desterrando para siempre el llanto y el dolor, y todas las miserias del hombre viejo, renovándola con las dotes gloriosas del hombre nuevo.

Coloquio.—¡Oh Virgen gloriosísima, gózome de vuestra gloria y del gozo y hartura que tenéis en

esa mesa del cielo, donde estáis sentada con vuestro Hijo y á su lado comiendo y bebiendo lo mismo que El come y bebe; mejor merecéis ese asiento y esa hartura que los Apóstoles, pues permanecisteis con El en sus tentaciones más fielmente que todos ellos! ¡Y pues la medida que se os da es tan copiosa, acordaos de los hambrientos y sedientos que vivimos en la tierra repartiendo con nosotros algunas migajas de ella!

Propósitos.—Saca un propósito grande de imitar á la Virgen en la medida con que sirvió á Dios, animándote á ello con la esperanza de la gloria que Dios te dará mil veces mayor que tus obras, por lo que de su naturaleza merecían, por lo cual dijo san Pablo "que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra„.

14 DE AGOSTO

De la coronación de María santísima.

Preludios.—Imagínate el acto augusto de la coronación de María santísima por la beatísima Trinidad, y pide á nuestra Señora la gracia de imitar sus virtudes para que en su día logres también ser coronado en el cielo.

PUNTO I

Corona de potestad, de sabiduría y de caridad.

Considera la coronación de nuestra Señora con las demás circunstancias de su gloria. Porque lo primero, la Virgen sacratísima fué levantada sobre los nueve coros de ángeles á gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos, sentándola su Hijo á su mano derecha, en un trono de grande majestad, con mayores muestras de amor que Salomón sentó en otro trono á su madre Bersabé. Allí se cumplió lo que está escrito: "Asistió la Reina á tu mano derecha vestida con un vestido de oro y adornada con variedad;„ porque así como de Cristo N. S. se dice estar á la diestra del Padre en cuanto goza los mejores bienes de

gracia y gloria, que hay en el cielo, así la Virgen está á la diestra de su Hijo, porque después de El tiene el más alto grado de gloria sobre todos los coros de los ángeles, y de los demás espíritus bienaventurados; porque cuanto es más glorioso el nombre de madre, que el nombre de siervo y criado, tanto es más alto el trono de la Virgen que el de los demás santos.

Lo segundo, fué coronada de la Santísima Trinidad con coronas preciosísimas. El Padre Eterno la coronó con corona de potestad, concediéndola después de Cristo, poderío sobre todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, cumpliéndose también en Ella aquello del salmo: "Coronástele de honra y gloria, y constituístele sobre las obras de tus manos.„ El Hijo de Dios la coronó con corona de sabiduría dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Esencia, sino de todas las cosas criadas y de todas las que pertenecen á su estado de Madre y abogada nuestra.

El Espíritu Santo la coronó con corona de caridad, infundiéndola no solamente el amor de Dios, sino el amor encendidísimo de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvación. ¡Oh, qué admiración y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas cuando vieron á la Virgen con tales coronas! Los serafines se admiraban del ardor de su caridad; los querubines de la plenitud de su ciencia; los tronos de la abundancia de su paz; las dominaciones de la grandeza de su potestad; las virtudes de la excelencia de sus dones, y los demás ángeles de la soberanía de su perfección y santidad. Gózate, oh alma mía, de esta corona de la Virgen; alégrate que tienes Madre en el cielo de tanta potestad y grandeza, que puede con su intercesión remediar tus miserias, y de tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades y entiende tus deseos y oraciones, y de tanta caridad y celo, que desea más que tú el cumplimiento de ellas. ¡Oh Madre dulcísima, coronada de vuestro Hijo con

misericordia y abundancia de misericordia!, suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra.

PUNTO II

Coronas de gloria accidental.

Considera cómo demás de esto, la Santísima Trinidad coronó á la Virgen con las tres coronas de gloria accidental, que los teólogos llaman laureolas ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor; conviene á saber: laureola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fué Virgen de las vírgenes, fué mártir en la pasión de su Hijo, y fué maestra de nuestra sacrosanta religión, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. ¡Oh Reina soberana, cuán bien merecidas tenéis estas coronas en el cielo por los copiosos frutos que llevasteis en la tierra! Llevasteis fruto de treinta como virgen y de sesenta como maestra, y de ciento como mártir; justo es que á tales trabajos respondan tan preciosas coronas, y para que yo sea digno de ellas, alcanzadme que lleve fruto copioso de santas obras.

Por eso la Virgen santísima es llamada con justicia y razón Reina de las vírgenes, Reina de los mártires y asiento de la sabiduría. Porque, ni ha habido pureza como la suya, ni pasión y martirio como el de su alma, y por Ella la sabiduría eterna bajó hasta nosotros. Todas las coronas parecíanle pocas á la augusta Trinidad para aquella cabeza purísima de la Reina de los cielos y la tierra.

¡Gózome, oh Reina de los ángeles, de la alteza de vuestro trono!; ¡sea para bien ese asiento á la diestra de vuestro Hijo! ¡Oh, cuán bien os está esa vestidura de oro de caridad, bordada con tanta variedad de virtudes! Si el primer ángel que después se perdió por su soberbia, estaba en el paraíso adornado con nueve géneros de piedras preciosas, esto es, con las perfecciones de los nueve coros angélicos, ¿cuánto

más adornada estaréis Vos con todas las perfecciones de las piedras vivas y preciosas de esa celestial Jerusalén? Mirad, oh Madre de misericordia, mi desnudez, y negociadme la vestidura de bodas que es la caridad, con la pedrería de las demás virtudes, para que sea digno de parecer en la presencia de mi Dios, y gozar de El en vuestra compañía.

PUNTO III

Corona de virtudes.

Considera cómo últimamente fué coronada esta Señora con la corona de doce estrellas, de que se hace mención en el *Apocalipsis*, porque como concurrieron en ella las grandezas y virtudes de todos los órdenes de santos que hay en el cielo, así fué coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en ella sumamente con grandes ventajas, la fe y esperanza de los patriarcas, la luz y contemplación de los Profetas, la caridad y celo de los Apóstoles, la fortaleza y magnanimidad de los mártires, la paciencia y penitencia de los confesores, la sabiduría y discreción de los doctores, la santidad y pureza de los sacerdotes, la soledad y oración de los ermitaños, la pobreza y obediencia de los monjes, la caridad y limpieza de las vírgenes, la humildad y sufrimiento de las viudas con la fidelidad y concordia de los santos casados, y, por consiguiente, recibió los premios y coronas de todos ellos, con exceso incomparable, porque á ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio: "Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero Tú has excedido á todas„; que es decir: muchas almas allegaron grandes tesoros de merecimientos y virtudes, pero Tú allegaste mucho más que todas ellas. Levántate, pues, alma mía, en el espíritu, y mira con los ojos de la fe á esta Madre del verdadero rey Salomón, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el día de su entrada en el cielo y en el día de la alegría de su

corazón. Contempla el inefable gozo de esta Reina soberana, y el afecto con que renovaría su antiguo cántico, diciendo: "Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva; desde hoy más me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es Todopoderoso, y su santo nombre„.

Coloquio.—¡Oh Virgen gloriosísima! Ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros á boca llena bienaventurada, pues tenéis en posesión lo que hasta aquí teníais en esperanza. Grandes cosas obró siempre en Vos el que es Todopoderoso; pero el día de hoy echó el sello á todas con la corona de gloria que os ha dado en premio de vuestra humilde pequeñez. Coronada estáis de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesión y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así, con mucha humildad, arrojan sus coronas á vuestros pies, reconociendo que por vuestro medio las ganaron. ¡Oh abogada piadosísima y medianera poderosísima! Socorredme con vuestra intercesión para que yo también sea gozo y corona vuestra, peleando con tanto valor en esta vida, que por vuestro medio gane la victoria y alcance la corona eterna de la gloria.

Propósitos.—Humillarse y sufrir con María, para merecer ser ensalzados con ella.

15 DE AGOSTO

De la gloria de la Virgen santísima en este hermoso misterio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El misterio de la Asunción, plenitud de la santidad de María.

Considera que la Asunción de la Virgen santísima es el colmo de su santidad. El ángel la llama llena de

gracia en el misterio de la Anunciación, ¿cuál sería la plenitud de esta gracia en el tiempo de su muerte? Porque María, desde el primer instante de su concepción, tuvo más gracia y más ardiente caridad que los más elevados serafines; ¿cuál sería su gracia, y cuál sería su caridad en el último instante de su vida? Dios sólo, que la llenó de tanta gracia, conoce su medida. En efecto: ¿cuánto creció esta gracia durante su vida, que fué de setenta y dos años? ¿A qué colmo de caridad llegó á la hora de la muerte, correspondiendo María á la gracia con toda la fidelidad que puede una pura criatura? Para calcular esto de algún modo considera que á cada momento la gracia en María, no sólo se aumentaba, sino que se duplicaba. Ciertamente, se puede decir, que la caridad de María se halló tan perfecta en la hora de su muerte, que excedió á la de todos los santos juntos, y que murió, no por efecto de la debilidad de la naturaleza, sino á impulsos de los esfuerzos de su amor. Los justos mueren en el amor de Dios; los mártires mueren por el amor de Dios; pero sólo pertenece á la Madre de Dios morir por el esfuerzo del amor de Dios. Morir de esta manera, ¿se puede llamar muerte?

¡Oh Virgen santísima! que empiezas tu vida siendo Inmaculada y la concluyes levantándote á tal grado de gracia y de gloria que sólo El que hizo en ti cosas grandes lo puede comprender. Bendita seas y alabada por todas las generaciones en la plenitud de tu santidad y dame á mí, pobre hijo tuyo, que cada día más y más te ame y te bendiga.

PUNTO II

El misterio de la Asunción, plenitud de la gloria de María.

Considera que la Asunción de María es también la plenitud de su gloria. La gloria de María fué proporcionada á su humildad, y como su humildad fué el fundamento de su elevación, así fué también su medida. María fué la más elevada de todas las criaturas,

porque había sido la más humilde. Se puede decir de María como de su Hijo, "que sólo subió tan alto, porque bajó tan bajo„. En segundo lugar, la gloria de María fué proporcionada á su gracia y á su caridad; viste hasta dónde llegaron éstas, es decir, á un grado casi infinito y que no parece cabe más en una pura criatura, pues juzga por ahí la medida de su gloria. En tercer lugar, su gloria es proporcionada también á su dignidad, y así como la dignidad de Madre de Dios excede, no solamente á la dignidad de cualquiera criatura, sino también á las de todas las criaturas juntas, del mismo modo debemos creer que, como el sol tiene más luz él solo que todos los demás astros juntos, así María ella sola tiene más gloria que todos los santos y ángeles, los cuales publican su inmensa gloria mirándola extasiados en su Asunción: "¿Quién es esta que se levanta tan resplandeciente como el sol?„

Esclarece mis ojos, oh Madre mía, para que á vista de tu gloria, y enamorado de ella desprecie todo lo terreno y sólo aspire á lo celestial y divino.

PUNTO III

El misterio de la Asunción es el fundamento de nuestra confianza.

Considera que la Asunción de María es el gran apoyo de nuestra confianza. Porque si la Virgen santísima sube hoy al cielo, si está sentada á la mano derecha de su Hijo, es para hacer el oficio de Abogada de los hombres. ¿Recelas, dice san Bernardo, dirigir al Padre tus ruegos? El te dió á su Hijo por mediador; pero como pudiera ser que la Majestad misma del Hijo, que igualmente es Dios, te espante más, por esto te dió á su Madre por mediadora con su Hijo. Clama, pues, con confianza á este trono de gracias y misericordias, que serás más presto oído clamando á la Madre que clamando inmediatamente

al Hijo; no porque tenga más poder ni más misericordia que El, cuando todo lo que tiene lo tiene de su preciosísimo Hijo, sino porque aunque su Hijo es misericordioso, es también justo; aunque es nuestro Salvador, es también nuestro Juez; si lo uno nos inspira confianza, lo otro nos causa temor. Pero en María sólo hay misericordia, sólo hay ternura de Madre, *In María pura humanitas;* y por eso, por miserable, por gran pecador que seas, ruega á María, no sólo sin temor, sino con todo género de la mayor confianza, seguro de que no serás desechado.

Inspírete también gran confianza su amor para con los hombres, á los que por mil títulos ama como á hijos engendrados al pie de la cruz. Inspírete gran confianza su poder, que sólo lo tiene para hacer bien á sus hijos, á los que debe, en cierto modo, todo cuanto es. Inspírete gran confianza la experiencia de su protección, pues jamás se ha oído que María haya desechado los ruegos de quien á ella haya acudido con fe y confianza.

Coloquio. – ¡Oh Virgen santísima! ¡Oh Madre de Dios y de los hombres! ¡Oh mi única esperanza después de vuestro Hijo Jesús! No me cuido de qué muerte haya yo de morir, como muera en gracia. Moriré sin temor, si muero en vuestros brazos; y me tengo casi por seguro de morir bien, si muero en vuestro servicio; porque no dejaréis perecer á vuestros devotos, y salvaréis á todos los que tienen la gloria de serviros. No dejéis de asistir á mi muerte, así como estuvisteis presente á la de vuestro Hijo. Y, pues, visteis morir al Caudillo de los predestinados, mueran también todos los predestinados en vuestros brazos. Estas son las resoluciones que formo y que os ofrezco en este hermoso día, el mayor de vuestra gloria y triunfo. Quiero desprenderme del mundo para morir sin tristeza como Vos, quiero afligir y mortificar mi cuerpo, para morir sin dolor como Vos; quiero abstenerme de los pecados, para morir

sin temor como Vos. Quiero vivir en el dolor, para morir con alegría como Vos; quiero morir en el trabajo, para morir en reposo; quiero vivir como hijo vuestro, para morir como predestinado; quiero, finalmente, vivir en gracia, para morir también en gracia y veros en vuestra altísima gloria.

Propósitos.—Dar la enhorabuena á María santísima de su gloria y de su poder, dándote á ti también la enhorabuena al mismo tiempo, porque su gloria y su poder son los motivos de tu confianza.

16 DE AGOSTO

De la perfección de la ley evangélica que Cristo N. S. publicó en el sermón del monte.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. proponiendo á las turbas su ley divina y pídele favor y gracia para observarla con toda la exactitud que exige la perfección de tu estado.

PUNTO I

De la exactitud con que hemos de guardar la ley de Cristo N. S.

Considera dos memorables sentencias que Cristo N. S. dice en el evangelio para hacernos ver con cuánto cuidado desea El que observemos su santa ley. La primera es: "Quien quebrantare uno de los mandamientos pequeños y enseñare á quebrantarlos, será pequeño en el reino de los cielos„, esto es en la Iglesia militante y triunfante.

En estas palabras nos avisa Cristo N. S. lo primero, que quien quebrantare un mandamiento de los pequeños, aunque guarde los demás, será pequeño, esto es, será despreciado y tenido en poco en el reino de los cielos, y por consiguiente, excluído de él, como indigno de tal reino, así como Adán fué echado del paraíso, por haber quebrantado un solo precepto; porque quien quebranta uno, injuria, como dice el Apóstol, al Legislador que los puso todos, y

destruye la caridad en que están unidos todos; y así, perderá los bienes del cielo, como si los quebrantara todos.

Pero si el mandamiento fuera de los más pequeños, esto es de los que no obligan á culpa mortal, quien á sabiendas y de malicia lo quebrantare, también será pequeño en virtud, por haber hecho poco caso de lo que Dios manda. Porque debiera mirar, que aunque la cosa es pequeña, el que la manda es grande, y no tiene por cosa ajena de su grandeza mandar cosas pequeñas, y por esta parte no es corta injuria el despreciarlas. Y pues el vencedor es mayor que el vencido, quien es vencido de cosa pequeña será pequeño y muy tacaño y mezquino con Dios, pues por su amor no se vence ni aun en cosas tan insignificantes. Y se cumplirá en él lo que dice el Sabio: Que quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en culpas grandes.

Lo tercero, si no contento con quebrantar algún mandamiento persuadiere á otros lo mismo, ó con palabra ó con ejemplo, escandalizándoles y provocándolos á pecar, éste será el mínimo en el reino de los cielos, y será excluído de él por dos títulos; esto es, por haber sido malo para sí y para otros.

La segunda sentencia que nos demuestra cuánto desea Cristo N. S. la observancia total de la ley, es la siguiente: "Quien hiciere y enseñare, será grande en el reino de los cielos„. En las cuales palabras nos enseña que la medida de la santidad y de la grandeza en virtud y del premio, que se dará por ella en el reino de los cielos, es la observancia de la ley, en la cual hay dos grados. Uno es hacer y otro enseñar. Hacer, es cumplir toda la ley cuanto á los mandamientos grandes y pequeños, sin dejar ninguno, por insignificante que sea. Enseñar, es persuadir á otros que cumplan la misma ley que él cumple. Y este segundo grado es más excelente que el primero, pero juntólos Cristo N. S. para significar que

tienen alguna trabazón, por cuanto el segundo no hace grande al que enseña sino es que obre. Y el primero, por la parte que obra, enseña también con el ejemplo, y está dispuesto á enseñar de palabra cuando Dios se lo mandare, por razón de su estado y oficio, ó por la ley y dictamen de la caridad; y cuando de esta manera enseña, es muy grande entre los grandes del cielo; porque no hay mayor grandeza, que á imitación de Dios ser bueno y perfecto en sí mismo, y ayudar á que otros sean también buenos y perfectos, como veremos en el punto que se sigue.

PUNTO II

De la perfección á que nos exhorta Cristo N. S. en la observancia de su ley.

Considera la grandeza de perfección á que Cristo N. S. nos exhorta en la observancia de su ley, la cual es la mayor que en esta vida se puede alcanzar, como la declaró por aquellas regaladas palabras: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto„. Para penetrar la soberanía de esta sentencia, has de ponderar cómo la perfección de Dios N. S. consiste en tres cosas. La primera, en carecer de toda culpa y defecto; de modo que le es imposible hacer cosa que sea mala ó defectuosa contra su bondad y santidad. La segunda, en abrazar todas las virtudes y perfecciones que se pueden imaginar, sin que le falte ninguna; porque cuantas hay en las criaturas y otras innumerables que no alcanzamos, están unidas en el Criador. La tercera, es tener cada una de estas perfecciones con la mayor excelencia que es posible. De modo que no se puede imaginar mayor sabiduría, bondad y caridad que la de Dios, porque es infinitamente sabio, bueno y caritativo, y lo mismo en las demás perfecciones.

De aquí es que, siendo Dios tan perfecto en sí mismo, tiene grande inclinación á que todas sus

obras sean perfectas y participen en el grado que pueden de su infinita perfección, especialmente los hombres que crió á su imagen y semejanza; y de este deseo nace decirnos Cristo: "Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.„ Que es decirnos: No os contentéis con una mediana pureza y santidad, ni toméis por dechado de vuestra perfección solamente á Abraham ó Moisés, ó alguno de los profetas, ni solamente á los ángeles, querubines ó serafines, sino tomad un dechado infinito de perfección infinita, para que á su imitación procuréis la mayor perfección que os fuere posible; y este dechado sea vuestro Padre celestial, para que como hijos procuréis serle muy semejantes en las tres cosas que abraza su infinita perfección. Gracias te doy, Hijo de Dios vivo, por el favor que haces á los hijos adoptivos, exhortándolos á ser perfectos como lo es tu Padre celestial. Ilústrame, ¡oh Maestro soberano!, para que conozca la perfección que me encomiendas, enciéndeme para que la ame, y fortaléceme para que la busque de modo que la alcance.

De aquí he de sacar unos fervorosos propósitos de imitar la perfección de Dios. Lo primero, procurando apartarme de toda culpa, no sólo mortal, sino aun venial, en cuanto pudiere, conforme á lo que Dios dijo á su pueblo: "Sé perfecto y sin mancha delante de Mí.„ Lo segundo, procurando ganar todas las virtudes, ejercitar sus obras con la mayor extensión que pudiere, no solamente las de precepto, sino las de consejo, pues mi Padre celestial, no solamente me da las cosas necesarias para la vida, sino otras muchas para mi regalo. Lo tercero, procurando ejercitar las virtudes con el más excelente modo que me fuere posible. De suerte, que mi amor de Dios sea con el modo que se pone en el precepto, amándole con todo mi corazón, alma y fuerzas; y mi obediencia, humildad y paciencia sea con los grados mayores que pueden tener estas virtudes, procurando, como dice san

Pablo, que mi caridad crezca más y más, aprobando siempre las cosas que son mejores. Y pues la caridad no tiene límite en su aumento, mi deseo ha de ser de crecer siempre en ella. ¡Oh alma mía, pues este dechado es infinito, y por mucho que le imites es infinito lo que te queda por imitar, imítale cuanto más pudieres para llegarte más á su infinita perfección! ¡Oh Padre amantísimo, pues me mandas sea perfecto como Tú lo eres, dame lo que me mandas para que cumpla lo que deseas!

PUNTO III

De la soberana perfección de la ley evangélica.

Considera, por último, la soberana perfección de la ley evangélica que Cristo N. S. promulgó para que fuésemos perfectos como su Padre celestial lo es, ponderando cómo tiene esta ley divina otras tres cosas en que es semejante á la perfección de Dios.

La primera, es prohibir todo género de culpa, grande y pequeña, hasta una palabra ociosa, sin que consienta cosa alguna defectuosa. Y para más desviarnos de las culpas mayores, nos encarga que nos desviemos aun de cosas muy menudas y de cualesquier aficiones demasiadas que pueden ser ocasión de ellas. Y esto se puede ponderar discurriendo por algunos mandamientos que llamamos negativos, en que se nos prohibe algo. Porque en el segundo, para que estemos más lejos de jurar mal, dice Cristo N. S. que no juremos, ni aun por un cabello de nuestra cabeza; y que nuestro ordinario hablar sea, sí, sí; no, no; porque lo demás, ó es malo, ó peligroso, ó imperfecto, sino es en caso de grave necesidad. En el quinto, para desviarnos de matar al prójimo, dice: Que no le injuriemos de palabra, ni por seña, ni tengamos ira interior; y que si nos injuriare, con gran paciencia le suframos, volviendo el carrillo izquierdo al que nos hiriere en el derecho. En el sexto, para no caer en deshonestidad, manda, que si mi ojo ó mano dere-

cha me escandaliza, los arranque, esto es, que me aparte de cualquier persona ó cosa que me puede ser ocasión de pecar, por más amada y apreciada que sea, y por más necesaria que me parezca. En el séptimo, para estar más lejos de hurtar lo ajeno, dice que demos de lo propio; y que á quien me quitare la capa, le convide con el sayo. ¡Oh pureza soberana de la ley evangélica, ley digna del purísimo Dios! Verdaderamente, Señor, "tus mandamientos son castos y puros, como plata purificada de la tierra que ha pasado siete veces por el fuego." ¡Oh si los guardase perfectamente para quedar limpio de los siete vicios y libre de todas imperfecciones!

La segunda excelencia de la ley evangélica es, extenderse á mandar ó aconsejar todo género de virtudes, así teologales como morales, en orden á Dios, á sí mismo y á los prójimos; de suerte, que quien la guarda tendrá todas las virtudes que le perfeccionan con su Criador, y las que doman las pasiones de su carne para sujetarla al espíritu, y las que cumplen todas las obras de justicia y de misericordia con el prójimo.

A esto añade la tercera excelencia, que enseña cada una de estas virtudes con el mayor grado de perfección que es posible en esta vida. De modo que no puede haber más profunda humildad, ni más heroica paciencia, ni más admirable obediencia, ni más perfecta caridad, que la que nuestra ley enseña. ¿Qué intención más pura puede ser, que esconder tanto las obras, que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha por agradar á Dios? ¿Y qué mayor amor de Dios puede haber, que amarle con todo su corazón, ánimo, espíritu y fuerzas? ¿Y qué amor del prójimo puede ser más excelente que el que se extiende á los mismos enemigos, orando por ellos, saludándolos y haciéndoles bien, á imitación de nuestro "Padre celestial, que hace salir su sol para buenos y malos, y llueve para justos y pecadores?" De donde concluyó

Cristo N. S. la sentencia que arriba se puso: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.„

De aquí he de sacar, que mi principal fin en la vida cristiana ó religiosa ha de ser guardar la ley evangélica en las tres cosas dichas, con la mayor excelencia que pudiere, acordándome de lo que dice san Pablo: "Que el fin del precepto es la caridad„, con estas tres condiciones: "con puro corazón„, limpio de culpas, "con buena conciencia„, adornada con obras de todas las virtudes "y con fe no fingida„, perseverando fielmente en pretenderlas hasta lo supremo de ellas, y procurando, como él mismo dice, cumplir la "voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta„, y de este modo seré perfecto, porque, como dice san Juan, "en quien guarda las palabras de Dios está la caridad perfecta;„ y, por consiguiente, toda la perfección cristiana, porque ésta consiste en la perfección de la caridad.

Coloquio.—¡Oh Padre celestial, que mostraste tu perfectísima caridad en hacer que el sol de justicia, tu Hijo, naciese para todos los hombres, y la lluvia de su doctrina se comunicase á todos, dando en esto á tus enemigos el sumo bien que les podías dar para su remedio! Concédeme que imite tu infinita caridad con todas sus virtudes, del modo que las mandas en tu santa ley, para que alcance la perfección de todas ellas. Dame llegar á cumplir en todo tu santa ley, viviendo siempre en tu santa gracia para llegar á la perfección que de mí exiges en el estado en que me has puesto.

Propósitos.—Examina qué te falta para ser un buen cristiano y procura adquirirlo, no sea que antes te sorprenda la muerte.

17 DE AGOSTO

Sobre la oración del «Padre nuestro»

Preludios.—Oye á Cristo N. S. enseñando en el sermón del monte esta soberana oración, y pídele ilustre tu alma con luz celestial y la encienda con el fuego de su amor para que sienta las verdades y grandezas que encerró en esta divina oración (1).

PUNTO I

Dios N. S. es Padre.

Pondera los títulos porque Dios N. S. es nuestro Padre. Primeramente es Padre de todos los hombres, porque les dió el ser natural, criándolos á su imagen y semejanza; y es Padre de un modo especial de los justos, porque les da el ser de gracia, adoptándolos por hijos y herederos de su cielo; y es mil veces Padre, porque cada vez que pierden este ser que les dió en el bautismo, está dispuesto á volvérsele á dar por la penitencia. Y en esta forma desea ser Padre de todos, no por su interés, sino por el nuestro; no por nuestros merecimientos, sino por sola su misericordia y gracia. Y aunque de balde se ofrece á ser nuestro Padre, no le costó poco el serlo, porque nos engendró con gravísimos dolores en la cruz, muriendo el Hijo unigénito por engendrar hijos adoptivos, para que todos tuviesen un mismo Padre. De estas consideraciones sacaré grandes afectos de alabanza, glorificando á Dios por cada uno de los títulos en que se funda ser mi Padre. ¡Oh Padre amantísimo, gracias te doy porque das á tus hijos el ser nobilísimo de tu gracia, sin cansarte de repararle todas las veces que le pierden por su

(1) Ponemos estas tres meditaciones para que no hagan según el segundo método de orar de san Ignacio. En cada palabra buscaremos en la meditación lo que significa, hasta agotar la materia, acompañándolo todo con afectos, peticiones y coloquios, según el método indicado.

culpa! ¡Oh ángeles, que tenéis á Dios por Padre en el cielo, alabadle y glorificadle porque se ha dignado serlo de los hombres que vivimos en la tierra!

Después, ponderaré cuán bien hace Dios el oficio de padre, amándonos con ternura, mirando por nosotros con cuidado, amparándonos con su providencia, dándonos sustento con abundancia y poniéndonos en el estado que nos conviene para nuestra salvación. De modo que todos los padres de la tierra no merecen este nombre en su comparación. Y así, nos dijo Cristo N. S.: "No llaméis á ninguno padre sobre la tierra, porque un solo Padre tenéis, que está en el cielo." ¡Oh Padre soberano!, ¿qué gracias te daré porque te dignas hacer conmigo oficio de padre? No quiero llamar padres á los de la tierra, que suelen desampararme, sino á Ti, Padre celestial, que no me desamparas, si yo no te desamparo. ¡Oh Padre, sé padre para mí y muéstrate conmigo Padre, llenando el nombre que tomaste por mi amor!

También ponderaré, cómo por el mismo caso, que Dios quiere ser mi Padre, me da la dignidad de hijo, y quiere que haga con El oficio de hijo para con su Padre, amándole, reverenciándole, obedeciéndole y celando su honra y gloria. ¡Oh Padre celestial!, ¿de dónde á mí tanto bien, que siendo tan vil criatura, sea llamado hijo tuyo? ¿Qué caridad te ha movido á tomar por hijo á un tan vil esclavo? Y pues haces conmigo oficio de padre, ayúdame, para que haga contigo oficio de buen hijo. ¡Oh vil gusanillo, no degeneres de la dignidad de hijo de Dios, haciendo cosa indigna del que es hijo de tal Padre! Procura serle semejante en la vida, pues es justo que los hijos se parezcan á sus padres.

Por último, meditaré las causas porque quiso nuestro Señor que en esta oración le llamásemos Padre. La primera, para que despertásemos los afectos de amor y confianza; porque orando con ellos, nos dará lo que aquí le pedimos. La segunda, para que

entrásemos con alabanza de la cosa que mucho estima y de que se precia, glorificándole porque quiere ser nuestro Padre, y esto nos sirva de título para que nos conceda lo que pedimos. La tercera, para que entendamos que quiere ser servido de nosotros con espíritu de hijos, y que todo lo que pidiéremos ha de ser lo que un buen hijo puede pedir á un tan buen Padre. ¡Oh Padre soberano, cierto estoy que me darás lo que pidiere como hijo, pues tú me mandas que te lo pida como á Padre!

PUNTO II

"*Padre nuestro*".

Sobre esta palabra se han de ponderar las causas porque nuestro Señor no quiso que dijésemos Padre mío, sino Padre nuestro.

Lo primero, para que conociésemos su infinita caridad y liberalidad, la cual resplandece en que, como no puede tener más que un hijo natural, quiso tener muchos hijos adoptivos, comunicando esta dignidad tan excelente á hombres y ángeles, dándola á cada uno sin perjuicio del otro; porque de tal manera es Padre de todos, que es tan mío como si lo fuera de mí solo. ¡Bendita sea caridad tan inmensa en quien cabe tanta infinidad de hijos, cuidando de todos como si no fueran más que uno!

La segunda causa, para que entendiésemos que como él es Padre de muchos hijos, así también todos somos hermanos, y con esto se despertase en nosotros el amor de nuestros prójimos, pidiendo para todos y deseando que todos sean hijos adoptivos de ese Padre, sin despreciar á ninguno; pues el rico y el pobre, el noble y el pechero, el sabio y el idiota, pueden ser igualmente hijos de un mismo Padre celestial, acordándome de aquellas palabras de Malaquías: "Por ventura no es uno el Padre de todos? ¿Por ventura no nos crió un mismo Dios? Pues ¿por qué des-

precia cada uno de nosotros á su hermano? ¡Oh Padre nuestro! Bástame saber que sois Padre de los hombres para que yo los ame como hermanos; á todos abrazaré con el amor, pues á todos abraza vuestra caridad.

Lo tercero, para movernos á reverencia, porque la palabra Padre mío es de mucho regalo y más propia del Hijo unigénito de este divino Padre, á quien tengo de tratar con amor y reverencia juntamente. Aunque, sin embargo de esto, á mis solas y en mi rincón le puedo llamar Padre mío, pues tan mío es, como si no tuviera otro hijo adoptivo más que á mí.

Saca de todo esto amor tierno y dulcísimo á un Padre tan cariñoso; confianza en El, cual la que tienes en tu padre, de quien todo lo esperas y á quien acudes sin reparo en todos tus apuros; saca también amor á todos tus prójimos, en los que la fe te hace ver hermanos, y mira que ofendes á Dios y á tu hermano cuando faltas á la caridad, y ve, por último, cómo sólo la fe en Dios es la que puede establecer, por medio de la Iglesia, en el mundo el reinado de la caridad y del amor.

PUNTO III

"Que estás en los cielos".

Considera cómo á pesar de estar Dios en todo lugar, dijo solamente que está en los cielos. Lo dijo, primeramente, para moverme á reverencia, considerando la dignidad de este soberano Padre, que es Señor de los cielos y reina en ellos. Además, quiso levantar mi corazón de lo terreno á lo celestial, despreciando todo lo de acá y suspirando por la herencia del cielo, donde está nuestro Padre. En tercer lugar, para que en esta vida mortal viva yo como peregrino y extranjero, y como pretendiente del cielo buscando la pureza celestial, sin la cual no se entra allá en mi patria verdadera.

Finalmente, para que en la oración levante mi espíritu al cielo, "de donde me ha de venir el socorro„ y los bienes que pido. ¡Oh Padre, que moras en los cielos! Llévame adonde estás, y entre tanto que no me llevas, ayúdame con tu gracia para que toda mi conversación sea en el cielo, olvidado de lo que hay en esta tierra. ¡Oh alma mía, peregrina eres en este mundo, pues tu Padre y tu herencia están en el cielo, suspira por ir á su casa para que goces de su herencia!

Ultimamente, ponderaré cómo también se llaman cielos las almas de los justos en quienes Dios mora por gracia, y de ellos se hace aquí mención, para que se entienda que Dios es Padre, principalmente de los justos, que son cielo suyo; y para que quien ora despida de sí toda culpa y amor terrenal, y se haga cielo donde Dios pueda morar, y para que se recoja y entre dentro de sí adonde está Dios, y allí derrame su oración delante de su Padre, que está en lo secreto de su corazón y le ve en lo escondido del retiro interior donde ora.

Coloquio —¡Oh, quién fuese cielo claro y adornado de virtudes en quien Dios gustase morar! Confieso, Dios mío, que soy hombre de tierra, y terreno como Hijo del terreno Adán; pero, con tu gracia, deseo convertirme en cielo y en hombre celestial, como hijo del celestial Adán. Ven, Señor, á este tu siervo, que con tu presencia será cielo. Enséñame, oh Padre mío, á orar como enseñaste á tus apóstoles imprimiendo en mi corazón las verdades, sentimientos y afectos que imprimiste en ellos, para que mirándote en todo como Padre, merezca que tú me mires y me ames como á hijo.

Propósitos.—Acostumbrarte á no decir las oraciones vocales de rutina y como máquina, sino uniendo siempre la meditación á la oración vocal.

18 DE AGOSTO

De las tres primeras peticiones del Padre Nuestro

Preludios. – (Los mismos de la meditación anterior)

PUNTO I

Primera petición.

Santificado sea tu nombre.—En esta primera petición se pide que Dios sea conocido, alabado y glorificado de todos, y su nombre venerado y adorado, y tenido por santo. Mas ponderando cada palabra por sí, primeramente ponderaré, porque dijo mejor, santificado sea tu nombre, que glorificado ó alabado. La causa es, porque Dios de ninguna cosa tanto se precia como de ser santo, y, por consiguiente, ninguna gloria se le puede dar mayor que tenerle por santo; y á imitación de los serafines, y de los santos cuatro animales del *Apocalipsis*, he de clamar con grande afecto: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos, el que es, fué y será para siempre„. ¡Oh Padre santísimo!, gózome de la santidad que tienes, deseando que tus hijos te imiten en ella. De ésta me quiero preciar más que de todas las grandezas de la tierra, para cumplir lo que me mandas, y ser santo como tú lo eres.

Luego ponderaré aquella palabra "tu nombre„, como quien dice: pido que sea santificado tu nombre, y no el mío, porque "Tú sólo eres santo„ por esencia, y no hay otro que merezca la divina honra de la santidad, sino Tú, de quien y por quien los justos participan una brizna de ella. "No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre, da la gloria„; no sea glorificado nuestro nombre, sino el tuyo dulcísimo, "porque á Ti, Rey de los siglos, inmortal é invisible, se debe toda la honra y gloria, y á nosotros mucha confusión y desprecio„. Confúndeme, Dios mío)

y Salvador mío, de la soberbia con que deseo que mi nombre sea dilatado y extendido por el mundo, conocido y estimado por todos, siendo digno de ser vituperado, blasfemado, despreciado y olvidado. ¡Oh, si me ocupase en buscar la gloria de tu santo nombre, olvidándome por tu amor del mío!

Además ponderaré, ¿por qué no añadió Cristo N. S., santificado sea tu nombre por nosotros? La causa es, para que nuestra petición y deseo sea sin tasa ni límite alguno, deseando que el nombre santísimo de Dios sea santificado de los ángeles y de los hombres; y no sólo de los hombres que están en la tierra, sino también de las almas que están en el cielo y en el purgatorio; y no sólo de los hombres presentes, sino también de los que han de nacer; y que todas las criaturas de este mundo visible, del modo que puedan, alaben y glorifiquen este santo nombre, pues es dignísimo de ser glorificado de todos, y "que toda rodilla de los moradores celestiales y terrenales é internales se doble y postre al soberano nombre de Dios y de su Hijo unigénito Jesús, Salvador nuestro„.

Ponderaré, por último, cómo tengo de santificar este nombre santísimo, y cómo le han de santificar aquellos para quien pido que le santifiquen; porque su principal glorificación consiste en que todos crean lo que Dios N. S. revela, esperen lo que promete, obedezcan á lo que manda, y le adoren y sirvan como El lo ordena, y lo amen de todo su corazón. De modo que su vida y sus obras sean tales, que quien las viere, por ellas glorifique al Padre celestial. ¡Oh Padre gloriosísimo!, por los méritos de tu Hijo unigénito te suplico des luz de fe á todos los infieles, gracia y caridad á todos los fieles y ferviente amor á todos los justos, para que todos santifiquen tu santo nombre en la tierra, al modo que le santifican los bienaventurados en el cielo. ¡Ay de mí, que por mis obras "es tu nombre blasfemado entre las gentes!„ Ayúdame Dios

mío, para que de aquí adelante todas sean tales, que por ellas sea tu nombre glorificado por todos los siglos. Ayúdame á llorar el que tu santo nombre sea, no sólo desconocido, sino ultrajado y blasfemado constantemente por bocas infernales en pueblos que se dicen cristianos. ¡Ojalá con mi vida y con mi sangre pudiese yo borrar tanta mancha contra tu santo nombre, y hacer que todos lo alabaran y bendijeran!

PUNTO II

Segunda petición.

Venga á nos el tu reino.—Considera qué reino sea este que pedimos. Lo primero, pedimos el reino con que reina Dios en esta vida en los justos por gracia. Este reino abraza la doctrina de la fe que hemos de creer, las leyes de su gobierno que hemos de guardar, los sacramentos que hemos de recibir, los sacrificios que hemos de ofrecer y las virtudes todas con que hemos de servir á nuestro Rey, disponiéndonos para que entre dentro de nuestras almas y reine en ellas, y, finalmente, lo que san Pablo llama "justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo„. ¡Oh Rey del cielo, venga á nosotros este tu reino, y venga cada día con nuevos aumentos de perfección, porque muy justo es que como Rey legítimo reines en nosotros y nos gobiernes, y todos estemos sujetos á tu gobierno soberano! Y muy justo además que te reconozcamos como Rey, no sólo de cada hombre en particular, sino de todos ellos y de sus ciudades, pueblos y naciones, en cuyas leyes y tronos y gobiernos Tú debes reinar sobre todos, porque eres Rey de todos los siglos y por Ti reinan los reyes de la tierra, y todo poder viene de Ti.

Pedimos además el reino de la gloria, donde reina Dios con los bienaventurados pacíficamente. Pondera que no dijo llévanos á tu reino, sino "venga á nos el tu reino„; porque si viene á nosotros el reino de Dios por la gracia, cierto es que nos llevará al reino de la glo-

ria: y así, más cuidado hemos de tener en desear el primero que el segundo, porque todos desean reinar con Cristo en el cielo y esto á todos es sabroso: pero no todos desean que Cristo reine en ellos en la tierra, porque esto es penoso: pero yo, Rey mío, te suplico que venga tu reino, para que reines en mí y en todos por tu gracia. Y también te suplico que aquella ciudad santa de la celestial Jerusalén baje del cielo, y se descubra á nosotros, y se nos manifieste por viva fe, para que su vista nos encienda en su amor y nos lleve á ser moradores de ella. ¡Oh, si me viese yo todo engolfado en este reino! ¡Oh, si viniese y entrase dentro de mí, pues dentro de mí ha de estar lo que me ha de hacer bienaventurado!

En tercer lugar, pedimos que venga el reino de Dios, último y consumado, cual será el día del juicio, cuando del todo se acabará el reino del demonio; y Dios reinará en los justos, glorificando sus almas y cuerpos, y el reino de la gloria será cumplido en todos. ¡Oh, si viniese este reino para que cesasen ya los pecados, y se cumpliesen los deseos de las almas que le están esperando para gozar de El, juntamente con sus cuerpos!

Ultimamente ponderaré aquella palabra *tuyo*. Venga Señor, tu reino, para que destruya todo reino que no es tuyo: no reine en mí el reino del pecado ni del demonio, antes te pido que destruyas este reino. No te pido, Señor, que venga á mí el reino de este mundo, fundado en riquezas, honras y regalos, sino el reino tuyo, fundado en verdaderas virtudes. ¡Oh Salvador dulcísimo que dijiste: "Mi reino no es de este mundo!„ Tu reino quiero, tu reino deseo y eso sólo pido. Ven, ¡oh Trinidad beatísima!, y entra dentro de nosotros, mora y reina en los que vivimos en la tierra como reinas en los santos que viven en el cielo, para que te sirvamos como ellos te sirven.

PUNTO III

Tercera petición.

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.—Considera, que voluntad es esta que pedimos se cumpla; es á saber: la voluntad divina, declarada por los preceptos de la ley, por los consejos del Evangelio, por las secretas inspiraciones del Espíritu Santo y por las ordenaciones de la Iglesia y de sus ministros, y de todos los superiores que están en lugar de Dios. ¡Oh, si cumpliesemos esta voluntad divina, pues debia bastar ser de nuestro Criador para que todas sus criaturas gustásemos de cumplirla! Mi vida, Dios mío, está en cumplir tu voluntad, y la muerte en quebrantarla. Cúmplala yo siempre para vivir, y nunca la quebrante para no morir.

Lo segundo, pondera aquella palabra, *tuya,* diciendo á nuestro Señor: no quiero, Señor, cumplir mi voluntad propia, que es perversa; ni la voluntad de la carne, que es rebelde contra el espíritu: ni la voluntad del demonio, que es injusta; ni la del mundo, porque es vana: tu sola voluntad se haga, porque ella sola es buena y justa, y regla de toda buena voluntad. ¡Oh dulce Jesús, que viniste del cielo á cumplir, no tu voluntad, sino la de tu Padre!, ayúdame con tu gracia, para que en todas las cosas niegue y mortifique mi voluntad propia y la sujete á la divina.

Lo tercero, pondera el modo de cumplir esta voluntad, que se declara en las palabras siguientes: "Así en la tierra como en el cielo„; esto es, con aquel modo que los ángeles y espíritus bienaventurados la cumplen en el cielo; conviene á saber: lo primero, con entereza, sin faltar en cosa alguna, por mínima que sea. Lo segundo, con pura intención de agradar á solo Dios. Lo tercero, con prontitud, presteza y puntualidad grande, sin tardanza ni repugnancia alguna. Lo cuarto, con fortaleza y perseverancia hasta

el fin. Lo quinto, por amor, y con amor ferviente, continuo é intenso, saboreándose y gozándose en cumplir lo que Dios manda. También pedimos aquí, que se haga la voluntad de Dios por los hombres terrenos, como la hacen los hombres celestiales; y, sobre todo, como la hizo el Adán celestial, Jesucristo S. N., el cual bajó del cielo á cumplir la divina voluntad con excelentísima perfección.

Coloquio.—¡Oh Padre amorosísimo, bien fué menester haber pedido primero que viniese vuestro reino, y que vuestro cielo entrase dentro de nosotros, pues queréis que estando en la tierra vivamos como los ángeles del cielo! ¡Oh, quién pudiese cumplir vuestra voluntad con toda la perfección que puede ser cumplida, porque no quiero ser corto en desear lo que con tanta excelencia me mandáis pedir! ¡Oh Padre celestial, razón es que los hijos engendrados por tu graciosa voluntad, hagan lo que les mandas, como lo hizo el Hijo engendrado de tu substancia! "Enséñame á cumplir tu divina voluntad, porque Tú eres mi Dios;„ á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos.

Propósitos.—En todo cuanto hagas, mira antes si és aquella la voluntad de Dios y cuándo y cómo la debes hacer. Gran medio para hacerlo todo con suma perfección.

19 DE AGOSTO

De las últimas peticiones del «Padre nuestro».

Preludios.—(Los mismos de las meditaciones anteriores.)

PUNTO I

Cuarta petición.

El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.—Consideraré qué pan pedimos á Dios en esta petición, porque no le pedimos cualquier pan, sino el pan sobresubstancial y excelentísimo. Lo primero, le pedimos

el pan que sustenta y conforta el espíritu, que es el santísimo Sacramento del altar, suplicándole nos haga dignos de recibirle, y que seamos tales, que le podamos recibir cada día sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente, recibiendo el fruto del santo Sacramento y las innumerables gracias que por él se suelen comunicar. ¡Oh pan de vida, que bajaste del cielo para dar vida al mundo! Dáteme á Ti mismo para que viva por Ti, y en Ti, unido siempre contigo.

Además, pedimos el pan y sustento del alma ordinario, que son los socorros de la gracia con que se conserva la vida espiritual, donde entran sacramentos, inspiraciones, ilustraciones, inteligencia de los divinos misterios; y aquel pan de quien dijo Cristo N. S.: "Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió„. ¡Oh Padre amantísimo! Pues me mandas vivir vida celestial haciendo tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo, dame estos dos panes celestiales para conservar vida tan pura, de modo que merezca alcanzar la eterna.

También pedimos el pan y sustento necesario para conservar la vida del cuerpo, porque quiere Dios que la conservemos y que se lo pidamos, no con solicitud demasiada, sino con la confianza que se ha de tener en su providencia. Y en todo esto nos avisa que somos hijos suyos y niños que estamos colgados del sustento que nos ha de dar nuestro Padre, sin cuya providencia no podemos, con solas nuestras fuerzas, granjearle.

Pondera aquella palabra *nuestro*, porque aunque este soberano pan verdaderamente es de Dios, porque de El procede, El lo amasa y lo reparte; mas quiere que lo llamemos *nuestro*, porque se ordena para nuestra necesidad, y porque nuestro Redentor lo compró para nosotros y nos dió el derecho de sus merecimientos para pedirle, y porque ya es nuestro por título también de su promesa; y por cuanto el

divino pan de diferente manera se amasa para los ángeles del cielo y para los hombres de la tierra, para los imperfectos y para los perfectos, yo, Señor, te pido para todos el pan nuestro, acomodado á nuestra naturaleza y á nuestra capacidad, el que nos ha de entrar en provecho para nuestra salvación. No te pido el pan corporal ajeno, que es de otros, ni el pan superfluo, que es demasiado regalo de la carne, sino el pan nuestro, pan debido á nuestra necesidad para vivir y emplear la vida en tu servicio.

Medita la palabra *de cada día*, que es decir: no te pido, Señor, la ración extraordinaria que sueles dar á tus particulares amigos, porque no me tengo por digno de ella, sino la ración ordinaria de cada día, sin la cual no puede vivir mi alma ni medrar en su vida espiritual, ni tampoco el cuerpo; otros extraordinarios favores remítolos á tu providencia y á la disposición suave de tu eterna ordenación. Y decimos *dánosle*, ó dale á nosotros, porque pido este pan, no para mí sólo, sino para todos los hombres como hermanos, unidos en caridad ó en unidad de naturaleza, aunque sean mis enemigos, cumpliendo lo que dijo nuestro Señor: "Orad por los que os persiguen„; y para que entienda que "si viere á mi enemigo padecer hambre, le había de dar de comer„, pues pido á Dios que le dé su pan.

Finalmente, ponderaré la palabra *hoy:* no dice danos este pan hoy y mañana, sino hoy solamente, porque quiere Dios que cada día se lo pida, y que cada día frecuente la oración, y que entienda que cada día estoy colgado de El y pierda la demasiada solicitud del día de mañana, pues quizá no habrá para mí mañana. Al modo que ordenó Dios que los israelitas cogiesen cada día el maná para sólo aquel día, porque estuviesen colgados siempre de su providencia. Verdad es que también pido el pan sobresubstancial para hoy, que, como dice san Pablo, es el tiempo de toda la vida, el cual no es más que un día respecto

de la eternidad. ¡Oh Padre celestial, dame este pan copiosamente para el día de hoy y para siempre! Pero de tal manera, que viva y ore con tal fervor en este día como si para mí no hubiera otro.

PUNTO II

Quinta petición.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.—Consideraré qué deudas son éstas de que pido perdón. Estos son los pecados mortales ó veniales, y las penas á que por ellos quedamos obligados; las cuales deudas sólo Dios las puede perdonar, y las perdona por los medios que tiene ordenados para ello; y así, le pido que me las perdone, aplicándome estos medios y dándome ayuda para usar de ellos.

Ponderaré luego que aunque uno sea tan santo que pueda llamar á Dios Padre y haya venido á El su reino, y aunque procure cumplir la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, ha de reconocer que es pecador, y puede presumir de sí que cada día peca en este género de culpas veniales é incurre en deudas, por las cuales cada día debe decir: "Perdónanos, Señor, nuestras deudas„.

Además, ponderaré qué deudas son las que tengo de perdonar á otros. Estas deudas son las injurias y ofensas que mis prójimos me han hecho; las cuales tengo de perdonar, no aborreciendo al que me injurió, ni vengándome de él con mi propia autoridad, ni dando señales de aborrecimiento, sino antes las señales comunes de amistad; pero más perfectamente perdona quien totalmente se olvida de la injuria. y con especial amor ama á su injuriador, y le hace especiales beneficios, por lo cual alcanzará de Dios más copioso y liberal perdón de sus propias deudas. Por donde conoceré cuánto desea N. S. que nos perdonemos unos á otros, pues pone esto por condición para perdonarnos; y cuánto desea que nos perdone-

mos luego, y que el sol no se ponga reteniendo nuestra ira, pues en la oración de cada día nos manda decir, que perdonamos á nuestros deudores; y si no lo hago así, yo mismo doy sentencia contra mí; porque diciendo á Dios que me perdone como yo perdono, si yo no perdono, es decirle cuanto es de mi parte que no me perdone. Saca de aquí cuán lejos debe estar tu corazón, no sólo de odios y rencores, cosa abiertamente enemiga de la paz y la gracia de Dios, sino de todas aquellas faltas y miserias propias de corazones ruines, que tanto pueden dañar á la caridad.

PUNTO III

De las dos últimas peticiones.

Y no nos dejes caer en la tentación.—Ponderaré cómo Cristo N. S. no dice que pidamos á nuestro Padre: No permitas que seamos tentados, ni des licencia al tentador para que nos tiente; antes presupone que hemos de ser tentados y que conviene que nuestro Padre celestial lo permita y dé tal licencia; y si El la da, sin duda será justa, y para nuestro provecho y medida, conforme á nuestras fuerzas, y así, hemos de estar dispuestos para padecer tentaciones del demonio y de sus ministros que viven en el mundo, y de nuestra propia carne con sus pasiones.

Pero quiere Cristo N. S. que le pidamos gracia para no ser vencidos en la tentación y para no caer en ella, consintiendo en algún pecado, y juntamente que no permita seamos tentados con tal género de tentación y en tal género de ocasión, donde ve su Majestad que hemos de ser vencidos. ¡Oh Padre celestial, mira á este tu hijo que vive en la tierra de tentación, combatido de todas partes por muchos enemigos! No rehuso la batalla, pues Tú lo quieres; pero ayúdame para salir con la victoria, pues es honra del padre la victoria del hijo.

Mas líbranos de mal.—En esta petición última pe-

dimos ser librados de todos los males pasados, presentes y por venir, así eternos como temporales, y así del alma como también del cuerpo, en el grado que conviene para bien del alma; y así, pedimos nos libre Dios de los pecados pasados, perdonándolos con su gracia, y que nos saque de las ignorancias, errores, pasiones, aflicciones y miserias que ahora padecemos, y que nos preserve y libre de las futuras, especialmente de la eterna condenación y del poderío del demonio, que es el mal, de quien principalmente deseamos ser librados cuando decimos: mas líbranos de mal, para que ni en esta vida ni en la otra, tenga poder sobre nosotros, ni seamos esclavos suyos. Y así, en esta petición podré hacer una letanía como la que hace la Iglesia, particularizando los males de que pido ser librado. "Líbranos, Señor, de todo mal, de todo pecado, de tu ira, del espíritu de la fornicación, del espíritu de soberbia, etc.„

Amén.—Por remate añadió Cristo N. S. aquella palabra, "Amén„, que quiere decir, así sea: la cual se ha de decir con un ferviente afecto y deseo de que Dios me conceda lo que le pido, "porque el deseo de los pobres es oído de nuestro Señor.„ Y también se ha de decir con grande confianza de que seremos oídos, pues pedimos las cosas que el mismo Señor manda que le pidamos, conforme á lo que dijo san Juan: "Esta es la confianza que tenemos en Dios, que nos concederá todo lo que le pidiéremos según su voluntad.„ Y sabemos esto, "porque de El recibimos las peticiones que le pedimos„, enseñándonos El mismo las cosas que hemos de pedir conforme á su santa voluntad.

Coloquio.—¡Oh Padre benignísimo!, confieso que cada día caigo, no en una deuda, sino en muchas, porque peco muchas veces; mas Tú como misericordioso, gustas de perdonarme, pues me mandas que te pida perdón, yo te lo pido, porque me lo mandas; concédeme lo que te pido, pues gustas de conceder-

lo. ¡Oh Padre liberalísimo!, muy de corazón perdono las deudas que me deben, porque tú me perdones las que te debo, pues aquéllas apenas valen nada en comparación de las mías. Perdono de corazón á todos para que Tú me perdones.

Propósitos.—Vence cualquier antipatía ó repugnancia natural que sea enemiga de la caridad. En el fuego del amor de Jesús abraza á todos, aun á los que te hicieron daño.

20 DE AGOSTO

(Meditaciones sobre las parábolas de Cristo N. S. y sus aplicaciones.)

Parábola del sembrador.

Preludios.—Imagínate á N. S. predicando esta divina parábola, y pídele que caiga en tu alma la semilla de la divina gracia, de modo que dé siempre frutos de vida eterna.

PUNTO I

De cómo salió el sembrador á sembrar la semilla.

Considera primero, qué semilla sea ésta, quién la siembra, en qué tierra y por qué causa y cómo se siembra. La semilla es, según el mismo Cristo, la palabra de Dios, así la exterior, que entra por el oído del cuerpo, como la interior que suena dentro del alma, que es la divina inspiración, de la cual principalmente nacen los frutos que produce nuestro corazón, porque ella da sentimientos de lo que se oye, y es como la virtud seminal, que está dentro del grano que se siembra. El principal sembrador es Dios, el cual unas veces siembra esta semilla de su inspiración por medio de los predicadores y de los buenos libros, ó de los buenos ejemplos; y otras veces á sus solas, por sí mismo, la arroja de repente por medio de su gracia en nuestro corazón. La tierra en que se siembra, es el alma con sus potencias; en la memoria siembra santos pensamientos y devotas imaginaciones: me-

moria de nuestros pecados, de las penas del infierno, de los premios del cielo, de la brevedad de la vida, de la muerte y juicio, de la presencia de Dios y de sus beneficios. En el entendimiento siembra ilustraciones celestiales, que de repente descubren los secretos que están encerrados en los misterios de nuestra fe. Siembra también buenos consejos y los dictámenes de la conciencia, que exhorta á lo bueno y reprende lo malo. En la voluntad siembra santos deseos, que brotan como centellas y producen el fuego del perfecto amor y el fruto de las virtudes, dolor de pecados, amor de Dios, deseos de ir á verle y de servirle de veras.

La causa porque siembra esta semilla en el alma es por el provecho de la misma alma; porque esta semilla tiene virtud especial de mejorar la tierra donde se siembra, aunque de suyo sea estéril; y para este fin la siembra, no por merecimientos de la tierra, sino por sola su misericordia, porque es muy amigo de derramar sus dones en nosotros, y hacernos buenos con ellos. De aquí es, que muy á menudo siembra en todos lugares, tiempos y ocasiones y por esto Cristo N. S. dijo: "Salió el que siembra„; dando á entender que tiene por oficio sembrar, y que siempre hace su oficio de una manera ó de otra.

De todas estas consideraciones, y de cada una de ellas, tengo de sacar afectos de agradecimiento á este divino Salvador, y deseos fervientes de que siembre en mi alma la semilla de su divina palabra, pidiéndoselo muy de corazón. ¡Oh Padre celestial, que enviaste al mundo al Verbo eterno, palabra vuestra, engendrada dentro de Vos mismo, para que fuese semilla de todas las gracias, y de todas las palabras vuestras, que son principio de nuestro bien! Por este Verbo, Hijo vuestro, os suplico sembréis en mi memoria copiosa semilla de santos pensamientos, para que nazcan de ella frutos copiosos de buenas obras. ¡Oh Verbo eterno, que salis-

teis del seno de vuestro Eterno Padre y bajasteis del cielo á nuestra tierra para sembrar la semilla de la doctrina verdadera, semilla propiamente vuestra y no ajena, ni mendigada de otro! Salid, Señor, á sembrar en mi entendimiento abundante semilla de divinas ilustraciones, con las cuales os conozca y me conozca, y conozca lo que tengo de creer y obrar, de modo que lo ponga por obra. ¡Oh Espíritu santísimo, que inspiráis donde queréis y queréis inspirar donde hay necesidad de vuestra inspiración! Tocad con ella mi voluntad, sembradla con semilla de santos afectos y arrojad en ella centellas de fervientes deseos, para que se encienda dentro de mi corazón un fuego vehementísimo de amor y con vuestra gracia brote los frutos copiosísimos del espíritu que de este amor proceden.

PUNTO II

De la semilla que cayó en tierra mala.

Pondera cómo con ser esa semilla tan preciosa y eficaz y sembrarla el sembrador en buena sazón y con deseo de que fructifique, con todo eso se pierden las tres partes de ella, por causa de la tierra en que se siembra, procurando examinar en mí qué causas sean éstas que hacen que se pierdan en mi alma gracias tan divinas, cómo se remediarán, doliéndome de tenerlas y compadeciéndome de los que las tienen, y de que se pierda tanta semilla con tanta injuria del sembrador.

"Una parte de la semilla cayó cerca del camino y fué pisada de los pasajeros, y las aves del cielo la comieron,, de suerte que ni comenzó á fructificar. Tierra cerca del camino y sin valladar, es un corazón duro, como camino muy hollado y pisado; el cual oye la palabra de Dios exteriormente y la recibe sin penetrarla ni abrazarla, y da entrada á todo género de pensamientos terrenos, los cuales pisan y huellan esta semilla, y los demonios con suma lige-

reza acuden á robársela y quitársela luego del corazón. En esta figura me tengo de poner, diciendo: ¡Ay de mí, que por la dureza de mi corazón no he querido recibir la palabra de Dios, y si por un oído me entra por otro me sale! He sido como camino pasajero, admitiendo cuantos malos pensamientos y deseos querían pasar por mi corazón. He dado lugar á las aves infernales, para que con los picos de sus perversas sugestiones me robasen la semilla de las buenas inspiraciones, recibiendo aquéllas y desechando éstas. Pésame, Dios mío, de la mala cuenta que he dado de esta semilla de vuestra divina palabra, y propongo arar la tierra de mi alma con el arado de la mortificación, y ablandar su dureza para que reciba vuestra palabra, y la esconda y encubra dentro de sí para no pecar contra Vos. Mas pues conocéis mi flaqueza, haced que vuestra inspiración me ablande y enternezca y me ayude á llevar el fruto que deseáis para gloria vuestra.

La otra parte de la semilla cayó en una tierra pedregosa y de poca hondura, porque estaba cerca la peña, y así brotó la semilla y creció hacia arriba; pero en saliendo el sol, con su calor se secó, porque no tenía echadas raíces ni tenía bastante jugo. Tales son los que tienen alguna facilidad en oir la palabra de Dios y leer buenos libros, concibiendo buenos deseos y comenzando á ejecutarlos; pero en levantándose tentaciones y persecuciones, secan lo bueno que tenían ellos y lo dejan, porque son mudables y no estaban arraigados en humildad y confianza en Dios, ni tienen humor ni jugo de devoción; y como dice san Marcos, tienen devoción que presto se pasa como rocío de la mañana, ó como flor que con cualquier estío se marchita. Pero no sin misterio, Cristo N. S. compara las persecuciones al sol, cuyas propiedades son resplandecer y calentar; por las cuales se entienden dos suertes de persecuciones: una de prosperidades mundanas, de lisonjas, vanaglorias y ambicio-

nes; otra de adversidades, calumnias, deshonras, pobrezas, temores y otras aflicciones; y contra ambas hemos de estar fuertes para que no se seque el fruto que la divina inspiración produce en nosotros, procurando, como el Apóstol, ser ministros fieles de Dios, en lo próspero y en lo adverso, con infamia y buena fama. ¡Oh Dios eterno, pues conoces mi grande mutabilidad, fortifícame con tu gracia para que eche tan hondas raíces en la caridad, que ninguna cosa criada pueda apartarme de ella!

La otra parte de la semilla cayó entre espinas, y creciendo las espinas ahogaron el fruto. "Estos son los que oyen la palabra de Dios y no fructifican; porque las riquezas y cuidados del siglo, y deleites de la carne, véndose tras ellos les ahogan el espíritu.„ De suerte, que tres cosas ahogan la divina inspiración y estorban nuestro aprovechamiento; riquezas, cuidados congojosos y deleites sensuales, y todas tres en el vocabulario de Cristo y en su escuela se llaman espinas. ¡Oh Maestro soberano, cuán diferentes son vuestros juicios de los nuestros! Lo que el mundo llama riquezas y deleites, Vos llamáis espinas y abrojos; porque aun cuando sea así que regalen al cuerpo, suelen espinar y lastimar el alma, y sacar mucha sangre de pecados, y atravesarla con dolores, congojas y remordimientos. Libradme, Señor, de estas espinas, y coronadme con las vuestras, las cuales, aunque lastimen y punzen la carne, alientan y consuelan el espíritu; pues no hay mayor consuelo que abrazar vuestra corona de espinas en la tierra, con esperanza de alcanzar la corona de la gloria en el cielo.

PUNTO III

De la semilla que cayó en tierra buena.

Considera cómo la cuarta parte de la semilla cayó en buena tierra y llevó copioso fruto. "Estos son los que con corazón bueno oyen y reciben la palabra de

Dios, y la conservan dentro de sí, y producen fruto de buenas obras con paciencia, unos de treinta, otros de sesenta y otros de ciento. De suerte, que como hay tres géneros de malos que pierden la semilla de la palabra del Señor, así hay tres géneros de buenos que fructifican con ella: unos en estado de principiantes, con moderado provecho; otros en estado de los que aprovechan con mayor fruto; otros en estado de perfectos con grande excelencia, y todos con paciencia y longanimidad trabajan esperando su galardón; y aunque sean menos en número que los malos, recompensan con su ganancia la pérdida de las tres partes de la semilla, pues produce el ciento por uno.

Pondera las condiciones que señala el divino Maestro para que su divina palabra produzca el deseado fruto. Hay que oirla con corazón bueno, esto es, con espíritu de fe, como palabra de Dios y no del hombre, que así es cómo esa palabra es espíritu y vida. Luego hay que conservarla dentro del corazón, esto es, sacando de ella el jugo y la savia, que es y ha de ser alimento del alma, porque si no se conserva la palabra de Dios en el corazón, poco provecho nos puede resultar de ella como del alimento que tomamos, si no se digiere por medio del calor del estómago, y todo ello, y es la tercera condición, lo hemos de hacer con paciencia, esto es, sufriendo cuanto el Señor nos envíe ó cuantos sacrificios nos pida, abrazándonos con la cruz de Cristo, ya nos la envíe El, ya nosotros libremente con la cruz nos abracemos, porque toda su doctrina y su palabra se reduce á la cruz, y todo su Evangelio se condensa en aquella maravillosa sentencia: "El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.„

Coloquio.—Gózome, ¡oh Sembrador soberano!, de que haya tierras tales en quien vuestra semilla descubra su virtud y lleve ciento por uno. ¡Oh, si hubiese muchas de estas para que hubiese muchos que os glorificasen y sirviesen como es razón! Anímate,

¡oh alma mía!, á servir á Dios con diligencia; no te contentes con menos que con el de ciento, pues al fruto de esta vida te corresponderá el premio de la otra; y aun en esta vida te dará Dios ciento por uno si le sirvieres con fervor.

Propósitos.—Examínate del afecto que tienes á oir la palabra de Dios, del modo cómo la oyes y de lo que de ella te aprovechas.

21 DE AGOSTO

De la necesidad de oir la palabra divina.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La palabra divina es necesaria para nuestra salvación.

Considera que el oir la palabra de Dios es absolutamente necesario para nuestra salvación. El mismo Jesús S. N. dijo con entera claridad: "El que es de Dios oye mis palabras, y los que no son de Dios no gustan de oirlas„. De donde se saca que el gusto de oir la palabra divina es signo de predestinación, y el desvío y la desgana, en este punto, señales ciertas de reprobación. Considera que nuestro adorable Redentor es llamado en las Santas Escrituras "el Verbo encarnado„, esto es, la palabra eterna del Eterno Padre, que desde el principio era con Dios y de Dios, y que para redimirnos se valió de las palabras del lenguaje humano en el inefable ministerio de su evangélica predicación. "Mis palabras, dijo Jesús, son espíritu y vida„, y por eso las llama san Pablo "palabras de salud„. Y en otro lugar "palabras de reconciliación„, porque ellas son las que nos reconcilian con la divina justicia, irritada por nuestros pecados y por los de todo nuestro linaje. Porque aunque la fe es indispensable para salvarnos, la fe penetra en nuestro entendimiento en alas de la palabra divina, y así, como al agua del bautismo infundió Dios la

gracia de la justificación, á la palabra evangélica suele unir la gracia de la conversión.

Por la palabra divina, en efecto, se convirtió el mundo, y de judíos carnales y de viciosos paganos sacó Dios, por medio de la palabra de Jesús y de sus apóstoles y discípulos, aquellos primeros cristianos tan puros, tan animosos y desprendidos, y que con tanta y tan admirable generosidad dieron por el divino amor su sangre y su vida. Arrobada, y como fuera de sí, estaba la muchedumbre pendiente de la palabra de Jesús, y por oirla le seguía por los caminos, de lugar en lugar, é iba en pos de El hasta los más escabrosos desiertos. Si la Magdalena no hubiese oído á Jesús, habría quedado pecadora. Después que los Apóstoles hubieron recibido al Espíritu Santo, empezaron á predicar, y san Pedro, en el primer sermón, convirtió á cerca de tres mil personas. San Agustín se volvió á Dios por haber oído la predicación de san Ambrosio. Y así podrían multiplicarse los ejemplos que atestiguan cómo la palabra divina, ya salida de los labios adorables de Jesús, ya de los labios de los Apóstoles, ya de los sucesores de los Apóstoles, ha regenerado á miles de millares de almas, libertándolas de la servidumbre del demonio y poniéndolas en el lugar de hijas de Dios. Y es que la gracia, que es una palabra interior, suele ir ordinariamente acompañada de la palabra exterior. ¡Quién sabe si hemos desperdiciado muchas ocasiones de gracia por haber dejado de oir, cuando pudimos hacerlo, la palabra divina! Y sin duda, por eso el mundo está sentado en las sombras de la muerte, porque no oye la palabra de Dios. Pide al Señor que envíe operarios á su viña, pero operarios celosos que no se contenten con predicarse á sí, ó predicar la palabra humana, que no salva, sino la de Dios, á la que está unida y vinculada la salvación del mundo.

PUNTO II

De cómo hay que oir la palabra divina.

Considera que no basta oir la palabra de Dios; es menester, además, que procuremos entenderla, y que la oigamos con el respeto y veneración debidos al Verbo de Dios, de quien es como un eco la palabra que llega á nosotros. "Demos gracias á Dios, decía san Pablo á los de Tesalónica, de que no hayáis recibido mi palabra como de hombre, sino como palabra de Dios, de quien es efectivamente, pues yo no he hecho sino anunciárosla„. En efecto, por boca del predicador no habla un hombre más ó menos sabio ó elocuente, habla el mismo Dios. El predicador, debidamente autorizado por la Iglesia, no hace más que anunciarnos ó transmitirnos esa palabra divina que la Iglesia guarda en sagrado depósito.

Pondérese aquí con qué respeto, con qué profunda reverencia y sumisión hemos de oir esa palabra que, si al oído corporal suena como palabra de hombre, en el alma debe resonar como palabra de Dios. "Los predicadores, dice san Pablo, son nuncios ó embajadores de Jesucristo.„ En lo que nos dicen, no hemos de oir, pues, el eco de la voz humana, ni la facilidad ó elegancia de su dicción, ni hemos de juzgarlos por el deleite que nos proporcione su elocuencia; nuestro espíritu ha de elevarse sobre todo esto, y atender, no al modo como lo dicen, sino á lo que dicen, que no es de ellos, ni aprendido en ninguna escuela de retórica, ni invento de su ingenio, sino palabra de Dios, que por medio de la Sagrada Escritura, la tradición y los Santos Padres, ha puesto en sus labios para que nos la transmitan y comuniquen. ¡Qué culpa la del cristiano que sólo busca en el sermón el regalo sensual de la oratoria pulida, convirtiendo el templo en ateneo ó en teatro, ó que sólo va á oir al predicador para ver y criticar sacrílegamente cómo

se expresa, ó hacer mofa del ministro de Dios, si no tiene gracia en el humano decir ó no junta con artificio sutil las cláusulas y períodos! Más les valiera á estos indignos profanadores del Verbo ó la palabra de Dios no ir al templo, porque aunque oyen la palabra de Dios, es como si no la oyeran, ó peor aún, pues la profanan y corrompen, pues no gustan de la palabra divina, sino de la palabra del hombre que la pronuncia. Y no gustando de la palabra de Dios, no son de Dios, como dijo á los judíos nuestro Redentor, y así no sacan fruto alguno de ella.

La palabra divina hay que recibirla, no en los oídos del cuerpo, sino en el corazón. "Poned en vuestros corazones estas palabras„, dijo Jesús N. S. á los que le oían. Allí, sí, en el corazón, y muy adentro de él, hay que poner la palabra que viene de lo alto, y escucharla con suma docilidad, porque El, el que nos habla, es nuestro Creador, conservador y Redentor, el que nos ha dado cuanto somos, el que por nosotros vertió toda su sangre, sufrió tormentos inauditos y la muerte más afrentosa; es la palabra de nuestro Rey y Señor, y al mismo tiempo del que nos ama de un modo tal que no acertamos siquiera á concebirlo, y que quiere comunicarnos sus gracias é inspiraciones por medio de su palabra, y porque ese es el modo que El ha tenido y tiene ordinariamente de salvar el mundo.

PUNTO III

Del fruto de la palabra de Dios.

Considera en último lugar, que es menester oir la palabra de Dios de tal suerte que nos aproveche para nuestra salvación. La palabra divina es la semilla que el Hijo de Dios esparce por todas partes para que fructifique y dé el ciento por uno. ¡Desgraciados aquellos, cuyo corazón es como camino real, abierto á todas las disipaciones de la vida, por el que á toda hora transitan en tropel los deleites mundanos! En

estos infelices no fructifica la simiente de la palabra divina, porque la quita de sus corazones el demonio que es dueño y señor de ellos. ¡Desventurados los que son tierras áridas, esto es, almas inconstantes que al poco tiempo de formar buenas resoluciones, las abandonan y vuelven á las malas! En estos tampoco aprovecha la palabra de Dios, porque aunque la oyen con atención y reverencia, y en el momento de oirla, quisieran ponerla en sus corazones, el viento de la inconstancia la quita de allí muy luego, y quedan como si no las hubiesen recibido jamás.

¡Infelices los que se asemejan á terrenos cubiertos de zarzas y espinas, ó lo que es igual, de pasiones desenfrenadas y arraigados vicios, entre los cuales la semilla, depositada por el padre de familias, queda confundida y ahogada, y no puede fructificar, ni crecer!

Y ¡mil veces dichosos los que son tierra fértil en que la palabra de Dios arraiga y prospera, y crece como árbol de bendición! "Mi palabra, dice el Señor, será la que os ha de juzgar„, y en otro lugar: "mi palabra no quedará sin efecto;„ esto es, mi palabra os salvará si la recibís, y os condenará si la rechazáis; os salvará si sois sumisos á ella, y os condenará si os rebeláis contra ella; os salvará si ajustáis vuestra conducta á la regla que traza, y os condenará si la despreciais. Podremos escuchar, acoger y seguir esa palabra ó no escucharla, ni recibirla, ni seguirla: tal es nuestro libre albedrío. Pero no podemos dejar de experimentar los efectos, ora de salvación, ora de condenación de esa palabra: tal es la eterna justicia. Y escrito está que la tierra y los cielos pasarán; pero que no pasará la palabra de Dios.

Coloquio. — ¡Oh Dios mío, que has unido á tu palabra la gracia de la conversión, y que has dado al hombre tu palabra para reconciliarlo con la divina rusticia y trazarle el camino de su salvación! Yo te juego que me infundas tu divino espíritu para que

oiga tu palabra con atención y docilidad, y para que mi corazón sea la tierra fértil en que cae la semilla divina y fructifica. Dame espíritu de fe que me haga ver en los predicadores á ministros tuyos y ajustar mis obras á las máximas del evangelio que me predican, para que así en mi corazón tus palabras sean espíritu y vida y semilla de la eternidad.

Propósitos.—Oir siempre á los predicadores, no como oradores humanos, sino como órganos y ministros de la palabra de Dios.

22 DE AGOSTO

De los obstáculos que pone el hombre á la palabra divina.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El hastío de la palabra de Dios.

Considera que para ser de Dios hay que oir la palabra de Dios, pues por su palabra Dios ha santificado al mundo y quiere seguir santificándole. Lo que san Pablo dice de la fe, á saber: "que se la recibe porque ha sido oída, y ha sido oída porque la palabra de Jesucristo la ha predicado„, puede decirse también de la penitencia respecto de los pecadores, y de la perseverancia respecto de los justos. Nadie se convierte, ni nadie persevera en una vida cristiana sino por el convencimiento de las verdades eternas, y esas verdades entran en el entendimiento por la palabra de Dios; de lo que se sigue que la mayor desgracia que puede sucederle al hombre, es que la palabra de Dios le produzca hastío.

Para convencerte de ello, basta que examines las principales causas de este hastío, y verás que nacen, en unos, de un secreto orgullo; en otros, de un fondo de libertinaje; en éstos, de una afición vergonzosa á los placeres sensuales, y en aquéllos, de una insacia-

ble avaricia de los bienes temporales. Las consecuencias del hastío de la palabra de Dios, son verdaderamente desastrosas: primero, porque nos aparta de esa palabra que nos ha de salvar; segundo, porque nos hace incapaces de aprovecharnos de ella; todo lo que constituye un doble y terrible castigo de Dios. Castigo terrible es, verdaderamente, el hastío de la palabra de Dios, de la que es figura el maná de que se hastiaron los judíos hasta recogerlo con desprecio; efecto de la venganza del Señor, según hacen constar Orígenes y san Jerónimo. Lo mismo sucede con la palabra de Dios que cuando vivías según su ley la buscabas y gustabas de ella, y al hacerte acreedor al castigo de Dios la oyes con negligencia, ó te niegas á oirla. No quieres oirle porque el Evangelio te condena, porque el ministro de Jesucristo te confunde y te humilla, porque la palabra de Dios es espada de dos filos que hiere tu corazón y tus pasiones desordenadas.

Este hastío de la divina palabra te hace incapaz de aprovecharte de ella, porque así como para que aprovechen los manjares es necesario apetecerlos y saborearlos, para que te aproveche la palabra de Dios, es necesario que Dios añada á ella la unción de su gracia; y cuando Dios ve el desprecio que haces de su palabra, te deja en tu indiferencia sin hacer sentir en ti los efectos de su palabra.

Hay quien pretende disculparse diciendo, que no es la palabra de Dios en sí lo que le hastía, sino la palabra de Dios mal predicada; pero aunque eso pueda alguna vez ser verdad, esto es, aunque haya predicadores capaces de anunciar mal la palabra de Dios, ¿no es esto mismo un castigo del cielo? Cesa, sin embargo, de disculparte, porque ese castigo no consiste en que no haya buenos predicadores, sino en que no los hay según tus gustos depravados, que es para ti como si no los hubiera. No mires en esa falta de predicadores, que tú te forjas,

una prueba de la delicadeza y rectitud de tu espíritu, pues en esas dotes de que te crees estar adornado hallas tu mayor castigo, pues Dios permite que sirvan de obstáculo á un número infinito de gracias de que depende tu salvación. Pide al Señor hambre del pan divino de su palabra, humildad para oirla, no como juez y censor, sino como cristiano y discípulo de Cristo; que si oyes con gusto, no de sabio, sino de varón espiritual la palabra de Dios, ella te robustecerá y te hará fuerte en los caminos de la virtud.

PUNTO II

El abuso de la palabra de Dios.

Considera que así como san Pablo reduce el abuso de la sagrada comunión á no discernir justamente el cuerpo de N. S. Jesucristo de los demás manjares, y comer este manjar divino como un manjar común, del mismo modo, aunque puede abusarse de muchas maneras de la palabra de Dios, el abuso principal consiste en no hacer el discernimiento necesario de esta divina palabra, esto es, en no escucharla como palabra de Dios, sino como palabra de los hombres, de lo que se siguen dos clases de desorden: primero, desorden con relación á Dios; segundo, desorden con relación á nosotros mismos.

Desorden con relación á Dios. Cuando no haces un justo discernimiento del cuerpo de Jesucristo, le profanas, y del mismo modo profanas la palabra de Dios cuando no la disciernes de la palabra del hombre. Oye, sobre esto, lo que dice san Agustín: "La palabra de Dios, exclama este Padre, no es en cierto modo menos preciosa para nosotros que el cuerpo de Jesucristo„; y de esto saca luego la consecuencia de que, en cierto modo, no es menos criminal ante Dios el que abusa de su palabra y la profana, que el que profana el cuerpo del Salvador. Ese abuso, sin embargo, se comete todos los días, y tú mismo lo habrás cometido no pocas veces; porque siendo condiciones indispen-

sables para oir la palabra de Dios, como palabra de Dios, el recogimiento, el respeto, la humildad, la atención y la docilidad del entendimiento y de la voluntad, ¿cuántas veces la habrás oído con disposiciones del todo contrarias?

Desorden con relación á nosotros mismos. Sobre esto has de considerar que al abusar de la palabra de Dios la haces inútil para ti, pues la palabra de Dios, recibida como palabra de hombre, no puede producir sino efectos proporcionados á la virtud de la palabra humana; y sabido es que la palabra humana no es en sí misma más que un instrumento vano para nuestra salvación. Por esta razón, felicitaba san Pablo á los tesalonicenses, al ver que habían recibido la palabra de Dios, no como palabra humana, sino como palabra divina, y les hacía ver la serie de bendiciones que por esto había Dios hecho descender sobre aquella iglesia. Y por el contrario, en la ciudad de Licaonia, donde san Bernabé y san Pablo, fueron escuchados con tal aplauso, que hasta quisieron ofrecerles incienso, sus predicaciones no produjeron el menor fruto.

Esto mismo sucede ahora muchas veces; los mundanos admiran al predicador, le siguen, sobre todo, si les gusta ó les halaga, ó si en vez de hablarles del infierno ó del pecado, trata cuestiones frívolas y de vana curiosidad, indignas de la cátedra del Espíritu Santo; pero no se convierten, y eso sucedía también entre los judíos que iban á escuchar y á aplaudir al profeta Ezequiel, cuando éste les anunciaba las calamidades con que Dios les afligiría si persistían en su infidelidad, y, sin embargo, nada hacían de cuanto aquel les enseñaba para evitarlas.

No atribuyas, pues, á la palabra del hombre la virtud que tiene solamente la palabra de Dios, ni confundas la una con la otra, suponiendo que ambas producen la conversión de los pecadores, porque Dios te castigará no dejando á su palabra más que

lo que tiene de especiosa y agradable, mientras dará lo que tiene de sólido y ventajoso á las almas que no buscan en su palabra más que su palabra misma.

PUNTO III

La resistencia á la palabra de Dios.

Considera que hay cosas que no pueden ser inútiles sin llegar á ser perjudiciales, y que en ese caso se encuentra la palabra de Dios. El Espíritu Santo la llama á la vez, manjar y espada; manjar, según hace notar san Bernardo, para los que de ella se aprovechan, y espada, cuyas heridas son mortales, para los que no se aprovechan de ella. De esto has de deducir que la palabra de Dios siempre produce efecto; ó efecto de misericordia, ó efecto de justicia. Ahora, bien, ¿cuáles son los efectos que van unidos á la palabra de Dios para aquel que la resiste? Primero, endurecimiento del corazón. Segundo, condenación del pecador.

Endurecimiento del corazón. De este endurecimiento es un ejemplo Faraón, que resistió á la palabra de Dios, resistiendo á la de Moisés y Dios le endureció el corazón, mejor dicho, él mismo se lo endureció por su obstinada resistencia. ¿Qué mayor endurecimiento que no moverse el pecador á penitencia á pesar de oir por boca del ministro del evangelio las terribles amenazas de Dios N. S.? ¿No es dureza increíble creer lo que creemos y permanecer en el pecado? Condenación del pecador. Considera aquí que tanto más criminal es el hombre cuanto mayor y más precioso es el talento que Dios le concede si de él no hace el uso debido, y ten en cuenta que en el día del juicio, Dios te lo pedirá, y que dos clases de personas se levantarán contra ti si hubieras abusado de la divina palabra, á saber: los oyentes que hayan escuchado con fruto la palabra de Dios y los predicadores que te la han anunciado. Los primeros estarán representados por los ninivitas, cuya prontitud

en hacer penitencia á la voz de Jonás será tu condenación; y los segundos, representados por los Apóstoles, á quienes el Salvador prometió, y en ellos á todos los ministros fieles de su palabra, que se sentarán cerca de El para juzgar á todas las naciones. Piensa cuál no será tu confusión cuando los unos te echen en cara el no haberlos imitado y los otros el no haber escuchado la palabra de Dios, salida de sus labios, y propón de aquí en adelante tener presente que no puede ser de Dios quien no oye la palabra de Dios, y aplícate á escucharla con las disposiciones necesarias para no abusar de ella, acarreándote la eterna condenación.

Coloquio.—¡Oh Señor, que por tu palabra salvaste el mundo y convierles las almas! No permitas que yo caiga en esos desórdenes y abusos que hacen inconvertible al pecador. ¿Qué lo va á convertir, si abusa de los medios de su salvación? Habla, Señor, por Ti ó por tus ministros, que tu siervo oye con docilidad, humildad y viva fe, seguro de que el que oye y obedece á tus enviados, á Ti te obedece y te oye.

Propósitos.— Hablar siempre de los ministros de Dios con respeto, y no permitir en tu presencia esas críticas mundanas que son escándalo de la fe y de la piedad.

23 DE AGOSTO

PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

(Primera parte.)

La fuga del Pródigo de la casa paterna.

Preludios.— Represéntate al hijo pródigo volviendo á su padre después de largos extravíos, y pide á nuestro Señor la gracia de imitar el arrepentimiento del pródigo y alcanzar, como él, el perdón de todos tus pecados.

PUNTO I

Desórdenes del pródigo.

Recuerda la hermosísima parábola: "Un hombre tenía dos hijos; el menor dijo á su padre: dame la

porción que me toca de mi herencia; y el padre hizo la partición de sus bienes. Pocos días después, el más joven de los dos, habiendo juntado todo lo que tenía, se fué á un país lejano, donde disipó sus bienes viviendo licenciosamente. Después que perdió cuanto tenía, hubo una grande hambre en aquel país, y se vió en la mayor indigencia, por lo que se puso á servir á uno de los habitantes de aquella tierra, quien le envió á su casa de campo para que guardase los puercos. Aquí se vió reducido á tal miseria, que envidiaba la comida de estos animales.„

Considera bien todas las circunstancias del extravío del pródigo. *El más joven:* las pasiones de la juventud, este es el principio de sus extravíos. La juventud es la edad de las ilusiones: el pródigo se promete una vida dichosa y libre lejos de la casa paterna. La juventud es apasionada del placer: el pródigo suspira por las fiestas del mundo, envidia á los jóvenes de su edad las locuras de su libertinaje y la alegría ruidosa de sus diversiones y de sus locos devaneos. La juventud es, sobre todo, celosa de su independencia. El pródigo se cansa de la sujeción que le impone la presencia de un padre; se le hace duro esperar tanto para ser dueño de su libertad y árbitro de su destino. Reflexiona sobre ti mismo; ¿cuáles han sido las causas de tus pasados desórdenes, sino las ilusiones del mundo, la pasión del placer y el amor fatal de independencia?

En segundo lugar, el hijo pródigo pide á su padre la parte de la herencia que debe tocarle. ¡Qué ingratitud! Este nombre sólo de padre, ¿no debía recordarle los beneficios todos de la ternura paterna, los cuidados de que rodeó su primera infancia, el vivo afecto cuyos testimonios recibía todos los días? ¡Qué injusta pretensión! Esta hacienda que reclama pertenece á su padre, que la ha recibido de sus antepasados, que la deben tal vez á sus trabajos y á una sabia economía. ¿Con qué derecho viene á despojarle durante su vida,

y con qué título exige la parte de una fortuna que aún no es suya? ¡Qué loca temeridad! Estos bienes, una vez en sus manos, ¿qué será de ellos? Apenas sea su dueño los disipará en los excesos del lujo y libertinaje. Aplícate á ti mismo estas reflexiones: ¿No es Dios tu padre en el orden de la naturaleza y de la gracia? Cuando le has dejado para servir al mundo, ¿qué has hecho sino pedir, como el pródigo, la parte de tu herencia, es decir, la libre disposición de ti mismo, de tu entendimiento, de tu corazón, de tu libertad, como si todo no fuese propiedad de Dios, que te ha criado y rescatado; como si pudieses un solo instante ser dueño de ti sin hacerte desgraciado? ¡Qué ingratitud en tu alejamiento de Dios! ¡Qué injusticia, qué locura!

PUNTO II

De la vida del pródigo lejos de su padre.

Considera cómo dueño de sus bienes, el pródigo se va á un país distante, que no es más que el olvido de Dios. Si se quedara en la vecindad de la casa paterna, le importunarían en medio de sus placeres los recuerdos de su padre, tendría que temer sin cesar las amonestaciones de los buenos amigos y de su hermano; la presencia misma de este padre y los remordimientos de su propio corazón. Para entregarse al placer con menos turbación y más libertad se retira á una comarca muy lejana. Imagen de tus extravíos cuando te has dado al mundo. Los ejercicios de la piedad cristiana, la oración, la frecuencia de sacramentos, la compañía de las almas virtuosas, el encuentro mismo de los ministros de Jesucristo, cuyo celo hubiera podido hacerte volver á Dios, tus propias reflexiones, los remordimientos de tu conciencia, todo lo has temido y has huído tan lejos de ti y de Dios como te ha sido posible, por miedo de que la gracia viniese á buscarte y volverte á pesar tuyo á tu padre y á tu Dios.

Lejos de su padre, el hijo pródigo disipa bien pronto su fortuna. No considera que ésta es el fruto del trabajo paterno, que es el único recurso de su vida, que esta fortuna, por grande que sea, tiene su medida, y no puede tardar en deshacerse en los gastos del juego, de la mesa y de la voluptuosidad. Así que apenas han pasado algunos meses, y ya no le queda de sus riquezas sino una horrible indigencia. ¡Qué tesoros de gracias no has disipado tú lejos de tu Dios! ¡Qué tesoros de gracias espirituales, que hubieran hecho tu felicidad y tu descanso! Recuerda todas estas pérdidas y llóralas con lágrimas de sangre. Pérdida de la amistad de Dios; pérdida de tus méritos pasados; pérdida de estas santas inspiraciones siempre despreciadas; pérdida de los buenos ejemplos inutilizados; pérdida de una educación cristiana, cuyos principios has abjurado; pérdida de las felices disposiciones de la naturaleza, del gusto de la virtud, de la rectitud de corazón, de la delicadeza de conciencia, de las inclinaciones favorables á la piedad; pérdida de tus talentos, que has prostituído al servicio del placer y del pecado; pérdida de la razón y de la fe, que has combatido y cuyas luces tal vez has apagado. ¡Qué uso tan funesto de los dones de Dios! Y qué cuenta tan terrible tendré que dar por haber abusado de tal manera de tantos y tan grandes beneficios del Señor.

PUNTO III

De las tristes consecuencias del libertinaje del pródigo.

Considera que según refiere el Evangelio sobrevino una grande hambre en la comarca donde se había retirado el pródigo, y sus riquezas, disipadas en el libertinaje, le dejaron en una vergonzosa indigencia. En vano se dirije á los compañeros de sus excesos, á los amigos que le había proporcionado su fortuna y el placer: queda solo, sin recursos y precisado á mendigar el pan de un extraño. Esta región, víctí-

ma del hambre, es el mundo. Esta hambre es el hambre devoradora de las pasiones, que gritan sin cesar en el fondo de un corazón culpable: Más, más. ¡Esta indigencia es el vacío profundo de un alma atormentada del deseo de la felicidad, mendigándola en vano de las criaturas, que no le ofrecen sino agitación, pesares, disgustos, desengaños y aflicciones sin fin! ¡Oh Dios mío, cuánta verdad es que, perdiendoos á Vos, lo ha perdido todo el pecador!

Luego siguió la esclavitud. ¡Qué triste cambio! ¡Aquel joven, tan celoso de su libertad, obligado á ponerse á servir á un amo duro é insensible! ¡Él, tan enemigo de la sujeción, reducido á ocuparse en los oficios más bajos! El, tan orgulloso, confundido con los más viles esclavos! ¿No es esta la humillante condición del pecador? Como el pródigo, es esclavo, no de un solo amo, sino de tiranos sinnúmero: esclavo del demonio, que reina en su espíritu, en su imaginación, en su corazón, en sus sentidos; esclavo de sus inclinaciones, que le imponen á cada instante el sacrificio de su descanso, de su conciencia, de su razón; esclavo del mundo, cuyos juicios es preciso respetar aplaudiendo sus máximas, contemplar sus susceptibilidades, servir á sus caprichos, satisfacer sus exigencias, disimular y sufrir sin quejarse todas las ingratitudes y todas las injusticias; esclavo de la costumbre y la moda, que pasan como una necesidad y segunda naturaleza, y que se ríen de todos los esfuerzos de la gracia, de todas las reflexiones de la razón, de todos los remordimientos de la conciencia. ¡Qué servidumbre! Es la que merece el que no quiere llevar el dulce yugo de la ley de Dios.

Mira luego á qué espantosa degradación llegó el pródigo. Reducido á guardar animales inmundos, les envidia y les disputa hasta su vil alimento. ¡Qué envilecimiento el del pecador apartado de Dios! No hay placer, por grosero y brutal que sea, á que no pida la felicidad; llega hasta envidiar á los libertinos más di-

famados, los excesos más vergonzosos, los arrebatos más monstruosos de sus desenfrenos; llega hasta envidiar á la estúpida bestia su condición, hasta desear no tener, como ella, otra ley que el instinto, ni otro destino que las satisfacciones impuras de los sentidos. Hasta ese punto de indigencia, de esclavitud y de degradación arrastran al pobre pecador el desenfreno y el libertinaje de sus pasiones. Mírate en ese triste modelo, y jamás pienses en abandonar la casa de Dios, que es tu Padre.

Coloquio.—¡Oh Padre celestial, ves aquí un hijo pródigo, que habiendo recibido de tu liberal mano toda clase de dones, me salí de tu casa y de tu gobierno por seguir mi propia voluntad y juicio! He me alejado de tu presencia por innumerables pecados, y que habiendo despreciado los bienes que me diste, he usado de ellos para mi deleite y mi perdición! ¡Oh Señor, cómo me has sufrido con tanta paciencia! ¡Oh, quién nunca se hubiera salido de tu casa! ¡Oh miserable de mí, que como mozo libre y mal experimentado, me dejé engañar de mi sensualidad! Dios mío, ten piedad de mí y no me niegues tu misericordia, pues pequé por ignorancia, y estoy resuelto á volverme á Ti con todas las veras de mi corazón.

Propósitos.—A la vista de la triste suerte del hijo pródigo, cobra horror al mundo y á las pasiones que así tratan á sus miserables seguidores.

24 DE AGOSTO

PARABOLA DEL HIJO PRÓDIGO

(Segunda parte.)

La vuelta del pródigo á la casa paterna.

Preludios.—Mira al padre del pródigo abrazando contra su corazón á su arrepentido hijo, y pide á nuestro Señor la gracia de imitar su arrepentimiento y alcanzar como él el perdón de tus extravíos y pecados.

PUNTO I

La conversión del pródigo.

Considera cómo volviendo en sí el pródigo, dijo: "¡Cuántos mercenarios hay en la casa de mi padre que tienen el pan con abundancia, y yo me muero aquí de hambre! Iré á buscar á mi padre y le diré: Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como á uno de tus criados." Partió, pues, y se fué á buscar á su padre. Cuando aún estaba lejos le vió su padre, y lleno de compasiva ternura le echó los brazos y le besó. Y su hijo le dijo: "Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo." Entonces dijo el padre á sus criados: "Traed pronto el mejor vestido que haya en casa, y ponédselo; poned un anillo en su dedo, y calzadlo; tomad un cabrito cebado, y matadlo; comamos y alegrémonos, porque mi hijo estaba muerto, y ha resucitado; perdido, y se ha encontrado."

Considera, en primer lugar, la conversión del hijo pródigo: su desgracia fué el principio de su conversión. Había olvidado á su padre cuando era rico y feliz; desgraciado y en la indigencia, todos sus pensamientos le llevan hacia su padre, tan indignamente abandonado. Reconoce el valor de las penas y de las aflicciones. Dios visita siempre con su gracia á los que visita con la tribulación.

Abandonado así el pródigo del mundo, entra en sí mismo y se pone á reflexionar sobre sus desgracias y sus culpas. La injusticia, la ingratitud, la perfidia con que el mundo recompensa nuestros miserables servicios, ¿no nos harán entrar también dentro de nosotros mismos? ¡Qué materia de reflexión no encuentra en sí un alma que ha dejado á Dios por las criaturas! ¡Oh Dios mío!, ¿qué es lo que he ganado separándome de Vos? ¿Qué descanso, qué felicidad encontré en el

mundo? ¿Valían algo, Señor, placeres tan fugitivos, tan vacíos y tan degradantes, para robaros mi corazón, renunciar á vuestra gracia, perder la paz de mi conciencia y arriesgar mi salvación por una eternidad?

Vuelto en sí mismo, compara el pródigo su miserable estado con el de los siervos de su padre: "¡Cuántos criados en casa de mi padre comen el pan con abundancia, y yo me muero de hambre!„ Alma infiel, ¡qué diferencia entre tu estado y el de los siervos de Dios! ¡Qué paz en su alma, qué alegría interior, qué plenitud de consuelos aun en medio de los sacrificios! En tu corazón, al contrario: ¡qué turbaciones, qué amargura, qué sentimientos tan tristes! Alma infiel, ¡qué diferencia entre tu pasado y tu presente! Acuérdate de lo feliz que era tu corazón bajo el imperio de la gracia; contempla lo que ha venido á ser bajo el imperio del pecado, y por las penas de tu presente condición aprende á llorar la pérdida de tu pasada felicidad. Pero el pródigo se arma de una noble y valerosa resolución: "Me levantaré é iré á mi padre.„ No se detiene en vanas palabras ó en simples deseos. No deja su resolución para un tiempo lejano. No se espanta por las conversaciones y burlas del mundo, cuando este se entere de sus propósitos. No se detiene delante del sacrificio de sus afectos y pasiones. ¡Qué ejemplo de una sólida conversión!

En fin, por medio de la humilde confesión de sus culpas quiere volver el pródigo á la gracia de su padre. "Padre, pequé contra el cielo y delante de ti.„ Sea éste también el primer paso de tu conversión. Ve á echarte á los pies de Jesucristo, presente para ti en la persona del sacerdote, y dile: "He pecado contra el cielo y delante de Vos:„ contra el cielo, por el escándalo de tantas iniquidades cometidas á la luz del día; delante de Vos, por tantas iniquidades secretas, que por haber estado encerradas en mi corazón ú ocultas en las tinieblas de mi conciencia, no han sido

menos patentes á vuestra invisible mirada. ¡Ah!, ya no soy digno de ser llamado hijo vuestro; si os dignáis admitirme en el número de vuestros criados es lo más que puedo esperar de vuestra misericordia, porque ni aun eso merece la enormidad de mis miserias y pecados.

PUNTO II

Acogida que el pródigo recibe de su padre.

Considera cómo estando aún lejos el hijo, el padre, que siempre lo estaba esperando, lo vió de lejos venir é inmediatamente se movió á misericordia. Lo ve su padre de lejos, y al instante se conmueven sus entrañas de compasión. Así, en levantándose en tu corazón los afectos de arrepentimiento, los mira Dios con ojos de infinita misericordia, olvida todo lo pasado, tus rebeliones contra su voluntad, tu desprecio de su misericordia y de su justicia, tus resistencias á la gracia, tu obstinación y tu endurecimiento en el pecado; no se acuerda que fuiste ingrato y rebelde, y ya no ve en ti sino tu desgracia y tu dolor. "Y corriendo el padre se echó sobre su cuello y lo besó„. ¿No es verdad que el padre del pródigo debería por lo menos esperar á su hijo, reprenderle y castigarle, y ocultando su ternura en el fondo del corazón, dejarle algún tiempo á sus pies, y no perdonarle sino después de largo tiempo y movido por la importunidad de sus ruegos? Lejos de esto, lo espera, se precipita á su encuentro y se arroja á su cuello estrechándole entre sus brazos.

Reconoce en estos rasgos la bondad de nuestro Dios. Le habías abandonado, y ahora que las criaturas te abandonan, ¿no debía El retirarse á su vez de ti? ¿No era justo y debido á su propia honra el que rechazase tu corazón como desecho de las criaturas, á su santidad el que no perdonase tan fácilmente á un pecador tan grande como tú, á su justicia el que te tratase como lo ha hecho con tantos desgraciados, á

quienes en el infierno castiga sin compasión por las mismas iniquidades que cometiste tú con tanto atrevimiento? Y no obstante, sale á tu encuentro, no espera que le pidas perdón, te lo ofrece El, no te permite que estés á sus pies, te abraza, te estrecha contra su corazón amantísimo. Y todavía es poco para este tierno padre perdonar á su arrepentido hijo: quiere devolverle también todas las señales y aun todos los derechos de su primera condición. Ninguna reprensión por lo pasado, ninguna prueba para lo porvenir, al momento lo restablece en todas las prerrogativas propias de un hijo suyo. De este modo trata el Señor al alma que se vuelve á El. Al admitirle de nuevo su amistad, le da todo lo que su pecado le había quitado, y se lo da sin dilación. Con la gracia de Dios, ¿qué no encontrará el pecador? la inocencia, la paz, tus perdidos méritos, tus derechos á la gloria del cielo, toda tu dignidad como hombre y como cristiano y todo esto lo encontrarás en un solo instante. En fin, el padre del pródigo quiere celebrar la vuelta de su hijo, y manda que haya un festín espléndido, y que todos sus amigos y criados tomen parte en la alegría de esta fiesta, porque dice: mi hijo estaba perdido y ha vuelto; estaba muerto y ha resucitado. Igualmente el Padre celestial celebra tu vuelta á El con un festín solemne, en que te da el cuerpo de su divino Hijo, que se inmola todos los días para que se nos sirva en la Mesa Eucarística. Convida á los justos y á los ángeles á que se regocijen por nuestra espiritual resurrección; quiere que el día de nuestra conversión sea un día de fiesta para toda la familia, es decir, para toda la Iglesia. Después de esto, ¿cómo dilatamos aún volver á los brazos y al corazón de este buen padre? Arrójate á los piés de Jesucristo como el hijo pródigo á los piés de su padre y prométele solemnemente no abandonarle ya jamás.

PUNTO III

De las quejas del hermano del pródigo.

Considera cómo viniendo del campo el hijo mayor, oyendo la música y el regocijo, y sabiendo la causa, no quería entrar en casa de enojado que estaba; y así, dijo á su padre: "Ha tantos años que te sirvo sin quebrantar jamás tu mandamiento, y nunca me diste un cabrito para comer con mis amigos, y en viniendo este tu hijo, que ha gastado su hacienda con malas compañías, mataste un becerro grueso para convidarle„. A lo cual respondió el padre: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas; convenía que te holgases y comieses en este banquete, porque este tu hermano era muerto y resucitó, estaba perdido y lo he hallado„. Vuelve á contemplar aquí la maravillosa bondad del corazón de nuestro Dios. Sólo El puede ser tan infinitamente bueno y misericordioso.

Pondera, á la vez, cómo algunos imperfectos, que han sido inocentes y preservados de grandes pecados, suelen tener envidia de los favores que hace Dios á los que han sido muy pecadores, y murmuran y se quejan de que N. S. no los regala así á ellos, pareciéndoles que lo merecen mejor; lo cual nace de falta de humildad y de caridad, y es muy ofensivo á Dios, el cual gusta mucho de que nos gocemos del bien que hace á nuestros hermanos. Ojalá, Señor, recibas á todos los pecadores, y los levantes á grande alteza de justicia y santidad.

Lo segundo, se ha de considerar también el intento de Cristo N. S. en este dicho del hijo mayor, que fué exagerar la misericordia y liberalidad que hizo con el menor, la cual era tan grande, que bastaba para provocar á envidia y queja á los justos, aunque ellos por su virtud no den entrada á tales vicios, venerando los secretos juicios de Dios y la grandeza de su bondad en comunicarse á las criaturas, dando

algunas veces muestras de mayores regalos á los que son más indignos de ellos.

Lo tercero, ponderaré las palabras que responde el Padre de misericordias interiormente á los justos que de veras le sirven: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. ¡Oh Padre amantísimo!, ¿qué mayor favor puede ser que éste? ¿qué estola, qué anillo, qué calzado y qué becerro grueso puede haber más estimado que estar yo siempre en vuestra casa, en vuestra obediencia, debajo de vuestro gobierno, y que todas vuestras cosas sean mías? Si todas son mías, mía es vuestra gracia, míos vuestros dones, mío vuestro cielo, mío vuestro Hijo y mi Redentor, y mío sois Vos mismo, en quien están todas vuestras cosas. Con esta divina parábola que sólo ha podido ser propuesta por un Dios infinitamente bueno, anímate á corresponder á los llamamientos de la gracia. Acuérdate que el pródigo no tiene madre. A tenerla, quizá no hubiese abandonado el hogar paterno, y si lo abandonase, el amor y el recuerdo y la bondad de la madre, bien pronto le hubieran hecho volver á él. Tú tienes madre, tu madre es María que siempre ruega é intercede por ti. Vuelve, pues, á ella y ponla siempre como intercesora y medianera tuya y ella te llevará á su Hijo.

Coloquio.—¡Oh Padre mío, Dios mío y todas mis cosas! Vos sois mi regalo, mi honra y mis riquezas; y si vuestras cosas son mías, las mías también son vuestras. Con este solo favor me contento, que yo esté siempre con Vos y Vos conmigo, y que vuestras cosas sean mías, de modo que ninguna cosa quiera, sino la que de vuestra mano me viniere, contentándome con sólo servir á Vos, Padre mío celestial, á quien sea gloria y honra por todos los siglos.

Propósitos.—Excítate á confiar siempre en la bondad de un Dios tan misericordioso que siempre está dispuesto á perdonar á los pecadores verdaderamente arrepentidos,

De la misericordia de Dios con los pecadores.

Preludios.—Mira y oye á Jesús que dice en el sagrario, en la cruz, en todos los momentos de su vida: «Venid á mí todos»; y pídele te estreche cada día más y más en los brazos de su misericordia infinita.

PUNTO I

De la excelencia de la misericordia de Dios.

Considera la excelencia de la divina misericordia, comparada con su justicia, porque estos dos atributos resplandecen en todos los dones que recibimos de Dios: la justicia, en que los distribuye y reparte según la naturaleza de cada cosa ó los méritos de cada persona; la misericordia, en que con ellos nos libra de los defectos y miserias que padecemos, ó por la imperfección de nuestra naturaleza, ó por la culpa de nuestra libre voluntad; lo cual hace en dos maneras, ó atajando la miseria antes que venga, ó librándonos de ella después de haber venido; pero la justicia de Dios no castiga sino á los que no se aprovechan de su misericordia.

Supuesto esto, considera que aunque las divinas perfecciones, según que están en Dios, todas son iguales, pero en orden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y en esto se señala sobre todos los divinos atributos la misericordia, y de sus obras se precia Dios más que de las obras de justicia; y así, dijo el apóstol Santiago: "La misericordia ensalza el juicio y sube sobre la justicia„. Lo cual se puede considerar, ponderando cómo la misericordia precede, acompaña y sigue á la justicia en todas sus obras.

Lo primero, precede siempre la misericordia, porque todas las obras de justicia suponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar

Dios con justicia á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias, y les ha perdonado muchas veces y avisádoles que se enmienden y que huyan de su justicia. De aquí es que la misericordia y el perdón nacen de solo Dios, el cual, por sola su infinita bondad quiere librarnos de nuestras miserias; mas la justicia en el castigo no procede de solo Dios, sino también de nuestros pecados que le provocan á ello, porque de su inclinación, antes quisiera Dios N. S. que no hubiera ocasión de ejercitar su justicia. Y por este dijo por su profeta Ezequiel, "que no era de su voluntad la muerte del malo, sino que se convierta y viva„.

Lo segundo, también la misericordia acompaña las obras de justicia, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, según aquello de David: "¿Por ventura olvidarse ha Dios de tener misericordia, ó detendrá sus misericordias con su ira?„ Y por lo mismo dijo el profeta Habacuc: "Cuando estuvieres enojado, en medio de tu ira te acordarás de tu misericordia„, lo cual hace dando avisos á sus enemigos para que huyan de su castigo, y convidándoles con el perdón y moderando mucho la pena que merecían por su culpa.

De aquí es que la misericordia es como fin de la justicia, cuyos castigos se ordenan para que el castigado se enmiende y se haga capaz de aprovecharse de la misericordia de Dios, y si él no quiere, para que, á lo menos otros, por ocasión de su castigo, acudan á la divina misericordia, y ésta campee y resplandezca más en los buenos, comparada con la justicia que se ejecuta en los malos.

De todas estas consideraciones sacaré grandes afectos de gozo, de confianza y amor; pues aunque tenemos muy grandes motivos para temer la justicia de Dios, mayores los tenemos para esperar en su misericordia; y aunque tengo de abrazarlas ambas, porque ni la justicia sola me ponga tanto miedo, que

desmaye, ni la misericordia sola tanta confianza, que presuma, me arrimaré más á la misericordia, y en todas mis miserias y caídas puedo apelar, como dice santo Tomás, del tribunal de la justicia al de la misericordia, como de tribunal menor, á otro que en alguna manera es mayor, y acudir, como dice san Pablo, con grande confianza al trono de su gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia con ayuda para obrar en el tiempo oportuno. ¡Oh Dios eterno! Gózome de que juntamente seas *justo y misericordioso:* justo, porque amas la justicia, y tu rostro siempre mira la equidad; misericordioso, porque te compadeces de los injustos, perdonándoles sus injusticias, para que abracen la bondad. Yo, Señor, venero tu justicia y me sujeto á tu justa corrección; pero deseo que prevalezca en mí tu misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seas en mí glorificado y yo cante tus misericordias en compañía de tus escogidos, por todos los siglos.

PUNTO II

De la grandeza y extensión de la misericordia de Dios.

Considera la grandeza y extensión de la misericordia de Dios para con todas las criaturas y para todas sus miserias, la cual es infinita porque se funda en su omnipotencia, como dijo el Sabio: "Tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes." ¡Oh alma mía, gózate de que tu Dios sea tan poderoso como misericordioso, y que su omnipotencia pueda remediar cualquier miseria de quien se compadeciere su misericordia! ¡Oh misericordia omnipotente, y omnipotencia infinitamente misericordiosa, cuán bien hermanadas estáis para nuestro remedio, dando la una el querer y la otra el poder y ambas nuestra perfección! Si la misericordia estuviera sin la omnipotencia, ¿cómo pudiera darme remedio? Y si la omnipotencia estuviera sin la misericordia, ¿cómo tuviera voluntad de dármele? Por tanto, ¡oh alma mía!, mira que, como

David, una vez habla Dios, y dos son las cosas que dice, que es suya la potestad, y á El conviene la misericordia. De aquí puedo discurrir por la grandeza y muchedumbre de la misericordia de Dios, ponderando algunas cosas. Lo primero, que "la tierra está llena, como dice David, de la misericordia de Dios„, porque todas las criaturas que viven en ella están sujetas á alguna miseria, por defecto de su naturaleza, ó por malicia de su voluntad, y Dios sólo es el que puede acudir y acude á su remedio; y así, puedo mirar la redondez de la tierra como un vaso capacísimo, lleno todo de las misericordias de Dios, y todo cuanto en ella viere me puede ser motivo de alabar su misericordia. De aquí es, que su misericordia es tanta, que se extiende á las bestias y brutos; por lo cual dijo David: "Tú, Señor, salvarás á los hombres y á los animales, según que multiplicaste tu misericordia;„ como quien dice: ¡Oh Señor, cuánto has multiplicado tu misericordia, pues no solamente das vida, salud y remedio de sus necesidades á los hombres, sino también á los brutos! Gracias te doy por la misericordia que les haces sin ellos conocerla, y pues te compadeces de los hijuelos de los cuervos, dándoles comida cuando su necesidad clama por ella, mucho mejor te compadecerás de los hijos de los hombres, por cuyo bien criaste, Señor, todas las cosas.

De aquí he de de sacar una grande confianza en la misericordia de Dios, que se compadecerá de todas mis miserias, ponderando que no pueden ser tantas en número ó en gravedad que la misericordia de Dios no pueda y quiera librarme de ellas; pues aunque no tienen número las miserias, menos le tienen sus misericordias.

PUNTO III

De la misericordia de Dios para con los pecadores.

Considera, en particular, la infinita misericordia de Dios para con los pecadores. De la cual dijo el

Sabio: "Tienes misericordia de todos, porque puedes todas las cosas; disimulas los pecados de los hombres, esperándolos á penitencia, y perdonas á todos; porque Tú, Señor, que amas las almas, tienes por tuyas todas las cosas.„ De donde sacaremos las propiedades de la infinita misericordia de Dios. La primera, que se extiende á todos los hombres, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir á ninguno. Pues por esto dice: "Tienes misericordia de todos„, grandes y pequeños, nobles y pecheros, libres y esclavos, sin que esta regla universal tenga alguna excepción, para lo cual da dos razones. La primera, porque todos los pecadores son hechura de Dios y obra de su omnipotencia; con la cual se acompaña su misericordia. La segunda, porque Dios ama las almas, y del amor nace la compasión de las miserias que padece la cosa que es amada. ¡Oh alma mía, si te amilana la culpa que tú hiciste por tu voluntad, anímete á confianza la obra que Dios hizo por su omnipotencia! Si tú quieres borrar con la penitencia lo malo que tú hiciste, certísimamente reparará Dios con su misericordia lo bueno que El hizo, porque no faltará la misericordia á la obra que salió de su omnipotencia. ¡Oh Amador de las almas, pues amas la mía porque la hiciste, perdona la culpa que yo hice para que no quede en mí cosa que Tú aborrezcas; mira que la que amas está llena de miseria, muestra con ella tu preciosa misericordia!

La segunda propiedad de la infinita misericordia de Dios es, que se extiende á todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque ningún pecado puede ser tan grande, que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle, ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente más innumerables sus misericordias. Y así, de estas dos cosas juntas puedo hacer título para pedir perdón de mis pecados, diciendo á Dios con David: "Compadécete, Señor, de mí, según tu grande

misericordia, y según la muchedumbre de tus misericordias, borra luego mis maldades.„

De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores para que hagan penitencia y convidarlos con el perdón, concediéndosele cuando se le piden con gran facilidad y olvidándose de sus pecados como si no los hubieran cometido, echándolos, como dice un profeta, en el profundo del mar, donde nunca más parezcan, y apartándolos de nosotros, como dice David, "cuanto dista el Oriente del Occidente;„ porque como no es posible juntarse estos dos extremos, así la culpa que Dios una vez perdona con su misericordia, no volverá á juntarse con quien recibió perdón de ella. Y lo que echa el sello, es que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar, sino que después de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos y mucho mayores, y lo mismo hace tercera vez. "Y no solamente siete veces, sino setenta veces siete„, que es decir, sinnúmero; y todo esto hace la divina misericordia, no para que tomemos ocasión de ofenderla más libremente, sino para provocarnos, como dice san Pablo á penitencia de la culpa, si cayéremos en ella, no desesperando de alcanzar perdón todas las veces que lo pidiéremos de corazón.

Coloquio. — ¡Oh Dios misericordiosísimo!, ¿qué gracias y alabanzas te podremos dar por tu infinita misericordia! "Menor soy que todas tus misericordias„. ¿cómo te podré dar debidas gracias por ellas? Ellas mismas te alaben y bendigan para siempre, y así con David repetiré muy á menudo aquel dulce cántico: "Alaben al Señor sus misericordias y las maravillas que hace con los hijos de los hombres.„ Te alabo, Señor, por tu misericordia, pues gracias á ella no estoy ya hace mucho tiempo en el infierno. Alábente, Señor, todas las criaturas, y confiesen todas que tu misericordia está muy por encima de todas tus obras.

Propósitos.—No desconfiar jamás de la misericordia del Señor, que es la mayor ofensa que puedes hacer á su corazón de Padre.

26 DE AGOSTO

De la misericordia de Dios con los justos

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la infinita misericordia de Dios con los justos.

Considera la infinita misericordia de Dios para con los justos que le aman y sirven, y con los que tiene escogidos, para que sean, como dice san Pablo, "vasos de misericordia„; esto es, instrumentos para descubrir el abismo de sus misericordias, y todas las excelencias que tiene esta perfección de que tanto se precia.

Lo primero, la misericordia con sus escogidos es eterna, sin principio y sin fin; desde que Dios es Dios tuvo misericordia de ellos, y mientras fuere Dios durará esta misericordia, por lo cual dijo David: "La misericordia del Señor con los que le temen, es desde la eternidad por toda la eternidad.„ Porque desde su eternidad los predestinó Dios y se determinó librarlos de todas sus miserias, y muy especialmente de la suprema miseria, que es la eterna condenación, dándoles la suprema dicha, que es la bienaventuranza eterna; y cuanto es de su parte, su misericordia tuvo el mismo deseo para todos los hombres. De suerte que, antes que yo fuese, tuvo Dios misericordia de mí, y viendo las miserias en que había de caer, se determinó á librarme de ellas, si yo quisiese obedecerle con ánimo de perseverar en esta misericordia para siempre. De donde sacaré un afecto encendidísimo de alabar y glorificar á Dios por esta su eterna misericordia. ¡Oh alma mía, alaba,

glorifica y bendice á tu Dios, porque es sumamente bueno y porque no tuvo principio ni tendrá fin su misericordia! Gózate con suma alegría, porque Dios es bueno, y porque su misericordia con los que le siguen será eterna. ¡Oh Dios eterno, por toda la eternidad guardaré tus mandamientos, pues tu misericordia es para mí eterna por todos los siglos!

Lo segundo, la misericordia de Dios, desde que el escogido comienza á ser, le va previniendo, acompañando y siguiendo hasta la muerte. La misericordia de Dios que le predestinó en su eternidad, le va después llamando para justificarle, y le justificará para engrandecerle y glorificarle; y así, dijo por Jeremías: "Con caridad perpetua te amé, y por esto te atraje á mí teniendo misericordia de ti„. "Bendice, ¡oh alma mía!, al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí glorifiquen su santo nombre, porque El perdona tus pecados y cura tus enfermedades, libra de la perdición tu vida y te corona con misericordia y misericordias.„

De aquí es lo tercero, que la misericordia de Dios es altísima con los escogidos, levantándolos á los más altos bienes que Dios tiene, que son los de la gloria. Y por esto, con mucha razón dice David que la misericordia de Dios es grande en el cielo y sobre los cielos, porque allí se despliega con los escogidos; y aun en esta vida es también altísima, porque acá los engrandece con soberanos bienes de su gracia y protección. ¡Oh Dios mío y gloria mía! ¿Qué diré de tu misericordia? ¿Cómo te alabaré por ella, y cómo podré ser vaso é instrumento de ella? Tu misericordia se compadeció de mí antes que fuese; ella me crió para que fuese; ella me previene para que haga el bien, y me acompaña cuando lo hago, y me va siguiendo hasta que acabe de hacerlo; ella me cerca de bendiciones y me corona de grandes victorias, y me da grande confianza de alcanzar las eternas. ¡Oh Dios mío, misericordia mía! Tú eres la misma misericor-

dia, y la misericordia es tuya, porque de tu naturaleza tienes ser misericordioso; pero también es mía, porque la misericordia no es para Ti, que careces de miserias, sino para mí, que estoy lleno de ellas, y Tú sólo puedes remediarlas. ¡Oh misericordia mía, júntame contigo en tu eterna gloria, donde siempre seas mía, gozando de tu bienaventuranza, libre de toda miseria por todos los siglos!

PUNTO II

De los modos cómo Dios manifiesta su misericordia con los justos.

Considera los modos cómo Dios demuestra su misericordia con los justos y escogidos suyos, previniéndolos desde su niñez con infinitas gracias para que no caigan en pecados, siguiéndolos y acompañándolos esta gracia toda la vida con infinitos favores, y últimamente dándoles el sello de sus misericordias con la corona de la gloria. Pon los ojos en san Juan Bautista y en Jeremías, á los cuales escogió desde el vientre de su madre, y contempla las misericordias que Dios usó con ellos desde aquella hora hasta la última de su vida, y en especial contempla las que Dios hizo á la Beatísima Virgen desde el instante de su Concepción hasta su gloriosa Asunción á los cielos, y hallarás que no hubo instante ni momento en que Dios no estuviese esmerándose en enriquecer aquella alma con las riquezas de sus misericordias. Gózate de tener un Dios tan misericordioso y liberal; cobra aliento en su piedad; esfuérzate con su omnipotencia, y pídele que use contigo de las misericordias que usa con sus escogidos, y que no te deje vacío, pues llena su misericordia todo lo criado.

De otro modo manifiesta el Señor su infinita misericordia con los hombres, descubriéndola con un modo, el mayor que era posible, en el cual se encierran infinitos modos de misericordia. Porque primeramen-

te, la misericordia en nosotros tiene dos actos: uno es entristecerse del mal de su prójimo; el otro es librarle de aquel mal; y como Dios, en cuanto Dios, no fuese capaz del primer acto, porque no cabe en El tristeza, quiso su infinita misericordia que no le faltase este acto, del modo que era posible, haciéndose hombre verdadero, de tal manera, que pudiese entristecerse de nuestras miserias y tener verdadera compasión y tristeza de ellas como si fueran propias; asemejándose, como dice san Pablo, á sus hermanos en todas las cosas, "para que se hiciese misericordioso„ con un nuevo modo, tomando la compasión y tristeza que antes no tenía; de lo cual son testigos las lágrimas que derramaba viendo nuestras miserias, con deseo de librarnos de ellas. Gracias te doy, oh misericordioso Dios, por este nuevo modo que has tomado de ser misericordioso con el hombre. ¡Oh alegría infinita!, ¿para qué te quieres hacer capaz de tristeza, pues puedes bastantemente remediar mi miseria, sin tener tristeza de ella? Alabada sea tu misericordia por estas invenciones que de ella han procedido, por la cual te suplico me ayudes á imitarla en esta vida, para que sea digno de alcanzarla en la otra.

PUNTO III

De otros modos con que manifiesta el Señor su misericordia con los justos.

Considera cómo el Dios de las misericordias, no contento con haber tomado esta tristeza y compasión interior, tomó también todas nuestras miserias y penalidades, hasta la misma muerte, excepto la culpa, para que con esta experiencia aprendiese con nuevo modo á tener misericordia; por lo cual dijo san Pablo: "No tenemos pontífice que no se pueda compadecer de nuestras enfermedades, porque fué tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, sin pecado„. ¡Oh pontífice misericordiosísimo, aunque no

tuviste experiencia de las miserias que son culpas, tuvístela de las penas que se merecen por ellas, y pues las padeciste por librarme de una y otras, líbrame de las culpas para que no caiga en las penas eternas! Y aun no paró aquí la infinita misericordia de Dios, porque inventó otro nuevo modo de ejercitar las obras de misericordia con nosotros, en el santísimo Sacramento del altar, haciéndose comida para los hambrientos, bebida para los sedientos, medicina para los enfermos, sacrificio para perdonar los pecados, remediador y remedio de todas nuestras necesidades. Y así, no sin misterio atribuye David esta obra á la misericordia de Dios, diciendo: "Un memorial ha hecho de todas sus maravillas el Señor misericordioso, y que hace misericordias, dándose por manjar á los que le temen„.

De todas estas consideraciones sacaré cuán innumerables son las misericordias de Dios y cuán inmensas, pues en cada cosa de estas hay tantas que no se pueden comprender; pero de todas he de sacar grandes deseos de imitarlas en bien de mis prójimos, pues Cristo N. S. dijo: "Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial, el cual es benigno aun con los ingratos y malos, y á todos concede altísimos y soberanos bienes para librarlos del abismo de sus males„.

Coloquio.— ¡Oh Dios misericordiosísimo, ahora puedo con nuevo título llamarte misericordia mía, pues no solamente eres misericordioso, remediando mi necesidad, sino eres el mismo remedio de ella y la misma misericordia con que se remedia! Alábente, Señor, tus misericordias y las maravillas que has hecho con los hijos de los hombres, porque hartaste al alma vacía y llenaste de bienes á la hambrienta. ¡Oh Dios mío y bien mío! Tu misericordia me amó desde toda la eternidad, me previene para que no caiga, me levanta después de caído y jamás se cansa de mis miserias. Pon el sello, Señor, á esa misericordia tuya contándome en el número de tus escogi-

dos, para que merezca yo cantar tus misericordias por toda la eternidad.

Propósitos.—Ser generoso con un Dios tan generoso y liberal para contigo, y no negarle ningún sacrificio que te pida.

27 DE AGOSTO

Parábola del Padre de familias y los obreros.

Preludios.—Imagínate la Iglesia de Cristo como una viña ó campo en que trabajan muchos obreros, y que tú eres uno de ellos; y pide al Señor que te dé su gracia para que seas de los buenos trabajadores y merezcas el galardón que dará á los suyos el Padre de familias, que es Dios.

PUNTO I

De la viña del Padre de familias.

Considera que el Padre de familias, de quien trata esta parábola, es Dios N. S., el cual tiene dos familias: una en el cielo, de espíritus bienaventurados, y otra en la tierra, de hombres; y cuida tan por menudo de cada una, como si la familia fuese muy pequeña. La viña es la congregación de los fieles, y más particularmente de los justos, que son los sarmientos más escogidos de ella y los que producen frutos de bendición y el vino del amor celestial. Los obreros, finalmente, son los hombres á quienes pertenece labrar sus almas, cavándolas y podándolas con la azada y podadera de la mortificación y penitencia, procurando que lleven buen fruto y copioso, no de agrazones, sino de uvas maduras, esto es, de obras agradables á Dios.

Para esto los llama el mismo Dios; porque sin su llamamiento ninguno puede entrar en esta viña, ni trabajar en ella, y los llama interiormente con sus inspiraciones é ilustraciones, tomando por instrumentos á los predicadores ú otros medios exteriores, y otras veces por sí solo, enviándoles de repente su

luz y fuerte inspiración. Y para llamarlos sale á la mañana, porque su deseo es que todos los hombres, desde que les amanece la luz de la razón, sean buenos obreros y no estén ociosos, y así á todos convida con la gracia y vocación suficiente, aunque no todos le obedecen, ni quieren venir; pero es tan grande su misericordia, que no cesa de llamarlos en todas las edades de la vida una y muchas veces; unos reciben la vocación eficaz, y se convierten desde la niñez; otros en la mocedad; otros al medio de la vida; otros en la vejez; otros poco antes de la muerte.

Considérese que á unos llama con promesas y pactos, y se convierten como jornaleros, por el interés y esperanza del galardón; á otros con reprensiones interiores, afeándoles su mala vida y ofreciéndoles que les dará lo que fuere justo; á otros sólo con imperio, mandándoles ir á trabajar por el amor de la virtud y del trabajo virtuoso.

De todas estas consideraciones, tengo de sacar afectos de agradecimiento y alabanza de este Padre de familias por el cuidado que tiene de llamarnos, y afectos de dolor y pena por ver los muchos que resisten á su llamamiento, y por las veces que he resistido, deseando ahora obedecerle muy de veras. ¡Oh Padre de familias, tan cuidadoso de tu viña y de llamar obreros para ella! Tú, Señor, en la ley natural y en la escrita, saliste muchas veces á llamarlos, y escogiste gran muchedumbre de patriarcas y profetas, y otros justos, queridos tuyos, y después viniste al mundo por la encarnación, haciéndote hombre, y con tu predicación llamaste y escogiste muchos Apóstoles y discípulos, y por medio de éstos á otros innumerables discípulos, y nunca cesas de salir cada día á llamar obreros. Sal, Señor, por esa gentilidad, y llama con eficacia á los infieles para que reciban tu fe. Sal por medio de tu Iglesia, y llama eficazmente á los pecadores para que se conviertan á Ti. Sal por ese mundo, y llama á muchos justos, para que te sigan

con perfección; y no te olvides de salir muy á menudo para llamarme con eficacia al ejercicio de todas las virtudes, para que mi alma, bien cultivada y labrada, lleve los frutos copiosos que Tú deseas.

PUNTO II

De la recompensa de los obreros.

Considera que el Padre eterno, ha encomendado á Jesucristo N. S., en cuanto hombre, el juicio de los obreros, y el llamamiento para recibir su jornal, y esto se hace al fin de la vida de cada uno, la cual se cuenta como un día, porque toda ella no es más larga que un día, respecto de la eternidad.

Todos los obreros han de recibir su premio, los que comienzan temprano y los que vienen tarde, y ninguna hora de trabajo se pasará sin galardón, y, por consiguiente, cuanto las obras fuesen más y mejores, más y mejor será el premio.

Pero para el salario de este trabajo, no se mira tanto el tiempo que dura cuanto al fervor, diligencia y amor con que se toma. De donde procede que los últimos obreros, en una hora sola, merecieron tanto como los que trabajaron todo el día; porque más estima Dios una hora de trabajo fervoroso que doce de trabajo tibio; y así, además del premio esencial, da á los postreros otro accidental de honra, que es lo que llama el Evangelio empezar la paga por ellos.

Los obreros que habían trabajado todo el día murmuraron del Padre de familias, por haber dado á los últimos el mismo jornal que á ellos; pero Jesús les respondió que nada les debía, y que de su hacienda podía hacer lo que quisiera; en cuyas palabras ponderó lo muchísimo que ha de dar á los que en poco tiempo trabajan mucho con gran perfección, y pintó también las propiedades de los que en esta vida le sirven muchos años, pero con tibieza, con-

trarias á las de los otros que sirven menos, pero con fervor.

Estas propiedades son: la primera, que presumen de sus obras y servicios, por su antigüedad, y así piensan que han de recibir gran premio; los segundos, ni presumen de sí, ni se tienen por dignos de premio. La segunda propiedad es que llevan el peso del día y del estío, porque la tibieza es causa de que sientan mucho los trabajos de la virtud, aunque sean pequeños; y al contrario, el fervor es causa de que no se sientan, aunque sean grandes; y así los tibios penan mucho y medran poco, y los fervorosos penan poco y medran mucho. La tercera, que los tibios son jornaleros interesados, buscando en todo su propio interés, y así andan llenos de quejas y murmuraciones secretas contra Dios, que no los regala ni favorece, y contra los hombres, que no les honran ni ayudan. Los otros sirven á Dios sin interés, por sólo amor, y así no hallan de qué quejarse, y, con humildad, cualquier favor que Dios les hace le estiman en mucho, y se tienen por indignos de él. La cuarta, que los tibios son envidiosos, y se carcomen por la merced que Dios hace á los fervorosos, quieren hundirlos y despreciarlos, notándolos de nuevos en la virtud, y de que vinieron tarde á trabajar en su Iglesia; pero los fervorosos trabajan y callan, deseando que Dios haga bien á todos.

¡Oh Padre celestial, que tanto favoreces á los obreros diligentes y cuidadosos en tu servicio, destierra de mi corazón la tibieza y flojedad; ayúdame para que te sirva con fervor, y para que me goce de que otros muchos te sirvan de esta manera; no permitas que yo sea tan malo, que mi ojo sea envidioso, porque Tú eres bueno! Gózome de que seas tan bueno, que hagas bien á todos; y alégrome del bien que haces á otros más que á mí, porque sé que en todo eres bueno, justo y santo.

PUNTO III

Del corto número de los predestinados.

Considera cómo nuestro Señor, después de haber reprendido á los obreros envidiosos, pronunció aquellas dos admirabilísimas sentencias: "los postreros serán los primeros; muchos son los llamados, pero pocos los escogidos„, en las que se ha de ver lo primero, que muchos que son tenidos en esta vida por los más aventajados, el día del juicio y de la cuenta serán tenidos por los últimos; porque en los juicios de Dios fueron tibios, interesados y muy imperfectos en lo interior. Y al contrario, algunos que en esta vida parecían postreros, por haber sido grandes pecadores, ó haber servido á Dios poco tiempo, ó por ocultarse con humildad y paciencia, y emplearse en obras muy bajas, serán después los primeros, porque en los ojos de Dios fueron muy humildes, fervientes y puros; así como también sucederá que algunos de los que acá parecían justos, serán condenados como pecadores, y otros que parecían pecadores, serán engrandecidos como justos. De lo cual tengo de sacar aviso para mirar cómo vivo y desear ser el primero, no en los ojos de los hombres y en los puestos del mundo, sino en los de Dios que lo ve todo y me ha de juzgar, no haciendo caso del lugar alto ó bajo que tuviese en la opinión del mundo. Y juntamente tengo de sacar afecto de temor, temblando de los juicios de Dios y de la suerte que me ha de caber, porque puede ser que hoy sea el primero y mañana, por mi culpa, sea el postrero.

Considera en segundo lugar, que así como entre los hombres del mundo, llamados á Dios para que reciban su fe y su gracia, son muchísimos los pecadores que resisten á este llamamiento, y pocos los justos que consienten, y quedan escogidos para el cielo, así tambi[illegible] justos, llamados para

vida perfecta, muchos resisten á este llamamiento, y viven con tibieza, contentándose con medianías, y pocos son los escogidos y perfectos, porque siempre lo precioso es raro.

Y como son tantos los que se niegan á seguir la ley santa de Dios, tantos los pecadores endurecidos en el pecado, tantísimos los que aun entre los fieles se pasan la vida sólo ofendiendo á Dios, siempre en pecado mortal, de ahí que todo eso, y el olvido de la eternidad y de las cosas del alma que reina en el mundo, todo ello haga muy verdadera la terrible sentencia, de que son pocos los escogidos ó predestinados.

Coloquio.—¡Oh Dios infinito, que convidas á todos para que sigan la perfección! Suplico á tu divina Majestad que aumentes el número de los escogidos, para que haya muchos perfectos, como tú eres perfecto. Haz, Señor, que sea yo uno de éstos, respondiendo á mi vocación, para que en mí y por mí seas glorificado por todos los siglos. ¡Oh Redentor mío! Dame el espíritu de oración y penitencia con que sujete mi carne, dome mis pasiones, y eche de mí el espíritu de soberbia y vanidad, para que, subiendo contigo al monte de la mirra y al collado del incienso, juntando ayuno y oración, merezca subir contigo al monte Tabor de tu gloria.

Propósitos.—Por el fervor, la mortificación y todo género de buenas obras, haz segura tu predestinación.

28 DE AGOSTO

Festividad de san Agustín.

Preludios.—Contempla al santo y maravilloso Doctor que estando en lucha horrible consigo mismo y sus pasiones, oye una voz que le dice: «Toma y lee». Míralo devorar aquel libro y rendirse á la gracia de Dios, el cual por la lectura se la comunicaba. Pide al Señor corresponder como Agustín á las inspiraciones del cielo.

PUNTO I

San Agustín llamado y combatido por la gracia.

Considera que san Agustín es una de las más nobles conquistas de Jesucristo, y uno de los más gloriosos trofeos de su gracia. Es un ilustre prisionero, que la gracia hizo servir á la gloria de su triunfo: mas después de largos y furiosos combates. La gracia le encontró en tres estados: en el de pecador, en el de penitente y en el de doctor. Le combate en el primero, le vence en el segundo, y en el tercero logra de Agustín un completo triunfo.

Recuerda que hay grande diferencia entre el estado de la inocencia en que estaba Adán y en el del pecado en que al presente estamos nosotros. En el estado de la inocencia, la gracia reinaba sin contradicción alguna; mas en el estado del pecado no reina sino combatiendo; en el estado de la inocencia todo obedecía á la gracia, pero en el estado del pecado todo resiste á la gracia. Así es, que la gracia de la reparación podemos llamarla gracia de lucha, que combate y es combatida; que vence y es vencida; que triunfa de la naturaleza, y á las veces queda por trofeo de la misma. ¿En ti qué hace esta gracia? ¿Combate? ¿Vence? ¿Triunfa de sus enemigos? Pero ¡ah! no la conquista del todo: son inútiles todos sus asaltos; es siempre rechazada, y en muchos años no ha abierto brecha alguna en tu corazón.

Considera que san Agustín fué vencido de la gracia, mas sólo después de largos y espantosos combates. Dos poderosos enemigos por mucho tiempo le hicieron guerra, el error y el placer; la herejía infestaba su entendimiento, y el placer su corazón; la una y el otro hacían su conversión muy difícil. El error, porque sin la fe es imposible agradar á Dios, y sin la gracia es imposible tener fe. Dios, pues, niega la gracia á los soberbios, y la concede á los hu-

mildes: y como todas las herejías nacen de la soberbia, y sus partidarios se obstinan en no renunciar su propio juicio, ni someter su entendimiento á la autoridad de la Iglesia; por esto cierran la entrada á la divina gracia, y se hace tan difícil su conversión. Añádese á esto que pecan sin ignorancia con pecado de malicia, la cual se opone al Espíritu Santo, y llega á hacerse irremisible, resistiendo al principio de la gracia, que es la bondad de Dios.

En este estado encontró la gracia á san Agustín cuando le hizo su prisionero. Era un prodigio de ingenio, enseñaba á todos, y de nadie aprendía. Era maestro de todos, sin haber sido jamás discípulo sino de sí mismo. Era vano y curioso, y esto le hizo hereje: porque como él mismo confiesa, dos cosas le atrajeron al partido de los maniqueos; su aparente piedad, que á todos llamaba la atención, y la promesa que hacían á sus sectarios de descubrirles la verdad, sin imponer yugo alguno al entendimiento. Y así por otro camino quedaba el entendimiento de san Agustín esclavo del error, idólatra de la mentira, enamorado de la novedad, enemigo de la fe, de la sumisión y de la obediencia; ¡qué hermoso campo tenía la gracia para combatir! Mas luego era rechazada por la infidelidad de Agustín que decía como santo Tomás: "Si yo no veo, no creeré„. ¿Y no es esto mismo lo que impide también tu total conversión? ¿No eres curioso, vano y soberbio? ¿No pides también el ver cuando sólo debes creer? ¿No eres del número de aquellos que hacen profesión de no renunciar jamás su propio juicio? Pues ciertamente que si así prosigues, no serás jamás fiel, ni te convertirás de veras

El otro impedimento para la conversión de san Agustín fué el amor deshonesto, que es el fruto ordinario de la herejía: porque como dice san Gregorio, Dios castiga á los soberbios con la mayor ignominia; que es el pecado de la sensualidad, y cubre con pieles de animales á aquellos que quieren comer

el fruto de la ciencia que les está vedado. San Agustín reconoció esta verdad por una triste experiencia, que después de su conversión le hacía exclamar. "Dios mío, ¡qué oculta y admirable es vuestra conducta! Vos estáis en silencio en lo más alto del cielo, y con un orden constante é invariable dejáis crecer las tinieblas, y la ceguedad sobre las pasiones desordenadas de los hombres„. Este fué el segundo enemigo que hizo más resistencia á la gracia, y más difícil la conversión de san Agustín; porque la gracia no puede entrar en un alma, sino por el entendimiento ó por el corazón; por el entendimiento, haciéndole conocer su pésimo estado; por el corazón, inspirándole horror al pecado.

Mas el amor sensual cierra estas dos puertas á la gracia, obcecando el entendimiento y pervirtiendo la voluntad, principalmente cuando ha envejecido en el vicio y pasado este á ser segunda naturaleza, y á fuerza de pecar se ha hecho una especie de necesidad. A este estado se veía reducido san Agustín; se había dado á los placeres de los sentidos desde su juventud, y había contraído tan malvados hábitos, que no creía poderse librar de ellos. ¡Oh, y cuántas veces la gracia le estimuló á dejarlos! Mas ella nada ganaba sobre un entendimiento pervertido por la herejía, y sobre un corazón esclavo de sus vergonzosos deleites. Guárdate, alma cristiana, de abandonarte á semejantes pasiones, pues perderás bien presto la esperanza y la fe, y harás tu conversión moralmente imposible; no te convertirás si Dios no hace una especie de milagro, como lo hizo con san Agustín.

PUNTO II

La gracia rinde el corazón de san Agustín.

Considera que la gracia expugna y rinde á los pecadores de tres maneras: por razón, por amor y por fuerza; reduce á los sabios por razón; gana á los sensuales por amor, y combate y vence por fuerza á los

obstinados; pues aunque de ordinario se insinúa en el corazón con dulzura y con amor, no obstante entra alguna vez, como con mano armada, y sin ofender la libertad del hombre, triunfa gloriosamente de su voluntad. San Agustín no era de un natural duro, tenía el entendimiento firme, mas su corazón era en extremo tierno y sensible. Así es que la gracia combatió á ambos de una manera bien diferente; gana su entendimiento por la fuerza de la verdad, y su corazón por el amor.

San Agustín tenía un entendimiento prodigioso, una mente muy vasta y capaz, una penetración viva y un discernimiento justo y prudente; había adquirido el cetro de las bellas letras entre los mejores ingenios. Se podía ignorar sin rubor lo que no sabía Agustín. No obstante, la gracia le vence, y le hace someterse al yugo de la fe de esta manera. Le hizo conocer que era necesario creer alguna cosa, y que era imposible aprender las ciencias humanas, y mucho menos las divinas, sin someter su propio juicio á la fe. Examina en seguida todas las religiones, y halla que sola la católica era la verdadera. Y lo que le obligó á abrazarla, dice, fué la grandeza de sus milagros, la pureza de su doctrina, el consentimiento de todas las naciones, la propagación maravillosa de su evangelio, la sucesión de los sumos Pontífices desde san Pedro hasta el de su tiempo, la antigüedad de su origen y el nombre de católica, que siempre ha conservado á despecho de la envidia y de la oposición de los herejes. Con esto se hizo tan humilde, tan dócil y tan obediente, que así como no hubo jamás quien le aventajase en saber, puede también decirse que no hubo quien le superase en humildad y en obediencia. Combatía todos los herejes con razones incontrastables, mas no oponía casi á todas sus objeciones otro escudo que el de la fe: "Yo soy fiel, decía, creo lo que no veo." Armate también como san Agus-

de este escudo en todas las tentaciones contra la fe,

Si la gracia trabajó tanto para domar este espíritu, mucho más trabajó todavía para ganar su corazón. Se sirvió para combatirle de dos estratagemas: sembró amarguras en todos sus placeres, y perturbó su reposo, cuando le buscaba en el goce de las criaturas; porque amaba la paz, y Dios le hacía guerra para impedirle la encontrase en ninguna parte. Como no había verdad alguna que pudiese llenar la vasta esfera de su entendimiento, tampoco había algún bien criado que pudiese henchir la ilimitada capacidad de su corazón. Y esto fué lo que le hizo comenzar á separarse del amor de las criaturas, en las que no encontraba sino placeres falsos y aflicciones verdaderas. "¡Oh Dios mío, exclamaba, cuán misericordiosamente habéis sido severo conmigo! ¡Habéis trastornado todos mis designios, y os habéis opuesto á todos mis deseos; cuando yo pensaba sumergirme en los placeres, me encontraba rodeado de los mayores dolores, y sembrabais espinas donde yo quería reposar! ¡Oh, cuán amorosamente me habéis perseguido! ¡Oh, qué guerra tan dulcemente cruel me habéis hecho!„

La otra estratagema de la gracia fué el combatir por amor su corazón, y así, para ganarle, le hizo gustar dulzuras y placeres tan puros y agradables, que no podía comprender cómo había podido amar tan largo tiempo las criaturas, las cuales no habían hecho otra cosa que atormentarle y distraerle de amar á Dios para quien su corazón había sido criado. "¡Qué tarde os he amado, decía llorando, qué tarde os he amado!„ ¡Oh hermosura, siempre antigua y siempre nueva! Os he amado muy tarde. ¡Dios mío, y todas mis cosas!„ Como el amor hizo pecador á san Agustín, también el amor le hizo santo. La gracia no hizo otra cosa que cambiar su corazón y mudarle de objeto; y desde entonces amó á Dios con tanto ardor, como antes había amado á las criaturas. Hermosísimo corazón el de san Agustín, nacido para

amar lo noble y lo divino. Lo mismo es el tuyo; enamórate de las cosas altas y sobrenaturales y hallarás la paz que, como san Agustín, no encuentras en los amores del mundo.

PUNTO III

La gracia triunfa del corazón de san Agustín.

Considera que de ese modo la gracia triunfó del corazón de san Agustín. ¿Cuándo triunfará del tuyo? ¿Cuánto tiempo hace que te asalta con el placer y con el dolor? ¿Cuándo has hallado jamás un verdadero deleite en las criaturas? ¿En qué lugar del mundo no has encontrado espinas y aflicciones? ¿No es verdad que desde que estás en el mundo no has tenido reposo? ¿De dónde procede que nada te sale bien, y que cuando quieres una cosa, todo se opone á tus deseos? Dios es el que te hace la guerra, el que desconcierta tus designios, el que se opone á tu voluntad, el que mueve todas las criaturas, y hace te desprecien cuando quieres buscarlas. ¡Oh, si supieses cuán dulce es el Señor! ¡Oh, si hubieses gustado las dulzuras que gozan las almas santas en el servicio de Dios! ¿Por qué lo difieres tanto? ¡Comienza hoy á amar á Dios; rompe esas cadenas que te hacen esclavo del demonio! Lee buenos libros como san Agustín: llora y medita: gusta y prueba cuán dulce es el Señor.

Pondera cómo luego que la gracia triunfó de san Agustín, le hizo también servir para sus triunfos, mostrándole á todo el mundo como un prodigio de santidad. Le opuso á todos los herejes que combatían la Iglesia y la gracia de Jesucristo. Había dos suertes de herejes en aquel tiempo. Unos negaban la gracia para conservar la libertad; otros negaban la libertad para conservar la gracia. Los primeros decían que todo lo hacía la gracia, y los segundos que la gracia no hacía nada. San Agustín combatió á estos dos enemigos de la gracia, probando dos cosas que

la Iglesia nos obliga á creer: la una, que sin la gracia no podemos tener un buen pensamiento, ni formar un buen deseo, ni practicar una buena acción. La otra, que la gracia no nos impone necesidad alguna, sino que nos deja en una entera libertad para darle ó negarle nuestro consentimiento.

¿Quieres ser del partido de san Agustín, ó sectario de los enemigos que ha combatido? ¿Quieres declararte por la gracia, ó contra la gracia? ¿Mas cuánto tiempo le haces guerra, y en vez de hacerla triunfar de tus vicios la haces esclava de tus pasiones? ¿Podrás decir acaso que te falta la gracia? La fe te condenará de herejía y tu corazón te acusará de mentira. ¿Cuándo, pues, te rendirás? ¿Has de estar siempre resuelto á hacer frente á Dios y á resistirle? ¿Quién ha estado jamás en paz haciéndole la guerra? ¿No temes, pues, que se canse de tus insolencias y que te abandone su gracia para vengarse del desprecio que haces de ella? Cesa una vez de resistirle: ríndete á Dios, que no quiere violentar tu voluntad. Haz que triunfe su gracia de tu entendimiento por la fe: de tu corazón por la caridad: de tus pasiones por el temor: de tu cuerpo por la pureza, y por la mortificación de tus sentidos.

Coloquio.—Oh, Señor, autor de mi libre albedrío y de la gracia que me salva y santifica. No quiero ser más rebelde á tus divinas inspiraciones. Triunfa dentro de mí por tu gracia; Señor; triunfe tu amor de los placeres de la tierra; triunfe tu cruz de las pasiones de mi corazón; triunfe la paz de la guerra que me hacen mis apetitos, para que en todo se vea que nuestro corazón, hecho para Ti, sólo halla descanso cuando reposa en Ti.

Propósitos.—Mira en san Agustín lo que importa corresponder á la gracia. ¡Qué sería de él si se hubiese hecho sordo á sus inspiraciones! Propón tú en esto imitar al santo Doctor.

29 DE AGOSTO

Sobre la dificultad de salvarse.

Preludios.—Mira al mundo como una inmensa lonja, donde todos los hombres se afanan por cualquier asunto de la vida en que esperan ganar algo que les sea provechoso; piensa que la salvación eterna es lo único que de veras y absolutamente nos importa, y pídele á Dios su gracia para dar á este negocio supremo la importancia debida.

PUNTO 1

De lo que nos importa el asunto de la salvación.

Considera que el cuidado de nuestra salvación es el principal, por no decir el único que debemos tener en esta vida; porque en primer lugar todo el provecho que ha de reportarnos, será para nosotros. En los otros negocios que llamamos mundanos, no está seguro el que trabaja de que el fruto sea para él: el labrador siembra y riega, y no sabe si cogerá la cosecha; el que amontona riquezas, rara vez las disfruta, y aun suele ocurrir, que la ley de la herencia las lleve á los que el que las ganó, aborreció más en vida. "Uno siembra y otro coge„, dijo el Salvador. Pero en la salvación no sucede así. "Si vosotros sembráis, enseña san Pablo, vosotros recogeréis, y la cosecha será proporcionada siempre á la semilla que hubierais puesto. Si sembráis en el alma, recogeréis del Espíritu la vida eterna.„ Esto es, si oras, si ayunas, si das limosna, si mortificas tus sentidos, si crucificas tu carne, toda la utilidad será para ti; en esta vida da Dios ciento por uno, en la otra, da cientos de millares.

En segundo lugar, si el cuidado de nuestra salvación, es nuestro gran negocio, el único negocio real y verdaderamente importante, el único necesario, si todo el provecho ha de ser para nosotros, ¿cómo es que nos descuidamos tanto en él? ¿cómo es que hasta llegamos á olvidarle ó á no hacerle caso? "Quien no

es bueno para sí, dijo el Sabio, ¿para quién será bueno?„ Nosotros que velamos tanto por nuestros más mezquinos intereses, ¿cómo no preferimos este interés supremo? ¿cómo aquí no obra nuestro amor propio tan activamente como en otros muchos asuntos, que son infinitamente menos importantes? Esta indiferencia, no es por cierto hija de la tranquilidad del espíritu, de la paz del alma; es un sueño de espantosa enfermedad, es un letargo de consecuencias horribles. ¿Esperamos á la hora de la muerte para despertar de él? Persuádete, pues, de que el negocio de tu salvación es lo único que te debe preocupar de veras, el único que te importa. No es necesario que seas rico ó pobre, feliz ó desgraciado, sabio ó ignorante, pero te es absolutamente necesario salvarte, pues si te salvas lo tienes todo y si no, todo lo pierdes.

Pide al Señor arraigue esta idea en tu alma, pues ella sola bastará para que te hagas un santo, pues los santos lo fueron, porque llegaron á penetrarse de la importancia suprema del negocio de la salvación.

PUNTO II

La salvación es muy difícil.

Considera que la salvación es realmente asunto muy difícil, y él que no puede engañarse, ni engañarnos, Jesucristo, S. N., lo ha dicho así y bien claramente. Compara Cristo, en efecto, el reino de los cielos á la viña que hay que cultivar con sumo esmero, si se quiere que fructifique; al campo en que es preciso trabajar con tanto afán, que ni cabe volver atrás la vista; al tesoro escondido que no se halla, sin cavar profundamente; al negocio en que no se debe omitir ninguna diligencia para aumentar los talentos; á la piedra preciosa que hay que comprar á costa de todos los bienes; y hablando de las vías que conducen á la bienaventuranza, las compara con el camino arduo y estrecho, por donde pocos tienen ánimo de ca-

minar, y con la puerta igualmente estrecha, por donde es muy difícil la entrada.

Y en verdad, ¡cuántos obstáculos se oponen á nuestra salvación! Obstáculos de parte de los apetitos que es preciso domar; de las pasiones violentas que es menester combatir; de los sentidos desarreglados que hay que mortificar; de costumbres viciosas que es necesario arrancar; de muchedumbre de seres y objetos agradables, pero funestos, de los que es indispensable huir; de millares de ocasiones peligrosas que hay que evitar; de lazos y afectos que es forzoso valerosamente romper. ¡Qué fuerza se necesita para sobreponerse á tantos obstáculos! Y ¡qué valor para luchar á brazo partido con los poderosos enemigos que nos salen al paso, y nos disputan palmo á palmo la entrada en el reino de los cielos! La carne, que es un enemigo doméstico y muy astuto, tanto más temible cuanto le tememos menos, y tanto más peligroso cuanto más le regalamos; el mundo que nos embelesa con sus pompas, nos atonta con sus máximas, nos arrebata con sus aplausos, nos llama con sus promesas y nos pervierte con sus malos ejemplos; el demonio, enemigo poderoso, astuto, embustero, vigilante y cruel que se aplica enteramente á nuestra perdición. Estos tres enemigos nos acechan de continuo, nos arman celadas á cada paso, nos atosigan, nos seducen, y es realmente maravilloso que no den con nosotros en tierra.

Por todo esto la Sagrada Escritura enseña que el cielo se gana con violencia, que es preciso un gran esfuerzo para entrar en él, y que es menester estar siempre peleando y en vela. Que la gloria eterna es una corona, pero que no se logra, sino después de largos y terribles combates.

Se nos pide para ganar esta victoria que violentemos de continuo á nuestras pasiones, y nosotros, lejos de hacerlo así, seguimos siempre el impulso que nos dan ellas; se nos piden grandes esfuerzos, y so-

mos flojos; se nos pide la vigilancia constante, la vela permanente, y nosotros nos dormimos. Es preciso pelear, y huimos del campo de batalla. ¿Cómo hemos, pues, de salvarnos? Si estuviéramos en este mundo, no para salvarnos, sino para condenarnos, ¿viviríamos de otra manera que como vivimos?

De que sea, pues, tan difícil salvarse, y de que sean muchos los llamados y pocos los escogidos, debes sacar: primero, mirar sobre todo por tu alma, ya que no tienes más que una, y que la muerte es una también, y el árbol, del lado que cayere, allí estará toda la eternidad; segundo, con temor y temblor trabajar tu salvación, y mirar como cosas secundarias todos los negocios de la tierra; tercero, velar y orar y estar siempre dispuestos, porque el hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperemos. Pide al Señor, luz para no andar á ciegas en medio de tantas tinieblas como te rodean, y de tantos hombres que viven como si no tuvieran alma, ni hubiese eternidad, ni salvación.

PUNTO III

La salvación no es imposible.

Considera, en último lugar, que si la salvación es difícil, no es imposible, ni mucho menos. Lo que para el hombre es muy dificultoso, para Dios es fácil. Grande es nuestra malicia, grande nuestra negligencia: pero infinita es la misericordia divina. Nos manda Dios que cuidemos de nuestra salvación, y este mandato implica, dentro de la soberana justicia, el darnos los medios para conseguir lo que se nos prescribe. Nos ordena Dios que esperemos la bienaventuranza, sólo el desconfiar temerariamente de lograrla es un pecado, ¿cómo no ha de darnos los socorros necesarios para que se realicen nuestras esperanzas?

Verdad que hay enemigos muy poderosos que nos impiden el arribo á las playas celestiales; pero en cambio tenemos protectores y auxiliares, aun más

poderosos que los enemigos, que nos ayudan y pelean por nosotros contra nuestros crueles adversarios.

Verdad que contentar á Dios es muy difícil; pero la infinita misericordia templa los rigores de la infinita justicia, y Dios se contenta con la ofrenda humilde de los corazones sencillos que ponen en El toda su confianza. Verdad que el camino que conduce á la vida eterna es estrecho y empinado; pero ¿acaso no hay también espinas, y muy punzantes, en el camino del mal, que se nos aparece tan ancho y tan llano? ¿Cuántos no se volvieron á Dios hastiados y desengañados del mundo? ¿A cuántos no pusieron en vías de reconciliarse con Dios los sinsabores de la ambición, el hastío de los placeres, el desengaño del amor terreno, las enfermedades que suelen ser efecto de los deleites? Los mismos condenados en el infierno reconocen que llegaron á cansarse de seguir las sendas de la iniquidad. El impío envidia la dulce tranquilidad del justo.

Finalmente, la gracia de Dios es tan poderosa, que vence las voluntades de los más duros; esa gracia, que corre á raudales por los Sacramentos, que nos aplica, por medio de la comunión de los santos, los méritos de los justos, y muy especialmente los infinitos de Cristo N. S., triunfa en multitud de ocasiones de las resistencias de la carne, de los halagos del mundo y de las embestidas del demonio, allana todos los obstáculos y nos salva, puede decirse, á despecho nuestro. No abriguemos, sin embargo, una confianza temeraria; si yo me condeno, es para mí como si toda la humanidad se condenase; comprendamos que la salvación es difícil, pero no imposible, y así, pongamos de nuestra parte todo cuanto podamos, observemos la ley santa del Señor, huyamos de los peligros de perdernos, pongamos en práctica los medios que el Señor nos da para hacer cierta nuestra predestinación y estemos ciertos que nos salvaremos, pues es de fe que Dios tiene voluntad verdadera y

seria y sincera de salvarnos, que vino á buscar, no justos, sino pecadores, y que no niega su gracia al que hace lo que puede, y dejemos lo demás á la infinita misericordia de Dios.

Coloquio.—¡Oh Dios justo y misericordioso! Yo quiero salvarme, cuésteme lo que me cueste. Para mí no hay otro negocio, y todo lo demás me importa poco. Señor, dadme luz para conocer lo que es la salvación eterna, lo que me importa conseguirla y gracia para vencerme y vivir y morir en vuestra gracia.

Propósitos.—Acuérdate con frecuencia de aquella palabra: "¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

30 DE AGOSTO

Parábola del fariseo y el publicano.

Preludios—Imagínate el mismo precioso argumento de esta parábola, el contraste entre el soberbio fariseo y el humilde publicano, y pide tú ser siempre humilde de corazón.

PUNTO I

La oración del fariseo.

Considera cómo el fariseo, puesto en pie en medio del templo con soberbia y arrogancia, oraba diciendo: "Dios mío, gracias te doy porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros, ni como este publicano; ayuno dos días cada semana, y pago diezmos de todo lo que poseo.„ Aquí se han de considerar los abominables actos de soberbia que descubrió este fariseo en su oración, haciendo reflexión sobre mí para ver si los tengo y para procurar desecharlos.

El primero, fué la insensatez de tenerse por santo y perfecto, de donde procedió que en su oración ninguna cosa pidió á Dios, ni perdón de sus pecados, ni que le conservase ó aumentase sus dones y gracias,

como si de esto no tuviera necesidad. El segundo acto fué, con título de acción de gracias, alabarse y jactarse de sus obras buenas, saboreándose en ellas, de modo que con la boca sola daba gracias á Dios, porque con el corazón todo se lo atribuía á sí en la locura de su necia vanidad. El tercero, fué anteponerse á todos los demás hombres, teniéndose por mejor que todos y por de singular virtud, como si él solo fuera bueno entre todos. El cuarto, fué hacer mucho caso de sus buenas obras, aunque eran pequeñas de suyo, porque las comparaba con las malas de los otros, debiendo hacer lo contrario, y solamente hizo caso de cosas exteriores, como era ayunar y pagar diezmos, lo cual hacía por vanidad y jactancia, no reparando en que era sepulcro blanqueado y que dentro de sí estaba lleno de huesos muertos y hediondos de graves pecados. El quinto, fué despreciar á todos los hombres y á su compañero el publicano, teniéndolos en poco; y demás de esto juzgar temerariamente al publicano de que todavía era pecador, debiendo sospechar que estaba arrepentido por las señales que de ello daba. En todo lo cual, se echa de ver cuán ciego por la soberbia estaba este fariseo y cuán ciega es la vanidad para conocer sus cosas y las ajenas, cual la pinta Cristo N. S. en el *Apocalipsis*, de un prelado semejante á este fariseo, que decía de sí: "Rico soy y no tengo necesidad de cosa alguna.„ "Y no sabes, dice Cristo, que eres miserable, pobre, ciego y desnudo de todo bien.„ ¡Oh soberbia abominable! ¡Oh bestia monstruosa, ciega para ver los males que tienes y presuntuosa de los bienes que no tienes! Ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo, porque no te ves á ti, que eres viga que ciega los ojos del alma. Confieso, Dios mío, que he seguido los pasos de este fariseo, que siendo religioso en la profesión, era profano en la vida, mas tu gracia me puede trocar para que mi vida conforme con mi profesión.

PUNTO II

De la oración del publicano.

Considera, al contrario, la oración del publicano, "el cual, puesto en pie, apartado muy lejos de lo superior del templo, no se atrevía ni siquiera á levantar los ojos al cielo, é hiriendo su pecho, decía: "Dios mío, sé propicio á mí, pecador.„ Aquí se han de ponderar los actos de humildad de este humildísimo publicano, contrarios á los del fariseo, para imitarlos.

El primero, fué tenerse por indigno de estar cerca de Dios, y aun de estar cerca del fariseo, y así se apartó lejos á la parte inferior del templo, escogiendo el postrer lugar de todos. El segundo, fué no atreverse ni á levantar los ojos al cielo, pareciéndole que ni merecía premio de Dios ni sus obras podían parecer delante de El; y así de vergüenza y confusión tenía sus ojos clavados en tierra. El tercero, fué herir su pecho, mostrando con esto el dolor interior que tenía de sus pecados y el deseo que tenía de castigar su carne por ellos, juntando las tres partes de la humilde penitencia, es á saber: corazón contrito y humillado, humilde confesión de sus pecados y satisfacción del modo que podía. El cuarto, pedir perdón á Dios por sí solo, como si él sólo fuera pecador en el mundo, no juzgando de otros que lo fuesen, ni siquiera del fariseo; y si por ventura oyó las palabras con que le despreciaba, no se indignó contra él, teniéndose por digno de ser despreciado. El quinto, fué confiar mucho en la misericordia de Dios, porque no oró con muchas palabras, pareciéndole que para Dios bastan pocas, y que no está el ser oído en la muchedumbre de ellas. ¡Oh virtud soberana de la humildad, maestra de todas las virtudes, tú me enseñas á amar y confiar en Dios, y á tenerle reverencia y amor, y á no despreciar á nadie, sujetándome á todos, teniéndome por el más vil de todos! ¡Oh, quién imitase á

este dichoso publicano, no ya publicano, sino santo, pues su humildad publica su santidad! Con este espíritu del publicano he de repetir muchas veces su breve y fervorosa oración, diciendo: "Dios mío, sé propicio á mí, pecador y grande pecador.„ Dios, sé propicio á este hombre soberbio, á este hombre miserable, impaciente y vengativo.

PUNTO III

De la sentencia de Jesús acerca del fariseo y del publicano.

Considera la sentencia que Cristo N. S. dió, como rectísimo juez, entre estos dos hombres: "Dígoos de verdad, dice, que este publicano bajó del templo justificado más que el fariseo; porque todo hombre que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado„.

Primeramente, ponderaré en esta sentencia cómo Cristo nuestro soberano juez no se paga de cosas exteriores, sino penetra los corazones y las intenciones y afectos del corazón, de donde nacen las obras; y según éstos, da la sentencia de justificación ó condenación, al revés de los demás hombres, que miran lo exterior solamente, y así se engañan muchas veces. Acostúmbrate, pues, á no fijarte sólo en actos exteriores y obras que caen por de fuera; mira más al interior de ellas, esto es, á la intención pura con que debes hacerlas, pues Dios mira al corazón del hombre y al corazón de sus actos, que es la intención.

Lo segundo, mira cuán poderosa es la humildad y cuán agradable á Dios, pues de públicos pecadores hace hombres muy justos; y al contrario, cuán abominable es la soberbia, pues á los que eran justos pervierte y trueca en grandes pecadores; y la causa es, porque el soberbio, atribuyéndose las virtudes á sí mismo, con vana complacencia las destruye, humillándole Dios porque se ensoberbeció; pero el humilde, atribuyéndose los pecados á sí, con verdadera

displicencia los deshace, ensalzándole Dios porque se humilló.

De aquí subiré á ponderar aquella sentencia general. Todo hombre, de cualquier estado y condición que sea, eclesiástico, seglar ó religioso, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, grande ó pequeño, si se humilla de verdad, será ensalzado; y en lo mismo que se humillare, Dios le ensalzará, ó en esta vida si le conviene, honrándole y acreditándole con los hombres, y engrandeciéndole con sus dones; ó después en la otra vida más copiosamente con esclarecida corona de gloria, colocándole con los príncipes de su reino celestial. Y al contrario, quienquiera de éstos que soberbiamente se ensalzare, será humillado en esta vida ó en la otra. De todo lo cual tengo de sacar amor de la humildad y aborrecimiento de la soberbia; teniendo firme esperanza en esta promesa de Cristo, que por humillarme no perderé la exaltación que me conviniere para mi salvación y temblaré de ensoberbecerme, pues será cierta mi caída y confusión.

Coloquio.—¡Oh, Jesús mío, yo te ruego que infundas en mi alma sentimientos de humildad semejantes á los que tuvo este publicano que pareció bien á tus ojos, para que mi oración sea, como fué la suya, fuente de purificación para mi alma! No permitas que me ciegue la soberbia del fariseo tan abominable á tus ojos y que sólo aspire yo á merecer que tengas misericordia de mí pobre y miserable pecador.

Propósitos.—Sacaré de esta meditación cuánto me conviene humillarme y desear y buscar que todos me humillen y desprecien, porque ese es el único y más seguro medio de adelantar en virtud y perfección.

31 DE AGOSTO

De la humildad.

Preludios.—Represéntate al hombre, criatura de Dios y que cuanto tienes es de Dios, y no tuyo, y comprendiendo cuánto motivo hay en esto de humildad, pide á Dios que te infunda esta virtud que es base y complemento necesario de todas las demás.

PUNTO I

Qué es la virtud de la humildad.

Considera que cuanto somos y valemos no es nuestro, sino de Dios que gratuitamente nos lo ha dado, y que la humildad es la virtud de sentir y reconocer íntimamente esta ruindad de nuestro ser y aquella grandeza y magnanimidad de Dios que nos ha creado en la condición de criaturas racionales, nos substenta con su providencia, nos ha redimido con su sangre y vida mortal, nos da su gracia y toda suerte de bienes temporales y eternos. Es, pues, la humildad una virtud que nos acerca muchísimo á Dios por el íntimo reconocimiento de su poder é infinita bondad Y nos es tan provechosa, que hasta los vicios y pecados mismos se hacen por ella útiles en cierto modo, porque la humilde confesión y la confusión que provocan en el pecador, son muy agradables al Señor, como se vé por el ejemplo del publicano que, siendo un miserable pecador, por la humildad con que confesaba sus culpas, no atreviéndose á mirar al cielo, ni acercarse al altar, mereció ser justificado y que de él hiciese el más cumplido elogio el Hijo de Dios. Por el contrario, sin humildad son vanas, y aun se tornan perniciosas las demás virtudes, como sucedió al fariseo que, á pesar de ser un varón cumplidor de la ley y ejecutor diligente de buenas obras, dió entrada en su pecho á la soberbia; y ésta fué como un fuego que consumió, y dejó hecho cenizas todo el mérito que debieran haberle acarreado sus virtudes, las cuales, con el hálito empon-

zoñado de la soberbia, se emponzoñaron también, y en vez de granjearle la justificación que él vanamente creía haber conseguido, le trajeron la más severa reprobación de Jesús. De suerte, que la humildad transforma en un instante al pecador en justo, y la soberbia convierte al justo en pecador.

Y pondérese con qué admirable misericordia ha puesto Dios en la humildad, y no en la grandeza y en la gloria, la base de nuestra justificación. No todos los hombres pueden ser grandes, ni gloriosos; pero todos pueden ser humildes. No todos pueden elevarse; pero todos pueden abatirse. No todos son capaces de poner por obra grandes propósitos ó resoluciones, ni de practicar excelsas virtudes; no todos pueden estar siempre en oración, ni ayunando siempre, ni socorriendo siempre á los prójimos; pero todos pueden humillarse en la presencia de Dios constantemente. ¡Oh virtud de la humildad, camino llano y fácil de llegar pronto á la cumbre de la santidad! ¿cómo es que no te he practicado siempre?

PUNTO II

De los motivos que tenemos para ser humildes.

Considera que, reflexionando sobre nosotros mismos desapasionadamente y con sinceridad, sólo hallaremos motivos de humillarnos ante Dios. Si miramos á nuestro pasado, encontraremos tres motivos principales de humillación: el primero, la nada de nuestro origen, el cual se debió única y exclusivamente á la voluntad divina. No éramos nada, quiso Dios que fuéramos, y fuímos. Nada es nuestro, por tanto, en nuestro origen; todo es de Dios. El segundo, es el pecado original en que fuímos concebidos. Por este pecado fuímos desheredados de la herencia que Dios nos había prometido, y si las consecuencias de este pecado se borraron en nosotros por el bautismo, tal reconquista no la hicimos nosotros, ni la hicieron nuestros antepasados, ni la hizo nuestro linaje; es

otro don absolutamente gratuito que debemos á Dios. ¿Qué motivo hay en esto para enorgullecernos? Por el contrario, sí lo hay, y grande, para humillarnos profundamente. El tercer motivo son los innumerables pecados que hemos cometido durante nuestra vida. ¡Cuántas veces he merecido el infierno! ¡Cuántas veces me he rebelado con horrenda ingratitud contra mi Creador, Conservador y Redentor! ¡Cuántas veces he escupido, como los infames sayones, al rostro dulcísimo de Jesús! ¡Cuántas veces he desgarrado su costado con la lanza de mis iniquidades, y he clavado en sus sienes las espinas de mi maldad! ¡Cuántas veces he desgarrado su Corazón santísimo con mis afrentas, con mi desvío, con mi desamor! ¿Y no me humillo? ¿Y no me confundo? ¿Y me atrevo á levantar la vista del polvo de la tierra?

Pues si miro á mi estado presente, ¿que he de hallar, sino motivos innumerables de humillarme más y más? Observo en mí tal carencia de fuerzas espirituales, que para todo lo bueno soy impotente. Y si mi voluntad es flaca, debilísimo es mi entendimiento, que difícilmente puede, sin la luz divina, discernir lo bueno y lo malo, envuelto en tantas sombras y en tinieblas tantas y tan espesas, que ni aun la misma claridad del cielo puede á veces disiparlas. Aun en lo poco bueno que hago, no por mí solo ciertamente, sino ayudado y como empujado por la divina gracia, he de poner la levadura de mis imperfecciones; y así no hay obra que me resulte cabal, ni empresa que pueda decir acabada y perfecta; no así las obras y empresas malas, que para éstas tengo tal arte, que las hago y llevo á término como si no fuera yo, sino el demonio, el que las hiciera, sirviéndose de mí como de adecuado y perfecto instrumento para ellas. Mirando á lo por venir, ¿cómo puedo tampoco envanecerme? Mi cuerpo, que ahora tanto regalo, pasto será de gusanos inmundos; y de mi alma, ¿qué será? ¿Seré yo de los réprobos? ¿Me condenaré? Si bien lo

examino, mis obras no piden otra cosa. ¿Merezco yo, acaso, un auxilio extraordinario de la gracia divina? La soberbia, pues, en el hombre, es una verdadera locura, y una mentira: es ignorarse á sí mismo y desconocerse por completo y olvidarnos que todo lo bueno lo hemos recibido de Dios y que Dios nos lo puede quitar; y al contrario, la humildad es la verdad, la que nos coloca en el lugar que merecemos y nos hace concebir justa idea de nosotros. Aplícate, pues, á ser humilde y tendrás la base de todas las virtudes que no pueden existir sin ella. Pide á Dios N. S. la luz del propio conocimiento, seguro de que si te conoces á ti mismo, no tendrás más remedio que ser humilde de corazón.

PUNTO III

De la necesidad de ser humildes.

Considera por último, que para ser humildes verdaderamente, es preciso que nosotros mismos busquemos la humillación y nos humillemos como enseña san Bernardo, y si no nos humillamos, no nos asemejaremos á Jesucristo que se humilló hasta el polvo de la tierra, aceptando, no sólo el cáliz colmado de todos los dolores, sino el de todas las afrentas é ignominias, y quiso, no sólo ser azotado y crucificado, sino tenido por el más vil de los hombres, burlado como un loco, escupido, befado, escarnecido y puesto en la cruz entre dos miserables ladrones, hecho la befa y escarnio de la ruin muchedumbre. Y si Jesús se humilló hasta este punto, no teniendo El ningún motivo de humillarse, antes por el contrario, con infinitos motivos de ensalzarse y glorificarse, ¿cómo es que yo, con tantos motivos de humillarme, sólo ansío mi propia glorificación, y en todo quiero hallar peldaños para encaramarme sobre mis prójimos, y que me vean en alto, y me aplaudan y ensalcen? ¿Cómo, siendo como soy, tan ruin y pobre, apetezco pasar por algo, y siendo tan ignorante gusto que

me tengan por sabio, y hallándome enredado en tantos vicios, manchado por tantos pecados, cubierto con la lepra de tantas imperfecciones, pretendo que se me tenga y respete por santo ó, por lo menos, por varón virtuoso? Soy peor que el fariseo que despreciaba al publicano; porque desde lo alto de mi soberbia desprecio al publicano y al fariseo juntamente, y contra todo lo que tiende á humillarme, me revuelvo como una víbora.

Y si no me humillo, no soy humilde, y si no soy humilde, no me parezco á Cristo N. S., y no me puedo salvar, ni obedezco al Evangelio, ni voy por el único camino de los Santos, ni Dios me dará sus gracias, ni seré agradable á sus ojos y todas las virtudes que crea poseer, serán vanas apariencias y simulacros que de nada me han de aprovechar; me engaño miserablemente si me precio de ser casto, devoto y limosnero, no poniendo á estas y á todas las demás virtudes el sólido cimiento de la humildad, porque al menor soplo de la tentación ó acometida del infierno, caerá el castillo que se ha levantado sin este cimiento de roca viva. Humillémonos, pues, y aceptemos, como don divino, las humillaciones que nos imponga la vida; porque escrito está: "el que se humilla, será ensalzado.„

Coloquio.—¡Oh humildísimo Jesús, yo te ruego que me des tu gracia para que ame la virtud de la humildad, y ansíe las humillaciones para parecerme á Ti que en todo buscaste la humillación, y que yo mismo me humille como te humillaste Tú! Enséñame esa virtud soberana, para que yo sea como Tú, humilde, no sólo de palabra, sino de corazón, ya que la humildad es el corazón de las virtudes, la que me enseña á amarte, á desconfiar de mí y á ser apto instrumento de tu gloria, pues para ello sólo te sirves de los humildes y pequeños á sus ojos.

Propósitos.— Busca siempre y en todo el último lugar, que si eres humilde verás que ese es el que te pertenece por derecho propio.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS DEL

SEGUNDO CUADRIMESTRE DEL AÑO [1]

Festividad del patrocinio de san José.

(Dominica tercera después de Pascua.)

Preludios.—Mira al santo Patriarca ó teniendo en sus brazos al Niño Jesús, ó cobijando debajo de su manto á toda la Iglesia, y pídele que te acoja á ti también debajo de su poderoso patrocinio.

PUNTO I

José es el santo que tiene mayor valimiento delante de Dios.

"Tomad á José por vuestro primer patrón„, decía Gersón, el piadoso y sabio canciller. Después de Jesús y María, ningún santo disfruta de poder tan grande como José: sobre todos le ama Dios N. S., Jesús su Hijo divino, María la Madre de Dios. "En gracia y bienaventuranza supera á todos los santos„, según opina Suárez; Jesús le llama todavía padre en el cielo, y María esposo; ya se dirija á Jesús, ya á María, sus peticiones son acogidas como mandatos. De todos los santos que venera la Iglesia, el primero que haya sido canonizado es José, que lo fué por el

(1) Ponemos aquí las meditaciones siguientes, que, ó por ser algunas de fiestas movibles, ó por coincidir otras con el tiempo pascual, no han podido ponerse en su lugar propio.

mismo Espíritu Santo. Siendo Esposo de María, que nos fué dada por Madre al pie de la cruz, podemos llamar á José padre nuestro. Destinóle Dios á proteger en la tierra con sus cuidados y fatigas á la Sagrada Familia, cuya cabeza y jefe le constituyó, y quiere que desde el cielo cuide de esta gran familia cristiana, que forma la Iglesia santa de Jesucristo. Así lo ha comprendido esta sociedad divina, esta gran familia de los hijos de Dios, enseñándonos por boca de sus Padres y Doctores, nuestros maestros en la fe, que así como el antiguo Faraón de Egipto hizo de José, hijo de Jacob, el superintendente de todos sus tesoros y dispensador de sus gracias, por lo cual decía á sus vasallos: "Id á José„; así también Dios N. S., Rey de cielos y tierra, quiso confiar la dispensación de sus favores y beneficios á su amado san José, que con solicitud, esmero y acierto tan grandes, supo cuidar de Jesús y María, sus tesoros más valiosos y preciados, y por esto nos dice á todos los que deseamos alcanzar las gracias divinas: "Id á José„. Y no podía ser de otro modo. Si los santos tienen poder y patrocinio proporcionados á su santidad y á sus merecimientos, ¿qué santo habrá en el cielo que pueda tener tanto poder y patrocinio como José?

PUNTO II

El gran valimiento de san José debe inspirarnos muchísima confianza.

Considera que sabemos cuánto nos ama el bondadoso Patriarca, cuánto desea nuestra salvación; sabemos cuán grande es su poder: ¡cuán grande no deberá de ser nuestra confianza en su patrocinio y valimiento! El posee el tesoro de todas las virtudes; él nos alcanzará fe viva; animará con la esperanza nuestra alma; encenderá en amor divino nuestro corazón; humilde, obediente, casto, devoto, paciente y obrador de toda clase de buenas obras, nos alcanza-

rá que sepamos imitarle. Sea cualquiera el apuro ó aflicción en que nos encontremos; José nos hará salir bien de todo. Nadie que fuese verdadero devoto suyo, llamó jamás en vano á la puerta de su corazón. Su ternura es tan grande, que no hay pena que no le conmueva; su amor es tan desinteresado, que nada desea como nuestro propio bien y se complace en él. A José, juntamente con María, entregó Jesús las dos llaves del paraíso. Seamos devotos del santo Patriarca, confiemos en él, pidamos sin cansarnos, y José nos abrirá la puerta.

PUNTO III

Las grandezas de san José son la mejor prueba de su patrocinio.

Recuerda aquellas palabras de la sagrada Escritura: "Toda la gloria de la hija del Rey está dentro, con orlas de oro, recamada de variadas galas.„ Así pinta el real Profeta la gloria y hermosura de las almas amantes de su Dios, hijas de este Rey de reyes. En las orlas de oro podemos ver la caridad, reina de las virtudes, y estas súbditas suyas en las variadas galas que adornan á la Hija del Señor. ¡Cuán bella debió de ser el alma de José! De allí salió la gloria con que brilló á los ojos del Señor y que más tarde debía ser manifestada á los hombres, que le habían de alabar como le había alabado antes, por su fidelidad en corresponder á la gracia, llegando así á tan alto grado de santidad. Con la gracia del Señor, que tan bien aprovechaba el Santo, iban brotando y creciendo en su corazón las virtudes más preciosas: humildad, pobreza, castidad, obediencia, mortificación, mansedumbre, devoción, contemplación, laboriosidad, paciencia, prudencia y cuantas otras forman un varón perfecto, sirviéndoles á todas de estímulo y dándoles mayor realce su ardentísima caridad, que tan unido le tenía con su Dios. El Pa-

dre le amaba por el esmero y cariño con que cuidaba en la tierra de su Hijo; el Hijo, por lo mucho que á su Madre quería y ayudaba; el Espíritu Santo le amaba también por las muchísimas atenciones y la veneración amorosa con que trataba á su divina Esposa; y todas las tres Personas de la Trinidad beatísima descansaban y se regalaban en el corazón de José, por verle tan aprovechado en toda clase de virtudes. ¡Cuánto no crecieron también éstas con las dulces y fecundas influencias de los santísimos ejemplos y fervorosísimas oraciones de Jesús y de María! Por esto llegó á ser el santo Patriarca el más perfecto entre los justos.

Co'oquio.—Castísimo san José, esposo de María: me gozo de verte elevado á tan sublime dignidad y adornado de tan heroicas virtudes. Ya que fuiste escogido por el Eterno Padre para ser en la tierra protector de la Sagrada Familia contra las asechanzas y persecuciones de sus enemigos, protege, Santo mío, á la Iglesia, á su cabeza visible, á los obispos y sacerdotes. Protégenos á todos los que acudimos á ti como amparo y sostén nuestro, esperanza y consuelo en la vida y en la muerte.

Propósitos.—En todos los peligros y tribulaciones acude á san José. Recuerda las palabras de santa Teresa: "No me acuerdo de haberle pedido cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este Santo, los peligros de que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; mas este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, así en el cielo hará cuanto le pida„.

PARA LA MISMA FESTIVIDAD

Tres virtudes de san José, especialmente propuestas á la imitación del perfecto cristiano.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La fe de san José.

Considera que cuando Dios predestina á un hombre para algún empleo extraordinario, dice san Bernardino de Sena, le adorna de todas las gracias que convienen á su vocación, y le pone en estado de cumplirla dignamente. Nada tiene, por tanto, de extraño que san José, antes de ser elevado á la incomparable dignidad de esposo de María, y á los ministerios propios de tal dignidad, estuviera preparado por el don de una admirable fe. La felicidad de María consistió en haber creido, y esa misma fué la felicidad de san José. Creyó que por el poder divino, la maternidad más fecunda, no era incompatible con la virginidad más pura, y que María estaba destinada á realizar esa maravilla. Creyó, que aquel pobre niño que acababa de nacer en un establo, tan débil, tan desprovisto de todo, era el Rey de los reyes, el Creador del universo, la alegría de los ángeles, el terror de los demonios. Creyó que el Hijo de Dios, venido en medio de los hombres para salvarlos, se humillaba hasta querer, en cierto modo, ser salvado por un hombre y que él, escojido para tan asombroso ministerio, debía llevársele á Egipto, atravesando desiertos, aunque todo parecía demostrar que aquella fuga, no sólo estaba llena de peligros, sino absolutamente irrealizable. Creyó, á pesar de los obstáculos, á pesar de todas las imposibilidades aparentes, y la simplicidad de su fe obtuvo los vivos resplandores que son su recompensa. Dios se mostró casi sin velos á su fiel servidor y le reveló sus secre-

tos, le comunicó sus designios, le hizo, en suma, entrar en la profundidad del misterio de su Verbo encarnado, y ser como su sombra protectora.

De aquí se derivó aquella fe perfecta, que no le abandonó jamás en sus relaciones más familiares con el niño Jesús, ni cuando usa de la autoridad que ejerce sobre El; mandándole le adoraba, gozando así continuamente y por anticipado de las delicias de la vida futura, que comenzó á gustar en la presente. Así en María, su esposa, miraba á su Reina y Señora y á Dios en todo y en todas las cosas. Dichosa fe, que si en ti fuese viva como en el santo Patriarca, haría de la tierra un cielo, pues siempre y en todo verías á Dios, y viendo á Dios se encuentra la dicha en medio de las penas y tribulaciones.

PUNTO II

Humildad de san José.

Considera cómo dos circunstancias, que en un alma menos iluminada ó menos fiel pudieran haber sido el escollo de esta virtud, sirvieron á san José para hacerla más sólida y ponerla más de manifiesto. Estas dos circunstancias fueron: las humillaciones á que Dios le sometió y los favores de que le colmó.

Salido de la familia más ilustre del universo, de aquella que había de dar al mundo un redentor y contando reyes entre sus antepasados, se vió reducido á la pobreza, y para no sucumbir bajo el peso de la miseria, obligado á ejercer un oficio obscuro en los mismos lugares en que reinaron sus antecesores. Fuerza le fué ponerse á merced de los caprichos, durezas y desprecios de los últimos de su nación, hasta tenerles que agradecer que se dignasen emplear sus brazos y pagar sus sudores; tal era la condición á que la Providencia le había sometido. Lejos de quejarse el santo Patriarca, daba gracias á Dios, aceptando de buena voluntad las humillaciones de aquel estado. Jamás habló de su linaje, antes por el contrario; qui-

so pasar como uno de tantos hombres de lo más humilde del pueblo y ser conocido únicamente como uno de los artesanos más vulgares; la única gloria, su sola ambición consistieron en ocultarse á los ojos del mundo, para ser más fiel á su Dios. Pero todavía los favores de que le colmó el cielo, fueron para su humildad, más peligrosa prueba.

José era el depositario de un secreto que interesaba en el más alto grado al género humano. Si se decidía á manifestar el misterio de un Dios encarnado, confiado á sus cuidados, ¡qué consideración podría adquirir ante el mundo, al mismo tiempo que proporcionaría á Jesucristo tan justos homenajes! ¿Por qué al menos no hacer esa confidencia á sus más discretos amigos? A primera vista parecía que debía hacerlo para la gloria de Dios y el cumplimiento de sus designios. Aquel Mesías, llamado por tantos votos, no había descendido á la tierra para vivir en ella ignorado; preciso era, que más pronto ó más tarde, fuera conocido, ¿por qué no darle á conocer lo más pronto posible? ¡Cuántos motivos para hablar! ¡qué de pretextos nos habría sugerido en caso semejante, un amor propio, ingenioso! José, sin embargo, se calla. No está encargado de dar á conocer al Mesías; lo está, por el contrario, para cubrirle con su propia obscuridad, hasta el día señalado para su manifestación. José, pues, se encierra en los límites del ministerio que se le asigna y se contenta con gozar en silencio de su dicha. ¡Maravillosa humildad, profundísimo silencio! Aprende como san José á humillarte, á esconderte y callar, que en esas virtudes encontrarás la paz de tu alma y el principio de tu exaltación y grandeza.

PUNTO III

La esperanza de san José.

Considera que en san José las contradicciones y los reveses la hacen más inquebrantable. Puede decirse

del santo Patriarca, como del padre de los creyentes, que espera contra toda esperanza. La pobreza de su condición, fué la menor de sus pruebas: tanto le había elevado su fe viva, sobre las cosas de la tierra. Sólo le fué penosa por las privaciones y los sufrimientos que impuso á Jesús y á María. ¡Cuánto sufrió en Belén, al no poder ofrecer otro alojamiento que un establo abandonado, á la que el Mesías había escogido por madre y que estaba á punto de dar á luz al que iba á serlo del mundo! Esto, no obstante, su confianza en Dios no le abandonó y jamás estuvo más justificada, pues aquella noche tan tristemente comenzada inundó de delicias inefables los corazones de María y de José.

Cuando el ángel le mandó marchar á Egipto, ni siquiera le pregunta, quién le serviría de guía, ni quién le pagaría los gastos del viaje, ni de dónde sacaría los recursos para mantener al hijo y á la madre en un país desconocido. No; ni tampoco procura saber la duración de aquel destierro; le basta saber que Dios lo ordena.

La más dolorosa de sus pruebas, fué la cruel perplegidad en que le sumieron, respecto de María, las consecuencias de un misterio que ignoraba aún. ¿Qué hacer? ¿qué partido tomar? Recurre á la oración; se vuelve hacia Dios. No; no será abandonado en una aflicción tan profunda. ¡Qué momento más feliz, aquel en que el ángel del Señor le dice: "José, hijo de David, no temas aceptar á María tu esposa, por que lo que ha concebido es por obra del Espíritu Santo!„

¡Oh santa esperanza, virtud de las grandes almas, tu eres particularmente la virtud de los que confían en Dios! Cuando estamos comprometidos por orden del cielo en alguna empresa, no son los peligros, ni las tribulaciones, lo que debemos temer; es nuestra pusilanimidad. José se cercioró de la voluntad de Dios y después se sobrepuso á todos los terrores y por encima de todas las pretendidas imposibilidades.

Mas aún; experimentó un placer secreto al verse desligado de todo humano apoyo, pues éste le permite abandonarse con más confianza en los brazos de la Providencia.

Así debemos ser; así fueron un san Francisco Javier, un san Vicente de Paúl y tantos otros santos, quienes, por la confianza en Dios, hicieron tales cosas y tan grandes, que parecían participar de la omnipotencia del mismo Dios.

Coloquio.—¡Oh bendito Patriarca, modelo de fe viva, de humildad profundísima, de esperanza sólida! Enséñame á practicar esas virtudes, á imitarte en ellas, ya que el ser devoto tuyo, consiste en imitar tu santidad. ¡Oh santo fidelísimo, á quien fueron confiados los secretos más recónditos del cielo! Tómame bajo tu amparo y protección, para que salga como tu, victorioso de mis enemigos.

Propósito.—Dedícate á propagar la devoción de este gloriosísimo santo, que nada puedes hacer tan agradable á la Virgen, su esposa.

31 DE MAYO

María, Madre del Amor Hermoso.

Preludios.—Mira á la Virgen como la vió san Juan, vestida del sol, coronada de estrellas; la luna como escabel de sus plantas, y pídele enamorarte de tal modo de su hermosura, que sólo aspires á la belleza del cielo.

PUNTO I

María, Madre de la verdad.

Considera que de los amores nobles y hermosos que hay en el corazón de los hombres, tres son los que más lo elevan y engrandecen. El amor de la verdad, el de la bondad y el de la belleza. María es Madre del Amor Hermoso, porque los amores que su devoción engendra en las almas, traen consigo estos tres amores.

Considera, en efecto, primeramente, que siendo María Madre de la Verdad Eterna encarnada, su conocimiento y amor nos encamina á conocer y amar la misma verdad, que es Dios. Por eso vió á María el Evangelista, vestida del sol, coronada de estrellas y con la luna bajo sus pies. El sol es su hijo, simbolizado en la luz material, y Ella es la aurora que nos le dió. La luna no es fija como el sol, sino mudable, como símbolo del error, y por eso María la tiene bajo sus plantas, pues María fué creada para hacer triunfar la verdad y para confundir por medio de su Hijo, á todas las herejías y al espíritu infernal, padre de la mentira. María, como la verdad, es la roca inconmovible contra la que se estrellan las olas siempre variables del error, y que representan á la mentira. Es la aurora precursora del sol que desvanece las sombras de la noche, que es presidida por la luna puesta á los pies de María, como símbolo del pecado original, cuyas consecuencias funestas destruyó María como Madre del Hijo de Dios.

María es verdad en su entendimiento, por la fe viva que lo iluminó; verdad en sus palabras inspiradas por el Espíritu Santo, que desde la eternidad la había escogido por Esposa; y verdad en los sentimientos de su corazón, creado para formar en la parte humana y sensible el Corazón sacratísimo de Jesús, que es la misma verdad. Verdad en su pureza, exenta de toda mancha, pues Dios no permitió que fuera contaminada con la culpa original; verdad en su humildad, llevada hasta el anonadamiento en los precisos instantes en que el ángel la anunciaba su elevación á una dignidad que por ningún mortal podía ser soñada, y siendo verdad en todo, verdad tiene que ser en su amor por su objeto, que es la verdad misma, y por la pureza de su intención, encaminada única y exclusivamente á hacer en todo la voluntad del ser amado.

¿Puede caber en alma alguna un amor más verda-

dero que aquel que tiene por objeto la verdad eterna, esto es, la única verdad, y ante el que se inmola todo el propio ser, incluso los sentimientos del amor maternal humano, como María inmoló los suyos consintiendo en el sacrificio de su único Hijo para dar cumplida satisfacción al amor de Dios, ultrajado por los hombres?

PUNTO II

María, Madre de la bondad.

Considera que aquí todo es bueno en María. Su bondad en cuanto se opone á la maldad y su bondad en cuanto significa misericordia.

Como exenta y enemiga de todo pecado, es María opuesta á todas las malicias que dañan á la caridad para con Dios y para con el prójimo. Como Madre del Hombre Dios, que vino al mundo para dar la vida por los hombres, es la bondad misma, pues su misericordia la lleva á ser la redentora del género humano, á costa de toda la sangre de Jesús, que es su propia sangre. Y esta bondad la lleva al extremo de convertirse en Madre de todos los hombres, aun sabiendo que después del sacrificio hecho por ellos, habrían de seguir ofendiendo á su divino Hijo, renovando todos los días con sus pecados de una manera incruenta, el cruento suplicio de la cruz.

Ni el recuerdo de los crueles tormentos padecidos por su Hijo en aquel amarguísimo trance, ni lo punzante de aquella espada de dolor que atravesó su amantísimo Corazón, viendo al fruto amado de sus entrañas azotado, coronado de espinas, escarnecido y escupido por la soldadesca, cargado con el madero de la cruz y muriendo en ella entre los aullidos y maldiciones de la plebe, la impiden ser el Refugio de los pecadores, á los que constantemente brinda con su protección y por los que intercede sin cesar ante el trono del Altísimo.

¿Dónde hallar un tesoro de bondad que iguale, ni

siquiera se acerque á la magnitud de la bondad del amor de María? Madres que perdonen al matador de su hijo puede haberlas por un efecto de las virtudes cristianas. ¿Pero que le amen? Y sobre todo, ¿que sigan implorando en favor de los que un dia y otro ofenden gravemente al Hijo de sus entrañas? Sólo en la bondad del amor de María puede darse este exceso de misericordia, que sobrepuja á toda comprensión humana.

PUNTO III

María, Madre de la belleza.

Considera que el objeto de lo bello, es el mismo que el del amor. Pero así como hay dos ciudades, según san Agustín, hay también dos amores, y por consiguiente, dos tipos de belleza. Uno, es el de la belleza humana y sensual, y otro, el de la espiritual y divina. El paganismo tuvo su ideal en el primero, y en él fué hasta donde no han llegado los pueblos modernos. El cristianismo á su vez lo tuvo en el segundo y así como el mismo pincel é igual buril en manos de dos distintos artistas producen obras diferentes, del mismo modo siendo la belleza el objeto del arte y el del amor, las creaciones de ambos difieren entre sí como difieren el ideal pagano que sólo mira á la belleza terrena y el cristiano, cuyo objeto es la belleza celestial. Con el primero, fué arrastrado el mundo por el lodo de las sensaciones bestiales y con el segundo, se elevó el alma humana á la contemplación de las armonías celestiales.

Entre estos tipos diferentes de belleza se halla la mujer, símbolo de ella, bajo las diversas modificaciones de esposa, de madre y de virgen; pero, ¿dónde encontrar un tipo de belleza, según el ideal del amor, que llegue á la de María, considerada bajo esos tres aspectos? Porque en María se juntó la belleza de la virginidad con la fecundidad de la madre; por ella

vino al mundo la belleza encarnada en Jesucristo tipo de todas las hermosuras en el orden moral, porque es la fuente y manantial de la gracia, que es el origen del orden y la armonía en el alma, en lo que consiste la belleza del corazón. Por eso todo lo bello y hermoso del mundo nos habla de María, que se ve retratada por todos los seres hermosos de la tierra y del cielo, y Dios, al crear cuanto bello existe, pensaba en María y copiaba á María, Madre de la eterna hermosura. Así la Virgen santísima, lo mismo en la pureza inmaculada de su Concepción que en el éxtasis de su Asunción, como en la sublimidad de sus dolores y en la soledad en que la dejó la muerte de su amado Hijo, es el tipo eterno de la belleza que nos encanta y eleva hasta el cielo.

Y es que en María se halla toda la belleza que procede del más puro amor. Como Madre, nos enseña á amar; dándonos á Jesús se hace objeto de nuestro amor, y además nos dice cómo hemos de amarla.

¿Y cómo has de amarla? De la misma manera que ella ama; esto es: con todo tu corazón, que en eso consiste el verdadero, el bueno y el hermoso amor de que María es Madre.

Coloquio. — ¡Oh Virgen santísima, hermosura tal que sólo te supera la hermosura increada! Ya que he nacido para amar lo bello, yo quiero amarte sobre todo lo que no sea Dios. Hazme ver un rayo de esa belleza, que es el embeleso de los cielos y el encanto de los ángeles, para que nada quiera del mundo y sólo anhele las hermosuras celestiales.

Propósitos. — Estudia cada día más las virtudes de la Virgen, ellas constituyen su hermosura. Así las podrás imitar, ya que en eso consiste el amor práctico á la Virgen santísima.

21 DE JUNIO

Fiesta de san Luis Gonzaga.

Preludios.—Mira á este angelical mancebo macerando su inocente cuerpo como si fuera grandísimo pecador, y pídele que, ya que no lo has imitado en la inocencia, lo sigas en la penitencia.

PUNTO I

De los grandes progresos que san Luis en poco tiempo hizo en la virtud.

Considera cuánto se necesita para llegar á la santidad. Porque la gracia imita á la naturaleza, la cual camina á su perfección con un movimiento lento, gradual é insensible: por lo menos esta es la conducta ordinaria de Dios.

Es además muy difícil la santidad, porque es necesario extirpar los hábitos viciosos, y plantar en el alma todas las virtudes; lo cual no se consigue sino con mucho tiempo y trabajo, y como tenemos una grande inclinación al mal, que en nosotros se deriva de la corrupción de la naturaleza, y de los pecados que hemos cometido; nuestra alma se halla como torcida, y no la enderezamos, sin hacernos grande violencia á nosotros mismos. Pocos son en verdad los que mortifican sus pasiones, los que se afanan por desarraigar los malos hábitos, y sostienen una guerra continua contra sus deseos desenfrenados. Por todo esto se requiere mucho tiempo para llegar á ser santo, y los hombres no llegan de ordinario á la perfección, sino después de muchos años, y hacia el fin de su vida.

Pues pondera que san Luis Gonzaga llegó en breve tiempo á la perfección de la vida cristiana y religiosa, por dos razones: Porque Dios le previno desde su infancia con gracias extraordinarias, dándole alas, por decirlo así, para volar á la santidad; mien-

tras que otros caminan paso á paso, y con grandísima dificultad. A la edad de los siete años Luis rezaba de rodillas todos los días los salmos penitenciales y el oficio de María santísima. A los ocho años hizo voto de virginidad, que conservó intacta toda su vida. A los trece hizo voto de ser religioso; y al llegar á los dieciséis, en la fiesta de la Asunción de la Virgen María, se resolvió á abrazar este estado en la Compañía de Jesús, en donde entró dos años después, y murió á la edad de los veinticinco. Este fué el curso de la vida de san Luis, corto, pero muy rápido en el camino del bien, diligente, prevenido y acompañado de gracias extraordinarias, que Dios concede á pocas personas, como se puede ver en la historia de su vida. Si no somos santos, dice san Bernardo, no nos quejemos de que nos falta la gracia; antes somos nosotros los que le faltamos. Recapacita un poco tu vida, y observa cuántas gracias te ha dispensado Dios.

La segunda ventaja que tuvo san Luis Gonzaga, para alcanzar tan pronto la santidad, fué que no encontró casi ningún enemigo que combatir; ningún vicio que exterminar; ningún hábito malo que destruir; habiendo vivido en tanta inocencia, que el Cardenal Belarmino, que conocía su conciencia á fondo, asegura que no cometió jamás pecado mortal en toda su vida. Tenía tan moderadas las pasiones, y el corazón tan dispuesto á los movimientos de la gracia, que parecía que la virtud le era natural, y que necesitaba violencia para no practicarla. En sus oraciones perseveraba tan tranquilo, y tan fuertemente unido á Dios, que durante seis meses, no podía decir que se hubiese distraído un *Ave María*: así lo refiere su mismo confesor. Considera los progresos que hizo en la virtud, habiendo estado prevenido por la gracia, y no teniendo que combatir ningún vicio, ni aun el de la carne; de la cual, según atestigua el mismo Cardenal, no sintió jamás ningún estímulo. Conservó sin mancha el hermoso lirio de la pureza, porque,

como diremos luego, le guardó entre las espinas de una rígida penitencia. ¡Qué pocos son los que han recibido esta gracia de nuestro Señor, y que se hayan reintegrado, por decirlo así, en el estado de la inocencia original! Si has perdido la inocencia, llora, y procura repararla con el ejercicio de la penitencia.

PUNTO II

Medios que tomó san Luis para llegar á la santidad.

Considera que aunque san Luis había sido prevenido por tantas bendiciones del cielo, y su alma estaba tan pura é inocente, como la de un ángel, sudó y se fatigó por adquirir la virtud, como si fuera el mayor pecador del mundo. Y esta es la causa de haber hecho tan rápidos progresos en la santidad, no pudiéndose concebir ni mayor fervor, ni más constante fidelidad, ni más continua vigilancia sobre todos sus sentidos, ni odio más implacable de sí mismo, ni más asidua mortificación que la suya; que estos son los motivos por los que el Señor se mostró tan generoso con Luis.

Era puro como un ángel, y maceraba su carne como si fuera muy culpada y rebelde á su espíritu. Aunque educado con delicadeza, como el primogénito de su ilustre familia, ayunaba tres días á la semana, y todos los viernes á pan y agua, siendo de edad de trece años, y tomaba tres disciplinas hasta derramar sangre; poco tiempo después empezó á tomarla todos los días, y á veces tres en un día. Colocaba en la cama una tabla, y sobre ella dormía, y en lugar de cilicio llevaba duras cadenas á raíz de la carne. Fueron tan grandes sus abstinencias, que no es fácil concebir cómo podía vivir comiendo tan poco. Este deseo insaciable de mortificaciones y de penitencias le duró toda su vida; y aunque afligido de un continuo dolor de cabeza, no desistió de servir á los enfermos de los hospitales, y de asistir á los apestados,

entre los cuales contrajo la peste de que murió víctima de su caridad con los pobres. Cuando le aconsejaban que moderase sus penitencias, aunque tenía una alma recta, pura é inocente, respondía: "Que había venido á la Religión como hierro duro y torcido; que era necesario ablandarle en el fuego y enderezarle á fuerza de mortificaciones y penitencias.„

Hay muchos que, habiendo dejado en el mundo grandes comodidades y riquezas, después en la Religión se aficionan á algunas bagatelas. San Luis, luego que halló el tesoro de la pobreza, cediendo con alegría todo lo que poseía, renunció sus estados y el derecho de primogenitura. Siempre pobre en su cuarto, en sus muebles y en sus vestidos, se lamentaba de que vivia con sobrada comodidad, y le habían de dar siempre lo más vil y pobre, lo más usado é incómodo de la casa. Ni hubiese dispuesto de un pliego de papel sin licencia expresa de su superior. Maravilloso ejemplo de desprendimiento y pobreza de espíritu que debes imitar si quieres conseguir el premio de los que á lo menos con el deseo siguen á Cristo pobre en la cruz.

PUNTO III

Humildad maravillosa de san Luis.

Tenía todas las virtudes en grado eminente; pero la que sobresalía con más brillo, y la que más evitaba Luis se trasluciera, era la humildad, que fué verdaderamente admirable en una persona de su nobleza. Con sólo alabarle se sonrojaba, y le brotaban las lágrimas de los ojos. Vemos con frecuencia cómo personas espirituales, lejos de ser humildes, á todos hablan, con razón ó sin ella, de su alcurnia y de sus parientes; se ocupan en contar su genealogía, en la que hacen entrar aun á la fuerza á las personas más distinguidas. ¡Oh Dios mío, qué necia vanidad! San Luis jamás hablaba de su parentela, y no podía sufrir

que le hablasen, y procuraba disimular y encubrirse para que no supiesen que su padre era príncipe del imperio. "Su vida, dice el Cardenal Belarmino, toda fué humildad."

¿Quién se admirará después de esto, de que en tan corto tiempo llegase á tan alto grado de santidad, habiéndole Dios favorecido con gracias tan extraordinarias, que no hallaron en él enemigos con que combatir, sino una alma pura para recibirlas, dócil para seguir su impulso, vigilante para aprovecharlas, fiel para conservarlas, diligente para aumentarlas, y, sobre todo, pronta, fervorosa y alentada para cooperar con firmeza á las inspiraciones de la gracia? Santa María Magdalena de Pazzis, habiendo visto la gloria de san Luis entre los santos en el cielo, exclamó, absorta de admiración: "¡Oh, qué gloria posee en el cielo Luis, hijo de Ignacio! Jamás lo hubiese creído, si mi esposo Jesús no me la hubiese mostrado."

¿Cuánto tiempo estás tú en el mundo? ¿Qué provecho has hecho en la virtud? ¿Qué vicio has desarraigado? ¿Qué victorias has conseguido? ¿No es cierto que eres menos devoto, menos fervoroso y menos mortificado cada día? ¿De dónde nace esto? No te atreverás á decir que de la falta de la gracia de Dios, porque las que has recibido bastan para formar grandes santos. Pues ¿de dónde procede esta tibieza tuya, y esta lentitud en el servicio de Dios? ¿De qué dimana que tienes las pasiones más violentas que al principio de tu conversión? Sin duda, de que has dejado de las manos las armas de la penitencia y mortificación interior y de los sentidos, y sólo piensas en contentar los deseos estragados de la naturaleza; y debiendo sostener la gracia contra los asaltos de tus pasiones, ayudas á tus pasiones para combatir la gracia. ¡Oh, qué cuenta tienes que dar á Dios! ¡Cómo te reprenderán los Santos! Ellos, como san Luis, practicaron tan grandes penitencias habiendo conservado

el hermoso lirio de la inocencia; y tú que le has perdido, ¿no quieres hacer ninguna?

Coloquio.—¡Oh Patrón y modelo mío! ¡Oh amadísimo Santo mío, puesto por Dios en el mundo para probarnos adonde puede llegar la virtud cuando correspondemos á las gracias del cielo! Yo os encomiendo la castidad de mi alma y de mi cuerpo para que os dignéis encomendarme al Cordero inmaculado, Cristo-Jesús, y á su purísima Madre, Virgen de vírgenes, guardándome de todo pecado. No permitáis, ángel mío, que yo manche mi alma con la menor impureza; antes bien, cuando me viereis en la tentación ó peligro de pecar, alejad de mi corazón todos los pensamientos y afectos impuros, despertad en mí la memoria de la eternidad y de Jesús crucificado, imprimid en mi corazón un profundo sentimiento de temor santo de Dios, y abrasadme en su divino amor, para que así, siendo imitador vuestro en la tierra, merezca gozar de Dios en vuestra compañía en la gloria.

Propósitos.—Imita á san Luis en huir del mundo, ó si no puedes, en guardar en él el recato en los ojos y sentidos que guardó él en medio de la corte y de las mayores grandezas de la tierra.

24 DE JUNIO

Fiesta de san Juan Bautista.

Preludios.—Mira á san Juan predicando penitencia en el desierto, ó bautizando á Cristo N. S., y pide imitar la humildad del santo precursor de Jesucristo.

PUNTO I

Sobre las grandezas de san Juan Bautista.

Considera que se puede ser grande de tres maneras: grande, delante de sí mismo; grande, delante de los hombres, y grande, delante de Dios. Ser grande delante de sí mismo es ser ciego, ignorante y soberbio, y, por consiguiente, ser nada. Ser grande delante de los hombres, es merecer su estima y aprobación;

mas esta grandeza, aunque tiene mucha apariencia de tal, si se considera de cerca, no es ni real ni verdadera, ya porque los hombres suelen poner la grandeza en cosas viles y bajas, como son las riquezas y los honores falsos, engañándose á sí propios; ya porque se engañan estimando grande lo que no lo es; ya, finalmente, porque hacen de las cosas el aprecio que no merecen, juzgando de ellas por comparación, á la manera que el enfermo, al que no está tan malo como él, le tiene por sano. La grandeza, pues, fundada sobre la estimación de los hombres, es falsa y engañosa; y sólo es verdaderamente grande el que lo es delante de Dios, porque respecto á El todo es pequeño, y El sólo conoce el mérito de sus criaturas.

San Juan no fué grande delante de sí, porque se abatió en la presencia de Dios, considerándose el más despreciable de todos los hombres; y aunque fué grande á los ojos del mundo, que le tomó por el Mesías, como los hombres se engañaron en este juicio, san Juan despreció el juicio del mundo. Mas lo que lo presenta incomparable y digno de admiración, es el haber sido grande delante de Dios, grande en su misión de Precursor, grande en sus virtudes y grande en los servicios que prestó á Jesucristo.

Mírale, primeramente, como Precursor de Cristo. Dios reparte sus gracias, dice san Pablo, pero las ha reunido todas en san Juan Bautista. Fué Patriarca, Profeta, Apóstol, Evangelista, Doctor, Virgen y Anacoreta. Es el último de los Profetas de la antigua ley y el primero de la nueva, y fué por Cristo N. S., por especialísimo privilegio, santificado antes de nacer. Visitóle Jesús en propia persona, cuando todavía estaba en el vientre de su madre; le llenó de su Espíritu; le constituyó su Precursor, su voz, y, si se puede llamar así, en cierta manera su santificador, queriendo que le bautizase en el Jordán y escuchando entre las turbas la palabra de san Juan. ¿Qué cargos hay más honoríficos que éstos?

PUNTO II

Grandeza de sus virtudes

Considera que algunos en el mundo son grandes por las dignidades á que han sido elevados; mas no por esto son grandes en virtud ni en mérito. Por grande que haya sido san Juan por su misión divina, se puede decir con toda verdad, que ha sido más grande aun por sus virtudes. Nos lo persuade así el testimonio del Hijo de Dios, que asegura que entre los nacidos de mujer no ha habido otro mayor que Juan Bautista. Fué tan santo, que cuando vivía le tomaron por el Mesías; y después de su muerte tuvieron á Jesucristo por san Juan Bautista; pues Herodes, oyendo los milagros que obraba Jesús, creyó que había resucitado san Juan. Y para mayor admiración aún, los judíos sabían que el Mesías debía ser de la tribu de Judá, y que haría grandes milagros; y con todo creyeron que Juan era el Mesías, aunque no hacía milagros, ni descendía de la tribu de Judá. Y ¿por qué no tuvieron los mismos sentimientos respecto de Jesucristo que era de la familia de Judá y hacía tantos milagros? ¿Acaso porque reprendía los vicios? También san Juan los reprendía. ¿Acaso porque tenía discípulos? San Juan los tenía también. Pues ¿por qué amaban al uno y aborrecían al otro? Porque los escribas y fariseos envidiaban la gloria y la estimación de Jesucristo; porque se hacía amar de los pueblos, y todos le seguían; porque conversaba y comía con los pecadores, y porque predicaba abiertamente la verdad; y como el demonio conocía que había venido á destruir su imperio, le movió por medio de los judíos una guerra mortal y sangrienta. ¡Qué detestable es la pasión de la envidia, y qué peligroso el impugnar la verdad, y ser víctima del resentimiento y de la venganza!

Pero no te contentes con considerar en común las

virtudes de san Juan: contémplalas en particular, para aprovecharte de sus ejemplos. ¡Qué mortificado en su habitación, en su vestido, y en su comida! El fin de la penitencia es satisfacer por los pecados, sujetar la carne al espíritu, y merecer la gracia de Dios. San Juan no cometió jamás ningún pecado, por lo menos grave, y estuvo lleno de la gracia y del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. ¿Pues por qué hace penitencia? Porque estaba lleno del Espíritu de Dios, que es enemigo de la carne; para tenerla obediente y sujeta; para ser digno ministro del Salvador; para merecer todos los días nuevas gracias, que de ordinario se obtienen por medio de la oración y la penitencia.

Después de haber admirado esta maravillosa unión de la penitencia con la inocencia, considera las otras virtudes, libando como casta abeja de todas estas celestes flores la miel de la devoción al santo Precursor de Cristo. Considera el desprecio que hizo del mundo y de todas sus grandezas. Considera aquella espantosa soledad, en donde se mantuvo tanto tiempo conversando con Dios, antes de tratar con los hombres. Considera aquella grande pureza de vida, que adquirió con oraciones continuas y con un silencio de treinta años. Considera su celo en reprender los vicios de los reyes y de los fariseos, á quienes llamaba raza de víboras. Considera, finalmente, y admira su profunda humildad, que le hizo rehusar la dignidad de Mesías, y confesar en alta voz que no era el Mesías, ni Elías, ni un Profeta, ni aun hombre, sino sólo una voz que clamaba en el desierto. Considera todas estas virtudes, y procura imitarlas. Ve al desierto, escucha la palabra del Precursor y tiembla al oir aquella sentencia que debes grabar en tu alma: "Si no hiciereis penitencia, todos sin remedio pereceréis.,

PUNTO III

Grandeza de san Juan por su amor y fidelidad á Jesucristo.

Considera que puede uno ser grande en virtud sin serlo en dignidad, y ser grande en dignidad sin serlo en virtud; y también puede ser uno grande en dignidad y en virtud, y no serlo en los cargos que desempeña. San Juan, exaltado á grandes oficios ó ministerios, poseyó todas las virtudes en grado eminente. ¿Quieres ver ahora cuán fielmente amó y sirvió á Jesucristo? Pues considera que san Juan fué quien lo bautizó; lo dió á conocer al mundo; protestó de que no era digno de desatar la correa de su zapato; luchó hasta la muerte contra sus enemigos; cuando querían reconocerle por el Mesías, declaró que él no lo era, que el cordero de Dios, que borraría los pecados del mundo, era Jesucristo; aunque deseaba verle se mantuvo en las márgenes del Jordán, sin ir á buscarle, porque su misión le tenía allí, hasta que le bautizase. Vió que le abandonaban sus discípulos, por seguir á Jesucristo, y se llena de júbilo, regocijándose de verle exaltado con su abatimiento, y aun les manda que le dejen, y que vayan en pos de Jesús; sufre finalmente las cadenas y la prisión, y sacrifica su vida por la justicia y por la verdad.

"¿Quién pensáis que será este niño?„, decían las gentes en su nacimiento. "Será grande, porque la mano del Señor está con él„. ¿Eres tú grande delante de Dios, ó delante de ti mismo? ¿Cumples sus preceptos, movido de su Espíritu? ¿No te fías de tus propias fuerzas cuando emprendes alguna obra buena? ¿Pones toda tu confianza en Dios? ¿Te abandonas enteramente en sus manos y bajo su protección? ¿Eres grande en el mundo? ¿Tienes los cargos que Dios te ha dado? ¿Cumples, y los desempeñas con decoro y fidelidad? ¿Qué penitencia haces, habiendo cometido tantos pecados? ¿Amas la soledad, el retiro y el silen-

cio? ¿Huyes de las conversaciones peligrosas? ¿Te anima el celo por la gloria y por los intereses del Hijo de Dios? ¿Eres pequeño á tus ojos? ¿Huyes la vana gloria y buscas el menosprecio? ¿Te alegras cuando los otros prosperan y tienen más acierto que tú? Examínate sobre estos puntos, principalmente sobre la humildad, y persuádete que no serás grande delante de Dios mientras no fueres pequeño á tus propios ojos.

Coloquio.—¡Oh santo Precursor de Cristo, más grande por la humildad que por los sublimes encargos que os confió la Providencia! Gózome en el alma de veros tan humilde con ser de Dios y de los hombres tan honrado. Suplicad al Señor, que os dió tan rara humildad, me dé alguna parte de ella para que no pierda por mi soberbia el bien que Dios me hubiere dado por su gracia. Alcanzadme de quien os quiso tanto, que os santificó en el vientre de vuestra madre, y se dejó bautizar por vos, amor á esa grande humildad que tan grande os hizo, para que, conociendo mi pequeñez, merezca ser grande á los ojos de Dios. ¡Oh alma mía, pues tienes dentro de ti bastante causa de humillación por la mucha pobreza y miseria de tu espíritu, reconoce lo que eres y apócate como mereces, porque cuanto agrada á Dios el rico humilde, tanto le desagrada el pobre soberbio! Y Vos ¡oh Jesús mío!, despertad en vuestra Iglesia muchos imitadores de este soberano Precursor vuestro, que vayan delante de Vos, preparando un pueblo perfecto, predicando vuestra santa ley con celo y misericordia, confirmando con la vida lo que dicen con la palabra, para que cojan fruto copioso de muchas almas que alcancen la vida eterna.

Propósitos.—Persuádete que eres el último de todos, y obra como si lo fueras, y hallarás descanso en tu corazón.

29 DE JUNIO

Fiesta de san Pedro Apóstol.

Preludios.—Oye á Cristo N. S que pregunta á san Pedro, si le ama, y escucha aquella tierna respuesta: «Señor, Tu sabes que te amo.» Pide que puedas decir tú lo mismo con la humildad y verdad con que lo dijo san Pedro.

PUNTO I

Humildad del amor de san Pedro.

Después de haber considerado las gracias y prerrogativas que concedió Jesucristo á san Pedro, de haberle llamado á su servicio mudándole el nombre; de haberle bautizado con sus sagradas manos; de haberle tomado por testigo de las maravillas que obraba, así en público como en privado; de haberle lavado los pies en el cenáculo antes que á los otros; de haberle establecido cabeza de su Iglesia, dándole una potestad universal de atar y desatar, de abrir y cerrar el cielo; de habérsele aparecido primero que á los otros Apóstoles después de su resurrección; de haberle escogido para que uniese el pueblo gentil con el judaico; de haberle conferido el poder de hacer milagros, hasta curar los enfermos con su sombra: después de admirar el honor que Dios dispensó á este pobre pescador, de elevarle á la dignidad de Vicario de Jesucristo; para la consideración en tres propiedades de su amor para edificación y aprovechamiento de tu alma. La primera, que fué humilde; la segunda, que fué ardiente; la tercera, que fué generoso. Refiere todo cuanto hizo á su amor, el cual fué el alma de todas sus virtudes, el principio de todas sus acciones, el fundamento de su mérito, y la causa de su penitencia.

Considera que el amor sin humildad es imprudente, audaz y temerario. San Pedro amó más á Jesucristo, que los otros Apóstoles; y se puede decir, que fué también más amado de Jesucristo, pues á ningún otro le condecoró con tantas gracias y honores,

habiéndole constituído Príncipe, Cabeza, Fundamento y Pastor de toda su Iglesia. Sin embargo, no se ensoberbeció, no se estimó en más que los otros; por el contrario, considerábase como un grande pecador, que no merecía estar en compañía de Jesús. Ya sabes lo que le dijo después de haber hecho aquella grande pesca: "Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador„. Su humildad contrastaba maravillosamente con su caridad. Aquélla le hizo decir: "Señor, apártate de mí„; y ésta le unió de modo con Jesús, que le impelió á decir: "Señor, ¿á quién iremos?„ "Tú tienes palabras de vida eterna„. La humildad de san Pedro se resistía á que Jesucristo le lavase los pies, y de aquí la porfía de aquellas palabras: "Señor, ¿Tú me lavas á mí los pies?„ "No me lavarás los pies jamás„. Mas luego que su buen Maestro le amenazó con su desgracia, obedeció prontamente, y la humildad de un hombre, rindióse á la humildad de un Dios. Por esta misma razón, no quiso ser crucificado con la cabeza en alto, como su Maestro, para mostrarle así muriendo su sumisión y obediencia.

Manifestóse principalmente esta humildad, cuando habiéndole negado, parece que su corazón quería salirse del pecho, deshaciéndose todo en lágrimas, que san Agustín llama, la sangre de un corazón herido. Lloró todo el resto de su vida, haciendo tan rigurosa penitencia, que puede decirse en verdad, que fué para sí mismo el tirano más desapiadado. Los judíos, viendo llorar á Jesucristo en la muerte de Lázaro, se decían unos á otros: "¡Ved, cómo le amaba!„ Si quieres saber lo que san Pedro amaba á su Maestro, mira la abundancia de lágrimas que derramó hasta su muerte.

PUNTO II

Amor ardiente de san Pedro.

Considera que el que no tiene celo, según san Agustín, carece de amor; y la grandeza del amor se

conoce por la grandeza del celo, el cual, en san Pedro, llegó hasta el exceso. Quería saber en la última cena quién era el traidor que había de vender á su Maestro, para cogerle y sacrificarle á su celo por Jesucristo, como dice san Juan Crisóstomo. Este celo le impelió á sacar la espada en el huerto y herir á uno de los que venían á prender á Jesús. Con este celo convirtió tres mil personas en su primera predicación, despreciando la prohibición que le habían intimado los sacerdotes de predicar el nombre de Jesucristo. Este celo era su vida, y porque amaba mucho á su divino Maestro, todo su afán era que todo el mundo lo conociese y amase. Por ese amor sufre, y se cree dichoso en sufrir por el nombre de Jesús; y Pedro, el que antes temblaba á la vista de una criada, hoy desafía el furor de todos los príncipes y grandes de la tierra. En fin, este celo le hizo emprender tantos viajes, instruir tantos pueblos, fundar tantas iglesias, sufrir tantos trabajos, y pasar á Roma para confundir á Simón Mago y plantar la verdadera fe, y dar, por último, la vida por su divino Maestro.

¿Es tu celo ardiente, como el de Pedro, por la gloria de Cristo? ¿Estás dispuesto á padecer por El? ¿Le niegas, con las palabras ó las obras, cuando la ocasión se presenta? Si así no amas, tu amor no es, ciertamente, el que se merece Jesús.

PUNTO III

Generosidad del amor de san Pedro á Jesucristo.

Considera, en suma, que su amor fué generoso, sufriendo cadenas, castigos, y el suplicio de la cruz, por semejarse á su Maestro y darle muestras de su valor. No cabe mayor generosidad. Empezó por dejarlo todo apenas oyó la voz de Cristo, y seguirle á ciegas y adonde quiera que iba. Ningún sacrificio le parecía duro, y de puro generoso rayó en la temeridad, y por eso cayó, para que no presumiese más de sí. Como su fe en Cristo era la más viva, su amor,

hijo de la fe, fué el más generoso de todos los Apóstoles y Cristo N. S. premió su fe y su amor, haciéndole piedra fundamental de su Iglesia. Tres veces le examinó el Señor de la ciencia del amor, y señal de que le encontró firme en el amor, es que le encargó que apacentase sus corderos y sus ovejas.

Vuelve ahora á ti mismo. Después de hacer una protestación de tu fe, que debes querer sea enteramente conforme á la de san Pedro, obsérvate si también estás acorde en su amor. Escucha al Hijo de Dios, que te dice: "¿Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos?„ ¿Me amas tanto como este Apóstol? ¿Tu amor es humilde y obediente como el suyo? ¿Es tierno y sensible al dolor? ¿Es fervoroso y animado del celo? ¿Es generoso, constante y fiel hasta la muerte, y muerte de cruz? Puedes responder con este Apóstol: "Señor, vos sabéis que os amo.„ ¡Ah! eres soberbio; no amas, pues, á Jesús. Pecas y no haces penitencia de tu pecado; no amas, pues, á Jesús. Ves que le ofenden, y lo consientes, y no lo impides, y te unes á los que le ofenden, y sólo vives celoso de tu gloria y de tu reputación; no amas, pues, á Jesús. Eres cobarde, delicado; corres en busca de los deleites sensibles, y no quieres sufrir cosa alguna; no amas, pues, á Jesús. Pues mira que dice san Pablo: "Si alguno no ama á Jesucristo N. S., sea anatema.„

Coloquio.—¡Oh glorioso Apóstol! ¡Oh Padre! ¡Oh Pastor de todos los cristianos! ¡Cuál es mi admiración, cuando os veo por las calles de Jerusalén curar con la sombra de vuestro cuerpo á los enfermos, que exponían por donde pasabais! Empero quedo absorto de asombro al considerar, que tan pobre y débil, vais intrépidamente á establecer vuestro trono en la capital del mundo. ¡Por cuán venturoso me tengo de contarme entre vuestros hijos, y por una de vuestras ovejas! Declaro y protesto, delante del cielo y de la tierra, que os reconozco por el Vicario del Hijo de Dios, por la Cabeza y Pastor de toda la Iglesia; y

pues, vuestra fe y vuestro amor, os han merecido una dignidad tan preeminente, hacednos sentir los efectos de vuestra caridad, ahora que se halla en su perfección en el cielo, y no como la nuestra, entre las tinieblas de la fe. Que yo protesto entre el cielo y la tierra, que siempre y en todo, quiero vivir y morir unido á la cátedra de san Pedro, que quiero seguir su doctrina, y morir en su santa fe y comunión.

Propósitos.—Muestra el amor que tienes á Cristo, no sólo con palabras, sino trabajando para Cristo, y muriendo si es preciso por El, como el apóstol san Pedro.

FIESTA DEL DULCISIMO CORAZÓN DE MARIA

(Domingo después de la Octava de la Asunción.)

Preludios.—Mira el Corazón purísimo de María como un sol que ilumina toda la tierra con los rayos de sus virtudes, y pídele gracia para conocer los tesoros de virtud y de bondad que encierra ese dulcísimo Corazón.

PUNTO I

El purísimo Corazón de María es el más semejante, por la gracia, al Corazón de Jesús.

Considera que Dios desde la eternidad, tenía determinado para la salvación de los hombres, que el Verbo se hiciera carne en las purísimas entrañas de una Virgen, que habría de darle á luz sin detrimento de su inmaculada pureza y criarle á sus virginales pechos, siendo por estas condiciones inherentes á la maternidad, el principio de la vida humana y sensible del Hijo de Dios. Pondera el exquisito cuidado con que el Padre Eterno formaría el alma de la que había escogido para madre de su Hijo, y cómo comenzó por preservarla desde el primer instante de su ser natural de la mancha del pecado original, siendo esta gracia especialísima, como la fuente de todas las demás y la mejor de todas, pues aun antes de haberse llevado á término la redención del linaje humano, Ma-

ría ya estaba redimida, con una redención más noble que es la que preserva de la caída, y por aquella gracia tan extraordinaria vino al mundo exenta de pecado y de las responsabilidades que el pecado engendra.

De aquí podrás deducir sin esfuerzo alguno, que no habiendo criatura tan unida al Verbo divino, ni en la mente de Dios, ni en su destino, tampoco la hay que por la gracia se asemeje á Jesucristo tanto como María. El corazón de esta amorosa Madre ha de ser, pues, el más semejante que exista al sacratísimo Corazón de Jesús, pues mientras estuvo en las entrañas de María, recibió del Corazón de la Virgen santísima su sangre y todos los elementos de la vida humana y sensible.

Ahora bien; si consideras que el Corazón de Jesús es el modelo único de toda perfección, como formado por Dios mismo, has de deducir que después de él no puede haber otro tan perfecto como el Corazón de María, que fué, por decirlo así, el boceto trazado por Dios para formar el Corazón de su divino Hijo, como lo declara san Agustín al manifestar que en el Corazón de María quiso Dios hacer el ensayo del Corazón de Jesús, así como según Tertuliano, al crear al primer hombre, quiso hacer el ensayo del Cristo futuro.

Un ingenio de la antigüedad imaginó una bella ficción, según la que la naturaleza, queriendo hacer el lirio, rey de los valles, quiso antes ensayarse en otra flor é hizo la azucena. Del mismo modo puede decirse que Dios, antes de formar el Corazón de Jesús, quiso producir el de María, así como al sol precede la aurora, y de aquí estas palabras de la Sagrada Escritura: "Tú fabricaste la aurora y el sol, que muy bien pueden ser figura de la formación del purísimo Corazón de María, á modo de aurora del sol resplandeciente del sacratísimo Corazón de Jesús.

Además, es el más semejante en gracia, porque el Corazón de Jesús es el manantial de toda gracia, pero

al Corazón de María le alcanzó tanta, que el ángel llamóla llena de gracia, y tiene tanta, que la de todos los santos y ángeles juntos, es menor que la suya y eso ya en su concepción. Porque claro, que si el corazón es el compendio del hombre, y todo hombre es lo que es su corazón, las infinitas gracias y privilegios de María que sólo reconocen superiores en el Corazón de Jesús, se compendian todas en el Corazón de María. Admírate de tantas grandezas, y sabiendo que es el Corazón de tu Madre, anímate al amor y á la confianza en aquella Virgen que Dios ha puesto para que sea vida, dulzura y esperanza de todos los hombres.

PUNTO II

El Corazón de María el más semejante por las virtudes al Corazón de Jesús.

Considera que si el Corazón purísimo de María es el que tiene mayor semejanza con el sacratísimo Corazón de Jesús por la gracia, es igualmente el más semejante á ese deífico Corazón por las virtudes, y como la base de todas ellas es la humildad, examinada la del purísimo Corazón de María, tendrás el compendio de todas las demás en que sobresalió sobre toda ponderación, la Virgen santísima, asemejándose en ellas á su divino Hijo cual ninguna criatura podía asemejársele.

Para ello, considera en qué consistió esa humildad en el sacratísimo Corazón de Jesús, y si el temor de escudriñar tan elevados misterios no te detuviera, desde luego dirías que la forma más alta de la humildad del Corazón de Jesús consiste en la Encarnación: no sólo porque el Verbo se abaja hasta el hombre, sino porque la humanidad destituída de toda acción propia deja obrar á la divinidad, siendo causa la unión hipostática de que la humanidad no viva, ni subsista por sí misma, sino por el Verbo, que viene á ser su vida y principio de sus acciones.

Y ese estado de anonadamiento consentido y querido es la expresión más perfecta de la humildad que consiste en no ser nada, para que Dios lo sea todo y en serlo todo por Dios.

¿Pero quién sino María imitó hasta un grado tan perfecto esa virtud del corazón, en lo que la abate y en lo que la eleva y ensalza? María ve que el ángel la ensalza llamándole llena de gracia, ve que todo un Dios estaba enamorado de ella, y tan alta elevación la abisma en lo profundo de su nada. "He aquí la esclava del Señor—exclama.—Hágase en mí según tu palabra,. Compara estas frases con la soberbia del ángel, que quiso ser el primero, y la soberbia le hizo el último, y admira la humildad de la santísima Virgen que quiere ser esclava y por esta humildad llega á ser Madre de Dios, y tan semejante á El, que ella misma le ha formado á su semejanza. San Bernardo, enamorado de esa maravillosa humildad, dice que por ella era justo que llegase á ser Madre de Dios, y san Agustín, san Juan Damasceno y otros Padres de la Iglesia están conformes en declarar que el momento de la elevación de María á la divina maternidad fué cuando dijo: "He aquí la Esclava del Señor,. Esas palabras subieron hasta el trono de Dios y le robaron el corazón. ¿Y por qué esas palabras y no otras? Porque María, al pronunciarlas, entraba en la perfecta imitación del Eterno Padre que produce al Verbo por el conocimiento de sus perfecciones. La viva y substancial imagen que forma de lo que tiene dentro de sí y que llamamos Verbo, es su único Hijo, y de aquí que debiendo concebir y dar á luz al mismo único Hijo del Padre, imite la Madre la manera de proceder del Padre. Contempla á María y conoce, no su ser, sino su nada como criatura; no su grandeza como Señora, sino su bajeza como esclava, y conociendo esto, concibe la eterna verdad que es el Hijo de Dios, y de este modo su humildad la anonada y ensalza á un tiempo mismo. El mismo Cristo ha declarado es-

te doble nacimiento con las siguientes palabras: "Yo soy el primero y el último... El primero, porque he nacido del Padre por el conocimiento de su grandeza; el último, porque he sido engendrado por mi Madre por el conocimiento de su nada. Es la Madre un ser corruptible, y esto no obstante, Jesús es igualmente Dios cuando sale del seno de su Madre, anonadado en lo profundo de su humildad, como cuando es engendrado eternamente por el Padre entre nubes de gloria.

La humildad del Corazón de María es la copia más acabada de la humildad del Corazón de Jesús, y en ella está la verdadera grandeza de la santísima Virgen, pues todos los privilegios de su Concepción, de su maternidad, de su nobleza y de su hermosura proceden del Corazón, que es el foco de su amor, el ara de sus sacrificios y el sagrario, en una palabra, del adorable Corazón de Jesús. Y si de la humildad pasas á la bondad, á la mansedumbre, á la pureza, á las virtudes todas que constituyen la santidad, verás que no hay ni puede haber corazón más semejante al de su Hijo que el de María. Porque las virtudes todas son fruto y obra de la gracia, porque la santidad consiste precisamente en asemejarse á Cristo N. S. por la imitación de sus virtudes, y porque sería injuriar al Hijo el suponer que con alguna criatura ha sido más generoso que con aquella de la que tomó hasta la sangre que anima y vivifica su sacratísimo Corazón. ¡Oh María, espejo de toda justicia y trono de toda santidad!, dame á conocer los tesoros que encierra tu Corazón para que te ame sobre todas las cosas después de tu divino Hijo Jesús.

PUNTO III

El Corazón de María el más semejante por su misericordia al Corazón de Jesús.

Considera, en primer lugar, que así como Cristo vino al mundo por María, del mismo modo tienen todos los hombres que volver á Dios por Ella, y por

eso se la llama casa, puerta y escala. Casa, por la Concepción del Verbo; puerta, por su Nacimiento, y escala, porque por Ella hemos de subir á la gloria, pues habiendo por Ella recibido la gracia, por Ella hemos de recibir sus aplicaciones.

Piensa, además, que el Corazón de Jesús es la fuente de donde todas las gracias dimanan; pero esa fuente necesita un canal, que es el Corazón purísimo de María, cuya misericordia es copia fiel de la misericordia del Corazón de Jesús, y aun tiene algo que hace esa misericordia singularísima y nacida del propio Corazón de María, pues si Jesús se inmoló por amor á los hombres, María, por ese mismo amor, consintió en la inmolación de su Hijo, sacrificio para una madre más que el de la propia vida, pues no hay una madre digna de este nombre que no esté dispuesta mil veces á perder la existencia antes que consentir que padezca el fruto amado de sus entrañas. Y María, no sólo lo consintió, sino que le crió para que su divino Hijo padeciera y muriera por los hombres, y para que á nadie pudiera caberle el más leve asomo de duda acerca de este acto de abnegación sublime, á pocos días del Nacimiento del Verbo hecho carne ratificó de una manera pública el compromiso de entregarle á la muerte para la salvación de los hombres, al escuchar la profecía del anciano Simeón, en que aquella muerte fué anunciada, haciendo ver á la Virgen Madre, de una manera anticipada, el cúmulo de dolores que, como cruel espada, habían de atravesar su Corazón cuando llegase la hora en que su Hijo amado sufriera Pasión y muerte para libertar á los pecadores de la esclavitud del demonio.

Mira, pues, si cabe mayor semejanza en punto á misericordia entre el Corazón de Jesús y el de María. Jesús se sacrifica por los hombres, dándoles su propia vida y María entrega para el mismo fin mucho más que su vida, pues entrega la vida de su Hijo tanto más amado cuanto que no se trataba sólo d

un hijo, según la carne, sino de un Hijo divino, hacia el que sentía además de la ternura propia de una Madre, el amor más puro que jamás criatura alguna haya sentido por su Creador.

Abre tu pecho á la esperanza, ¿porque quién puede temer teniendo tal Madre? Pues María lo es tuya, y por hijo te adoptó en la persona del discípulo Juan al pie de la cruz Acude, pues, á su Corazón amantísimo, que sólo por este medio obtendrás las gracias y virtudes de que tanto necesitas, ya que toda gracia viene á la tierra por Dios á Jesucristo, por Jesucristo á María y por María á los hombres. Piensa, por último, para alentarte á acudir á ese purísimo Corazón, que María desde la Encarnación del Hijo de Dios tiene cierta jurisdicción sobre el Corazón de su Hijo, y por eso es con justicia llamada Refugio de los pecadores y consuelo de los afligidos, pues su intercesión es decisiva y poderosa, si tu voluntad no opone á ello tenaz resistencia para que Dios te perdone todas tus culpas y te socorra en todas tus necesidades, según mejor convenga á la salvación de tu alma.

Coloquio.—¡Oh Corazón misericordioso de la Reina más compasiva, de la Madre más tierna y de la Abogada más poderosa, conducto por el que se comunican á los hombres todas las gracias del cielo! ¿Es posible que tanto tiempo haya estado alejado de ese abundantísimo raudal de todas las bondades? Perdonadme, Madre mía, y haced que de hoy en adelante acuda incesantemente á vuestro purísimo Corazón, donde Jesús ha depositado todos los tesoros de sus misericordias. Derramadlas sobre este pobre hijo vuestro, para que imitadas las virtudes de vuestro Corazón y bebiendo á raudales del torrente de sus gracias, logre mi corazón parecerse al vuestro en las virtudes y en los merecimientos.

Propósitos.—Refúgiate como en puerto de salvación en todos tus peligros en el purísimo Corazón de tu Madre.

INDICE

TIEMPO PASCUAL

DOMINGO DE PASCUA.—**De la gloriosa resurrección de Cristo N. S.** 5

I. El milagro de la resurrección de Cristo N. S.—II. La resurrección de Jesucristo N. S., recompensa digna de su Pasión y de su muerte.—III. De los efectos maravillosos de la resurrección de Cristo N. S. en el mundo.

LUNES DE PASCUA.—**Gloria de Jesucristo en su resurrección** 12

I. El alma de Jesucristo glorificada en su resurrección.—II. El cuerpo de Jesucristo glorificado en su resurrección.—III. La divinidad del Salvador glorificada en su resurrección.

MARTES DE PASCUA.—**La resurrección de Jesucristo fundamento de nuestra fe, motivo de nuestra esperanza y estímulo de nuestra caridad...** 17

I. La resurrección de Jesucristo, fundamento de nuestra fe.—II. La resurrección de Jesucristo, motivo de nuestra esperanza.—III. La resurrección de Jesucristo, estímulo de nuestro amor.

MIÉRCOLES DE PASCUA.—**La resurrección de Jesucristo modelo de la nuestra** 22

I. Jesucristo en su resurrección, modelo de nuestra resurrección espiritual.—II. Jesucristo modelo de perfectísima resurrección.—III. De tres causas que impiden que resucitemos verdaderamente con Cristo.

JUEVES DE PASCUA.—**De la resurrección espiritual de nuestras almas** 26

I. De la resurrección de nuestras almas.—II. Que nuestra resurrección espiritual debe ser perfecta.—III. Nuestra resurrección espiritual debe ser perpetua.

VIERNES DE PASCUA.—**De las condiciones de nuestra resurrección espiritual** 31

I. La primera condición de nuestra resurrección espiritual es estar

verdaderamente convertidos.—II. La segunda condición de nuestra resurrección espiritual es aparecer convertidos á los ojos del mundo.—III. Motivos que tenemos para dar público testimonio de nuestra resurrección espiritual.

SÁBADO DE PASCUA.—**Del gozo espiritual que debe obrar en nuestras almas el misterio de la resurrección de Cristo N. S.** 38

I. Motivos de alegría espiritual en este misterio.—II. Sobre el gozo espiritual.—III. Sobre las condiciones para poseer el gozo espiritual del alma.

PRIMERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO PRIMERO DESPUÉS DE PASCUA.—**De la aparición de Cristo á su santísima Madre** 43

I. Aparécese Jesucristo resucitado á su santísima Madre.—II. De la alegría de la Virgen santísima al ver su Hijo resucitado.—III. De los tres medios de que se vale nuestro Señor para manifestarse á las almas y consolarlas.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA.—**De la visita de las santas mujeres al sepulcro de Cristo N. S.** 49

I. Las santas mujeres que van al sepulcro de Jesucristo nos enseñan cómo debemos amarle.—II. Los ángeles que se aparecen á las santas mujeres, nos enseñan cómo debemos buscar á Jesucristo.—III. Los ángeles hacen entrar á las santas mujeres en el sepulcro de Cristo, para enseñarnos que debemos sepultarnos con El, si queremos resucitar con El.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA.—**De la aparición de Jesús resucitado á María Magdalena** 56

I. María Magdalena mereció por su amor que Jesucristo se le apareciera antes que á las demas santas mujeres.—II. Cómo premió Jesucristo la constancia del amor de María Magdalena.—III. Cómo obra Jesucristo en los corazones que le aman.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA.—**De los maravillosos efectos del amor divino, representados en María Magdalena** 61

I. El amor divino, personificado en María Magdalena, busca á Cristo.—II. Las lágrimas de María Magdalena encuentran á Cristo.—III. Cómo Jesús paga el amor y las lágrimas de María Magdalena.

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA.—**De la aparición de Jesucristo resucitado á las santas mujeres** 68

I. Jesús se aparece á las santas mujeres.—II. De qué modo correspondieron las santas mujeres á la aparición de Jesús.—III. De las diferentes maneras que Jesucristo tiene de aparecérsenos.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA.—**Por qué Cristo N. S.**

conservó después de su resurrección las señales de sus llagas sacratísimas..... 74

I. Las llagas de Jesús motivo de confianza para los pecadores.—II. Las llagas de Jesús motivo de amor para todos los hombres.—III. Las llagas de Jesús motivo, el día del juicio, de esperanza para los buenos, y de desesperación para los malos.

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA.—**De los frutos que se siguen de la meditación de las llagas gloriosas de Cristo N. S**..... 79

I. Primer fruto.—La necesidad de padecer con Cristo.—II. Segundo fruto.—El consuelo de padecer como Cristo.—III. Tercer fruto.—La gloria de sufrir por Jesucristo.

SEGUNDA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO SEGUNDO DESPUÉS DE PASCUA.—**El buen Pastor**.. 83

I. El buen Pastor conoce á sus ovejas.—II. El buen Pastor apacienta sus ovejas.—III. El buen Pastor da la vida por sus ovejas.

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**Sobre las cualidades de las ovejas del buen Pastor**..... 88

I. Las ovejas conocen al buen Pastor.—II. Las ovejas de Cristo siguen al buen Pastor.—III. Las ovejas de Cristo aman al buen Pastor.

MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**Aparécese Cristo resucitado al apóstol san Pedro**..... 94

I. De la incredulidad de los Apóstoles en creer á las santas mujeres.—II. Del fervor de san Pedro y san Juan en correr hacia el sepulcro.—III. De la aparición á san Pedro.

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**De la aparición á los discípulos de Emmaús**..... 99

I. De cómo se apareció Jesús á los dos discípulos de Emmaús.—II. Conversa Jesús amigablemente con los dos discípulos.—III. Cómo Jesús les explicó las Sagradas Escrituras.

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**El misterio de la cruz, expuesto por Jesús á los dos discípulos**..... 104

I. El misterio de la cruz.—II. Por qué convenía que el Hijo de Dios sufriese, y así entrase en su gloria.—III. La cruz y la gloria.

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**Los discípulos de Emmaús invitan á Jesús á quedarse con ellos**..... 108

I. Invitan los discípulos á Jesús á quedarse con ellos.—II. De cómo y porqué no conocían á Jesús sus discípulos.—III. «¡Señor! quédate con nosotros.»

SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA.—**De cómo los discípulos de Emmaús reconocieron á Jesús en la partición del pan**..... 112

I. Jesús en la casa de sus discípulos.—II. Cómo los discípulos conocieron al Señor en el partir del pan.—III. De la desaparición del Señor.

TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO TERCERO DESPUÉS DE PASCUA.—**El Patrocinio de san José**..... 117

I. Del valimiento de que goza en el cielo san José.—II. Del uso que está dispuesto san José á hacer de su poder en favor nuestro.—III. Cómo podemos asegurarnos más la protección de san José.

LUNES DE LA TERCERA SEMANA.—**De la aparición á los Apóstoles el mismo día de la resurrección**..... 122

I. Cómo Jesús se apareció á los Apóstoles.—II. De lo que dijo Jesús á sus Apóstoles.—III. Cómo Jesús pidió de comer á sus discípulos, y comió con ellos.

MARTES DE LA TERCERA SEMANA.—**«La paz sea con vosotros»**..... 127

I. De la paz interior considerada en sí misma.—II. Del principio de la paz espiritual.—III. De los efectos de la paz espiritual.

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA.—**Sobre las condiciones de nuestra paz**..... 132

I. La paz con Dios consiste en el cumplimiento de su voluntad.—II. La paz con el prójimo consiste en la verdadera y sólida caridad.—III. La paz con nosotros consiste en la lucha constante con nosotros mismos.

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA.—**De cómo Cristo dió á sus Apóstoles el Espíritu Santo y la potestad de perdonar los pecados**..... 137

I. «Como mi Padre me envió, yo también os envío».—II. «Recibid el Espíritu Santo».—III. Da Jesús á sus discípulos potestad de perdonar los pecados.

VIERNES DE LA TERCERA SEMANA.—**De la bondad de Jesús en dar á los Apóstoles el poder de perdonar los pecados**..... 142

I. De la bondad de Cristo N. S. en la institución del sacramento de la Penitencia.—II. De las virtudes excelentísimas que se ejercitan en este sacramento.—III. De las gracias que concede Dios N. S. en el sacramento de la Penitencia.

SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA.—**Del modo de recibir dignamente el sacramento de la Penitencia**..... 148

I. Del primer acto de la confesión, ó sea del dolor de los pecados.—II. Del segundo acto, que es la confesión.—III. Del tercer acto, ó sea la satisfacción.

CUARTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO CUARTO DESPUÉS DE PASCUA.—**Jesús se aparece á los Apóstoles, estando presente santo Tomás...** 155

I. De la incredulidad de santo Tomás.—II. Conducta de nuestro Señor con santo Tomás.—III. De la confesión de santo Tomás.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA.—**De la aparición á los discípulos que pescaban en el mar de Tiberiades....** 162

I. Los Apóstoles en el lago de Tiberiades.—II. Aparécese Jesús á los discípulos sin ser conocido de ellos.—III. Reconocen los discípulos á Jesús.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA.—**Jesús pregunta tres veces á san Pedro si le ama, y después de confiarle sus ovejas, le predice el martirio.....** 168

I. Jesús pregunta á san Pedro si le ama.—II. Jesús pregunta tres veces á san Pedro si le ama.—III. Jesús predice á san Pedro el martirio, para mostrarle á qué grado debe llegar su caridad.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA.—**De nuestra adhesión inquebrantable á la cátedra de san Pedro.....** 174

I. La dignidad de san Pedro y sus sucesores, pide nuestra veneración.—II. La dignidad del Pontificado, pide nuestro amor más ardiente.—III. La dignidad de san Pedro y sus sucesores, por la autoridad que en sí encierra, pide nuestra sumisión y obediencia.

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA.—**De la aparición á todos los discípulos en el monte de Galilea, y de las cosas que les mandó y promesas que les hizo....** 182

I. Jesucristo manda á los Apóstoles á enseñar á todas las gentes y á predicar el Evangelio á toda criatura.—II. Manda Jesús á los Apóstoles bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.—III. Manda Jesús á los Apóstoles que enseñen á los fieles á guardar todo lo que El les había mandado.

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA.—**De la promesa que hizo Cristo N. S. á sus discípulos de estar con ellos hasta el fin del mundo.....** 188

I. De las causas porque Cristo N. S. hizo á sus discípulos tan regalada promesa.—II. De la excelencia y grandeza de esta divina promesa.—III. De la duración de esta promesa de Cristo N. S.

SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA.—**Aparécese Cristo N. S. á los Apóstoles el mismo día de la Ascensión.....** 193

I. Despídese Jesús de sus discípulos.—II. Promete Cristo N. S. la venida del Espíritu Santo.—III. Cómo Cristo sacó á sus discípulos fuera de Betania, y los llevó al monte de las Olivas.

QUINTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO QUINTO DESPUÉS DE PASCUA.—**De los motivos que tuvo Cristo N. S. para dejar á sus discípulos y subir á los cielos**..... 197

I. De las causas de la Ascensión de Jesucristo á los cielos.—II. El misterio de la Ascensión debe aumentar la fe, la esperanza y la caridad de los amantes de Cristo.—III. De otros motivos de este soberano misterio.

LUNES DE LA QUINTA SEMANA.—**De las lecciones maravillosas que nos da Cristo N. S. en su subida á los cielos**..... 203

I. Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña que el término de nuestras aspiraciones debe ser el cielo.—II. Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña cuál es la felicidad del cielo.—III. Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña el camino por donde podemos y debemos subir al cielo.

MARTES DE LA QUINTA SEMANA.—**De las razones que nos obligan á desprendernos de la tierra para seguir á Jesucristo en el cielo**..... 209

I. Jesucristo nos invita y nos ayuda á que, desprendiéndonos de la tierra, le sigamos con el corazón hasta el cielo.—II. Jesucristo, con su gracia, nos quita los obstáculos que impiden que le sigamos al cielo.—III. Ceguedad y torpeza de los hombres que se niegan á seguir á Jesús.

MIÉRCOLES DE LA QUINTA SEMANA.—*(Rogativas.)*—**La oración nos es necesaria en todo tiempo, pero sobre todo, estando Cristo N. S. próximo á dejarnos para subir al cielo**..... 213

I. La oración es necesaria en todo tiempo.—II. La oración es necesaria, sobre todo en determinados momentos.—III. Si hay algún tiempo en que más especialmente debamos dedicarnos á la oración, es el presente.

JUEVES DE LA QUINTA SEMANA.—**De la gloriosa Ascensión de Cristo N. S. á los cielos**..... 220

I. Despídese nuestro Señor de sus discípulos.—II. De la gloriosa Ascensión de Cristo.—III. Cómo desapareció Cristo N. S. detrás de una nube que lo oculta de los discípulos.

VIERNES DE LA QUINTA SEMANA.—**De la triunfante entrada de Jesucristo en el cielo**..... 226

I. Del glorioso triunfo con que entró en el cielo Cristo N. S.—II. Siéntase Jesucristo triunfador glorioso, á la diestra del Eterno Padre.—III. Jesucristo, Rey y Señor de cielos y tierra.

SÁBADO DE LA QUINTA SEMANA.—**De la felicidad inmensa**

de la gloria, á la que nos convida en su Ascensión Jesucristo N. S. 233

I. Felicidad eterna que gozan los santos con su memoria.—II. De la felicidad del entendimiento.—III. De la felicidad eterna de la voluntad.

NOVENA DEL ESPÍRITU SANTO

DÍA PRIMERO.—**Del recogimiento de los Apóstoles en el cenáculo hasta la venida del Espíritu Santo.** 239

I. La oración de los Apóstoles en el cenáculo.—II. De las causas y motivos de la oración de los Apóstoles en el cenáculo.—III. Por qué dilató Cristo N. S. diez días la venida del Espíritu Santo.

DÍA SEGUNDO.—**De la elección de san Matías al apostolado** 245

I. De la providencia de Dios en el gobierno de su Iglesia.—II. De la maravillosa unión y concordia que hubo en la elección de san Matías.—III. Por qué escogió Dios a san Matías para el apostolado.

DÍA TERCERO.—**Del soberano beneficio que nos hace Dios en darnos el Espíritu Santo.** 250

I. Quién nos hace este soberano don de enviarnos al Espíritu Santo.—II. De los fines por los que la santísima Trinidad nos envía el Espíritu Santo.—III. De la infinita grandeza de este soberano don.

DÍA CUARTO.—**Sobre algunas circunstancias que acompañaron la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles** 255

I. Sobre las circunstancias de lugar, tiempo y día de este maravilloso misterio.—II. De las circunstancias del sonido y viento impetuoso.—III. De otros misterios encerrados en lo que ocurrió en este día.

DÍA QUINTO.—**De otras circunstancias que acompañaron la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles** 260

I. Aparecen lenguas de fuego sobre las cabezas de los Apóstoles.—II. Todos los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo.—III. «Y comenzaron á hablar en varias lenguas».

DÍA SEXTO.—**De la vida excelentísima que el Espíritu Santo inspiró á los primeros cristianos** 265

I. Vida de fervor de los primeros cristianos.—II. Del espíritu de pobreza de los primitivos cristianos.—III. Del espíritu de unión y caridad de los primitivos cristianos.

DÍA SÉPTIMO.—**De las obras maravillosas que por me-**

dio de los Apóstoles hizo el Espíritu Santo el dia de Pentecostés..... 270

I. De los efectos que causó la venida del Espíritu Santo en la muchedumbre.—II. Escarnecen algunos á los Apóstoles, y son reprendidos por san Pedro.—III. Maravilloso sermón del apóstol san Pedro, y conversión de muchísimos oyentes.

DÍA OCTAVO.—De los siete dones que da el Espíritu Santo á las almas justas..... 275

I. De los oficios y fines de los siete dones del Espíritu Santo.—II. Los dones del Espíritu Santo son armas maravillosas contra las tentaciones.—III. Los dones del Espíritu Santo, medio admirable para lograr las virtudes.

DÍA NOVENO.—*(Domingo de pentecostés.)*—De las causas y efectos de la venida del Espíritu Santo.... 281

I. De las causas de la venida del Espíritu Santo.—II. Para qué envió Dios al Espíritu Santo.—III. De los efectos que produjo la venida del Espíritu Santo.

NOVENA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

DÍA PRIMERO.—Del ser de Dios..... 287

I. Las criaturas todas nos hablan de Dios y cantan su gloria.—II. La máquina maravillosa del hombre prueba también el ser de Dios.—III. El mismo desorden moral y material del mundo nos habla de Dios.

DÍA SEGUNDO.—De la infinidad é incomprensibilidad de Dios..... 292

I. De la manera de formarnos alguna idea de la infinidad de Dios.—II. Las perfecciones de Dios son infinitas é incomprensibles.—III. Del beneficio que nos hizo Dios en revelarnos la infinidad de su ser.

DÍA TERCERO.—De la bondad infinita de Dios en comunicarse á sus criaturas..... 296

I. De la suma inclinación que tiene Dios á hacer bien á sus criaturas.—II. De los modos cómo se comunica Dios á las criaturas.—III. De otro excelentísimo modo de comunicarse Dios en su bondad á nuestras almas.

DÍA CUARTO.—De la inmensidad de Dios y su presencia en todas partes..... 301

I. De la presencia de Dios en todas partes.—II. Del modo cómo está Dios en todas partes.—III. Del modo especialísimo cómo está Dios en el alma de los justos.

DÍA QUINTO.—De la providencia de Dios..... 307

I. De la providencia de Dios y de sus maravillosas cualidades.—II. De los infinitos bienes que se encierran en la providencia de Dios.—III. De la bondad infinita de la providencia de Dios para con los hombres.

DÍA SEXTO.—**Del infinito amor de Dios para con los hombres**..... 312

I. De la grandeza de este amor.—II. Universalidad de este amor.—III. Perfección de este amor.

DÍA SÉPTIMO.—**De la infinita perfección de Dios**..... 317

I. La perfección de Dios encierra la de todas las criaturas.—II. De qué modo están en Dios las perfecciones de las criaturas.—III. De la simplicísima unidad de las perfecciones de Dios.

DÍA OCTAVO.—**De la infinita santidad de Dios**..... 322

I. De las excelencias infinitas de la santidad de Dios.—II. De la pureza infinita de la santidad de Dios.—III. Del origen infinito de la santidad de Dios.

FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

De la unidad de esencia en Dios, y de la trinidad en Personas..... 326

I. De la unidad de la esencia divina.—II. De la trinidad de las Personas divinas.—III. De la unidad de la esencia y de la trinidad de las Personas.

TRIDUO DE PREPARACIÓN

PARA LA FIESTA DEL CUERPO

DÍA PRIMERO.—**El santísimo Sacramento de la Eucaristía es memorial de las grandezas de Dios**..... 333

I. La Eucaristía, compendio de las grandezas de la divinidad.—II. La Eucaristía, compendio de las atributos de Dios.—III. La Eucaristía, compendio de las obras de la omnipotencia divina.

DÍA SEGUNDO.—**El santísimo Sacramento de la Eucaristía, memorial de los oficios, virtudes y beneficios de Cristo N. S.**..... 337

I. La sagrada Eucaristía, memorial de los oficios que en el mundo ejercitó Cristo N. S.—II. La sagrada Eucaristía, memorial y suma de las virtudes de Cristo.—III. La sagrada Eucaristía, memorial y suma de los beneficios de Cristo N. S.

DÍA TERCERO.—**El santísimo Sacramento de la Eucaristía, memorial de la Pasión y muerte de Cristo N. S.** 342

I. De la bondad de Cristo N. S. en instituir este Sacramento en memoria de su Pasión.—II. Por qué quiso Cristo N. S. quedarse El mismo para ser memoria de su Pasión.—III. Por qué quiso Cristo N. S. quedar en especies de pan y vino.

Festividad del santísimo Cuerpo de Cristo..... 347

I. De la generosidad infinita del amor de Jesucristo en la Eucaristía.—II. De la fortaleza del amor de Jesucristo en la Eucaristía.—III. De la ternura del amor de Jesucristo en la Eucaristía.

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DÍA PRIMERO.—**El Corazón de Jesús, amigo del hombre.** 353

I. Jesucristo se hizo hombre para dar su Corazón al hombre.—II. Cualidades de la amistad del Corazón de Jesús.—III. Cómo debe corresponder el hombre á la amistad que el Corazón de Jesus le profesa.

DÍA SEGUNDO.—**Jesucristo, hermano del hombre**..... 359

I. De la infinita misericordia de Jesucristo al hacerse nuestro hermano.—II. Jesucristo, para hacernos hermanos suyos, nos ha comunicado su naturaleza divina.—III. Jesucristo, al hacerse nuestro hermano, nos hizo coherederos de la gloria de su Eterno Padre.

DÍA TERCERO.—**Jesucristo, maestro de los hombres**.... 365

I. De la excelencia de Jesucristo como maestro.—II. De la excelencia de la doctrina que Jesucristo enseña.—III. Efectos de la enseñanza de Cristo.

DÍA CUARTO.—**El Corazón de Jesús, ejemplar divino de los hombres**..... 371

I. Jesucristo se nos propone por ejemplo para que le imitemos.—II. Efectos de la imitación de Jesucristo.—III. La imitación del Corazón de Jesús, señal de predestinación.

DÍA QUINTO.—**Jesucristo, médico de las almas**..... 378

I. Jesucristo conoce nuestras enfermedades, y puede curarlas.—II. De qué modo procede Jesucristo en la curación de las almas.—III. Lo que nos pide Jesucristo para curarnos.

DÍA SEXTO.—**Jesucristo, pastor divino de los hombres**.. 384

I. Jesucristo, como buen pastor, conoce á sus ovejas.—II. Quiénes son las ovejas de Jesucristo.—III. Jesucristo, buen pastor, se da á sí mismo en alimento á sus ovejas.

DÍA SÉPTIMO.—**Jesucristo, Rey de los hombres**..... 391

I. De la naturaleza del reino de Cristo.—II. Del reinado social de Jesucristo.—III. Los emblemas de Cristo-Rey.

DÍA OCTAVO.—**El Corazón de Jesús es todo amor**..... 398

I. De la sublimidad del amor del Corazón de Jesús.—II. De la inmensidad del amor del Corazón de Jesús para con los hombres.—III. Cómo debemos corresponder al amor del Corazón de Jesús.

DÍA NOVENO.—**Festividad del sagrado Corazón de Jesús.** 406

I. Lo que es el Corazón de Jesús.—II. Objeto principal de la devoción al sagrado Corazón de Jesús.—III. Por qué ha sido reservada la devoción del sagrado Corazon de Jesús á nuestros tiempos.

JULIO

1 Jornada de la santísima Virgen á casa de santa Isabel 413

I. Caridad de Jesús.—II. Cooperación de nuestra Señora en la santificación del Bautista.—III. Obediencia de María santísima.

2 Sobre la Visitación de la santísima Virgen á su prima santa Isabel 417

I. Poder de la intercesión de María.—II. Inspiración de santa Isabel, y alabanzas que tributó á nuestra Señora.—III. Humildad y piedad de la Virgen santísima.

3 Sobre el cántico «Magnificat».—*(Primera parte)*... 422

I. María engrandece y alaba al Señor.—II. La humildad de María, origen de su exaltación.—III. Grandezas de María, Madre de Dios.

4 Sobre el cántico «Magnificat».—*(Segunda parte)*... 426

I. Alabanzas que debemos tributar á Dios por su gran misericordia.—II. Debemos ensalzar al Señor por su admirable justicia.—III. Providencia y fidelidad de Dios, y alabanzas que por ellas le debemos.

(Meditaciones sobre la vida pública de Cristo N. S.)

5 De la vida exterior de Jesucristo 431

I. De la vida exterior y de la modestia divina de Jesucristo. II. De la conversación de Jesucristo en medio de sus discípulos.—III. La vida exterior de Jesucristo en el mundo.

6 Del celo de Cristo N. S. por la salvación de las almas. 439

I. Condiciones del celo de Jesucristo.—II. Excelencia del celo de la salvación de las almas.—III. Motivos que nos obligan á combatir por Jesucristo y á ganarle almas.

7 Envía Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos á predicar 445

I. De la caridad de Cristo S. N. al enviar á sus Apóstoles á predicar.—II. De las virtudes que encomendó Cristo á sus Apóstoles.—III. De otros encargos que hizo Jesús á sus Apóstoles.

8 Cristo arroja del templo á los mercaderes 450

I. Celo y fortaleza de Cristo N. S.—II. De cómo Cristo en otra ocasión también echó del templo á los mercaderes, y de otro modo que antes.—III. Nuestro espíritu es templo de Dios.

9 Sobre el respeto en el templo 454

I. El templo, casa de Dios.—II. De la gravedad que encierran las irreverencias en el templo de Dios.—III. De tres causas de las faltas de respeto en el templo.

10 **De la ilustre confesión que hizo san Pedro de la divinidad de Jesucristo**..... 461

I. Pregunta Cristo N. S. á sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?»—II. «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo».—III. Respuesta y promesa divina de Cristo N. S. al apóstol san Pedro.

11 **De nuestra fervorosa y valiente confesión de la divinidad de Jesucristo**..... 469

I. La fe toda se funda en la confesión de la divinidad de Jesucristo.—II. De otras pruebas de nuestra fe certísima en la divinidad de Jesucristo.—III. La angusta persona de Jesucristo prueba su divinidad.

12 **Del amor ardentísimo á nuestro Señor Jesucristo, como fruto de la fe viva en su divinidad**..... 477

I. Para amar ardientemente á Jesucristo, hay que aprender á conocerle.—II. Debemos amar á Jesucristo sobre todas las cosas.—III. La recompensa que se obtiene amando á Jesús.

13 **De la fundación de la Iglesia con todos los medios necesarios para la salvación, y cuán soberano sea este beneficio**..... 484

I. De la bondad de Dios para con los hombres en el establecimiento de la Iglesia.—II. De los medios que Dios ha puesto en su Iglesia para salvación del hombre.—III. Que fuera de la Iglesia de Cristo no hay salvación.

14 **De la vocación de Dios para entrar en la Iglesia y recibir la gracia de la justificación**..... 489

I. Cuántas y cuán preciosas son y dignas de estima las inspiraciones de la gracia.—II. De los medios maravillosos con que la gracia llama á los hombres á salvarse y santificarse en el seno de la Iglesia.—III. Razones para corresponder prontamente á las inspiraciones de la gracia.

15 **De la bondad de Jesucristo N. S. en instituir en su Iglesia los siete sacramentos para la justificación de los hombres**..... 494

I. De los fines por los que Jesucristo N. S. instituyó los siete sacramentos en su Iglesia.—II. Sobre la maravillosa excelencia de los Sacramentos.—III. De cómo Jesucristo ofrece la gracia de los sacramentos con generosidad maravillosa.

16 **Festividad de la Virgen del Carmen**..... 498

I. El escapulario del Carmen prenda de salvación.—II. Es preciso vivir cristianamente para disfrutar de los privilegios del escapulario de la Virgen del Carmen.—III. De otras condiciones para llevar con fruto y con gloria el santo escapulario.

17 **De la petición que hicieron á Jesús los hijos del Zebedeo**..... 501

I. De cómo los hijos del Zebedeo, se llegaron á Cristo y le pidieron una merced.—II. De la maravillosa respuesta de Cristo N. S.—III. Ofrecimiento generoso de los hijos del Zebedeo.

18 **Sobre los males y peligros de la ambición**..... 507

I. Lo que es esta pasión en el pecho de los mortales.—II. Jesucristo N. S. condena con sus palabras y sus ejemplos la ambición del corazón humano.—III. De los males que causa al alma la ambición.

(*Meditaciones sobre las bienaventuranzas.*)

19 **De las circunstancias que concurrieron en el sermón del monte**..... 512

I. Misterio que encierra este divino sermón.—II. Jesucristo eterno maestro, legislador y consejero de los hombres.—III. Sobre el tema del divino sermón del monte.

20 PRIMERA BIENAVENTURANZA.—**Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos**..... 516

I. Naturaleza y actos de la pobreza de espíritu.—II. Ejemplo de Cristo pobrísimo.—III. Premio que promete N. S. á los pobres de espíritu.

21 **Del excesivo apego á los bienes de la tierra, como opuesto á la primera bienaventuranza**..... 521

I. Los ricos, según el Corazón de Dios.—II. Oposición del espíritu de Cristo con el espíritu del cristiano avariento y ambicioso.—III. De los remedios de la avaricia.

22 **Fiesta de santa María Magdalena**..... 527

I. María Magdalena, modelo de penitentes.—II. María Magdalena, modelo de amantes verdaderos de Jesús.—III. Cómo Cristo N. S. pagó las lágrimas y el amor de María Magdalena.

3 SEGUNDA BIENAVENTURANZA.—**Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra**..... 534

I. Qué es la mansedumbre bestificada por Cristo.—II. Jesucristo modelo perfectísimo de mansedumbre.—III. Premio de la mansedumbre.

24 **De la pasión de la ira, como opuesta á la segunda bienaventuranza**..... 540

I. Qué sea la pasión de la ira.—II. Males y castigos de la ira.—III. De los bienes que trae consigo el vencimiento de esta pasión.

25 **Festividad del apóstol Santiago**..... 545

I. Cuán difícil es de entender el misterio de la cruz.—II. Santiago fué fiel á la doctrina de la cruz de Cristo, bebiendo el cáliz del Salvador.—III. Santiago participó del cáliz del Señor, y nosotros debemos imitarle.

26 TERCERA BIENAVENTURANZA.—**Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados**..... 549

I. Felicidad de las lágrimas cristianas.—II. El ejemplo de Cristo N. S.—III. Consuelos de los que lloran.

27 **De las locas alegrías del mundo, en oposición con la tercera bienaventuranza**..... 554

I. De la oposición que existe entre el espíritu cristiano y las falsas alegrías del mundo.—II. Condiciones de los placeres y diversiones para que no sean criminales y pecaminosos.—III. De la desgracia de los mundanos aun en los mismos placeres del mundo.

28 CUARTA BIENAVENTURANZA.—**Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos**..... 560

I. En qué consiste esta cuarta bienaventuranza.—II. De la obligación de aspirar á esta cuarta bienaventuranza.—III. Del premio de esta bienaventuranza.

29 **Del hastío y tibieza espiritual como opuesta á la cuarta bienaventuranza**..... 566

I. Malicia de la tibieza espiritual.—II. Peligros del alma tibia.—III. Remedios de la tibieza.

30 VÍSPERA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.—**La mayor gloria de Dios**..... 573

I. De la alteza y sublimidad de la gloria de Dios.—II. Debemos hacerlo todo para gloria de Dios.—III. De los medios de ejercitar el celo por la gloria de Dios.

31 **San Ignacio de Loyola**..... 579

I. San Ignacio buscó en todas las cosas la gloria de Dios.—II. San Ignacio no buscó mas que la gloria de Dios.—III. San Ignacio sólo buscó en todo la mayor gloria de Dios.

AGOSTO

1 QUINTA BIENAVENTURANZA.—**Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia**..... 586

I. Explicación de esta quinta bienaventuranza.—II. De las condiciones de la misericordia y caridad cristiana.—III. De los motivos para ejercitar la misericordia.

2 SEXTA BIENAVENTURANZA.—**Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios**.... 593

I. De la excelencia de la pureza de corazón.—II. De los privilegios que Dios concede á las almas puras.—III. De los medios de conservar la pureza de corazón.

3 **De la pasión de la impureza, como vicio opuesto á la sexta bienaventuranza** ... 596

I. De la ceguedad con que Dios castiga este pecado.—II. De los lazos que arman el mundo, el demonio y la carne, contra la pureza del corazón.—III. De los medios de evitar los peligros contra la pureza.

4 SÉPTIMA BIENAVENTURANZA.—**Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios** ... 603

I. De la excelencia de la paz interior del alma. II. El ejemplo de Cristo N. S.—III. Sobre el soberano premio de esta bienaventuranza.

5 **De los pecados opuestos á la séptima bienaventuranza.** 607

I. La murmuración, enemiga de la paz.—II. La envidia, enemiga de la paz.—III. La mentira como enemiga de la paz.

6 OCTAVA BIENAVENTURANZA.—**Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos** ... 613

I. De las persecuciones que padecen los justos por Cristo N. S.—II. Ejemplo de Cristo N. S.—III. Del premio que se promete á esta octava bienaventuranza.

NOVENA

EN HONOR DE LA ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

7 **De los ejercicios de virtud en que se ocupó la Virgen N. S. después de la venida del Espíritu Santo...** 617

I. Pobreza y obediencia de María.—II. Castidad de María, y virtudes que guardan y esmaltan aquella virtud.—III. Oración y contemplación de nuestra Señora.

8 **De otros admirables ejercicios de virtud en que se ocupó la Virgen N. S., después de la venida del Espíritu Santo** ... 622

I. Encendida caridad de nuestra Señora.—II. Paciencia y fortaleza de María santísima.—III. Perfección de la caridad de la santísima Virgen.

9 **De la heroica humildad de la Virgen N. S., por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles.** 628

I. Humildad en el silencio.—II. Humildad en las alabanzas.—III. Humildad en la sujeción y obediencia.

10 **De otras manifestaciones de la heroica humildad de María santísima, por la cual fué levantada sobre todos los coros de los ángeles** ... 632

I. Humildad en el servicio de los demás y en la renuncia de honores.—II. Humildad en las humillaciones de la pobreza y en las injurias.—III.—Humildad en las afrentas y desprecios.

11 **Del glorioso tránsito de la Virgen N. S.** 637
I. De los encendidos deseos que la Virgen tenía de ir al cielo.—II. Maravillas que precedieron á la muerte de la santísima Virgen.—III. Muerte de la santísima Virgen.

12 **De la Asunción de la Virgen cuanto al cuerpo, y del lugar que ocupa en el cielo empíreo** 643
I. Incorrupción del cuerpo de María.—II.—Resurrección del cuerpo de nuestra Señora.—III. Asunción de María santísima en cuerpo y alma al cielo.

13 **De la entrada de nuestra Señora en el cielo y de su gloria esencial** 648
I. Partida de nuestra Señora.—II. Llegada de la Virgen al cielo. III. Gloria esencial del alma de María.

14 **De la coronación de María santísima** 653
I. Corona de potestad, de sabiduría y de caridad.—II. Coronas de gloria accidental.—III. Corona de virtudes.

15 **De la gloria de la Virgen santísima en este hermoso misterio** 657
I. El misterio de la Asunción, plenitud de la santidad de María. II. El misterio de la Asunción, plenitud de la gloria de María. III. El misterio de la Asunción es el fundamento de nuestra confianza.

16 **De la perfección de la ley evangélica que Cristo N. S. publicó en el sermón del monte** 661
I. De la exactitud con que hemos de guardar la ley de Cristo N. S. II. De la perfección á que nos exhorta Cristo N. S. en la observancia de su ley.—III De la soberana perfección de la ley evangélica.

17 **Sobre la oración del «Padre nuestro»** 668
I. Dios N. S. es Padre.—II. «Padre nuestro».—III. «Que estás en los cielos».

18 **De las tres peticiones del Padre nuestro** 673
I. Primera petición.—II. Segunda petición.—III. Tercera petición.

19 **De las últimas peticiones del Padre nuestro** 678
I. Cuarta petición.—II. Quinta petición.—III. De las dos últimas peticiones.

(Meditaciones sobre las parábolas de Cristo N. S., y sus aplicaciones.)

20 **Parábola del sembrador** 684
I. De cómo salió el sembrador á sembrar la semilla.—II. De la semilla que cayó en tierra mala.—III. De la semilla que cayó en tierra buena.

21 **De la necesidad de oir la palabra divina** 690
I. La palabra divina es necesaria para nuestra salvación.—II. De

cómo hay que oir la palabra divina.—III. Del fruto de la palabra de Dios.

22 **De los obstáculos que pone el hombre á la palabra divina**..... 695

I. El hastío de la palabra de Dios.—II. El abuso de la palabra de Dios.—III. La resistencia á la palabra de Dios.

23 PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO. — *(Primera parte.)* **La fuga del pródigo de la casa paterna**..... 700

I. Desórdenes del pródigo.—II. De la vida del pródigo lejos de su padre.—III. De las tristes consecuencias del libertinaje del pródigo.

24 PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO.—*(Segunda parte.)* **La vuelta del pródigo á la casa paterna**..... 705

I. La conversión del pródigo.—II. Acogida que el pródigo recibe de su padre.—III. De las quejas del hermano del pródigo.

25 **De la misericordia de Dios con los pecadores**..... 712

I. De la excelencia de la misericordia de Dios.—II. De la grandeza y extensión de la misericordia de Dios.—III. De la misericordia de Dios para con los pecadores.

26 **De la misericordia de Dios con los justos**..... 718

I. De la infinita misericordia de Dios con los justos.—II. De los modos cómo Dios manifiesta su misericordia con los justos.—III. De otros modos con que manifiesta el Señor su misericordia con los justos.

27 **Parábola del Padre de familias y los obreros**..... 723

I. De la viña del Padre de familias.—II. De la recompensa de los obreros.—III. Del corto número de los predestinados.

28 **Festividad de san Agustín**..... 728

I. San Agustín llamado y combatido por la gracia.—II. La gracia rinde el corazón de san Agustín.—III. La gracia triunfa del corazón de san Agustín.

29 **Sobre la dificultad de salvarse**..... 736

I. De lo que nos importa el asunto de la salvación.—II. La salvación es muy difícil.—III. La salvación no es imposible.

30 **Parábola del fariseo y el publicano**..... 741

I. La oración del fariseo.—II. De la oración del publicano.—III. De la sentencia de Jesús acerca del fariseo y del publicano.

31 **De la humildad**..... 746

I. Qué es la virtud de la humildad.—II. De los motivos que tenemos para ser humildes.—III. De la necesidad de ser humildes.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS DEL SEGUNDO CUADRIMESTRE DEL AÑO

Festividad del patrocinio de san José.—*(Dominica tercera después de Pascua.)*..... 751

I. José es el santo que tiene mayor valimiento delante de Dios.—II. El gran valimiento de san José, debe inspirarnos muchísima confianza.—III. Las grandezas de san José son la mejor prueba de su patrocinio.

(Para la misma festividad.)

Tres virtudes de san José, especialmente propuestas á la imitación del perfecto cristiano..... 755

I. La fe de san José.—II. Humildad de san José.—III. La esperanza de san José.

31 DE MAYO.—**María, Madre del Amor Hermoso**..... 759

I. María, Madre de la verdad.—II. María, Madre de la bondad.—III. María, Madre de la belleza.

21 DE JUNIO.—**Fiesta de san Luis Gonzaga**..... 764

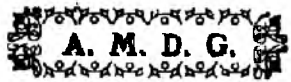
I. De los grandes progresos que san Luis en poco tiempo hizo en la virtud.—II. Medios que tomó san Luis para llegar á la santidad.—III. Humildad maravillosa de san Luis.

24 DE JUNIO.—**Fiesta de san Juan Bautista**..... 769

I. Sobre las grandezas de san Juan Bautista.—II. Grandeza de sus virtudes.—III. Grandeza de san Juan por su amor y fidelidad á Jesucristo.

29 DE JUNIO.—**Fiesta de san Pedro Apóstol**..... 755

I. Humildad del amor de san Pedro.—II. Amor ardiente de san Pedro.—III. Generosidad del amor de san Pedro á Jesucristo.

Fiesta del dulcísimo Corazón de María.—*(Domingo después de la Octava de la Asunción)*..... 779

I. El purísimo Corazón de María es el más semejante, por la gracia, al Corazón de Jesús.—II. El Corazón de María el más semejante, por las virtudes, al Corazón de Jesús.—III. El Corazón de María el más semejante, por su misericordia, al Corazón de Jesús.